BOLETIN

ASOCIACION ESPAÑOLA
DE AMIGOS DE LA ARQUEOLOGIA

Veinte años de Arqueología en España

Homenaje a Don Emeterio Cuadrado Díaz



N.os 30-31

ENERO-DICIEMBRE 1991

Veinte años de Arqueología en España

Homenaje a Don Emeterio Cuadrado Díaz

ESCUELA SUPERIOR DE CONSERVACIÓN RESTAURACIÓN DE BIENES CULTURALES
BIBLIOTECA
CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN
Comunidad de Madrid

A. Moure - M. Santonja - Isabel Rubio - M.ª Rosario Lucas - J. C. Martín de la Cruz - M. Dolores Fernández-Posse - Concha Martín - José Luis Maya - Manuel Bendala - Joaquín Navarro - Ricardo Olmos - Raquel Castelo - Juan Blánquez - Emeterio Cuadrado - Encarnación Ruano - Javier de Hoz - M.ª Concepción Blasco - Fernando Acuña - Carmen Fernández-Ochoa - Lourdes Roldán - Angel Fuentes - Alicia M.ª Canto - Carmen Alfaro - M.ª Angeles Alonso - Pedro Matesanz - Fernando Valdés.

Coordinadora: Encarnación Ruano Ruiz

Esta publicación ha sido subvencionada por la Dirección General de Cooperación Cultural del Ministerio de Cultura y por la Asociación Española de Amigos de la Arqueología.

Fotografía: Andrés Chastel.

ISSN: 4741
Depósito Legal: M. 24361-1974
Imprime: grafoffset sl



Cumplir veinte años en la vida de una Asociación Cultural como la nuestra es justo motivo de celebración, y con ese propósito se pensó en una revisión de los adelantos que había experimentado la Arqueología en España en ese tiempo y en sus diferentes campos.

Pero la nuestra es algo más que una Asociación Cultural centrada en la Arqueología, es una Asociación de Amigos, de Amigos de la Arqueología. Flota en ella el ambiente amable de una cordial amistad, alentada por todos, pero con un motor principal e indiscutible, que empuja el incomparable caballaje que tiene en su interior Emeterio Cuadrado. Cómo no se nos iba a ocurrir esta imagen si el destino le deparó la suerte de desenterrar un santuario protagonizado por caballos, símbolos de vitalidad y de fuerza.

La lozanía de que goza la Asociación debe mucho a su juventud inagotable y, por ello, nada más justo que la Asociación le rinda homenaje dedicándole este trabajo conmemorativo de veinte años de historia que sin él habrían sido de otra manera, o tal vez —sencillamente— no habrían sido.

La Asociación, representada en el Consejo de Redacción del Boletín y en la Junta Directiva, ha decidido por una vez sin contar con su refrendo, para hacer, sin su permiso, lo que hace: darle con este número extraordinario un abrazo con el calor y el cariño de una amistad de veinte años.

Asociación Española de Amigos de la Arqueología

La Asociación Española de Amigos de la Arqueología agradece a todos los autores, la colaboración prestada y ofrece el libro a todos los arqueólogos y muy especialmente a su presidente el doctor Emeterio Cuadrado.

La Junta Directiva

INDICE

La renovación de los estudios sobre Paleolítico en los últimos veinte años 13
A. Moure Romanillo
M. Santonja Gómez

Epipaleolítico y Neolítico 27
Isabel Rubio de Miguel

Arte Rupestre Postpaleolítico 41
M.ª Rosario Lucas Pellicer

El Calcolítico y la Edad de Bronce en Andalucía 55
J. C. Martín de la Cruz

El Calcolítico y la Edad de Bronce en la Meseta 75
M.ª Dolores Fernández-Posse y Concha Martín

El Nordeste Peninsular entre la Edad del Bronce y el mundo proto-ibérico 87
José Luis Maya

Tartessos 99
Manuel Bendala Galán

La Colonización Feniciopúnica 111
Manuel Bendala Galán
Joaquín Navarro Cañada

Historiografía de la presencia y del comercio griegos en España 123
Ricardo Olmos

Ibérico I. Organización territorial y urbana: I. Poblados. II. Necrópolis 135
Raquel Castelo Ruano
Juan Blánquez Pérez
Emeterio Cuadrado Díaz

Ibérico II: Manifestaciones artísticas y religiosas 167
Encarnación Ruano Ruiz

Epigrafía y Lingüística Paleohispánicas 181
Javier de Hoz

La Meseta Prerromana 195
M.ª Concepción Blasco Bosquet

La cultura castrexa y galaico-romana 203
Fernando Acuña Castroviejo

Arqueología hipano-romana: república y alto imperio 209
Carmen Fernández Ochoa y Lourdes Roldán Gómez

La cultura hispanorromana II: La romanidad tardía 227
Angel Fuentes Domínguez

Un veintenio clave para la epigrafía latina de España 247
Alicia M.ª Canto

Numismática 271
Carmen Alfaro Asins

Arqueología paleocristiana y visigoda 279
M.ª Angeles Alonso Sánchez

Arqueología medieval cristiana después de veinte años. Confirmación de una realidad 291
Pedro Matesanz Vera

Arqueología Medieval/Arqueología islámica: un estado de la cuestión 303
Fernando Valdés Fernández

LA RENOVACION DE LOS ESTUDIOS SOBRE PALEOLITICO EN LOS ULTIMOS VEINTE AÑOS

A. Moure Romanillo
Departamento de Ciencias Históricas.
Universidad de Cantabria

M. Santonja Gómez
Museo de Salamanca

1. INTRODUCCION

A veces cuando al iniciar un nuevo trabajo se traza el balance de la investigación en un campo concreto de los que habitualmente tratamos los prehistoriadores, parece ocioso recuperar las referencias más antiguas, sin duda ya anticuadas desde múltiples puntos de vista, víctimas de la rapidez con que se suceden los descubrimientos en nuestra disciplina.

Sin embargo no creemos superfluo, para valorar debidamente los resultados alcanzados por la investigación del Paleolítico en España durante los últimos veinte años, tener presente el desarrollo anterior de estos estudios en nuestro país, e incluso en un contexto geográfico más amplio, pues al menos cuando se trata de estas primeras etapas, para muchas cuestiones reducirse a un marco regional limitado entorpece el análisis. No pretendemos tampoco extendernos en consideraciones historiográficas, desarrolladas suficientemente en otros lugares (1), sólo queremos partir de recordar, aunque sea telegráficamente, algunos aspectos puntuales con trascendencia respecto al tema que nos ocupa.

El surgimiento de la Prehistoria como materia dedicada al estudio de la humanidad cuaternaria ha sido relacionado por algunos autores con la consolidación de una burguesía industrial en determinados países, notoriamente en Inglaterra y Francia, precisada de reescribir la historia del pasado en un momento en el que los nuevos descubrimientos y las teorías dejaban en evidencia el relato bíblico.

En aquel primer momento el desarrollo de la Arqueología prehistórica y del Paleolítico en concreto, corrió paralelo al de las teorías evolucionistas en Biología y Etnología. Es general aceptar que los comienzos de nuestra disciplina tienen más en común con las materias citadas que con la actividad de los anticuarios, ya con tradición de siglos, antecedentes directos de la Arqueología clásica e incluso quizás también de la Prehistoria reciente. Por eso las circunstancias intelectuales, el ambiente científico que rodea la actividad de estos pioneros, desde Frere en Hoxne a Boucher de Perthes en Abbeville o Casiano de Prado en el Manzanares, más conectado con aquellas disciplinas, conduce a configurar una metodología preocupada en primer lugar de probar la antigüedad del hombre, y por constatar su progreso a través de las evidencias de cultura material registradas. La idea de «progreso» y los conceptos evolucionistas y difusionistas se imponen de manera absoluta.

Aquellos objetivos básicos impregnaron las actividades de los paleolitistas decimonónicos, en cuya descripción no vamos a detenernos, y prolongaron su sombra hasta tiempos bien recientes. Cambios verdaderamente sustanciales sólo se han impuesto, y paulatinamente, desde hace unos treinta o cuarenta años, impulsados por la definitiva implantación de las técnicas de datación absoluta, que permitieron, por ejemplo, despojar el estudio de la industria lítica del fin espurio que suponía su frecuente empleo como marcador cronológico, así como la introducción de nuevas y más precisas técnicas de excavación, además de por el desarrollo en extensión de éstas.

Las nuevas técnicas han propiciado importantes cambios teóricos en las últimas décadas. Desde los años sesenta, los principios evolucionistas, difusionistas e histórico-culturales aplicados a la interpretación del pasado, se han visto sistemáticamente reemplazados por aproximaciones que pretenden comprender la dinámica de los grupos humanos en su medio natural, intentando explicar su adaptación al mismo y a los sucesivos cambios que experimentó.

Este proceso general se ha concretado, como es lógico suponer, de manera desigual en cada país. En el nuestro ha influido de manera fundamental su particular historia reciente, cuyas consecuencias sobre el tema que analizamos han sido, como veremos, muy significativas.

2. LA SITUACION ANTERIOR

Desde 1867, cuando C. de Prado, con Verneuil y Lartet, identificó los primeros sílex tallados en las terrazas del Manzanares (2), comenzaron a documentarse restos paleolíticos en la península ibérica. Las primeras pesquisas no sobrepasaron sin embargo un estado embrionario en los restantes años del siglo XIX, como se comprueba al manejar los contados manuales o síntesis coetáneos (VILANOVA Y PIERA, 1877; VILANOVA Y RADA, 1893; DE BUEN, 1896).

Esta primera etapa sirvió no obstante en España, como en toda Europa, para afianzar las hipótesis sobre el origen pretérito del hombre, y sin duda facilitó el camino a otra generación de investigadores cuyos esfuerzos se dirigieron a incrementar la información y establecer la sucesión de los acontecimientos, lo que se concretó en la descripción de estratigrafías y sucesiones de industrias, que, es bien sabido, inmediatamente se identificaron como secuencias culturales.

Aquella inflexión se produce en nuestro país en el nuevo siglo; catalizada por el renovado ambiente científico que brota de la creación en 1907 de la Junta para Ampliación de Estudios, de la cual derivan en 1908 la Asociación Española para el progreso de las Ciencias, la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas, activa desde 1911, y la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, a partir de 1912. Bajo su patrocinio se excavan diversas cuevas en la región cantábrica y otras estaciones repartidas por todo el territorio peninsular. En estos trabajos colaboran Cerralbo, el Conde de la Vega del Sella, Eduardo Hernández Pacheco, Juan Cabré, etc., y junto a ellos maestros del prestigio de Breuil o de Obermaier, quienes patrocinados por el Instituto de Paleontología Humana se enfrentan desde 1910 con la excavación de la cueva del Castillo (Cantabria). Cerralbo efectúa sus primeras campañas en Torralba (Soria), y otras cuevas cantábricas, entre ellas las que encierran los grandes conjuntos del arte cuaternario, comienzan a investigarse por parte de los ya citados Breuil y Obermaier, el Conde de la Vega del Sella y E. Hernández Pacheco, además de H. Alcalde del Río. Esos años de intensa investigación en las cuevas cantábricas, que B. Madariaga llama «la década de los descubrimientos», es consecuencia del impacto internacional de la aceptación por parte de la comunidad científica de la autenticidad de Altamira a partir de 1902 (3). Una intensa búsqueda que corre primero a cargo de iniciativas individuales, como las de L. Sierra y H. Alcalde del Río, este último con el apoyo de Alberto I de Mónaco. A partir de la fundación por parte del príncipe monegasco del *Institut de Paléontologie Humaine* y de la ya citada Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas, se entra en una etapa de gestión más institucional de las excavaciones.

También desde 1918 se realizan intensas prospecciones en el valle del Manzanares, protagonizadas así mismo por Obermaier, junto a Wernert y Pérez de Barradas. El balance general de los resultados alcanzados es ampliamente recogido en la obra fundamental del ilustre profesor alemán, «El Hombre Fósil», una de las más destacadas de la época e internacionalmente valorada (4).

En un ámbito geográfico más regional se desarrolló en estos años anteriores a la guerra civil una labor no menos destacable, la del equipo formado por J. M. Barandiarán, T. de Aranzadi y E. de Eguren en el País Vasco. En los años que van desde 1916 a 1936 orientaron sus trabajos tanto al estudio del fenómeno megalítico como al de cuevas con yacimiento del Paleolítico Superior, como Santimamiñe, Lumentxa, Bolinkoba, Atxurra y Silibranka en Vizcaya, y Urtiaga, Ermittia y Jentiletxeta en Guipúzcoa. La fecunda labor en el campo del Paleolítico del primero se vio cortada por el comienzo de la guerra civil, que le obligó a un exilio del que no pudo regresar hasta 1953 (5).

En el otro extremo de la Península hay que mencionar la creación en 1927 del *Servicio de Investigación Prehistórica* (SIP) de la Diputación Provincial de Valencia. En él encontró todo el apoyo el profesor L. Pericot, entonces recién incorporado a aquella Universidad, para la excavación de la cueva de El Parpalló (1929, 1930 y 1931), cuyo estudio le había sido vivamente recomendado por el abate Breuil. Su secuencia estratigráfica y su sensacional colección de placas decoradas son aún hoy claves principales para conocer la evolución de las industrias y del arte del Paleolítico Superior mediterráneo o ibérico (PERICOT, 1942; VILLAVERDE Y MARTÍ, 1984).

La inestabilidad política que siguió a la proclamación de la II República, comenzó a quebrar esta fructífera etapa, durante la cual la arqueología paleolítica alcanzó en España el mismo nivel que en el resto de Europa. La sublevación militar de 1936 supuso un colapso definitivo, puesto que en los años cuarenta no se reanudaron, ni siquiera en el Manzanares o en el Cantábrico, los dos principales focos de actividad, las investigaciones.

Mientras en otros países comenzaban a introducirse cambios metodológicos sustanciales, entre 1940 y 1960 prácticamente se abandonó el estudio del Paleolítico en España. En el Manzanares, y en unos años en que el crecimiento de Madrid provocaba la intensa explotación de los areneros, toda la actividad se reducía a recoger piezas líticas y restos faunísticos, pero prácticamente sin criterios estratigráficos adecuados; los mismos obreros de las canteras eran los encargados de realizar la operación.

Desde la Comisaría Nacional de Excavaciones Arqueológicas, cuyo titular llegó a ser el profesor Martínez Santa Olalla, se inició sin embargo en 1955 una actuación de carácter institucional que merece ser comentada: las excavaciones en la cueva de El Pendo o San Pantaleón (valle de Camargo, Cantabria), que en principio fueron un Curso internacional de Arqueología de campo. Como la de la cueva de El Castillo de Puente Viesgo, la secuencia estratigráfica de El Pendo es fundamental por presentar ocupaciones del Paleolítico Medio y de todo el Paleolítico Superior. En 1956 continuaron los trabajos con la participación de especialistas extranjeros como A. y Arl. Leroi-Gourhan, P. Janssens y J. Allain, y españoles, J. González Echegaray, B. Sáez y el propio Santa Olalla. Aunque desde una perspectiva que podría ser considerada «particularista», estas campañas supondrían el primer intento de actuación multidisciplinar y en equipo, con participación de prehistoriadores, palinólogos y paleontólogos. Fue al parecer la primera excavación en que se efectuó una cuidadosa recogida de muestras para análisis de polen (algunas de las cuales sólo fueron procesadas años después) e incluso de Carbono 14, procedimiento que entonces daba sus primeros pasos en el campo de la cronología del Paleolítico. De alguna forma estos trabajos en la cueva de El Pendo representan el anuncio de los cambios que se iban a producir en las investigaciones del Paleolítico español (GONZÁLEZ ECHEGARAY *et al.*, 1980; MOURE Y GARCÍA SOTO, 1989).

Dos reuniones internacionales celebradas en nuestro país, el IV Congreso de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas (1954) y el V Congreso de Cuaternario —INQUA— (1957) sirvieron para llamar la atención sobre la importancia y grave situación de algunos yacimientos, especialmente los del valle del Manzanares. Quizá puedan ponerse en relación con aquellos acontecimientos los estudios y excavaciones que en los años sesenta comenzaron en diversas cuevas cantábricas (La Chora, El Otero), en todo caso un efecto directo de la segunda de aquellas convenciones internacionales fue la reanudación de excavaciones en Torralba y en Ambrona a continuación, por un grupo dirigido por F. C. Howell, en el que participaban destacados especialistas de varios países (6).

Para esas fechas la metodología aplicada al estudio del Paleolítico comenzaba a cambiar en Europa. En Francia el método desarrollado por F. Bordes, basado por una parte en la teoría climática de la formación de las terrazas y en los estudios pedológicos, y por otra en la caracterización cuantitativa de la industria lítica tanto a nivel tipológico como a nivel tecnológico, se había impuesto totalmente (BORDES, 1950, 1953 y 1961). Lo mismo ocurría con el denominado método Méroc-Laplace (LAPLACE Y MÉROC, 1954 y 1954a) aplicado a la excavación de los sitios paleolíticos. Incluso tienen lugar las primeras excavaciones en extensión y la aproximación microtopográfica a las primitivas superficies de ocupación (LEROI-GOURHAN, 1966 y COURBIN, 1987). En Estados Unidos surgía la *Nueva Arqueología,* L. R. Binford comenzaba a revolucionar la interpretación arqueológica de los primitivos cazadores-recolectores (BINFORD, 1962 y 1965).

3. BALANCE HACIA 1970

En contraste, la información relativa al Paleolítico Inferior reunida por Hugo Obermaier en «El Hombre Fósil» no había sido, en buena medida, superada a finales de los años sesenta (7). Después de 1939 apenas pueden contabilizarse más que breves noticias aisladas, referidas a sitios dispersos por

toda la Península; pero prácticamente no se emprendieron nuevas excavaciones, ni siquiera prospecciones sistemáticas, como hemos apuntado en el apartado anterior.

A nivel cualitativo no es posible tampoco observar cambios importantes. Las metodologías más actuales entonces en Europa —el método Bordes por ejemplo— apenas se había introducido en el estudio del Paleolítico Inferior, como es fácil comprobar a través de los manuales y síntesis antes citados.

Las excavaciones de Torralba y Ambrona fueron las novedades más destacables en la década sesenta-setenta, aunque los estudios publicados relativos a estos sitios se limitaron a informes preliminares o a aspectos parciales. En Galicia se excavó, con el apoyo financiero de la fundación Wenner-Gren, el sitio de Budiño —Pontevedra— por E. Aguirre, y en su estudio participaron además K. W. Butzer y D. Echaide (AGUIRRE, 1964; BUTZER, 1967; AGUIRRE Y BUTZER, 1967; ECHAIDE, 1971), todos ellos integrados asimismo en el de los yacimientos sorianos. De alguna manera, por tanto, la intervención en Budiño puede considerarse como una proyección, la única de esta índole, de Torralba y Ambrona. Por la importancia del yacimiento y cierto interés de los estudios realizados, también hay que recordar Pinedo (Toledo), dado a conocer en estos mismos años por M. Martín Aguado (8).

Estos trabajos permanecieron ciertamente aislados, sin encuadrarse en interpretaciones generales, ni siquiera a escala regional. Una síntesis efectuada por L. G. Freeman, aparecida años después (9), refleja bien la situación del momento. Torralba, Ambrona y Pinedo, especialmente los dos primeros, se examinan con cierto detalle, pero las hipótesis se resienten de la falta de contexto. Son «islas» en un amplio territorio mal conocido, del que se vislumbra el potencial interés, especialmente a tenor de los ricos yacimientos del Manzanares, sobre los que Freeman poco nuevo pudo aportar, fundamentalmente por no disponer de estudios válidos acerca de la secuencia de terrazas, ni de buenos datos estratigráficos.

Con respecto al Paleolítico Medio y Superior la situación parece sin embargo claramente mejor. En la década de los sesenta se fue produciendo una progresiva incorporación de nuevos investigadores a los estudios del mundo paleolítico. Es obligado reseñar el regreso del exilio y la reincorporación a la comunidad investigadora de don José Miguel de Barandiarán, que desarrolló una intensa actividad en yacimientos del País Vasco (campañas en las cuevas de Urtiaga, Lezetxiki y otras), en torno a las cuales surge una auténtica escuela de campo en la que se iniciaron prehistoriadores como J. Altuna, J. M. Apellániz e I. Barandiarán Maestu. En Cantabria se fundó en 1962 el Seminario de Prehistoria y Arqueología «Sautuola» entre cuyas excavaciones sistemáticas hay que destacar las de las cuevas superopaleolíticas de El Juyo (P. JANSSENS Y J. GONZÁLEZ ECHEGARAY), La Chora y el Otero (M. A. GARCÍA GUINEA Y J. GONZÁLEZ ECHEGARAY) (GONZÁLEZ E CHEGARAY *et al.*, 1965 y 1966; JANSSENS Y GONZÁLEZ ECHEGARAY, 1958). Se continuaba la tradición de la Historia Cultural, pero con la incorporación de nuevos procedimientos de trabajo, en especial los sistemas de clasificación tipológica. Son los años del *método* de F. Bordes para el Paleolítico Medio (Cueva Morin, La Ermita) y de Sonneville-Bordes y Perrot para el Paleolítico Superior (cuevas de La Chora, El Otero, Urtiaga). En las cuevas cántabras de Morin y El Otero se publican los primeros diagramas polínicos de estaciones paleolíticas españolas, realizados por Arl. Leroi-Gourhan (LEROI-GOURHAN, Arl., 1965 y 1971).

En la incorporación de las nuevas técnicas jugaron un papel no deseñable varios investigadores extranjeros. Entre ellos resulta necesario señalar a L. G. Freeman y sus trabajos en el Paleolítico Medio-Superior de Cueva Morin. Las excavaciones en este yacimiento cantábrico supusieron en su momento y en varios sentidos una auténtica renovación (equipo multidisciplinar, técnicas de excavación y registro, procedimientos de clasificación de laboratorio, etc.) que tuvo amplio eco en la generación de investigadores que entonces comenzaba su labor.

En 1965 aparecería una monografía sobre el Paleolítico Medio en Cataluña (RIPOLL y de LUMLEY, 1965) y cuatro años después un primer estudio monográfico de la industria lítica de la Carigüela (Granada), (de LUMLEY, 1969). En todos estos estudios, por remitirnos al ejemplo anterior, el *método* Bordes se aplicaba con normalidad, e incluso, como hemos visto, en la región cantábrica estaba en marcha una revisión del Musteriense regional bajo presupuestos innovadores (FREEMAN, 1966). Puede considerarse que la investigación de este período comenzaba a adquirir cierto nivel, al menos siempre que nos limitemos al dominio cárstico. Los yacimientos al aire libre, menos espectaculares y con una problemática diferente, como en el caso del Paleolítico Inferior, continuaron más o menos ignorados, sin modificaciones sensibles en relación con los años precedentes.

4. LA ETAPA ACTUAL

El proceso recorrido a continuación, en los últimos veinte años, ha llevado poco a poco de nuevo a la normalización de la investigación del Paleolítico en España, sujeta finalmente a criterios semejantes a los que dominan en el resto de la comunidad científica internacional. Es posible sin embargo que el examen en profundidad de esta apreciación revelara importantes matices, especialmente en cuanto a medios técnicos —insuficientes laboratorios especializados, pobre infraestructura, escasez de puestos para personal investigador...—, que quizá explicarían mejor las diferencias reales que hoy se observan con otros países de nuestro entorno geográfico. Ello aun reconociendo el importante aumento del número de puestos de trabajo en la Universidad, los Museos y en la propia Administración (estatal y autonómica) experimentado desde la mitad de los setenta. En efecto, la creación de nuevas Universidades y Facultades de Historia que precisaron completar sus plantillas, comportó un notable incremento de los puestos docentes e investigadores para prehistoriadores y, entre ellos, para paleolitistas (10). El aumento de la demanda social de estos estudios y las propias características de la carrera docente en la Universidad española impulsaron un buen número de tesis, tesinas y otros trabajos de investigación que hoy constituyen un valioso cuerpo de síntesis que alcanza todos los complejos industriales del Paleolítico en prácticamente todas las regiones españolas.

Para todas las etapas paleolíticas se ha producido un auténtico aluvión de datos, consecuencia del aumento, posiblemente excesivo, del número de actuaciones arqueológicas. Parte de ellas, y en especial muchas de las excavaciones, carecen de una clara definición de fines que tengan en cuenta, no ya las hipótesis a contrastar, sino incluso cuestiones más elementales —que deben ser evaluadas por la Administración— de conveniencia, profesionalidad e interés científico. El resultado es una enorme cantidad de material almacenado en mejores o peores condiciones que difícilmente va a poder ser estudiado, y un número de excavaciones abiertas muy superior al que las Administraciones competentes (las Comunidades Autónomas) pueden proteger, conservar y publicar.

Ese número de actuaciones arqueológicas —que, al menos en lo que respecta a las excavaciones, es en nuestra opinión excesivo—, no parece responder ni a planteamientos teóricos definidos ni a una planificación global, que resulta absolutamente imprescindible en un tipo de investigación que tiene un elevado componente destructivo. Falta en especial una política preventiva (antes y después de las actuaciones), una política de conservación y —sobre todo— una coordinación interregional. Como se puede observar al analizar las síntesis sobre distintos episodios del Paleolítico, existe en ellas un fuerte componente regional, que a veces responde a la existencia de verdaderas diferencias paleogeográficas, pero que en su mayor parte viene determinado por limitaciones de índole administrativa.

En lo que respecta a las *actuaciones de campo,* no parece que el método o las técnicas utilizadas faciliten en principio establecer diferencias entre los distintos momentos del Paleolítico, ni incluso entre éste y algunas de las etapas posteriores. No obstante, con independencia de matices que pueden ser indicados parcialmente más adelante, en la práctica parece bastante justificado separar por un lado el comentario de las investigaciones de campo en yacimientos del Paleolítico Inferior y el del Paleolítico Medio y Superior por otro.

4.1. Paleolítico inferior

En cuanto al Paleolítico inferior hay que constatar junto al considerable incremento de los datos, el carácter sistemático de buena parte de la información adquirida, lo cual permite ahora un distinto nivel en los planteamientos de hipótesis y de la investigación en general. Para ello ha sido imprescindible la elaboración de metodologías apropiadas para el estudio de los yacimientos peninsulares, diferenciados en varios aspectos básicos de los del N. de Francia, para los cuales habían sido diseñados las secuencias y los métodos que se habían intentado aplicar sucesivamente en nuestro país, las teorías de Breuil o el método desarrollado por F. Bordes. Estas características particulares son fundamentalmente:

— Localización de los yacimientos peninsulares generalmente en formaciones fluviales, y lacustres/palustres en algún caso.

— Clima más suave a lo largo del Pleistoceno, el cual favorecería una continuidad mayor de las ocupaciones humanas que al norte de los Pirineos.

— Formaciones fluviales controladas más por procesos hidrodinámicos y tectónicos que por factores climáticos.

— Empleo generalizado de cantos rodados de cuarcita como materia prima.

A través de sucesivas aproximaciones han ido depurándose sistemas de estudio adaptados a estas características, partiendo de los modelos en uso al principio de los años setenta, y apoyándose en las aportaciones de algunos autores que trabajaban en regiones con problemáticas afines (en particular THIBAULT, 1970 y TAVOSO 1978).

La existencia de múltiples yacimientos en cuevas condicionó y relegó en la Prehistoria francesa el estudio de los sitios al aire libre. A pesar de que los primeros paleolitistas —de Boucher y Mortillet a Victor Commont— habían dirigido preferentemente su atención a los aluviones del Somme y otros cursos fluviales de la región de París, y que la ordenación de las industrias achelenses propuesta por Breuil (11) reposaba principalmente en estos materiales, en épocas posteriores la inclinación de los grandes maestros hacia ellos sería mínima. F. Bordes, que analizó con algún detenimiento los yacimientos al aire libre en formaciones loessicas (BORDES, 1952, 1953, 1958 y 1969), dedicó menos esfuerzo a los sitios en depósitos fluviales. Basándose de manera bastante exclusiva en la teoría que postulaba el origen climático de estas formaciones, atribuyó a aportes laterales derivados de la *solifluxión* de las laderas la presencia de industria lítica en ellas (BORDES, 1968; s.f.), interpretación que condicionó hasta épocas bien recientes (12) cualquier esfuerzo por conocer en profundidad el carácter de estos yacimientos.

En la actualidad se acepta que en el medio fluvial pueden aparecer conjuntos arqueológicos en múltiples condiciones de conservación, incluyendo sitios en posición primaria y otros en posición poco derivada, tan válidos para interpretar la naturaleza de las ocupaciones, los procesos de formación del agregado arqueológico y las alteraciones post-deposicionales, como los yacimientos en cueva; a veces incluso en mejores condiciones para distinguir suelos de ocupación en sentido estricto. A esta situación se ha llegado después de asimilar los resultados de otras tradiciones geomorfológicas, principalmente anglosajonas, que inciden en la importancia de la dinámica fluvial y en la interpretación de las *facies* sedimentarias, matizando en profundidad la comprensión de las secuencias fluviales exclusivamente según la teoría climática (SANTONJA y QUEROL, 1978; PÉREZ GONZÁLEZ, 1982, 1982a y 1988 y SANTONJA, 1991).

La industria en cuarcita ha precisado igualmente la adaptación de los sistemas de análisis técnico y tipológico construido para las industrias en sílex (QUEROL y SANTONJA 1978 y 1979; SANTONJA, 1981; SANTONJA y PÉREZ GONZÁLEZ, 1984). Este proceso se ha visto apoyado por elaboraciones paralelas en otras regiones con la misma problemática, y finalmente ha conducido a plantear el papel de materia prima como factor determinante del estilo de la industria, cuestión de profundo alcance respecto al concepto de cultura aplicado anteriormente a los restos arqueológicos Paleolíticos (VILLA, 1981).

Indirectamente la valoración de las diferencias en la materia prima ha facilitado el desarrollo de todo un cuerpo doctrinal sobre la economía de estos productos y las cadenas operatorias, de primera importancia en el debate actual, si bien con mayor desarrollo respecto al Paleolítico Medio y al Superior (13).

En España en las dos últimas décadas la investigación ha incidido prioritariamente en la construcción de secuencias regionales (14), afán que podría considerarse más propio de épocas precedentes, pero que, además de estar determinado por no haber sido resuelto antes, ha permitido plantear en términos reales toda la problemática apuntada, y aportar elementos de discusión a la misma.

Los yacimientos achelenses conocidos en ambas Submesetas se concentran en los sistemas de terraza, antiguos fondos de valle, y han sido documentados a partir de varias excavaciones —Pinedo, Aridos, La Maya, Torralba, Ambrona, Arriaga, Perales del Río, San Quirce de Río Pisuerga—, alguna en curso, prospecciones y otros trabajos monográficos (15). Atapuerca (Ibeas de Juarros, Burgos) es el único sitio destacable en el dominio cárstico, con investigaciones realizadas a lo largo de varias campañas en dos zonas diferenciadas, la Trinchera del Ferrocarril, con industrias achelenses y fauna asociada que parece cubrir todo el Pleistoceno medio, y la Sima de los Huesos, que ha proporcionado restos paleontropológicos —de una docena de individuos— del final del Pleistoceno medio (AGUIRRE, CARBONELL y BERMÚDEZ DE CASTRO, 1987).

La información reunida permite establecer hipótesis acerca del asentamiento a escala regional y local, estimar los límites cronológicos de la presencia humana, establecer secuencias tecno-tipológicas basadas en la sucesión de terrazas, así como algunas características de las ocupaciones.

Las industrias de este dilatado período no se distribuyen por igual en el interior peninsular, observándose una mayor densidad en el sector occidental de la Submeseta norte —que se prolonga en el valle del Alagón, en la Alta Extremadura—, en el Manzanares-Jarama y aguas arriba de Toledo en

el Tajo. A nivel local se aprecia frecuentemente una preferencia acusada por la red fluvial secundaria, especialmente por las zonas de confluencia con el valle principal y por los valles amplios inmediatamente aguas abajo de los cañones y tramos encajados de los ríos.

Las terrazas más elevadas, fechables en el Pleistoceno inferior, no han proporcionado industrias claras, aunque sí algunos indicios, demasiado escuetos para valorarlos aquí (16). Las terrazas medias, incluso las bajas superiores, de muchos de los cursos fluviales prospectados han proporcionado industria achelense, en la que *quizá* sea posible diferenciar una *facies* antigua —Pinedo, La Maya III (17)—, de otra/s con bifaces y hendedores diversificados y estereotipados, Achelense pleno, registrada/s en niveles de terraza sucesivos, sin que se disponga por ahora de criterios suficientes para establecer subdivisiones con mayor alcance que el meramente descriptivo. Se ignora por otra parte la posición morfoestratigráfica del Achelense superior, individualizado con claridad en sitios como El Basalito (Salamanca) o Porzuna (Ciudad Real), siempre fuera de estratigrafía, y repetidas veces en superficies elevadas sobre el fondo del valle, lo que implica un cambio topográfico significativo con respecto a las localidades anteriores. Para ninguno de estos conjuntos disponemos de fechas absolutas (18), sin embargo hay que insistir en el fundamento que las secuencias morfo-estratigráficas otorgan a las sucesiones descritas.

Buena parte de los yacimientos conocidos corresponden a ocupaciones contemporáneas de los sedimentos aluviales en que aparecen, levemente desplazadas longitudinalmente o, incluso, absolutamente en posición primaria, como es el caso de Aridos, entre los escasísimos sitios europeos del Pleistoceno medio al aire libre cuya posición primaria es clara.

En el resto de la Península los estudios referidos al Paleolítico Inferior también han experimentado en los últimos años un notable adelanto. En la Depresión del Guadalquivir comienzan a conocerse localidades comparables a las de la Meseta —en estudio por Vallespí y Díaz del Olmo—, y en la cuenca de Guadix se han excavado conjuntos del final del Achelense —Solana del Zamborino— o de pleno Pleistoceno medio —Cúllar Baza I— en posición primaria y suficientemente indicativos del interés del área.

En Galicia y la cornisa Cantábrica la presencia humana quizás no se generalizó hasta finales del Pleistoceno medio, etapa a la que corresponden los yacimientos mejor estudiados, como Budiño (Pontevedra) y Bañugues (Asturias), o los niveles inferiores de Castillo (Santander), donde se procede a excavar en el testigo dejando tras la suspensión de los trabajos del IPH en 1914, el cual conserva la estratigrafía desde el Auriñaciense a la base de la secuencia (CABRERA, 1984). El valle del Ebro, por lo conocido hasta ahora, resulta un desierto, si exceptuamos el Alto Ebro, donde los yacimientos registrados prolongan el sector inmediato de la Meseta (UTRILLA *et al.*, 1986, 1986 y 1988). Este valle pudo haber constituido en el Pleistoceno medio una barrera difícil de franquear o colonizar, por causas ignoradas, por los homínidos, y de esta situación podría derivar quizás la ausencia de industria achelense que parece darse en el interior de Cataluña.

La problemática que presenta el litoral Mediterráneo español resta totalmente abierta, ante la posible existencia de conjuntos no achelenses en el Pleistoceno medio, que en parte al menos podrían representar *facies* antiguas del Paleolítico Medio, que también se vislumbran en las colecciones del Manzanares, especialmente las del tramo aguas abajo de Madrid, sin duda el área que, para estas etapas, posee un mayor interés en la Península, pese a lo cual se ve —y puede que la ausencia de laboratorios específicamente dedicados al estudio de la arqueología pleistocena tenga alguna significación al respecto— cíclicamente abandonada por la investigación.

4.2. Paleolítico Medio y Superior

Los trabajos de campo correspondientes a episodios del Paleolítico Medio y Superior se han llevado a cabo fundamentalmente en cuevas. Esto obedece a varias causas: cuestiones de tradición científica, mejores posibilidades de descubrimiento, mayor esperanza de evidencias en posición primaria o poco modificada, etc. No obstante, igual que en el resto de Eurasia, no faltan emplazamientos al aire libre, como los del Paleolítico Medio del Manzanares y ambas Submesetas (19), e incluso algunos del Paleolítico Superior, también en el Manzanares, o La Dehesa (Salamanca), El Palomar y otros (Valladolid) (MARTÍNEZ DE MERLO, 1984; MARTÍN SANTAMARÍA *et al.*, 1986; FABIÁN, 1986; IGLESIAS, 1987).

Las revisiones del Paleolítico Medio como argumento de trabajos de tercer ciclo, fueron ya iniciadas en los sesenta por L. G. Freeman respecto al Musteriense Cantábrico, y han continuado en este último período con las tesis doctorales de V. Villaverde Bonilla en el Mediterráneo, L. Montes en

el Valle del Ebro, A. Baldeón en el País Vasco, A. Mir en Cataluña, G. Vega Toscano en Andalucía y V. Cabrera respecto a la Cueva del Castillo (VILLAVERDE, 1984; MONTES, 1988 y BALDEÓN, 1990).

Las síntesis y revisiones de los distintos tecnocomplejos del Paleolítico Superior (20), siempre han partido de la separación entre el mundo cantábrico y el mediterráneo, discontinuidad que, excepto para el Solutrense y Solutreogravetiense, hoy no parece tan radical como tradicionalmente se había admitido. No obstante, y en gran medida por la propia estrategia y burocracia de la investigación, los trabajos sobre este episodio casi siempre han tenido un enfoque regional. En las investigaciones sobre el Paleolítico Superior se pueden destacar los trabajos o tesis doctorales de F. Bernaldo de Quirós para el PSI (Auriñaciense-Gravetiense), L. G. Strauss y, más recientemente, M. de La Rasilla para el Solutrense y P. Utrilla, A. Moure Romanillo y C. González Sainz respecto al Magdaleniense. En el ámbito mediterráneo también hay síntesis de carácter general, entre otras las de C. Cacho y J. M. Fullola Pericot, así como trabajos más restringidos centrados en el Solutrense (J. E. AURA TORTOSA) y en Magdaleniense (M. MARTÍNEZ ANDREU).

En cuanto a los trabajos de campo de estos dos últimas décadas resulta imprescindible volver a señalar la incidencia de las excavaciones desarrolladas por J. González Echegaray y L. G. Freeman en 1966, 1968 y 1969 en Cueva Morin (Villanueva de Villaescusa, Cantabria), tanto en los planteamientos teóricos, como en la aplicación de técnicas de registro y análisis (GONZÁLEZ ECHEGARAY y FREEMAN 1971 y 1973).

Ya desde finales de los sesenta se habían introducido en España nuevas técnicas de excavación y recogida de datos que pusieron de actualidad la microestratigrafía y los trabajos extensivos, los procedimientos de clasificación de la industria lítica —en concreto los sistemas de F. Bordes, D. de Sonneville-Bordes y G. Laplace—. La mayor parte de las intervenciones tienen (o se presentan así) un enfoque interdisciplinar, aunque a veces quede en multidisciplinar, es decir, en la yuxtaposición de estudios e informes acerca de las evidencias del registro (elementos arqueológicos, fauna, pólenes, estratigrafría, etc.), a falta de una verdadera definición de fines e integración de resultados.

Los trabajos en cueva Morín tuvieron gran incidencia en el desarrollo ulterior de las excavaciones en cueva. Desde un punto de vista técnico, el registro intentó conciliar la excavación «estratigráfica» en vertical (en 1966 sólo se conserva un estrecho testigo de los niveles del Paleolítico Superior) con la excavación extensiva en áreas, que por idénticos motivos sólo pudo rentabilizarse a partir de la primera capa musteriense. El empleo de los sistemas de F. Bordes y D. de Sonneville-Bordes, no sólo fueron un instrumento de clasificación del instrumental lítico, sino que el primero de ellos permitió la amplia discusión del modelo de ese autor sobre la «cuestión musteriense» y el problema de las facies.

No obstante, y a pesar de la incidencia del proyecto «cueva Morín» y de otros trabajos de J. González Echegaray y L. G. Freeman, no puede establecerse una relación causal de dependencia entre el primero y el rápido desarrollo de las investigaciones en cuevas con yacimientos del Paleolítico Medio y Superior, en el cual hay que valorar otras muchas circunstancias —algunas ya enunciadas en párrafos anteriores— de orden administrativo, académico (aumento cuantitativo y cualitativo de los medios humanos), económico (posibilidad de financiar grandes proyectos multidisciplinares) e incluso coyuntural (la «necesidad» de la excavación como un elemento imprescindible de los *curricula*).

Resulta imposible una enumeración de trabajos sin cometer algún agravio comparativo por omisión. Entre las numerosas excavaciones en estaciones del Paleolítico Medio y/o Superior realizadas en las dos últimas décadas, algunas han retomado el análisis de lugares ya conocidos y estudiados hace años, mientras que en otros casos se inician investigaciones sobre yacimientos intactos. En el primer apartado debemos citar una vez más los trabajos en la Cueva de El Castillo de Puente Viesgo, así como numerosas revisiones de materiales que no fueron documentados en su momento en las antiguas excavaciones de El Pendo (Cantabria), Carigüela de Piñar (Granada), Zájara I (Almería), entre otras muchas.

En la región Cantábrica pueden reseñarse los trabajos de excavación del proyecto Valle Medio del Nalón (cuevas y abrigos de La Viña, La Lluera, Entrefoces, Entrecueves y Las Caldas), y las cuevas de Rascaño, Juyo y Fuente del Salín, y en el País Vasco las de Ekain, Erraya, Atxlor y Amalda; en las dos mesetas, las cuevas de La Ermita, Cueva Millán y Los Casares; en el valle del Ebro, cuevas de Peña Miel (La Rioja), Eudoviges (Teruel) y Chaves y Fuente del Trucho (Huesca) y lugares al aire libre de Castelló del Pla, también en Huesca. En Cataluña pueden destacarse, entre otros, los yacimientos de Abrí Romaní, Abrí Agut, L'Arbreda, Mollet, Bora Gran y Reclau Viver. En el resto del litoral Mediterráneo se ha investigado en las últimas décadas en las cuevas valencianas de Matutano, Cendres y Volcán del Faro, en las murcianas de Los Mejillones y del Caballo, y en las andaluzas de El Toro, Higuerón y Hoyo de la Mina (21).

Por el contrario, los yacimientos del Paleolítico Medio al aire libre sólo han sido objeto de inves-

tigaciones parciales en estos años (34), válidas casi exclusivamente para señalar su existencia y la necesidad de comprender su significado si quiere alcanzarse una panorámica global de este período. Una parte de los mismos, los situados en los depósitos del Manzanares en el último tramo aguas abajo de Madrid, ofrecen unas condiciones de estudio verdaderamente favorables, y llamamos la atención sobre la urgencia de acometerlo antes de que desaparezcan por completo, dada la intensa explotación de areneros a que se ve sometida la zona. Estos yacimientos presentan además el singular interés de corresponder en parte al final del Pleistoceno medio, y permitirían posiblemente documentar el momento primitivo del Paleolítico Medio, al igual que nuevos sitios recientemente registrados en Teruel y el litoral Mediterráneo en proceso de estudio (22), y contribuir al debate actual sobre la diversificación de las tradiciones industriales desde el Pleistoceno medio.

Finalmente como evidencia no sólo ideológica, sino también material, el arte rupestre debe ser considerado dentro del conjunto de manifestaciones conservadas del Paleolítico. En tal sentido, en estas dos últimas décadas varios equipos están desarrollando una línea de investigación sobre documentación del arte parietal y su interrelación con los yacimientos arqueológicos situados en las áreas de asentamiento de las respectivas cavidades.

Respecto a la documentación, hay que diferenciar una vez más entre las revisiones que se han llevado o se están llevando a cabo en alguna de las cavernas descubiertas en ocasiones hace casi un siglo (por ejemplo, la cueva de La Pasiega de Puente Viesto y cuevas de Covalanas y La Haza en Ramales de la Victoria, en Cantabria), el estudio de los nuevos descubrimientos (ALTXERRI y ZUBIALDE en el País Vasco, yacimientos al aire libre de SIEGA VERDE y DOMINGO GARCÍA en Castilla-León) y algunas síntesis de carácter regional, como la de J. L. Sanchidrián en Andalucía. Sigue echándose en falta con urgencia un buen *Atlas* como el editado en 1984 con las cavernas francesas (*L'Art des Cavernes*, Ministère de la Culture, París).

En otros casos el registro no se ha limitado a las figuras parietales, sino que es posible y se pretende su puesta en relación con los respectivos yacimientos arqueológicos: el proyecto Nalón (cuevas de La Lluera, abrigos de Entrefoces y La Viña), cuevas de Tito Bustillo y de Llonín de Asturias, Chufín y Fuente del Salín en Cantabria y de Ekain en el País Vasco.

(1) Existe una abundante bibliografía sobre el tema. En particular pueden consultarse diversas obras de G. Daniel, entre ellas *Towards a History of Archaeology*, obra colectiva editada por Daniel, que incluye un artículo de J. R. Sackett sobre el tema específico aquí tratado. En español puede seguir consultándose G. Daniel, 1974. Un libro casi olvidado, pero de indudable valor respecto al tema es el de E. Hernández-Pacheco, *Prehistoria del solar hispano*.

Algunas de las ideas expuestas sobre Paleolítico Superior están también recogidas en Moure Romanillo, A., e.p.

(2) C. de Prado, 1864: De esta obra hay una reedición moderna, Madrid 1975, efectuada por el Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos. E. de Verneuil y L. Lartet, 1863. Sobre la figura de C. de Prado, *vid.* J. Pérez de Barradas, 1928.

(3) Sanz de Sautuola, M. 1880: Cartailhac, E., 1902: Aspectos historiográficos de las investigaciones en Cantabria durante esos años pueden encontrarse en las obras de B. Madariaga de la Campa; también remitimos al catálogo de exposición de Moure Romanillo, A. y García-Soto, E., *Un siglo de Arqueología en Cantabria (1860-1960)*.

(4) H. Obermaier, 1916: 2.ª edición, corregida y aumentada, 1925 —y apareció poco antes en inglés, *Fossil Man in Spain*, yale University Press, New Haven, 1924—. Existe una reimpresión reciente —Ed. Istmo, 1985—, con estudios introductorios de interés a cargo de J. M. Gómez-Tabanera, H. G. Bandi, G. López-Junquera y E. Aguirre.

(5) *1990 Odisea en el Pasado. Homenaje a don José Miguel de Barandiarán*. Catálogo de la Exposición. San Sebastián, Eusko Kultur Eraginza Etor, 1990.

(6) Las campañas en Torralba se realizaron en 1961, 1962 y 1963; en Ambrona, donde tuvo una intervención destacada P. Biberson, en 1962 y 1963. La resonancia internacional de esos trabajos motivó la presencia en los yacimientos de los principales especialistas de la época, entre los que hay que mencionar al profesor F. Bordes. Hay artículos preliminares amplios que aparecieron en los años sesenta en revistas de gran difusión y prestigio. Entre ellos los de K. W. Butzer, 1966; F. C. Howell, 1966 y P. Biberson, 1968. Una exposición sobre el desarrollo y las diversas etapas de las investigaciones, en E. Aguirre, 1989. La controversia actual sobre estos yacimientos ha originado ya una bibliografía considerable, al respecto puede consultarse. P. Villa, 1990, que incluye las principales referencias.

(7) Como términos de comparación, que confirman lo dicho, pueden emplearse las obras de M. Almagro Basch, 1954 y de F. Jordá, 1967. Esta falta de nuevos proyectos se desprende asimismo del artículo de E. Aguirre, D. Collins y J. Cuenca, 1964.

(8) Desde 1962 el señor Martín Aguado publicó diversos estudios sobre este yacimiento, entre otros M. Martín Aguado, 1962, 1963 y 1963a. Estos trabajos llevaron al autor a desarrollar ambiciosas teorías sobre el poblamiento de la Península en el Pleistoceno, o acerca del modo de empuñar los utensilios y el ambidextrismo de los homínidos autores de la industria, que fueron muy contestadas ya en la época (M. Llongueras, 1964-5). Pese a sus indudables deficiencias, el intento de Martín Aguado fue un original esfuerzo por comprender de manera integral y con referencias morfoestratigráficas el Paleolítico peninsular en los años sesenta.

(9) L. G. Freeman, 1975. Este artículo fue inicialmente preparado para el simposium organizado por la fundación Wenner-Gren en Burg Wartenstein en 1973.

(10) En el momento de redactar estas páginas, la plantilla del área de Prehistoria de los Cuerpos Docentes Universitarios se sitúa en 122 profesores (24 catedráticos de Universidad, 97 Profesores Titulares de Universidad y un Profesor Titular de Escuela Universitaria), de los que en torno al 15 por 100 dedican prioritariamente su actividad investigadora al campo del Paleolítico.

(11) H. Breuil, 1932. Una última síntesis de las ideas de Breuil sobre este tema, en G. Zbyszewski: *La clasificación du Paléolithique ancien et la chronologie du Quaternaire de Portugal en 1942.*

(12) La visión actual, renovada, sobre el Achelense de la cuenca del Sommé y del N. de Francia, deriva de los trabajos dirigidos por A. Tufreau en la región. Entre ellos remitimos a A. Tuffreau y J. Sommé, eds., 1988, y a las Actas del Congreso de Saint-Riquier (1989), en prensa, artículos de Tuffreau y colaboradores.

(13) E. Boëda, J. M. Geneste y L. Meignen, 1990. El concepto —*Reduction sequence*— ha sido manejado anteriormente por B. Bradley, 1977; también por J. Tixier, M. L. Inizan y H. Roche, 1980.

(14) Este proceso ha pasado por etapas sucesivas, reflejadas en una abundante bibliografía que sería prolijo exponer aquí. Aparece recogida la principal, y allí nos remitimos para la exposición que sigue, en M. Santonja y P. Villa, 1990.

(15) Además de Santonja y Villa 1990, o.c. y Santonja 1991, o.c., *vid.* M. Gamazo y A. Cobo, 1983 y M. Arnaiz Alonso, 1990.

(16) No obstante debemos señalar que recientes prospecciones llevadas a cabo en las terrazas altas del Tajo en el sector de Talavera de la Reina, han permitido ampliar las exiguas muestras anteriormente conocidas —Santonja y Villa, 1990, o.c.—, e invitan a continuar el estudio de estas localidades.

(17) La existencia de un verdadero Achelense antiguo en Europa es en la actualidad objeto de controversia. La cronología de las más primitivas industrias en nuestro continente, sensiblemente posteriores a las de E. de Africa, inclinan a admitir que el complejo industrial achelense llega a nuestras latitudes, o al menos se expande, ya plenamente evolucionado.

(18) No se poseen por el momento, con la excepción de Atapuerca, dataciones absolutas para yacimientos del Paleolítico inferior peninsular. Respecto a Atapuerca, J. C. Carracedo, F. Heller, V. Soler y E. Aguirre, 1987, y R. Grün y E. Aguirre, 1987.

(19) Son relativamente numerosos los sitios de este grupo estudiados en ambas Mesetas y regiones inmediatas, en M. Santonja, 1986, se estudia uno de ellos y se recoge buena parte de la bibliografía.

(20) Resultaría demasiado largo incorporar las referencias de todos los trabajos de investigación reseñados. Remitimos a las memorias y los anuarios publicados por el Ministerio de Educación y Ciencia, las diferentes Universidades y a los RAE (*Repertorio de Arqueología Española*) publicados a partir de 1970 (aunque por desgracia interrumpidos años después) por la Subdirección General de Arqueología y Etnología de la Dirección General de Bellas Artes.

(21) *Repertorio de Arqueología Española* y Anuarios de excavaciones arqueológicas del Ministerio de Cultura y de algunas de las Comunidades Autónomas.

(22) Desde 1990 se excava en Teruel un sitio inmediato a la capital —Cuesta de la Bajada— atribuido provisionalmente a la mitad superior del Pleistoceno medio (M. Santonja. A. Pérez González y E. Moissenet). En el País Valenciano se encuentran en curso de estudio la cueva de Bolomor y alguna otra localidad, con industrias no achelenses, también atribuibles en principio al Pleistoceno medio (J. Fernández Peris, com. personal).

BIBLIOGRAFIA

AGUIRRE, E. (1964): *Las Gándaras de Budiño, Porriño (Pontevedra).* Exc. Arq. en España, vol. 31. Madrid.

AGUIRRE, E. (1989): «Ambrona y Torralba», en *Diez años de Arqueología Soriana,* J. L. Argente ed., Museo Numantino, Soria, 23-36.

AGUIRRE, E. y BUTZER, K. W. (1967): «Problematical Pleistocene Artifact Assemblage from Northwestern Spain». *Science,* 157, 430-431.

AGUIRRE, E. de; CARBONELL, E. y BERMÚDEZ DE CASTRO, J. M.ª (eds.) (1987): *El Hombre fósil de Ibeas y el Pleistoceno de la Sierra de Atapuerca.* Junta de Castilla y León. Valladolid.

AGUIRRE, E., COLLINS, D. y CUENCA, J. (1964): «Perspectivas del Paleolítico inferior en España». *Not. Arq. H.º,* VI, 7-14.

ALMAGRO BASCH, M. (1954): «El Paleolítico español», en *Historia de España,* dirigida por R. Menéndez Pidal, t. I, vol. 1, Espasa-Calpe, 243-298.

ARNAIZ ALONSO, M. (1990): «Las ocupaciones de San Quirce de río Pisuerga: reflexiones sobre la utilización del espacio y sus implicaciones», *Bol. Sem. Arte y Arq.,* LVI, 25-37. Valladolid.

BALDEÓN, A. (1990): «El Paleolítico inferior y medio en el País Vasco. Una aproximación en 1990». *Munibe,* 42, 11-22.

BIBERSON, P. (1968): «Les gisements acheuléens de Torralba et Ambrona (Espagne). Nouvelles precisions». *L'Anthropologie* 72 (3-4), 241-278.

BINFORD, L. R. (1962): «Archaeology as Anthropology», *American Antiquity,* 28, 217-225.

BINFORD, L. R. (1965): «Archaelogical systematics and the study of cultural process». *American Antiquity,* 31, 203-210.

BOEDA, E.; GENESTE, J. M. y MEIGNEN, L. (1990): «Identification de chaînes operatoires lithiques du Paléolithique ancien et moyen». *Paleo,* 2, 43-80.

BORDES, F. (1950): «Principes d'une méthode d'étude des techniques de débitage et de la typologie du Paléolithique ancien et moyen». *L'Anthropologie,* 54, 19-34.

BORDES, F. (1952): «Stratigraphie du loess et évolution des industries paléolithiques dans l'Ouest du bassin de París». *L'Anthropologie,* 56, 1-38.

BORDES, F. (1953): *Les limons quaternaires du bassin de La Seine.* Arch. de l'IPH, mem. 26. París.

BORDES, F. (1958): «Loess et chronologie du Paléolithique». *L'Anthropologie,* 62, 160-166.

BORDES, F. (1961): *Typologie du Paléolithique ancien et moyen.* Imp. Delmas. Bordeaux.

BORDES, F. (1968): *Le Paléolithique dans le monde.* Hachette. París.

BORDES, F. (1969): «Le loess en France», en *Le Quaternaire en France,* VIII Congrès INQUA, 69-76.

BORDES, F. s.f.: *Leçons sur le Paléolithique.* Policopiado. Institut du Quaternaire. Bordeaux.

BRADLEY, B. 1977: *Experimental lithic technology wit special reference to the Middle Palaeolithic*, Ph. D. dissertation, Cambridge University.
BREUIL, H. (1932): «Les industries a éclats du Paléolithique ancien». *Préhistoire*, I (2), 125-190.
BUEN, O. de (1896): *Geología*. Imprenta Gutenberg. Barcelona.
BUTZER, K. W. (1966): «The Acheulean station of Torralba (Spain). A Progress Report». *Quaternaria*, vol. VIII, 9-21.
BUTZER, K. W. (1967): «Geomorphology and Stratigraphy of the Palaeolithic site of Budiño». *Eiszeitalter und Gegenwart*, B. 18, 82-103.
CABRERA VALDÉS, V. (1984): *El yacimiento de la cueva de El Castillo (Puente Viesgo, Santander)*. Bibliotheca Praehistoria Hispana, XII. Madrid.
CARRACEDO, J. C.; HELLER, F.; SOLER, V. y AGUIRRE, E. (1987): «Estratigrafía magnética del complejo de Atapuerca. Determinación del límite Matuyama/Bruhnes». En *El hombre fósil de Ibeas y el Pleistoceno de la Sierra de Atapuerca*, E. Aguirre *et al.* eds., Junta de Castilla y León, 193-199.
CARTAILHAC, E. (1902): «Les Cavernes ornées des dessins. La grotte d'Altamira (Espagne). Mea culpa d'un sceptique». *L'Anthropologie* 13, 348-354. París.
COURBIN, P. (1987): «André Leroi-Gourham et la technique des fouilles», *Bull. Soc. Prh. Fr.*, 84 (10-12), 328-334.
DANIEL, G. (1974): *Historia de la Arqueología*, Alianza Editorial. Madrid.
ECHAIDE, M.ª D. (1971): «La industria lítica del yacimiento de Budiño (Pontevedra)». *Munibe* XXIII, I, 125-154.
FABIÁN, J. F. (1986): «La industria lítica del yacimiento de La Dehesa, en El Tejado, Béjar (Salamanca). Una industria de tipología magdaleniense en la Meseta». *Numantia* II, 101-141.
FREEMAN, L. G. (1966): «The Nature of Musterian facies in Cantabrian. Spain». *American Anthropologist*, 68, 230-237.
FREEMAN, L. G. (1975): «Acheulian Sites and Stratigraphy in Iberia and the Maghreb». En *After the Australopithecines*, K. W. Butzer y G. Ll. Isaac, eds., Mouton Pub., New York, 661-744.
GAMAZO, M. y COBO, A. (1983): «Desarrollo de las teorías sobre la edad y formación de las terrazas del Manzanares. Nuevas aportaciones». En *Homenaje a M. Almagro Basch*, Ministerio de Cultura, Madrid, vol. I, 63-81.
GONZÁLEZ ECHEGARAY, J. y FREEMAN, L. (1971): *Cueva Morín (excavaciones 1966-1968)*. Pub. Patronato Cuevas Prh. de Santander.
GONZÁLEZ ECHEGARAY, J. y FREEMAN, L. (1973): *Cueva Morín (excavaciones 1969)*. Pub. Patronato Cuevas Prh. de Santander.
GONZÁLEZ ECHEGARAY, J.; GARCÍA GUINEA, M. A. y BEJINES RAMÍREZ, A. (1965): *Cueva de La Chora*. Exc. Arq. en España, vol. 26. Madrid.
GONZÁLEZ ECHEGARAY, J.; GARCÍA GUINEA, M. A. y BEJINES RAMÍREZ, A. (1966): *La Cueva de El Otero*. Exc. Arq. en España, vol. 53. Madrid.
GONZÁLEZ ECHEGARAY, J. *et al.* (1980): *El yacimiento de la cueva de El Pendo (excavaciones 1953-57)*. Bibliotheca Praehistorica Hispana, vol. XVII, Madrid.
GRÜN, R., y AGUIRRE, E. de. (1987): «Datación por ESR y por la serie del U en los depósitos cársticos de Atapuerca». En *El hombre fósil de Ibeas...*, E. Aguirre *et al*, eds., Junta de Castilla y León, 201-204.
HERNÁNDEZ PACHECO, E. 1959: *Prehistoria del solar hispano*. Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, memoria núm. 20. Madrid.
HOWELL, F. C. (1966): «Observations on the earlier phases of the European Lower Paleolithic». *American Antropologist*, 68, 2, 2, 88-201.
IGLESIAS, J. C. (1987): «El Paleolítico superior en el valle del Pisuerga: el yacimiento de Fuente de las Pocillas». *Cuaternario y Geomorfología*, vol. I, 135-155.
JANSSENS, P. y GONZÁLEZ ECHEGARAY, J. (1958): *Memoria de las excavaciones en la cueva del Juyo (1955-56)*. Patronato de las cuevas prehistóricas. Santander.
JORDÁ, F. (1967): «La España de los tiempos paleolíticos», en *Las raíces de España*, Gómez-Tabanera, ed., Inst. Español de Antropología Aplicada, Madrid, 1-26.
LAPLACE, G. y MEROC, L. (1954): «Application des coordonnées cartésiennes à la fouille d'un gisement». *Bull. de la Soc. Prh. Fr.*, t. LI, núm. 7, 56-66.
LAPLACE, G. y MEROC, L. (1954): «Complément à notre note sur l'application des coordonnées cartesiennes à la foulle d'un gisement». *Bull. de la Soc. Prh. Fr.*, t. LI, núm. 7, 291-293.
LEROI-GOURHAN, A. (1966): «L'habitation magdalénienne núm. 1 de Pincevent près Montereau (Seine-et-Marne)», *Gallia Préhistoire*, 9 (2), 263-385.
LEROI-GOURHAN, Arl. (1965): «Análisis polínico de la cueva de El Otero», en *La cueva de El Otero*, González Echegaray *et al.* eds., Excavaciones Arq. en España, vol. 53, 83-85.
LEROI-GOURHAN, Arl. (1971): «Análisis polínico de la Cueva Morín», en *Cueva Morín: excavaciones 1966-1968*. González Echegaray, J., y Freeman, L. G., (eds.), Santander, 359-365.
LUMLEY, H. de (1969): «Étude de l'outillage moustérien de La Grotte de Carigüela (Piñar, Grenade)», *L'Anthropologie*, 73 (3-4), 165-206 y 325-364.
LLONGUERAS, M. (1964-5): «Sobre la industria del paleolítico inferior del yacimiento de Pinedo (Toledo)». *Ampurias*, 26-27, 205-210.

MADARIAGA DE LA CAMPA, B. (1972): *Hermilio Alcalde del Río. Una escuela de prehistoria en Santander.* Publicaciones del patronato de las cuevas prehistóricas de la provincia de Santander, vol. IX. Santander.
MADARIAGA DE LA CAMPA, B. (1975): «Historia de los descubrimientos pre-históricos», en *La Prehistoria en la cornisa cantábrica,* M. A. García Guinea y M. A. Puente Sañudo, eds., Institución Cultural de Cantabria, Santander, 11-32.
MARTÍN AGUADO, M. (1962): «Recientes hallazgos prehistóricos en las graveras de Toledo». *Est. Geológicos,* XVIII, 3-4, 139-154.
MARTÍN AGUADO, M. (1963): *El yacimiento prehistórico de Pinedo (Toledo) y su industria triédrica.* Instituto provincial de investigaciones y estudios toledanos. Serie II, núm. 1. Toledo.
MARTÍN AGUADO, M. (1963a): «Sobre la prehensión de los útiles triédricos y el poblamiento de Europa». *Zephyrus* XIV, 47-52.
MARTÍN SANTAMARÍA, M., ROJO, E. y MORENO, M. A. (1986): «Hábitat postmusteriense en Mucientes (Valladolid)». *Numantia* II, 87-99.
MARTÍNEZ DE MERLO, A. M. (1984): «El Paleolítico Superior en el valle del Manzanares: el yacimiento de El Sotillo». *Bol. del Museo Arqueológico Nacional,* t. II, núm. 1, 47-68.
MONTES RAMÍREZ, L. (1988): *El Musteriense de la cuenca del Ebro.* Monografías Arqueológicas; 28. Zaragoza.
MOURE ROMANILLO, A. e.p.: «El Paleolítico español; construcción científica y problemática actual». *Primera Reunión de prehistoriadores hispano-soviéticos* (Madrid-Santander, Junio de 1990). Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Fundación Ortega y Gasset.
MOURE ROMANILLO, A. y GARCÍA SOTO, E. (1989): *Un siglo de Arqueología en Cantabria (1860-1960).* Caja Cantabria. Santander.
OBERMAIER, H. (1916): *El Hombre Fósil.* Mem. núm. 9 de la Comisión de Inv. Paleontológicas y Prehistóricas. Madrid.
PÉREZ DE BARRADAS, J. (1928): «El descubridor del hombre fósil en España, don Casiano de Prado y Valló», *Investigación y Progreso,* II, núm. 1, 1-4. Madrid.
PÉREZ GONZÁLEZ, A. (1982): «El Cuaternario de la región central de la cuenca del Duero». *Actas I Reunión sobre Geología de la Cuenca del Duero.* Vol. II, 717-740. Instituto Geol. y Minero. Madrid.
PÉREZ GONZÁLEZ (1988): «Ríos y procesos fluviales. Situación actual», en *Perspectivas en Geomorfología,* M. Gutiérrez y J. L. Peña, eds., Soc. Española de Geomorfología, Madrid, 109-124.
PERICOT, L., (1942): *La cueva del Parpalló (Gandía),* CSIC, Madrid.
PRADO, C. de (1864): *Descripción física y geológica de la provincia de Madrid.* Junta General de Estadística, Madrid.
QUEROL, M. A. y SANTONJA, M. (1978): Sistema de clasificación de cantos trabajados y su aplicación en yacimientos del Paleolítico antiguo de la Península Ibérica. *Saguntum* 13, 11-38.
QUEROL, M. A. y SANTONJA, M. (1979): *El yacimiento achelense de Pinedo (Toledo).* Exc. Arq. en España, vol. 106. Ministerio de Cultura. Madrid.
RIPOLL, E. y LUMLEY, H. de (1965): «El Paleolítico medio en Cataluña». *Ampurias,* 26-27, 1-70.
SACKETT, J. R. (1981): «From de Mortillet to Bordes: a century of French palaeolithic research». En *Towards a History of Archaeology,* G. Daniel, ed., Thames and Hudson, Londres, 85-99.
SANTONJA, M. (1981): *El Paleolítico inferior de la Meseta central española.* Tesis. Univ. Complutense.
SANTONJA, M. (1986): «Valgrande (Puebla de Yeltes, Salamanca): área de talla y sitio de ocupación del Paleolítico medio». *NUMANTIA II,* 33-85. Valladolid.
SANTONJA, M. (1991): «Comentarios generales sobre la dinámica del poblamiento antiguo en la provincia de Salamanca». En *Del Paleolítico a la Historia,* M. Santonja ed., Museo de Salamanca, 13-31.
SANTONJA, M. y PÉREZ GONZÁLEZ, A. (1984): *Las industrias paleolíticas de La Maya I en su ámbito regional.* Exc. Arq. en España, vol. 135. Ministerio de Cultura. Madrid.
SANTONJA, M. y QUEROL, A. (1978): «Problemática del estudio de los yacimientos paleolíticos de la Meseta española en relación con sus características estratigráficas». *Bol. Asoc. Am. Arq.,* núm. 10, 5-12. Madrid 1978.
SANTONJA, M. y VILLA, P. (1990): «The Lower Paleolithic of Spain and Portugal». *Journal of World Prehistory,* vol. 4 (1), 45-94.
SANZ DE SAUTUOLA, M. (1880): *Breves apuntes sobre algunos objetos prehistóricos de la provincia de Santander.* Imprenta y Litografía de Telesforo Martínez. Santander.
TAVOSO, A. (1978): *Le Paléolithique inférieur et moyen du Haut-Languedoc.* Études Quaternaires, vol. 5, Univ. de Provence.
THIBAULT, Cl. (1970): *Recherches sur les terrains quaternaires du bassin de l'Adour.* Thèse. Fac. Sc. Univ. Bordeaux.
TIXIER, J.; INIZAN, M. L. y ROCHE, H. (1980): *Préhistorie de la pierre taillée. I. Terminologie et technologie.* Cercle de Recherches et d'Études Préhistoriques. Antibes.
TUFFREAU, A. y SOMME, J. (eds.) (1988): *Le gisement paléolithique moyen de Biache-Saint- Vaast (Pas de Calais).* Vol. I, Mém. Soc. Prh. Fr. núm. 21. París.

UTRILLA, P.; RIOJA, P., y MAZO, C. (1986): *El Paleolítico en La Rioja: I. El término de Villar de Torre.* Inst. de Estudios Riojanos. Logroño.
UTRILLA, P.; RIOJA, P., y MONTES, L. (1988): *El Paleolítico en La Rioja. III: el término de Badarán.* Univ. de Zaragoza e Inst. de Estudios Riojanos.
UTRILLA, P.; RIOJA, P. y MONTES, L. (1988): *El Paleolítico en La Rioja. III: el término de Badarán.* Univ. de Zaragoza e Inst. de Estudios Riojanos.
UTRILLA, P.; RIOJA, P. y RODANES, J. M.ª (1986): *El Paleolítico en La Rioja: II. El término de Cañas-Cirueña.* Universidad de Zaragoza.
VERNEUIL, E. de y LARTET, L. (1863): «Note sur un silex taille trouvé dans le diluvium des environs de Madrid». *Bull. Soc. Geol. de France*, 2.ª ser., t. XX, 698-702. París.
VILANOVA Y PIERA, J. (1872): *Origen, naturaleza y antigüedad del hombre.* Imprenta de la Compañía de Impresores y Libreros del Reino. Madrid.
VILANOVA Y PIERA, J. y RADA DELGADO, J. (1893): *Geología y Protohistoria ibéricas.* El Progreso Editorial. Madrid.
VILLA, P. (1981): «Matières premières et provinces culturelles dans l'Acheuléen français». *Quaternaria*, 23, 19-35.
VILLA, P. (1983): *Terra Amata and the Middle Pleistocene Archaelogical Record of Southern France.* Univ. of California Press, Berkeley.
VILLA, P. (1990): «Torralba and Aridos: elephant exploitation in Middle Pleistocene Spain». *Journal of Human Evolution*, 19, 299-309.
VILLAVERDE BONILLA, V. (1984): *La Cova Negra de Xàtiva y el Musteriense de la región central del Mediterráneo español.* Servicio de Inv. Prhcas. Trabajos Varios, vol. 79. Diputación Provincial. Valencia.
VILLAVERDE BONILLA, V. y MARTÍ OLIVER, B. (1984): *Les societats caçadores de la Prehistoria Valenciana.* Servicio de Investigaciones Prehistóricas. Valencia.
ZBYSZEWSKI, G. (1943): *La clasification du Paléolithique ancien et la chronologie du Quaternaire du Portugal en 1942.* Bull. Soc. Geol. Portugal, vol. VII (2-3), Oporto.

EPIPALEOLITICO Y NEOLITICO

Isabel Rubio de Miguel
Universidad Autónoma de Madrid

Los últimos veinte años que suponen, asimismo, los de vida fructífera de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología, han visto evolucionar algunas de las sistematizaciones o teorías correspondientes a los procesos de cambio cultural que dan nombre a este capítulo, en ocasiones incluso de forma acelerada a causa del descubrimiento de determinados hallazgos o la aplicación de nuevas formas de análisis.

El desarrollo del marco auxiliar y los estudios interdisciplinarios imprescindibles en la investigación prehistórica han contribuido, de manera decisiva, a las transformaciones aludidas para unos momentos en que, por añadidura, los estudios ambientales y los análisis tomados de otras disciplinas resultan fundamentales por razones más que evidentes. Por una parte, la variación de clima y paisaje que generan los cambios producidos por la retirada definitiva de los hielos y el inicio del Holoceno, quizá con una menor y desigual repercusión en la Península Ibérica que en otras regiones europeas, pero que demanda igualmente una serie de adaptaciones al hombre epipaleolítico y también a las especies animales, y por otra, las nuevas relaciones que se establecen entre el medio ambiente y los grupos neolíticos que comienzan a practicar las actividades propias de la economía productora: la domesticación de ciertas especies animales y el cultivo de determinadas plantas, creando en algún sentido un entorno artificial, serían las causas más destacadas.

Conviene, en todo caso, dejar constancia en primer lugar del abandono definitivo de algunos tópicos que han condicionado, de algún modo, la investigación y sus conclusiones, en el ámbito general y no sólo en la Península.

Ni el determinismo ambiental a ultranza, pero sí la debida valoración del entorno y de algunos procesos biológicos, ni un evolucionismo unilineal parecen encajar del todo con los datos que presenta el registro arqueológico. En él se ha puesto de manifiesto que algunos de los cambios que se evidencian en el proceso de la neolitización se gestan en momentos anteriores, posiblemente desde el Paleolítico superior. Sin embargo, es precio señalar que la domesticación entraña una gran complejidad y que la modificación de las relaciones del grupo humano con ciertas especies no tienen por qué desembocar de forma unívoca en ella.

Los datos provenientes del campo de la Antropología y de la Etnoarqueología indican unas condiciones de vida quizá demasiado idílicas a veces para las sociedades de cazadores-recolectores, pero aún sin llevar esta visión a sus últimas consecuencias (la denominada por M. SAHLINS «sociedad opulenta», calificativo que el autor matiza en cualquier caso), parece que el grado de adaptación y los resultados obtenidos son generalmente satisfactorios. Justamente, este nuevo enfoque lleva a

una explicación no excesivamente evolucionista por una parte (adopción de la economía productora únicamente en situaciones de desequilibrio o de crisis, es decir, por causa de la necesidad y no de las ventajas supuestamente evidentes de la misma), aunque por otra debamos reconocer ese conocimiento profundo anterior de los ciclos vitales de animales y plantas que posibilitan su domesticación como solución, en un caso dado.

Por lo mismo, esos grupos de cazadores-recolectores («cazadores-recolectores complejos» para algunos antropólogos), están lejos de reflejar una sociedad en crisis, la epipaleolítica, caracterizada por una baja demografía y una degeneración del arte, epílogo del floreciente Paleolítico superior (fundamentalmente de las industrias magdalenienses) y, en otros casos, una transición (el «preludio mesolítico» en palabras de J. G. D. CLARK) al Neolítico del que adopta las innovaciones revitalizadoras.

Por el contrario, se perfilan como grupos con estructuras sociales de una cierta complejidad, con unas enormes posibilidades de adaptación, facilitadas además por un utillaje lítico más funcional en ese sentido y que, en definitiva, optan por un claro pragmatismo en todos los órdenes.

Se valoran, en general, los procesos locales sin perder de vista, desde luego, la complejidad de la neolitización que, para la Península Ibérica, habrá de ser abordada aún, necesariamente, para ciertos aspectos y especies desde los planteamientos de autoctonía/aloctonía de los mismos.

Dentro de estos parámetros es como debemos situar la evolución experimentada por la investigación de estas etapas en la Prehistoria española. Si por un lado la inclusión en un mismo capítulo implica la concisión en la exposición y la selección de novedades, teorías o sistematizaciones, por otro permite analizar las tendencias que, a largo plazo, pueden determinarse en procesos de este género. Teniendo en cuenta, además, que el espacio impuesto, excesivamente reducido, obliga a la elección de temas y publicaciones, así como a una simplificación siempre peligrosa, es preciso dejar constancia aquí de que la omisión de alguno de ellos no supone, en modo alguno, olvido o falta de interés hacia los mismos.

Los estudios ambientales (polínicos, sedimentológicos y antracológicos) representan un claro avance a la hora de sopesar los condicionamientos derivados del entorno, así como los aspectos económico y territorial de los diversos grupos humanos. Con todo, se precisa aún un número mayor, sobre todo en determinadas áreas. Las obras de Fumanal (1986) y Dupré (1988) constituyen la referencia obligada como trabajos de síntesis, sin olvidar que en la segunda se recopilan, entre otros, los trabajos pioneros de P. López (1978a y 1986).

Según los datos allí analizados, en la transición al Holoceno (ALLERÖD y DRYAS III) y en los inicios de este período (Preboreal y Boreal), las temperaturas continúan siendo frías, pero aumenta la humedad. Los análisis de polen, sin ser demasiado abundantes, son más numerosos para el norte, pero reflejan una cierta discordancia entre ellos para ciertas etapas (FERNÁNDEZ-TRESGUERRES, 1983). Los pinos, predominantes en el Würm, retroceden frente al avellano, aliso o abedul y, más tarde, *Quercetum mixtum*. La región mediterránea, por su parte, carece prácticamente de análisis de polen para estos momentos. Pinus sigue conservando cierta importancia, entrando en competencia o siendo sustituido por *Q. t. faginea* o *Q. ilex-coccifera*. La sedimentología (FUMANAL, 1986, 198), indica «una vegetación abierta..., la implantación de un régimen climático o marcadamente seco, con precipitaciones fuertes y esporádicas que provocan una paulatina denudación de las laderas con arroyadas concentradas». La actividad fluvial es esporádica. Este panorama perdurará bastante, con las variaciones que veremos para el Neolítico.

Las culturas del Postglaciar que se delimitan claramente en la Península son: Aziliense y Asturiense en la región cantábrica, los concheros portugueses y un Epipaleolítico mediterráneo que engloba diversos grupos. La existencia de algunas de ellas se había puesto de manifiesto con anterioridad (caso de las tres primeras), aun cuando se ha modificado o ampliado el conocimiento de las mismas y, en el último caso, se ha elaborado la sistematización completa de un buen número de industrias y se han eliminado ciertas denominaciones, más o menos consolidadas.

El *Aziliense* de la zona cantábrica, identificado ya por diversos autores desde principios de siglo en varios yacimientos de la zona, quedaba situado en una posición intermedia entre el Magdaleniense final y el Asturiense en las cuevas costeras. La reactivación de los trabajos a partir del 1955 por otros investigadores desemboca en una síntesis sobre dicha cultura en Asturias y Santander, realizada por Fernández-Tresguerres (1980). Para el citado autor, el Aziliense es un problema de «conservadurismo decadentista». Sin embargo, no se trata de una simple degeneración por comparación con el Magdaleniense precedente porque aunque marca la transición desde el Paleolítico, muestra ya características de las industrias epipaleolíticas. Climáticamente se encuadra en la última parte de Dryas III y en el Preboreal. Gracias a la cronología radiocarbónica se ha precisado que el grueso de

la cultura se desarrolla entre los milenios IX° y VIII°, siendo las dotaciones más antiguas peninsulares un milenio más recientes que las francesas (9.810 a. de C. de Zatoya en Navarra).

Por lo que se refiere a las industrias, supone un mayor dominio de la realidad, que se traduce en un marcado utilitarismo y simplicidad, visibles en la fabricación de los arpones, por ejemplo, aunque también se detecte una complicación en los elementos como lo demuestran los útiles compuestos. La industria lítica se modifica, además, en función de la disminución de la ósea (índice más alto de raspadores que de buriles y aumento de los microlitos).

El arte puede ser visto como un tipo de expresión a través de signos elementales y no como una degeneración con respecto a las manifestaciones magdalenienses, ya que, en otro orden de cosas, parece evidenciarse un pensamiento complejo en enterramientos como el de Los Azules. La excavación de este mismo yacimiento permitió, asimismo, precisar algunos aspectos de la evolución tecnológica aziliense (FERNÁNDEZ-TRESGUERRES, 1990).

La modificación en la economía se traduce en la abundancia de individuos juveniles entre la población faunística cazada. La evolución, en fin, de esta cultura es diversa: en el sur de Francia y País Vasco español desemboca en un Epipaleolítico con abundantes geométricos (menos en el área vasca), mientras que en Asturias y Santander, finaliza en la cultura Asturiense. Sobre esta última cuestión, controvertida para algunos, volveremos inmediatamente.

Del mismo modo que la cultura Aziliense, o industrias de carácter aziloide se detectan asimismo fuera del marco peninsular, también es España, como en otras áreas europeas, se documentan culturas de concheros: los asturienses y los portugueses de los río Muge y Sado, en los que lamentablemente no podemos detenernos.

Por lo que respecta a la cultura *Asturiense,* las investigaciones sistemáticas se inician a principios de siglo, debiéndose las monografías más recientes a los años 1976 (CLARK) y 1982 (GONZÁLEZ MORALES). Sin embargo, una serie de trabajos parciales abundan, fundamentalmente, en los aspectos económicos, utilizando en algún caso las técnicas del análisis de captación y desechando con sus resultados la idea de pobreza económica propugnada para estos grupos en la bibliográfica más antigua. Por tanto, parece más oportuno centrar la atención en ellos, remitiendo a las monografías citadas para los datos relativos al equipo material.

Clark (1976 y 1983) había descrito estos yacimientos como basureros asociados a campamentos base, cuyo contenido representaría una variedad de obtención, transformación, mantenimiento y disponibilidad de recursos. Su situación sería la ideal para explotar ambientes de costa, estuarios, bosque y montaña. La economía de caza y recolección se constataría en yacimientos ocupados todo el año. González Morales (1990), sin embargo, opone a esta descripción la ausencia de yacimientos en posición interior de montaña.

Bailey (1973) veía también en estos yacimientos un patrón de migraciones periódicas entre la costa y la montaña y, por tanto, el carácter estacional de los mismos. La aportación principal a la dieta alimenticia estaba constituida por el ciervo y, en menor grado, por los moluscos. Con posterioridad, este autor (BAILEY, 1983), ha puesto en relación los cambios del entorno (en el nivel del mar y en el límite de las nieves perpetuas) y las tendencias a largo plazo que se observan en la subsistencia y que se verían influenciados por los primeros, así como la complicación del estudio territorial por cambios en los patrones de deposición de los desechos.

Más tarde, G. A. Clark y S. Larner (GONZÁLEZ MORALES, 1990), basándose en las técnicas del análisis de captación llegaron a la conclusión de que eran testimonios de campamentos base, situados entre las colinas y a lo largo de los estuarios cerca de la costa.

L. G. Straus (GONZÁLEZ MORALES, 1990) propuso un modelo de explotación en el que se consideraba el Asturiense como equivalente cronológico del Aziliense y los dos como facies diferentes desde el punto de vista funcional o de la disponibilidad de los mismos grupos humanos. Las estrategias de subsistencia continuarían la tendencia a la diversificación iniciada, en este sentido, al menos en el Solutrense. G. A. Clark (1990) vuelve sobre este mismo modelo revisando 58 yacimientos de ambas culturas y observando el solapamiento de estas en el milenio entre el 9.500 y el 8.500 B. P. Asimismo, iniste en su primitiva idea de que los yacimientos asturiense son basureros de los campamentos base y señala la falta de datos sobre estos últimos. Los cambios en los patrones de explotación de recursos se atribuyen a un crecimiento de la población (aunque los recursos clave experimentaran cambios en su distribución y disponibilidad), y la variación de los conjuntos se debe, en su opinión, al uso de los yacimientos a través del tiempo. Según esta interpretación, las periodicidades que sugieren tenderían más bien a ocultar las tendencias recurrentes en la adaptación.

González Morales (1990) alerta, sin embargo, sobre el peligro de generalizaciones hechas sobre

una base de datos poco adecuada, utilizando, en cambio, metodologías sofisticadas carentes de una revisión crítica previa de los datos. Por ello pone de manifiesto en las hipótesis señaladas una serie de contradicciones e inconsistencias (inclusión del mismo yacimiento con dos denominaciones diferentes con las que se cita en la bibliografía antigua, de variables que se hallan únicamente en uno o dos casos, etc.). Asimismo, la no consideración de datos publicados en años más recientes (1975 a 1985, fundamentalmente), lleva a insistir en la situación interior de determinados yacimientos que no se cumple, entre otras cosas. Mazaculos demuestra que no existe ese solapamiento de Aziliense y Asturiense *sensu stricto* y no es la excepción. Allí y en otras cuevas se ve la coincidencia del final del Asturiense con la primera llegada de cerámica (seguramente posterior al 5.500 B. P.) y la aparición de los primeros constructores de megalitos (hallazgo de dos picos asturienses en un monumento de Sierra Plana de Vidiago) (GONZÁLEZ MORALES, 1990, 606).

La permanencia de los grupos de concheros hasta la llegada del fenómeno megalítico parece ser igualmente una constante en otras áreas de Europa (fachada atlántica, fundamentalmente), lo que concuerda con el arraigo en el territorio que se defiende para estos grupos de cazadores-recolectores intensivos de recursos estáticos y la barrera que parecen establecer ante la neolitización, en contraposición con otras poblaciones epipaleolíticas con diferente sistema económico, lo que vendría a demostrar asimismo una diversificación social.

De igual manera, la aparición de cerámica al final de alguno de los concheros portugueses plantea el mismo fenómeno puesto de manifiesto para la cultura anterior. La cronología de estos yacimientos, no obstante, los sitúa en pleno período Atlántico, coincidiendo con el Neolítico de otras áreas peninsulares. Recientes estudios de distribución espacial parecen abogar por un nomadismo limitado en Muge (ROCHE, 1990) y actividades estacionales (caza y pesca), junto con otras constantes (recolección de moluscos) en campamentos base, paralelos a otros más pequeños de economía más especializada, en los de Sado (MORAIS-ARNAUD, 1990).

El *Epipaleolítico mediterráneo* ha sido sistematizado por J. Fortea (1973), quien estudió y clasificó una serie de industrias halladas desde Cataluña a Andalucía oriental, siendo el resultado de este importante esfuerzo una monografía todavía no superada, aunque haya podido ser objeto de posteriores precisiones, sobre todo por lo que respecta a la transición al Neolítico y a él mismo. La metodología utilizada se basó en los métodos de descripción de G. Laplace, en la confección de una lista tipo (73 tipos distribuidos en 11 grupos), siguiendo las directrices de D. de Sonneville Bordes, J. Perrot y, sobre todo, J. Tixier. Sobre esta base se aplicó una tipología estadística según el método de gráficas acumulativas y de histogramas. Además, se complementó con la comparación de las industrias del SE de Francia, Italia y Africa del Norte y, entre sí, de las estratigrafías de los yacimientos españoles. La aplicación de esta metodología que constituía un claro avance en ese momento permitió desechar algunas afirmaciones y confirmar otras ya señaladas por algunos autores. Diferencia este investigador la existencia de dos complejos industriales:

1. *Microlaminar* (antiguo Epigravetiense de la bibliografía española), en el que se incluyen 37 yacimientos distribuidos en tres grupos industriales:

a) *Tipo Sant Gregori:* caracterizado por una industria denominada aziloide y asentado sobre un sustrato magdaleniense. Se desarrolla entre la mitad del X milenio y entrado el VIII. La mayor parte de los yacimientos se halla en cueva.

b) *Tipo Mallaetes:* sobre un sustrato magdaleniense local similar al anterior, muestra una proporción de útiles distinta (un 8 por 100 de buriles, por ejemplo, frente a la escasez de los mismos anterior). Continúa su desarrollo de forma independiente y culmina con la llegada de los cardiales. Su cronología se estima entre el 9.500 y el 6.500 a. de C.

c) *Un tercer grupo* con industrias poco conocidas de Almería y Alicante clasificadas como auriñacienses o perigordienses.

Puede hablarse pues de una facies aziloide de los dos primeros tipos como una evolución del Magdaleniense superior mediterráneo y no de Epigravetiense. Nerja ha confirmado, igualmente, que su facies microlaminar deriva del Magdaleniense final. El grupo catalán (a) se halla más ligado a Francia, mientras que el (b) que se documenta entre Valencia y Málaga, muestra una evolución más autóctona.

2. *Geométrico* en el que se reconocen dos tipos industriales:

a) *Tipo Filador:* supone la transición del complejo geométrico antiguo al reciente. Son abundantes los geométricos (triángulos isósceles y segmentos circulares), pero faltan los trapecios. Se extiende desde el 7.000 al 6.000 a. de C. Parece tener un carácter suaveterroide, marcando el final de su tradición geométrica el inicio de la de Cocina.

b) *Tipo Cocina:* es el momento geométrico por excelencia (triángulos escalenos en dos variantes, triángulos diversos y trapecios). Tiene una gran difusión, llegando hacia el VI° milenio a las costas occidentales de la Península, evidenciándose la vinculación con Muge en la variedad tipológica de los trapecios y eliminando, por ello, la posibilidad del origen norteafricano propugnado para estos concheros. Se extiende desde el final del VII° milenio hasta el Eneolítico. Su evolución y correlaciones pueden verse en el cuadro 1.

No ha sido ésta, sin embargo, la única sistematización elaborada para la vertiente mediterránea, especialmente para la zona valenciana (APARICIO, 1979), aun cuando la que ha prosperado ha sido la establecida por Fortea. Sin embargo, es preciso hacer hincapié en que el perfecto conocimiento de la industria lítica, que sin embargo no ha sido abordado en términos de diferenciación funcional de los conjuntos, no se corresponde con otro igualmente exhaustivo de la economía, por ejemplo, si bien los datos de yacimientos como Les Mallaetes (DAVIDSON, 1976 y 1986), o de Cocina (FORTEA *et al.*, 1987), así como los de Botiquería dels Moros o de algunas cuevas del N de Jaén son de gran interés, ya que, al menos en ellos, puede observarse la transición al Neolítico desde varios aspectos, al tiempo que el estudio de la industria lítica permite la posibilidad de establecer las tendencias a largo plazo existentes que llevan a enlazar con los datos que veremos para el período siguiente.

La excavación de nuevos yacimientos ha llevado a establecer paralelismos con Aragón (Botiquería dels Moros y Costalena), Andalucía (Nacimiento y Valdecuevas), o la propia region valenciana (Can Ballester y nuevos datos de Cocina). Yacimientos como Cova Fosca o Bauma de l'Espluga muestran unas industrias aún insuficientemente definidas.

Cuadro 1
Correspondencia entre la evolución del *Epipaleolítico geométrico* de la *zona mediterránea* (según J. Fortea) y el de la *cuenca del Ebro* (según I. Barandiarán y A. Cava)

SISTEMATIZACION DE J. FORTEA (1985)	SISTEMATIZACION DE I. BARANDIARAN Y A. CAVA (1985)
b) *Tipo COCINA*	I.
1.ª fase: transición Boreal/Atlántico y últimos momentos del Boreal.	II.
— Utillaje macrolítico inicial y posterior tipología dominada por trapecios de lados cóncavos.	
— Cocina I/Botiquería 2 (5.600 a. C.)/Costalena d y c3/Moita do Sebastião (5.400 a. C.).	
2.ª fase: se sitúa entre la anterior y la penetración de la cerámica cardial.	— *Epipaleolítico de facies geométrica:* c3 de Costalena/2 y 4 de Botiquería/c de Berroberría/ d de La Peña.
— Componente triangular variado, una cierta variabilidad local y hacia el final plaquitas de Cocina.	
— Cocina II/Botiquería 4/Costalena c3 superior/Cabeço da Amoreira (desde 5.080 a. C.).	
3.ª fase: los yacimientos suelen tener situación interior en un paisaje de sierra, pero también los hay en llanura y en llanura litoral en torno a cuencas endorreicas.	III. — *Epipaleolítico geométrico con cerámica (Neolítico):* I en Zatoya/c2 y c1 en Costalena/Botiquería 6 y 8.
— Geometrismo epipaleolítico (con segmentos y medias lunas como novedad) y cerámica cardial.	
— Cocina III/Botiquería/Costalena/Valdecuevas y Nacimiento (tradiciones epipaleolíticas en un Neolítico pleno)/Can Ballester.	
4.ª fase: Neolítico final/Eneolítico.	
— Cocina IV.	

I. Barandiarán y A. Cava (1990) han elaborado una sistematización de la evolución del Epipaleolítico/Mesolítico en la cuenca del Ebro (cuadro 1), que puede paralelizarse con la que acabamos de ver. En opinión de estos autores únicamente la industria lítica tallada refleja la evolución de este período, ya que las innovaciones neolíticas constituyen rasgos esporádicos y la economía productora no se documenta hasta bien entrado el Neolítico regional. Unicamente en el Holoceno se produce la llegada de gentes a gran escala a la cuenca del Ebro a partir de las costas atlántica y mediterránea y, con menor seguridad, desde el N de los Pirineos. Estas gentes se adaptan a los sistemas de explotación de las nuevas áreas. La fase I y el primer momento de la II, no recogidas en el cuadro 1, están constituidas, en el primer caso por un Aziliense típico o genérico (posiblemente parte inferior del estrato D de Berroberría) y, a continuación, por un Epipaleolítico antiguo, epimagdaleniense o azíloide (estrato II de Zatoya y d de Abauntz) y, en el segundo, por un Epipaleolítico genérico o microlaminar (parte superior del estrato D de Berroberría, IB de Zatoya e inferiores de Montico de Charratu). La tecnología y los modos de subsistencia locales sobreviven desde ca. 10.500/10.000 hasta ca. 7.500/9.000 B.P.

En el Neolítico y por lo que respecta al medio ambiente, puede decirse en general que lo más destacado es la constatación de la importancia de la acción atrópica en un contexto de vegetación abierta durante el período Atlántico (FUMANAL, 1986, 198), que ocasionaría la denudación de las laderas, fenómeno al que contribuirían también causas naturales. Esta desforestación provocada, producida por el fuego, con datos contradictorios en algún caso (estudio antracológico de Or) (MARTÍ *et al.*, 1987) se documenta igualmente en la Ereta del Pedregal, Cova Fosca (DUPRÉ, 1988, 124-125), Verdelpino (Cuenca), o Can Tintorer (Barcelona) (VILLALBA *et al.*, 1986, 167-169). Asimismo, se evidencia en los estudios polínicos la presencia de Cerealia en yacimientos donde no se han hallado macrorrestos, siendo por tanto doblemente valiosos los datos aportados por estos análisis (caso de la Cueva del Moro en Huesca o la del Calor en Murcia (DUPRÉ, 1988, 128 y MARTÍNEZ, 1988, 179).

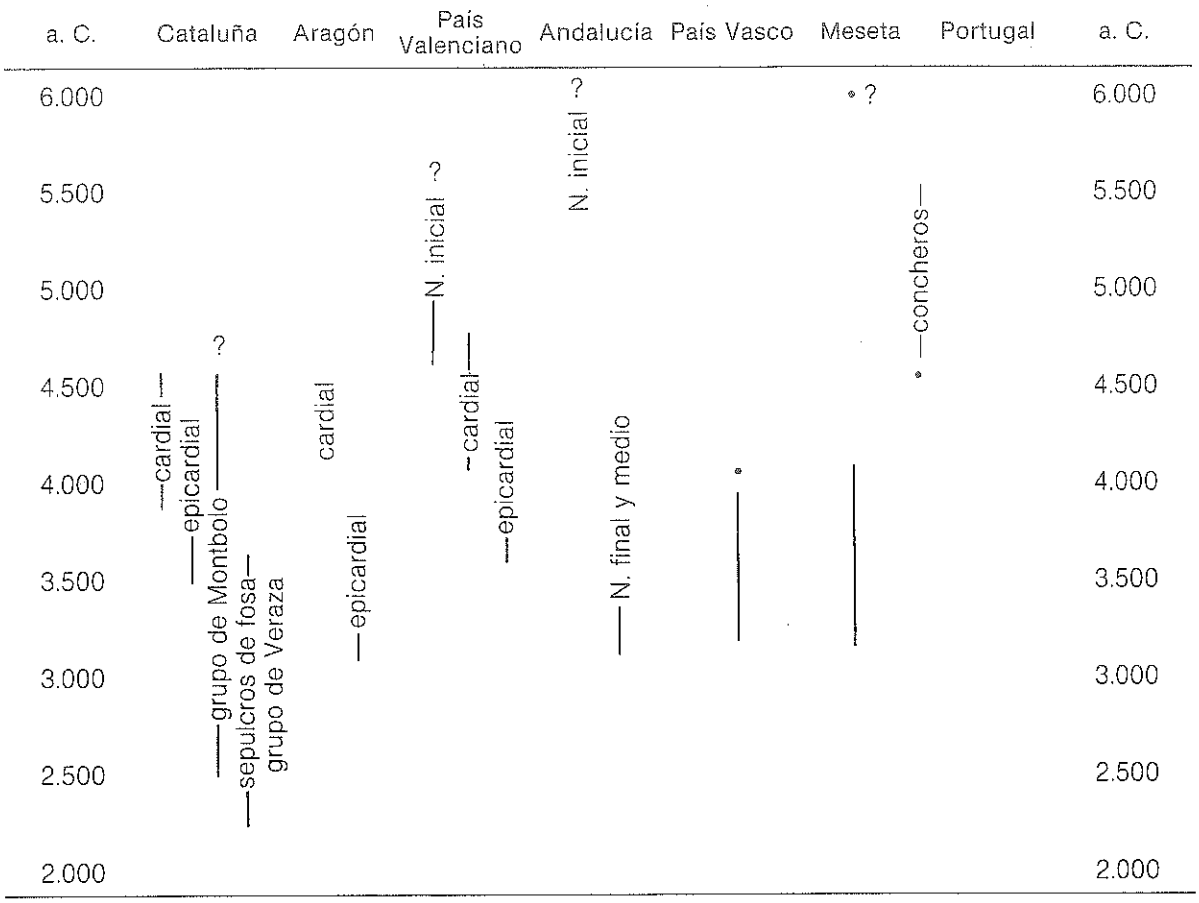
Sin embargo, para el área del SE, sobre cuyas características ambientales se ha hecho tanto hincapié en recientes estudios arqueológicos (GILMAN Y THORNES, 1984, MATHERS, 1984 y CHAPMAN, 1990), no existe una opinión unánime de los diferentes autores sobre la importancia de los cambios ambientales o de la acción antrópica. Parece que en el período Atlántico se instala una flora similar a la actual y, sin producirse cambios drásticos, existen sobre todo fluctuaciones de aridez y humedad.

Las dataciones radiocarbónicas obtenidas para el Neolítico han aumentado considerablemente, aun cuando no se hallen repartidas de la misma forma por culturas y áreas (LÓPEZ, 1978b y 1988d). En ocasiones, han contribuido a delimitar duraciones o a fijar la posición de algunas culturas como en el caso del Epipaleolítico. Sin embargo, serían de desear secuencias más amplias, ya que algunas de las obtenidas no dejan de suscitar problemas. Es el caso de las pertenecientes al VI° milenio (en el límite superior incluso para Verdelpino, o las de la Cueva Chica de Santiago, La Dehesilla, Nerja o Cova Fosca) que, en su mayoría, están sujetas a polémica. En general, el Neolítico de cerámica impresa cardial se iniciaría en los comienzos del V° milenio, según las dataciones de Cova de l'Or (MARTÍ, 1980), siendo fragmentarios los datos para horizontes posteriores (el Neolítico Final andaluz se fecharía desde la mitad del V° milenio y durante todo el IV° si tenemos en cuenta las fechas de la Cueva Chica de Santiago y de Nerja, por ejemplo) (PELLICER Y ACOSTA, 1982). Como novedad puede citarse la obtención de una nueva datación, de TL, en este caso, para la cueva de La Vaquera (Segovia): 3.032 ± 336 a. de C., algo más baja que la radiocarbónica existente (3.700 a. de C.) (RUBIO Y BLASCO, 1988-89). Por todo lo señalado, es imposible por ahora delimitar secuencias culturales con base en las dataciones absolutas de forma exclusiva, debiendo recurrir a la cronología relativa para precisar la posición de determinados horizontes (cuadro 2).

La publicación de alguna reciente obra de síntesis permite contar con referencias sobre áreas para las que, hasta la fecha, únicamente se habían dado a conocer datos fragmentarios. Es el caso de Murcia (MARTÍNEZ, 1988), provincia en la que, de todos modos, aún no se puede perfilar una evolución clara de la neolitización, del SO peninsular (PIÑÓN Y BUENO, 1988), de la Meseta central (MUNICIO, 1988), así como de las primeras noticias sobre la introducción de la agricultura en Galicia (VÁZQUEZ VARELA, 1988), o del estudio de conjunto de la economía neolítica peninsular (RUBIO, 1988) y, en definitiva, una puesta al día del resto (LÓPEZ, Coord., 1988a). A ello habría que añadir los primeros datos sobre el Neolítico extremeño (GONZÁLEZ *et al.*, 1988), de clasificación un tanto dudosa.

El estudio de la economía de los grupos neolíticos peninsulares comprendería, por una parte, el de los modos de subsistencia y, por otra, el de los posibles intercambios, especializaciones, desarrollos industriales ligados a determinadas actividades, etc. Sobre el primer aspecto contamos con datos cada vez más abundantes aunque no todo lo numerosos que desearíamos y, sobre todo, fragmentarios y un tanto heterogéneos. Así, por ejemplo, podemos citar la existencia de análisis de macrorrestos vegetales y de fauna (de vertebrados y en mucho menor número malacológicos), así co-

Cuadro 2
Cronología del Neolítico peninsular basada en las dataciones absolutas existentes



mo un pequeñísimo grupo de estudios en los que se han aplicado las técnicas del análisis espacial, como por ejemplo el llevado a cabo para el macizo de Mondúver (Valencia), con el que se demuestra la especialización en la caza de cabra montés en la zona desde el Paleolítico superior (DAVIDSON, 1986).

Según el estado de nuestros conocimientos, determinadas especies hubieron de ser importadas forzosamente, ya que no se ha hallado su agriotipo en la Península (trigo, cebada y, con dudas, leguminosas, así como cabra y oveja), mientras que otras pudieron ser objeto de domesticación local (vaca, cerdo y perro). Ambas posibilidades no se excluyen aún para las segundas, pudiendo formar parte del mismo proceso. Con todo, un mejor conocimiento del paisaje vegetal peninsular de inicios del Holoceno podría clarificar al menos la cuestión relativa a las especies vegetales.

La existencia de domesticaciones aisladas en medios epipaleolíticos, generalmente de perro, bóvidos y suidos, no suponen, en modo alguno, la de precerámicos, ni una repercusión importante en la economía. La aparición de la agricultura y de la domesticación de ovicápridos parece producirse al tiempo que la de la cerámica y otros rasgos característicos del Neolítico. Si bien, en un primer momento, la caza, fundamentalmente de ciervo, será la base del aporte cárnico a la dieta, poco a poco se irán equilibrando los papeles jugados en la economía por los distintos tipos de actividades hasta basarse la alimentación en la carne proporcionada por los animales domésticos y en los cereales cultivados. Desconocemos la aportación real de la pesca y la recolección de productos estáticos (moluscos, frutos silvestres, etc.) a la dieta alimenticia. A partir del Neolítico Medio se añaden a los ovicápridos otras especies (vaca y cerdo) y pasa a ser importante el porcentaje de individuos juveniles sacrificados para alimento.

Los instrumentos agrícolas refuerzan igualmente la seguridad de la extensión de la práctica del cultivo (pesos de palos de cavar, hachas, molinos, elementos de hoz), aunque de forma desigual en las diversas regiones.

Por lo que respecta a los posibles intercambios, la presencia de conchas marinas en el interior evidencia desplazamientos o contactos con la costa (RUBIO, 1988, 398 y 1989, 29). La aparición de un solo núcleo de obsidiana no justifica, desde luego, la inclusión de la Península en la amplia red comercial de esta materia prima del Mediterráneo central, puesto que, además, no sabemos con certeza cuál es su origen (LLONGUERAS, 1981, 169, nota 31). Sí pueden utilizarse para determinar eventuales contactos externos determinadas especies cerámicas como la característica de la cultura de Chassey o la esgrafiada, halladas ambas en yacimientos peninsulares.

Un importante hallazgo y su posterior excavación, el de las minas de Can Tintorer (Gavá) (ALONSO *et al.*, 1977-1978 y VILLALBA *et al.*, 1986), ha permitido conocer la forma de extracción de la variscita, calaíta o lidita, así como su manufactura y, al mismo tiempo, tener constancia de la existencia de una actividad especializada quizá de carácter colectivo. La importante demanda de las cuentas fabricadas en esta materia prima se evidenciaba ya a través de su repetida aparición en los sepulcros de fosa (MUÑOZ, 1965). La no existencia de análisis imposibilita, por el momento, conocer el alcance y las rutas del posible intercambio.

Las secuencias culturales presentan escasos rasgos comunes, pero cuando existen parecen poderse situar en los momentos más antiguos: el horizonte de la cerámica impresa cardial, así como su evolución en un segundo momento epicardial, en el que la cerámica está decorada con otras impresiones, incisiones y cordones. Tal circunstancia se documenta en diversas zonas: catalana, aragonesa, valenciana, andaluza e, incluso, portuguesa. A partir de aquí los caminos son divergentes. La publicación de determinados yacimientos con estratigrafías seguras y estudios de todo tipo que constituyen puntales básicos para el establecimiento de la evolución cultural de cada área ha posibilitado la delimitación de los horizontes anteriores y los que a continuación se detallan.

La monografía sobre la Balma de Montbolo (GUILAINE, 1974) y la sistematización que, en ella, ofrecía su autor, supusieron la inclusión del grupo del mismo nombre en la evolución del Neolítico catalán, y aun de otras áreas, como una transición entre el Neolítico antiguo y el medio (PETIT Y ROVIRA, 1981). Sin embargo, no todos los autores están de acuerdo en que tenga una personalidad como grupo cultural distinto.

Los sepulcros de fosa catalanes ocuparían el Neolítico medio-reciente, pudiendo señalarse como novedades la aparición de fuegos rituales, en parte más tardíos en la Bòbila Madurell (LLONGUERAS, MARCET Y PETIT, 1981a), la restricción de sus ocho tipos a tres (LLONGUERAS, 1981), además del hallazgo de cerámicas de la cultura de Chassey (LLONGERAS, MARCET Y PETIT, 1981b) en este contexto.

El tránsito al Calcolítico se halla en el denominado grupo de Veraza (MARTÍN, 1980), en cuyos yacimientos de la zona francesa ha aparecido ya metal.

La correspondencia observada para los primeros momentos con la región aragonesa está poco clara en el Neolítico avanzado, atestiguado únicamente por materiales aislados (Cueva del Forcón) (LÓPEZ, 1988c, 279-298).

En su estudio sobre el Neolítico valenciano el proceso fue visto por B. Martí (1978) como algo asentado sobre una triple base (la triple faceta ya señalada por Fletcher en los años cincuenta), aun admitiendo que este esquema podía ser objeto de una eventual revisión parcial. Así se reconocían:

— Unos yacimientos en los que la base industrial no se altera con la llegada del Neolítico de cerámica cardial y donde el esplendor del Epigravetiense (ya se ha expuesto la revisión de dicho término), alcanzaría, justamente entonces, su máximo auge (MALLAETES, por ejemplo). J. Fortea (1973 y 1985) ya había indicado cómo el complejo microlaminar pudo coexistir con los inicios de la neolitización, pero sin tener mayor porvenir.

— Una progresiva neolitización del Epipaleolítico geométrico, visible en Cocina, cuyas fases III y IV serían sincrónicas del Neolítico con cerámicas cardiales y momentos posteriores a éste.

— Un Neolítico en sentido estricto (Or y Sarsa) que sólo se asemejaría a los anteriores en la aparición de cerámicas cardiales. J. Juan Cabanilles (1985) ha señalado, asimismo, cómo el geometrismo de Or no era una asimilación del propio de los grupos locales sincrónicos, ya que los caracteres adquiridos son insignificantes frente a su coherencia estructural. Esta ausencia de relación genética para estos yacimientos y para Les Cendres con el Epipaleolítico local no ha sido, con todo, suficientemente explicada en sus causas. Constituirían éstos los Neolíticos «puros», cuyas novedades en la industria lítica serían los elementos de hoz con pátina de cereales, los microlitos geométricos, las truncaduras, los taladros, hojas y hojitas y las puntas de flechas de los últimos momentos. Esta evolución y la anterior serían sincrónicas.

De nuevo, faltaría una diferenciación funcional para los conjuntos de industria lítica que, sin embargo, sí se ha contemplado para útiles concretos (MARTÍ *et al.*, 1987).

La región valenciana, dotada de buenas estratigrafías como la de Or para esos momentos iniciales (MARTÍ *et al.*, 1980 y 1987), evidencia su evolución posterior en la de la Cova de Les Cendres (BERNABÉU, 1988, 148) (cuadro 3), a través de unos momentos postepicardiales con cerámicas peinadas, seguidos de otros con cerámicas lisas y, finalmente, de los correspondientes a un Neolítico final en el sentido de la ausencia de metal, pero con otras novedades en cuanto a la industria lítica, hábitat y mundo funerario (niveles III de Les Cendres, I de Or y I de Ereta del Pedregal). Se documenta también la cerámica esgrafiada, que tiene sus paralelos en el Mediterráneo occidental, fechados entre el 3.400 y el 2.700 a de C., hallada, asimismo, en contados casos en Andalucía.

En esta última región la escasez de estratigrafías y de datos complican el panorama. Quizá la vuelta a un estudio planteado sobre diversas áreas culturales podría resolver el problema. Si en los inicios del Neolítico aparecía la impresa cardial, la denominada cardialoide e incluso el posterior horizonte epicardial en zonas restringidas, la cerámica a la almagra será la especie caracterizadora por

Cuadro 3
Correspondencia entre las sistematizaciones del neolítico valenciano de B. Martí y J. Bernabéu

Sistematización de Marti	Sistematización de Bernabéu	
	1982	1988
1978 y 1980 *Neolítico tipo Or:* impresa cardial/primera mitad del V.° milenio.	V.° milenio — *Neolítico antiguo I* o cardial (III de Or y VI de Cendres).	5.000-4.200 a. C. — *IA1:* VI de Or y X de Cendres.
	V.° milenio — *Neolítico antiguo II* o epicardial (II de Or y V de Cendres).	5.000-4.200 a. C. — *IA2:* V de Or y IX de Cendres. Primera reducción de las cardiales.
	Neolítico medio (Fosca y IV de Cendres). Incisas, acanaladas o impresas con instrumento. Cronología relativa: 4.200-3.500/400.	4.200-3.700/600 a. C. — *IB1:* IV de Or y VIII de Cendres. Impresas e incisas.
	Fase no identificada	4.200-3.700/600 a. C. — *IB2:* VII de Cendres Peinadas.
Neolítico tipo Fosca: otras decoraciones/finales del V.° milenio a finales del IV.°	*Fase no identificada.*	*IC* (ca. 3.700/600-3.500/400): VI de Cendres. Escaso material.
Transición al Eneolítico: primera mitad del III.° milenio.	*Neolítico final I* (III de Cendres). Esgrafiada. Cronología relativa: 3.400-2.800/700.	*IIA:* III de Or y V de Cendres. Esgrafiada y peinada.
	Neolítico final II (Ereta I). Cronología relativa: 2.800/700-2.500/400. *Pleno Eneolítico:* Ereta II.	*IIB:* II y I de Or, IV de Cendres y I de Ereta. Triángulos incisos rellenos con impresiones a punzón.

excelencia de esta región (NAVARRETE, 1976). De hecho aparece asociada, más tarde, a enterramientos colectivos. Los momentos de transición al Calcolítico se reflejan en Los Castillejos de Montefrío (Granada) (ARRIBAS y MOLINA, 1979), desechada la cultura de Almería como propia de ese horizonte, constatándose una práctica desaparición de cerámicas decoradas y la presencia de las primeras escorias de cobre.

Cabe destacar el horizonte que se perfila en Huelva (PIÑÓN y BUENO, 1988), semejante al de los yacimientos del Alentejo que evidencian la débil presencia de cerámica cardial en los momentos más antiguos, e impresas e incisas en una fase avanzada del Neolítico antiguo evolucionado (MORAIS-ARNAUD, 1982). En ambos casos se documenta la importancia de los poblados al aire libre.

Lo heterogéneo de los datos meseteños dificulta la valoración de una secuencia apoyada en ellos. Se documenta en las provincias de Segovia, Avila, Burgos, Madrid, Salamanca, Soria y Cuenca. La variedad cerámica es importante, pero el estudio se ha hecho con criterios tipológicos a falta de más estratigrafías (únicamente La Vaquera y Verdelpino), por lo que es preciso ser cautos a la hora de establecer paralelos con otras áreas, si bien cabe señalar que éstos apuntan hacia el sur y oeste peninsulares (MUNICIO, 1988).

En los años setenta, Apellániz clasifica y sistematiza los materiales del País Vasco en dos grandes grupos: Santimamiñe (APELLÁNIZ, 1975) y Los Husos (APELLÁNIZ, 1974), mientras que Altuna (1980) elabora una obra de conjunto sobre la domesticación animal en la zona. Sin embargo, los nuevos yacimientos como el de Fuente Hoz en Alava, por ejemplo, que señalan el valle del Ebro como vía de penetración podrían obligar a replantearse la citada sistematización (LÓPEZ, 1988b).

La introducción del cultivo en Galicia, indicada por los análisis de polen en momentos coincidentes con las manifestaciones más antiguas del fenómeno megalítico en la zona, confirman el fenómeno observado también para otras culturas europeas noroccidentales (VÁZQUEZ VARELA, 1988).

Por lo que respecta al asentamiento puede decirse que la repartición de los yacimientos Neolíticos es más bien periférica aun cuando cada vez se hallen más casos en el interior de la Península. Hay áreas de especial densidad, algunas estudiadas desde las técnicas del análisis espacial, como ya se ha indicado (DAVIDSON, 1983), constatándose la clara coexistencia, desde el inicio, de cuevas (más numerosas pero con secuencias más completas) y de poblados al aire libre (RUBIO, 1984 y 1985). El desplazamiento definitivo a estos últimos parece producirse ya en el Calcolítico (CORRAL y RUBIO, 1988), mostrando a través de otros rasgos un cambio en las estructuras sociales y en la forma de explotación y empleo de los recursos.

En enterramiento se documenta en todas las áreas y culturas con datos escasos y fragmentarios por lo que, evidentemente, los sepulcros de fosa son los más claramente definidos (RUBIO, 1981 y 1982). En general, el rito es de inhumación individual, todo lo más doble, en cueva o en superficie, con o sin fosa y alguna clase de ajuar. Sin embargo, no podemos señalar un tipo de enterramiento definido para cada cultura y región, excepción hecha de la catalana (RUBIO, 1981 y 1982). Algunos enterramientos andaluces muestran extraños rituales con clara manipulación del cadáver (Las Majólicas o Carigüela, entre otros (MOLINA, 1983, 50-51 y RUBIO, en prensa).

El mundo de ultratumba, unido a la práctica de estos supuestos rituales y a la utilización del ocre en los enterramientos o impregnando determinados objetos que forman parte del equipo material del mundo de los vivos, muestran parte del ámbito espiritual del hombre neolítico (RUBIO, 1989, 35), que seguramente se plasma también en esas decoraciones cardiales recientemente publicadas y en el arte rupestre coincidente, temas que son objeto de otro capítulo en esta misma monografía.

Los estudios de tecnología cerámica han aportado datos verdaderamente importantes para el mundo neolítico. En el área valenciana se han llevado a cabo sobre especies cerámicas distintas dentro de la evolución cultural (GALLART, 1980). La cardial se ha revelado como de gran perfección técnica, destinada a contener y no a estar expuesta al fuego. A ello cabe unir lo barroco y lo interesante de las decoraciones, los pequeños tamaños, las formas y la presencia de perforaciones de lañado. La procedente de los estratos de la mitad del V° milenio, no cardial, es semejante pero más tosca..

La posterior, en cambio, es de superficie porosa, apta para cocinar. La cocción es al aire libre, sin sobrepasar nunca los 500°. La fabricación de las cerámicas es de origen local.

La cerámica a la almagra presenta una doble cocción. Una primera entre 750° y 800° y una segunda, una vez enfriado el vaso y recubierto con pintura roja, que no sobrepasó los 350°-400°. Tras la primera fueron sometidas a alisado o espatulado y a bruñido tras la segunda. De todos modos, las calidades son variadas y no están exentas de problemas técnicos por resolver (NAVARRETE y CAPEL, 1980, CAPEL *et al.*, 1982, 1984 y 1986). La fabricación es, asimismo, local.

La tecnología cerámica de la cueva de La Vaquera (RUBIO y BLASCO, 1988-89) confirman lo ex-

puesto: mayor cuidado y cocción más elevada en las decoradas, así como fabricación local y posible utilización de algunas para uso culinario.

La industria ósea se halla prácticamente *ex novo* y presenta una gran riqueza e importancia, sobre todo para algunos de los útiles (MARTÍ *et al.*, 1987, 73-75), habiéndose estudiado casos concretos desde el punto de vista funcional. Se constata su fabricación a partir de los restos óseos de los animales comúnmente consumidos. Sin embargo, por regla general, han sido objeto de estudios parciales, elaborados con criterios tipológicos como en el caso del adorno.

Este es asimismo variado y abundante con diferencias entre las diversas áreas en cuanto a tipos y materias primas, habiéndose sugerido incluso la existencia de talleres especializados en algún caso (MARTÍ *et al.*, 1987, 82-83). No obstante, no han sido objeto de estudios sistemáticos más que en algunos casos muy específicos.

La cestería es otra de las industrias que se documentan en este momento (CUEVA 120) (AGUSTÍ *et al.*, 1987, 59), persistiendo la duda sobre la cronología de los hallazgos de Albuñol (ALFARO, 1980).

De esta forma creo haber expuesto, de manera concisa y forzosamente esquemática, los cambios experimentados en la investigación del Epipaleolítico y Neolítico peninsulares, posibilitados por los hallazgos que se han ido produciendo y por las excavaciones realizadas en fechas más recientes, con criterios más modernos y con la aplicación de las técnicas más comunes de la investigación prehistórica actual. Sin embargo, la interpretación del cambio cultural con un contenido de carácter antropológico no parece hallarse presente, o no de forma generalizada, en numerosos estudios. Por el momento, los existentes no pasan de ser simples intentos (RUBIO, 1989), que dejarán lugar a otros más profundos y amplios.

Podríamos decir que el interés por el medio, la economía y los modos de vida se han desarrollado paralelos al marco auxiliar, lo cual es lógico por otra parte, sin que se hayan abandonado por esta causa estudios más tradicionales, ampliándolos y perfeccionándolos en muchas ocasiones, o el interés por los problemas cronológicos o la filiación de las diversas culturas del Postglaciar y del Neolítico peninsulares.

No todos los problemas están resueltos, pero esta circunstancia debe servir de acicate para la continuación de futuras investigaciones destinadas a solventarlos y a explicar las motivaciones de los cambios detectados en el registro arqueológico, en la medida que ello sea posible.

BIBLIOGRAFIA

AGUSTÍ, B., *et al.* (1987): *Dinàmica de la utilització de la Cova 120 per l'home en els darrers 6.000 anys*, Gerona.

ALFARO, C. (1980): «Estudio de los materiales de cestería procedentes de la cueva de Los Murciélagos (Albuñol, Granada)», *Trabajos de Prehistoria*, 37, 109-162.

ALONSO, M. *et al.* (1977-1978): «Explotación minera neolítica en Can Tintoré (Gavá, Barcelona)», *Pyrenae*, 13-14, 7-14.

ALTUNA, J. (1980): «Historia de la domesticación animal en el País Vasco desde sus orígenes hasta la romanización», *Munibe*, 32, fascs. 1-2.

APARICIO, J. (1979): *El Mesolítico en Valencia y en el Mediterráneo occidental*, Valencia.

APELLANIZ, J. M.ª (1974): «El grupo de Los Husos durante la Prehistoria con cerámica en el País Vasco», *Estudios de Arqueología Alavesa*, 7, 8-194.

APELLÁNIZ, J. M.ª (1975): «El grupo de Santimamiñe durante la Prehistoria con cerámica», *Munibe*, 27, fascs. 1-2.

ARRIBAS, A. y MOLINA, F. (1979): «El poblado de "Los Castillejos" en las Peñas de los Gitanos (Montefrío, Granada). Campaña 1971.—El corte núm. 1», *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, Serie monográfica, 3.

BAILEY, G. N. (1973): «Concheros del norte de España: una hipótesis preliminar», XII *CAN*, 73-84.

BAILEY, G. N. (1983): «Economic change in Late Pleistocene Cantabria», BAILEY, G. (Ed.): *Hunter-gatherer economy in Prehistory*, 149-165.

BARANDIARAN, I. y CAVA, A. (1990): «The evolution of the Mesolithic in the North East of the Iberian Peninsula», BONSALL, C. (Ed.): *The Mesolithic in Europe*, 572-581.

BERNABEU, J. (1988): «El Neolítico en las comarcas meridionales del País Valenciano», LÓPEZ, P. (Coord.): *El Neolítico en España*, 131-166.

CAPEL, J. *et al.* (1982): «Algunos aspectos del proceso de manufacturación de cerámicas neolíticas. Estudio del contenido en desgrasantes mediante lupa binocular», *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 7, 73-111.

CAPEL, J. *et al.* (1984): «Cerámicas con decoración a la almagra: identificación y caracterización de los términos almagra, aguada y engobe. Proceso decorativo», *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada,* 9, 97-114.
CAPEL, J. *et al.* (1986): «Contribución al estudio de la investigación prehistórica», *Homenaje a L. Siret,* 119-129.
CLARK, G. A. (1976): *El Asturiense cantábrico,* Madrid.
CLARK, G. A. (1983): «Boreal phase settlement/subsistence modes for Cantabrian Spain», BAILEY, G. (Ed.): *Hunter-gatherer economy in Prehistory,* 96-110.
CLARK, G. A. (1990): «Site functional complementarity in the Mesolithic of Northern Spain», BONSALL, C. (Ed.): *The Mesolithic in Europe,* 589-603.
CORRAL, M. y RUBIO, I. (1988): «El asentamiento humano como indicador del cambio cultural. El caso de la región valenciana», *CuPAUAM,* 15, 11-35.
CHAPMAN, R. (1990): *Emerging complexity,* Cambridge.
DAVIDSON, I. (1976): «Seasonality in Spain», *Zephyrus,* XXVI-XXVII, 167-173.
DAVIDSON, I. (1983): «Site variability and prehistoric economy in Levante», BAILEY, G. (Ed.): *Hunter-gatherer economy in Prehistory,* 79-95.
DAVIDSON, I. (1986): «Les Mallaetes and Mondúver: the economy of a human group in prehistoric Spain», SIEVEKING, G. de G. *et al.* (Eds.): *Problems in economic and social archaeology,* 484-499.
DUPRE, M. (1988): *Palinología y Paleoambiente,* Valencia.
FERNÁNDEZ-TRESGUERRES, J. A. (1980): *El Aziliense en las provincias de Asturias y Santander,* Santander.
FERNÁNDEZ-TRESGUERRES, J. A. (1983): «Visión general del Epipaleolítico cantábrico», *Homenaje al Prof. Martín Almagro Basch,* t. I, 131-137.
FERNÁNDEZ-TRESGUERRES, J. A. (1990): «Thoughts on the transition from the Magdalenian to the Azilian in Cantabria: Evidence from the Cueva de Los Azules, Asturias», BONSALL, C. (Ed.): *The Mesolithic in Europe,* 582-588.
FORTEA, J. (1973): *Los complejos microlaminares y geométricos del Epipaleolítico mediterráneo español,* Salamanca.
FORTEA, J. (1985): «El Paleolítico y Epipaleolítico en la región central del Mediterráneo peninsular: Estado de la cuestión industrial», *Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas,* 31-51.
FORTEA, J. *et. al.* (1987): «Epipaleolítico y neolitización en la zona oriental de la Península Ibérica», *Premières communautés paysannes en Méditerranée occidentale,* 581-591.
FUMANAL, P. (1986): *Sedimentología y clima en el País Valenciano,* Valencia.
GALLART, M.ª D. (1980): «La tecnología de la cerámica neolítica valenciana», *Saguntum,* 15, 58-90.
GILMAN, A. y THORNES, J. R. (1984): *Land use and prehistory in south-east Spain,* Londres.
GONZÁLEZ MORALES, M. R. (1982): *El Asturiense y otras culturas locales,* Santander.
GONZÁLEZ MORALES, M. R. (1990): «Asturian resource exploitation: Recent perspectives», BONSALL, C. (ed.): *The Mesolithic in Europe,* 604-606.
GONZÁLEZ, A. *et al.* (1988): «El poblado de El Cerro de la Horca (Plansenzuela, Cáceres). Datos para la secuencia del Neolítico tardío y la Edad del Cobre en la Alta Extremadura», *Trabajos de Prehistoria,* 45, 87-102.
GUILAINE, J., (1974): *La balma de Montbolo et le néolithique de l'Occident méditerranéen,* Toulouse.
JUAN CABANILLES, J. (1985): «El complejo epipaleolítico geométrico (facies Cocina) y sus relaciones con el neolítico antiguo», *Saguntum,* 19, 9-29.
LÓPEZ, P. (1978a): «Resultados polínicos del Holoceno de la Península Ibérica», *Trabajos de Prehistoria,* 35, 9-44.
LÓPEZ, P. (1978b): «La problemática cronológica del neolítico peninsular», *C14 y Prehistoria de la Península Ibérica,* 45-56.
LÓPEZ, P. (1986): «Estudio palinológico del Holoceno español a través del análisis de yacimientos arqueológicos», *Trabajos de Prehistoria,* 43, 143-158.
LÓPEZ, P. (Coord.) (1988a): *El Neolítico en España,* Madrid.
LÓPEZ, P. (1988b): «El Neolítico en el País Vasco», LÓPEZ, P. (Coord.): *El Neolítico en España,* 251-277.
LÓPEZ, P. (1988c): «El Neolítico aragonés», LÓPEZ, P. (Coord.): *El Neolítico en España,* 279-298.
LÓPEZ, P. (1998d): «Repertorio de fechas de C14 para el Neolítico español», LÓPEZ, P. (Coord.): *El Neolítico en España,* 419-424.
LLONGUERAS, M. (1981): «La Cultura dels Sepulcres de Fossa del Neolític Mig-recent a Catalunya», *El Neolític a Catalunya,* 161-171.
LLONGUERAS, M., MARCET, R. y PETIT, M.ª A. (1981a): «Jaciments neolítics a la Bòbila Madurell (Sant Quirze del Vallès)», *El Neolític a Catalunya,* 173-183.
LLONGUERAS, M., MARCET, R. y PETIT, M.ª A. (1981b): «Cerámica de tipus "Chassey" a Catalunya», *El Neolític a Catalunya»,* 185-193.
MARTÍ, B.(1978): «El neolítico valenciano», *Saguntum,* 13, 59-98.
MARTÍ, B. *et al.* (1980): *Cova de l'Or (Beniarrés, Alicante),* vol. II, Valencia.
MARTÍ, B. (1987): *El neolitic valencià. Els premiers agricultors y ramaders,* Valencia.
MARTÍN, A. (1980): «Le Vérazien en Catalogne», *Le groupe de Véraza et la fin des temps néolithiques dans le sud de la France et la Catalogne,* 76-81.

MARTÍNEZ, C. (1988): «El Neolítico en Murcia», LÓPEZ, P. (Coord.): *El Neolítico en España*, 167-194.
MATHERS, C. (1984): «Beyond the grave: the context and wider implications of mortuary practice in South-Eastern Spain», *Papers in Iberian Archaeology*, 13-44.
MOLINA, F. (1983): *Prehistoria de Granada*, Granada.
MORAIS-ARNAUD, J. (1982): «Le Néolithique ancien et le processus de néolithisation au Portugal», *Le Néolithique ancien méditerranéen*, 29-48.
MORAIS-ARNAUD, J. (1990): «The Mesolithic communities of the Sado valley, Portugal in their ecological setting», BONSALL, C. (Ed.): *The Mesolithic in Europe*, 614-631.
MUNICIO, L. (1988): «El Neolítico en la Meseta central española», LÓPEZ, P. (Coord.): *El Neolítico en España*, 229-327.
MUÑOZ, A. M.ª (1965): *La cultura neolítica catalana de los sepulcros de fosa*, Barcelona.
NAVARRETE, M.ª S. (1976): *La cultura de las cuevas con cerámica decorada en Andalucía oriental*, Granada.
NAVARRETE, M.ª S. y CAPEL, J. (1980): «Algunas consideraciones sobre la cerámica a la almagra del neolítico andaluz», *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 5, 15-34.
PELLICER, M. y ACOSTA, P. (1982): «El Neolítico antiguo en Andalucía occidental», *Le Néolithique ancien méditerranéen*, 49-60.
PETIT, M.ª A Y ROVIRA, J. (1981): «El Montbolo com a exemple de transició entre el Neolític antic i el mig a Catalunya», *El Neolític a Catalunya*, 79-85.
PIÑON, F. y BUENO, P. (1988): «El Neolítico en el Suroeste peninsular», LÓPEZ, P. (Coord.): *El Neolítico en España*, 221-249.
ROCHE, J. (1990): «Spatial organization in the Mesolithic sites of Muge, Portugal», BONSALL, C. (Ed.): *The Mesolithic in Europe*, 607-613.
RUBIO, I. (1981-1982): «Enterramientos neolíticos de la Península Ibérica», *CuPAUAM*, 7-8, 39-73.
RUBIO, I. (1984-1985): «En torno a la problemática del hábitat al aire libre en el neolítico peninsular», *CuPAUAM*, 11-12, 153-161.
RUBIO, I. (1988): «La economía de subsistencia en el neolítico hispano», LÓPEZ, P. (Coord.): *El Neolítico en España*, 337-418.
RUBIO, I. en prensa: «Enterramiento y ritual en el Neolítico hispano», *I Coloquio Internacional sobre las religiones prehistóricas de la Península Ibérica*, Salamanca.
RUBIO, I. (1989): «El Neolítico peninsular. Una interpretación de los datos arqueológicos», *CuPAUAM, 16 Homenaje a M.ª Angeles Alonso*, 11-41.
RUBIO, I. y BLASCO, M.ª C. (1988-89) *Análisis cerámicos de la Cueva de la Vaquera (Torreiglesias, Segovia), Zephyrus*, XLI-XLII, 149-160.
VÁZQUEZ VARELA, J. M. (1988): «El Neolítico en Galicia», LÓPEZ, P. (Coord.): *El Neolítico en España*, 329-335.
VILLALBA, M.ª J. *et al.* (1986): «Les mines neolitiques de Can Tintorer (Gavá). Excavacions 1978-80», *Excavacions arqueologiques a Catalunya*, 6.

ARTE RUPESTRE POSTPALEOLITICO

M.ª Rosario Lucas Pellicer
Universidad Autónoma de Madrid

Al inicio de los años sesenta la fuerza de recurrencias había consagrado la existencia de tres grandes ciclos o modalidades de arte rupestre postpaleolítico: a) pintura levantina; b) arte/pintura esquemática; c) «petroglifos/insculturas» o grabados galaico-portugueses. Frente al soporte en cueva, propio del arte paleolítico, la situación al aire libre era denominador común y los nombres asignados implicaban asimismo los parámetros de su identidad: técnica, estilo y localización geográfica, si bien el arte esquemático, más amplio y heterogéneo, incluía, a modo de comodín, las manifestaciones no integrables en las categorías a) y c).

Como punto de partida de preocupaciones y postulados, valgan las referencias a tres obras monográficas de reconocidos autores, publicadas justamente al finalizar la década:

— *Arte Rupestre Levantino,* de Antonio Beltrán (1968, Universidad de Zaragoza).

— *La Pintura Rupestre esquemática en España,* de Pilar Acosta (1968, Universidad de Salamanca).

— *Arte rupestre nelle Regioni occidentali della Peninsola Iberica,* de E. Anati (1968, Capo di Ponte).

La lectura o el recuerdo del denso contenido de estas publicaciones demuestra que el arte levantino había gozado de mayor favor en la investigación precedente y que los debates se centraban en las cuestiones de origen, cronología, evolución estilística y superposiciones, así como en su relación con el arte esquemático. El enfoque, sin clarificar conceptos, daba lugar a contradicciones tan palmarias como considerar, según autores, levantinas o esquemáticas las mismas manifestaciones (caso de algunas estaciones de las provincias de Cuenca, Soria, Teruel y del área andaluza).

En la teoría general se cargaba el énfasis en la autoctonía y periodización interna o evolución estilística del peculiar arte levantino, mientras se aceptaba de manera generalizada la explicación difusionista (sea mediterránea o atlántica/continental) como motor respectivo de la pintura esquemática y de las «insculturas». Por ello no es de extrañar que las tipologías y analogías formales hayan funcionado durante mucho tiempo como panacea cronológica, aunque es justo mencionar, por el anticipo de problemas, la advertencia hecha por P. Acosta acerca de la repetición de algunos motivos de la pintura esquemática en técnica de grabados, tanto en dólmenes como en covachos y rocas al aire libre o en estructuras arquitectónicas muy recientes. A juicio de esta investigadora, estas semejanzas suponen, según los casos, una sincronía con la pintura esquemática o «simples paralelismos casuales» de discutida fecha pues «hasta que el complejo problema de los grabados de todo tipo

que aparecen repartidos por el área hispana no sea resuelto, no se podrá determinar exactamente la participación directa de la pintura esquemática en la creación de éstos, si bien teóricamente, por el momento, habría que admitirla» (1968, 187).

Tomando como punto de partida las mencionadas obras, base teórica y conceptual de los postulados manejados hasta muy recientemente, el balance global de estos veinte años de investigación se fracciona en cuatro bloques. El acopio de documentación y el impulso científico van por delante del avance de la teoría, directamente ligada a la renovación metodológica, ciertamente tardía y pareja a la preocupación, cada día más fuerte, por el espinoso problema de la conservación del arte.

1. DOCUMENTACION Y FOMENTO

1970-1980

1.1. Pintura/área Levantina

Una nueva publicación de A. Beltrán: *Arte rupestre levantino (Adiciones 1968-1978),* aparecida en la revista *Cesaraugusta,* números 47-48 (Zaragoza, 1979) reseña los nuevos descubrimientos y la bibliografía generada con posterioridad al libro de 1968. Destaca en estos años la interpretación etnográfica y religiosa de determinados individuos o escenas analizados por F. Jordá quien, frente a los postulados de Beltrán sobre un arte de cazadores de raíz paleolítica centrado en el mesolítico, sigue defendiendo con nuevos argumentos iconográficos, una fecha postneolítica y de plena metalurgia, sincrónica al desarrollo del arte esquemático y a los impulsos llegados de Oriente (desde el Neolítico cardial). Para contrastar diferencias basta leer la versión de F. Jordá en el correspondiente capítulo de arte rupestre postpaleolítico incluido en el volumen I de la *Historia del Arte Hispánico. La Antigüedad* (Edic. Alhambra, 1978).

En cualquier caso, aparte de la ampliación geográfica (provincia de Huesca) y del repertorio de estaciones cabe destacar el reconocimiento de **una fase prelevantina lineal y geométrica** comparable al arte mueble epipaleolítico de La Cocina, cimentada en las investigaciones y trabajos de J. Fortea (1974, *Zephyrus,* XXV, 225-257; 1975, *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia,* 11, 185-197; 1977, *IX Congrés Int. de Sc. Préh. et Protoh.* (Niza, 1976) Coloquio XIX, 121-133) y la preocupación de E. Ripoll por los criterios para definir el arte levantino, superando la connotación geográfica («The process of schematisation in the prehistoric Art of the Iberian Peninsula» *Actas Congreso de Camberra,* 1977, 418-428).

1.2. Pintura esquemática

El arte esquemático cobra nuevos impulsos y dado que no existe una referencia de conjunto es preciso recordar alguno de los hechos:

Los descubrimientos se acrecientan notablemente: J. González Navarrete publica el abrigo de los Organos en Desepeñaperros (Jaén, 1970) y La Cueva de la Diosa Madre (Jaén, 1971) y otros hallazgos andaluces se dan a conocer en las Actas del XII y XIII Congreso Nacional de Arqueología, celebrados respectivamente en Jaén (1971) y Huelva (1973). En Huesca se localizan las pinturas de Lecina (A. BELTRÁN, Zaragoza, 1972); en Asturias las de Fresnedo de Teverga (M. MALLO y M. PÉREZ, *Zephyrus* XXI y XXII, 1971/72). Otra provincia poco hollada por la investigación y favorecida en estos años es la de Segovia: R. Lucas publica el Solapo del Aguila (Trabajos de Prehistoria, núm. 28, 1971) y centra el tema de su tesis doctoral (UAM, 1973) en la pintura del Barranco del Duratón, además de pergeñar en un artículo general (Cuad. de Preh. y Arqu. UAM. vol. 1, 1974) la complejidad y distribución de la pintura y del grabado, al aire libre y en cueva, dentro de esta provincia. Soria se sigue beneficiando de la continuidad de los trabajos de T. Ortego, a los que se incorporará J. A. Gómez Barrera; asimismo se amplía el arte de Las Batuecas y otras zonas de la provincia de Salamanca merced a los trabajos de J. Bécares, R. Grande del Brío y J. González Tablas a lo largo de esta década (*Vid.* diversos números Rev. *Zephyrus*), y la provincia de Avila se incorpora al repertorio con el descubrimiento de las pinturas de Ojos Albos (E. ÁLVARO, *Bol. As. Esp. Am. Arq.,* 8, 1977).

Mención aparte merecen, pese a la escasa información, los conjuntos «anómalos» de **pintura en cueva y del arte «esquemático-abstracto»** del Norte de España expuestos por A. Llanos en el *XIV CNA* (Vitoria, 1975/Zaragoza, 977).

En suma, sin pretender agotar datos, baste decir que a partir de la obra de P. Acosta existe un

acrecentamiento en el estudio del Arte Esquemático, reflejado tanto por el mayor número de personas interesadas en el tema como por el alcance geográfico de los trabajos y los problemas que se van apuntando, anticipo de nuevos enfoques y de la lenta renovación metodólogica y teórica.

1.3. Grabados

Quizá a nivel de ciclos artísticos lo más destacable sea la incorporación de nuevos testimonios hasta ahora desconocidos o marginados:

a) Descubrimiento a partir de 1971 de *los grabados portugueses del Tajo,* dados a conocer por M. A. Querol, A. M. Baptista y otros en varios Congresos de España y Portugal (I Jornadas de Metodología de Ciencias Históricas, XIII CAN de Huelva, III CN de Arq. de Porto...). De aquí en adelante conforman un nuevo ciclo artístico localizado en rocas al aire libre a lo largo de unos 40 kilómetros desde Alcántara en Cáceres hasta la presa de Fratel, responsable de la inundación de más del 80 por 100 del conjunto.

b) La constatación fehaciente de grabados y pinturas rupestres postpaleolíticos en cueva en la provincia de Burgos, merced a las publicaciones de J. L. Uribarri sobre el arte de Kaite en Ojo Guareña (*Trab. de Preh.*, 30, 1973), y de J. M. Apellániz Uribarri sobre el arte del santuario de la Galería de Sílex en Atapuerca (*Cuad. de Arq. de Deusto,* 5, 1976), sugiriendo estrechas afinidades artísticas y funcionales entre estas cuevas burgalesas y las más septentrionales sistematizadas en el mencionado artículo de A. Llanos.

c) La llamada de atención de J. M. Tabanera sobre las relaciones entre el arte de las estructuras megalíticas y el esquemático de cuevas, aire libre y mueble en la región asturiana (*XIV CNA* Vitoria, 1975).

d) El paulatino aumento de la publicación de grabados al aire libre y las nuevas propuestas sobre los *grabados de Galicia* (A. DE LA PEÑA y J. M. VÁZQUEZ: *Cuad. del Sem. de Est. de Sargadelos,* 30, 1979).

A ello debe unirse la preocupación por el *arte rupestre de Canarias* en la obra de Beltrán sobre el Barranco de Balos (Las Palmas, 1971) y la tesis doctoral de Mauro Hernández.

El hito final de esta década está marcado por la celebración en 1979 del Symposium Internacional en conmemoración del centenario del descubrimiento de las pinturas de Altamira. Las Actas (*Altamira, Symposium,* 1980/81) publicadas por el Ministerio de Cultura, organizan las colaboraciones en cuatro grandes bloques. Paleolítico y Levantino mantienen su entidad (es de resaltar el reconocimiento de grabados paleolíticos y postpaleolíticos en la cueva portuguesa de Escoural). La sección de Arte Esquemático contiene, sin otras divisiones, los artículos sobre pintura o grabado; finalmente se dedica un último apartado a la Conservación del Arte.

A mi juicio, con independencia de cuanto significa un acontecimiento internacional de esta categoría, el balance más positivo de este Symposio es la presencia de nuevos nombres, otra generación de investigadores que renuevan la savia anterior. Valgan como ejemplo las tímidas propuestas para favorecer el registro de la figura humana en el arte levantino (C. BLASCO y R. VIÑAS) o la presentación de nuevos enfoques metodológicos (R. LUCAS, sobre el Duratón), así como la inclusión de las estelas (M. FERNÁNDEZ MIRANDA y P. BUENO) y la valentía de las reflexiones críticas de M. Hernández sobre la cronología del Arte Rupestre (pintura y grabados) de las islas Canarias.

1980-1990

Roto el inmovilismo, esta década recoge los frutos de la investigación en solitario y representa sobre todo la positiva respuesta al impacto que, a nivel de metodología y explicación arqueológica, ha supuesto la corriente renovadora de la arqueología, la reformulación de teorías y defensa del autoctonismo, así como la formación de grupos de trabajo y el reconocimiento expreso del Arte como Bien Cultural.

Todo ello favorecido por el empeño de unos pocos investigadores y el apoyo de las instituciones. A saber:

a) Celebración de reuniones especializadas por iniciativa exclusivamente española:

— 1982: *Coloquio Internacional sobre el Arte esquemático de la Península Ibérica* (CIAE) en la Universidad de Salamanca. Las Actas (*Zephyrus,* XXXVI) con 317 páginas a doble columna dan buena fe de los trabajos en curso y de las numerosas personas dedicadas al tema. El Coloquio, foro para

la crítica científica, impulsa a la reflexión y plantea viejas y nuevas cuestiones con diferentes perpectivas. F. Jordá, promotor del evento, defiende ahora la pluralidad artística y el indigenismo, en línea con las explicaciones sobre el megalitismo peninsular. La exposición de V. Oliveira Jorge sobre Portugal denuncia la inoperancia de los esquemas monolíticos y aboga por el reconocimiento de grupos plurales e independientes (1). En la misma dirección apunta M. Vázquez Varela al esbozar el complejo fenómeno de la diversidad de manifestaciones artísticas en Galicia y recordar el arte de las estructuras, sean o no megalíticas.

Sería tedioso seguir reseñando artículos, aun así no me resisto a nombrar la plena entrada de los *Grabados de Las Hurdes* en el complejo esquemático, tema de tesis doctoral de M. C. Sevillano, y la crítica a la cronología basada en el aspecto formal de los dibujos, planteada por M. Valls al comparar las «insculturas» del Castro salmantino de Yecla de Yeltes con los «petroglifos» gallegos.

Por encima de todo, el protagonista del Congreso fue traído por M. Hernández Pérez y el equipo del Centro de Estudis Contestans con el tema «Arte esquemático en el País Valenciano. Recientes aportaciones». Los apartados sobre grabados y pinturas esquemáticas en esta zona se complementan con uno de los descubrimientos artísticos más revolucionarios, clasificado entonces como arte geométrico-lineal: *las grandes pinturas alicantinas del Pla de Petracos,* detonante del reconocimiento de un grupo artístico que tenderá a independizarse con el nombre de *Arte-macroesquemático* (2).

— 1985: *I Congreso Internacional de Arte Rupestre* (CIAR) celebrado en Caspe (Zaragoza) bajo los auspicios de la Institución Fernando el Católico (Actas en *Bajo Aragón. Prehistoria,* vols. VII-VIII, 1986-1987). Aparte de otros aspectos que se recordarán en el momento oportuno, y del hecho de que cuatro comunicaciones incidan sobre arte levantino y esquemático, sea a nivel general de problema o a su presencia en los mismos lugares, llama la atención la diferencia entre el número de comunicaciones dedicadas exclusivamente al arte levantino (cinco) frente a las 15 que podríamos agrupar, siguiendo a Acosta, como pertenecientes al esquematismo y fenómeno esquemático peninsular (ocho de ellas tratan de los grabados situados fuera de las áreas «típicas»). Especial interés tiene el artículo de L. Municio y F. Piñón (133-146) dando cuenta de los resultados del programa de Documentación y Estudio de la Cueva de los Enebralejos (Prádena-Segovia) y de las manifestaciones artísticas (pintura negra y grabados) que contiene la cueva.

— Los *Congresos Nacionales* siempre han estado abiertos al arte rupestre y de una manera más especial los celebrados en Canarias (XVIII, 1985, Actas de 1987) y Castellón (XIX, 1987, Actas 1989), este último con un tomo II dedicado en buena parte al tema que interesa.

— En las *Reuniones Internacionales* sobre arte rupestre celebradas fuera de nuestro territorio también han contribuido nuestros investigadores (III Valcamónica, Actas 1979; UISPP, MAINZ, 1987; Congreso AURA de Australia, 1988; La Habana en 1988 y 1990...) destacando, por proximidad geográfica e intereses comunes, el *Coloquio con motivo del XXV año del descubrimiento de la cueva portuguesa de Escoural,* celebrado en Montemor-o-Novo en 1988.

b) Exposiciones y Homenajes:

— 1983: El Museo de Ciudad Real en colaboración con el Ministerio de Cultura y la Ciudad Autónoma de Castilla-La Mancha rindió homenaje a don Francisco José López de Cárdenas, conmemorando el Bicentenario de la Pintura esquemática. La exposición *(La Peña Escrita de Fuencaliente 1783-1983)* organizada por A. Caballero Klink, reprodujo la obra del Cura párroco de Montoro y se complementó con el breve pero no menos documentado catálogo redactado por G. Nieto.

— 1987: El Servei d'Investigació Prehistórica de la Diputació de València organizó una exposición sobre *El Neolitic Valencià. Els primers agricultors i ramaders,* muestra de una tarea interdisciplinar en la que el arte rupestre de esta comunidad se integra como un componente más en los resultados de la investigación, divulgados en dos monografías complementarias (sobre el Neolítico y el Arte) editadas con este motivo.

— 1990: Exposición sobre el arte rupestre de Soria, celebrada en el Museo de esta ciudad. La publicación de una monografía sobre el *Arte Rupestre de la Provincia de Soria* y las aportaciones de J. A. Gómez Barrera, director de la exposición, sobre la pintura y el grabado rupestre en Soria, complementan las participaciones de éste y otros investigadores en el *II Symposium de Arqueología Soriana* dedicado este mismo año a Teógenes Ortego.

En esta línea de Homenajes no debe olvidarse los artículos sobre materia de arte postpaleolítico en los libros dedicados a los Profesores Martín Almagro (t. I, Madrid, 1983, editado por el Ministerio de Cultura); Francisco Jordá (Universidad de Salamanca, 1985); D. Fletcher (vol. XVII de Archivo de Prehistoria Levantina, Universidad de Valencia, 1987) y Eduardo Ripoll a quien se ofrece específicamente el tomo VII de la revista Ars Praehistorica (pendiente de aparición).

c) Bibliografía complementaria:

Las Series de Monografías arqueológicas dedicadas al Arte rupestre y anexas a las Universidades de Barcelona y Zaragoza sufren un receso, compensado por la fundación de la revista *Ars Praehistorica* (Sabadell) por el profesor Ripoll, auspiciada por la UNED, cuyo primer volumen vio la luz en 1982. Este título debe unirse a la acogida de estos temas en las revistas de mayor tradición (*Ampurias, Zephyrus, Caesarasgusta, Archivo de Prehistoria Levantina, Trabajos de Prehistoria...* y más recientemente *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*). La proliferación de ediciones periódicas impide más distingos. Incluso en Barcelona se ha creado una *Asociación de Arte Rupestre* con su propio Boletín (primer número en 1988) y es de lamentar que el *Repertorio de Arqueología Española* (RAE), editado por la Dirección General de Bellas Artes y Archivos, no dedique un apartado específico al arte rupestre postpaleolítico (3).

El hecho más destacable es, sin lugar a dudas, el aumento de síntesis y revisiones científicas por núcleos o áreas provinciales y regionales, publicadas en lujosas ediciones financiadas por las Autonomías con el objetivo de dar a conocer el Arte o la Historia general de las distintas Comunidades o con fines mucho más científicos: los **inventarios del arte rupestre postpaleolítico.**

La intensa actividad respecto a la década anterior se calibra simplemente al comparar la síntesis de divulgación publicada por *Historia 16* (núm. 10, febrero) en el año 1977 con la editada diez años más tarde bajo el título *Arte Rupestre en España* (AR) por la *Revista Arqueología* (número extraordinario, Madrid, 1987). Tras la historiografía pertinente, escrita por E. Ripoll, el amplio espectro de manifestaciones artísticas no se fragmenta ya en ciclos sino que se compendia por áreas —zona Pirenaica, País Valenciano, Meseta, Andalucía, Galicia e islas Canarias— y el acopio de bibliografía traslluce el rumbo de la investigación y el nuevo aire de las síntesis. Con razón A. Beltrán plantea uno de sus temas preferidos en los últimos años: **la crisis de los sistemas tradicionales.** Asimismo la inclusión de artículos sobre conservación y técnicas para reproducir el arte reflejan problemas generales cuya respuesta esperanzada podría llegar de la Junta Superior de Arte Rupestre sobre cuya creación (1985) y competencia informa en la misma monografía M. A. Querol, entonces subdirectora general de Arqueología.

Aun a riesgo de omisiones se recoge en apéndice final una serie de monografías y artículos complementarios. El contenido es desigual (fruto en su mayoría de Memorias de Licenciatura y Tesis Doctorales y, en menor casuística, de auténticos registros con fines de inventario). La muestra seleccionada sirve así de referencia básica y testimonia la cantidad de bibliografía generada, el favor creciente por el arte, y la pluralidad de investigadores.

2. RENOVACION METODOLOGICA

A nivel de técnica y método científico, los avances se resumen en la interrelación de tres vectores:

1. **Avance de técnicas y medios instrumentales.**

En los últimos años se ha tomado conciencia colectiva sobre el daño generado por la reproducción directa de los dibujos y la potencialidad a la fotografía (J. L. SANCHIDRIÁN en AR y J. COSTAS en *Castrelos* 1/2, pp. 27-49, 1988); al menos teóricamente se aboga por los sistemas de reproducción indirecta, en parangón con los utilizados desde hace años para el arte paleolítico (4). La aplicación de películas de infrarrojos y ultravioleta ha sido una realidad y la digitalización de imágenes abre un futuro insospechado tanto para reproducciones más fidedignas como para delimitar fiablemente repintes o superposiciones, así como para recuperar empalidecimientos e imágenes borrosas (R. LUCAS, revista *Arqueología,* 121, 1991, 10-13).

2. **El progresivo abandono del concepto estético y estilístico en el registro y análisis documental y el acercamiento al modelo metodológico del arte paleolítico.**

El trabajo de Acosta abrió el camino para la organización y contrastación de datos. La tipología establecida para los diferentes motivos es la base de la propuesta técnica de Bécares (CIAE) o las adaptaciones particularizadas por otros autores con objeto de superar reduccionismos (5) y lograr un entendimiento común. Los trabajos sobre arte paleolítico han sido decisivos y, sea cual sea la fórmula seguida en las categorías y clasificación de dibujos, se buscan unidades susceptibles de procesar en ordenador, a la búsqueda de una mayor resolución en las regularidades e interrelación de datos. En este sentido creo que han sido más progresistas los investigadores del arte esquemático que los del arte levantino. No obstante, como se ha comentado, el tema se planteó, sea tímidamente, en el Symposio de Altamira. En 1985, A. Sebastián insiste abiertamente (*Boletín del Museo Arqueo-*

lógico Nacional III, 23-35) e incluso con mayor amplitud y detalle vuelve al asunto R. Viñas en 1988 (*Caesaraugusta*, 65, 111-147).

La unidad de conceptos es cuestión previa y hemos de considerar un auténtico acierto, aunque no capítulo cerrado, el que la II Reunión de Prehistoria Aragonesa, celebrada en Barbastro (Huesca) en 1987, tuviera como finalidad clarificar el complejo problema de la terminología del arte postpaleolítico y la precisión de la nomenclatura (acuerdos en V. Baldellou, *Bolskan. Revista de Arqueología Oscense*, 6, 1989, 5 a 14).

En síntesis, tras los tanteos en la década de los setenta, se ha tomado conciencia de la necesidad de utilizar un lenguaje común en el registro y rebasar la mera descripción y el subjetivismo. Además de los aspectos formales se valora la relación con el soporte (distribución y comportamiento espacial de los dibujos...) y se cuida la reproducción según su estado de deterioro, sin selección previa de motivos, acompañados de escalas gráfica uniforme, planta y alzado de estaciones, situación topográfica y otra serie de análisis internos o de conjunto reflejados en la cuantificación y en los histogramas, cada día más frecuentes en las publicaciones. Con todo, no hemos de ser triunfalistas pues, mayoritariamente, las publicaciones adolecen de exceso descriptivo y analogías formales.

En realidad se ha insistido poco en los patrones o pautas en la composición, sintaxis de los dibujos, etc., y a nivel externo no se ha trascendido plenamente del soporte rocoso. Son muchas las lagunas, pero el mayor rigor en la toma y publicación de datos supone en sí un importante avance.

La síntesis y seriaciones cronológicas siguen todavía apegadas a supuestos de evolución estilística, avaladas por la identificación de objetos reales (fundamentalmente armas), diferencias de pátinas, técnicas, etc., y sólo tímidamente están entrando en juego la valoración edafológica de los suelos, límite cronológico *post quem* de las representaciones reconocibles y, lo que es más importante, la integración del arte en la dinámica cultural del territorio, aspecto que creo prioritario y que influirá decisivamente en perfilar la función y cronología del arte, sustituyendo las farragosas frases por nuevos parámetros, lo que lleva hacia el paulatino planteamiento de nuevas estrategias en la investigación relacionadas con el punto siguiente.

3. La preocupación por el contexto.

Entre las muchas críticas que se pueden hacer a la investigación, existe un clamor generalizado hacia el tratamiento del arte parietal como segmento independiente, sin propiciar la integración en su respectivo contexto cultural. Los análisis espaciales y funcionales intentan remediarlo incluyendo los núcleos o lugares con arte como un componente más de la estructura sistémica en el tiempo y en el espacio y, a su vez, quienes se preocupan por las cuestiones simbólicas e ideológicas de un determinado segmento cultural no marginan la existencia del arte (*Vide* entre otros: ponencia sobre arte en *Mesa Redonda sobre el Megalisismo Peninsular*, Madrid, 1986; asimismo A. MORALES y J. E. MÁRQUEZ, en *Arqueología Espacial*, 3, Teruel, 1984, 175-195; G. DELIBES y M. ROJO, en *Arqueología*, 20, 1989, Porto, 49-55; J. FERNÁNDEZ, 1990, en *Arte Prehistórico de la Provincia de Soria*, Soria, 1990, 113-131, etc.).

Repintes y transformaciones, que tanto habían preocupado, se contemplan metodológicamente como resultado acumulativo, interesando en la explicación el todo, desde su inicio al abandono, atendiendo incluso al medio ambiental como factor que propicia/limita el uso de la roca, pátina, deterioro, etc.

Esta pluralidad óptica, parte de la investigación del arte en sí o de la perspectiva de otros estudios, ha de beneficiar en un futuro próximo los espinosos problemas de la cronología e interpretación (6). Lógicamente todo depende de la datación, escollo arduo que se resolverá por sí mismo cuando se verifique qué grupos humanos son los autores y qué función desempeña el arte o los conjuntos dentro de un determinado contexto cultural. Como bien señala P. Utrilla (CIAR, 323-340) hay que estar alerta a la ambigüedad y contradicción de las asignaciones culturales, incluso en los casos aparentemente más sencillos. Con todo, es loable esta aproximación más científica intentando superar la limitación de los paralelos morfológicos, las periodizaciones estereotipadas, el abuso de superposiciones, etc. (*Vide* atinadas críticas y propuestas en los respectivos artículos de Jorge Oliveira y Vázquez Varela en CIAE).

No se puede decir que la renovación metodológica haya calado *in extenso*, pero se ha dado ya el paso de formulaciones diferentes y las críticas apuntan con tino hacia los fallos tradicionales y las dolencias en el método. Es obvio que la descodificación o aproximación a la auténtica lectura del significado del arte sólo se podrá alcanzar cuando la metodología esté bien resuelta y agotadas las posibilidades de análisis (C. MARTÍN DE GUZMAN en CIAE, 209-216).

En cualquier caso, la búsqueda del contexto unido al método tradicional de analogía con el arte

mueble, remarcado ya en la síntesis general de Acosta y aplicado ahora con criterios más severos y mayor caudal de documentos (entre otros M. HERNÁNDEZ *et alii.*, 1988) ha repercutido sensiblemente en la «crisis» de las teorías en boga durante los setenta y en la renovación y alternativas teóricas, todavía en ebullición, que caracterizan el presente y son objetivo primordial de los numerosos escritos de A. Beltrán en los últimos años (amplias referencias en XIX CNA, t. II, 45-50 y 71 a 90 y en su libro: *Ensayo sobre el origen y significado del Arte Rupestre Prehistórico,* Zaragoza, 1989).

3. RENOVACION TEORICA

Durante la década de los ochenta se ha ido adecuando la teoría del arte rupestre al vaivén de las corrientes arqueológicas (interesan especialmente las que afectan al Neolítico, Calcolítico y Megalitismo en general. También lo reseñado en el punto 3 del parágrafo anterior).

Las nuevas formulaciones incorporan los siguientes presupuestos:

— Existencia de *arte Postpaleolítico en cueva,* rompiendo el dogmatismo de la asignación exclusiva del arte sobre soportes al aire libre o abiertos a la luz, por oposición al Paleolítico.

— Tendencia a considerar los lugares o núcleos como auténticos *santuarios* y, con más amplitud, la aceptación de *connotaciones simbólicas y significativas.*

— Reconocimiento de *localismos* o *provincias* (7). Es cierto que sigue preocupando el problema de orígenes, pero se tiende a abogar por la autoctonía y la no uniformidad del arte, ni siquiera en los ciclos aparentemente más homogéneos. Es más, esta pluralidad se conjuga con la dinámica y trayectoria cultural de un territorio en perspectiva sincrónica y diacrónica e incluso funcional, rechazando explicaciones simplistas e invalidando los sistemas clásicos.

— Aceptación de *polimorfismo temático y estilístico.* Hoy todo investigador avezado sabe que, de acuerdo a las circunstancias, las divergencias en estilo y la «heterodoxia» temática no son criterios suficientes para fragmentar el arte en fases o períodos con valor cronológico. El mayor reto está precisamente en algo que está en ciernes: su auténtica lectura.

— Bajo la óptica de las expresiones gráficas (mejor que artísticas), sean o no configuradas, además del arte mueble y repestre en sentido tradicional, la teoría incorpora, la *pintura o el grabado en estructuras,* tanto de monumentos *in situ* (funerarios, defensivos o de hábitat) como de monolitos desplazados («estelas»).

— La técnica de la pintura domina en la geografía clásica del arte levantino y también en los aspectos más «típicos» del arte esquemático, pero no es menos ciertos, que *diversas modalidades de grabado están presentes en todas las áreas,* rebasando el área tradicional asignada a esta técnica.

— El arte rupestre no se agota en la Prehistoria más reciente y existe con toda su entidad (especialmente en técnica de grabado) un *arte rupestre «histórico»* cuya relación con los viejos tiempos, cronología, finalidad, etc., está por desenmarañar.

Esta constatación, añade un reto más a la investigación, pues a la par que ha ido delatando al abuso de los paralelos se ha visto despojada de algunos de los criterios que validaban el agotamiento o las postrimerías del arte («anomalías» del soporte y de las técnicas, presencia de determinados motivos, etc.) (8). Inversamente se puede decir respecto a los inicios del arte postpaleolítico y las razonables dudas sobre la ruptura de la continuidad del llamado arte paleolítico en los comienzos del Holoceno.

En resumen, son tantas las novedades que, pese a los intentos de la Reunión de Barbastro por acuñar una nomenclatura con valor conceptual y cronológico, todavía es prematuro vertebrar la heterogénea y copiosa documentación en un esquema satisfactorio que resista las críticas.

En el estado actual parece más oportuno esbozar objetivamente los debates que intentar subjetivamente sistematizar los datos (9). Por ello, sea sintéticamente, conviene recordar las novedades habidas en el «bloque» que denominamos *arte mueble.*

A. Divergencias «estilísticas» del arte mobiliar

Objetos epipaleolíticos sugieren la no ruptura de las tendencias gráficas conocidas por el arte paleolítico: la *no figurativa,* identificable en cierto sentido con el llamado estilo lineal-geométrico del Postpaleolítico, y la *figurativa,* más o menos realista, simplificando los rasgos.

En el arte *No Figurativo* se incluyen los «cantos» pintados, tanto auténticamente Azilienses (por ejemplo, los de la tumba de Los Azules en Cangas de Onís, fechados en el VIII milenio a. de C.) como ajenos al área tradicional (entre otros, el localizado por J. M. Fullola en la cueva Epipaleolítica del Filador en Margalef de Montsant, Tarragona). A ello han de unirse, en la región cantábrica, la plaqueta lítica de Berroberría, o los fragmentos óseos de Arenaza I, y muy especialmente el importante conjunto de plaquetas del nivel II («precardial») de la Cueva de La Cocina en Dos Aguas (Valencia), fechadas en el VI milenio a. de C. (J. FORTEA, 1974 y 1976 e I. BARANDIARÁN, *Arch. Preh. Lev.* XVII, 1987, 59-79). Estos grafismos anicónicos epipaleolíticos también se documentan en contadas y dispersas muestras de arte mobiliar asociadas a contextos neolíticos: algunos objetos óseos del Neolítico cardial de la Cueva alicantina de la Sarsa ofrecen incisiones lineales formando motivos geométricos más coherentes que los de La Cocina, y en línea con dibujos grabados como los que aparecen en un colmillo de jabalí de la Cueva de los Murciélagos en Albuñol (Granada), en dos piezas de la Cueva de los Mármoles en Córdoba, en la plaqueta del covacho del Huerto del Raso en Lecina (Huesca) o en el singular brazalete de la Cueva oscense de Chaves (V. BALDELLOU Y J. M. RODANÉS, *Bolskan*, 6, 1989, 14-30).

Por otra parte, en áreas próximas a los yacimientos citados también está testimoniado el *arte figurativo* de temática zoomorfa: placas areniscas postmagdalenienses de La Meaza (Santander) y Tut de Fustanya (Gerona) con un cáprido grabado; pizarra, con una magnífica cierva incisa, localizada por el doctor Vilaseca en las excavaciones efectuadas en el abrigo de San Gregori del Falset en el Priorato y algunos otros ejemplos, de filiación cultural epipaleolítica (Actas Colloque Foix-Le Mas d'Azil, 1990), al igual, que según Pellicer y Acosta (1986), lo es la cabeza de ave grabada en otra plaqueta recogida en el nivel VI de la Cueva de Nerja (Málaga). Estos testimonios, pese a la escasez numérica y dispersión, se prestan a elocuentes reflexiones sobre la no ruptura de las tradiciones paleolíticas y el vigor de la tendencia anicónica adentrado el Neolítico. Precisamente la decoración cerámica cuya cronología postepipaleolítica es incuestionable, testimonia una y otra tendencias gráfica, aumentando incluso las divergencias estilísticas. Así, ciñéndonos exclusivamente al Neolítico cabe citar en sincronía y parangón temático con el «estilo lineal/geométrico», una serie de fragmentos de la Cueva gaditana de la Dehesilla (Jerez de la Frontera) situados estratigráficamente, según P. Acosta y M. Pellicer (1990) en el Neolítico Medio (IV milenio a. de C.). En otros yacimientos (por ejemplo, las cuevas de la Carigüela de Piñar, Nerja, los Botijos...) esta tendencia geométrica se manifiesta tímidamente desde el Neolítico Medio con motivos concretos, propios de la tipología del arte esquemático (ramiformes, soliformes...), aumentando progresivamente hasta alcanzar su cénit en el Calcolítico. Sobre ello se insiste más adelante, remarcando la riqueza vascular del foco alicantino, que ofrece entre sus cerámicas impresas una extraña temática antropomorfa (Cueva de l'Or), así como figuraciones zoomorfas más realistas o esquemáticas sin abandonar los motivos simbólicos, formalmente equivalentes y sincrónicos a los del Neolítico Medio y Final de Andalucía.

B. Arte rupestre

Teniendo en cuenta la pluralidad estilística y temática del arte mueble postpaleolítico, cabría suponer que las polémicas sobre fecha y origen del arte levantino y esquemático se habrían zanjado. Sin embargo, reconocido el arte rupestre *lineal-geométrico* como una manifestación del agotamiento de la subsistencia depredadora, precedente al naturalismo levantino (I. BARANDIARÁN, 1987), el debate actual se centra en la dicotomía planteada en la región valenciana por la posición del «Arte Levantino Clásico» respecto al arte «macroesquemático» o «contestano» considerado por M. Hernández (1988) como *prelevantino y neolítico*. Veamos separadamente el estado actual de la cuestión:

1. Arte levantino

Reduciendo posturas, se puede hablar de dos principales corrientes. En pro de la adscripción epipaleolítica se manifiesta A. Beltrán en numerosos artículos y también J. Aparicio (1984 y 1989) aunque con formulaciones distintas que confluyen en el avance gradual de la tradición paleolítica de la zona, sustentada por el propio arte mueble, implicando en un caso y otro, los cambios ambientales en el proceso de transformación.

Frente a esta línea, la corriente más en boga y de mayor favor por su propia novedad, está representada por M. Hernández Pérez y F. Jordá. Estos investigadores, seguidos asimismo por E. Ripoll (1990) defienden un origen neolítico, desde finales del V milenio a. de C., en sincronía parcial con el arte macroesquemático (Contestano o de Petracos), siempre más antiguo y posiblemente de muy corta duración.

2. *Arte macroesquemático*

Este nuevo arte expresado al igual que el levantino mediante la técnica pictórica, se ha localizado, hasta ahora, en una decena de lugares que atañen fundamentalmente al N y NO de la provincia de Alicante. Se caracteriza por la reiteración temática de grandes figuraciones antropomorfas y anchos trazos serpenteantes, rematados o no en círculos y dedos. Datación y autoría se argumentan por analogía formal con la novedosa decoración humana de las cerámicas cardiales localizadas en Cova de l'Or y de La Sarsa (B. MARTÍ Y M. HERNÁNDEZ, 1988), apuntando hacia fechas del Neolítico Antiguo (inicios del V milenio a. de C.) y a raíces conceptuales y religiosas vinculadas a los «colonos» neolíticos. Figuras animales naturalistas se imprimieron en algunos fragmentos cerámicos (Cova de l'Or), fechados en este caso a fines del Neolítico Antiguo. La identidad formal con la fauna de la pintura rupestre levantina, salvando las distancias técnicas y de soporte, es obvia y el retraso en su incorporación al repertorio plantea la lógica prioridad del arte macroesquemático antropomorfo respecto a la figura animal. Además, esta hipótesis secuencial se confirma en el Abrigo I de La Sarga (Alcoy) donde los restos de las líneas serpenteantes, antes vinculadas a lo lineal —geométrico y hoy calificadas como macroesquemáticas se infraponen, a las manifestaciones propias del arte levantino.

Este «retraso» del arte levantino, argumentado por los paralelos cerámicos y la estratigrafía cromática de La Sarga, se refuerza con las teorías de F. Jordá (1985) quien reconoce en las imágenes humanas propiamente levantinas ciertos formalismos (especialmente las figuras con cabeza discoidal) cuyos precedentes estarían en lo macroesquemático. Este conjunto de razonamientos justifica la postura de M. Hernández Pérez (1988, 282-284), el más autorizado investigador al respecto, quien llega a las siguientes conclusiones:

El arte macroesquemático, de corta duración y abandono progresivo, es más antiguo que el naturalista levantino, al menos en la provincia de Alicante. Sus autores son los «neolíticos puros» establecidos en un reducido espacio. Sobre él se superpone un nuevo horizonte artístico, el arte levantino, más amplio geográficamente, desarrollado por la población autóctona que asume, por aculturación, las novedades de la vida campesina, perdurando hasta inicios del Bronce (en razón a los modelos de las flechas).

No faltan críticas a esta teoría (véase las reflexiones de V. Valdeilou en Homenaje a Ripoll, UNED, t. I-1, 253-267). Personalmente creo que la cuestión no puede darse por cerrada pues es lícito pensar en un fenómeno a la inversa; es decir, la adopción de la tradición rupestre por los «colonos» alóctonos, pues si para las figuras impresas en cerámica existen sobrados paralelos en el Mediterráneo (práctica identidad con las conocidas en fragmentos procedentes de las tumbas maltesas de Zebbug, publicadas ya por J. D. Evans en 1958, figura 5), extraña que no exista fuera de la Península parangón rupestre para el arte macroesquemático ni para el levantino.

A estos debates se añaden otras cuestiones surgidas del enriquecimiento documental:

— La primera, la necesidad de salvar con argumentos o con mayor precisión de hallazgos el largo *hiatus* entre el final del arte rupestre paleolítico y las fechas asignadas, por unos y otros autores, al comienzo del arte rupestre postpaleolítico en la geografía levantina, máxime teniendo en cuenta, como se ha comentado, la posible prolongación del arte rupestre paleolítico y la no existencia de vacío artístico en materiales muebles no cerámicos, epipaleolíticos y neolíticos, aunque el repertorio sea exiguo. Cuanto mejor se conoce el arte y la tradición paleolíticos, más se estrechan las semejanzas estilísticas con las figuras de grandes animales (especialmente bóvidos estáticos) asignados siempre a la fase más antigua del arte levantino. Esta fase, en las secuencias de L. Dans (1984), autora que goza en España de poco predicamento, se corresponde con el Estilo I, fechado en las postrimerías del Paleolítico, y por tanto, más próximo a los planteamientos de Aparicio que a la postura del propio Beltrán, cuyos escritos apuntan, sin pronunciarse abiertamente, por romper la barrera entre el arte paleolítico y el levantino (lo cual, críticamente equivaldría a situarlo muy a inicios del Holoceno o volver a la denostada datación paleolítica, rechazada por argumentos que hoy carecen de valor, tales como el tipo de fauna y la presencia del arte a cielo abierto). Indiscutiblemente el problema radica en demostrar la dinámica geográfica y cronológica del arte levantino y las razones de su presumible alcance temporal. Obviamente se impone la renovación metodológica y la fuerza de la interrelación contextual, enriqueciendo formalismos estilísticos y apreciaciones subjetivas que siempre se prestarán a discusión.

— La segunda cuestión atañe al engranaje entre el arte levantino al aire libre y los conjuntos pintados en algunas cuevas (especialmente en Murcia) (10). La recurrencia de estilos y la fecha y tipo de depósitos funerarios abogan, según las publicaciones, a aceptar una función funeraria para el arte de estos ambientes cerrados, estilísticamente afines a conjuntos al aire libre, con la fortuna de poder asignar al contexto una fecha absoluta (hasta ahora postneolítica). Si la hipótesis no se desmiente

(habría que investigar la contradicción con el supuesto) estaríamos ante la faceta funeraria del «arte levantino», en parangón con el fenómeno bien constatado del arte esquemático en estructuras funerarias o del arte de tendencia «anicónica» localizado en cavidades con destino religioso o funerario, a las que se alude más adelante comentado.

— La tercera cuestión, a caballo entre el arte levantino y esquemático, se centra en el no menos espinoso problema de su conceptualización y delimitación geográfica. El reconocimiento patente de localismos o provincias se aviene a aceptar la pluralidad dentro del ciclo artístico, pero los límites de lo levantino se ensanchan ya demasiado y convendría volver de nuevo al debate con óptica renovada, máxime cuando cada vez son más los sitios alejados del área nuclear que mantienen un «aire levantino» y la calificación como arte esquemático es improcedente (a los viejos y polémicos lugares se une ahora la cueva madrileña de Torrelodones: LUCAS, 1991).

3. *Arte esquemático*

La presencia de dibujos esquemáticos (ciervos, ramiformes, soles...) incisos en cerámicas de las mencionadas cuevas alicantinas o en el área andaluza (incluido un alisador de la cueva cordobesa de la Murcielaguina), siempre adscritas al Neolítico, envejecen la *pintura esquemática «típica»*. Su origen autóctono podría ser defendible, pues el cúmulo de paralelos muebles aumenta de una manera decisiva a partir del Neolítico Medio y Final (P. Acosta en homenaje a Jordá). Para F. Jordá (1985) los antecedentes de los esquemas más simples de la figura humana (en Y simple o doble) están representados en las más antiguas cerámicas cardiales de las cuevas alicantinas en los inicios del Neolítico. Si la hipótesis es cierta habría que aceptar un origen comparable al del arte macroesquemático con independencia del Arte Levantino, planteando, como señalan numerosos autores, todo el problema de convivencia de ciclos levantino-esquemático, frente a los razonables argumentos de la posición más tardía de lo esquemático en la franja oriental de la Península.

La cantidad y amplitud geográfica de la denominada «decoración simbólica» en materiales muebles neolíticos y calcolíticos, atestigua, por afinidad conceptual, la dispersión de la pintura esquemática tradicional. Queda el reto de perfilar argumentadamente el ritmo cultural del avance material e ideológico, las adaptaciones y la dinámica diferenciada en el mosaico cultural de la Península. Ello implica dar mayor coherencia a las particularidades regionales y proyectar conjuntamente la diversidad de manifestaciones calificadas de esquemáticas (en pintura o en grabado). La tendencia mayoritaria es considerar el floruit en el horizonte Calcolítico (III milenio), llegando al II milenio en los ambientes más retardatarios, o en su agotamiento. No obstante la investigación habrá de puntualizar la trayectoria cronológica y los cambios conceptuales dentro de cada ambiente para dar coherencia al cúmulo de manifestaciones en una misma región. Y aquí nos enfrentamos con las divergencias estilísticas y de soporte, y el conflicto de la extensión y abuso de la palabra esquemático o del «esquematismo», sin que por ahora esté demostrado un auténtico proceso de esquematización progresiva.

La denominación simple de «arte megalítico», aparte de las críticas a la terminología en sí, a mi juicio no soluciona el problema. Resuelve la incorporación de la pintura o grabado en los monumentos funerarios, pero excluye en su terminología posibles precedentes y el creciente número de representaciones más tardías. Así se infiere de determinadas armas y escenas de jinetes, barcos... o por las diferencias cronológicas entre las estructuras funerarias gallegas, amén de la semejanza formal y compositiva entre la decoración de algunas de las «estelas del SO» y ciertos paneles de arte rupestre, caso del abrigo soriano de La Peña de Los Plantíos o de alguna de las rocas del Tajo.

La cuestión está en determinar si todas las manifestaciones que a grandes rasgos se califican como esquemáticas (sea cual sea grado y tendencia) tienen la misma raíz y cómo se explican las profundas divergencias. En la fachada occidental priman los denominados «santuarios horizontales» de complejos bien definidos en su entidad y dinámica, prolangándose sin perder su vigor hasta el primer milenio e incluso en momentos más recientes (a juzgar por determinados dibujos susceptibles de cronología). ¿Se puede decir otro tanto para el resto de grabados al aire libre en rocas verticales, horizontales, covachas, etc.? Muchos de ellos evidentemente son históricos, pero la investigación todavía tiene que dilucidar las convergencias y los elementos definidores y, sobre todo, limitar los núcleos y dar satisfactoria respuesta a la censura o prolongación respecto al arte más antiguo, desechando el fácil y falso aferramiento a la reiteración de ciertos motivos cuyos tipos, como anticipó la doctora Acosta, pueden ser vanales. Obviamente hay grabados muy modernos y seguramente por puro azar, justificados como cualquier grafito actual, pero otros pueden ser pre o prohistóricos, romanos o medievales y su número, identidad, temática, nucleización, etc., son hechos históricos de valor que habrá que desvelar.

Por otra parte, el que los grabados de Canarias se expliquen con independencia del fenómeno atlántico y del megalitismo, buscando su propia justificación, es todo un triunfo de los investigadores actuales.

4. *Grabado y pintura en cuevas*

La abundante documentación sobre el arte postpaleolítico, privado de la luz y en auténticas cuevas añade otra cuestión al punto anterior. En muchos casos, coincidan o no con santuarios paleolíticos, no existen grandes diferencias temáticas y estilísticas con la pintura esquemática (sirva de ejemplo la cueva de La Pileta en Málaga o El Castillo en Santander). Es, simplemente una faceta más. El problema mayor está en el ya crecido repertorio de un arte en cuevas bien diferente, dominado por el grafismo grabado *lineal-geométrico.* Es decir, de temática *anicónica* (exclusiva en muchos casos) aunque ciertos lugares contengan, en menos proporción, figuras animales o humanas cuya tipología se aproxima a lo esquemático (caso de la Galería de Sílex), La Meseta Norte es área preferente y cabe la dominación global de Ciclo Solacueva-Galería de Sílex, pero se queda corta en los problemas (*Vide.* R. Balbín, 1989), planteados abiertamente en la Cueva de Escoural por su relación espacial con el arte paleolítico y la proximidad a un complejo de grabados al aire libre y a un poblado Calcolítico. Sobre su valor religioso no puede haber dudas. Además de la reutilización de cuevas con arte paleolítico se constata la asociación a depósitos votivos y/o funerarios.

La maraña de signos y las composiciones inciden en formas cuyos paralelos formales se remontan al arte paleolítico y, como se ha visto, perduran tras el epipaleolítico. La datación calcolítica avalada por el contexto de la cueva segoviana de Los Enebralejos no se ratifica en el caso de las cuevas sorianas cuyos materiales no superan el Bronce Antiguo. En Los Enebralejos la exigua pintura plantea, por temática e infraposición la posible relación con la pintura esquemática al aire libre. Si esto se ratifica en otras áreas, habría que admitir la sucesión temporal y modificar o contemplar con nuevas perspectivas la datación de estos grabados, *conceptualmente* distintos de la pintura esquemática.

Esto no es más que un pequeño botón de muestra en el rompecabezas del arte rupestre, imposible de valorar si no se rompen los viejos moldes y se construye una teoría cimentada en una lectura más completa, integrada en un contexto cultural capaz de revelar la complejidad mental de sus autores y los cambios habidos con el transcurso del tiempo.

4. PROTECCION DEL ARTE

En 1971 se creó la Comisión Nacional para la Protección del Arte Rupestre. Hoy disponemos de un marco jurídico y legal mucho más amplio: Ley del Patrimonio Histórico Español de 16 de junio de 1985, por la que se crea como órgano consultivo la Junta Superior de Arte Rupestre, adscrita a la Dirección General de Bellas Artes y Archivos (Funciones y competencia, «BOE» 24 de julio de 1986). El Título V declara bien de interés cultural todos los lugares con arte (art. 40.2) y se preocupa de la protección del entorno y paisaje arqueológicos. Asimismo prescribe la necesidad de estar autorizado para realizar cualquier trabajo de campo o de protección directa.

Complemento a esta normativa y prueba de las inquietudes generales por difundir el arte rupestre y educar en su respecto, es el celo que durante estos años está mostrando la Comunidad Aragonesa por estudiar, divulgar y proteger su riqueza artística, destacando la celebración, en 1989, de las *Jornadas sobre de Parques con Arte Rupestre* (JPAR), de convocatoria internacional, (Actas publicadas en Zaragoza 1990), organizadas por la Diputación General de Zaragoza con el asesoramiento y contribución del profesor Beltrán. El punto final a reseñar, imprescindible para la conservación, pero no menos interesante en orden a la investigación, se refiere al *Inventario de Arte Rupestre,* sin distinción de épocas. Prescrito por la UNESCO, Comunidad Europea y nuestra legislación, se está realizando independientemente por Comunidades o provincias. El mencionado libro de M. Hernández es un modelo a seguir; Cataluña ha editado sus primicias (1990); la Comunidad de Castilla y León (*Zepphyrus,* 1988/89) tiene muy avanzado el proyecto e incluso Madrid se ha apresurado a inventariar el arte rupestre de su territorio, tan recientemente descubierto, impulsando al mismo tiempo las prospecciones y el estudio...

En suma, si se consigue aunar el registro de datos con la adecuada metodología, dentro de veinte años los comentarios de estas páginas serán ya «prehistoria».

(1) Para este autor (p. 59) las manifestaciones agrupadas por Anati bajo el nombre de grabados galaico-portugueses *son heterogéneas y debe revisarse tal concepto.* Atendiendo al conjunto de las modalidades de grabado en territorio portugués establece cuatro grandes conjuntos: 1. Grabados dolménicos (complementarios de las pinturas en este mismo tipo de estructuras). 2. Complejo del Arte Rupestre del Tajo (complementado en el Coloquio con la comunicación de Gómez Varela y la contrastación con las Hurdes). 3. Grabados del N de Portugal. 4. Grupo galaico-portugués.

(2) El uso irá imponiendo la denominación pues no existe unanimidad en la etiqueta. En principio, J. E. Aura lo llama *Arte lineal-figurativo* («Aportaciones al estudio de La Sarga [Alcoy, Alicante]» *Lucentum,* II, 1983, 5-16). F. Jordá propone que se denomine *Arte contestano* («Arte prehistórico de la región valenciana: problemas y tendencias» en *Arqueología del País Valenciano. Panorama y perspectivas,* Alicante, 1985, 121-140). Para Beltrán bastaría con la designación de *Arte prelevantino* («La fase prelevantina en el arte prehistórico español», *Arch. Preh. Levantina,* XVII, 1987, 81-96). J. Fortea y E. Aura aluden específicamente al *Arte cardial* («Una escena de vareo en La Sarga [Alcoy]. Aportaciónes a los problemas del arte levantino», *Arch. Preh. Levantina,* XVII, 97-122). En la Reunión de Basbastro se acordó llamarlo *Arte de Petracos,* en atención al yacimiento epónimo («Terminología en el Arte Postpaleolítico», *Bolskan,* 6, 1989, 5-14).

(3) Aparte de su considerable retraso, incluye la información de acuerdo a las estimaciones cronológicas de cada autor en concreto, acompañadas de la letra F (arte en general) sin precisiones sobre parietal, mueble o estructuras.

(4) N. Aujoulat (1987): *Le relevé des oeuvres pariétales paléolithiques. Enregistrement et traitement des donnés,* París.

(5) Entre otas razones salvar el escollo de las variaciones estilísticas y evitar términos tan denostados como esquemático/semiesquemático/ naturalista/seminaturalista, acuñados por el Abate Breuil y manejados, pese a todas las críticas, por la mayoría de investigadores.

(6) A. Beltrán: «Nuevos horizontes en la investigación del arte ruprestre esquemático: cuestiones generales y estado de la cuestión», *Caesaraugusta,* 61-72, 1985, 25-55.

(7) Quizá conviniera hablar de regionalismo o «facies» (en sentido de diversidad dentro de un complejo u horizonte artístico), intentando delimitar en el espacio las particularidades adoptadas, según el desarrollo cultural de las distintas áreas que definen en conjunto los ciclos de mayor amplitud. Una vez más es justo señalar que las conclusiones de Acosta (1968, p. 182) apuntaban por este camino.

(8) Los argumentos sobre la modernidad del carro en la península ibérica siguen siendo válidos ante la ausencia de testimonios fidedignos con anterioridad al Primer milenio a. de C. (*Vide:* M. Fernández Miranda y R. Olmos, 19896, *Las ruedas de Toya y el origen del carro en la Península Ibérica,* Madrid, especialmente 104-108 sobre los motivos rupestres y conclusiones en 129-135). No obstante, no está dicha la última palabra pues a ello se opone la argumentación de Varela Gómez y otros, al tratar de los grabados exteriores a la cueva de Escoural y su relación con el poblado en CIAE.

La datación de los équidos domésticos se ha envejecido: R. Lucas e I. Rubio en *Zephyrus,* XXXIX-XL, 1986-87, 437-444.

(9) E. Ripoll en 1990 (*Espacio, Tiempo y Forma,* figura 5) propone una sucesión cronológico-cultural de los distintos horizontes del arte postpaleolítico, marcando una cesura entre el arte lineal geométrico y el macroesquemático y levantino cuyos inicios enmarca a comienzos del Neolítico cardial. La cadena cronológica continúa, según áreas y modalidades, hasta rebasar la Edad del Hierro.

(10) Con la detallada crónica, casi detectivesca, narrada por A. Beltrán sobre el polémico debate de autenticidad de las pinturas de las cuevas murcianas de Cehegín, complementada con los trabajos de M. Nicolás del Toro sobre las excavaciones de los lugares y la relación espacial entre los depósitos arqueológicos y las pinturas rupestres en territorio murciano.

BIBLIOGRAFIA. (Orden cronológico)

Arte levantino

ALONSO TEJADA, A. (1980): *El conjunto rupestre de Solana de las Covachas (Albacete),* Albacete.

BELTRÁN, A. (1982): *El arte Rupestre del Levante Español,* Madrid (Traducción de la edición italiana, Milán, 1980, preparada, según el autor, en 1978).

PIÑÓN, F. (1982): *Las pinturas rupestres de Albarracín,* Madrid/Santander.

VIÑAS, R. (1982): *La Valltorta. Arte Rupestre del Levante Español,* Barcelona.

APARICIO, J. y otros (1983): *El primer arte valenciano II. El arte rupestre levantino,* Valencia.

DAMS, L. (1984): *Les peintures rupestres du Levant Espagnol,* París.

MARTÍ, B. y HERNÁNDEZ,, M. (1988): *El neolitic Valenciá. Art Rupestre i cultura material,* Valencia. (Ed. bilingüe).

APARICIO, J. *et alii* (1988): *Nuevas pinturas rupestres de la Comunidad Valenciana,* Valencia, 2 vols.

Pintura esquemática

GÓMEZ BARRERA, J. A. (1982): *La Pintura Rupestre Esquemática en la Altimeseta Soriana,* Soria.

CABALLERO KLINK, A. (1983): *La Pintura Rupestre Esquemática de la vertiente septentrional de Sierra Morena (provincia de Ciudad Real) y su contexto arqueológico,* 2 vols. Ciudad Real.

CARRASCO, J. *et alii* (1985): *El fenómeno rupestre esquemático en la Cuenca Alta del Guadalquivir. I: Las Sierras Subbéticas,* Jaén.

HERNÁNDEZ, M. S. y SEGURA, J. M. (1985): *Pinturas rupestres esquemáticas en las estribaciones de la Sierra de Benicadell, Vall d'Albaida (Valencia),* Valencia.

MÍNGUEZ, A. *et alii* (1985/86): «Pinturas rupestres esquemáticas de la cueva de Los Burros (Cansobres, Palencia)») *Kobie,* XV, 61-85.

(1986): *Pintura rupestre esquemática en Mérida, Sierra de Arroyo de San Serván,* Badajoz, 2.ª ed.

GUTIÉRREZ, J. A. y AVELLÓ, J. L. (1986): *Las pinturas rupestres esquemáticas de Sésamo, Vega de Espinareda (León)* Madrid/Santander.

GRANDE DEL BRÍO, R. (1987): *La pintura rupestre esquemática en el Centro-Oeste de España (Salamanca y Zamora),* Salamanca.
LÓPEZ PAYER, M. G. (1988): *La pintura rupestre en Sierra Morena,* Madrid.
LÓPEZ PAYER, M. G. y SORIA, M. (1988): *EL Arte rupestre de la Sierra Morena Oriental,* La Carolina.
BELTRÁN, A. (1989): *El Arte rupestre aragonés. Aportaciones de las pinturas prehistóricas de Albalate del Arzobispo y Estadilla,* Iber-Caja, Zaragoza.

Grabados

GARCÍA ALEN, A. y P EÑA SANTOS, A. (1980): *Grabados rupestres de.la provincia de Pontevedra,* La Coruña.
BAPTISTA A. M. (1981): *A Rocha F-155 e a origem do vale do Tejo,* Oporto, Monografías Arqueológicas 1.
EIORO, J. y REY, P. (1984): *Guía de los petroglifos de Muros,* Santiago de Compostela.
GARCÍA SOTO, E. y MOURE, A. (1987): El arte rupestre de la cueva de San García (Santo Domingo de Silos, Burgos) y otras manifestaciones parietales esquemáticas de la Submeseta Norte», *XVIII, CNA,* Zaragoza, 513-523.
MONTADO, C. e IGLESIAS, M. (1988): *Grabados rupestres en Alcántara (Cáceres).* Alcántara.
GOMES VARELA, M. (1990): «A importancia dos elementos naturais e do ambiente na arte rupestre», en *JPAR,* 122-148, con bibliografía y esquema cronológico sobre los grabados portugueses.
SEVILLANO, M. C. (1991): *Grabados rupestres en la Comarca de Las Hurdes,* Salamanca.

BIBLIOGRAFIA. (Areas geográficas)

— **Alicante:** HERNÁNDEZ , M. *et alii, Arte rupestre en Alicante,* Alicante, 1988.
— **Area Atlántica:** TWOHIG, E. S. *The Megalithic Art of the Western Europe,* Oxford, 1981.
— **Baleares:** BELTRÁN, A. *et alii: Las pinturas rupestres de «Sa Cova des Vi». Ses Fontanelles. Sant Antoni de Portmany (Ibiza),* Ibiza, 1987.
— **Cádiz:** TOPPER, U. y U., *Arte rupestre en la provincia de Cádiz. «Documentación y valoración»,* Cádiz, 1988.
— **Cantabria:** BALBÍN, R., «El arte megalítico y esquemático del Cantábrico» en M. GONZÁLEZ, ed: *Cien Años después de Sautuola,* Santander, 1989, 15-96.
— **Cataluña:** VIÑAS, R. *et alii,* La pintura rupestre en Catalunya, Barcelona, 1983.
— **Cataluña:** CASTELL, J. (Dir.), *Inventari del Patrimoni Arqueològic de Catalunya. Corpus de Pintures Rupestres,* vol. I: La Conca del Segre, Barcelona, 1990.
— **Castellón:** PEÑA, C. registra en las Actas del XIX CNA (1989) toda la bibliografía generada.
— **Castilla y León:** CORCHÓN, S. y otros, «El arte rupestre prehistórico en la región Castellano-leonesa», *Sephyrus,* XLI-XLII, 1988-89, 7-18.
— **Cuenca:** ALONSO TEJADA, A. «Los conjuntos rupestres de Marmalo y Castellón de los Machos (villar del Humo, Cuenca)», *Empuries,* 45-46, 1987, 8-29.
— **Huesca:** BALDELLOU, V. En las Actas de las *Jornadas sobre Parques con Arte Rupestre* (1990) recoge la bibliografía de esta provincia.
— **Madrid:** LUCAS, M. R. «Las pinturas de Torrelodones»: *Arqueología,* 121, 1991, 10-13.
— **Murcia:** GARCÍA DEL TORO, J. «La pintura rupestre en Murcia» *Arqueología,* 98, 1989, 10-15.
— **Soria:** VV.AA. *Arte rupestre en Soria,* Museo Numantino, Soria, 1990.
— **Sudeste:** SORIA, M. y LÓPEZ PAYER, M. G. *El Arte rupestre en el Sureste de la Península Ibérica,* 1989, La Carolina.
— **Teruel:** Relación por términos incluida por A. Beltrán en el número 5 de *Cartillas Turolenses,* 1986.

EL CALCOLITICO Y LA EDAD DEL BRONCE EN ANDALUCIA

J. C. Martín de la Cruz
Universidad Autónoma de Madrid

Queremos plantear nuestra aportación, a esta obra de síntesis, desde una perspectiva diacrónica, de forma que permita enlazar dos momentos en el desarrollo de la investigación en nuestra Pre y Protohistoria, indicando los pasos que han conducido el tránsito de una a otra.

Dado el marco cronológico, la extensión del territorio y la gran cantidad de bibliografía que existe, nos limitaremos a plantear las ideas de los autores que nos ayuden a definir el punto de partida, así como aquellos que con sus trabajos hayan aportado los resultados más significativos en el proceso de comprensión de la evolución de las estructuras socioeconómicas calcolíticas a las de la edad del Bronce, finalizando nuestro estudio en el momento en que comprobamos la aparición de los fenicios en las costas mediterráneas de la península Ibérica. Por todo ello no pretendemos tampoco una recogida bibliográfica exhaustiva y es más que probable que, a juicio de los diferentes lectores, queden algunas lagunas en el resultado final.

Vamos a considerar como inicio de este trabajo el planteamiento que de estas etapas culturales se hacía en el V Simposium Internacional de Prehistoria Peninsular celebrado en Jerez de la Frontera en 1968, publicado un año más tarde en Barcelona. Pero dado que en éste se trataba monográficamente el problema en torno a Tartessos, la mayor parte de la información recogida incide en la Andalucía bética, quedando la alta Andalucía y el Sureste al margen de la discusión, exceptuando la interesante aportación de W. Schüle. Por ello incluiremos, en la documentación que nos sirve de inicio, las obras de P. Bosch (1969), B. Blance (1971) y A. Arribas (1976), junto con obras monográficas sobre la Peña de los Gitanos (1971), Cerro de la Encina (1974), El Barranquete (1974), Cuesta del Negro (1975), Terrera Ventura (1975), Cerro de los Castellones (1975) y Malagón (1978), entre otros.

Este panorama inicial tendrá referencias y contrastes obligados en las obras específicas de actualización sobre Andalucía, publicadas con motivo del Homenaje a Luis Siret celebrado en Cuevas de Almanzora (Almería) en 1984 y publicado en Sevilla dos años más tarde, así como en las obras generales sobre Megalitismo (Madrid 1986 y 1987a y b), hasta llegar a los planteamientos y las líneas de investigación en curso, con el empleo de una bibliografía actualizada.

1. INTRODUCCION

En estas fechas de finales de los años sesenta, la casi inexistente discusión entre occidentalismo y orientalismo estaba mayoritariamente decantada a favor de la segunda opción, aunque los defen-

sores de las tesis indigenistas, seguidores de P. Bosch Gimpera, mantenían firmemente sus postulados. Como resultado de lo anterior la estrecha vinculación que se establecía entre los primeros metalúrgicos y las construcciones megalíticas, por los partidarios de las tesis difusionistas orientales, hacía que la cronología de éstos se situara a partir de mediados del tercer milenio a. de C. (A. M. MUÑOZ, 1969, 33). La población autóctona era escasamente valorada, hasta el punto que las manifestaciones constructivas de la cultura de Almería se consideraban ya como el resultado de la mezcla cultural y étnica de la población local con la oriental (W. SCHÜLE, 1980).

La inapropiada terminología, Bronce I, empleada para designar esta fase del desarrollo, sustituía desde el I Congreso Nacional de Arqueología celebrado en Almería en 1949, a los términos del Eneolítico y Neo-eneolítico, igualmente inadecuados. Pero a pesar del intento, dos de ellos, Bronce I y Eneolítico, conviven aún con el de Calcolítico, que creemos más ajustado, no sólo etimológicamente, al período de transición de las economías neolíticas a las de la edad de los metales. La cuestión terminológica no es lo más importante pero sí resulta indicativo del problema conceptual que gira en torno a las comunidades que inician el uso del metal.

¿Cuál es el transfondo cultural que encierra esta etapa para la que resulta tan difícil encontrar una etiqueta apropiada, en la medida que éstas lo son, y sea aceptable para la mayoría de los investigadores? Creemos que el mayor problema reside en el intento de definir el Calcolítico desde un punto de vista tecnológico, como una fase acabada y no como un lento proceso, **no generalizado**, por el contrario muy local, en el que la oferta del medio pudo resultar decisiva. Quizá deberíamos utilizar el término de calcolitización para imprimir mayor contundencia en la conceptualización del proceso por el que algunas comunidades productoras con un determinado nivel de desarrollo socioeconómico, intensifican la producción de sus tradicionales bases económicas, aumentando las actividades de transformación (lo que se viene denominando revolución de los productos secundarios), y las amplían con la explotación de nuevos recursos, uno de los cuales sería la minería.

Creemos que la diferencia entre un grupo de Neolítico Final y otro de comienzos del Calcolítico no debemos buscarla en la existencia o no de metal (siempre sometido al azar del hallazgo y escasamente documentado en los contextos arqueológicos hasta un momento final de la fase), sino en el salto cualitativo observado en la explotación y manipulación de sus bases de producción, que se materializa comúnmente por modificaciones en las estructuras de hábitat, en el mismo cambio del poblado, en el aumento demográfico, en la diferenciada explotación de las cabañas domésticas silvestres, en los cambios de ritual funerario, en la mayor abundancia y diversidad de sus ajuares, que nos deja entrever la lenta y progresiva consolidación de las desigualdades sociales, producto de la ampliación de las relaciones de intercambio, la especialización funcional y la mejora tecnológica, que conducirán a la existencia de jerarquías en el ámbito del asentamiento y de rango del poblado en la competencia o en la planificación de la explotación de un mismo territorio por parte de varias concentraciones humanas, culturalmente homogéneas.

La respuesta material a esta compleja transformación cultural no será tan expresiva, y exceptuando algún útil que por su funcionalidad claramente establecida y su abundancia, caso del diente de hoz con pátina de cereal, nos demuestre la intensificación de una práctica económica, el resto de la cultura material se mantendrá con escasas modificaciones formales que sólo podrán ser observadas en el caso de continuismo del hábitat y con apoyos estadísticos. El metal puede aparecer o no, pero sabemos además, que no tendrá importancia económica hasta muy avanzada la fase.

Naturalmente si la tipología es la única información que se posee o se instrumenta para acercarnos a la comprensión del fenómeno **transición**, tanto si procede de secuencias estratigráficas y más aún si se trata de prospecciones superficiales, estaremos abocados a la incomprensión del problema histórico en cuestión. A la misma situación llegaremos si extrapolamos los resultados, si las generalizaciones que siempre son oportunas, no están suficientemente matizadas por los estudios comarcales.

Para esta breve reflexión no es necesario poseer un gran bagaje de conocimientos teóricos, pero si la realizamos es porque queremos hacer constar que nuestra postura crítica ante determinadas periodizaciones y atribuciones culturales está dentro de lo que razonablemente aceptamos todos.

2. ESTADO INICIAL DE LA CUESTION

Las bases estratigráficas con las que se comenzaba a sustentar el desarrollo cultural de la Andalucía oriental empezaban a ser sólidas. En los años sesenta se había publicado el Cerro del Real en Galera (PELLICER y SCHÜLE, 1962 y 1966), el poblado y la necrópolis de los Millares (ALMAGRO y ARRIBAS, 1963), la Cueva de Nerja (PELLICER, 1963 y 1964), y el Cerro de la Virgen en Orce (SCHÜLE

y PELLICER, 1966), que permitieron los primeros planteamientos secuenciales. A fines de la década el departamento de Prehistoria de Granada se afana en completar la información sobre calcolítico y bronce con las excavaciones en el Cerro de la Encina (desde 1968), Cuesta del Negro y Cerro de los Castillejos (desde 1971), Castellones de Laborcillas (desde 1973), Malagón (desde 1975), Cerro de Enmedio (desde 1977), así como el reinicio de las excavaciones en los Millares en 1978.

Desde 1972 se inician las excavaciones en Terrera Ventura (GUSI, 1975) en donde se documenta un poblado de la denominada «Cultura de Almería», con un desarrollo en cuatro fases sin fortificar, con fondos de cabañas de planta semicircular y circular, agujeros de postes, silos, cerámicas con decoración a la almagra. Desde la fase III presupone el autor, la existencia de plantas rectangulares, y sólo desde la IV aparece algo de metal.

La excavación del poblado en la **Peña de los Gitanos**, (ARRIBAS y MOLINA, 1979a) permitió documentar una fase inicial denominada Neolítico Tardío, muy relacionada en términos tipológicos y decorativos con la neolítica cultura de las Cuevas, fechado entre el 3000-2800 a. de C. aproximadamente. La transición al Calcolítico viene representada por la fase II, a la que se denomina Neolítico Final, y en la que junto a pervivencias decorativas de la fase anterior, aparecen fuentes carenadas, abundantes platos, algunos con bordes engrosados, y otros tipos lisos que pueden asimilarse a lo que convencionalmente se viene denominando «Cultura de Almería», asociados a escasos fragmentos de campaniforme del tipo marítimo. A esta fase corresponden sepulturas individuales en fosa.

En la fase III, citada ya como Calcolítico, aparecen algunos cuencos con borde biselado y platos frecuentemente con bordes engrosados, puntas de flecha de base cóncava, así como campaniforme y el primer útil en cobre. A esta fase debe corresponder la necrópolis megalítica contigua al poblado de Montefrío. La fase IV, de Calcolítico tardío, nos presenta la evolución local de las formas conocidas de la edad del cobre hacia prototipos que hallaremos más tarde, durante el Bronce pleno, asociado a elementos argáricos.

El espesor de los estratos Calcolíticos, la pervivencia de motivos decorativos neolíticos y la existencia de sepulturas megalíticas en uso hasta época argárica, nos habla del conservadurismo del poblado si bien las formas carenadas, los platos con bordes engrosados, el campaniforme y el metal están indicando la continuidad de los contactos con otras áreas culturales vecinas.

Las dos fases de ocupación de el **Malagón** documentan un poblado calcolítico fortificado, con muralla, fortín y cabañas de planta circular, que aumentan su tamaño entre las fases I y IIB, y hogares circulares en su interior, que se destruye antes de que haga aparición el campaniforme. Existe metal en toda su secuencia y es clara su relación con el horizonte Millares I.

El calcolítico en el **Cerro de la Virgen** estaría representado por sus dos primeras fases. La I, la de fundación, supone en el pensamiento de Schüle, la culminación en la planificación de la estrategia de explotación del territorio por parte de los «colonos orientales», pues con anterioridad al establecimiento de centros como el Cerro de la Virgen (denominados terciarios que tenían como misión el control de los caminos naturales que conducen desde los lugares de extracción a los puertos), era necesaria la existencia de primeros prospectores con hipotéticos fortines costeros, así como una segunda fase de colonización hacia el interior que daría lugar a la construcción de poblados del tipo Millares.

Con el inicio del poblado se construyeron cabañas de planta circular fabricadas con adobe, cubiertas con cúpula y postes como elementos de sostén, al tiempo que una gran acequia y la fortificación del enclave (fase IA). Es posible que en esta primera fase se iniciara la construcción de tres supuestas sepulturas en cueva artificial parecidas a las de Palmela. La cronología relativa establece relaciones con Millares I.

En la fase II se continúan construyendo viviendas con la misma planta, pero ahora el contexto material incluye campaniforme. En la reconstrucción que da lugar a la fase IIB aumenta el campaniforme, aunque nunca supera el 5 por 100 del total del material cerámico. El momento final, IIC, contempla la disminución de la cerámica campaniforme y la desintegración cultural de la fase II, datada por cinco fechas de carbono 14 entre el 1970 y 1850 a. de C.

Con la última ocupación, la III, en la que se perciben los primeros influjos argáricos, se construyen tumbas en fosa (fase III.A.2) o en fosa y pithos asociados a copas y objetos de plata, en el interior del poblado (fase IIIB). Schüle considera esta última fase como Argar B y lo fecha en torno al 1500 a. de C.

La aparición de metal en toda la estratigrafía, las construcciones fortificadas, la ergología, y las cronologías relativas y absolutas, indican que nos encontramos desde la primera fase en un poblado

de Calcolítico avanzado, en el que no será posible estudiar *in situ* el desarrollo de los grupos locales en el tránsito del Neolítico al Calcolítico.

Tras un *hiatus,* la secuencia cultural en la zona se recupera en el **Cerro del Real** de Galera. Su potente fase I, con un espesor entre 5-6 m, corresponde a un bronce post-argárico con cerámicas bruñidas, pintadas en rojo y amarillo, alguna acanalada, otras con decoración de motivos bruñidos reticulados, junto con otras más toscas de fondo plano. Las cabañas siguen siendo de planta circular u oval pero con diámetros mayores, unos 12 m. y posible cubierta plana o levemente inclinada. La fase II presenta como novedad la aparición de cerámica a torno, procedente de las factorías fenicias de la costa malagueña y granadina. Parece que tuvo corta duración a juzgar por su escaso espesor estratigráfico, dando paso a la fase III de personalidad cultural ibérica, que debió iniciarse a principios del siglo VII a. de C. (SCHÜLE, 1969).

En el poblado del **Cerro de la Encina,** (ARRIBAS y otros, 1974) se han localizado tres fases de ocupación de las que las dos primeras corresponden al Argar. La fase I, fechada en Argar B antiguo, se inicia con espesas construcciones y agujeros de postes calzados con piedras, localizados a ambos lados de la muralla, que continúan en la segunda fase con un gran edificio rectangular absidado, reforzado por lienzos paralelos adosados, manteniéndose la tradición de colocar postes a ambos lados de los muros. Tras un incendio la ocupación se mantuvo, durante la fase IIb, hasta el abandono del lugar. La cronología que se estimaba estaba comprendida entre el 1200-1000 a. de C.

Después de un *hiatus,* la nueva fase III, se presenta claramente diferenciada por los tipos de viviendas, que ahora son ovales, por la explotación de la cabaña doméstica, dominando las ovejas, cabras y en menor proporción las vacas y los cerdos, quedando el caballo escasamente representado, así como por la presencia de nuevas cerámicas típicas de la Meseta central y Valle del Ebro junto con otras que llevan decoración geométrica bruñida. La cronología debería estar entre el 1000 y el 700 a. de C.

La **Cuesta del Negro,** (MOLINA y PAREJA, 1973), presenta una fase inicial correspondiente al Argar B, con edificaciones defensivas y viviendas excavadas en la roca, de planta irregular, construidas a base de materiales frágiles, que contenían bajo los pavimentos de su interior sepulturas en fosa, fechables entre el 1500-1200 a. de C.

Tras un *hiatus,* la fase II se identifica como Bronce Final y se le atribuye una cronología comprendida entre un momento posterior al 1250 y el 900 a. de C. Las viviendas de esta fase son de planta rectangular, con zócalos de piedra y cubierta probablemente plana. El contexto presenta cerámicas decoradas con técnicas excisa, incisa e impresa, semejantes al horizonte meseteño Cogotas I, aunque se mantienen algunos tipos del final de Argar B.

Con estas secuencias se comenzaba a vertebrar el Calcólitico y Bronce en las tierras de la Alta Andalucía y Sureste reconociendo que:

1. La Cultura de las Cuevas con cerámica decorada y la Cultura de Almería eran distintas, con ámbitos geográficos diferentes, así como los posteriores desarrollos de los grupos que habían recibido las respectivas influencias.

2. La Cultura de Almería, dentro de su desconocimiento, se presenta ocupando un territorio costero, con algunos yacimientos al interior, caso del Cerro de las Canteras (VÉLEZ BLANCO), inicialmente con viviendas de planta semicircular y circulares, agujeros de poste para el sostén de la techumbre, sin fortificar y sin metal, pero con enterramientos individuales en sepulturas circulares, con pequeños túmulos delimitados a veces por un círculo exterior de piedras, y un ajuar semejante al que aparece en los contextos de los poblados fortificados, llegándose a la conclusión de que el horizonte Millares no es más que una etapa reciente en el desarrollo de la «Cultura de Almería».

3. La ocupación Calcolítica, el hábitat y la necrópolis, representada en la Peña de los Gitanos y en el Cerro de la Virgen, indicaba una dualidad de tradiciones, en el primer caso relacionada con la Cultura neolítica de las Cuevas y el Horizonte Megalítico Occidental, y con el ámbito almeriense, Millares, en el segundo. El análisis de los contextos y las fechas de C-14 demuestran cómo desde los centros costeros, Millares, Cabezo del Plomo, o cercanos como Malagón y Cerro de las Canteras, progresan hacia el interior, desde unas fechas en torno a la mitad del tercer milenio a. de C., los influjos que darán lugar a yacimientos como Cerro de los Castellones, Cerro de la Virgen y las Angosturas de Gor, en donde percibimos un contexto, hídrido ya, de influencias almerienses y megalíticas.

4. La sustitución de los enterramientos individuales en fosa por los colectivos en sepulcros megalíticos pudo comenzar con la fase III de Montefrío, y es ahora el momento en el que se perciben con mayor nitidez los contactos con los grupos del valle del Guadalquivir.

5. Por las mismas razones, al final del Calcolítico, los estratos correspondientes en el Cerro de

la Virgen, y Castellones de Laborcillas representan comunidades que progresivamente se han ido argarizando, mientras que en la Peña de los Gitanos sólo se percibe el contacto como resultado de una convivencia sincrónica.

6. En cuanto a las cronologías para el desarrollo de los establecimientos metalúrgicos costeros, ya hemos comentado que se aceptaban fechas a partir de la segunda mitad del tercer milenio, debiendo convivir con los continuadores de la Cultura de Almería y con los herederos de las tradiciones neolíticas en zonas del interior.

La alta cronología, de fines del IV milenio, que proporcionaba Nerja para los inicios del Calcolítico, no era aceptada para las tierras del interior granadino, tanto por el mantenimiento de los rasgos neolíticos, como por la pronta aparición del campaniforme de tipo marítimo y puntillado en el registro estratigráfico, que se consideraba resultado del contacto con los grupos metalúrgicos de la costa. La fecha aceptada para un Calcolítico precampaniforme estaba comprendida entre el 2300-2000 a. de C. (ARRIBAS, 1976), tomando como fecha *ante quem* la más antigua de C-14 proporcionada por la fase IIA del Cerro de la Virgen, 1970 ± 35 a. de C. y la *post quem* del Malagón 1980 ± 70 a. de C.

Como la cronología del estrato II de la Peña de los Gitanos es de 1890 ± 35 a. de C., sin campaniforme ya, y en él se observa un desarrollo local del Calcolítico final, se estimaba que la duración del mismo no debió superar el siglo. Los estratos I a III (fase IV) se interpretan como el fondo cultural calcolítico que convivirá con el inicio y desarrollo del Bronce antiguo argárico, mal documentado en Montefrío pero bien estudiado en el cerro de los Castellones de Laborcillas, (TORRE PEÑA, 1978) fechándose a partir de 1900 a. de C. aproximadamente.

Nuevas fechas de C-14 para el Argar A en el Cerro de la Virgen, 1785, y para el Argar B antiguo del Cerro de la Encina y Cuesta del Negro, 1675 y 1640 respectivamente, obligaban a remontar la cronología del Argar A hasta el 1900 a. de C. en los centros originarios, dado el carácter marginal del Cerro de la Virgen de Orce, y de los poblados granadinos de nueva fundación, antes mencionados (TORRE PEÑA, 1978). El Bronce antiguo se fecharía entre el 1900-1800 y el 1650 a. de C. y el pleno habría que llevarlo también hacia el 1700-1600 a. de C., ya que las fechas de C-14 de los últimos momentos del Bronce, en la Cuesta del Negro, estaban dando 1185 y 1120, lo que supondría remontar la cronología de sus inicios hasta el 1500, según la razonada opinión de Arribas. Porque, además, no parecía haber un corte brusco entre el Argar B del citado yacimiento y los primeros niveles del Bronce final (ARRIBAS, 1976). Esta fase sería paralela a la I del Cerro del Real de Galera, que su excavador prefiere denominar post-argárica, y que finalizaría entre el 700-600 a. de C. con la presencia de cerámicas a torno procedentes del intercambio con las factorías fenicias de la costa.

7. Dos nuevos e importantes trabajos terminaron por ajustar el proceso cultural y las cronologías en este ámbito. Nos referimos a las obras de Molina y Arteaga de 1976 y 1978a y b.

En el primero de ellos (MOLINA y ARTEAGA, 1976) consiguen independizar de la conexión europea, el conjunto de técnicas decorativas que forman parte del contexto Cogotas I, en particular la excisión, que hacía rebajar las cronologías hasta bien entrado el primer milenio. Su asociación a materiales propios del Bronce Tardío y la cronología absoluta proporcionada por la cabaña más moderna de esta fase en Cuesta del Negro, así como la aparición de los tipos propios de Cogotas I en la fase IIb del Cerro de la Encina, igualmente asociada a Bronce Tardío, permitían remontar la cronología de la cultura meseteña, por lo menos, hasta el siglo XII a. de C., con una amplitud que podría estar entre los siglos XIII y X a. de C. (MOLINA, 1978).

Este mismo año se sistematiza el Bronce Tardío y Final en el Sudeste (MOLINA, 1978b), estableciéndose su duración entre los siglos XIV y XII a. de C., empleándose para ello los contextos estratigráficos, las fechas absolutas y relativas procedentes del Cerro de la Encina, parte del material de Cabezo Redondo, así como los materiales post-argáricos de Fuente Alamo (SCHUBART y ARTEAGA, 1980). En los trabajos anteriormente mencionados se justifica y consolida el empleo del término Bronce Tardío (en el que hacen aparición las formas y decoraciones propias de Cogotas I en un momento avanzado del mismo), como una fase final de la cultura del Argar, el Argar C, y su independencia del Bronce Final.

8. Se reconoce, en el proceso de formación del Bronce Final, la importancia del sustrato y de tradiciones culturales mas antiguas, sobre el que operan fuertes estímulos europeos, atlánticos y mediterráneos, pudiéndose considerar esta etapa de la Prehistoria como una de las más abiertas a las sugerencias exteriores (MOLINA, 1978b), pero serán las mediterráneas, junto con las aportaciones mesetañas, las que más importancia adquieren en la formación del Bronce Final del Sudeste.

En su secuencia interna se distinguieron tres fases, la primera, fechada entre el siglo XI y la primera mitad del siglo IX a. de C., en la que se mantienen materiales de Cogotas I, fuentes con fuerte carenación, urnas de cuerpo ovoide y cuello marcado, fíbulas de codo, hachas de apéndices latera-

les, de talón, etc., junto a un rito de cremación comprobado en Parazuelos, Qurénima, Barranco Hondo, Caldero de Mojacar, Almizaraque, y más recientemente en Alcalá la Real (Jaén) (CARRASCO, y otros, 1980c). La segunda, fechada entre mediados del siglo IX y mediados del VIII a. de C., documentada en las secuencias del Cerro de la Encina (estratos IIb y IIa) y en el Cerro del Real, se caracteriza por la presencia de cerámica pintada bícroma del tipo denominado Real, sobre las mismas formas que se emplean como tapas de las urnas que contienen las cremaciones. También pintadas monócromas, motivos bruñidos e incrustaciones de elementos en bronce. En esta fase parece que debe fecharse la mayor parte de las espadas de bronce con empuñadura de lengüeta y zona de empalme calada, así como las espadas del tipo Dalías y Peñón de la Reina.

La fase tercera daría comienzo con la presencia de productos orientales en los contextos locales, que podemos considerar ya como Hierro Inicial. Esta fase se va a caracterizar por una continuidad cultural sobre la que opera la influencia fenicia, así como por una progresiva, primero débil y más tarde fuerte, aculturación que la orientaliza.

.....

En la Andalucía occidental, tras la publicación de la estratigrafía de Carcoma (CARRIAZO y RADDATZ, 1960), en donde se sentaban las primeras bases secuenciales, tuvieron que pasar diez años hasta que hicieron aparición nuevos trabajos en los que se analizan estratigrafías de hábitats: el Cabezo de San Pedro (Huelva) (BLÁZQUEZ, y otros, 1970), excavaciones en poblados como Colina de los Quemados (LUZÓN y RUIZ, 1973), Cerro Macareno (MARTÍN DE LA CRUZ, 1976; PELLICER, 1978; FERNÁNDEZ, CHASCO y OLIVA, 1979), Huerto Pimentel (TEJERA, 1977). De nuevo los cabezos de Huelva fueron objeto de publicación en 1977 (BELÉN, FERNÁNDEZ y GARRIDO, 1977), Cerro Alhonoz (PERDIGUERO, 1979), así como las necrópolis, tal es el caso de la Joya (GARRIDO, 1971 y 1978), las de cista de la sierra de Huelva (AMO, 1975), las gaditanas realizadas en cuevas artificiales (POSAC, 1975), las sevillanas de Chichina (FERNÁNDEZ, RUIZ y SANCHA, 1976), o los tholoi del Moro y de la Cabeza (GARRIDO y ORTA, 1967; FERNÁNDEZ y RUIZ, 1978).

Junto a estos trabajos, aparecen intentos de comprensión del Bronce Final empleando una documentación obtenida en secuencias estratigráficas (BLANCO, LUZÓN y RUIZ, 1969), y diez años más tarde Tejera (1978), Pellicer (1979-1980), y Ruiz Mata (1979) vuelven sobre la misma cuestión. Otra aproximación, pero ahora con carácter más amplio, es la que se realiza sobre el Bronce del Suroeste desde una perspectiva estrictamente funeraria (SCHUBART, 1975). También se realizan estudios sobre algunos de los materiales más sugestivos de la Pre y Protohistoria bética (HARRISON, 1966 y 1967; RUIZ MATA, 1975 a y b; REMESAL, 1975; AUBET, 1979, 1980 y 1981-1982).

Aparte de lo publicado, los años setenta se caracterizaron por un gran desarrollo de los trabajos de campo. Desde 1971 y 1976 se habían comenzado a excavar los poblados de Valencina de la Concepción (RUIZ MATA, 1983), Papa Uvas (MARTÍN DE LA CRUZ, 1985 y 1986a). Desde 1974 a 1976 se había estado excavando en el Cerro Macareno (PELLICER y otros, 1983). En 1973 se habían reiniciado las excavaciones en los túmulos A y B de Setefilla (AUBET, 1975 y 1978) y las del Cabezo de San Pedro durante los años 1977 y 1978; en 1978 comenzaban las excavaciones en Cerrillo Blanco y Alcores, y por último, en 1979 las de San Bartolomé de Almonte, Mesa de Setefilla y la Torre de Doña Blanca.

Llegábamos pues a la década de los ochenta con secuencias fiables en las que contrastar y encajar la abundante información que se poseía. Pero la claridad que ofrecían las estratigrafías sólo afecto, básicamente, a un segmento temporal de las fases culturales que tratamos. Continuó siendo el primer milenio el que se periodizara con mayor seguridad, y de nuevo el atractivo de Tartessos reunía en 1980 en las Primeras Jornadas Arqueológicas sobre Colonizaciones Orientales, celebradas en Huelva, a un grupo de investigadores que identificaban ya lo tartésico con el Bronce Final de la zona (ya defendido por ALMAGRO en 1975, RUIZ MATA, 1979 y PELLICER, 1979-1980), reconociendo claramente una fase de orientalización como resultado de los contactos con los fenicios establecidos en la costa mediterránea de Málaga y Granada, que conducirá a la formación de la cultura turdetana.

La excavación de **Huerto Pimentel** nos proporcionó la primera noticia estratificada de la ocupación del Bajo Guadalquivir durante el segundo milenio, que el autor denomina como Bronce Medio. Fueron sus estratos VI y V los que se catalogaron como tales, argumentando la antigüedad que significaban las construcciones de planta circular. Desde finales del estrato VI y el V se documenta ya el Bronce Final que se desarrolla en los estratos IV y III (TEJERA, 1977). También al Bronce Medio se atribuyen los fondos circulares de las inmediaciones de las cistas de **Chichina**, entre cuyos materiales aparecen formas de clara raigambre calcolítica, además de un enterramiento en fosa que nada tenía que ver con las cistas (FERNÁNDEZ, RUIZ y SANCHA, 1976). Respecto de éstas, se establece un estrecho paralelismo con las de **Castañuelo** y **Becerrero** (AMO, 1975), obteniendo una cronología

dependiente de las onubenses que habían sido fechadas por aproximación tipológica como contemporáneas de las del Bronce del Suroeste (SCHUBART, 1971 y 1975).

Otro nivel que también se fechaba en el segundo milenio era el 18 de la Colina de los Quemados, que presentaba un conjunto material no identificable con lo que se conocía ya como Bronce Final. Desde los niveles 17 al 13 se desarrolla esta fase, que probablemente también podemos encontrarla en Cerro Alhonoz (PERDIGUERO, 1979), y desde el 12 tendríamos las primeras evidencias de los contactos con los fenicios, representados por cerámicas a torno y por un cambio en las plantas de las viviendas que pasan de ser ovales a cuadrangulares.

Este Bronce Final se encuentra bien conocido también en los distintos cabezos de Huelva, particularmente en el Cabezo de San Pedro (BLÁZQUEZ y otros, 1970; BELÉN y otros, 1977), en el que se observa como a una parte de la secuencia que corresponde a un momento precolonial, se le superpone a partir del siglo VIII a. de C. un conjunto de estratos en los que se observa una progresiva orientalización hasta el punto de que una población así aculturada materializa la necrópolis de la Joya, fechada en los siglos VII-VI a. de C. (GARRIDO, 1971 y 1978). A los últimos momentos del Bronce Final debe corresponder el primer nivel, el 26, de ocupación del Cerro Macareno, porque desde el 25 en adelante se producen los primeros contactos con los fenicios, que considerábamos de finales del siglo VIII a. de C. Los túmulos A y B de Setefilla se fechaban en torno a los siglos VII y VI a. de C. y en ellos se reconocía el uso de la cremación en un momento anterior a la inhumación, conviviendo ambos ritos después, (AUBET, 1971-1975).

El estado de la cuestión a finales de los setenta era el siguiente:

1. Se comenzaba a hablar de los hábitats de la mitad del segundo milenio en el valle del Guadalquivir a partir de los contenidos materiales de los estratos VI y V de Huerto Pimentel, y de los recogidos en Santa Eufemia (Buero y otros, 1978) y Mesas de Asta, pero los argumentos que sostenían esta atribución procedían de la extrapolación tipológica, de la consideración de que las plantas circulares de las viviendas eran antiguas, y de que todo lo situado por debajo de lo tipológicamente reconocido como Bronce Final tenía que ser Bronce Pleno.

Ya en estas fechas, Tejera (1978) hace una reflexión sobre los estratos que había denominado Bronce Medio, aclarando que se trata de un «período» caracterizado por cerámicas que recuerdan las del Eneolítico, que pueden ser sincrónicas o más tardías que los del Bronce Medio en otras áreas. Pellicer, se suma a lo anteriormente expresado enfatizando el desconocimiento sobre el Bronce Pleno al que califica de cultura fantasma (PELLICER 1979-80, 321).

2. La cronología de Bronce Medio establecida por tipología para las necrópolis de cistas de la sierra de Huelva y las de Chichina, se obtenía a su vez, por comparación con las del tipo Atalaya de la secuencia propuesta por Schubart (1971).

3. La primera vez que se habían documentado materiales de Cogotas I, en el nivel 5 de Carmona (CARRIZO y RADDATZ, 1960), asociados a otros de Bronce Final, se habían fechado muy recientemente, por estar dependiendo la cronología de Cogotas en esos momentos, por sus técnicas decorativas, de la llegada de gente que conocemos como Campos de urnas.

4. Se había conseguido definir tres momentos dentro de lo que denominábamos Bronce Final. El más antiguo, fechable entre los siglos X y VIII a. de C., caracterizado tipológicamente por Ruiz Mata, lo encontrábamos en el Cabezo de San Pedro, en San Bartolomé, en los niveles III-IV del fondo de Cabaña del Carambólo, así como en el material procedente de otro excavado en Valencina de la Concepción (RUIZ MATA, 1979). Este momento antiguo también podíamos observarlo en parte de los materiales del estrato 5 de Carmona, en los niveles 17-14 de la Colina de los Quemados, y probablemente en Cerro Alhonoz (nivel del Fondo de Cabaña). El hábitat se localizaba sobre colinas en las que generalmente no existía ocupación precedente. Tampoco las cerámicas, con sus decoraciones bruñidas y pintadas tenían referentes locales.

Un segundo momento vendría caracterizado por los primeros contactos con los fenicios a partir del siglo VIII a. de C., bien documentado en los yacimientos onubenses definidos como fase Huelva I (BELÉN y otros, 1977), en el nivel 25 y siguientes del Cerro Macareno y en el nivel 12 y siguientes de la Colina de los Quemados, etc.

Por último, tras la fase de contacto con los fenicios, se produce la orientalización, bastante mejor conocida en toda la cuenca baja del Guadalquivir y cuyas secuencias de hábitat más representativas son Cabezo de San Pedro, Carambolo Bajo, Cerro Macareno, Colina de los Quemados, asociadas a necrópolis tales como la Joya, el conjunto de Carmona, y los túmulos A y B de Setefilla.

Uno de los problemas sin solución en estas fechas era la aparición, en la cuenca media y baja del Guadalquivir y Guadiana, del Bronce Final como una cultura ya formada desde sus momentos

más antiguos, frecuentemente representando la primera ocupación del poblado que luego perduraría, en muchos casos, hasta la romanización. Igualmente desconocido resultaba todo lo concerniente al ritual funerario de la fase precolonial.

Tras todo lo expuesto, puede observarse que tanto el tercer como el segundo milenios a. de C. quedaban no sólo sin periodizar, sino prácticamente desconocidos.

3. LOS AÑOS OCHENTA Y LAS NUEVAS LINEAS DE INVESTIGACION

En estos años se materializan en la literatura los primeros resultados hispanos de las corrientes de pensamiento críticas sobre los planteamientos teóricos de los objetivos de la investigación de la metodología de campo y de la interpretación, enriquecida dialécticamente por una variada información obtenida de la aplicación de una analítica cada vez más compleja.

Junto a estas nuevas actitudes, y también a causa de la influencia de la obra de C. Renfrew (1967 y 1973) se plantea en casi todos los trabajos una tendencia cronológica alcista y la importancia explicativa del proceso local, hasta el punto que si en los años sesenta y parte de los setenta el marco de referencia para muchos problemas históricos era el Oriente, desde estas fechas y en toda la década de los ochenta, el marco explicativo fue el Occidente, a veces perniciosamente reducido a una región, una comarca, un valle, incluso a un yacimiento.

En el Sudeste y Granada la investigación, una vez que la secuencia cultural del tercer y segundo milenios estaba razonablemente estructurada, tiende a centrarse en dos grandes líneas estrechamente relacionadas tanto para la edad del Cobre como para el Bronce. La primera de ellas se esfuerza en conocer el proceso socieconómico a partir de la documentación ya existente. Será el caso de Ramos (1980), Chapman (1981), Gilman (1981) y Gilman y Thornes (1985). La otra línea la aportará a la discusión científica, las reexcavaciones de los Millares (ARRIBAS y otros, 1979c, 1981 y 1983) y de Fuente Alamo (SCHUBART y ARTEAGA, 1980, 1983 y 1986a).

Aunque se continúan empleando, muy matizadas ya, las divisiones de los Leisner sobre la edad del Cobre, con sus clásicas dos fases Millares I (precampaniforme) y Millares II (campaniforme) se trabajaba para documentar un Calcolítico antiguo anterior a la fase precampaniforme de Millares que tal vez se pudiera definir en este mismo yacimiento y en el de Terrera Ventura (RAMOS, 1981:224). Esta cuestión nos pone de inmediato ante el problema de la Cultura de Almería, y aunque casi nadie discute ya la estrecha relación existente entre ésta y los Millares, que se considera como una etapa evolucionada de la anterior, faltan aún estudios monográficos y excavaciones sistemáticas que permitan individualizarla mejor y reconocer la dinámica socioeconómica que la transformará en comunidades tipo Millares, ya jerarquizadas, como Chapman (1981) ha deducido a través del análisis de los ajuares funerarios, que difiere de la interpretación cronológica de los Leisner.

La excavación de los Castillejos de Montefrío y su relación con la necrópolis megalítica inmediata, permitió definir un Horizonte Megalítico Occidental con tradiciones culturales, intereses y proyecciones distintas al del Millares (ARRIBAS y MOLINA, 1979a).

Precisamente la necesidad de conocer el ecosistema, la tecnología, la estrategia de ocupación del territorio, las fuentes de aprovechamiento y su explotación, para abordar el análisis socioeconómico, ha orientado los nuevos proyectos de investigación. Pero donde cuantitativamente se ha avanzado más, es en los estudios poblacionales gracias a una constante actividad de prospección sistemática que ha llevado a plantear la existencia no solo de sociedades jerarquizadas, sino de comienzo de la sociedad estatal a partir de la planificación en la explotación de los recursos (NOCETE, 1989).

Actualmente los proyectos de investigación sobre Campos (Univ. de la Laguna), Gatas (Univ. Autónoma de Barcelona) Millares y Depresión de Ronda (Univ. de Granada), junto con la prospección de grandes espacios como las ramblas almerienses, altiplano de Baza, comarca de Níjar, el pasillo de Fiñana, así como de algunos cursos fluviales como los del Almanzora, Guadalfeo, Galera, Campanillas, etc., están dotando de un contenido territorial a cada una de las secuencias estatigráficas obtenidas en la década anterior.

En la provincia de Málaga, además del proyecto sobre la Depresión de Ronda, su Universidad está trabajando en la sistematización del Calcolítico y Bronce buscando apoyos estratigráficos (FERRER, MARQUÉS y FERNÁNDEZ, 1987) sobre las que estudiar el proceso de formación de la edad del bronce, asistiendo a un progresivo cambio del ritual funerario por el que la continuidad de los enterramientos en megalitos con ajuares diferenciados, dará paso a las primeras necrópolis de cistas de claro influjo argárico (BALDOMERO y FERRER, 1984).

En el caso de la edad del Bronce, los planteamientos anteriores se han visto enriquecidos gracias a los trabajos de Schubart y Arteaga (1980, 1983 y 1986a) en Fuente Alamo, en donde la cultura argárica queda fechada por un conjunto de dataciones absolutas según las fases del yacimiento, de la siguiente forma: Fuente Alamo I (Argar A) (2000/1900 - 1800/1750), Fuente Alamo II (Argar A) (1800/1750 - 1650/1600), Fuente Alamo III (Argar B) (1650/1600 - 1500/1450), Fuente Alamo IV (Argar B) (1500/1450 - 1400/1350) Fuente Alamo V (Bronce Tardío) (1400/1350 - 1200/1100 a. de C.).

Hasta los años ochenta la provincia de Jaén, el alto Guadalquivir, no se incorpora plenamente a la dinámica de excavaciones sistemáticas que se observa en el resto de Andalucía. Los trabajos de Ruiz, Nocete y Castro (1983), Arteaga (1987 a y b) y de Contreras, Nocete y Sánchez (1987 a y b), en yacimientos como Plaza de Armas, Cerro de la Coronilla, Cerro del Albalate, Cerro de los Alcores, Canjorro (en cueva) y Peñalosa, con una cuidada metodología, tanto en el campo de la aproximación teórica, en la toma de datos, como en la interpretativa, nos ha proporcionado las bases, no sólo de la vertebración del tercer y segundo milenios, sino que con trabajos paralelos de prospección continuada, nos ofrecen interpretaciones funcionales de cada uno de los yacimientos, inmersos en el engranaje de producción complementaria de un amplio espacio, geomorfológicamente semejante, que induce a plantear la existencia de una estructura estatal (RUIZ y otros, 1983. NOCETE, 1984a y b, 1989).

Tras la fase de Calcolítico antiguo representado en Cazalilla I (RUIZ, y otros, 1983), sucede la fase denominada Cazalilla II Albalate, de Calcolítico pleno, sobre la que inciden las primeras cerámicas campaniformes de la zona, de estilo Ciempozuelos, que sugieren una fecha para el final de esta fase en torno al 1700-1600 a. de C. (RUIZ y otros, 1986). Parece que con su aparición, aunque siempre intrusiva, debió coincidir, porque no creemos que la provocara, con una crisis en las comunidades del Calcolítico pleno, como sugiere el abandono del Malagón, Cazalilla II o el empobrecimiento constructivo y cultural que se observa en la fase II del Cerro de la Virgen.

Pero en aquellos asentamientos que, con o sin campaniforme, desarrollaron la fase de Calcolítico final y mantuvieron la ocupación del lugar, tales como Puente del Río de la Vega, Puente de la Reina, Santa María de Ubeda, Iznajar, Canjorro III, Albalate, etc. (RUIZ y otros, 1986. ARTEAGA 1987a), se observa cómo se va produciendo la aculturación argárica. Bien entendido que con un ritmo e intensidad diferentes debido a las tradiciones culturales de los grupos de la campiña, y a la mayor o menor cercanía a los centros argáricos.

En la cuenca media y baja del Guadalquivir, se mantienen las excavaciones en Valencina de la Concepción (FERNÁNDEZ y OLIVA, 1985 y 1986) y Papa Uvas (MARTÍN DE LA CRUZ, 1985 y 1986a), que permiten conocer las estructuras de la edad del Cobre, sus materiales, así como la dinámica cultural de estos grupos a lo largo del tercer milenio (MARTÍN DE LA CRUZ, 1986b, 1989b. MARTÍN DE LA CRUZ y MIRANDA ARIZ, 1988c). Nuevas excavaciones en el Cabezo de los Vientos (PIÑÓN, 1987a y b), en la Morita (ACOSTA y otros, 1987), Morales (CARRILLERO y otros, 1982), Sierra Palacios (GAVILÁN, 1986), junto con otras en el Puerto de Santa María (RUIZ FERNÁNDEZ y RUIZ GIL, 1989), nos permiten trazar un panorama, al menos secuencial, sobre el tercer milenio a base de estratigrafías, análisis de contextos y, todavía, escasos apoyos de cronología absoluta.

La nueva documentación que nos permite aproximarnos al segundo milenio la encontramos en la Mesa de Setefilla (AUBET, 1981. AUBET y otros, 1983), Montemolín (CHAVES y BANDERA, 1982 y 1985), Cerro del Berrueco (ESCACENA y otros 1985a, b y c), Trastejón (HURTADO, e.p), Llanete de los Moros (MARTÍN DE LA CRUZ, 1986c; 1987a, b, c; y 1988a). Ella ha sustentado la realización de diversos trabajos de comprensión de la problemática general (SERNA y otros, 1984. PELLICER, 1986. CARO, 1989), en ámbitos más restringidos (MARTÍN DE LA CRUZ, 1989) o de aspectos relacionados con la posibilidad o no de definir algunas fases culturales (MARTÍN DE LA CRUZ, 1984-85. PELLICER, 1986).

Naturalmente todos los trabajos de campo sobre yacimientos con amplia estratigrafía, nos han proporcionado la posibilidad de estudiar el proceso de gestación del Bronce Final en los epígonos del segundo milenio. Las publicaciones del Cabezo de San Pedro (RUIZ MATA y otros, 1981), del Cerro Macareno (PELLICER y otros, 1983), Mesa de Setefilla (AUBET y otros, 1983), Carmona (PELLICER y AMORES, 1985), Cerro de la Mora (CARRASCO y otros, 1987), Llanete de los Moros (MARTÍN DE LA CRUZ, 1987c. BAQUEDANO, 1987), Castillo de doña Blanca (RUIZ MATA, 1986), así como toda la actividad arqueológica en las factorías fenicias de la costa, han sido decisivas no sólo para ajustar la cronología de los distintos horizontes observados en el desarrollo del Bronce Final, sino también para fechar los primeros momentos del contacto con los fenicios.

Por lo tanto el panorama que podemos trazar para la cuenca del Guadalquivir a finales de los ochenta podría ser el siguiente:

1. Parece que existe un fondo cultural Neolítico, mal conocido en la zona costera, dada la aparente diversidad de tradiciones que se observan en los conjuntos de la Dehesa, Judío (PIÑÓN y BUE-

NO, 1985), la Fase I de Papa Uvas (MARTÍN DE LA CRUZ, 1986a y b), así como el procedente del cercano yacimiento portugués de Caramujeira.

Este sustrato accede a una nueva fase que, por las razones argumentadas en la correspondiente publicación, y que se reflejan en el apartado de Introducción a este texto, hemos denominado Calcolítico inicial, con una cronología C-14 de 2890 ± 120 a. de C., que nosotros situamos entre el 2900 y el 2700 a. de C. Pellicer remonta el comienzo del Cobre, según la secuencia de la Cueva Chica de Santiago de Cazalla, a fines del IV milenio, fechada por C-14 en el 3150 ± 120 a. de C.

Dentro de la continuidad en la morfología de las estructuras de ocupación, —probablemente defensas o elementos de diferenciación entre los distintos grupos que conviven en el poblado, o bien la huella que aún queda de las cabañas desaparecidas (MARTÍN DE LA CRUZ, 1989b)— se perciben diferencias formales y de frecuencias en la relación del utillaje que sustenta la división entre Calcolítico inicial I y II, que identificamos con las fases generales II y III del poblado de Papa Uvas, susceptibles a su vez de matizaciones internas.

2. El Calcolítico pleno de este yacimiento estaría representado de nuevo por un cambio en la ocupación del lugar, aunque se mantienen los mismos tipos de estructuras, aumentando sus dimensiones las denominadas «zanjas». El cambio más perceptible se realiza en el ámbito del utillaje, haciendo aparición los platos de bordes engrosados, las pesas de telar rectangulares con perforaciones en los ángulos, así como una reducción considerable de las formas carenadas.

Poseemos cuatro fechas para esta fase inicial del Calcolítico pleno, y que nosotros consideramos entre el 2700/2600 y el 2500 a. de C. De ellas, dos se han obtenido de muestras de carbón y huesos, CSIC 811: 2520 ± 70 y CSIC 812: 2530 ± 70 a. de C. respectivamente. Las otras dos se han realizado sobre muestras de conchas *(Venerupis decusatta),* CSIC 654: 2160 ± 50 y CSIC 814: 2380 ± 50 a. de C., que evidentemente necesitan de un estudio particular para estimar la calibración a la que deben someterse con el fin de adecuar su cronología a las obtenidas a partir de otras materias primas.

Las altas cronologías obtenidas en el Cabezo del Plomo (Murcia), así como las bajas para el yacimiento de Possanco (Comporta, Distrito de Setubal. Portugal), aconsejaban contrastar las fechas resultantes del análisis sobre distintas materias primas procedentes de un mismo estrato, y eso fue lo que hicimos con las muestras sobre conchas en relación a las de carbón y hueso, comenzaban a darnos las pautas para la corrección. Sin embargo, el conocimiento del trabajo, aun inédito, de Monge Soares A. M. «O efeito de reservatorio oceânico nas aguas costeiras de Portugal continental», y tras una larga conservación sobre la cuestión, parece que demuestra la única forma de corregir la datación a partir de conchas de moluscos necesita de un estudio previo de las condiciones particulares de cada uno de los ecosistemas, en el que viven las especies que van a emplearse como muestra. Es decir, las correcciones obtenidas en una zona no son extrapolables a otras; además es probable que cada especie tenga un índice de corrección distinto.

Probablemente durante los inicios de esta fase y tras un largo período de frecuentación de la sierra y otras tierras de la campiña, por grupos culturalmente semejantes a Papa Uvas II y III, se produjeron fundaciones de asentamientos tales como Cerro de los Vientos I, o quizá un poco antes, Valencina de la Concepción (MARTÍN DE LA CRUZ y MIRANDA ARIZ, 1988). Esta dinámica de nuevos asentamientos, contactos e influencias, que se percibe en todo el Guadalquivir, debió ser la que llegó hasta las fases II y III de Montefrío.

3. Un segundo horizonte dentro del Calcolítico pleno lo comprobamos en el Cerro de los Vientos II, ya fortificado con torres y bastiones, pero en el que aún no aparece metal como elemento de importancia económica. También lo hallamos en el extenso yacimiento de Valencina de la Concepción, que adquiere en este momento su mayor importancia, pero continuará manteniendo las características estructuras en «zanjas, silos y pozos».

4. En el Alto Guadalquivir, parece que las fases más antiguas del Calcolítico en tierras jiennenses podrían documentarse en la primera ocupación de Sevilleja, Cazalilla I y Alcores. Correspondería, según Ruiz, Nocete y Sánchez (1986) y Arteaga (1987a) a la colonización de la Campiña por gentes que culturalmente relacionan con «la cultura de los silos» del Neolítico Final, y que nosotros creemos debe ponerse en relación con las fases II y III de Papa Uvas.

Esta fase de la Campiña, con diversos horizontes establecidos estratigráficamente, caracterizados por fortificaciones con bastiones (ARTEAGA 1987a y b), promete aclarar gran parte del tercer milenio y sentar las bases del desarrollo poblacional y cultural del segundo a. de C.

5. El Calcolítico pleno, identificado como fase Cazalilla II-Albalate (RUIZ y otros, 1986), se nos presenta como continuador de la fase anterior, consolidando una economía de producción predominantemente agrícola. Ahora, a juzgar por los trabajos de Nocete (1984 y 1989), se asiste a una or-

ganizada estrategia de explotación territorial en la que cada poblado asume una función precisa. En los grupos responsables, culturalmente calcolíticos y herederos de tradiciones productivas comunitarias, se comienzan a percibir diferencias sociales y de jerarquía como resultado de una acumulación no igualitaria de los excedentes o del control de las bases de producción. Aproximadamente esta situación es la que denomina Nocete como Territorio Cónico (1984: 301).

La aparición de campaniforme tipo Ciempozuelos, sugiere una fecha final para la fase Cazalilla II-Albalate en torno al 1700-1600 a. de C. (RUIZ y otros, 1986).

En la cuenca baja del río, no conocemos cómo se personaliza el Calcolítico Final, y la presencia del campaniforme no resulta un indicador fiable, y no sólo porque ya Harrison lo hubiese hecho constar, sino porque, a falta de secuencias más precisas, ya que el Cerro de los Vientos debió abandonarse a finales del Calcolítico pleno, recientemente se ha comprobado en la Universidad Laboral de Sevilla (FERNÁNDEZ y ALONSO, 1985), y en la misma secuencia del Llanete de los Moros (MARTÍN DE LA CRUZ, 1988a), su pervivencia hasta más allá de la segunda mitad del segundo milenio. Parece que solo Valencina de la Concepción podría darnos alguna indicación, pues la escasa diferencia en la distribución porcentual de los grupos cerámicos entre las fases pre y campaniforme aconsejan fechar el inicio de su presencia en torno al 2200 a. de C., de forma que las fechas C-14 de 1960 ± 110) y 2100 ± 105 (FERNÁNDEZ y OLIVA, 1986 : 31) procedentes del interior de los pozos 1 y 31, no indicarían una datación *post quem* para el campaniforme sino que en su interior no se ha encontrado o que el área de ocupación era más reducida y no afectó al relleno de los pozos antes mencionados.

La aparición en el poblado del Amarguillo II (CABRERO, 1986), en plena campiña, de restos de fundición, incluso mena de cobre en el interior de una cabaña, que fecha en el Calcolítico tardío, enfatiza la idea de una economía con un cierto grado de complementariedad, que hemos intuido con las fundaciones del Cabezo de los Vientos y Valencina de la Concepción.

6. En la cuenca alta del Guadalquivir, la presencia de elementos materiales relacionados con la cultura argárica, en contextos de Cazalilla II-Albalate y posteriores, como Cabra del Santo Cristo, Castellones, Corral de Quiñones, Ubeda la Vieja, Baeza, Puente de la Sierra, Canjorro, Caño Quebrado, Marroquíes Altos, Villares de Andújar, Rincón de Olvera, Torrebenzalá, Arjona, Los Guindos, Alcores IIIB-IV, así como la reciente excavación de Peñalosa, demuestra por un lado un fuerte sustrato cultural que Arteaga prefiere denominar «Campiñense», y por otro, que la intensidad de la aculturación argárica probablemente esté en relación directa con la capacidad de explotación o de control que dicho yacimiento posea en la estructura de explotación de las comunidades de la Campiña. Algo semejante ocurre en las tierras cordobesas que limitan con los núcleos de Alcalá la Real, Alcaudete y Martos, fuertemente argarizados.

Las diferencias sociales que habíamos percibido en el punto anterior, se consolidan ahora mediante la posesión de objetos de prestigio, frecuentemente de procedencia argárica, los cuales aparecen como ajuar acompañando ritos de enterramiento propios del Calcolítico. Y esto es válido tanto para las tierras granadinas (Necrópolis megalítica de Fonelas, Eriales, Peñuelas, Camarilla, pantano de los Bermejales) (AGUAYO, 1986), jiennenses (Haza del Trillo), malagueñas, (Angostura y Alcaide), gaditanas (Algarbes) (FERRER y MARQUÉS, 1986), como cordobesas (Huerta Anguita, Cueva de la Detrita), (GAVILÁN, 1985. GAVILÁN y MORENO, 1987).

De nuevo la secuencia cultural de Albalate-Alcores, puede ayudar a comprender el desarrollo del Bronce en la Campiña, cuando la conozcamos con mayor amplitud. Por el momento, la continuidad de recintos fortificados, ahora con torres en vez de bastiones (ARTEAGA, 1987a), sugieren la continuidad de una población, ya con tradición en el asentamiento, que mantiene una economía complementaria desde una base de producción agrícola.

7. Sobre estas comunidades complejas, tanto desde el punto de vista de génesis, como desde el económico y social, van a incidir dos nuevos influjos que aceleran su final dando lugar a la última fase del Bronce. Por un lado parecen aumentar las relaciones con el Mediterráneo central y oriental, de las que poseemos mayor información por el hallazgo de las primeras cerámicas micénicas y otras a torno (MARTÍN DE LA CRUZ, 1987, 1990. PODZUWEIT, 1990. MOMMSEN y otros, 1990), así como por la valoración actualizada de otros elementos mediterráneos (MOLINA, 1978. CARRASCO y otros, 1987). Por otro, la presencia de portadores de la cultura de Cogotas I, viene a sumarse como un catalizador más a ese crisol que representan las comunidades de la Campiña en las cuencas alta y media del Guadalquivir. En los últimos trabajos de Pellicer (1989) y Caro (1989) se viene definiendo la génesis del complejo decorativo de Cogotas I en el bajo Guadalquivir, a partir del campaniforme.

8. Creemos que en la cuenca inferior el segundo milenio sigue siendo un gran desconocido, aunque se están dando pasos decisivos para su comprensión en proyectos de investigación, que tienen sus referentes estratigráficos en el Trastejón, Cerro del Berrueco, Montemolín y Mesa de Setefilla, apo-

yados además por escasas fechas de C-14 que utilizadas por algunos investigadores (SERNA y otros, 1984. PELLICER, 1989. CARO 1989) han permitido la elaboración de un esquema sobre el segundo milenio que consideramos excesivamente rotundo y sin una base suficiente.

Sin saber hasta cuándo dentro del II milenio se mantienen operativos los comportamientos económicos, la estructura social y el ritual colectivo funerario propios del Calcolítico, no podemos aceptar el uso de términos tales como Bronce antiguo, pleno o tardío. Consideramos que tanto la publicación de la Mesa de Setefilla en 1983, como la del Cerro Berrueco en 1985, marcaron el principio de la discusión científica sobre el II milenio, y así se plantea en 1984, si «debemos seguir defendiendo la pervivencia de elementos calcolíticos hasta finales del segundo milenio, o bien admitir —que es su propuesta— la existencia de una verdadera fácies cultural de Bronce» (SERNA, ESCACENA y AUBET, 1984), basando toda su argumentación en las secuencias antes mencionadas. De esta forma se defiende la existencia de un auténtico Bronce antiguo y pleno en el Bajo Guadalquivir, fechable entre el 1700-1200 a. de C. para lo cual se emplean las siguientes razones, apoyadas por la cronología del C-14:

A. El Bronce antiguo estaría representado por los estratos I y II del Berrueco, cuya cronología relativa vendría determinada por «tipos cerámicos de tradición calcolítica, cuencos semiesféricos que tienen sus mejores paralelos en el Bronce del suroeste, enterramientos individuales en fosas alargadas y poco profundas, y construcciones rectangulares». Sus excavadores aceptaban en 1985 la posibilidad de que respondieran tanto a una influencia campaniforme (ESCACENA, 1985a. ESCACENA y FRUTOS, 1985b) como a una argárica (ESCACENA y BERRIATÚA, 1985c). Ya nosotros habíamos defendido esto último en la publicación de El Llanete de los Moros. Los paralelos que apoyaban tal cronología de Bronce antiguo los buscaron en Santa Eufemia, cuyos materiales no están contextualizados, y en el primer nivel de la Colina de los Quemados, del que sólo sabemos por su situación estratigráfica, que es anterior al Bronce Final.

B. El Bronce pleno estaría caracterizado por los estratos XV-XIV y base del XIII de la Mesa de Setefilla, presentando «un enterramiento de inhumación múltiple en fosa cubierto por un pequeño túmulo» con un ajuar relacionado tipológicamente con producciones argáricas, en el caso de la alabarda, y con las cistas onubenses en el de la pieza de cerámica. Se dice expresamente que los paralelos cerámicos más próximos se encuentran en el complejo de cistas de Huelva y que «alguna forma carenada guarda total similitud con las del Bronce del Suroeste».

Nosotros enfatizamos lo que dicen los autores, del que el repertorio material es básicamente de tradición calcolítica, en el que además se mantiene el rito de inhumación no individual, y cuando éste aparece resulta ser por influjo argárico. Los paralelos que se establecen permiten conectar con el Argar, cistas de Huelva, y Bronce del Suroeste, que nos pueden dar referencias cronológicas más o menos vagas basadas en extrapolaciones tipológicas de dudosa calidad y en dataciones de C-14.

Sin embargo la pretendida personalidad de este Bronce antiguo y pleno no se mantiene ya que los mismos autores reconocen que la Mesa de Setefilla y Berrueco evolucionan hacia etapas más tardías de forma heterogénea, marcados por las influencias dominantes en cada uno de ellos (ESCACENA y BERRIATÚA, 1985c) y por la relativa desconexión entre los yacimientos bajo-andaluces.

Nosotros venimos defendiendo desde hace algún tiempo (MARTÍN DE LA CRUZ, 1984-85) la necesidad de conocer el desarrollo cultural de una región para estimar a partir de cuándo la estructura económica y las relaciones en el interior de un hábitat se ven afectadas por el desarrollo tecnológico, la concentración de la producción o de los medios, la acumulación de riqueza, etc. Por ello, la existencia de un auténtico Bronce antiguo y pleno, defendida sustancialmente por la fuerza que dan las cronologías absolutas, nos parece poco consistente. Naturalmente, cuando en 1989 se lee sobre un Bronce antiguo y pleno del valle del Guadalquivir, fechado entre el 1750/1700 y el 1150/1100 a. de. C. (CARO, 1989), tras la aportación de la secuencia de Lebrija (CARO, ACOSTA y ESCACENA, 1986), no nos deja de sorprender que se diga que, tras la desaparición del campaniforme en una fecha en torno al 1750/1700, hace su aparición en el Guadalquivir un nuevo complejo cultural, el de la edad del Bronce. Se reconoce que en la cuenca baja del río no se encuentran estratigrafías tan elocuentes como las de Andalucía oriental, «pero en el Guadalquivir el desarrollo debe ser similar» (CARO, 1989 : 94), y cuando se trata de dar una explicación a los muros rectos de las viviendas y a los enterramientos en fosa de los estratos iniciales del Berrueco se dice que «el corte fue de escasa superficie...» y que «en buena parte de la región se continuó el viejo ritual de inhumación colectiva en cueva artificial» (CARO, 1989: 102). Sobre la metalurgia se dice que la relacionada con el cobre está muy desarrollada, si bien existen problemas derivados de la escasez de estudios, y de la falta de apoyos estratigráficos (CARO, 1989: 106). Se añade además la dificultad de precisar la cronología de los hábitats dado que los elementos de cultura material no resultan definitivos..., «aunque son sin duda asignables al

Bronce» (CARO, 1989: 103). Por todo ello concluye el autor diciendo que aunque hay una fuerte tradición calcolítica, este Bronce antiguo es rico y original.

9. Considera el mismo autor que tras un descenso en los enclaves durante el Bronce antiguo, debido a causas climáticas, propone el desarrollo de una segunda fase cultural, que aclara está poco conocida en el Guadalquivir, pero que se denomina Bronce medio y se fecha entre el 1600-1150/1100 a. de C. indicándose que se trata de una «fase dinámica..., el bajo Guadalquivir debió constituir por entonces uno de los espacios más progresistas desde el punto de vista poblacional, económico y cultural, preludiando lo que sería el Bronce final».

Particularmente creemos que lo que sigue configurando la personalidad de gran parte del segundo milenio son las tradiciones calcolíticas, allí donde éstas se pueden demostrar. La Campiña de Huelva, Sevilla, Cádiz, Córdoba y Jaén están llenas de ocupaciones tipológicamente calcolíticas y frecuentemente unifásicas, entre cuyos materiales superficiales hallamos cerámicas y metales de tipología argárica o del Suroeste, conviviendo con enterramientos colectivos en cuevas o megalíticos en cuyo interior aparecen ajuares argáricos (GAVILÁN, 1985. GAVILÁN y MORENO, 1987). Este hecho está suficientemente comprobado en los yacimientos calcolíticos del segundo milenio en Jaén y Granada (CARRASCO y otros, 1980b. RUIZ y otros, 1986. TORRE, 1978). Pero el arcaismo en sus elementos materiales no significa que estos grupos carezcan de dinámica interna. Precisamente la enorme potencialidad agrícola, el desarrollo tecnológico, la acumulación diferencial de riqueza, junto con una red de contactos e intercambios con grupos técnica y socialmente más complejos, favoreció la destrucción de las bases de la sociedad calcolítica. Sobre esta compleja y contradictoria sociedad con un proceso de cambio ya iniciado, actuarán las influencias argáricas, mediterráneas y meseteñas.

10. Es lógico por tanto que cuando Pellicer discute el uso del término Bronce tardío para Andalucía oriental (1986) y occidental (1987), lo hace partiendo de una reflexión terminológica y no desde la consideración de que para poder definir lo «tardío» en una cultura es preciso conocer lo «antiguo y lo medio», (MARTÍN DE LA CRUZ, 1984-1985).

11. Sabemos aproximadamente en qué fechas el Bronce comienza a estar configurado, e intuimos que surge tras la desaparición de los rasgos arcaizantes de la cultura de la Campiña, con la ampliación de nuevos lugares de asentamiento para el control de las rutas y genera un desarrollo demográfico que irá colonizando las tierras del bajo Guadalquivir. Es probable que su fase de génesis debamos buscarla en la cuenca media y alta del Guadalquivir, como por ejemplo en los yacimientos del Cerro de la Mora (CARRASCO y otros, 1987) y Llanete de los Moros (BAQUEDANO BELTRÁN, 1987). En el primero de ellos se ha podido documentar una necrópolis de cremación en cronologías relativas y absolutas anteriores al cambio de milenio.

En líneas generales compartimos con Pellicer la propuesta de sistematización del Bronce final, a excepción de su período inicial, en el que diferimos por las razones ya expuestas. Para esta fase nosotros habíamos propuesto, de forma provisional y hasta tanto no se conozca mejor, el término de Bronce Reciente A, entendiendo que si lo que denominamos Bronce Final no es sino la continuidad de un proceso cultural largamente gestado, podíamos denominar a este como Bronce Final o reciente B y Bronce final o reciente A a la fase previa de depuración de las contradicciones sociales, económicas y tecnológicas.

Dentro de este Bronce reciente BI pueden distinguirse varios horizontes de los que el más antiguo, fechable entre el 1100 y el 1000 a. de C., parece que sólo lo podemos documentar por el momento en aquellos lugares de las cuencas media y alta en donde se ha producido la transformación de las comunidades calcolíticas en otras de la edad del Bronce. Un segundo momento, entre el 1000 y el 900, se caracterizaría por la ocupación de las tierras de la cuenca baja del Guadalquivir, dando lugar a la fundación de poblados como Cabezo de San Pedro, Carambolo Alto, o Colina de los Quemados, en donde se mantienen los tipos de fuerte carenación y desaparecen las formas y decoraciones de Cogotas I, así como de la cerámica de importación que habíamos encontrado durante el Bronce reciente A y en el horizonte antiguo del Bronce reciente B. El tercer horizonte lo caracteriza la aparición de las decoraciones pintadas tipo Carambolo, o Real, y de los diseños bruñidos por el interior, que abarcaría una amplitud cronológica entre el 900 y el 750 a. de C. aproximadamente, y que supondría la ocupación definitiva y planificada del bajo Guadalquivir. Con la aparición de las evidencias que indican la presencia de los fenicios en las costas del Sur peninsular se iniciaría el Bronce reciente BII (MARTÍN DE LA CRUZ, 1984-85).

En relación con esta fase del bronce final o reciente BI tenemos que destacar los trabajos de Fernández Jurado y Ruiz Mata en Huelva y Cádiz respectivamente, que se esfuerzan por afinar la franja cronológica del contacto entre las culturas locales y los fenicios, así como las áreas de explotación metalúrgica dependientes de los dos grandes focos, Cádiz y Huelva, y todo el problema relativo a los procesos de aculturación.

Tras todo lo expuesto, comprobamos que en Andalucía occidental, la edad del Cobre comienza a estar vertebrada, pero es preciso comprobar la generalización de las secuencias en Córdoba, Cádiz y Málaga, así como intensificar los trabajos de prospección encaminados al análisis de los diferentes modos de explotación territorial, sujetos cronológicamente por los límites que marcan las estratigrafías. Una investigación muy desarrollada ya, que cubre tanto los aspectos secuenciales como los de ocupación sincrónica, los medioambientales, de tecnología de producción, etc., son los centrados en la Depresión Linares-Bailén (Univ. de Granada), en el entorno de Porcuna (Univ. de Sevilla), en la cuenca media del Guadalquivir, (Univ. Autónoma de Madrid), en la sierra de Huelva (Univ. de Sevilla). Junto a estos proyectos en los que la excavación sistemática se alterna y completa con la prospección metódica superficial, existen otros que sólo son prospectivos, de los que quizá el de mayor envergadura sea el que estudia las tierras Llanas de Huelva (Univ. y Museo de Huelva), aunque no se olvidan las prospecciones de los valles de los ríos como las que actualmente se están realizando en el Genil, Guadajoz, Guadiato y Guadalquivir.

BIBLIOGRAFIA

ACOSTA, P. y CRUZ AUÑÓN, R. (1981): «Los enterramientos de las fases iniciales en la Cultura de Almería.» Rev. *Habis* 12, 275-360. Sevilla.

ACOSTA, P.; CABRERO, R.; CRUZ, R. y HURTADO, V. (1985): «Informe preliminar sobre las excavaciones de la Morita (Cantillana. Sevilla), 1985.» *AAA II'85,*150 y ss. Sevilla.

ACOSTA, P. (1986): «El Neolítico en Andalucía Occidental: Estado actual.» *Homenaje a Luis Siret,* 136-151. Sevilla.

AGUAYO DE HOYOS, P. (1977): «Construcciones defensivas de la edad del cobre peninsular. El cerro de los Castellones (Laborcillas, Granada).» *Cuad. Preh. Univ. de Granada* núm. 2, 87-104.

AGUAYO DE HOYOS, P. (1984): *El final de la Edad del Cobre y el proceso de aculturación de las poblaciones megalíticas durante la Edad del Bronce.* Resúmenes de Tesis Doctorales. Universidad de Granada.

AGUAYO DE HOYOS, P.; CARRILERO, M.; TORRE, M. DEL PINO DE LA y FLORES, C. (1985): «El yacimiento Pre y Protohistórico de Acinipo (Ronda, Málaga).» *AAA II'85,* 294-304.

AGUAYO DE HOYOS, P. (1986): «La transición de la edad del Cobre a la edad del Bronce en la provincia de Granada.» *Homenaje a Luis Siret.* Cuevas de Almanzora, 1984. 262-270. Sevilla.

AGUAYO, P.; CARRILERO, M y MARTÍNEZ, G. (1987): «Excavaciones en el yacimiento Pre y Protohistórico de Acinipo (Ronda, Málaga).» *AAA II'86,* 333-337. Sevilla.

ALMAGRO, M. y ARRIBAS, A. (1963): *El poblado y la necrópolis megalíticas de los Millares (Santa Fe de Mondújar. Almería).* Bibl. Praehist. Hisp. III Madrid.

AMO, M. (1975): «Enterramientos en cista de la provincia de Huelva.» *Prehistoria y Antigüedad.* Madrid.

ALMAGRO GORBEA, M. (1974): «Cincuenta nuevas fechas para la Prehistoria y la Arqueología peninsular.» *Trab. de Preh.,* 31. Madrid.

ALMAGRO GORBEA, M. J. (1974): *El poblado y la necrópolis de El Barranquete (Almería).* Acta Arq. Hisp. 6. Madrid.

AMO, M. (1975): «Enterramientos en cista de la provincia de Huelva.» *Huelva: Prehistoria y Antigüedad,* 109. Madrid.

ARRIBAS, A.; PAREJA, E.; MOLINA, F.; ARTEAGA, O. y MOLINA, F. (1974): *Excavaciones en el poblado de la edad del Bronce del Cerro de la Encina, Monachil (Granada). El corte estratigráfico núm. 3.* EAE. 81, Madrid.

ARRIBAS, A. (1976): «Las bases actuales para el estudio del eneolítico y de la Edad del Bronce en el Sudeste de la Península.» *Cuad. de Preh. de Granada,* núm. 1. Granada.

ARRIBAS, A.; MOLINA, F.; TORRE, F. DE LA; NÁJERA, T. y SÁEZ, L. (1978): «El poblado de la edad del Cobre de 'El Malagón' (Cullar-Baza. Granada). Campaña de 1975.» *Cuad. Preh. Univ. de Granada,* núm. 3, 67-116. Granada.

ARRIBAS.A. y MOLINA, F. (1979a): *El poblado de los Castillejos en las Peñas de los Gitanos (Montefrío. Granada). Campaña de excavaciones de 1971. El corte 1* Cuad. Preh. Univ. de Granada. S. Monográfica núm. 3. Madrid.

ARRIBAS, A. y MOLINA, F. (1979b): «Nuevas aportaciones al inicio de la metalurgia en la Península Ibérica. El poblado de 'Los Castillejos' de Montefrío. Granada.» *Figth Atlantic Colloquium.* 7-32. Dublin.

ARRIBAS, A.; MOLINA, F.; SÁEZ, L.; TORRE DE LA, F.; AGUAYO, P. y NÁJERA, T. (1979c): «Excavaciones en los Millares (Santa Fe de Mondújar, Almería). Campañas de 1978 y 1979.» *Cuad. de Preh. de Granada,* núm. 4, 61-109. Granada.

ARRIBAS, A.; MOLINA, F.; SÁEZ, L.; TORRE DE LA, F.; AGUAYO, P. y NÁJERA, T. (1981): «Excavaciones en los Millares (Santa Fe de Mondújar. Almería). Campaña de 1981.» *Cuad. de Preh. Granada,* núm. 6, 91-121. Granada.

ARRIBAS M.; MOLINA, F.; SÁEZ, L.; TORRE, F. DE LA; AGUAYO, P.; BRAVO, A. y S UÁREZ, A. (1983): «Excavaciones en los Millares (Santa Fe de Mondújar. Almería). Campañas de 1982 y 1983.» *Cuad. de Preh. de Granada,* núm. 8. 123-147. Granada.

ARRIBAS, A. (1986): «La época del Cobre en Andalucía Oriental: Perspectivas de la investigación actual.» *Homenaje a Luis Siret,* 159-166. Sevilla.

ARTEAGA y SCHUBART, H. (1980): «Fuente Alamo. Excavaciones de 1977.» *Not. Arq. Hisp.* vol. 9. Madrid.

ARTEAGA, O. (1985): «Excavaciones arqueológicas sistemáticas en el cerro de los Alcores (Porcuna. Jaén). Informe preliminar sobre la campaña de 1985.» *AAA II'85,* 279. Sevilla.
ARTEAGA, O.; NOCETE, P.; RAMOS, J.; RECUERDA, A. y ROOS A. M. (1990): «Excavaciones Sistemáticas en el Cerro de el Albalate.» *AAA II'86,* 395-400. Sevilla.
AUBET, M. E. (1975): *La necrópolis de Setefilla en Lora del Río (Sevilla) (Túmulo A).* CSIC. Barcelona.
AUBET, M. E. (1978): *La necrópolis de Setefilla (Túmulo B).* CSIC. Barcelona.
AUBET, M. E. (1979): «Los marfiles fenicios del Bajo Guadalquivir: I Cruz del Negro.» *Studia Archaeologica,* 52.
AUBET, M. E. (1980): «Los marfiles fenicios del Bajo Guadalquivir: II Acebuchal y Alcantarilla.» *BSEAA.* XLVI, 33-79.
AUBET, M. E. (1981): «Sepulturas de la Edad del Bronce en la Mesa de Setefilla (Sevilla).» *Madrider Mitteilungen,* 22. Mainz.
AUBET, M. E. (1981-1982): «Marfiles fenicios del Bajo Guadalquivir: y III Bencarrón, Santa Lucía y Setefilla.» *Pyrenae,* núm. 17-18, 231-279. Barcelona.
AUBET, M. E.; SERNA, M. R.; ESCACENA, J. L. y RUIZ M. M.ª (1983): *La Mesa de Setefilla. Lora del Río (Sevilla). Campaña de 1979.* EAE, 122. Madrid.
AUBET, M. E. (1989): «La Mesa de Setefilla: la secuencia cultural del corte 1.» en *Tartessos: Protohistoria del Bajo Guadalquivir,* 297-338. Barcelona.
AULLO COSTILLA, M. (1925): «Excavaciones arqueológicas en diversos yacimientos sitos en las provincias de Segovia y Córdoba.» *Junta Sup. de Exc. y Antigüedades,* núm. 71. Madrid.
BALDOMERO NAVARRO, A. y FERRER PALMA, J. E. (1984): «Las necrópolis en cistas de la provincia de Málaga.» *Cuad. de Preh. de la Univ. de Granada,* núm. 9, 175-193. Granada.
BAQUEDANO BELTRÁN, I. (1987): «Inicios del Bronce Final en la cuencia media del Guadalquivir. El Llanete de los Moros (Montoro, Córdoba).» *Trabajos de Prehistoria,* núm. 44, 223-250.
BELÉN M.; FERNÁNDEZ MIRANDA, M. y GARRIDO, J. P. (1977): «Los orígenes de Huelva. Excavaciones en los Cabezos de San Pedro y la Esperanza.» *Huelva Arqueologíca III.* Huelva.
BENDALA M. (1986): «La Baja Andalucía durante el Bronce Final.» *Homenaje a Luis Siret.* 530-536. Sevilla.
BLANCE, B. (1971): Die Anfänge der Metallurgie auf der Iberischen Halbinsel. *SAM.* 4. Berlín.
BLANCO, A.; LUZÓN, J. M. y RUIZ, D. (1969): «Panorama tartésico en Andalucía Occidental.» V Simposium Inter. de Prehistoria Peninsular. Barcelona.
BOSCH GIMPERA, P. (1969): «La Cultura de Almería.» *Pyrenae* núm. 5, 48-93. Barcelona.
BOTELLA, M. C. (1980): «Excavaciones en el poblado eneolítico de las Angosturas (Gor).» *Rev. de la Excma. Dip. de Granada,* 27-28. Granada.
CABRERO GARCÍA, R. (1990): «Informe preliminar sobre las excavaciones arqueológicas realizadas en el yacimiento de Amarguillo.» *AAA II'86,* 160-185. Sevilla.
CAMALICH, M.ª D.; MARTÍN, D. y ACOSTA, C. (1985): «Excavaciones en el yacimiento de Campos (Cuevas de Almanzora, Almería). Campaña de 1985.» *AAA II'85,* 134 y ss. Sevilla.
CAMALICH, M.ª D.; MARTÍN, D.; ACOSTA, C. y MENESES, M. D. (1987): «Excavaciones arqueológicas en el yacimiento de Campos (Cuevas de Almanzora, Almería).» *AAA II'86,* 288-295. Sevilla.
CARO BELLIDO, A. (1982): «Notas sobre el Calcolítico y el Bronce en el borde de las marismas de la margen izquierda del Guadalquivir.» *Gades,* núm. 9. Cádiz.
CARO BELLIDO, A. (1988-1989): «Los comienzos del II milenio a. de C. en el Bajo Guadalquivir: El tránsito del Cobre al Bronce.» *Zephyrus* XLI-XLII, 229-239. Salamanca. 1989. «Consideraciones sobre el Bronce Antiguo y Pleno en el Bajo Guadalquivir.» En *Tartessos: Arqueología Protohistorica del Bajo Guadalquivir,* 85-120. Barcelona.
CARO, A., ACOSTA, P. y ESCACENA, J. L. (1990): «Informe sobre la prospección arqueológica con sondeo estratigráfico en el solar de la calle Alcazaba (Lebrija, Sevilla)» *AAA II'86,* 168-174. Sevilla.
CARRASCO, J. *et. alii.* (1980a): *Aproximación al poblamiento eneolítico en el Alto Guadalquivir.* Publ. del Museo de Jaén, núm. 8. Jaén.
CARRASCO, J. *et alii.* (1980b): *Vestigios argáricos en el Alto Guadalquivir.* Jaén.
CARRASCO, J. *et alii.* (1980c): «Hallazgos del Bronce Final en la provincia de Jaén. La necrópolis de Cerro Alcalá (Torres, Jaén).» *Cuad. de Preh. de la Univ. de Granada.* núm. 5, 221-236. Granada.
CARRASCO, J. (1983): «Excavaciones en el complejo cavernícola del Canjorro. (Jaén). Cueva III.» XVI *CNA,* 371-381. Zaragoza.
CARRASCO RUS, J. y PACHÓN ROMERO, J. M. (1986): «La edad del Bronce en la provincia de Jaén.» *Homenaje a Luis Siret,* 361-378, Sevilla.
CARRASCO RUS, J.; PACHÓN ROMERO, J. A.; PASTOR MUÑOZ, M. y GAMIZ JIMÉNEZ, J. (1987): *La espada de Cerro de la Mora y su contexto argueológico.* Moraleda de Zafayona.
CARRIAZO, J. DE MATA, (1973): *Tartessos y el Carambolo.* Madrid.
CARRIAZO, J. DE MATA, (1974): *Protohistoria de Sevilla.* Sevilla.
CARRILLERO, M.; MARTÍNEZ, M.; y MARTÍNEZ, J. (1982): «El yacimiento de Morales (Castro del Río, Córdoba). La cultura de los silos en Andalucía Occidental.» *Cuad. de Preh. de la Univ. de Granada,* núm. 7, 171-208. Granada.

CHAPMAN, R. (1981): «Los Millares y la cronología relativa de la edad del Cobre en el sudeste de España.» *Cuad. de Preh. de la Univ. de Granada,* núm. 6, 75-89. Granada.
CHAPMAN, R. *et alii.* (Edit.) (1987): Proyecto Gatas. Sociedad y economía en el Sudeste de España c; 2500-800 a.n.e.: 1, La Prospección Arqueológica. *BAR, International Series,* 348. Oxford.
CHAVES TRISTÁN, F. y BANDERA ROMERO, M. DE LA (1982): «La cerámica de Boquique aparecida en el yacimiento de Montemolín. Marchena. Sevilla.» *Habis,* 375-382. Sevilla.
CONTRERAS CORTÉS, F. (1982): «Una aproximación a la urbanística del Bronce Final en la Alta Andalucía. El Cerro de Cabezuelos (Ubeda, Jaén).» *Cuad. de Preh. de la Univ. de Granada,* núm. 7. Granada.
CONTRERAS, F.; NOCETE, F. y SÁNCHEZ, M. (1987a): «Análisis histórico de lás comunidades de la edad del bronce en la Depresión Linares-Bailén y estribaciones meridionales de Sierra Morena. Sondeo estratigráfico en el Cerro de la Plaza de Armas de Sevilleja (Espeluy, Jaén).» *AAA II'85,* 141 y ss. Sevilla.
CONTRERAS, F.; NOCETE, F. y SÁNCHEZ, M. (1987b): «Primera campaña de excavaciones en el yacimiento de la edad del bronce de Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén).» *AAA II'86,* 342-352.
CUNLIFE, B. W. y FERNÁNDEZ CASTRO, M. C. (1987): «Torre Paredones (Castro del Río, Baena. Córdoba). Informe preliminar. Campaña 1987: Prospección arqueológica con sondeo estratigráfico.» *AAA II'87,* 193-199. Sevilla.
DELIBES, G.; FERNÁNDEZ MIRANDA, M.; FERNÁNDEZ-POSSE, M. D. y MARTÍN MORALES, C. (1986): «El poblado de Almizaraque.» *Homenaje a Luis Siret,* 167-177. Sevilla.
ESCACENA CARRASCO, J. L. (1985a): «El Monte Berrueco de Medina Sidonia (Cádiz). Un modelo de transición del calcolítico al Bronce en Andalucía Occidental.» *Gades,* núm. 13, 69-97. Cádiz.
ESCACENA CARRASCO, J. L. y FRUTOS REYES, G. (1985b): «Estratigrafía de la edad del bronce en el Monte Berrueco (Medina Sidonia, Cádiz).» *Not. Arg. Hisp.,* núm. 24, 7-29. Madrid.
ESCACENA CARRASCO, J. L. y BERRIATÚA FERNÁNDEZ, N. (1985c): «El Berrueco de Medina Sidonia) (Cádiz). Testimonios de una probable expansión argárica hacia el Oeste.» *Cuad. de Preh. Univ. de Granada,* núm. 10, 225 y ss. Granada.
ESCACENA CARRASCO, J. L. (1985d): «Informe sobre las excavaciones arqueológicas en el yacimiento de la Marismilla (Puebla del Río, Sevilla).» *AAA II'85,* 241 y ss. Sevilla.
ESPANTALEÓN, R. (1960): «La necrópolis en cueva artificial de Marroquíes Altos. Cueva III.» *BIEG,* núm. 26, año VII, 35-51. Jaén.
FERNÁNDEZ GÓMEZ, F.; RUIZ MATA, D. y SANCHA, S. (1976): «Los enterramientos en cistas del cortijo de Chichina (Sanlúcar la Mayor, Sevilla)» *Trab. de Preh.,* núm. 33, 351-380. Madrid.
FERNÁNDEZ GÓMEZ, F. y RUIZ MATA, D. (1978): «El tholos del Cerro de la Cabeza en Valencina de la Concepción (Sevilla)». *Trab. de Preh.* núm. 35, 193-224. Madrid.
FERNÁNDEZ GÓMEZ, F. CHASCO, R. y OLIVA, D. (1979): «Excavaciones en el Cerro Macareno. La Rinconada, Sevilla. (Cortés E-F-G, campaña 1974)» *Not. Arq. Hisp.,* núm. 7, 11-94. Madrid.
FERNÁNDEZ GÓMEZ, F. y ALONSO DE LA SIERRA FERNÁNDEZ, J. (1985): «Un fondo de cabaña campaniforme en la Universidad Laboral de Sevilla.» *Not. Arq. Hisp.,* núm. 22, 9-26. Madrid.
FERNÁNDEZ F. y OLIVA, D. (1985): «Excavaciones en el yacimiento calcolítico de Valencina de la Concepción (Sevilla). El Corte C (La Perrera).» *Not. Arq. Hisp.,* núm. 25, 8-125. Madrid.
FERNÁNDEZ F. y OLIVA, D. (1986): «Valencina de la Concepción (Sevilla). Excavaciones de urgencia.» *Rev. de Arqueología,* núm. 58, 19-33. Madrid.
FERNÁNDEZ-FIGARES, M.ª D. (1981): «Hábitat eneolítico en las Angosturas de Gor, Granada.» *Rev. Arqueología,* núm. 13, 63. Madrid.
FERNÁNDEZ JURADO, J. (1988-1989): *Tartessos y Huelva.* Huelva Arqueología X-XI, 3 vols. Huelva.
FERRER J. y BALDOMERO, A. (1979): «Cerámicas de influencia argárica en las necrópolis megalíticas de Granada.» *Baetica,* núm. 2, 87-109. Málaga.
FERRER PALMA, J. E. y MARQUÉS MERELO, I. (1986): «El Cobre y el Bronce en las tierras malagueñas.» *Homenaje a L. Siret.* Cuevas de Almanzora. 251-261. Sevilla.
FERRER PALMA, J. (1986): «El Megalitismo en Andalucía Oriental: Problemática.» *Mesa Redonda sobre Megalitismo Peninsular.* Asociación Española de Amigos de la Arqueología. Madrid.
FERRER, J. E.; MARQUÉS, I. y FERNÁNDEZ, J. (1987): «El Llano de la Virgen (Coín, Málaga). Campaña de excavaciones de 1985». *AAA 85'II,* 289-293. Sevilla.
GARCÍA SÁNCHEZ, M. (1963): «El poblado argárico del cerro del Culantrillo en Gorafe (Granada).» *Arch. Preh. Levantino* X, 69-96. Valencia.
GAVILÁN CEBALLOS, B. (1985): «Puñal y brazalete de arquero de la cueva de Huerta Anguita.» *Bol. de la RA de Córdoba,* núm. 109, 179-182. Córdoba.
GAVILÁN CEBALLOS, B. (1986): «Excavaciones en Sierra Palacios (Belmez, Córdoba).» *Rev. de Arqueología* núm. 61, 29-32. Madrid.
GAVILÁN CEBALLOS, B. y MORENO ROSA, A. (1987): «Avance sobre el enterramiento argárico de la Cueva de la Detrita (Priego, Córdoba).» *Actas del XVIII CNA,* 363-372. Zaragoza.
GIL FARRÉS, O. (1950): «La estación de Vélez Blanco (Almería). Consideraciones acerca del Neolítico y de la edad del Bronce hispánicos.» *Actas del I CNA* 127-140. Zaragoza.

GILMAN, A. (1981): «The development of social stratification in Bronce Age Europe.» *Curnt. Anthr.* 22, 1.
GILMAN A. y THORNES, J. B. (1985): *Land-use and Prehistory in south-east Spain.* The London Research Series in Geography, 8.
GONZÁLEZ NAVARRETE, J.; ARTEAGA, O. y UNGUETTI, C. (1980): «La necrópolis de Cerrillo Blanco y el poblado de los Alcores (Porcuna, Jaén).» *Not. Arq. Hisp.*, núm. 10, 183-217. Madrid.
GONZÁLEZ PRATS, A. (1983): «La necrópolis de cremación del Bronce Final de la Peña Negra de Crevillente. Alicante.» *XVI CAN*, 285-294. Zaragoza.
GUSI JENER, F. (1975): «La aldea eneolítica de Terrera Ventura (Tabernas, Almería).» *Actas del XIII CAN*, 311-314. Zaragoza.
GUSI JENER, F. (1986): «El yacimiento de Terrera Ventura (Tabernas) y su relación con la cultura de Almería.» *Homenaje a Luis Siret*, 192-195. Sevilla.
HARRISON R. J.; BUBNER, T. e HIBBS, V. A. (1976): «The Beaker pottery from El Acebuchal, Carmona.» *MM* núm. 17, 79-117. Mainz.
HAWKES, C. (1969): «Las relaciones atlánticas del mundo tartésico.» *V Sipmsium Internacional de Prehistoria Peninsular.* Barcelona.
HURTADO, V. y AMORES, F. (1984): «El tholos de las Canteras y los enterramientos del Bronce en la necrópolis de el Gandul (Alcalá de Guadaira, Sevilla).» *Cuad. de Preh. de la Univ. de Granada*, núm. 9, 147-174. Granada.
LÓPEZ PALOMO, L. A. (1987): «Prospección arqueológica con sondeo estratigráfico en el yacimiento de la Colina del Castillo de Monturque, en el término municipal de Monturque (CO).» *AAA II'87*, 180-192. Sevilla.
LUCAS PELLICER, M. R. (1968): *Otra cueva artificial en la Necrópolis de Marroquíes Altos, de Jaén.* EAE. núm. 62. Madrid.
LUCAS PELLICER, M. R. (1986): «El fenómeno megalítico: Estado de la Investigación.» *Mesa Redonda sobre Megalitismo Peninsular.* Asociación Española de Amigos de la Arqueología, 11-20. Madrid.
LULL, V. (1983): *La cultura del Argar. Un modelo para el estudio de las formaciones económico-sociales de la Prehistoria.* Edit. Akal. Barcelona.
LULL, V. (1991): «La prehistoria de la teoría arqueológica en el estado español.» En *Arqueología*, CSIC, 231-250. Coord. A. Vila. Madrid.
LUZÓN NOGUE, J. M.ª y RUIZ MATA, D. (1973): *Las raíces de Córdoba. Estratigrafía en la Colina de los Quemados.* Córdoba.
MC WHITE, E. (1951): *Estudios sobre las relaciones atlánticas de la Península Hispánica durante la Edad del Bronce.* Madrid.
MALUQUER DE MOTES, J. (1975): «El yacimiento prehistórico de Hornos de Segura (Jaén).» *Not. Arq. Hisp.*, núm. 3, 287-305. Madrid.
MARTÍN DE LA CRUZ, J. C. (1984-85): «Problemas en torno a la definición del Bronce Tardío en la Baja Andalucía.» *Cuad. de Preh. y Arq. Univ. Autónoma.* 11-12, 205-215. Madrid.
MARTÍN DE LA CRUZ, J. C. (1985a): *Papa Uvas I. Campañas 1976-79. (Aljaraque. Huelva)* EAE, 136. Madrid.
MARTÍN DE LA CRUZ, J. C. (1985b): «La campaña de 1985 en el Llanete de los Moros-Palomarejo (Montoro. Córdoba).» *AAA II'85*, 313 y ss. Sevilla.
MARTÍN DE LA CRUZ, J. C. (1986a): *Papa Uvas II. Campañas 1981-1983. (Aljaraque, Huelva).* EAE, 149. Madrid.
MARTÍN DE LA CRUZ, J. C. (1986b): «Aproximación a la secuencia de hábitat en Papa Uvas (Aljaraque, Huelva).» *Hom. a Luis Siret*, 227-242. Sevilla.
MARTÍN DE LA CRUZ, J. C. y MONTES ZUGADI, M. A. (1986c): «Avance del estudio sobre el Horizonte Cogotas I en la cuenca media del Guadalquivir.» *Hom. a Luis Siret*, 488-496. Sevilla.
MARTÍN DE LA CRUZ, J. C. y B AQUEDANO BELTRÁN, M. I. (1987a): «Cerámicas inéditas del Bronce Final.» *Rev. de Arqueología* núm. 72, 50-56. Madrid.
MARTÍN DE LA CRUZ, J. C. (1987b): «¿Cerámicas micénicas en Andalucía?» *Rev. Arqueología* núm. 78, 62-64. Madrid.
MARTÍN DE LA CRUZ, J. C. (1987c): *El Llanete de los Moros. Montoro, Córdoba.* EAE, 151. Madrid.
MARTÍN DE LA CRUZ, J. C. (1988a): «Mikenische Keramik aus Bronzezeitlichen Siedlungsschichten von Montoro am Guadalquivir.» *MM* núm. 29, 77-92. Mainz.
MARTÍN DE LA CRUZ, J. C. (1988b): «Problemas de navegación en el Estrecho de Gibraltar a finales del II milenio a. de C..» *Act. Cong. Inter. «El Estrecho de Gibraltar»*, 357 y ss. Ceuta.
MARTÍN DE LA CRUZ, J. C. y MIRANDA ARIZ, J. (1988c): «El poblado calcolítico de Valencina de la Concepción (Sevilla): Una revisión crítica.» *Cuad. Preh. y Arg. de la Univ. Autónoma.* núm. 15, 31-67. Madrid.
MARTÍN DE LA CRUZ, J. C. (1989a): «El bronce en el valle medio del Guadalquivir» en *Tartessos: Arqueología Protohistórica del Bajo Guadalquivir*, 121-143. Barcelona.
MARTÍN DE LA CRUZ, J. C. (1989b): «L'insediamento neolitico e calcolítico di Papa Uvas.» *Interpretazione Funzionale dei «Fondi di Capanna» di Età Preistorica*, 82-86, Tav. 15-20. Istituto Italiano per l'Archeologia Sperimentale. Milano.
MARTÍN DE LA CRUZ, J. C. (1990): «Die erste mykenische Keramik von der Iberischen Halbinsel.» *Praehistorische Zeitschrift*, núm. 65, 49-52. Berlín.

MARTÍN DE LA CRUZ, J. C. (1991a): «L'età del Bronzo nel sud della penisola Iberica. La sequenza locale e gli influssi esterni.» *Seminari 1990,* 85 y ss. Roma.
MARTÍN DE LA CRUZ, J. C. (1991b): «Bases para el estudio del poblamiento en la campiña de Montoro y Villa del Río (Córdoba) desde la Prehistoria hasta la Romanización.» *III Encuentros de Historia Local. Alto Guadalquivir,* 19-38. Córdoba.
MARTÍN SOCAS, D. y CAMALICH MASSIEU, M. D. (1986): «Las excavaciones en el poblado de Campos (Cuevas de Almanzora, Almería) y su problemática.» *Homenaje a Luis Siret,* 178-191. Sevilla.
MARTÍNEZ, C. y BOTELLA, M. (1980): *El Peñón de la Reina (Alboloduy, Almería)* EAE, núm. 112. Madrid.
MARTÍNEZ PADILLA, C. (1986): «El Argar y la argarización en el occidente dé la provincia de Almería. La cuenca del río Nacimiento-Andarax.» *Hom. a Luis Siret,* 308-314. Sevilla.
MOLINA FAJARDO, F. y CAPEL MARTÍNEZ, J. (1975): «Un corte estratigráfico en el poblado campaniforme de Torre Cardela (Granada).» *XIII CNA,* 411-416. Zaragoza.
MOLINA, F. y PAREJA, E. (1975): *Excavaciones en la Cuesta del Negro (Purullena, Granada), Campaña de 1971.* EAE, 86. Madrid.
MOLINA, F. y ARTEAGA, O. (1976): «Problemática y diferenciación en grupos de la cerámica con decoración excisa en la Península Ibérica.» *Cuad. de Preh. de la Univ. de Granada,* vol. 1. Granada.
MOLINA, F. (1978a): «La cultura del Bronce Final en el SE de la Península Ibérica.» *Universidad de Granada.*
MOLINA, F. (1978b): «Definición y sistematización del Bronce Tardío y Final en el Sudeste de la Península Ibérica.» *Cuad. de Preh. de la Univ. Granada,* vol. 3. Granada.
MOLINA, F., *et alii* (1978): «La edad del Bronce en el Acto Guadalquivir. Excavación en Ubeda.» *BIEG,* núm. 95. Jaén.
MOLINA F.; SÁEZ, L.; AGUAYO, P.; NÁJERA, T. y CARRIÓN, F. (1980): «El cerro de Enmedio. Un poblado argárico en el valle del río Andarax (Almería).» *Cuad. de Preh. Univ. de Granada,* núm. 5, 175-192. Granada.
MOLINA F.; AGUAYO, P.; FRESNEDA, E. y CONTRERAS, F. (1986): «Nuevas investigaciones en yacimientos de la edad del Bronce en Granada.» *Hom. a Luis Siret,* 353-360. Sevilla.
MOMMSEN, H.; DIEHL, U.; LAMBRECHT, D.; PANTENBURG, F. J. und WEBER, J. (1990): «Eine mykenische Scherbe in Spanien: Bestätigung ihrer Herkunft mit der Neutronenaktivierunganalyse (NAA).» *Praehistorische Zeitschrift,* núm. 65, 59-61. Berlín.
MOTOS, F. DE (1918): «La edad Neolítica en Vélez Blanco.» *MCIP y P,* núm. 19. Madrid.
MUÑOZ AMILIBIA, A. M. (1969): «La civilización pretartésica andaluza durante la edad del Bronce.» *V. Simposium Inter. de Preh. Pen.* 33-45. Barcelona.
MUÑOZ AMILIBIA, A. M. (1982a): «Poblado eneolítico del tipo Millares en Murcia. España.» *Programa y ponencias. XVI CNA,* 71-75. Murcia.
MUÑOZ AMILIBIA, A. M. (1982b): «La edad del Bronce en el sureste de España.» XVI CNA, Jaén.
MUÑOZ AMILIBIA, A. M. (1986): *El Eneolítico en el Sureste.* H.ª de Cartagena. t. II, 141-162. Edit. Mediterráneo. Murcia.
NOCETE, F. (1984a): «Elementos para un estudio del patrón de asentamiento en las Campiñas Occidentales del Alto Guadalquivir, durante la edad del Cobre.» *Arqueología Espacial,* t. 3, 91-103. Teruel.
NOCETE, F. (1984b): «Jefaturas y territorio: Una visión crítica.» *Cuad. de Preh. de la Univ. de Granada,* núm. 9, 289-304. Granada.
NOCETE, F. (1989): *El espacio de la coerción. La transición al Estado en las Campiñas del Alto Guadalquivir.* Monographs on Spanish and Portuguese Archaeology, 1. Oxford.
PAREJA, E. (1976): «Geografía argárica granadina.» *Cuad. de Preh. de Granada,* núm. 1. Granada.
PELLICER M. y SCHULE, W. (1966): *El Cerro del Real (Galera, Granada).* EAE, núm. 52. Madrid.
PELLICER CATALÁN, M. (1982): «Hacia una periodización del Bronce Final en Andalucía Occidental.» *Huelva Arqueológica* VI, 41-47. Huelva.
PELLICER CATALÁN, M.; ESCACENA, J. L. y BENDALA, M. (1983): *El Cerro Macareno* EAE, 124. Madrid.
PELLICER CATALÁN, M., y AMORES CARREDANO, F. (1985): «Protohistoria de Carmona. Los cortes estratigráficos Ca-80/A y Ca-80/B.» *Not. Arq. Hisp.,* 22. 57-189. Madrid.
PELLICER CATALÁN, M. (1986a): «Cobre y Bronce Pleno en Andalucía Occidental.» *Homenaje a L. Siret.* Cuevas de Almanzora, 245-250. Sevilla.
PELLICER CATALÁN, M. (1986b): «El Bronce Reciente e Inicios del Hierro en Andalucía Oriental.» *Rev. Habis,* 17, 433-475. Sevilla.
PELLICER CATALÁN, M. (1987-88): «Las cerámicas a mano del Bronce Reciente y del Orientalizante en Andalucía Occidental.» *Rev. Habis,* 18-19, 461-483. Sevilla.
PELLICER CATALÁN, M. (1989): «El Bronce Reciente y los inicios del Hierro en Andalucía Occidental.» En *Tartessos: Arqueología Protohistórica del Bajo Guadalquivir,* 147-187. Barcelona.
PIÑÓN VARELA, F. y BUENO RAMÍREZ, P. (1985): «Estudio de las colecciones materiales procedentes de la Dehesa (Lucena del Puerto) y el Judío (Almonte). Testimonios sobre la ocupación neolítica del litoral onubense.» *Huelva Arqueológica,* VII, 107-159. Huelva.
PIÑÓN VARELA, F. (1986): «Consideraciones en torno a la implantación megalítica onubense dentro del contexto

del Neolítico y el Calcolítico del Suroeste peninsular.» *Mesa Redonda sobre Megalitismo Peninsular.* Asociación Española de Amigos de la Arqueología. Madrid.

PINÓN VARELA, F. (1987a): «El Cabezo de los Vientos, La Zarcita (Santa Bárbara de Casa): un poblado calcolítico fortificado en el NE de la provincia de Huelva.» *AAA II'85,* 272 y ss. Sevilla.

PINÓN VARELA, F. (1987b): «Los Vientos de la Zarcita (Santa Bárbara de Casa, Huelva). Campaña de Excavación.» *AAA II'86,* 317-324. Sevilla.

PODZUWEIT, K. (1990): «Bemerkungen zur mykenischen Keramik von Llanete de los Moros, Montoro, Prov. Córdoba.» *Praehistorische Zeitschrift,* 65, 53-58. Berlín.

RAMOS MILLÁN, A. (1980): «Interpretaciones secuenciales y culturales del cobre en la zona meridional de la Península Ibérica. La alternativa del materialismo cultural.» *Cuad. de Preh. de la Univ. de Granada,* núm. 5, 203-256. Granada.

RAMOS MILLÁN, A. (1986): «La explotación de recursos líticos por las comunidades prehistóricas. Un estudio de economía primitiva.» *Cuad. de Preh. de la Univ. de Granada* núm. 11, 237-271. Granada.

RAMOS MUÑOZ, J. (1988-89): «Las industrias líticas del Neolítico en Andalucía, sus implicaciones espaciales y económicas.» *Rev. Zephyrus,* XLI-XLII, 113-148. Salamanca.

RENFREW, C. (1967): «Colonialism and Megalithismus.» *Antiquity,* 41, 276 y ss.

RENFREW, C. (1973): *Before Civilisation. The Radiocarbon Revolution and Prehistoric Europe.* Pelican Books. London.

RUIZ FERNÁNDEZ, J. A. y RUIZ, GIL, J. A. (1989): «Calcolítico en el Puerto de Santa María.» *Rev. Arqueología,* núm. 94, 7-13. Madrid.

RUIZ MATA, D. (1979): «El Bronce Final —fase inicial— en Andalucía occidental. Ensayo de definición de sus cerámicas.» *AEA,* vol. 52, 3-19. Madrid.

RUIZ MATA, D.; BLÁZQUEZ , J. M. y MARTÍN DE LA CRUZ , J. C. (1981): «Excavaciones en el Cabezo de San Pedro (Huelva). Campaña de 1978.» *Huelva Arqueológica* V, 149-316. Huelva.

RUIZ MATA, D. (1983): «El yacimiento de la edad del Bronce de Valencina de la Concepción (Sevilla) en el marco cultural de Bajo Guadalquivir.» *I Congreso de Historia de Andalucía. Prehistoria y Arqueología,* 183-208. Córdoba.

RUIZ MATA, D. (1989): «Huelva: Un foco temprano de actividad metalúrgica durante el Bronce Final.» en *Tartessos: Arqueología Protohistórica del Bajo Guadalquivir,* 209-243. Barcelona.

RUIZ MATA, D. y PÉREZ, C. (1989): «El túmulo 1 de la necrópolis de 'las Cumbres' (Puerto de Santa María, Cádiz.)». En *Tartessos: Arqueología Protohistórica del Bajo Guadalquivir.* Coord. ME Aubet. Barcelona. 287-295.

RUIZ RODRÍGUEZ, A.; MOLINO MOLINOS, M.; NOCETE CALVO, F. y CASTRO LÓPEZ, M. (1983): «el cerro de la Coronilla (Cazalilla, Jaén): Fases de la edad del Cobre.» *Cuad. de Preh. Univ. de Granada* núm. 8, 199-250. Granada.

RUIZ RODRÍGUEZ, A.; NOCETE CALVO, F. y SÁNCHEZ RUIZ, M. (1986): «La edad del cobre y la argarización en tierras giennenses.» *Hom. a L. Siret.* (Cuevas de Almanzora, 1984), 271-286. Sevilla.

SÁNCHEZ, M. y CASAS, C. (1984): «Asentamientos del Cobre Final-Bronce en la Loma de Ubeda.» *Arqueología Espacial,* t. 3, 103-118. Teruel.

SÁNCHEZ MESEGUER, J.; FERNÁNDEZ VEGA, A.; GALÁN SAULNIER, C. y POYATO HOLGADO, M. C. (1985): «El altar de cuernos de la Encantada y sus paralelos orientales.» *Oretum,* 1, 125-174. Ciudad Real.

SCHUBART, H. (1971): «Acerca de la cerámica del Bronce Tardío en el Sur y Oeste Peninsular.» *Trabajos de Prehistoria,* vol. 28. Madrid.

SCHUBART, H. (1974): «La Cultura del Bronce en el SE peninsular. Distribución y definición.» *Miscelánea Arqueológica,* vol. II. Madrid.

SCHUBART, H. (1976): «Relaciones mediterráneas de la Cultura del Argar.» *Zephyrus,* vol. XXVI-XXVII, 331-342. .Salamanca.

SCHUBART, H. y ARTEAGA, O. (1980): «Fuente Alamo) *Not. Arq. Hisp.,* 9. 245-279. Madrid.

SCHUBART, H. y ARTEAGA, O. (1983): «Excavaciones en Fuente Alamo I, II y III.» *Rev. de Arqueología* núm. 24, 25 y 26. Madrid.

SCHUBART, H. y ARTEAGA, O. (1986): «Fundamentos arqueológicos para el estudio socio-económico y cultural del área de el Argar.» *Hom. a L. Siret,* 289-314. Sevilla.

SCHULE, W. y PELLICER, M. (1966): El Cerro de la Virgen (Orce, Granada). *EAE,* 46. Madrid.

SCHULE, W. (1969): «Tartessos y el hinterland.» *V Simposium Inter. de Preh. Peninsular,* 15-32. Barcelona.

SCHULE, W. (1986): «EL cerro de la Virgen de la Cabeza, Orce (Granada): Consideraciones en su marco ecológico y cultural.» *Hom. a L. Siret,* 208-220. Sevilla.

SCHULE, W. (1980): *Orce und Galera.* Mainz.

SERNA, M. R.; ESCACENA, J. L. y AUBET, M. E. (1984): «Nuevos datos para una definición del Bronce Antiguo y Pleno en el Bajo Guadalquivir» *BAR International Series 229 (parte III),* 1051 y ss.

SIRET, L. (1890): *Las primeras edades del Metal en el Sudeste de España.* Barcelona.

SIRET L. (1893): *Estudios: L'Espagne Préhistorique.* Imprimerie Polleunis et Ceuterik. 5-78. Bruxelles.

SUÁREZ, A.; BRAVO, A.; CARA, L.; MARTÍNEZ, J.; ORTIZ, D.; RAMOS, J. R. y RODRÍGUEZ, J. M. (1986): «Aportaciones al

estudio de la edad del Cobre en la provincia de Almería. Análisis de la distribución de yacimientos.» *Hom. a L. Siret*, 196-207. Sevilla.

TEJERA GASPAR, A. (1978): «El Bronce Final del Bajo Guadalquivir y su problemática.» *Huelva Arqueológica* IV, 181-196. Huelva.

TEJERA GASPAR, A. (1985): «Excavaciones arqueológicas en el Huerto Pimentel (Lebrija, Sevilla).» *Not. Arq. Hisp.* 26, 98-116. Madrid.

TORRE F. DE LA, y AGUAYO P. (1976): «Materiales argáricos procedentes del 'Cerro del Gallo' de Fonelas (Granada).» *Cuad. de Preh. Univ. de Granada* núm. 1, 157-174. Granada.

TORRE PEÑA, F. (1978): «Estudio de las secuencias estratigráficas de la cultura del Argar en la provincia de Granada.» *Cuad. de Preh. Univ. de Granada,* vol. 3, 143-158. Granada.

TORRE, F. DE LA y A GUAYO, P. (1979): «La edad del Bronce en Alcalá la Real (Jaén).» *Cuad. Preh. Univ. de Granada* núm. 4, 133-170. Granada.

TORRE DE LA PEÑA, F.; MOLINA, F.; CARRIÓN, F.; CONTRERAS, F.; BLANCO, I.; MORENO, M. A.; RAMOS, A. y TORRE, M. P. DE LA (1984): «Segunda campaña de excavaciones (1983) en el poblado de la edad del cobre de el Malagón (Cullar-Baza, Granada).» *Cuad. de Preh. de la Univ. de Granada* núm. 9, 131-146. Granada.

EL CALCOLITICO Y LA EDAD DEL BRONCE EN LA MESETA

M. Dolores Fernández-Posse y Concha Martín
Departamento de Arqueología. ICRBC. Ministerio de Cultura

La baja densidad de yacimientos que presentaba la meseta española durante las Edades del Cobre y Bronce hasta bien entrada la década de los años setenta, la convertían en un mero y pobre reflejo de lo que ocurría en una periferia supuestamente mejor conocida. Su asignación como lugar de paso o zona de influencia de estos otros círculos culturales, eran lugares comunes en las esforzadas síntesis que sobre las tierras del interior peninsular se realizaron para estos períodos. En efecto las referencias al S y Levante eran frecuentes, y en cierto modo incuestionables, para los escasos datos de la Meseta Sur, donde la investigación arqueológica era, antes de la década citada, prácticamente inexistente. Mientras tanto, en la Meseta Norte el campaniforme ciempozuelos quedaba obligado a cubrir, además del Calcolítico, una buena parte de la Edad del Bronce.

El aparente vacío, tanto demográfico como de personalidad cultural, que se atribuía a la Meseta durante la Prehistoria reciente, ha sido en parte subsanado por la intensidad con que la investigación se aplicó en esa zona y época durante los últimos veinte años. Ello ha supuesto un notable incremento de la información disponible. Por otro lado, esos años vinieron a coincidir con una fuerte crisis en la arqueología española que, aunque tardía en relación a otros países y en un lento proceso aún no concluido, aporta a esa investigación la necesaria y consciente carga teórica y un positivo cambio en sus estrategias e instrumentos. Esto permite suponer una mayor calidad de esa nueva información generada, sobre todo en el caso de la Meseta Sur, cuya investigación se ha iniciado hace escaso tiempo: por ejemplo, su Edad del Bronce pese a las características «monumentales» de muchos de sus asentamientos, sólo es conocida desde hace poco más de diez años. Se pueden evitar así, inconsistencias y apriorismos —por no decir errores (1)— que se evidencian en otras zonas donde la tradición investigadora se remonta mucho más atrás.

EL CALCOLITICO PRECAMPANIFORME

Dos cuestiones han sido recurrentes en la bibliografía hasta bien entrados los años setenta, cuando se trataba de exponer las primeras etapas de la prehistoria reciente en *la Meseta Norte:* lo heterogéneo de sus manifestaciones culturales, de un lado, y lo escaso de la información disponible, de otro; circunstancias que llevaban en numerosas ocasiones a hablar de «desocupación». Este vacío se hacía más notorio en la propia Cuenca del Duero, ya que en los relieves de su periferia se empezaba a contar con indicios de ocupaciones neolíticas (FERNÁNDEZ-POSSE, 1980a; DELIBES y FERNÁN-

DEZ MANZANO, 1983; ANTONA, 1986) y una nada desdeñable incidencia del fenómeno megalítico, documentada de antiguo (DELIBES, 1976-1977).

Estas manifestaciones permitían, al menos, disponer de una base de población para las culturas con metalurgia, esto es, el Calcolítico (o Eneolítico, como gustaban llamarle algunos autores), y el inicio de la Edad del Bronce; términos que en las periodificaciones solían utilizarse con ambivalentes significados cronológicos o culturales y el natural confusionismo derivado de lo parcial del registro arqueológico. Sin embargo, Delibes, ya en esos años setenta, planteaba claramente dos extremos: que el megalitismo era un fenómeno mayoritariamente neolítico y que los campaniformes de la Meseta Norte alcanzaban cronologías avanzadas (DELIBES, 1976-1977, 141). Eran pues dos los elementos que desempañaron un papel discriminante para esos períodos. En primer lugar, el metal, puesto que sólo su presencia hacía calcolíticas a las gentes de tradición dolménica (DELIBES y FERNÁNDEZ-MANZANO, 1983, 26); por más que las manifestaciones megalíticas siguen sin integrarse en las últimas síntesis sobre el Neolítico español (LÓPEZ, 1988). En segundo término, la presencia/ausencia de cerámica campaniforme que permitía, a imitación de otros Calcolíticos del Sur u Oeste peninsulares, establecer la existencia de yacimientos precampaniformes.

En esta última hipótesis —planteada de manera algo intuitiva pero que resultó acertada— trabajaron Delibes (1976-1977) y López Plaza (1978) con un doble objetivo inconscientemente común: lograr la formalización cultural de esa etapa precampaniforme, con un incremento de prospecciones y excavaciones, y dotarla de un segmento cronológico en la secuencia prehistórica de la Meseta. El resultado fue una intensificación de los hallazgos, sobre todo en el extremo suroriental de la Cuenca del Duero, donde se documenta una serie de pequeños poblados con emplazamientos defensivos (*Ibidem,* 11) que contrastan con otros de las tierras más llanas de Zamora (DELIBES, 1976-1977, 147), del tipo «fondos de cabaña».

En su utillaje lítico, en sus cerámicas pintadas, peinadas o incisas y sobre todo, en otros elementos menos frecuentes —como los «morillos», las pastillas en relieve, las pesas de telar, etc.—, López Plaza (1978, 12-14) ven una ascendencia neolítica, una coexistencia con el megalitismo occidental y una clara influencia de los «focos» calcolíticos del Tajo y del SE. Y son esas filiaciones las que permiten intentar una cronología en torno a 2400-2200 a. de C. (*Ibidem,* 17; DELIBES y FERNÁNDEZ MANZANO, 1983, 26). Fechas que evidentemente se solapan con los momentos avanzados del desarrollo del megalitismo en la Meseta Norte (DELIBES y otros, 1982, 177-178; DELIBES y FERNÁNDEZ MANZANO, 1983, 25).

Por otro lado, el protagonismo que se pretendía para la metalurgia del cobre, en cuanto que horizonte delimitador del inicio de estas gentes precampaniformes y como impulsor de su dinámica cultural, quedaba algo desairado por la escasez de sus testimonios (DELIBES, 1976-1977, 145). Más apoyada se consideraba la base preferentemente ganadera de su economía, atribuyéndole una forma de pastoreo nómada o seminómada.

Este esquema constituye, aún hoy, el «estado de la cuestión» sobre esta etapa, repitiéndose puntualmente en diversos trabajos sobre áreas sorianas (JIMENO, 1984, 31), abulenses (LÓPEZ PLAZA, 1987) o segovianas (MUNICIO y PIÑÓN, 1990). No obstante, recientes excavaciones (DELIBES, 1985, caps. II y III; VAL RECIO, 1983) y estudios (LÓPEZ PLAZA y JIMÉNEZ FUENTES, 1978) permiten documentar, precisamente, cuestiones como la incidencia de la metalurgia, la ganadería y la agricultura. Por otra parte, el radiocarbono empieza a permitir ajustar aquella cronología propuesta en la segunda mitad del III milenio a. de C.

Sin embargo, queda por aclarar la mayor parte de las explicaciones dadas al registro arqueológico recuperado en esas nuevas excavaciones. En primer lugar, convendría ponderar la inspiración de este primer Calcolítico meseteño en los «castella» portugueses de la desembocadura del Tajo. Esta idea, propuesta hace años por Delibes, es aceptada, en el sentido de una verdadera expansión por Val Recio (1983, 230).

También consideramos necesario tratar de acabar con esa desconexión con que se tratan las manifestaciones funerarias frente a los sitios de habitación, estudiándose el llamado «fenómeno megalítico» de forma aislada, y colocándolo entre un Neolítico y un Calcolítico cuando en realidad forman parte de ellos.

El panorama de la *Meseta Sur* para el inicio de las culturas con metalurgia, es mucho más desconocido, aunque es verdad que ahora empieza a ser menos desalentador. Si hasta los años setenta el elemento por excelencia que caracterizaba este momento era la presencia del campaniforme, el desarrollo de la investigación ha puesto de manifiesto la existencia de unos yacimientos que no presentan entre sus materiales este tipo de cerámica. Esto ha permitido plantear, al igual que en la Meseta Norte, y siguiendo pautas trazadas en otros focos calcolíticos «clásicos», dos etapas (señaladas

en El Ventorro: HARRISON y otros, 1975; QUERO y PRIEGO, 1976; PRIEGO y QUERO, 1983). Aunque hasta no hace muchos años sólo se conocían yacimientos en zonas llanas, localizados preferentemente en la provincia de Madrid y del tipo «fondos de cabaña» (MARTÍNEZ NAVARRETE, 1979 Y 1985), cada vez son más numerosos los hallazgos de poblados en cerro, fácilmente defendibles, que señalan el proceso hacia la fortificación que estará plenamente establecido durante la Edad del Bronce.

Probablemente lo más interesante de estos últimos años de investigación sea el haber identificado un conjunto de yacimientos pertenecientes a la etapa precampaniforme en los que se documenta la presencia de platos de bordes biselados y de bordes engrosados (2), pastillas en relieve, decoraciones con motivos incisos e impresos y cerámica pintada... (ÁLVARO y otros, 1988, 182). Estos elementos, al igual que en la Meseta Norte, han sido puestos en relación con las zonas calcolíticas del Tajo (3) y del SE peninsular (4). Sin embargo, estos contactos no deben restar importancia a la existencia en la Meseta de un desarrollo local del Calcolítico. (DELIBES y otros, 1988, 269).

En cuanto a las formas de enterramiento de los primeros momentos calcolíticos sabemos todavía muy poco (GALÁN, 1988). Algunos hallazgos parecen estar relacionados con el ritual de inhumación colectiva como en el yacimiento de Juan Barbero (5), aunque no puede descartarse la existencia de fosas individuales.

EL PERIODO CAMPANIFORME

Desde los años setenta, y como venía siendo tradicional en los trabajos sobre la Meseta, el campaniforme ha sido objeto de una atención especial. Ya en esa década se contó con dos obras de síntesis (DELIBES, 1977; HARRISON, 1977) y un considerable número de artículos se escalonan desde esas fechas hasta el momento en que esto escribimos. Ese interés puede deberse a que algunas de las cuestiones claves en el estudio de la Prehistoria reciente estaban vinculadas a la explicación del campaniforme.

Habría que citar, em primer lugar, ese aspecto de complejo cultural que presentaban los hallazgos tipo ciempozuelos: su característica cerámica, una particular tipología metálica, los brazales de arquero, los adornos de oro, etc. Todo lo que, junto a un tipo de enterramiento ritual y formalmente repetido, había permitido llegar a hablar de «civilización» o cultura.

El campaniforme presentaba, además, la posibilidad de ser utilizado como horizonte cronológico. alternativa que quedaba potenciada por un segundo aspecto: su vinculación a la difusión o generalización de la metalurgia en el interior de la Península (DELIBES, 1977, 16; 1985, 44). Esta importancia del campaniforme como cultura metalúrgica hay que entenderla en el protagonismo que adquiere la presencia del metal en el mecanismo del cambio cultural en que se sustenta la secuencia del Cobre y Bronce de la Meseta.

Por otro lado, la ruptura aparente del ritual de enterramiento, que abandonaba lo colectivo del momento inmediatamente anterior y pasaba a lo individual, permitía pensar en la presencia de una nueva población de origen alóctono. Idea que sintonizaba bien con las teorías invasionistas de la tradición investigadora y que más o menos matizadas se han mantenido hasta hace poco (DELIBES, 1977, 164) con una connotación étnica, e incluso política, que ha estado presente muchos años en los estudios campaniformes europeos (6). Este tipo de enfoque, que encuentra su justificación en la amplia dispersión de su cerámica, comienza a ser relegada (DELIBES, 1985, 45; 1987, 38).

Los prehistoriadores dedicados al mundo campaniforme mesetaño, entre los que destaca Delibes por el volumen y la calidad de su trabajo, han ido dando a conocer una serie de novedades entre las que sobresalen nuevas tumbas «típicas» —fosas de inhumación individual— como la de Fuente Olmedo de Valladolid; tipo de hallazgos que hacen pensar en un grupo característico y propio de las Campiñas del Duero (MARTÍN VALLS y DELIBES, 1974). Sobre todo cuando se los compara con los enterramientos, también cada vez más numerosos (DELIBES y MUNICIO, 1981; DELIBES y FERNÁNDEZ-MIRANDA, 1981; DELIBES y otros, 1986; DELIBES y SANTONJA, 1986), de sus zonas marginales que utilizan cuevas y sepulcros megalíticos. Mientras el primer tipo de tumba se explicaba por la existencia de una sociedad jerarquizada (DELIBES, 1985, 51), el segundo se seguía considerando como un tipo de enterramiento intrusivo y depositado tardíamente; al menos en lo que se refiere a esa supuesta reutilización de los monumentos megalíticos (*Ibidem,* 50). No obstante, el mismo Delibes, en un trabajo más reciente, revisa esas opiniones proponiendo de forma radical un nuevo y sugerente enfoque. Desde el presupuesto de un posible indigenismo de ciempozuelos, rechaza el carácter accidental del campaniforme en los dólmenes, considerando esos enterramientos tan representativos como las sepulturas tenidas por «clásicas» (1987, 50-51).

El que este antiguo problema haya encontrado una vía de salida no afecta a otro que, también desde siempre, tiene planteado el campaniforme de la Meseta. Nos referimos al escaso conocimiento de sus lugares de habitación y, dentro de él, la mínima valoración que se hace del alcance de la presencia de su cerámica campaniforme en ellos. Tanto que no siempre se hace la necesaria distinción entre yacimientos campaniformes y yacimientos «con» campaniforme (DELIBES, 1977), sobre todo cuando se trata de diversos tipos de asentamiento, contextos culturales muy diferentes y, en numerosas ocasiones, con porcentajes irrelevantes de esas cerámicas.

Esta cuestión enlaza con otras más generales que mantienen, en la bibliografía clásica, un carácter itinerante o seminómada (HARRISON, 1977, 36) para el «pueblo» campaniforme, que ha vuelto a aparecer, reinterpretada, como una forma de vida comercial a la manera de «red campaniforme» (HARRISON, 1980, 36; MARTÍNEZ NAVARRETE, 1989, 304). Conceptos ambos en cierto modo inevitables en culturas de desigual presencia y gran desarrollo espacial de sus materiales.

Sin embargo, no han sido ésas las cuestiones preferentemente tratadas por los prehistoriadores españoles en los últimos veinte años, centrados, como estaban, en el establecimiento de la secuencia de los llamados, anacrónicamente, «estilos», con el fin último de determinar el origen, el desarrollo cronológico y la difusión de esas especies cerámicas en la Meseta. El resultado de ese trabajo nos presenta un panorama no exento de contradicciones, del que queremos destacar los siguientes extremos:

La seriación clásica de los campaniformes —marítimo, puntillado geométrico y ciempozuelos— se mantiene de forma general en los estudios sobre la Meseta, pese a lo cuestionable de extrapolar la secuencia de Montefrío a una zona en que es casi absoluto el predominio de las dos primeras especies, por otro lado, tan relacionadas entre sí (DELIBES y MUNICIO, 1981). Contrariamente a lo anterior, la especificidad del ciempozuelos permite suponer que un espacio regional es el marco apropiado para el estudio de su secuencia.

El hecho de que pueda plantearse una «raíz indígena» (DELIBES, 1987, 51) para ciempozuelos, relega a segundo término los problemas que planteaban los materiales europeos y sus fechas cuando se establecía su, entonces necesaria, conexión con los meseteños; al igual que desaparecen las limitaciones producidas por la idea del «reflujo» para muchos de los elementos que acompañan a esa especie campaniforme. Aunque eso no quiera decir que se puede prescindir de lo europeo, no en vano el que ciempozuelos pertenezca a ese amplio contexto es uno de sus mayores atractivos.

La comodidad que supone ese novedoso planteamiento no elimina el problema cronológico que suponen algunas fechas absolutas —tan dudosas como la de Somaén— para materiales tan típicamente ciempozuelos como los de las Cuentas del Duero y Tajo, fechados un milenio más tarde, y que han sido relegadas con argumentos no del todo consistentes (DELIBES y MUNICIO, 1981, 74).

La dificultad para admitir las fechas antiguas se repite ante la presencia de algunos elementos en contextos de cronología demasiado moderna. Así ocurre con una punta palmela de Arevalillo (*Ibidem*, 77; DELIBES y FERNÁNDEZ-MIRANDA, 1981).

El punto anterior se relaciona con una hipótesis planteada hace años pero que tuvo cierta popularidad en los años setenta: la existencia de un epiciempozuelos (MOLINA y ARTEGA, 1976, 176-178; FERNÁNDEZ-POSSE, 1981, 65-68) mantenida, en realidad, con el propósito de acortar el hiato entre el campaniforme y Cogotas I, pero con apoyos suficientes para abogar por una más larga presencia del campaniforme en la Meseta.

De esos párrafos se desprende que el campaniforme de la Meseta tiene sin resolver problemas que van desde su significación como grupo cultural a su cronología, entre otros muchos posibles; del que no es el menor la identificación de sus materiales más cotidianos en sus correspondientes lugares de habitación, puesto que, como en todas las culturas definidas por su aspecto funerario, sólo entonces se tendrá una visión completa de su realidad arqueológica. En este sentido, son muy positivos algunos trabajos recientes en poblados de la Meseta Sur, como el Ventorro (QUERO y PRIEGO, 1976), aunque la intensificación de la investigación en ese sector ha terminado por ampliar el debate de las especies del campaniforme con la propuesta de existencia de una nueva modalidad: el que comienza a conocerse como el «horizonte Dornajos» (GALÁN y POYATO, 1978-1979, 78; DÍAZ ANDREU, 1990).

LA EDAD DEL BRONCE EN LA MESETA SUR: «Las Motillas»

Desde que M. Tarradell (1949 y 1965) plantearon la diversidad cultural de las áreas existentes en la Península durante la Edad del Bronce, pasaría una serie de tiempo en el que se mantendría la hipótesis de ausencia en la Meseta de grupos culturales con entidad propia.

Sin embargo en estos últimos años, *la Meseta Sur* ha pasado de ser una zona de influencias de poblaciones periféricas de ambientes culturales consolidados a ser una de las regiones más intensamente poblada durante la Edad del Bronce. Esto se ha debido a la puesta en marcha de una serie de proyectos de investigación de las Universidades de Madrid, Granada, Colegio Universitario de Toledo..., cuyos resultados se han materializado en tesis doctorales, congresos, publicaciones, etc. El equipo de la Universidad de Granada, bajo la dirección de T. Nájera, fue el primero en identificar un complejo cultural de la Edad del Bronce en la región manchega, que denominaron «*Cultura de las Motillas*» (MOLINA y NÁJERA, 1978 y 1990, en prensa; NÁJERA, 1984).

Las excavaciones que en los últimos quince años se vienen realizando en la Meseta Sur, han puesto de manifiesto la variada tipología de los poblados, que responden a patrones de asentamiento bien diferenciados. Esto llevó a algunos investigadores a plantear la hipótesis de la existencia de una diversidad cultural. Según T. Nájera por un lado estarían los poblados fortificados, de carácter agrícola —«motillas»— que se asientan en las llanuras de la región manchega, ocupando las vegas de los ríos y depresiones pantanosas, y por otro, los poblados establecidos en cerros elevados de fácil defensa (NÁJERA, 1984-7). En el I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha, celebrado en 1985, Nieto y Sánchez Meseguer plantean la hipótesis de distintas «facies culturales», en total siete, que caracterizarían la Edad del Bronce en La Mancha (NIETO y SÁNCHEZ MESEGUER, 1988, 221-227). Martínez Navarrete, en un artículo que verá la luz algún tiempo después, hace una reflexión sobre tales hipótesis, señalando que la «diversidad cultural» es fruto de una escasa valoración de los aspectos funcionales (MARTÍNEZ NAVARRETE, 1988-89).

La característica más común de estos yacimientos es su localización en lugares fácilmente defendibles y con frecuencia amurallados, aunque también se conocen, gracias a las prospecciones sistemáticas, unos pequeños asentamientos, sin fortificación aparente, probablemente con una funcionalidad específica, que debieron desempeñar un papel de dependencia de núcleos mayores.

Esta «diversidad» seguramente es la expresión de diferentes procesos de adaptación a un medio por parte de distintos grupos sociales, que posiblemente constituyen un área cultural común (FERNÁNDEZ-MIRANDA, *et alii* 1988) (7).

Sin duda alguna, la identificación, en La Mancha, del grupo de «Las Motillas» ha sido la novedad más significativa de la investigación en estos últimos años. Su característica más relevante es su estructura de fortificación, de gran envergadura, organizada en torno a un espacio central o torre, con uno o dos recintos concéntricos de potentes murallas de piedra. Este modelo puede variar para adaptarse a las características del terreno en «las morras», yacimientos localizados preferentemente en la zona oriental de La Mancha, que se asientan en la cima o a media ladera de elevaciones naturales. Sin embargo, el sistema de fortificación cambia sensiblemente en los poblados situados en los bordes montañosos de las llanuras manchegas o en cerros de otras áreas geográficas investigadas en la submeseta Sur, amurallándose a veces solamente la parte más accesible del yacimiento. En ocasiones estos lienzos de muralla presentan torres semicirculares como en La Encantada, Ciudad Real (NIETO y SÁNCHEZ MESEGUER, 1980), o se asientan a media ladera formando espacios aterrazados.

Las zonas de habitación, cabañas de zócalos de piedra y alzado de tapial con postes embutidos, aparecen documentadas en morras y motillas en el exterior de la fortificación, al menos en algunas de sus fases, aunque también hay ambientes domésticos en el interior, que en el Azuer han sido interpretados como espacios dedicados a actividades, casi siempre económicas, de carácter comunal. En El Acequion, por sus características topográficas —islote en una laguna— sólo presenta construcciones al exterior del primer recinto, ya que el segundo, construido en la fase más moderna, protegería probablemente de la zona inundable de la laguna.

En los poblados en cerro, ya estén o no dispuestos en sistemas de terrazas, tanto las estructuras domésticas como aquéllas de carácter colectivo o ritual (Cerro de La Encantada, Ciudad Real) se disponen en el interior de la fortificación, al igual que los enterramientos. Tanto en motillas/morras como en los yacimientos de altura, se ha generalizado la inhumación individual en fosa que en ocasiones puede estar revestida de mampostería o lajas, aunque también se ha documentado en tinaja. Mientras que los ajuares son pobres en morras y motillas, salvo alguna excepción como el brazalete de marfil y el brazal de arenisca con remaches de plata del enterramiento de El Quintanar (Albacete), no ocurre así en el Cerro de la Encantada (Ciudad Real), cronológicamente más modernos que los anteriores, que reflejan unas diferencias en su componente social.

En líneas generales la cultura material de estas poblaciones es bastante homogénea. Sin embargo, hay que señalar la importancia que adquiere el *marfil,* que demuestra la existencia de relaciones comerciales a larga distancia. Aparece tanto en contextos funerarios como en ámbitos domésticos.

La presencia de materia prima en diversos momentos del proceso de fabricación, parece indicar que no sólo se importaban productos acabados, sino también dicha materia.

En la mayoría de los yacimientos excavados se ha documentado algún indicio de actividades metalúrgicas: restos de hornos, crisoles, moldes, restos de fundición, etc. Sin embargo, la producción metalúrgica no es abundante a juzgar por su escasez en el registro arqueológico. Los análisis realizados en piezas de yacimientos situados en la zona manchega, parecen indicar que estas poblaciones fundían sus productos habitualmente en cobre —la media de contenido en Cu supera el 97 por 100— y que desconocían las aleaciones Cu/Sn, aunque no se puede descartar el añadido de As, en ciertos casos de manera intencional. El desarrollo de esta metalurgia parece responder a producciones locales, fácilmente integradas en una economía doméstica.

Frente a las primeras interpretaciones que veían un cambio cultural, manifestado sobre todo en las características fortificaciones de los asentamientos, relacionado con otras áreas culturales, especialmente la argárica, a finales de los ochenta se produce un cambio. A medida que se van teniendo más datos acerca de estos yacimientos (8) y su desarrollo socioeconómico, se empieza a valorar desde nuevas perspectivas el proceso de poblamiento, durante la Edad del Bronce, en la Meseta Sur. Su complejidad social se manifiesta a través de la jerarquización de los asentamientos, sus estructuras defensivas, la diferenciación de los ajuares funerarios, la diversificación funcional en relación con los recursos, etc.

Las poblaciones de la Edad del Bronce están plenamente asentadas en el territorio —yacimientos de larga duración, generalmente fortificados—, culminando así un proceso de sedentarización que ya se había iniciado en el Calcolítico.

Esta estabilización está relacionada con la intensificación de una agricultura de carácter mediterráneo y de un mayor desarrollo de la ganadería y de sus productos derivados (9).

Esta intensificación conlleva la competencia entre las poblaciones para controlar el territorio y su explotación, produciéndose así una jerarquización de los yacimientos en el marco de unas relaciones de dependencia. (GILMAN y THORNES, 1985).

La hipótesis del control de la metalurgia como factor relevante para explicar la existencia de desigualdades sociales, no parece, en el estado actual de la investigación, muy viable, ya que como hemos señalado la metalurgia no representa una escala importante en el registro arqueológico.

Sin embargo, sí hay unas muestras evidentes y claras de la realización de intercambios comerciales a larga distancia: el marfil. Esta materia exótica constituye un elemento de lujo, de prestigio para una clase social.

En los últimos años se han realizado varios ensayos de muy distinto signo, para sistematizar la Edad del Bronce en distintas áreas de la submeseta sur (NÁJERA, 1984; MARTÍNEZ NAVARRETE, 1985; DÍAZ ANDREU, 1990). A pesar de las seriaciones radiocarbónicas de algunos yacimientos es difícil establecer una secuencia evolutiva global. La investigación de los poblados calcolíticos puede aportar nueva luz sobre el origen de estos asentamientos fortificados.

A comienzos del siglo XVIII a. de C., los poblados fortificados están plenamente establecidos, con elementos de clara raigambre calcolítica: cerámicas decoradas, improntas de cestería, etc. Estos poblados van a tener una larga y continua ocupación sin que se puedan observar cambios apreciables como para establecer una periodificación y mucho menos acomodarla a las etapas culturales «clásicas» de Bronce Antiguo, Medio y Final, utilizando la presencia de cerámica campaniforme y «dornajos» para su adscripción al Bronce Antiguo y la cerámica del mundo de Cogotas I para marcar su momento final.

Hacia el siglo XIV a. de C. la mayoría de los poblados fortificados se abandonan sin que todavía se puedan establecer las causas. Probablemente este brusco final podría estar relacionado con un cambio de los sistemas económicos y de relaciones sociales.

LA CULTURA DE COGOTAS I

Cogotas I fue objeto de un interés generalizado durante el período de la investigación española que examinamos. A ese interés se debe la completa revisión de los presupuestos culturales y cronológicos en que se movía ese complejo cultural denominado, frecuentemente y de forma paradójica, «horizonte» (10). En este planteamiento una de nosotras tuvo un papel relativamente activo, no en vano esa cultura fue el tema de nuestra Tesis doctoral (FERNÁNDEZ POSGE, 1980b).

Hasta los años setenta vemos a Cogotas I instalada dentro de los esquemas propuestos por Ma-

luquer (1956) veinte años antes. Su propuesta, bien aceptada por los prehistoriadores, presentaba un grupo cultural en el que venían a converger dos tradiciones: una indígena, representada por las cerámicas decoradas con boquique y con una base económica preferentemente agrícola, y otra extrapeninsular, que aportaría la técnica excisa y un modo de vida ganadero. Aunque este autor titubeaba respecto a la fecha de su inicio, la cultura quedaba claramente encuadrada en la Primera Edad del Hierro y su cronología supeditada a la de todas las cerámicas con decoración excisa que durante tantos años habían sido la prueba irrefutable de una penetración indoeuropea portadora de elementos célticos. Así las cosas, varias contingencias producidas de forma casi simultánea vinieron a replantear esa clara tendencia del desarrollo de su investigación, compartida con otros complejos culturales con cerámica excisa. Marcaremos las que nos parecen más significativas:

El desarrollo de un Programa de investigación por parte de la Universidad de Valladolid de sistemática labor de localización y estudio de materiales de la Cuenca del Duero (MARTÍN VALLS y DELIBES, 1972-1981), dentro del cual se comenzaron a valorar las otras cerámicas decoradas que acompañan el boquique y a la excisa. Se planteaba, además y desde un primer momento, el parentesco entre las especies campaniformes de la zona y las incisas de Cogotas (Idem, 1972, 17). Uno de los méritos de este programa reside en haber puesto de manifiesto la considerable densidad con que sus hallazgos se presentaban en la Meseta Norte.

Ciertos intentos de reajuste cronológico —en su mayor parte puramente intuitivos— que se encuadran en una inquietud general por envejecer algunos elementos pertenecientes a la transición Bronce Final-Primer Hierro (ALMAGRO GORBEA, 1973, 12-14; PALOL, 1974, 91).

En el Congreso Nacional de Arqueología que se celebró en Vitoria en 1975, Molina y Arteaga propusieron para el estudio de las excisas peninsulares una nueva línea teórica, que apoyaron posteriormente con mayor profundidad en otro trabajo (1976). Planteaban la independencia de las excisas de Cogotas I respecto a las del Valle del Ebro, liberando de esta forma su cronología inicial.

Detrás de estas opiniones de Molina y Arteaga hay un segundo programa de investigación llevado a cabo en este caso desde el Departamento de Prehistoria de la Universidad de Granada, dirigido entonces por A. Arribas, que dio por resultado varios trabajos estratigráficos en algunos yacimientos del Sureste (MOLINA, 1978), en los que, entre el final del Bronce Pleno y el Final propio de la zona, se insertan elementos decorativos de Cogotas I. Precisemos, por otro lado, que en la Meseta se carecía entonces, y se sigue careciendo ahora, de secuencias tan bien segmentadas cultural y temporalmente como ésas andaluzas.

También Cogotas I fue alcanzada por el favor del que gozan en ese momento los desarrollos culturales autóctonos, como reacción lógica a la crisis de las teorías coloniales y difusionistas, y que llevan a la mayor parte de los prehistoriadores a presentar a las culturas locales como capaces de producir sus propios cambios culturales.

Paralelamente a estas cuestiones de carácter general, fue completándose la fisonomía de la Cultura en lo que se refiere a su distribución geográfica, con un palpable y a veces llamativo proceso de expansión (OLIVEIRA, 1980), y a su cada vez más antiguo y amplio marco cronológico; aunque su real conocimiento quedase limitado a los repertorios decorativos de su cerámica.

Lo que permitirá replantear la primera y más oscura etapa de Cogotas I es la excavación de tres yacimientos. Y ese replanteamiento se hará, además, desde también tres nuevos supuestos: su marcado indigenismo, la posibilidad de su inicio en el Bronce Medio convencional y, en acertada expresión de Martínez Navarrete, su aparición en contextos «mixtos». Estos tres yacimientos son: Los Tolmos de Caracena, en Soria (JIMENO, 1978), La Plaza de Cogeces del Monte, en Valladolid (DELIBES y FERNÁNDEZ MANZANO, 1981), y la Cueva de Arevalillo de Cega, en Segovia (FERNÁNDEZ-POSSE, 1981).

Cogeces permitía plantear la existencia de un grupo Pre-Cogotas o Proto-Cogotas —es decir, un «período de transición» o un «momento inicial» de la Cultura (DELIBES y FERNÁNDEZ MANZANO, 1981, 68)— que venía a llenar el vacío existente entre Ciempozuelos y Cogotas. Quedaba caracterizado, más que en la ausencia de boquique y excisa, en la presencia y frecuencia de unos no menos característicos motivos incisos. En Los Tolmos, Jimeno encontraba un «Bronce Medio meseteño» en el que estaban presentes cerámicas decoradas que no consideraba exclusivas de Cogotas I, sino comunes al período postcampaniforme (1984b, 213-214). No en vano les atribuye un origen claramente ciempozuelos. Por su parte, en el nivel II de Arevalillo convivían esos campaniformes incisos y las que parecían ser la primeras producciones de Cogotas (FERNÁNDEZ-POSEE, 1981, 80-81). También allí, junto a la técnica de boquique, aparecían incisas muy similares a las de Cogeces y formas calificadas de Bronce Medio o Clásico en Los Tolmos, entonces en curso de excavación.

Y estos tres yacimientos —aunque Cogeces de forma más indirecta— se podían situar entre los siglos XV-XIII a. de C. (para las cronologías radiocarbónicas, ver JIMENO, 1984, 199-208), con lo que

entre el Calcolítico campaniforme y el apogeo de Cogotas, que se aceptaba en torno al 1200 a. de C., se empezaba a conocer una Edad del Bronce hasta entonces desconocida en el interior de la Península.

Esta situación llena de indudables novedades y que hemos expuesto quizás un poco linealmente, nos hizo concebir la idea, dentro de ese dudoso afán de sistematización que nos asalta a los que nos ocupamos de la Prehistoria reciente (MARTÍNEZ NAVARRETE, 1988, 81), que había llegado la hora de hacer una síntesis de Cogotas I. Por otro lado, la información sobre la cultura, falsamente abundante y muy desigual, adolecía de una dispersión que parecía sensato ordenar y, sobre todo, colocarla en el marco cronológico que acababa de conquistar como propio.

Esta dispersa información se reducía, como ya apuntamos, a sus repertorios de cerámica decorada, procedentes en su mayor parte de excavaciones antiguas y hallazgos de superficie. De esta forma, y con lo discutible que es estudiar un elemento arqueológico, como son las decoraciones de las cerámicas, como representación de toda una cultura, emprendimos un análisis comparativo de los yacimientos conocidos, con el doble riesgo derivado de la poca calidad de los datos y del propio instrumento de análisis. De este trabajo (1980b, 1982 y 1986) salió una propuesta de secuencia para Cogotas I que, con un carácter marcadamente provisional, presentaba un desarrollo gradual de la Cultura, tras un proceso de formación largo y lento. Este esquema fue relativamente bien aceptado en la bibliografía posterior, quizás por la imposibilidad de ser debidamente contrastado en el campo. Puesto que, todavía en el momento de escribir estas líneas, no se cuenta en la Meseta con yacimientos que expongan —o siquiera reflejen— su evolución de forma estratigráfica.

En su primera etapa Cogotas I, todavía en los siglos XV-XIV a. de C. y por tanto en el Bronce Medio convencional, ocupa la Cuenca del Duero, extendiéndose a los relieves marginales y alcanzando el Tajo. Presenta una relativa diversidad de unas zonas respecto a otras y no es extraño que sus materiales aparezcan en contacto con otros del Bronce Clásico o de la secuencia campaniforme. Esta diversidad podría fundamentarse en el hecho de que aparezca inmersa en su propio sustrato, por su parte también muy diferente de unas zonas a otras. Igualmente diversificados son sus tipos de asentamiento —cuevas, emplazamientos castreños, poblados en llano y del tipo «fondos de cabaña»— y sus tamaños. Esta primera fase queda caracterizada, sobre todo, por sus formas cerámicas decoradas con esquemas sencillos y resueltos generalmente en una sola técnica. Es frecuente la incisión, con típicos diseños de espigas, el boquique está poco representado y la excisión no pasa de ser ocasional. La proporción de esta cerámica decorada respecto a la lisa varía enormemente de unos yacimientos a otros. El resto de sus materiales, por ejemplo los líticos y metálicos, concuerda perfectamente con las fechas propuestas.

Tras esta primera etapa la Cultura parece alcanzar cierta homogeneidad. En la Cuenca del Duero da zonas de densidad apreciable, extendiendo sus características cerámicas desde la Llanada alavesa a Andalucía. En esta fase, entre 1200 y 1000 a. de C. aproximadamente, esa cerámica ostenta la mayor variedad de técnicas y motivos decorativos con un punto álgido del boquique y otras decoraciones impresas. Las formas, sin separarse demasiado de la fase anterior, presentan una marcada tendencia a lo troncocónico o bitroncocónico y a aumentar su tamaño. Las decoraciones cubren ahora en ellas grandes espacios y se utilizan varias técnicas sobre una misma vasija que se resuelven con gran minuciosidad y pericia. Pero, frente a la amplia dispersión de estos tipos cerámicos, los hallazgos metálicos asociados son alarmantemente escasos. Esta indefinición se extiende a la ordenación de sus asentamientos y a los rituales de enterramiento, aunque los contados hallazgos funerarios permiten suponer que se trata de gentes inhumadoras (DELIBES, 1978).

Todo parece indicar que es durante esta fase cuando se realiza uno de los fenómenos más interesantes que presenta la Cultura: su expansión que es prueba de su vitalidad pero cuyo alcance dista mucho de estar determinado. Mientras que en algunos casos se han mantenido movimientos de población, motivados por una forma de vida ganadera y que mantuvieron a las gentes de Cogotas I en una situación independiente de los desarrollos locales (MOLINA, 1977, 10), nosotros, preferimos suponer contactos de no demasiada entidad. Es lo que, por el momento, expresa la mayor parte de los hallazgos fuera de la Meseta, que suelen reducirse a algunas cerámicas decoradas insertas en otros contextos culturales. Esos diversos grupos culturales con los que Cogotas I toma contacto se caracterizan por su propia indefinición no permitiendo siquiera plantear el problema. Un ejemplo expresivo es el de los yacimientos de los pasos al Oriente de la Cuenca del Duero, donde Cogotas aparece, intrusiva, en un contexto de cerámicas incisas aún poco matizado, pero que pudiera interpretarse como una tradición paralela (RUIZ ZAPATERO, 1984, 175-176; FERNÁNDEZ-POSSE, 1986, 482).

La etapa final de Cogotas se desarrolla en un momento de masiva llegada de influencias que tienen una rápida implantación en el interior de la Península y dan entrada a la Edad del Hierro. En este ambiente la Cultura comienza un retroceso en el que la excisión toma una marcada importancia, tal

y como ocurre en otros grupos culturales de zonas inmediatas, como el Valle del Ebro (MOLINA y ARTEAGA, 1976). El boquique y la incisión pasan a desempeñar papeles auxiliares en unos diseños complicados que cubren grandes zonas de las vasijas. Estas adquieren perfiles cerrados de «urnas» que ya podríamos denominar «hallstátticos».

Las manufacturas metálicas que se asocian a estas cerámicas son realmente escasas, aunque es en estos momentos, en los primeros siglos del último milenio a. de C., cuando este tipo de materiales es frecuente en la Cuenca del Duero y zonas adyacentes (FERNÁNDEZ MANZANO, 1986). Cogotas I en sus momentos finales —o quizá es mejor decir en sus hallazgos más tardíos— sólo se manifiesta en la aparición anacrónica de algunas de sus técnicas decorativas, como el boquique, que perduran como tales en contextos y sobre formas cerámicas que ya no le pertenecen (FERNÁNDEZ-POSSE, 1986, 484).

Parece claro que la finalidad de este desarrollo brevemente expuesto era ordenar las cerámicas decoradas de una manera pretendidadamente cronológica. En este sentido es curioso citar aquí un trabajo de Fernández Martínez sobre la seriación automática en arqueología. Uno de los ejemplos con que el autor ilustra el método (1985, 24 ss) son precisamente dos conjuntos de fondos de cabaña de Cogotas I de la provincia de Madrid (MARTÍNEZ NAVARRETE y MÉNDEZ, 1983; BLASCO, 1983). Sus resultados parecen integrarse bien en el desarrollo propuesto (MARTÍNEZ, 1985, 37).

En los últimos años no han dejado de aparecer noticias sobre nuevos hallazgos pertenecientes a Cogotas. A ello está ayudando, particularmente, la intensificación de la arqueología patrimonial por parte de la Administración (11). Sin embargo, se echa en falta que la «otra» arqueología, la de investigación, emprenda iniciativas que permitan desmitificar el falso presupuesto, de modo paradójico relativamente aceptado, de que se trata de una cultura conocida y de marco cronológico claro. En espera de que se cubran en el registro arqueológico las numerosas carencias de información de que adolece Cogotas I, queremos, siquiera plantear, algunas de sus cuestiones más apremiantes:

Con cierto deslumbramiento por la amplia dispersión de sus fáciles de identificar cerámicas decoradas —la densidad de hallazgos de algunas zonas, como la Cuenca del Duero y el Medio Tajo, y ese característico fenómeno de expansión a la periferia— se ha pensado siempre en Cogotas como una cultura soportada por una considerable densidad de población. Sin embargo, ese potencial demográfico resulta difícil de mantener una vez que ha comenzado el ajuste de su marco cronológico. Si efectivamente su desarrollo tuvo lugar a lo largo de medio milenio esta impresión debería no sólo matizarse sino ponerse en cuestión.

Las lagunas de su registro superan con mucho a la información disponible, siendo uno de sus grandes interrogantes la disociación que, frente al mapa de dispersión de hallazgos, aparece entre los puntos correspondientes a Cogotas I y los de los hallazgos metálicos de cronología paralela (FERNÁNDEZ MANZANO, 1985, 8). Dadas las circunstancias y las características de ambos tipos de hallazgos, puede pensarse que la investigación subsanará este estado de cosas en cierto modo absurdo; pero, hoy por hoy, deja a Cogotas ajena —pese a su aparente vitalidad como cultura— a una espléndida metalurgia que se desarrolla precisamente en el que me parece ser su ámbito natural.

Este tipo de vacío no hace más que repetirse en lo que se refiere al conocimiento y significación de sus tipos de asentamiento —nunca estudiados del punto de vista funcional— y a su ordenación del espacio, dándose la circunstancia que los únicos datos de esta índole con que se cuenta pertenecen a contextos ajenos, donde Cogotas queda exclusivamente representada por la presencia de algunas de sus peculiares cerámicas. Detrás de este problema, que repite en parte el de los yacimientos «con» campaniforme, está la empobrecedora visión de sus técnicas decorativas como fósil-guía, a la que, como ha quedado claro, no somos ajenas.

En conexión con lo anterior se encuentra el desconocimiento del comportamiento de Cogotas I en el territorio, punto de vista desde el que todavía no se ha hecho ningún intento. Y es de lamentar ya que la cultura presenta atractivos problemas de regionalización enriquecidos por probados contactos con grupos culturales muy diferentes.

El mínimo de nuestro conocimiento sobre Cogotas se encuentra en el caso de sus contenidos sociales, siquiera desde una atención a sus bases económicas. Tanto que hasta la actualidad no llegan a una docena —en la relativamente extensa bibliografía de los últimos veinte años— las referencias de este tipo, reduciéndose a puntualizaciones indirectas de matiz determinista.

De este panorama se desprende la necesidad de dar un fuerte giro a los estudios sobre Cogotas I que, curiosamente no ha sido objeto de los nuevos planteamientos arqueológicos. Este cambio debe dar entrada a presupuestos teóricos, de los que siempre ha carecido, y aprovechar los instrumentos analíticos actuales. Y sobre todo emprender el camino más ingrato pero también más fructí-

fero de los estudios regionales restringidos a territorios naturales donde sea posible estudiarla con la profundidad necesaria.

(1) En este sentido puede servir de aviso el trabajo de Martínez Navarrete (1988) donde, con una visión crítica, hace una primera evaluación de esa joven investigación.

(2) En los yacimientos de Bella Vista (Molina y otros, 1979, 278) Juan Barbero (Martínez Navarrete, 1984, 29). Los Castillos de las Herencias (Alvaro y otros, 1988, 182).

(3) En el seminario sobre *El origen de la metalurgia en la Península Ibérica*. E. de Alvaro (1987, 16-36) presenta un panorama global del Calcolítico en la submeseta sur en el que hace una reflexión sobre los contactos occidentales.

(4) Estas relaciones se ven acentuadas por la presencia de los ídolos oculados de Juan Barbero, aunque Martínez Navarrete no se atreve a precisar las bases sobre las que se sustentaban: «¿contactos comerciales?, ¿inmigración?» (Martínez Navarrete, 1984, 65-66).

(5) Las características del hallazgo no han permitido reconstruir el ritual funerario, tipo de inhumación, ofrendas, etc. Sin embargo, Martínez Navarrete (1984, 31) se inclina a favor de la inhumación colectiva.

(6) Una excelente exposición de esta actitud de la investigación europea sobre el campaniforme y el cambio que en ella se opera en los años ochenta, puede verse en Martínez Navarrete, 1989, 298-311.

(7) El estudio en conjunto de estos yacimientos nos llevó a plantear un programa de investigación centrado en la zona oriental de La Mancha, en el que se integran las excavaciones de El Quintanar (Martín Morales, 1984 y El Acequion (Fernández-Miranda y otros, 1988, en prensa).

(8) Los distintos programas de investigación están descubriendo numerosos yacimientos, que ponen de manifiesto una altísima densidad de población. Por ejemplo, en un área de 10.000 kilómetros cuadrados de la zona oriental de La Mancha se han localizado más de 300 yacimientos de la Edad del Bronce. En la reunión celebrada en Toledo en diciembre de 1990 sobre *La Edad del Bronce en Castilla-La Mancha* (VV.AA. en prensa), se presentaron 11 ponencias sobre el estado actual de la investigación en este campo.

(9) Las actividades agrícolas y de transformación además de estar documentadas en el registro arqueológico a través de útiles, se reflejan en los, cada vez más numerosos, estudios de carácter interdisciplinar. Los análisis polínicos realizados por Blanca Mariscal en El Acequion, indican una deforestación del bosque autóctono y la puesta en cultivo de los espacios próximos (Fernández-Miranda y otros, en prensa). Las concentraciones de cereal almacenadas en El Azuer (Nájera, 1984), Los Romeros (García, 1987), El Retamar (Colmenarejo y otros, 1987), etc., señalan un acopio de excedentes consecuencia de una intensificación de los sistemas agrícolas. La cría de ganado, así como el uso de sus productos derivados: leche, lana, proteína, fuerza motriz, etc., estaba perfectamente establecido (Driesch y Boessneck, 1980; Morales, A., en prensa).

(10) Al ser Cogotas I una cultura que se extiende considerablemente en el tiempo carece del necesario sincronismo que está implícito en el término horizonte.

(11) Véase, por ejemplo, la revista Numantia III de 1990, en la parte dedicada a las excavaciones de urgencia de Castilla y León.

BIBLIOGRAFIA

AMAGRO GORBEA, M. (1973): El Bronce Final y el inicio de la Edad del Hierro en la Meseta Sur. Extracto de Tesis Doctoral. Universidad Complutense de Madrid.

ALVARO, E. DE (1987): «El poblamiento calcolítico en la Meseta Sur», *El origen de la metalurgia en la Península Ibérica*. Oviedo, II, 16-36.

ALVARO, E. DE (en prensa): «Caracterización y desarrollo de la Edad del Bronce en la Provincia de Toledo». *La Edad del Bronce de Castilla-La Mancha*, Toledo, 1990.

ALVARO, E. DE; MUNICIO, L., y PIÑÓN, F. (1988): «Informe sobre el yacimiento de 'Los castillos' (Las Herencias, Toledo): Un asentamiento calcolítico en la submeseta sur», *I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha 1985, II*, 181-192.

ALVARO, E. DE y PEREIRA, J. (1990): «El cerro del Bu. Toledo», *Actas del Primer Congreso de Arqueología de la Prov. de Toledo*, 199-213.

ANTONA DEL VAL, V. (1986): «Aproximación a la problemática del Neolítico en la Meseta: una propuesta de secuencia cultural», *Wad-Al-Hayara*, 13, 9-45.

BLASCO, C.; RUBIO, I.; MORALES, A., y JIMÉNEZ, R. (1983): Un nuevo yacimiento del Bronce madrileño: El Negralejo (Ribas-Vaciamadrid, Madrid). *N.A.H.*, 17, 43-190.

BUENO, P. (1991): Megalitos en la Meseta Sur: los Dólmenes de Azután y la Estrella (Toledo). *EAE*, 159.

COLMENAREJO, R.; GALÀN, C.; MARTÍNEZ, J., y SÀNCHEZ MESENGUER, J. (1987): «La motilla de Santa María del Retamar. (Argamasilla de Alba, Ciudad Real)», *Oretum*, 3, 80-108.

DELIBES DE CASTRO, G. (1976-1977): «Poblamiento Eneolítico en la Meseta Norte», Sautuola II, 141-151.

DELIBES DE CASTRO, G. (1977): «El vaso campaniforme en la Meseta Norte española», *Studia Archaeologica*, 46.

DELIBES DE CASTRO, G. (1978): «Una inhumación triple de la facies Cogotas I en San Román de Hornija (Valladolid)», *TP*, 35, 225-250.

DELIBES DE CASTRO, G. (1985): *La Prehistoria del Valle del Duero*. Valladolid, caps. II y III, 22-52.

DELIBES DE CASTRO, G. (1987): «Sobre los enterramientos del Grupo Campaniforme de Ciempozuelos: Diversidad y tradición», *El Origen de la metalurgia en la Península Ibérica*. Oviedo, II, 37-51.

DELIBES, G., y FERNÁNDEZ-MIRANDA, M. (1981): «La tumba de Celada de Roblecedo (Palencia) y los inicios del Bronce Antiguo en el valle medio y alto del Pisuerga», *TP*, 38, 153-192.
DELIBES, G., y FERNÁNDEZ-MIRANDA, M. (1986-1987): «Aproximación a la cronología del Grupo Cogotas I», Zephyrus, XXXIX-XL, 17-30.
DELIBES DE CASTRO, G., y FERNÁNDEZ MANZANO, J. (1983): «Calcolítico y Bronce en tierras de León», *Lancia I*, 19-82.
DELIBES, G., y MUNICIO, L. (1981): «Apuntes para el estudio de la secuencia campaniforme en el oriente de la Meseta Norte», *Numantia*, I, 65-82.
DELIBES, G., y SANTONJA, M. (1986): *El fenómeno megalítico en la provincia de Salamanca.* Salamanca.
DELIBES, G.; FERNÁNDEZ-MIRANDA, M.; MARTÍN, A., y MOLINA, F. (1988): «El Calcolítico en la Península Ibérica», *Rassegna de Archeologia*, 7, 255-282.
DELIBES, G.; RODRÍGUEZ, J. A.; SANZ, C., y VAL, J. DEL (1982): «Dólmenes de Sedano. I. El Sepulcro de Corredor de Ciella», *N.A.H.*, 14, 149-196.
DÍAZ-ANDREU, M. (1990): *La Edad del Bronce en el noreste de la Submeseta Sur. Un análisis sobre el inicio de la complejidad social.* Tesis Doctoral. Universidad Complutense. Madrid.
DRIESCH, A. VON DEN, y BOESSNECK, J. (1980): «Die Motillas von Azuer und Los Palacios (Prov. Ciudad Real) Untersuchung der Tierknochenfunde von der Iberischen Halbinsel», *Studien Tierknochenfunde*, 7, 84-121.
FERNÁNDEZ-MIRANDA, M.; FERNÁNDEZ-POSSE, M.ª D., y MARTÍN, C. (1988): «Caracterización de la Edad del Bronce en La Mancha: algunas proposiciones para su estudio», *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie I-I, 293-310.
FERNÁNDEZ-MIRANDA, M.; FERNÁNDEZ-POSSE, M.ª D., y MARTÍN, (en prensa): «Un área doméstica de la Edad del Bronce en el poblado de El Acequión (Albacete»). *Archivo de Prehistoria Levantina.*
FERNÁNDEZ-MIRANDA, M.; FERNÁNDEZ-POSSE, M.ª D.; GILMAN, A., y MARTÍN, C. (en prensa): «La Edad del Bronce en la Mancha Oriental» *La Edad del Bronce en Castilla-La Mancha*, Toledo, 1990.
FERNÁNDEZ-POSSE, M.ª D. (1980a): «Los materiales de la Cueva del Aire (Patones. Madrid). *NAH*, 10, 39-64.
FERNÁNDEZ-POSSE, M.ª D. (1980b): El final de la Edad del Bronce en la Meseta: la Cultura de Cogotas I. Tesis Doctoral inédita. Universidad de Granada.
FERNÁNDEZ-POSSE, M.ª D. (1981): «La Cueva de Arevalillo de Cega (Segovia)». *NAH*, 12, 43-84.
FERNÁNDEZ-POSSE, M.ª D. (1982): «Consideraciones sobre la técnica del boquique». *TP*, 39, 137-160.
FERNÁNDEZ-POSSE, M.ª D. (1986): «La Cultura de Cogotas I». *Homenaje a Siret*, 475-487.
FERNÁNDEZ MANZANO, J. (1986): «El Bronce Final en la Meseta Norte española: el utillaje metálico». *Monografías. Investigaciones Arqueológicas en Castilla y León.*
FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, V. (1985): «La seriación automática en Arqueología: introducción histórica y aplicaciones» *TP*, 42, 9-49.
GALÁN SAULNIER, C. (1988): «Los enterramientos Calcolíticos y del Bronce Inicial de la Submeseta Sur» *I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha 1985.* II, 193-197.
GALÁN, C., y POYATO, M.ª C. (1978-1979): «Excavaciones en «Los Dornajos». La Hinojosa (Cuenca).» *CPAA*, 5-6, 71-80.
GARCÍA PÉREZ, T. (1987): «La motilla de Los Romeros, Alcázar de San Juan (Ciudad Real)» *Oretum*, 3, 109-165.
GILMAN, A., y THORNES, J. B. (1985): *Land Use and Prehistory in South-East Spain.* London.
HARRISON, R. (1977): «The Bell Beaker cultures of Spain and Portugal». *ASPR* Peabody Museum. Cambridge, Massachusetts, Bull, 35.
HARRISON, R. (1980): *The Beaker Folk: Copper Age Archaeology in Western Europe.* Londres.
HARRISON, R.; QUERO, S., y PRIEGO, M.ª C. (1975): «Beaker metallurgy in Spain». *Antiquity*, XLIX, 273-278.
HERNÁNDEZ, M., y SIMÓN, J. L. (en prensa): «La edad del Bronce en la zona oriental de Albacete», *La Edad del Bronce de Castilla-La Mancha. Toledo, 1990.*
JIMENO, A. (1978): «Aportación al Bronce Final y Primer Hierro. Los Tolmos. Caracena (Soria). *RICUS*, 1, 55-66.
JIMENO, A. (1984a): «Estado actual de la Investigación del Eneolítico y La Edad del Bronce en la Provincia de Soria», *Actas del 1.º Symposium de Arqueología Soriana*, 25-50.
JIMENO, A. (1984b): «Los Tolmos de Caracena (Soria). Nuevas bases para el estudio de la Edad del Bronce en la zona del Alto Duero». *EAE*, 134.
LÓPEZ, P. (ed.), (1988): *El Neolítico en España.* Madrid.
LÓPEZ PLAZA, S. (1978): *Comienzos del Eneolítico protourbano en el Suroeste de la Meseta Norte*, Resúmenes de Tesis Doctorales de la Universidad de Salamanca. Salamanca.
LÓPEZ PLAZA, S. (1987): «El comienzo de la metalurgia en la Península Ibérica, Oviedo, II, 52-65.
LÓPEZ PLAZA, S., y JIMÉNEZ FUENTES, E. (1978): «Análisis faunístico del poblado eneolítico «Teso del Moral». Cuelgamures (Zamora) *Zephyrus*, XXVIII-XXIX. Salamanca, 207-213.
MALUQUER DE MONTES, J. (1956): «La técnica de incrustación del Boquique y la dualidad de tradiciones técnicas en la Meseta durante la Edad del Bronce», *Zephyrus*, VII, 179-206.
MARTÍN MORALES, C. (1984): «La morra del Quintanar», *Al-Basit*, 15, 57-73.
MARTÍN VALLS, R,. y DELIBES, G. (1972): «Nuevos yacimientos de la Edad del Hierro en la Meseta Norte». *BSAA*, 38, 5-54.

MARTÍN VALLS, R., y DELIBES, G. (1974): «La cultura del vaso campaniforme en las campiñas meridionales del Duero. El enterramiento de Fuente Olmedo (Valladolid)», *Monografías del Museo Arqueológico de Valladolid.*
MARTÍN VALLS, R., y DELIBES, G. (1973-1981): «Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (I-VIII)». *BSAA.* 39-46.
MARTÍNEZ GONZÁLEZ, J. (1988): «Cerámicas campaoniformes de la provincia de Cuenca» *TP,* 45, 123-142.
MARTÍNEZ NAVARRETE, M.ª I. (1979): «El yacimiento de La Esgaravita (Alcalá de Henares, Madrid) y la cuestión de los llamados «fondos de cabaña» del valle del Manzanares» *TP,* 36.83-114.
MARTÍNEZ NAVARRETE, M.ª I. (1984): «El comienzo de la metalurgia en la provincia de Madrid: La cueva y cerro de Juan Barbero (Tielmes, Madrid)» *TP,* 41, 17-128.
MARTÍNEZ NAVARRETE, M.ª I. (1985): *La Edad del Bronce en la Submeseta Suroriental: Una revisión crítica.* Tesis Doctoral. Universidad Complutense. Madrid.
MARTÍNEZ NAVARRETE, M.ª I. (1988): «Morras, motillas y castillejos: ¿unidad o pluralidad cultural durante la Edad del Bronce en la Mancha? *Homenaje a Samuel de los Santos.* Albacete, 81-92.
MARTÍNEZ NAVARRETE, M.ª I. (1989): *Una revisión crítica de la Prehistoria Española: La Edad del Bronce como paradigma.* Madrid.
MARTÍNEZ NAVARRETE, I., y MENDEZ, A. (1983): «Arenero de Soto. Yacimiento de fondos de Cabaña del horizonte Cogotas I». *EPAM,* II, 183-254.
MOLINA, F. (1978): «Definición y sistematización del Bronce Tardío y Final en el Sudeste de la Península Ibérica». *CPUG,* 3, 159-232.
MOLINA, F., y ARTEAGA, O. (1976): «Problemática y diferenciación en grupos de la cerámica con decoración excisa en la Península Ibérica». *CPUG,* 1, 175-214.
MOLINA, F., y NAJERA, T. (1978): «Die Motillas von Azuer und los Palacios (provincia Ciudad Real): ein Beitrag zur Bronzeeit der Mancha.» *Madrider Mitteilungen, 19,* 52-74.
MOLINA, F., y NAJERA, T. (en prensa): «La Edad del Bronce en la Mancha Occidental: estado de la cuestión», *La Edad del Bronce de Castilla-La Mancha,* Toledo, 1990.
MOLINA, F.; NÁJERA, T., y AGUAYO, P. (1979): «La motilla de El Azuer (Daimiel, Ciudad Real): campaña de 1979», *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada,* 4, 265-294.
MORALES A. (en prensa): «Una fauna albacetense de la Edad del Bronce: La Morra del Quintanar (Munera)». Albacete.
MUNICIO, L. (1988): «El Neolítico en la Meseta Central Española», *El Neolítico en España* P. López (ed.). Madrid, 299-327.
MUNICIO, L., y PIÑÓN, F. (1990): «Cueva de Los Enebralejos (Prádena, Segovia)», *Numantia III,* 51-76.
NÁJERA COLINO, T. (1984): *La Edad del Bronce en la Mancha occidental.* Resumen de tesis Doctoral. Granada.
NIETO GALLO G., y SÁNCHEZ MESEGUER, J. (1980): *El cerro de la Encantada, Granátula de Calatrava (Ciudad Real).* EAE, 113, Madrid.
NIETO GALLO G., y SÁNCHEZ MESEGUER, J. (1988): «Bases para la sistematización del estudio de la Edad del Bronce en La Mancha», *I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha,* II, 221-227.
OLIVEIRA, S. (1980): «A estaçao arqueologica do Tapado da Caldeira. Baião». *Portugalia.* Nova serie, I, 37-58.
PALOL, P. DE (1974): «Alava y la Meseta Superior durante el Bronce Final y el Primer Hierro», *EAA,* Vi, 91-100.
PRIEGO, M.ª C., y QUERO, S. (1983): «Actividades de la sección de Arqueología del Museo Municipal durante 1982» *Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas.* II, 285-295.
QUERO S., y PRIEGO, M.ª C. (1979): «Noticias sobre el poblado campaniforme de El Ventorro (Madrid)», *Zephyrus,* XXVI-XXVII, 321-329.
RUIZ ZAPATERO, G. (1984): «Cogotas I y los primeros 'Campos de Urnas' en el Alto Duero», *Primer Symposium de Arqueología soriana.* 169-186.
SIMÓN GARCÍA, J. L. (1987): *La Edad del Bronce en Almansa.* Albacete.
TARRADELL, M. (1949): «La Península Ibérica en la época de El Argar» *V CASE y I CNA* Almería, 72-85.
TARRADELL, M. (1965): «El problema de las divesas áreas culturales en la P. Ibérica en la Edad del Bronce», *Miscelánea en Homenaje al abate Breuil,* II, 23-430.
VAL RECIO, J. DE (1983): *El Calcolítico Precampaniforme en el Occidente de la Meseta. El yacimiento: «Las Pozas» (Zamora)* Memoria de Licenciatura. Universidad de Valladolid. Inédita.
VV.AA. (1988): *Actas del I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha.* Ciudad Real, 1985, II y III.
VV.AA. (en prensa): *La Edad del Bronce en Castilla-La Mancha.* Toledo, 1990.

EL NORDESTE PENINSULAR ENTRE LA EDAD DEL BRONCE Y EL MUNDO PROTOIBERICO

José Luis Maya
Universidad de Barcelona

Sintetizar los principales planteamientos arqueológicos actuales, concernientes a las culturas metalúrgicas dentro del ámbito del Nordeste Peninsular, es una tarea que, sin convertirse en un complejo análisis historiográfico, requiere un imprescindible conocimiento de las etapas anteriores. Sólo así podrá entenderse la génesis de algunas hipótesis aún en uso y la evolución de los planteamientos iniciales, hasta su relegamiento o su cíclica recuperación bajo nuevas ópticas, a la luz de la utilización de metodologías distintas y más complejas.

1. LOS PLANTEAMIENTOS DE LA PRIMERA GENERACION

El inicio de la arqueología catalana es fruto de la capacidad de organización y de los planteamientos de Bosch Gimpera y sus discípulos directos (Pericot, Castillo, Serra Ràfols), cuya principal actividad se centra en los años anteriores a la Guerra Civil, aunque su producción desborde ampliamente este margen cronológico. A grandes rasgos los puntos esenciales podrían extractarse así.

Para Bosch una síntesis de la Edad del Bronce en Cataluña implicaba un panorama rico y variado, carente de unidad en virtud de la existencia de núcleos culturales de raigambre neolítica y procedencia desigual, que se influyen unos a otros o incluso se sustituyen. Podrían diferenciarse:

1. *La cultura almeriense:*

Aunque originariamente se define como cultura neolítica, característica por sus cerámicas lisas e identificable en los después denominados sepulcros de fosa, se concibe como un continuo fluir diacrónico de elementos meridionales: neolítico almeriense, vaso campaniforme, mundo argárico, etc. que culmina con los iberos. (BOSCH, 1926, 5).

2. *La cultura pirenaica:*

Cultura marginal con raíces en el Paleolítico Superior, extendida por la espina montañosa del Pirineo y con un gran auge desde el Eneolítico. Su catalizador será el megalitismo y su forma de vida, pastoril y de inclinaciones guerreras, se manifiesta en una inclinación a expandirse a costa de los pueblos vecinos, (BOSCH, 1926, 6-11) en especial las gentes de la cultura de las cuevas (PERICOT, 1950a, 110).

Pericot dedicó diversos estudios a esta cultura, característica de fines del Eneolítico e inicios de la Edad del Bronce (PERICOT, 1925, 158). De entre sus publicaciones más tardías destacamos la de-

finición de un aporte de grupos de pastores braquicéfalos europeos hacía el 3000 a. de C. y la introducción del megalitismo hacia el 2000, que se complementaría con las cuevas de enterramiento colectivo (PERICOT, 1950b, 502-503), en las que se aprecian idénticos elementos materiales, como ya había visto previamente Serra Vilaró (SERRA, 1923, 110).

3. *La cultura de las cuevas leridanas:*

Es para Bosch una cultura Neo-eneolítica, enraizada con la conocida en los poblados de Sena en Huesca y con las cuevas de La Rioja y Castilla la Vieja (BOSCH, 1915-1920b, 473). Sus características materiales vienen definidas por el uso de grandes tinajas de provisiones ornamentadas con cordones impresos, hachas pulimentadas y sílex, que no incluyen aún las conocidas puntas de flecha con retoque plano.

Durante el Eneolítico, el campaniforme no conseguiría anular esta cultura en Cataluña que, por el contrario, se revitaliza, influenciando hasta en las zonas costeras, donde se producirían mezclas con los elementos de Almería (BOSCH, 1915-1920b, 476). Así, durante la Edad del Bronce (BOSCH, 1915-1920a, 588), la cultura de las cuevas representaría el más sólido substrato indígena, de fuerte tradición Eneolítica y pervivencia incluso hasta el inicio de la iberización en buena parte de Cataluña.

Respecto a la entonces denominada primera Edad del Hierro, predomina la idea invasionista, atribuida a gentes de origen céltico a partir del 900 a. de C. en forma de diversas oleadas que ocupan esencialmente la costa, único lugar donde se mantendrían puros. En el interior habría una introducción de ciertos elementos, que se fusionarían con los de tradición Eneolítica de la Cultura de las Cuevas Leridanas (BOSCH, 1942, 7 y 12). Estas penetraciones alcanzarían al llano de Huesca y al Bajo Aragón.

Sobre el 650 una invasión ibera del sur eliminaría los más importantes núcleos célticos, que se verían relegados a grupos marginales y aislados en un mundo predominantemente ibérico (BOSCH, 1944, 124).

Como balance, podríamos apuntar la indicada diversidad entre el mundo montañoso septentrional y las zonas menos abruptas, así como la oposición entre la costa, abierta a todo tipo de influencias y el interior, mucho más arcaizante y conservador. También, la excepcional importancia que se concede al Eneolítico en detrimento de la Edad del Bronce, que en realidad pasa a ser un Calcolítico prolongado, uno de cuyos hilos conductores más importantes es el megalitismo. La explicación invasionista es la más usual aplicada bien a almerienses, celtas o iberos y la escasez de yacimientos conocidos hipoteca frecuentemente las teorías, como el caso de la dirección de las invasiones, siempre de la costa al interior, ante la nula información de las tierras de poniente, por ejemplo en asentamientos de los Campos de Urnas.

2. LA GENERACION INTERMEDIA Y EL CONGRESO DE ALMERIA

Parafraseamos la denominación utilizada por Tarradell (TARRADELL, 1962, X) para designar a la generación que sucede a la de los primeros maestros y que está constituida por investigadores nacidos en torno a 1919, como es su propio caso.

El enlace podría establecerlo J. Maluquer de Motes, aunque sea significativo del continuismo el que en el I Congreso Nacional de Arqueología (Almería, 1949), a petición de Pericot (PERICOT, 1950), se cree una comisión destinada a discutir su división tripartita del Bronce Hispánico, de la que forman parte además de él mismo, Maluquer, Tarradell y A. del Castillo, además del portugués A. Viana (MALUQUER, 1949).

La periodización Eneolítico/Edad del Bronce se estructura ahora en acuerdo con el triple esquema presentado por Pericot en Almería, que hace equivalente el Eneolítico con el Bronce I Hispánico, el Bronce II con lo Argárico y el Bronce III o Bronce Final con lo postargárico, anterior a la aparición de los Campos de Urnas, que ya se consideran como Edad del Hierro.

Sin embargo, en ese mismo congreso se dejan oír voces contra la abusiva extensión de la cultura del Argar (TARRADELL, 1949) y la comparación de materiales argáricos con catalanes se vislumbra como impropia (TARRADELL, 1965). Es significativo también que incluso antes de aquella reunión, se constate la aparición de elementos europeos, que permiten intuir la posibilidad de establecer gradaciones cronológicas en la etapa anterior a los Campos de Urnas (MALUQUER, 1942).

Entre los avances de este período destacaríamos el planteamiento de un megalitismo ilerdense más tardío que el costero, esto es, ya de la Edad del Bronce, y la posibilidad de que la cultura de las cuevas fuese equivalente al megalitismo, ya que si en las primeras se conocen asentamientos sin

tumbas, ocurre al revés en los megalitos, para los que no se señalan hábitats claros (MALUQUER, 1945, 226).

Durante esta fase es especialmente clarificador un libro de divulgación, aunque de gran valor científico, publicado por Tarradell, en el que se aprecia una visión actualizada del NE y donde se destierran viejas teorías, superadas ya con los nuevos descubrimientos y excavaciones (TARRADELL, 1962): crisis de la Cultura de Almería y su supuesta influencia en Cataluña, en beneficio de los contactos europeos; eliminación de la abusiva extensión argárica; dudas sobre el concepto globalizador de «Cultura Pirenaica», etc.

Al mismo tiempo se plantean algunos problemas sobre los que se incidirá en fechas más recientes, como es el sentido que ha de darse a los vacíos de población en los llanos, bien costeros o del interior. La valoración de los denominados por Vilaseca talleres de sílex como posibles campamentos y la necesidad de asumir la existencia de hábitats al aire libre no identificados, son dos puntos sumamente lúcidos. Igualmente lo es, a nuestro entender, la revitalización del factor autóctono frente a invasiones indoeuropeas totalizadoras y difícilmente evaluables desde el punto de vista numérico.

Si hemos considerado imprescindible citar a algunos autores especialmente significativos para explicar esta segunda fase, sin que ello signifique menoscabo de otras figuras, hemos de apuntar un hecho cada vez mas ostensible: la comarcalización de las investigaciones, que se hacen ahora más independientes del núcleo barcelonés. Es éste un factor importantísimo para que pueda iniciarse un proceso de abstracción de datos, que fundamente las teorías generales con una base más sólida. El mejor conocimiento del terreno, la prospección *in extenso* y las excavaciones selectivas, dieron un nuevo impulso a la arqueología anterior a los años setenta.

En Tarragona S. Vilaseca investiga las necrópolis de Molá, Les Obagues y La Tosseta, a la vez que prospecta poblados, cuevas y asentamientos al aire libre, que son recogidos posteriormente en una gran obra de conjunto (VILASECA, 1973).

En Lérida el grupo del Instituto de Estudios Ilerdenses posibilita las excavaciones de Maluquer en La Pedrera y descubre y excava las primeras necrópolis tumulares: Roques de Sant Formatge, Torre Filella, Gerp. La colaboración entre L. Díez-Coronel y R. Pita pone de manifiesto la existencia de poblados del Bronce Final en el Bajo Segre (Genó) y Bajo Cinca (Masada de Ratón) (GONZÁLEZ, 1987).

En Gerona la excavación de Agullana por P. de Palol (PALOL, 1958) deja al descubierto uno de los conjuntos más importantes hasta la fecha, que completa los trabajos del mismo autor, de Almagro y de Oliva, sobre otros conjuntos funerarios.

En Barcelona será precisamente Almagro Basch, quien comience a sintetizar la problemática de los asentamientos al aire libre de la Depresión Prelitoral, basándose en hallazgos anteriores y en sus propias investigaciones (ALMAGRO, 1952, 160-176).

Siendo imposible aquí un análisis detallado de las distintas posiciones, procederemos a resumir algunos de los aspectos básicos del panorama generalmente aceptado al inicio de la década de los setenta:

1. El megalitismo sigue siendo un fenómeno considerado tardío, especialmente en las regiones del interior, donde el material de origen europeo (cerámica con asas de apéndice de botón) nos sitúa ya en la Edad del Bronce. En la costa, esta última fase queda indefinida, a falta de yacimientos que cubran el vacío hasta la aparición de los Campos de Urnas. Siguen sin localizarse los hábitats utilizados por los megalíticos.

2. La teoría de una Cultura Pirenaica monolítica sufre un fuerte erosionamiento, no sólo por la escasa entidad del megalitismo aragonés, sino por las diferencias antropológicas entre ambos extremos, así como por el reconocimiento del impacto castellano en la zona vasca y del francés en la catalana, con posibles penetraciones de gentes braquicéfalas.

3. La denominada «Cultura de las Cuevas» va perdiendo parte de su antigüedad inicial, considerándose su fase de utilización primordial la Edad el Bronce e incluso parte de la Edad del Hierro (entendido por tal el período de los Campos de Urnas).

4. Empiezan a valorarse algunos asentamientos al aire libre, que cubren zonas en las que se presumía la inexistencia de poblamiento o no era capaz de definirse. Tal sería el caso de los talleres de sílex, los silos del Vallés, interpretados a veces como estructuras de almacenamiento y a veces como fondos de cabaña o los poblados del Bajo Segre/Cinca, a los que se presupone una cronología inicial en la Edad del Bronce, anterior a las penetraciones indoeuropeas.

5. Se asume la entrada de gentes de tipo braquicéfalo especializadas en metalurgia, desde fi-

nes del Bronce Medio, esto es sobre el 1150 a. de C. según Maluquer, en claro preludio a las penetraciones posteriores de Campos de Urnas (MALUQUER, 1971, 111).

6. A nivel de periodización se echa de menos una definición pormenorizada de la fase comprendida entre la adopción de la metalurgia y el período indoeuropeo. La identificación del Eneolítico con la aparición de la primera metalurgia (PERICOT, 1959, 196) y con el Bronce Pre-Argárico, nunca aceptada por Bosch Gimpera (BOSCH, 1961, 43), empobrece el panorama de un momento cronológico muy amplio, en el que tampoco queda el recurso de distinguir fases utilizando el modelo andaluz, que se muestra inoperante fuera de su propio marco.

7. Respecto a las penetraciones indoeuropeas, célticas, hallstátticas o de grupos incineradores, como se las conoce según casos, siguen predominado las visiones invasionistas, aunque los mecanismos de penetración se planteen según diversas alternativas. Así, frente a las oleadas sucesivas propugnadas por Maluquer (MALUQUER, 1945-1946, 173-175), Almagro plantea un proceso más continuo y menos diferenciable en capas de población (ALMAGRO, 1952, 267).

8. Su cronología inicial oscila mucho, entre el 900 de Bosch (BOSCH, 1942, 7) y el 800 de Almagro hasta el 750 de Maluquer. Sin embargo, en los últimos años se tiende a aceptar fechas más altas, en torno al 1000 a. de C. tal y como proponía Vilaseca inicialmente (VILASECA, 1963, 79) y como llega a asumir el propio Maluquer (MALUQUER, 1971, 117).

9. En general se plantea la costa como línea preferencial o exclusiva de invasión. Sin embargo, la multiplicación de hallazgos en la Cataluña interior contribuye a que algunos autores valoren la ruta del Segre en sus publicaciones más modernas (MALUQUER, 1971, 113).

10. Comienzan a conocerse los primeros poblados al aire libre: Molá, Pedrera, estableciéndose un modelo de asentamiento en montículo destacado, que luego se convertirá en arquetipo de esa cultura.

11. La proliferación de necrópolis de incineración, bien en la versión de Campo de Urnas, bien en la tumular (Roques de Sant Formatge, Puig Alt), plantean difíciles problemas de filiación europea o autóctona.

3. LA TERCERA GENERACION: LAS DOS ULTIMAS DECADAS

Al inicio de los setenta se producen algunos cambios importantes que han sido resaltados en otras publicaciones (MARC, 7, 1986, 229, DOSSIER, 1989). En primer lugar la expansión universitaria con la creación de la Universidad Autónoma de Barcelona (1968) y los posteriores centros de Lérida, Gerona y Tarragona, que encauzan o sustituyen los trabajos ejercitados por aficionados y otras instituciones previas. En segundo lugar y como consecuencia directa, el aumento del número de arqueólogos que imposibilitan un ánalisis pormenorizado de las actuaciones concretas de cada uno, frente al magisterio predominante de las figuras enumeradas en la etapa anterior. En tercer lugar, la mayor disponibilidad de medios, que permiten el incremento de las actividades de campo, los contactos con otras escuelas y una cierta especialización en aspectos concretos, que proporcionarán una información análitica, antes inabordable al excavador.

3.1. La búsqueda de un esquema de referencia

A pesar de que el esquema tripartito de Almería se mostraba insuficiente, no existe una formulación alternativa expresa ni por parte de los maestros ni por su epígonos, hasta avanzados los años setenta (VARIOS, 1978), aunque también es cierto que, en general, se carece de trabajos de conjunto, que planteen el problema de las culturas metalúrgicas anteriores a los Campos de Urnas.

No es de extrañar, por tanto, que la búsqueda de un esquema de referencia se oriente al N, a Francia, donde recientes síntesis sobre tierras muy próximas, abarcando la Cataluña francesa, incluyen amplias alusiones al NE peninsular. Así el esquema de Hatt nos llega fundamentalmente a través de trabajos como el de Guilaine, que tuvo una fuerte influencia sobre los jóvenes prehistoriadores (GUILAINE, 1972). Es significativo que en las primeras obras que hacen uso de dicho esquema (MAYA, 1978, 59-62; ROVIRA y SANTACANA, 1980, 16-19) se explicite su uso con un carácter utilitario que los autores no encuentran en los modelos preexistentes.

La diferencia fundamental consistirá en distinguir nuevamente el Eneolítico de la Edad del Bronce y en dividir esta última en tres períodos: Antiguo, Medio y Final. El Bronce Final a su vez se subdivide en I, II y III, pudiendo establecerse incluso fases menores que no siempre son operativas o aplicables.

En el transcurso de estos diez años la individualización del Eneolítico o Calcolítico se ha mostrado pertinente, no ya en función o no del uso del cobre sin aleaciones, criterio discutible y siempre problemático, sino de la existencia de elementos culturales distintos, como es el caso del Grupo de Veraza (MARTÍN, 1975, 341-354, GUILAINE, 1980) o incluso el de los Triángulos Grabados (TARRUS, 1985). La complicación de este Calcolítico, que no puede reducirse al simple componente campaniforme, casi hace más operativo el viejo concepto de Neo-eneolítico de época de Bosch Gimpera que el de Bronce I Hispánico pues, hoy por hoy, parece más difícil separar en el continuo cultural de estos conjuntos el momento de la introducción de la metalurgia, que distinguirlo de la Edad del Bronce propiamente dicha, aunque siempre persista el problema de la escasa pertinencia de definir tajantemente las transiciones.

La Edad del Bronce comienza hacia el 1800, según sabemos hoy por diversas dataciones absolutas y no parecen existir en ella cambios espectaculares hasta la aparición de los Campos de Urnas. La compartimentación tiene, en consecuencia, un carácter eminentemente práctico para el prehistoriador que, gracias a la presencia o ausencia de determinados materiales arqueológicos, puede determinar segmentos cronológicos menores. El reciente estudio de la Cova de Punta Farisa, un abrigo habitacional del Bronce Medio que incluye cerámicas con asas de apéndice de botón y una fechación de 1410 a. de C. demuestra estratigráficamente la diferenciación entre el Bronce Medio/Reciente (1500-1100 a. de C.) y la etapa anterior (MAYA, *et alii*, 1991).

Llegado este punto, es donde el modelo muestra ciertas deficiencias. El mayor problema consiste (si se hace una adaptación literal del esquema de Hatt), en la no equivalencia exacta del Bronce Final con los Campos de Urnas, puesto que se asume, a fin de encuadrarse con las terminologías europeas, un Bronce Final I o Bronce Reciente, auténtico pie forzado que en realidad no es más que un Bronce Medio prolongado. Abstrayendo de aspectos secundarios todo el período podría resumirse en dos grandes momentos culturales: **Bronce Inicial**, esto es, el período desde el Bronce Antiguo al Bronce Reciente y **Bronce Final** o período de los Campos de Urnas, precedido por una fase breve (Bronce Reciente), que concluye con la toma de contacto entre las culturas del viejo substrato autóctono y grupos y elementos culturales ultrapirenaicos.

Un problema semejante se hace patente al afrontar la vieja terminología de la I.ª Edad del Hierro, hecha sinónimo de la etapa de los Campos de Urnas por los grandes maestros. En Francia, la certeza del tardío uso del hierro, obligó a asumir la realidad de los Campos de Urnas como una cultura esencialmente de la Edad del Bronce, restringiendo el término I.ª Edad del Hierro al momento concreto en que se apreciaban sus primeras apariciones (FEDERATION, 1975). En Cataluña este hecho es igualmente patente, por lo que tiende a restringirse el término I.ª Edad del Hierro para un corto período centrado entre el siglo VII y los inicios de la iberización (PADRO, 1976; MAYA, 1990, 40), planteándose en algunos trabajos un «Período Intermedio» hasta la divulgación del hierro, sobre el 650-625 a. de C. (PONS, 1984b, 252).

Es justo dejar constancia de que en las importantes síntesis sobre el período de los Campos de Urnas de la Escuela de Madrid, tiende a prescindirse de todas estas equivalencias, estableciéndose una periodización autónoma de los Campos de Urnas peninsulares. El planteamiento ha sido realizado por Almagro Gorbea (ALMAGRO, 1977) y seguido esencialmente en la síntesis de Ruiz Zapatero (RUIZ ZAPATERO, 1985). Podría diferenciarse, en consecuencia, entre Campos de Urnas Antiguos (1100-900), Campos de Urnas Recientes (900-700) y Campos de Urnas del Hierro (700-500).

3.2. Incremento y renovación de los trabajos de campo

El aumento numérico de los arqueólogos, la mayor disponibilidad de recursos económicos y la tendencia a la dispersión de los centros investigadores, siguiendo provincias y comarcas, repercuten en un incremento de las actuaciones sobre el terreno.

3.2.A. La prospección

El interés por conocer el patrimonio arqueológico es una herencia de la fase previa, aunque ahora la prospección suele ejercitarse con un equipamiento teórico más sólido y un cierto espíritu crítico, que lleva a la revisión de las clasificaciones preestablecidas, por lo que la cronología y clasificación de muchos de ellos varía ostensiblemente.

Un vehículo que ha servido para recopilaciones exhaustivas es la realización de tesis de licenciatura (RODRÍGUEZ DUQUE, 1980; LLOVERA, 1984) e incluso tesis doctorales (PONS, 1982; PETIT, 1985;

TOLEDO, 1990), que cuentan con la ventaja de haber recibido posteriormente un aporte crítico universitario, por parte de tribunales especializados.

Otro factor importante, ha sido el mayor control de yacimientos en trance de desaparición, por parte de los técnicos del Servei d'Arqueología de la Generalitat. Gracias a estas intervenciones, han podido obtenerse datos de numerosos yacimientos de tipo perecedero o de escasa consistencia constructiva, como los que abundan en la Depresión Prelitoral. Un buen ejemplo de estas excavaciones de salvamento, que desgraciadamente no son la solución más idónea, es la excavación de las estructuras de la Edad del Bronce de la Bòbila Madurell (MARTÍN *et alii,* 1988).

Como resultado de esta avalancha de nuevos yacimientos, hay que destacar la confección de numerosas **Cartas Arqueológicas** comarcales, dentro del «Inventari del Patrimoni Arqueològic» de la mencionada institución, que las ha informatizado en una base de datos de Arqueología conocida como **Arqueodada.**

Tampoco ha sido ajeno a este interés por la prospección, la difusión de los análisis espaciales arqueológicos, que en nuestro país cobran auge a partir de los congresos de Teruel, iniciados en 1984. Sin embargo, sólo una mínima parte ha sido publicada (RUIZ, 1980; ROVIRA y SANTACANA, 1984; PONS, 1984a), a veces utilizando datos incompletos o incluso clasificaciones inseguras, y con un carácter pionero, pero poco profundo. En contrapartida, algunos trabajos de mayor envergadura, que han formado parte de programas de doctorado, permanecen todavía inéditos.

3.2.B. Las excavaciones

En líneas generales se aprecia un fuerte incremento en las excavaciones arqueológicas, que han permitido llenar, a veces de modo espectacular, algunos de los grandes vacíos de investigación que condicionaban ciertas conclusiones de la primera generación. De cualquier modo, no todos los campos de las culturas metalúrgicas han sido investigados con la misma intensidad y sigue siendo curioso, como son aún pocas las cuevas que han aportado secuencias estratigráficas dignas de mención y en las que se ha apurado la metodología y los análisis interdisciplinares, en una publicación de extensión adecuada. Citaríamos específicamente la cova del Frare (MARTÍN, 1980; MARTÍN, *et alii,* 1985) y la Cova 120 (120 GROUP, 1987).

Respecto a los hábitats al aire libre, probablemente es el ámbito en el que se han producido cambios más llamativos. En el Bronce Inicial, algunos vacíos habitacionales han sido cubiertos mediante la comprobación de la existencia de asentamientos ligeros, formados por chozas de planta redondeada, situadas en llano y con escasas posibilidades de ser localizadas mediante una prospección sistemática (MAYA, 1982a; MAYA y PRADA, 1989). Además, su material poco significativo provocó que, en algunos casos, fueran conocidos de antiguo pero no fuesen valorados dentro de su época correcta.

Con todo, cada vez son más frecuentes estos hallazgos en la Cataluña occidental e incluso uno de ellos es conocido no sólo por prospecciones, sino que ha sido objeto de una excavación de urgencia, que hace suponer posibles variantes al esquema propuesto (GONZÁLEZ y RODRÍGUEZ, 1989).

En las zonas próximas a la costa, su equivalente correspondería a una serie de yacimientos establecidos sin pretensiones defensivas, aunque a veces en zonas ligeramente elevadas sobre el entorno, en los que se presuponen paredes y techos en materia perecedera, a pesar de que se identifiquen casi exclusivamente por perforaciones talladas en el suelo que se interpretan a veces como silos, a veces como estructuras de combustión e incluso como fondos da cabaña. Las primeras excavaciones en la Bòbila Madurell, con dataciones en el Bronce Antiguo, permitieron una primera aproximación a tales construcciones, aunque con una interpretación que ha debido cambiar con el tiempo (LLONGUERAS, *et alii.* 1977). La excavación extensiva de los silos de la UAB (MAYA, 1985), nuevamente de la Bòbila Madurell (MARTÍN *et alii,* 1988), del Instituto de Manlleu (CRUELLS *et alii,* 1989) y de Can Roqueta (BOQUER, *et alii,* 1990), cuya cronología se extiende en conjunto desde el Bronce Antiguo al período ibérico, resuelven buena parte de las dudas que décadas antes se planteaba M. Almagro, al enfrentarse a construcciones similares, pero con escasa documentación arqueológica.

Siendo estos descubrimientos muy importantes para rellenar vacíos de investigación, la realidad es que los resultados más llamativos provienen de poblados situados en alto, en los que se aprecia una cierta tendencia a la estabilidad ocupacional y que, por haber sido excavados a lo largo de numerosas campañas, han permitido conocer amplios datos sobre la forma de vida de las comunidades que los habitaron.

Dos de los ejemplos más significativos y por los que ha pasado un gran número de estudiantes

de arqueología, iniciaron sus excavaciones en 1975. Nos referimos a La Fonollera (Gerona) y Genó (Lérida).

El primero con restos del Bronce Inicial, Bronce Final y romano, ha permitido estudios apurados en los más variados campos, sorteando las dificultades de un asentamiento cuyo alzado se realiza mediante estructuras ligeras (PONS, *et alii,* 1985; PONS y COLOMER, 1988). El segundo, con una sólida organización de calle central y casas en piedra, es representativo del Bronce Final II en el Bajo Segre y únicamente se conoce por breves trabajos (MAYA, 1982b; PONS, *et alii,* 1989). Su memoria de excavaciones está a punto de concluir en estos momentos.

Posteriormente se han realizado campañas sucesivas en diversos yacimientos del Bajo Segre; Solibernat, Carretelá, Serra del Calvari, Els Vilars, etc., pero casi todos adolecen de falta de una publicación extensa.

También la Cataluña meridional ha contado con algunos poblados excavados tras el vacío dejado por Vilaseca, pudiendo destacarse la publicación de La Mussara, con la interesante peculiaridad de considerarse un asentamiento ganadero, frente a los anteriormente citados, de economía mixta pero esencialmente agrícola (ROVIRA y SANTACANA, 1982). Recientemente prosiguen las investigaciones en otro asentamiento conocido de antiguo: el Puig Roig (GENERA, 1986).

Respecto a los enterramientos, siempre es difícil la obtención de datos sobre tumbas colectivas, por el problema de las pervivencias de utilización. Un ejemplo de excepcional importancia para nuestro período es el túmulo I de la Sierra de Clarena, tanto por su cuidada excavación, como por la obtención de una fecha del Bronce Antiguo con un ajuar específico de este momento, sin contaminaciones de ninguna otra fase (CASTELLS, *et alii,* 1983).

Ya en el mundo de los Campos de Urnas, los primeros análisis de necrópolis corresponden a la fase anterior, siendo de destacar la excavación de Roques de Sant Formatge (PITA y DÍEZ, 1968). Las tumulares serán las investigadas preferentemente, dada su mayor facilidad de localización: Pedrós, Coll del Moro de Gandesa, planteándose las excavacioens *in extenso* y con análisis más pormenorizados (MAYA, *et alii,* 1973; MOLAS, *et alii,* 1982-1983). El resultado permite una diferenciación entre los grupos tumulares del Bajo Segre y de la Terra Alta/Bajo Aragón y un mayor detalle en las estructuras y depósito interno de los elementos funerarios (VARIOS, 1986).

En cambio, las necrópolis con depósitos en urnas propiamente dichas son difícilmente planificables, por ser su hallazgo puramente fortuito. No obstante, Coll s'Avenc es un buen ejemplo de una disposición clásica, de la que sólo teníamos referencias por excavaciones muy antiguas. (MOLIST *et alii,* 1985).

3.3. Metodología de campo y análisis de laboratorio

Durante este período se hace patente un intento de mejorar la metodología de campo, mediante la adopción de excavaciones en extensión, a base de cuadrículas articuladas entre sí y con uso de coordenadas tridimensionales, siguiendo el método de Laplace. En parte, este cambio se debe a la búsqueda de objetivos distintos, partiendo del convencimiento de que la cata estratigráfica es orientativa pero no extrapolable al conjunto del yacimiento y de que es preciso obtener una información mucho más completa, válida para el conjunto de una comunidad, que aporte datos socioeconómicos y ambientales y que desborde el mero marco familiar.

Este convencimiento se aúna con la necesidad de obtener nuevos testimonios, no provenientes de las tradicionales fuentes arqueológicas sino de muestras obtenidas por el prehistoriador, pero procesadas e interpretadas por especialistas sectoriales. No ha de olvidarse que las primeras dataciones radiocarbónicas se obtienen a fines de los sesenta en laboratorios extranjeros (COROMINAS y MARQUES, 1967, 51), aunque la extensión del método viene de la mano de la inmediata creación del Instituto Rocasolano de CSIC y la publicación de sus resultados a inicios de los setenta (MUÑOZ, 1971, 157).

Desde entonces hemos contabilizado 38 dataciones para yacimientos de Calcolítico/Bronce Inicial (MAYA, 1990) y otras 10 para el período de Campos de Urnas (MAYA y BARBERA, 1990), algunas de ellas todavía inéditas. El convenio entre la Generalitat y la Universidad de Barcelona para el análisis radiocarbónico, debe ampliar notablemente este número en los próximos años, con lo que el margen de fiabilidad al trazar esquemas cronológicos, puede alcanzar niveles muy aceptables.

Las dataciones absolutas, siendo fundamentales, sólo solventan una mínima parte de los problemas de cualquier estación prehistórica, por lo que los investigadores han procurado recurrir a análisis concretos en demanda de nueva información complementaria.

Así, por ejemplo, hay intentos en los años setenta de realización de análisis espectrográficos, aplicados a cerámica y metales, en los laboratorios del Museo Arqueológico de Barcelona, aunque la limitación de ser meramente cualitativos impide en estos últimos casos resultados plenamente satisfactorios. Más recientemente se están practicando en la Universidad de Barcelona, pero, a pesar de ello, los conjuntos más importantes de análisis modernos, los del depósito de Llavorsí (GALLART, 1987), han debido ser encargados al Instituto de Conservación y Restauración de Obras de Arte de Madrid.

Esporádicamente se recurre por entonces a especialistas que permitan una aproximación a los restos vegetales (GUILAINE *et alii,* 1982, LLONGUERAS, *et alii,* 1986), se realizan algunas clasificaciones de fauna o se llevan a cabo estudios paleoantropológicos, en especial por parte de Campillo (CAMPILLO, 1977) o de Turbón quienes, a través de la docencia universitaria, van formando nuevos especialistas en Antropología física.

Con todo, no es hasta la década de los ochenta cuando se articulan los estudios interdisciplinares en las publicaciones, a partir del momento en que nuevas promociones de universitarios, formados en los años setenta y con una experiencia de campo notable, se plantean la necesidad de crear equipos pluridisciplinares en los que, sin olvidar su carácter de profesionales de la arqueología, asuman sendas especialidades, que imbricadas entre sí permitan un análisis integral del yacimiento excavado. El paradigma podría ser el autodenominado *120 Group,* en cuyo prólogo de la publicación epónima (120 GROUP, 1987) se manifiesta este afán por parte de personas dedicadas a la microfauna, palinología, ictiología, carpología, malacología, cerámica, etc.

Si bien es cierto que un equipo de estas características es difícil de mantener mucho tiempo en empresas comunes, también lo es el que, como consecuencia de estas experiencias u otras similares, el resto de los investigadores contamos a partir de entonces con profesionales a los que acudir, especializados en campos analíticos concretos. Así, cada vez es más frecuente que las memorias de excavación vayan acompañadas de reconstrucciones paleoambientales del entorno, de estudios de fauna y carpología que permitan aproximarnos a la economía de una comunidad o incluso de investigaciones paleoantropológicas o sobre procesos de incineración o cremación, en los casos de depósitos funerarios.

3.4. Conclusión

Es evidente que la arqueología catalana ha progresado en las últimas décadas, en especial a causa de la renovación metodológica de campo y a la posibilidad de una mayor especialización por parte de los investigadores. Este reconocimiento no entraña triunfalismo, puesto que buena parte de dichos avances es consecuencia lógica del cambio de los tiempos, y en contrapartida se echan en falta programas de excavaciones ambiciosos, en los que se conjugue la actividad de diversos centros y especialistas con el aprovechamiento conjunto de distintos yacimientos interrelacionados. Los escasos intentos en esta dirección, como el Plan de Investigaciones Arqueológicas en el Bajo Segre (Genó, Carretelá), entre el Instituto de Estudios Ilerdenses, el Estudio General de Lérida y la Universidad Autónoma de Barcelona, no llegaron a desarrollarse suficientemente una vez puestos en marcha.

Porcentualmente, la proporción de excavaciones con planificación previa es muy inferior a las urgencias, por otra parte fundamentales para evitar la pérdida de una información única, pero con menos posibilidades de aprovechamiento integral.

En otra dirección, se acusa también la aparentemente limitada preocupación por los grandes planteamientos teóricos o la escasa lectura y reflexión de su exposición en la bibliografía, especialmente la anglosajona. A veces, es difícil incluso observar la simple superación del marco referencial del propio yacimiento excavado. Si en las primeras generaciones abundan los trabajos de síntesis a partir de escasos datos, ahora proliferan más los datos y se adolece de su articulación, hecho especialmente visible en lo concerniente a las primeras etapas del metal.

También es cierto que esta proliferación es relativa (al menos en cuanto a su puesta en prensa), ya que otro de los grandes fallos de la arqueología del NE es la incapacidad de divulgar los trabajos realizados, que suelen ser suplidos mediante el recurso a la tradición oral, en forma de conferencias o reuniones más o menos informales.

La responsabilidad es tanto de los propios investigadores como de la política arqueológica desarrollada en la zona. Por una parte, incluso un decreto de carácter inicialmente profiláctico, como el que impide solicitar nuevos permisos de excavación mientras no se presenten las correspondientes memorias de trabajos ya analizados, suele ser burlado benévolamente mediante la adjudicación

de los permisos a personas afines a los excavadores iniciales. Por otro, en el mejor de los casos, la entrega de los estudios preceptivos se encalla definitivamente, ante la carencia de publicaciones para las memorias de excavación, por parte de las instituciones pertinentes, que limitan su capacidad editora a breves resúmenes de conferencias de algunas de las excavaciones arqueológicas o a una cuidada pero escasa publicación, de una selección de aquéllas: *Excavacions arqueològiques a Catalunya.*

Ciertamente el recurso a las actas de los Congresos de Puigcerdà y a revistas ya clásicas (*Ampurias, Pyrenae, Cypsela*) o las de nueva aparición (*Cota Zero, Fonaments, Revista de Arqueología, Estudios de la Antigüedad*) palía alguna de estas deficiencias, pero no oculta el problema de la carencia de infraestructura oficial.

BIBLIOGRAFIA

ALMAGRO BASCH, M. (1952): «La España de las invasiones célticas», *Historia de España*, dirigida por R. Menéndez Pidal, I, 2.

ALMAGRO GORBEA, M. (1977): «El Pic dels Corbs, de Sagunto y los Campos de Urnas del NE de la Península Ibérica», *Saguntum*, 12, 89-141.

BOQUER, S.; GONZÁLEZ, L.; MERCADAL, O.; RODÓN, T., y SÁENZ, L. (1990): «Les estructures del bronze Antic-Bronze Mitjà al jaciment arqueològic de Can Roqueta (Sabadell, Vallès Occidental)», *Arraona*, 7, 9-25.

BOSCH GIMPERA, P. (1915-1920a): «L'estat actual de la sistematització del coneixement de la primera Edat del Ferro a Catalunya», en *Anuari del'Institut d'Estudis Catalans*, VI, 586-589.

BOSCH GIMPERA, P. (1915-1920b): «Resultats de l'exploració de coves de Catalunya per l'Institut d'Estudis Catalans (1915-1920)», en *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans*, VI, 473-481.

BOSCH GIMPERA, P. (1926): «La Prehistoria de los iberos y la etnología vasca», *Sociedad de Estudios Vascos*, XVI, 4.

BOSCH GIMPERA, P. (1942): «Two celtic waves in Spain», en *Proceedings of the British Academy*, XXVI.

BOSCH GIMPERA, P. (1944): *El poblamiento antiguo y la formación de los pueblos de España*, México.

BOSCH GIMPERA, P. (1954): «La Edad del Bronce en la Península Ibérica», en *Archivo Español de Arqueología*, XVII, 89, 45-92.

BOSCH GIMPERA, P. (1961): «Los problemas del neo-eneolítico peninsular y el simposio de 1959», *Zephyrus*, XII, 1961, 43-53.

CASTELLS, J. y ENRICH, J. J. (1983): «El túmul I de la Serra de Clarena», *Excavacions Arqueológiques a Catalunya*, 4, 55-88.

COROMINAS, J. M. y MARQUES, J. (1967): *Catálogo Monumental de la provincia de Gerona. I. La comarca de Bañolas*, Gerona.

CRUELLS, W.; MOLIST, M.; RODÓN, T.; BOQUER, S.; BOSCH, J. y MIRET, J. (1989): «L'Institut de Manlleu (Osona). Un nou jaciment del Bronze Antic. Nota preliminar», *Cypsela*, VII, 21-34.

DOSSIER, (1989): «L'arqueologia catalana al segle XX: balanç; i perspectives». *L'Avenc*, núm. 124.

FEDERATION ARCHEOLOGIQUE DE L'H ERAULT (1975): *Le Languedoc au Premier Âge du Fer*, «Journée d'Etudes de Sète, 8 de Juin, 1975», Sète, 1976.

GALLART, J. (1987): *El dipòsit de bronzes de Llavorsí (Pallars Sobirà)*. Inédito.

GENERA, M. (1986): «Els pobles dels Camps d'Urnes al sud de Catalunya: l'establiment del Puig Roig (el Masroig, Priorat)», *Tribuna d'Arqueologia. 1984-1985*, 53-62.

GONZÁLEZ, J. R. y RODRÍGUEZ, J. I. (1989): «Avanç dels resultats de l'excavació del fons de cabana de l'Edat del Bronze del Tapió a Gimenells (Alpicat, Segrià)», *Excavacions Arqueològiques a Catalunya*, 9, (Excavaciones arqueológiques d'urgencia a les comarques de Lleida), 71-83.

GUILAINE, J. (1972): *L'Age du Bronze en Languedoc Occidental, Ariège, Roussillon*, «Mémoires de la Société Préhistorique Française», 9, París.

GUILAINE, J. (Ed.). (1980): *Le groupe de Véraza et la fin des temps néolithiques dans le Sud de la France et la Catalogne*, París, CNRS.

GUILAINE, J.; BARBAZA, M.; GEDDES, D.; VERNET, J. L.; LLONGUERAS, M., y HOPF, M. (1982): «Prehistoric Human Adaptations in Catalonia (Spain)», *Journal of Field Archaeology*, 9, 407-416.

LLONGUERAS, M.; MARCET, R. y P ETIT, M. A. (1977): «Recientes excavaciones en la Bóvila Madurell (Sant Quirze del Vallès, Barcelona)», *Actas del XV Congreso Nacional de Arqueología*, Lugo, 1977 (Zaragoza, 1979), 253-260.

LLONGUERAS, M.; MARCET, R. y PETIT, M. A. (1986): «Darrers treballs a la Bòbila Madurell (Sant Quirze del Vallès, Vallès Occidental)», en *Tribunal d'Arqueologia. 1984-1985*, 1986, 25-34.

LLOVERA, X. (1984): *Carta arqueològica del Principat d'Andorra*. Universidad Autónoma de Barcelona, Bellaterra.

MALUQUER DE MOTES, J. (1942): «La cerámica con asas de apéndice de botón y el final de la cultura megalítica del NE de la Península», *Ampurias*, IV, 171-188.

MALUQUER DE MOTES, J. (1945): «La provincia de Lérida durante el Eneolítico, Bronce y primera Edad del Hierro», en *Ilerda*, V. 173-245.
MALUQUER DE MOTES, J. (1945-1946): «Las culturas hallstátticas en Cataluña», *Ampurias*, VII-VIII, 115-184.
MALUQUER DE MOTES, J. (1971): «Late Bronze and Early Iron in the Valley of the Ebro», *The European Community in Later Prehistory. Studies in honour of CFC Hawkes*, 107-120.
MARC 7. (1986): «L'arqueologia catalana». *L'Avenç*, núms. 90-92.
MARTÍN, A. (1975): «El grupo de Veraza en Cataluña», en *Actas del XIV Congreso Nacional de Arqueología*, Vitoria, (Zaragoza, 1977), 341-354.
MARTÍN, A. (1980): «Avance de los resultados obtenidos en las excavaciones de 'Cova del Frare' (Matadepera, Barcelona)», *Arrahona*, 10, 37-54.
MARTÍN, A.; BIOSCA, A. y ALBAREDA, M. J. (1985): «Excavacions a la cova del Frare (Matadepera, Vallès Occidental). Dinàmica ecològica, seqüència cultural i cronologia absoluta», *Tribuna d'Arqueologia*, 1983-1984, 91-103.
MARTÍN, A.; MIRET, J.; BLANCH, R.; ALIAGA, S.; ENRICH, R.; COLOMER, S.; ALBÍZURI, S., y BOSCH, J. (1988): «Campanya d'excavacions arqueològiques 1987-1988 al jaciment de la Bòbila Madurell-Can Feu (Sant Quirze del Vallès, Vallés Occidental)», *Arraona*, 3, 1988, 9-23.
MAYA, J. L. (1982a): «Asentamientos al aire libre de la Edad del Bronce en la Cataluña Occidental. Bases para el reconocimiento de un horizonte Antiguo-Reciente», *Ilerda*, XLIII, 153-186.
MAYA, J. L. (1982b): «Genó. Aitona», *Excavacions arqueològiques a Catalunya*, 1, 159-160.
MAYA, J. L. (1985): «Silos de la primera Edad del Hierro en la Univesidad Autónoma de Barcelona», *Estudios de la Antigüedad*, 2, 147-218.
MAYA, J. L. (1990a): «¿Bronce Final o primera Edad del Hierro? La problemática en el marco de la Depresión Prelitoral», en *Limes*, 0, 31-43.
MAYA, J. L. (1990b): «Calcolítico y Edad del Bronce en Cataluña», *Aragón/Litoral mediterráneo: intercambios culturales durante la Prehistoria* (En Homenaje a J. Maluquer de Motes), Zaragoza, 263-298.
MAYA, J. L. y BARBERÀ, J. (1990): «Etnogénesis de las etnias prerromanas en Cataluña», *Actas del Congreso de Paleoetnología de la Península Ibérica*, Universidad Complutense, Madrid (Preactas).
MAYA, J. L.; DÍEZ-CORONEL, L. y PUJOL, A. (1971): «La necrópolis tumular de incineración de Pedrós, Serós (Lérida)», *Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología*, Huelva, 1971 (Zaragoza, 1973), 611-622.
MAYA, J. L.; FRANCÉS, J. y PRADA, A. (1991): «Avance a las excavaciones en la Cova de Punta Farisa (Fraga, Huesca)». *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 2.
MAYA, J. L. y PRADA, A. (1989): «Aportaciones al poblamiento de las cuencas de los ríos Segre y Cinca durante el inicio de la Edad del Bronce», *Bolskan*, 6, 85-120.
MOLAS, D.; RAFEL, N. y PUIG, F. (1982-1983): «Necròpolis del Coll del Moro (Gandesa, Terra Alta). Campanya de 1984 al sector Maries», *Butlletí Arqueològic de la «Reial Societat Arqueològica Tarraconense*, V, núms. 4-5, 21-71.
MOLIST, M.; CRUELLS, W.; BUXÓ, D. y ESPADALER, M. M. (1985): «Nota preliminar sobre la necròpolis de Coll s'Avenc (Tavertet, Osona)», *Cypsela*, V, 1985, 71-77.
MUÑOZ, A. M. (1971): «Dos nuevas fechas de C. 14 para sepulcros de fosa», *Pyrenae*, 7, 157.
PETIT, M. A. (1985): «Contribución al estudio de la Edad del Bronce en Cataluña (Comarcas del Moianès, Vallès Oriental, Vallès Occidental, Maresme, Barcelonès y Baix Llobregat)». Universidad Autónoma de Barcelona (Inédita).
PITA, R. y DÍEZ-CORONEL, L. (1968): «La necrópolis de 'Roques de Sant Formatge', en Serós (Lérida)», *Excavaciones Arqueológicas en España*, 59.
PONS, E. (1982): *Les agrupacions culturals de l'Empordà i del seu entorn adjacent en el període de transformació de l'Edat del Bronze a la del Ferro*, Universitat de Barcelona.
PONS, E. (1984a): «Los orígenes acerca de la interdependencia «pueblo-territorio» en la llanura del Empordà (Girona)», *Arqueología espacial*, 4, 29-41.
PONS, E. (1984b): *L'Empordà de l'Edat del Bronze a l'Edat del ferro*, Centre d'Investigacions Arqueològiques de Girona.
PONS, E.; TOLEDO, A. y COLOMER, A. (1985): «La Fonollera. 10 anys d'investigacions arqueològiques», *Papers del Montgrí*, 4.
PONS, E. y COLOMER, A. (1988): «La Fonollera. Una aldea del Bronce Final» *Revista de Arqueología*, 8-24.
PONS, E.; MAYA, J. L. y BUXÓ, R. (1989): «Hábitat y estructuras domésticas durante el Bronce Final de la Edad del Bronce en el N y O de Cataluña». *Colloque International «Habitats et structures domestiques en Mediterranée occidental durant la Protohistoire.* Arles-sur-Rhone, 19-21 octubre. Pre-actas, 31-35. (En prensa la publicación completa).
RODRÍGUEZ DUQUE, J. I. (1980): *Materiales para una carta arqueológica del Bajo Segre*, Universidad Autónoma de Barcelona, Bellaterra.
ROVIRA, J. y SANTACANA, J. (1980): *Economia, societat i canvi a la Catalunya prehistòrica*, Barcelona, Ed. Cymys.

ROVIRA, J. y SANTACANA, J. (1982): «El yacimiento de la Mussara (Tarragona). Un modelo de asentamiento pastoril en el Bronce Final de Catalunya», *Monografies Arqueològiques*, 2.
ROVIRA, J. y SANTACANA, J. (1984): «El modelo de despoblación/concentración en la zona del Baix Segre (Depresión del Ebro)», *Arqueología Espacial*, 2, 75-92.
RUIZ ZAPATERO, G. (1980): «Relaciones entre hábitats y necrópolis durante el Bronce Final y la Edad del Hierro en el Valle del Segre», *4 Colloqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà* (Puigcerdà, 1982), 195-204.
RUIZ ZAPATERO, G. (1985): *Los campos de Urnas del NE de la Península Ibérica*, Universidad Complutense, Madrid.
SERRA VILARO, J. (1923): *El vas campaniforme a Catalunya i les coves sepulcrals eneolítiques*, Musaeum Archaeologicum Dioecesanum, Solsona.
TARRADELL, M. (1949): «La Península Ibérica en la época de El Argar», *I Congreso Nacional de Arqueología*, Almería, 1949 (Cartagena, 1950).
TARRADELL, M. (1962): *Les arrels de Catalunya*, «Biografies Catalanes», Barcelona, Vicens Vives.
TARRADELL, M. (1965): «El problema de las diversas áreas culturales de la Península Ibérica en la Edad del Bronce», en *Miscelánea en homenaje al Abate Henri Breuil*, II, Barcelona, 423-430.
TARRUS, J. (1985): «Consideracions sobre el Neolític Final-calcolític a Catalunya (2500-1800 a. de C.)», en *Cypsela*, V, 47-57.
TOLEDO, A. (1990): «La utilització de les coves des del Calcolític fins al Bronze Final al NE de Catalunya.» Universidad Autónoma de Barcelona.
VARIOS, (1978): *Historia de Catalunya*, I, Ed. Salvat, Barcelona.
VARIOS, (1986): «Els ritus de mort a l'antiguitat», *Cota Zero*, 2.
VILASECA, S. (1963): «La necrópolis de Can Canyis (Banyeres, provincia de Tarragona», *Trabajos de Prehistoria*, VIII.

TARTESSOS

Manuel Bendala Galán
Universidad Autónoma de Madrid

1. INTRODUCCION

Puestos a hacer un balance de los resultados de la investigación de los últimos veinte años, dos decenios intensos de indudable maduración de la Arqueología, a la hora de hablar de Tartessos se percibe la sensación de que sigue presentándose como una cultura particularmente problemática, plagada de aspectos irresueltos y de lagunas, envuelta en la diatribas de una inacabable polémica. Es, qué duda cabe, una polémica científica cada vez más atractiva, sazonada de una no sé si inconveniente pizca de pasión, y también, a veces frustrante y agotadora. Pensando en ello, es fácil caer en la tentación de ofrecer alguna reflexión de por qué ello es así, analizar la cuestión poniendo de relieve las discrepancias de autores y escuelas, las razones objetivas y subjetivas que atizan el fuego de este conspicuo *polemos* de nuestra historiografía. Pero el propósito de no superponer tópico al tópico, y la escasez del espacio disponible, aconsejan dar paso a una exposición lo más distanciada y descriptiva posible, ajustada al objetivo de esta publicación conmemorativa: destacar lo más relevante y enriquecedor de cada campo de nuestra Arqueología, en este caso la correspondiente a Tartessos.

Las fuentes literarias antiguas, antes el único medio con el que tratar de reconstruir la historia y la cultura tartésicas, parecían haber dado de sí todo cuanto era posible en trabajos ejemplificables en la discutida e interesante obra de A. Schulten. Pero nada más lejos de la realidad. Nuevos análisis de los textos han constituido aportaciones básicas para Tartessos, en tal medida que sólo la revisión de los trabajos de este tipo y de sus conclusiones requeriría dedicarles un artículo completo. Por esa misma enjundia, me veo obligado a renunciar a cualquier ensayo vano de incluir aquí una apretada sinopsis de esta vertiente para hacer algo más posible el propósito principal de ahora, referido al campo específico de los estudios arqueológicos. Estos, por otra parte, han contribuido con sus conclusiones a facilitar revisiones de los textos con nuevas posibilidades y constituyen un frente sin duda de vanguardia en el cerco a un problema histórico que la investigación viene atendiendo con variado éxito en todos sus flancos. Recuérdese la importancia de las cuestiones lingüísticas, que tendrán por ello debida atención en este volumen.

La labor arqueológica desarrollada en los últimos veinte años ha sido enorme, y no será posible dar cuenta de todo. Los pasos dados ya en los años anteriores —muy importantes los de la década inmediatamente anterior, la de los sesenta— permitieron visiones de conjunto tan atractivas como la ofrecida por J. Maluquer en su libro *Tartessos* (1970), o trabajos tan ambiciosos como el de J. M. Blázquez sobre *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente* (1968, y 2.ª ed. en 1975).

En el mismo año de la primera edición de este último libro, el Instituto de Prehistoria de Barcelona organizaba el V Simposio Internacional de Prehistoria Peninsular, dedicado monográficamente a *Tartessos y sus problemas* (actas en 1969). Repárese en la denominación del Simposio, expresiva de lo comentado al principio. Pero interesa destacar, sobre todo, cómo en el Simposio podía discutirse con nuevas posibilidades la problemática general de Tartessos, y se hacía evidente la apremiante necesidad de incrementar y sistematizar los estudios arqueológicos. Así se ha hecho en buena medida. Y el resultado ha sido que los tres trabajos citados, claros exponentes de lo que podía decirse de Tartessos al iniciarse los decenios puestos aquí en revisión, resultan al cabo de ellos bastante superados en aspectos básicos. Como la obra científica general que representan han cumplido una misión principal, la de relanzar los estudios de su campo de atención, pagando el tributo de quedar superados por la dinámica científica que contribuyeron a impulsar.

Pero el desarrollo de hoy no ha aclarado del todo las cosas. El gran cúmulo de información obtenida, que ha iluminado muchos aspectos antes oscuros y ha conseguido un avance considerabilísimo, sigue dejando problemas sin resolver, y ha planteado muchos otros. Se produce, además, una cierta perplejidad, al situarnos ante un panorama arqueológico complicado por lo acumulativo, sin que sea fácil dar respuesta a todo, ni poner orden en una información que ha pasado, de ser escasa, a más abundante de lo digerible por la capacidad de asimilación científica generada hasta ahora.

2. EL PROBLEMA DE LA FORMACION Y DE LOS ORIGENES

Sin empezar por desgranar los postulados teóricos, o los resultados de una investigación que, sumando a los estrictos datos arqueológicos todos los demás, ha contemplado casi obsesivamente esta cuestión principal, las bases arqueológicas para la resolución del problema se han buscado mediante el análisis de numerosas secuencias estratigráficas. Excavaciones más antiguas, como las de Asta Regia, Carmona, el mismo cerro de El Carambolo —cuya publicación definitiva vería la luz en los años que nos ocupan: J. de M. Carriazo, 1973 y 1978—, Galera en Granada y otras, avisaban de la necesidad y del provecho de secuencias arqueológicas capaces de alumbrar el oscuro origen o la formación de la cultura tartésica. Una nueva oleada de estudios estratigráficos, cada vez más preciso, cubre nuestro ventenio, que cabe comenzar por uno realizado en los sesenta (1966), y publicado a comienzos de los setenta, basado en la excavación del importante yacimiento de la Colina de los Quemados, en Córdoba (J. M. LUZÓN y D. RUIZ MATA, 1973).

Le han seguido muchas, secuencias realizadas tanto en zonas nucleares de Tartessos, como en ámbitos periféricos que tuvieron o pudieron tener una estrecha relación con la cultura tartésica. Recordemos las excavaciones llevadas a cabo en los cabezos de Huelva (J. M. BLÁZQUEZ, J. M. LUZÓN, F. GÓMEZ y K. CLAUS, 1970; M. BELÉN, M. FERNÁNDEZ MIRANDA y J. P. GARRIDO, 1977; J. M. BLÁZQUEZ, D. RUIZ MATA, J. REMESAL, J. L. RAMÍREZ SÁDABA y K. CLAUSS, 1979; M. DEL AMO y M. BELÉN , 1981; D. RUIZ MATA, J. M. BLÁZQUEZ y J. C. MARTÍN DE LA CRUZ, 1981); en el Cerro Macareno, junto a La Rinconada, Sevilla (M. PELLICER, J. L. ESCACENA y M. BENDALA, 1983); en el Huerto Pimentel, junto a Lebrija, Sevilla (A. TEJERA GASPAR, 1985); en la misma ciudad de Sevilla (J. M. CAMPOS, M. VERA y M. T. MORENO, 1988); en Carmona (M. PELLICER, y F. AMORES, 1985); en Montemolín, Marchena, de Sevilla (F. CHAVES y M.ª L. DE LA BANDERA, 1984); en la Mesa de Setefilla, junto a Lora del Río, Sevilla (M.ª E. AUBET, M.ª R. SERNA, J. L. ESCACENA y M. M.ª RUIZ DELGADO, 1983); en Alhonoz, entre los términos de las localidades sevillanas de Herrera y Ecija (L. A. LÓPEZ PALOMO, 1981); en el Cerro de la Cabeza, junto a Santiponce, Sevilla (M. C. DOMÍNGUEZ DE LA CONCHA, P. CABRERA y E. J. FERNÁNDEZ JURADO, 1988); en Monte Berrueco, Medina Sidonia, de Cádiz (J. L. ESCACENA y G. DE FRUTOS REYES; en la Torre de Doña Blanca, junto al Puerto de Santa María, Cádiz (D. RUIZ MATA, 1986 y 1987); en el Llanete de los Moros, de Montoro, en Córdoba (J. C. MARTÍN DE LA CRUZ, 1987; I. BAQUEDANO, 1987); o en la Cuesta del Negro, de Purullena, Granada (F. MOLINA y E. PAREJA, 1975). Más en la periferia de Tartessos, deben ser citadas, al menos, las importantes secuencias excavadas en Los Saladares, de Orihuela, Alicante (O. ARTEAGA y M.ª R. SERNA, 1974 y 1975; O. ARTEAGA, 1982), y, en la misma provincia alicantina, la de la Peña Negra de Crevillente (A. GONZÁLEZ PRATS, 1983 y 1990).

Las aportaciones de todas estas secuencias estratigráficas son sustanciales para entrar ya con bastantes posibilidades en los contenidos, etapas y características de la cultura tartésica. Pero su interpretación no deja de plantear problemas, entre otras cosas porque las lecturas de las estratigrafías chocan con numerosas dificultades, debidas a la casuística que cada caso ofrece, y por carencias intrínsecas a la documentación arqueológica y vicios metodológicos inevitables en su valoración. En relación con los orígenes y la formación de Tartessos, los estudios de algunas estratigrafías en particular, como los originados a partir de la Mesa de Setefilla, Carmona o Monte Berrueco, o análisis interpretativos globales (por ejemplo: J. L. ESCACENA, 1983), ponen el énfasis en la evolución lo-

cal o, dicho en otras palabras, en la génesis interna de la cultura tartésica. Otros estudios ponen, en cambio, de relieve, la originalidad y desvinculación respecto de la tradición anterior de la cultura tartésica, basándose en las mismas estratigrafías y en estudios de poblamiento (por ejemplo: M. BENDALA, 1985, 1986 y 1989; F. AMORES, 1982; M. M.ª RUIZ DELGADO, 1982; M.ª BELÉN y J. L. ESCACENA, 1989).

Otra cosa es determinar, caso de admitir la importancia de un influjo externo, de dónde procede ese influjo, en lo que el progreso científico va haciendo posible apuntar nexos con bases cada vez más firmes (M. FERNÁNDEZ MIRANDA, 1991). En un repaso de la cuestión puede verse cómo frente a ideas que, con una larga tradición y renovada con nuevas propuestas a partir de las últimas evidencias arqueológicas, buscan en las culturas del Mediterráneo oriental los focos generadores de esos impulsos, ha cobrado en los últimos años no poca fuerza —alentada por los estudios, entre otros, de A. Coffyn (1985)— la idea de un importante influjo de las culturas de Bronce Atlántico (puede verse en varios de los trabajos incluidos en el libro de conjunto coordinado por M. E. AUBET, 1989), a menudo asociado a la ya tradicional importancia concedida a los influjos hallstátticos (por ejemplos T. JÚDICE GAMITO, 1988, en un trabajo muy desigual y discutible). No es posible analizar aquí los argumentos que se esgrimen en las citadas tendencias hipotéticas, para lo que puede recurrirse a otros trabajos, si se quiere a alguno mío de fecha reciente (M. BENDALA, 1989 y 1990b), y, particularmente, a los estudios sobre el Bronce Atlántico en la Península de M.ª Ruiz-Gálvez (1984 y 1987). De ella tomo una valoración global que me parece correcta, según la cual tal vez «fuera más correcto hablar de 'culturas atlánticas' o de 'culturas ligadas al comercio atlántico' que de una cultura del Bronce Atlántico que, como en el caso del campaniforme, acaso jamás existió» (M.ª RUIZ-GÁLVEZ, 1987, 253).

En cualquier caso, son de trascendencia indiscutida las aportaciones últimas proporcionadas por el análisis de la secuencia estratigráfica del yacimiento del Llanete de los Moros, en la localidad cordobesa de Montoro (J. C. MARTÍN DE LA CRUZ, 1987). En él se ha documentado la existencia de cerámica micénica por primera vez en Andalucía y de forma segura, por la recuperación de varios fragmentos pertenecientes al HR III, fechables hacia el siglo XIII a. de C. (J. C. MARTÍN DE LA CRUZ, 1988 y 1990). El dato es de principal importancia, sobre todo por cuanto que, desde el momento en que empieza a estudiarse detenidamente su contexto y la posible repetición del caso en otros lugares, se advierte que no es un hecho aislado, sino manifestación de un fenómeno de gran envergadura cultural, materializado, entre otras cosas, en la abundancia de cerámicas a torno en el mismo horizonte, con lo que ya de entrada significa abandonar la idea de que la cerámica a torno, y cuanto su presencia indica desde el punto de vista económico y cultural, comienza a manifestarse en la España antigua con la colonización fenicia, una de los axiomas arqueológicos que se tenían por más firmes en el panorama de nuestra Protohistoria.

El hecho es, en definitiva, que la última puesta en guardia de la investigación arqueológica apunta a la necesidad de valorar qué ocurre en la zona nuclear de Tartessos según avanzaba la segunda mitad del segundo milenio, con una dinámica cultural distinta de la apreciable en la alta Andalucía o el sudeste peninsular (J. C. MARTÍN DE LA CRUZ, 1984-85), en la que los contactos con el Mediterráneo oriental que las cerámicas a torno indican —al amparo de una navegación incipiente pero cada vez más atrevida (J. M.ª LUZÓN y L. M. COÍN, 1986)—, junto con la ebullición económica y cultural de las propias culturas hispanas —perseguible, por ejemplo en la expansión del llamado horizonte de Cogotas I—, significan pasos decisivos para la posterior irrupción o consagración del Bronce Final tartésico, muy a fines ya del segundo milenio, o en los comienzos del siguiente. En mi opinión, a la vista de lo que hasta ahora puede atisbarse, no creo que se diera un fenómeno de evolución interna que, a partir de lo detectado en la segunda mitad del segundo milenio, evolucionara por sí mismo hasta dar en la formación de la cultura tartésica, sino que los pasos dados y los contactos establecidos entonces, posibilitaron los nuevos impulsos responsables últimos de la definitiva configuración del Bronce Final tartésico, venido también desde el Mediterráneo oriental. Habrá que esperar a que la investigación acelerada ahora por los últimos hallazgos, nos de repuestas más seguras.

3. LA PRIMERA ETAPA DE TARTESSOS

Independientemente del problema de los orígenes, aunque, como es obvio, íntimamente unida a él, se halla la existencia en la cultura tartésica de una primera etapa, anterior a la colonización fenicia, perfectamente definida ya por la investigación de los últimos años. El hecho constituye una aportación principal de la indagación arqueológica en el período de tiempo que ahora nos ocupa, en el que el Bronce Final tartésico se ha reafirmado como tal, no sólo en sus perfiles materiales, sino en cuanto correspondiente a una etapa propiamente tartésica, y decisiva para su comprensión como fenómeno histórico, pese a que cuando empezaba a ser conocido hubiera lógicas reticencias en corre-

lacionar el horizonte arqueológico que le correponden con lo que históricamente se considera Tartessos. Tratamos la cuestión, por ejemplo, en las *Primeras jornadas arqueológicas sobre colonizaciones orientales,* celebradas en Huelva en 1980 (actas en *Huelva Arqueológica* VI, 1982), testimonio de una discusión resuelta ya, diluida hoy, en la general aceptación del carácter tartésico del Bronce Final.

Está bien definido este Bronce Final tartésico en lo que podíamos llamar «paquetes arqueológicos» de inconfundible potencia y personalidad, tanto en las estratigrafías mencionadas, como en materiales descontextualizados, como son, fundamentalmente, las estelas de guerreros. Con un comienzo aproximado en torno al año 1000, el vigoroso Bronce Final tartésico se extiende hasta que los efectos de la colonización fenicia cambian el signo cultural y la personalidad de los materiales que lo caraterizan avanzando el siglo VIII a. de C.

Sobre la base de asentamientos ocupados de más antiguo, algunos de ellos a partir de esa etapa decisiva de la segunda mitad del segundo milenio, y, fundamentalmente, desde centros valorados por primera vez, sobre todo por sus cualidades para las relaciones sistemáticas y el comercio, la cultura tartésica cubre una primera fase caracterizada arqueológicamente por cerámicas tan expresivas como la decorada con motivos bruñidos —a menudo llamada geométrica, característica sobre todo del foco nuclear de Tartessos en torno al bajo Guadalquivir y Huelva, y algunos otros tipos cerámicos, y por productos no cerámicos entre los que sobresalen por su interés la estelas de guerreros. Son materiales que dan, en conjunto, al período al que pertenecen señas de identidad de inconfundible personalidad, traducida en la tendencia a la expresión geométrica de su universo artístico y espiritual. La relevancia y la expresividad de este fenómeno nos han invitado a proponer la denominación de período geométrico de Tartessos, por parecernos más expresiva que la mera periodificación arqueológica, a la que corresponde la de Bronce Final tartésico (M. BENDALA, 1979 y 1985; L. ABAD, 1979).

El estudio arqueológico de los materiales indicados como propios del período geométrico de Tartessos se contiene en una abundantísima bibliografía. Las cerámicas han sido objeto de la lógica atención, en trabajos dedicados a tipos específicos (C. LÓPEZ ROA, 1977 y 1978; P. CABRERA, 1981; D. RUIZ MATA, 1984-85; M.ª S. BUERO, 1987-88; S. WERNER ELLERING, 1990) o al conjunto de ellas (H. SCHUBART, 1971; D. RUIZ MATA, 1979; M. PELLICER, 1987-88 y 1989). Las conclusiones, como es fácil adivinar, no son uniformes, y, puesto que sería imposible recoger todos los juicios, destaquemos la inclinación que algunos muestran por explicar los productos cerámicos a través de procesos fundamentalmente autóctonos (últimamente, por ejemplo, M. PELLICER), y los que subrayan la dependencia de impulsos externos para la definición de sus aspectos esenciales, sean hallstátticos (por ejemplo, T. JÚDICE GAMITO), sean originarios del Mediterráneo oriental (por ejemplo, H. SCHUBART, D. RUIZ MATA, P. CABRERA). Me parecen más atinadas las conclusiones en la dirección última, en las que se hace particular hincapié en el fenómeno decisivo de que las cerámicas más características, sobre todo las pintadas, irrumpen sin procesos formativos previos y en plena madurez técnica, formal y decorativa, con una evolución posterior generalmente marcada por la pérdida de la calidad que en principio presentan. Son también las pintadas las que con más claridad apuntan a una dependencia de impulsos originados en el Mediterráneo oriental, con especial atención a la alfarería tardomicénica y del Geométrico griego.

Se tienen también numerosas pruebas sobre el tipo de hábitat que caracteriza a esta etapa inicial de Tartessos. En los yacimientos citados, como El Carambolo, Colina de los Quemados, Cerro Macareno, Montemolín, o en el interesante poblado onubense de San Bartolomé de Almonte (D. RUIZ MATA, 1981, y D. RUIZ MATA y J. FERNÁNDEZ JURADO, 1986), se repite la organización en un hábitat muy modesto de cabañas, sin cotas cualitativas que permitan hablar con propiedad de urbanística ni de arquitectura. Definen, no obstante, un tipo de organización territorial de inspiración urbana, en cuanto a sus supuestos básicos de formas de control de un vasto territorio con vistas a su intensa explotación económica y a la exportación de sus productos excedentarios principales —y a la cabeza los metales— en el comercio interior y exterior (M. BENDALA, 1989). De esta intrínseca complejidad estructural se tiene la prueba posterior de la continuidad de la organización territorial en las fases siguientes, plenamente urbanas, y en testimonios del mismo período geométrico, como la existencia de escritura; los pocos testimonios de la misma —fundamentalmente de Huelva—, y pese a la complejidad de su interpretación, bastan, sin embargo, para probar su existencia, con lo que ello significa por sí solo desde los puntos de vista cultural y económico.

Quizá sean las estelas de guerreros los productos más interesantes y polémicos de esta primera etapa de Tartessos. A partir del impulso dado a su estudio por los trabajos de M. Almagro Basch en los años sesenta y comienzos de los setenta (M. ALMAGRO BASCH, 1966, 1970 y 1974), se multiplicaron los hallazgos y se intensificó la investigación, hasta convertir a las estelas en centro de un com-

plejo debate científico, en el que, superada la etapa de clasificación y de ordenación tipológicas, gracias a los trabajos citados y a otros que le siguieron poco después (V. PINGEL, 1974; H. SCHUBART, 1975; M. ALMAGRO GORBEA, 1977; M. VARELA GOMES y J. PINHO MONTEIRO, 1977), se ha entrado de lleno en su valoración cultural, con resultados dispares, como en todo, en cuanto a las conclusiones que se postulan, tendentes unas a subrayar los argumentos que la convierten en el mejor testimonio de las dependencias citadas con las culturas del Mediterráneo oriental, y otras a defender su presunta autoctonía, o su vinculación a otras áreas culturales, célticas o atlánticas (además de los trabajos citados arriba: M. BENDALA, 1977, 1985; J. A. BARCELÓ, 1989; S. CELESTINO, 1990; donde se sostienen y comentan las diferentes posiciones interpretativas).

Se reconoce en ellas, en cualquier caso, la expresión de una sociedad madura y jerarquizada, que pese al uso de un lenguaje formal seco y nada brillante, muestra en el rigor de sus fórmulas compositivas, en la complejidad de sus planteamientos y en su abundancia y su amplia repartición geográfica, el más destacado testimonio de la complejidad, profundidad y riqueza culturales del período geométrico de Tartessos. Por lo pronto, y en relación con lo último, sólo la repartición de las estelas nos ofrece una clara plantilla geográfica de los ámbitos por los que la civilización tartésica ejerció su dominio político o económico.

Por otra parte, sin abandonar el estudio de los objetos representados (M. ALMAGRO GORBEA, 1973; M. BENDALA, 1983; J. M. BLÁZQUEZ, 1983, 1986 y 1987; S. CELESTINO, 1985; etc.), muchas veces a propósito del hallazgo de nuevas piezas, son cada vez más abundantes los estudios tendentes a penetrar en el significado de las estelas, en sus facetas conceptuales, estudios que las hacen aparecer más como expresión de una especie de lenguaje figurado, con claves determinantes en su composición (M. BENDALA, 1987a), y que más que representar cosas —las armas, o el guerrero con ellas—, o además de ellas, suponen la fijación de ideas, y la alusión a ritos y a conceptos relativos a la vida de ultratumba. Parece cobrar cuerpo, por ejemplo, la convicción de que un elemento tan significativo como el carro, no es tanto el carro de guerra, símbolo del estatus del guerrero, cuando el carro en el que el difunto hace su viaje al más allá, como demuestran, sobre todo, estelas más expresivas del tipo de la de Ategua, o la de Cuatro Casas. Son los mismos carros de significación primordialmente ritual que aparecerán después en las tumbas orientalizantes de Huelva.

4. LA EPOCA ORIENTALIZANTE DE TARTESSOS

Es el período mejor y primeramente conocido de Tartessos, hasta el punto de que, durante bastante tiempo, la civilización tartésica era únicamente reconocida en lo que arqueológicamente se relacionaba con la *koiné* orientalizante de la cultura mediterránea en el mediodía peninsular, impulsada fundamentalmente por la acción de los colonos fenicios.

En los veinte años que nos ocupan, la investigación sobre este período se ha desarrollado ampliamente, contando con la firme base de los estudios realizados en años anteriores, entre ellos los trabajos fundamentales de A. Blanco y A. García y Bellido. Las excavaciones se han multiplicado, como se ha dicho, y además de los poblados y ciudades, básicos para la obtención de secuencias y para la propia documentación urbanística, se han puesto en valor necrópolis tan importantes para la comprensión de esta época (M. M.ª RUIZ DELGADO, 1989) como la onubense del cabezo de «La Joya» (J. P. GARRIDO, 1970 y J. P. GARRIDO y E. M.ª ORTA, 1978), la de Setefilla, en Lora del Río, Sevilla (M.ª E. AUBET, 1975, 1978 y 1982), la de Medellín, en Badajoz (M. ALMAGRO GORBEA, 1971 y 1977) y, más recientemente, la de «Las Cumbres», asociada al gran asentamiento del Castillo de Doña Blanca, en el Puerto de Santa María, Cádiz (D. RUIZ MATA, 1989).

Los enormes progresos dados en el conocimiento de la colonización fenicia en general, y en nuestra Península en particular —de lo que nos ocupamos en otro artículo en esta obra miscelánea—, y la avanzada recuperación de lo que fue el propio período geométrico de Tartessos, determinan la primera conclusión, de que este período orientalizante y la decisiva acción de los fenicios, sólo fueron posibles debido a la madurez alcanzada previamente por la cultura tartésica (M. BENDALA, 1985; M.ª E. AUBET, 1987 y 1990). Y no sólo habrá que contar con la acción de los fenicios, sino también la de los griegos, cuyos contactos con los tartesios, pese a los relatos de Heródoto y a otras fuentes literarias probatorias, eran puestos en entredicho por la investigación moderna, hasta que hallazgos como las abundantes cerámicas griegas, de la mejor calidad, recuperadas en Huelva, y otros indicios arqueológicos son tomados hoy como pruebas de aquellos contactos, de los que también se trata por separado en otro lugar.

El hecho es que la sólida estructura cultural y económica configurada durante el período geométrico y la enriquecedora influencia de los fenicios (M. FERNÁNDEZ MIRANDA, 1983a) y, en menor esca-

la, de los griegos, dieron por resultado la época más esplendorosa de Tartessos, la orientalizante, en la que se forjó la aureola mítica que recibe a menudo en la literatura antigua. Fue también, tal vez, una época de menor personalidad cultural, según lo que podemos pulsar en las manifestaciones materiales, sumergidas por lo general en la corriente de estandarización que supuso la oleada orientalizante. Baste recordar algo bien sabido, como es la dificultad de distinguir lo tartésico de lo fenicio colonial. Pero al margen de ello, es indudable que entonces alcanza Tartessos su madurez como civilización, con consecuencias definitivas en la estructuración cultural del mediodía español.

Los pasos dados por la Arqueología en nuestros ventenio en la mejor definición del Tartessos orientalizante han sido muchos. Se ha perfilado bien —por comparación, además, con lo que ocurría en la etapa geométrica—, el asentamiento de la estructura urbana y la obtención de una nueva dimensión urbanística y arquitectónica, con la que resulta ya apropiado hablar de ciudades sin las cautelas de antes. El hábitat de cabañas queda superado por la generalización de las viviendas de planta cuadrangular, insertas en tramas urbanísticas racionales y proyectadas, y la construcción se dignifica, en las viviendas mismas y, sobre todo, en obras de mayor empeño, sea en fortificaciones, como la de Tejada la Vieja, en la creación de infraestructuras urbanas, como documenta el muro de aterrazamiento del Cabezo de San Pedro, en Huelva (M. FERNÁNDEZ MIRANDA, 1986; M.ª BELÉN, 1986; J. FERNÁNDEZ JURADO, 1988-89), o en edificios tan complejos como el llamado palacio-santuario de Cancho Roano y otros.

En secuencias amplias y expresivas, como la obtenida en el Cerro Macareno, se comprueba la continuidad de la trama urbanística durante siglos en varias superposiciones debidas a reconstrucciones del poblado. Y por todas partes se comprueba la generalización de un hábitat definido por la racionalidad de las formas lineales y cuadrangulares: en el Carambolo, Colina de los Quemados, Montemolín, Carmona, Huelva, Riotinto, etc. Entre las excavaciones más expresivas de la madurez de la urbanística tartésica puede destacarse el poblado recién mencionado de Tejada la Vieja, en Escacena del Campo, que empezó a excavar A. Blanco en 1974 (A. BLANCO y B. ROTHENBERG, 1981). Como se concluye tras fructíferas campañas posteriores (J. FERNÁNDEZ JURADO, 1987), el estratégico *oppidum* del pie de la sierra onubense parece que se fundó en el siglo VIII a. de C., a una fase de cultura material tartésica orientalizante, y se dotó pronto de una recia muralla defensiva adaptada a la topografía de la pequeña meseta elegida para la ocupación; un par de siglos después, hacia la segunda mitad del siglo VI, recibió una racional organización urbanística, con calles rectas, espacios abiertos, edificios públicos y una pensada organización funcional, al tiempo que se reforzaba la muralla con potentes torres cuadrangulares.

Junto a la ciudad de Jaén, en Plaza de Armas de Puente Tablas, se halla en excavación un interesante poblado que repite bastante de cerca el proceso histórico y las características formales del asentamiento de Tejada acabadas de resumir (A. C. RUIZ RODRÍGUEZ, 1986; A. C. RUIZ RODRÍGUEZ y M. MOLINOS, 1987). Ambos yacimientos, además, tienden a hacer cada vez más firme la deducción de que el proceso de urbanización y de cohesión sociopolítica que Tartessos representa, se fue consolidando conforme avanzaba la época orientalizante y homogeneizando sensiblemente las manifestaciones culturales en un ámbito geográfico muy dilatado, el que corresponde al territorio propiamente tartésico o sometido más o menos directamente a su influencia.

En la medida en que la arquitectura es un magnífico barómetro con el que seguir el clima cultural y económico de una época, la arquitectura tartésica de la época orientalizante refleja el progreso de Tartessos en su fase orientalizante. Se generaliza, en las casas, cada vez más complejas y confortables, la construcción con zócalo de piedra y alzado de tapial o de adobes, rematadas con terminaciones esmeradas en revocos y suelos. Se empieza a desenterrar edificios de cierto porte, en Tejada la Vieja, en la ciudad de Huelva, en Montemolín. El interesantísimo monumento de Cancho Roano, en Zalamea de la Serena, es un indicio de la complejidad formal y funcional esperable en construcciones de la época, antes inimaginables (J. MALUQUER, 1981 y 1983; J. MALUQUER, S. CELESTINO, F. GRACIA y G. MUNILLA, 1986; M. ALMAGRO GORBEA, 1990; M. ALMAGRO GORBEA y A. DOMÍNGUEZ DE LA CONCHA, 1988-89; M. ALMAGRO GORBEA, A. DOMÍNGUEZ DE LA CONCHA, F. LÓPEZ AMBITE, 1990). Con ésta y con otras revelaciones del ventenio que nos ocupa, estamos a las puertas de enriquecer el panorama de la civilización madura de Tartessos con una nueva dimensión de su arquitectura, a la que quizá haya que incorporar edificios como el monumento funerario de Pozo Moro (M. ALMAGRO GORBEA, 1978, 1982 y 1983). Este dato, que discuto en otros lugares (por ejemplo: M. BENDALA, 1990a), puede significar también la recomposición de una imagen perdida de la ciudad tartésica con la inclusión de manifestaciones plásticas hasta ahora inaprehensibles, como tantas veces denunciara A. Blanco (últimamente: A. BLANCO, 1988).

En cuanto al conjunto de la cultura material mueble, las aportaciones son muy numerosas. La cerámica, siempre en el punto de mira de los estudios arqueológicos, se muestra con la expresividad

habitual a la hora de manifestar los cambios y las tendencias propios de la época orientalizante. Como revelan las muchas secuencias estratigráficas analizadas, van desapareciendo los tipos alfareros propios del período geométrico, más rápidamente algunos, como las cerámicas pintadas tipo Carambolo, raras o inexistentes ya en fases avanzadas de la etapa precolonial, y más lentamente otras, como las decoradas con motivos bruñidos, que convive algún tiempo, aunque perdida su calidad originaria, con las cerámicas a torno que van generalizándose en la nueva fase orientalizante. Su arraigo en la población tartésica debe de ser la razón de la aparición de un tipo de cerámica a torno, gris y bruñida, en los siglos VIII al VI a. de C., que combina la tradición antigua y las novedades orientalizantes (A. CARO BELLIDO, 1989).

Cobra explicable protagonismo la hermosa cerámica fenicia de engobe rojo, pero la peculiaridad de lo tartésico se muestra, además de en fenómenos como la fabricación de la mencionada cerámica gris a torno, en la preferencia por algunos tipos cerámicos y en la creación de otros, en los que se barrunta un particular peso de los modelos o los gustos acreditados particularmente en Chipre. En el caso de la proliferación en el ámbito estrictamente tartésico, no en el colonial, del anforisco esferoide conocido entre nosotros como urna tipo Cruz del Negro, fabricado en talleres tartésicos, quizá en el ámbito de Carmona y sus proximidades, desde donde debió extenderse hacia la alta Andalucía y el Levante, convirtiéndose en uno de los más apropiados apoyos materiales para el seguimiento de la expansión económica y cultural de Tartessos (M.ª E. AUBET, 1976-1978).

Tanto o más significativo es otro tipo cerámico también valorado en nuestro ventenio: una hermosa cerámica, con una rica gama de formas, que incluye vasos grandes, poliansados, de buen modelado, y con una aún más atractiva decoración polícroma de motivos orientalizantes —animales reales y fantásticos y vegetales estilizados fundamentalmente—, bien documentada ya, sobre todo, en yacimientos de la cuenca media y baja del Guadalquivir: Lora del Río, Carmona, Setefilla, Montemolín, la Saetilla, en Palma del Río, Córdoba, etc. Debió de ser la vajilla doméstica de lujo, —aparece generalmente en poblados—, inspirada en las técnicas y la iconografía orientalizantes, aunque sea de producción local, no importada. Existen paralelos o precedentes en ciertas cerámicas orientales, sobre todo chipriotas, y, dado que no se conocen cerámicas de importación de tipo similar, no sería extraño que el traslado de los motivos se hiciera a través de telas, muebles u otros elementos perecederos, o fueran aportados por artesanos inmigrados. Se fechan hacia la segunda mitad del siglo VII y el VI a. de C. (J. REMESAL, 1975; F. CHAVES y M.ª L. DE LA BANDERA, 1986; J. F. MURILLO, 1989).

No ha habido grandes novedades acerca de los bronces tartésicos, productos de una relevancia en el contexto material tartésico que es innecesario ponderar y que fueron particularmente atendidos por la investigación de los años precedentes a los que nos ocupan. No ha cesado, sin embargo, la reflexión acerca de ellos, en estudios generales o de otro carácter (por ejemplo, J. M.ª BLÁZQUEZ, 1968/75 y 1976), o a propósito de nuevos hallazgos, como los de las necrópolis onubense de «La Joya» (J. P. GARRIDO y E. M.ª ORTA, 1970-1978) u otros (D. RUIZ MATA, 1977). La orfebrería y la joyería en general, han visto incrementado su valor arqueológico y testimonial por el añadido, a los magníficos estudios precedentes, de nuevas reflexiones (M. ALMAGRO GORBEA, 1977; M.ª J. ALMAGRO GORBEA, 1986; VV.AA., 1989) y convenientes sistematizaciones (M.ª L. DE LA BANDERA, 1986 y 1987). Los conocidos marfiles, producción característica del artesanado fenicio inmigrado, han merecido una renovada atención (M.ª E. AUBET, 1979, 1980 y 1981-82), y también un elemento menor, pero de indudable interés, como las fíbulas, mejor valoradas en varios estudios recientes (M. M.ª RUIZ DELGADO, 1986 y 1987-88; J. J. STORCH, 1989a y 1989b). Asimismo, los conocimientos sobre metalurgia y los objetos de metal se han enriquecido al incrementarse los trabajos específicos de campo y, muy particularmente en los últimos años, con el añadido a los mismos de los modernos métodos analíticos (por ejemplo: S. ROVIRA, 1987; C. DOMERGUE, dir., 1989).

Se está igualmente en mejores condiciones de juzgar otra vertiente de la maduración y la envergadura cultural de Tartessos: la correspondiente a su expansión geográfica. En época orientalizante se ratifica y amplía un territorio de acción muy amplio, manifiesto en la distribución de las estelas de guerreros y de las cerámicas de la fase geométrica, territorio que a partir de sus zonas nucleares en la región del bajo Guadalquivir, se extiende fundamentalmente hacia el N, alrededor de la que podríamos llamar ruta del estaño o de «la Plata» —recuérdense yacimientos tan expresivos de esa expansión como Medellín o Aliseda (M. ALMAGRO GORBEA, 1977, véase también M. FERNÁNDEZ MIRANDA, 1983b)—, y hacia la alta Andalucía y el sudeste peninsular. Para esta zona, el enriquecimiento de la documentación arqueológica invita ya a hablar de una verdadera «provincia tartésica», con indiscutibles rasgos propios, hecho que ratifica, además, lo que los textos sugieren acerca de la extensión tartésica por este sector (O. ARTEAGA, 1976-78). Puede tomarse en consideración, a este propósito, la significativa propuesta de reducción de la ciudad de Herna, situada por Avieno en el límite de los tartesios, en el yacimiento de la Peña Negra de Crevillente (A. GONZÁLEZ PRATS, 1983 y 1990).

Y ya que menciono cuestiones geográficas, dada la imposibilidad de tratar aquí de los problemas del paisaje tartésico, de su primitiva topografía, tan debatida como se sabe, haré mención de que tampoco este campo ha quedado al margen de la investigación última. Por el contrario, a la continua colación de textos, a los renovados estudios sobre la toponimia y a meritorios trabajos de paleogeografía como los realizados por J. Gavala y C. Pemán, se han añadido cuidadosos estudios de paleotopografía, que aprovechan los datos geológicos y arqueológicos, para reconstruir el paisaje antiguo, con importantes contribuciones (L. MENANTEAU, 1982; L. MENANTEAU y J. R. VANEY, 1985). Puede verse una consideración más detenida de estos problemas en otro trabajo nuestro (M. BENDALA y R. C ORZO, 1989).

5. EL OCASO DE TARTESSOS

La vieja y casi romántica visión de una civilización tartésica que, muy brillante un tiempo, se hundió como una Atlántida hasta desaparecer, ha dejado paso a otra más real, y menos novelesca, entendible como el declive temporal o el cambio de orientación de una cultura, que entra en una fase nueva de su historia. La aportación arqueológica reciente a esta nueva concepción tiene también muy variadas facetas, con los irremediables problemas que resolver. En principio, las secuencias estratigráficas y las múltiples excavaciones realizadas, demuestran la continuidad estructural de la civilización tartésica en las etapas subsiguientes, caracterizadas globalmente como culturas turdetana e ibérica, explicables sólo a partir de la base estructural de corte urbano creada en tiempos tartésicos (L. ABAD, 1977; M. BENDALA y J. BLÁNQUEZ, 1987). Es innecesario repetir las secuencias estratigráficas de ciudades y poblados que demuestran esa básica continuidad.

Pero son también evidentes los cambios, las nuevas realidades que justifican que se hable de otra época. Imposible también analizar al detalle la discusión científica que los nuevos datos arqueológicos han hecho posible. En una necesaria selección de lo principal cabe destacar, primero, cómo algunas secuencias revelan, en el marco de la básica continuidad, la crisis sufrida por la civilización tartésica en la segunda mitad del siglo VI a. de C., y también una inmediata recuperación posterior. En Carmona y el Cerro Macareno, los diagramas obtenidos a partir de las estadísticas de las ánforas, expresivas de la vitalidad comercial del lugar, revelan la gran actividad desarrollada durante el siglo VII, en pleno apogeo de la época orientalizante, y la decadencia registrada en el siglo VI. En Carmona (M. PELLICER y F. AMORES, 1985, fig. 7, p. 175) la curva es muy expresiva, con una progresiva recuperación de la crisis antes del 500 a. de C. y una franca expansión según avanza el siglo V, con un brusco descenso al final de esta centuria. Aún más expresiva es la evolución del diagrama de las ánforas del Cerro Macareno, un centro de evidente dedicación comercial a orillas del Guadalquivir. También aquí, a la crisis de finales del VI sucede una fortísima recuperación en el siglo V, en que se alcanzan las costas más altas de acumulación de ánforas en el poblado (M. PELLICER, J. L. ESCACENA y M. BENDALA, 1983, fig. 93, p. 191), interrumpida igualmente por una brusca caída de la curva hacia el 400 a. de C.

En otros yacimientos del área nuclear de Tartessos, entre los que tampoco se puede dejar de mencionar Tejada la Vieja (J. FERNÁNDEZ JURADO, 1987) o el Castillo de Doña Blanca (D. RUIZ MATA, 1986 y 1987), se registra un fenómeno parecido. La Arqueología, en definitiva, acredita la crisis de Tartessos, para cuya explicación se barajan varias hipótesis: la propia crisis de los fenicios de Tiro, la rarificación de los metales que dieron prosperidad a Tartessos en los momentos anteriores, el cambio de coyuntura que supuso la entrada en la nueva era del hierro, etc. No es el momento de analizarlas ahora. Sí conviene añadir que se progresa decididamente hacia la posibilidad de arrimar no pocos argumentos arqueológicos a algunos de los fenómenos históricos más trascendentes conectables con la crisis de Tartessos. Es hipotéticamente uno de ellos la penetración de pueblos célticos del interior que dará lugar a la formación de la Beturia céltica descrita por Ptolomeo y Plinio, extendida fundamentalmente entre los cursos bajos del Guadiana y del Guadalquivir. Va estando a la mano delimitar con pruebas arqueológicas —en sus rasgos materiales, en su geografía, en su cronología— esta Beturia céltica (por ejemplo: M. DEL AMO, 1978; L. BERROCAL, 1989), y ubicar sus raíces, como hecho etnohistórico, en la crisis del ocaso de Tartessos, según creo, y no en sus orígenes, como tantas veces se ha hecho y aún se hace. Quizá la fuerte conmoción hacia el 400 a. de C., que revelan algunos yacimientos mencionados y otros, pudo tener que ver con una fuerte oleada de penetraciones célticas.

También en relación con la crisis de Tartessos y con la inmediata recuperación posterior acabada de aludir se halla otro hecho cargado de consecuencias: el peso creciente del factor púnico en buena parte de lo que fue zona nuclear de Tartessos, especialmente al sur del Guadalquivir (M. BENDALA, 1987b), uno de los determinantes de la diferenciación que se establece entre la alta Andalucía

y, en general, el área de las culturas ibéricas clásicas, y la baja Andalucía. Para el tratamiento en detalle de este problema, remito a otro trabajo mío (M. BENDALA, 1987b).

BIBLIOGRAFIA

ABAD, L. (1979): «Consideraciones en torno a Tartessos y los orígenes de la cultura ibérica», *AEspA*, 52, 175-193.

ALMAGRO BASCH, M. (1966): *Las estelas decoradas del Suroeste peninsular*, B.P.H., VIII, Madrid.

ALMAGRO BASCH, M. (1970: «Dos nuevas estelas decoradas de la Andalucía occidental», *XI CAN* (Mérida, 1968), Zaragoza, 315 ss.

ALMAGRO BASCH, M. (1974): «Nuevas estelas decoradas de la Península Ibérica», *Miscelánea Arqueológica*, I, Barcelona, 5 ss.

ALMAGRO GORBEA, M. (1971): «La necrópolis de Medellín (Badajoz). Aportaciones al estudio de la penetración del influjo orientalizante en Extremadura», *Not. Arq. Hispánico*, 16, 161-202.

ALMAGRO GORBEA, M. (1973): «Cascos del Bronce Final en la Península Ibérica», *Trabajos de Prehistoria*, 30, 356 ss.

ALMAGRO GORBEA, M. (1977): *El Bronce Final y el período orientalizante en Extremadura*, B.P.H., XIV, Madrid.

ALMAGRO GORBEA, M. (1978): «Los relieves mitológicos orientalizantes de Pozo Moro», *Trabajos de Prehistoria*, 35, 251-271.

ALMAGRO GORBEA, M. (1982): «Pozo Moro y el influjo fenicio en el período orientalizante de la Península ibérica», *Rivista di Studi Fenici*, X-2, 231-272.

ALMAGRO GORBEA, M. (1983): «Pozo Moro. El monumento orientalizante, su contexto sociocultural y la arquitectura funeraria ibérica», *MM*, 24, 177 ss.

ALMAGRO GORBEA, M. (1990): «El período orientalizante en Extremadura», *La cultura tartésica y Extremadura* (Cuadernos Emeritenses, 2), Mérida, 85-126.

ALMAGRO GORBEA, M. y DOMÍNGUEZ DE LA CONCHA, A. (1988-89): «El palacio de Cancho Roano y sus paralelos arquitectónicos y funcionales», *Zephyrus*, 41-42, 339-382.

ALMAGRO GORBEA, M.; DOMÍNGUEZ DE LA CONCHA, A. y LÓPEZ AMBITE, F. (1990): «Cancho Roano. Un palacio orientalizante en la Península Ibérica», *MM*, 31, 251-308.

ALMAGRO GORBEA, M.ª J. (1986): *Orfebrería fenicio-púnica del M.A.N.*, Madrid.

AMO, M. DEL (1978): «El Castañuelo. Un poblado céltico en la provincia de Huelva», *Huelva Arqueológica*, IV, 299-340.

AMO, M. DEL y BELÉN, M. (1981): «Estudio de un corte estratigráfico en el Cabezo de San Pedro», *Huelva Arqueológica*, V, 57-148, Huelva.

AMORES, F. (1982): *Carta arqueológica de Los Alcores (Sevilla)*, Sevilla.

ARTEAGA, O. (1976-78): «Problemática general de la iberización en Andalucía oriental y en el Sudeste de la Península», *Ampurias*, 38-40, 23-60.

ARTEAGA, O. (1982): «Los Saladares-80. Nuevas directrices para el estudio del horizonte protoibérico en el Levante meridional y Sudeste de la Península», *Huelva Arqueológica*, VI, 131-183.

ARTEAGA, O. y SERNA, M. R. (1974): «Die Ausgrabungen von Los Saladares, Prov. Alicante», *MM*, 15, 108-121.

ARTEAGA, O. y SERNA, M. R. (1975): «Los Saladares, 1971», *NAH Arqueología*, 3, 7-140, Madrid.

AUBET, M.ª E. (1975): *La necrópolis de Setefilla en Lora del Río (Sevilla). Túmulo A*, Barcelona.

AUBET, M.ª E. (1976-78): «La cerámica a torno de la Cruz del Negro (Carmona, Sevilla», *Els orígens del món ibèric, Ampurias*, 38-40, Barcelona, 267-287.

AUBET, M.ª E. (1978): *La necrópolis de Setefilla en Lora del Río, Sevilla (Túmbulo B)*, Barcelona.

AUBET, M.ª E. (1979): «Marfiles fenicios del Bajo Guadalquivir I: Cruz del Negro», *Studia Archaeologica*, 52, Valladolid.

AUBET, M.ª E. (1980): «Marfiles fenicios del Bajo Guadalquivir II: Acebuchal y Alcantarilla», *Studia Archaeologica*, 63, Valladolid.

AUBET, M.ª E. (1981-82): «Marfiles fenicios del Bajo Guadalquivir III: Bencarrón, Santa Lucía y Setefilla», *Pyrenae*, 17-18, 231-2749.

AUBET, M.ª E. (1982): «Los enterramientos bajo túmulo de Setefilla (Sevilla)», *Huelva Arqueológica*, VI, 49-70.

AUBET, M.ª E. (1987): *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*, Barcelona.

AUBET, M.ª E. (coord.) (1989): *Tartessos. Arqueología protohistórica del bajo Guadalquivir*, Sabadell (Barcelona).

AUBET, M.ª E. (1990): «El impacto fenicio en Tartessos: las esferas de interacción», *La cultura tartésica y Extremadura* (Cuadernos Emeritenses, 2), Mérida, 29-44.

AUBET, M.ª E.; SERNA, M.ª R.; ESCACENA, J. L. y RUIZ DELGADO, M. M. (1983): *La Mesa de Setefilla. Lora del Río (Sevilla). Campaña de 1979, EAE*, 122, Madrid.

BANDERA, M.ª L. DE LA (1986): «Introducción al estudio de la orfebrería prerromana peninsular. Técnicas», *Habis*, 17, 515-538.

BANDERA, M.ª L. DE LA (1987): *La joyería orientalizante e ibérica. Mitad sur peninsular* (Tesis Doctoral microficha-da), Universidad de Sevilla.
BAQUEDANO, I. (1987): «Inicios del Bronce Final en la cuenca media del Guadalquivir: el Llanete de los Moros (Montoro, Córdoba)», *Trabajos de Prehistoria,* 44, 1987, 223-250.
BARCELÓ, J. A. (1989): «Las estelas decoradas del Sudoeste de la Península Ibérica», *Tartessos* (Aubet, 1989), 189-208.
BELÉN, M.ª (1986): «Importaciones fenicias en Andalucía occidental», *A. O.,* 4 *(Los fenicios en la Península Ibérica II),* 263-278.
BELÉN, M.ª y ESCACENA, J. L. (1989): «Las comunidades prerromanas de la Baja Andalucía», *Paleoetnología de la Península Ibérica,* Madrid, ed. por M. Almagro Gorbea (en prensa).
BELÉN, M.; FERNÁNDEZ MIRANDA, M. y GARRIDO, J. P. (1977): «Los orígenes de Huelva. Excavaciones en los Cabezos de San Pedro y La Esperanza», *Huelva Arqueológica,* III.
BENDALA, M. (1977): «Notas sobre las estelas decoradas del Suroeste y los orígenes de Tartessos», *Habis,* 8, 177-205.
BENDALA, M. (1979): «Las más antiguas navegaciones griegas a España y el origen de Tartessos», *AEspA,* 52, 33-38.
BENDALA, M. (1983): «En torno al instrumento musical de la estela de Luna (Zaragoza)», *Homenaje al profesor Martín Almagro Basch,* II, Madrid, 141-146.
BENDALA, M. (1985): «Tartessos», *Historia General de España y América,* vol. I-1, Madrid, 595-642.
BENDALA, M. (1986): «La Baja Andalucía durante el Bronce Final», *Homenaje a Luis Siret* (Cuevas de Almanzora, 1984), Sevilla, 530-536.
BENDALA, M. (1987a): «Reflexiones sobre los escudos de las estelas tartésicas», *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología,* 23, 12-17.
BENDALA, M. (1987b): «Los cartagineses en España», *Historia General de España y América,* I-2, Madrid, 114-170.
BENDALA, M. (1989): «La génesis de la estructura urbana en la España antigua», *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid (CuPAUAM),* 16, 127-147.
BENDALA, M. (1990a): *La Antigüedad. De la Prehistoria a los visigodos,* vol. I de la *Introducción al Arte Español,* Madrid.
BENDALA, M. (1990b): «Tartessos hoy a la luz de los datos arqueológicos y literarios», *La cultura tartésica y Extremadura* (Cuadernos Emeritenses, 2), Mérida, 11-27.
BENDALA, M. y BLÁNQUEZ, J. (1987): «Los orígenes de la cultura ibérica y un par de notas sobre su arte», *Iberos. Actas de las Primeras Jornadas sobre el Mundo Ibérico/Jaén,* 1985, Jaén, 9-18.
BENDALA, M. y CORZO, R. (1989): «Paleoetnología de la Andalucía occidental (Etnogeografía)», *Paleoetnología de la Península Ibérica,* Congreso celebrado en Madrid (Dir.: M. Almagro Gorbea). Actas en prensa.
BERROCAL, L. (1989): «El asentamiento *céltico* del Castrejón de Capote (Higuera la Real, Badajoz)», *CuPAUAM,* 16.
BLANCO, A. (1988): «La escultura ibérica. Una interpretación», *Escultura Ibérica, Revista de Arqueología* (ed. J. A. García Castro), Madrid, 32-47.
BLANCO, A. y ROTHENBERG, B. (1981): *Exploración arqueometalúrgica de Huelva,* Barcelona.
BLÁZQUEZ, J. M. (1968): *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente,* Salamanca (2.ª ed., 1975).
BLÁZQUEZ, J. M. (1976): «Bronces de la Mérida prerromana», *Augusta Emerita. Actas del Simposio Internacional conmemorativo del Bimilenario de Mérida* (1975), Madrid, 11-17.
BLÁZQUEZ, J. M. (1983): «Las liras de las estelas hispanas de finales de la Edad del Bronce», *AEspA,* 56, 213-228.
BLÁZQUEZ, J. M. (1986): «La estela de Monteblanco (Olivenza, Badajoz) y el origen fenicio de los escudos y de los carros representados en las losas de finales de la Edad del Bronce en la Península Ibérica», *AEspA,* 59, 191-198.
BLÁZQUEZ, J. M. (1987): «Los escudos con escotadura en V y la presencia fenicia en la costa atlántica y en el interior de la Península Ibérica», *Studia Paleohispánica* (Actas del IV Coloquio sobre lenguas y culturas paleohispánicas —Vitoria/Gasteiz, 1985—; rev. *Veleia,* 2-3), Vitoria, 469-497.
BLÁZQUEZ, J. M.; LUZÓN, J. M.; GÓMEZ, F. y CLAUSS, K. (1970): «Las cerámicas del Cabezo de San Pedro», *Huelva Arqueológica,* I, Huelva.
BUERO, M.ª S. (1987-88): «La cerámica decorada a la almagra del Bronce Final meridional», *Habis,* 18-19, 485-513.
CABRERA, P. (1981): «La cerámica pintada de Huelva», *Huelva Arqueológica,* 5, 317-335.
CAMPOS, J. M.; VERA, M. y MORENO, M. T. (1988): *Protohistoria de la ciudad de Sevilla. El corte estratigráfico San Isidoro,* 85-6, Monografías de Arqueología Andaluza/1, Sevilla.
CARO BELLIDO, A. (1989): *Cerámica gris a torno tartesia,* Universidad de Cádiz.
CARRIAZO, J. DE M. (1973): *Tartesos y El Carambolo: investigaciones arqueológicas sobre la Protohistoria de la Baja Andalucía,* Madrid.
CARRIAZO, J. DE M. (1978): *El Carambolo,* Universidad de Sevilla.
CELESTINO, S. (1985): «Los carros y las estelas decoradas del Suroeste», *Homenaje a Canovas Pesini* (Estudios de Arqueología Extremeña), Badajoz, 45-65.

CELESTINO, S. (1990); «Las estelas decoradas del SW peninsular», *La cultura tartésica y Extremadura* (Cuadernos Emeritenses, 2), Mérida, 45-62.
COFFYN, A. (1985): *Le Bronze Final Atlantique dans la Péninsule Ibérique*, París, 1985.
CHAVES, F. y BANDERA, M. L. (1984): *Avance sobre el yacimiento arqueológico de Montemolín (Marchena, Sevilla)*, B.A.R. International Series, 193, Oxford.
CHAVES, F. y BANDERA, M.ª L. DE LA (1986): «Figürlich verzierte Keramik aus dem Guadalquivir-Gebiet. Die Funde von Montemolín (bei Marchena, Prov. Sevilla)», *MM*, 27, 117-150.
DOMERGUE, C. (coord.) (1989): *Minería y metalurgia en las antiguas civilizaciones mediterráneas y europeas*, Actas del Coloquio Internacional (Madrid, 1985), Madrid.
DOMÍNGUEZ DE LA CONCHA, M. C.; CABRERA, P. y FERNÁNDEZ JURADO, E. J. (1988): «Cerro de la Cabeza (Santiponce, Sevilla)», *NAH*, 30, 119-186, Madrid.
ESCACENA, J. L. (1983): «Problemas en torno a los orígenes del urbanismo a orillas del Guadalquivir», *Gades*, 11, 39-83.
ESCACENA, J. L. y FRUTOS REYES, G. (1985): «Estratigrafía de la Edad del Bronce en el Monte Berrueco (Medina Sidonia, Cádiz)», *NAH*, 24, 7-90, Madrid.
FERNÁNDEZ JURADO, J. (1987): *Tejada la Vieja: una ciudad protohistórica, Huelva Arqueológica*, IX.
FERNÁNDEZ JURADO, J. (1988-89): Tartessos y Huelva; Huelva Arqueológica X-XI.
FERNÁNDEZ MIRANDA, M. (1983a): «Ambiente tartésico y colonización fenicia en el suroeste peninsular ibérico», *Atti del I Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*, vol. III, Roma, 847-856.
FERNÁNDEZ MIRANDA, M. (1983b): «Extremadura y Andalucía occidental en época tastésica. Elementos de comparación», *VI Congreso de Estudios Extremeños* (Mérida, 1979), Madrid 33-47.
FERNÁNDEZ MIRANDA, M. (1986): «Huelva, ciudad de los tartesos», *A. O.*, 4 *(Los fenicios en la Península Ibérica II)*, 211-225.
FERNÁNDEZ MIRANDA, M. (1986): «Huelva, ciudad de los tartesios», *A. O.*, 4 *(Los fenicios en la Península Ibérica II)*, *Studi Fenici e Punici*, vol. 1.º, Roma, 87-96.
GARRIDO, J. P. (1970): *Excavaciones en la necrópolis de «La Joya», Huelva I (1.ª y 2.ª Campañas)*, E.A.E., 71, Madrid.
GARRIDO, J. P. y ORTA, E. M.ª (1978): *Excavaciones en la necrópolis de «La Joya», Huelva II (3.ª, 4.ª y 5.ª Campañas)*, E.A.E., 96, Madrid.
GONZÁLEZ PRATS, A. (1983): *Estudio arqueológico del poblamiento antiguo de la Sierra de Crevillente (Alicante)*, Anejo I de *Lucentum*, Universidad de Alicante.
GONZÁLEZ PRATS, A. (1990): *Nueva luz sobre la Protohistoria del Sudeste*, Alicante.
JUDICE GAMITO, T.: *Social Complexity in Southwest Iberia 800-300 B. C. Tha Case of Tartessos*, BAR Int. Series 439, Oxford, 1988.
LÓPEZ PALOMO, L. A. (1981): «Alhonoz (Excavaciones de 1973-1978)», *NAH*, 11, 33-187, Madrid.
LÓPEZ ROA, C. (1977): «La cerámica con decoración bruñida en el Suroeste peninsular», *Trabajos de Prehistoria*, 34, 341-370.
LÓPEZ ROA, C. (1978): «Las cerámicas alisadas con decoración bruñida», *Huelva Arqueológica*, 4, 145-180.
LUZÓN, J. M. y RUIZ MATA, D. (1973): *Las raíces de Córdoba. Estratigrafía de la Colina de los Quemados*, Córdoba.
LUZÓN NOGUE, J. M.ª y COÍN CUENCA, L. M. (1986): «La navegación preastronómica en la Antigüedad: utilización de pájaros en la orientación náutica», *Lucentum*, 5, 65-85.
MALUQUER, J. (1981 y 1983): *El santuario protohistórico de Zalamea de la Serena, Badajoz*, vol. I y II, Barcelona.
MALUQUER, J.; CELESTINO, S.; GRACIA, F. y MUNILLA, G. (1986): *El santuario protohistórico de Zalamea de la Serena, Badajoz*, III, Barcelona.
MARTÍN DE LA CRUZ, J. C. (1984-85): «Problemas en torno a la definición del Bronce Tardío en la baja Andalucía», *CuPAUAM*, 11-12, 205-215.
MARTÍN DE LA CRUZ, J. C. (1987): *El Llanete de los Moros. Montoro, Córdoba, EAE*, 151, Madrid.
MARTÍN DE LA CRUZ, J. C. (1988): «Mykenische Keramik aus bronzezeitlichen Siedlungschichten von Montoro am Guadalquivir», *MM*, 29, 77-92.
MARTÍN DE LA CRUZ, J. C. (1990): «Die erste mykenische Keramik von der Iberischen Halbinsel», Praehistorische Zeitschrift 65, 49-52. Y trabajos analíticos de las cerámicas en el mismo número, por Ch. Podzuweit y H. Mommsen y otros.
MOLINA, F. y PAREJA, E. (1975): *Excavaciones en la Cuesta del Negro (Purullena, Granada), EAE*, 86, Madrid.
MURILLO, J. F. (1989): «Cerámicas tartésicas con decoración orientalizante», *CuPAUAM*, 16, 149-167.
PELLICER, M. (1987-88): «Las cerámicas a mano del Bronce Reciente y del Orientalizante en Andalucía Occidental», *Habis*, 18-19, 461-483.
PELLICER, M. (1989): «El Bronce Reciente y los inicios del Hierro en Andalucía occidental», *Tartessos* (Aubet, 1989), 147-187.
PELLICER, M.; ESCACENA, J. L. y BENDALA, M. (1983): *El Cerro Macareno, EAE*, 124, Madrid.
PELLICER, M. y AMORES, F. (1985): «Protohistoria de Carmona. Los cortes estratigráficos CA-80/A y CA-80/B», *NAH*, 22, 57-189, Madrid.

PINGEL, V. (1974): «Bemerkungen zu den ritzverzierten Stelen und zur beginnenden Eisenzeit im Südwesten der Iberischen Halbinsel», *Hamburger Beiträge zur Archäologie*, b. IV.
ROVIRA, S. (1987): «Algunos aspectos de la tecnología metalúrgica en el Bronce Final y la Edad del Hierro», *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 23, 53-57.
REMESAL, J. (1975): «Cerámicas orientalizantes andaluzas», *AEspA*, 48, 3-21.
RUIZ DELGADO, M. M.ª (1985): *Carta arqueológica de la campiña sevillana. Zona Sureste I*, Sevilla.
RUIZ DELGADO, M. M.ª (1986): «La fíbula de doble resorte en Andalucía (I): tipos y cronología», *Habis*, 17, 491-514.
RUIZ DELGADO, M. M.ª (1987-88): «La fíbula de doble resorte en Andalucía (II): aspectos mecánicos, origen y difusión», *Habis*, 18-19, 515-530.
RUIZ DELGADO, M. M.ª (1989): «Las necrópolis tartésicas: prestigio, poder y jerarquías», *Tartessos* (Aubet, 1989), 247-286.
RUIZ GÁLVEZ, M.ª (1984): *La Península Ibérica y sus relaciones con el círculo cultural atlántico*, Madrid.
RUIZ GÁLVEZ, M.ª (1987): «Bronce Atlántico y 'cultura' del Bronce Atlántico en la Península Ibérica», *Trabajos de Prehistoria*, 44, 251-264.
RUIZ MATA, D. (1977): «Materiales de arqueología tartésica: un jarro de bronce de Alcalá del Río (Sevilla) y un broche de cinturón de Coria del Río (Sevilla)», *CuPAUAM*, 4, 68-127.
RUIZ MATA, D. (1979): «El Bronce Final —fase inicial— en Andalucía occidental. Ensayo de definición de sus cerámicas», *AEspA*, 52, 3-19.
RUIZ MATA, D. (1981): «El poblado metalúrgico de época tartésica de San Bartolomé (Almonte, Huelva)», *MM*, 22, 150-170.
RUIZ MATA, D. (1984-85): «Puntualizaciones sobre la cerámica pintada tartésica del Bronce Final —estilo Carambolo o Guadalquivir I—», *CuPAUAM*, 11-12, 225-243.
RUIZ MATA, D. (1986): «Castillo de Doña Blanca (Puerto de Santa María, Prov. Cádiz). Stratigraphische Untersuchungen einer orientalisierenden Ansiedlung», *MM*, 27, 87-116.
RUIZ MATA, D. (1987): «Informe sobre las excavaciones sistemáticas realizadas en el yacimiento del Castillo de Doña Blanca (Puerto de Santa María, Cádiz), *Anuario Arqueológico de Andalucía/1986*, II, 360-365, Sevilla.
RUIZ MATA, D. (1989): «El túmulo 1 de la necrópolis de "Las Cumbres" (Puerto de Santa María, Cádiz», *Tartessos* (Aubet, 1989), 287-296.
RUIZ MATA, D.; BLÁZQUEZ, J. M. y MARTÍN DE LA CRUZ, J. C. (1981): «Excavaciones en el Cabezo de San Pedro (Huelva). Capaña de 1978», *Huelva Arqueológica*, V, 149-316, Huelva.
RUIZ MATA, D. y FERNÁNDEZ JURADO, J. (1986): *El yacimiento metalúrgico de época tartésica de San Bartolomé de Almonte (Huelva)*, en la serie *Huelva Arqueológica*, 8 (2 vol.).
RUIZ RODRÍGUEZ, A. C. (1986): «Ciudad y territorio en el poblamiento ibérico del Alto Guadalquivir», *Los asentamientos ibéricos ante la romanización*, Madrid, 9-19.
RUIZ RODRÍGUEZ, A. C. y MOLINOS, M. (1987): «Excavación arqueológica sistemática en Puente Tablas (Jaén)», *Anuario Arqueológico de Andalucía/1986*, vol. II, 401-407.
SCHUBART, H. (1971): «Acerca de la cerámica del Bronce Tardío en el Sur y Oeste peninsular», *Trabajos de Prehistoria*, 28, 153-182.
SCHUBART, H. (1975): *Die Kultur der Bronzezeit im Südwestwn der Iberischen Halbinsel*, Madr. Frosch., Berlín.
STORCH, J. J. (1989a): *La fíbula en la Hispania Antigua. Las fíbulas protohistóricas del Suroeste peninsular*, Tesis Doctoral. Universidad Complutense, Madrid.
STORCH, J. J. (1989b): «Las fíbulas tartésicas», *Homenaje al profesor Antonio Blanco*, Estudios de Geografía e Historia, 3, Universidad Complutense, Madrid, 69-105.
TEJERA GASPAR, A. (1985): «Excavaciones arqueológicas en el Huerto Pimentel (Lebrija, Sevilla)», *NAH*, 26, 87-116, Madrid.
VARELA GOMES, M. y PINHO MONTEIRO, J. (1977): «Las estelas decoradas do Pomar (Beja, Portugal). Estudio comparado», *Trabajos de Prehistoria*, 34, 165-214.
VV.AA. (1989): *El oro en la España prerromana. Revista de Arqueología* (ed. J. A. García Castro), Madrid.
WERNER ELLERING, S. (1990): «La cerámica pintada geométrica del Bronce Final y de la Primera Edad del Hierro», Madrid.

LA COLONIZACION FENICIOPUNICA

Manuel Bendala Galán
Joaquín Navarro Cañada
Universidad Autónoma de Madrid

1. INTRODUCCION

El conocimiento de la colonización fenicia en España, antes del veintenio que nos ocupa, había avanzado notablemente al amparo del considerable legado de las fuentes literarias antiguas acerca de la cuestión, y de los progresos de la arqueología. La literatura moderna sobre el tema contaba ya con tratados clásicos y de interés indiscutible, como los debidos a don Antonio García y Bellido (1942 y 1952), y en lo que hace a las modernas exploraciones arqueológicas, recordemos que en los años sesenta se excavó un yacimiento emblemático para la renovación del conocimiento de la colonización semita en Occidente, la necrópolis fenicia del Cerro de San Cristóbal, en la costa granadina de Almuñécar (M. PELLICER, 1963); o se iniciaron las exploraciones en un lugar tan decisivo para el conocimiento de la presencia fenicia en la Península como la desembocadura del Vélez, en la costa malagueña (H. G. NIEMEYER, M. PELLICER, H. SCHUBART, 1964; H. G. NIEMEYER y H. SCHUBART, 1969).

Con todo, no ha de extrañar que, en los últimos veinte años, el progreso haya sido enorme, y de forma muy particular por el interés específico que en la problemática arqueológica e histórica de la colonización han mostrado numerosos especialistas españoles y extranjeros, entre éstos los pertenecientes al Instituto Arqueológico Alemán. Los problemas no están, lógicamente, resueltos en su totalidad, y permanecen abiertas cuestiones como la llamada «precolonización» —para algunos inestimable o carente de interés, pero no para otros—, que se conecta con la antigüedad atribuida a la llegada de los fenicios por la tradición literaria (S. MOSCATI, 1983; H. G. NIEMEYER, 1981); o la relación entre los fenicios y los pueblos del interior, sean tartesios u otros; o las facetas de la particular acción de los cartagineses y su incidencia en las etapas más recientes; sin olvidar, también, problemas relativos a la irradiación de la presencia y la influencia semitas en el conjunto de la Hispania antigua; y tantos otros. Son multitud de problemas que, como siempre, se incrementan conforme la investigación progresa y es capaz de plantearse cuestiones insospechadas inicialmente.

Pero nada más expresivo del progreso obtenido que aludir a la edición de libros y estudios de conjunto como *Phönizier im Westen*, editado por H. G. Niemeyer (1982c), o el de *Los fenicios en la Península Ibérica (A.O.* 3 y 4), editado por G. del Olmo Lete y M.ª E. Aubet (1986), o estudios generales como los de E. C. González Wagner, sobre *Fenicios y cartagineses en la Península Ibérica* (1983); de M.ª E. Aubet sobre *Tiro y las colonias fenicias de Occidente* (1987); o —por aludir a algo nuestro— el de uno de nosotros sobre *Los cartagineses en España* (M. BENDALA, 1987).

La bibliografía es, por lo demás, abundantísima, de forma que en este comentario nos atendre-

mos a una selección que obligará a dejar sin citar no pocas cosas, aunque entre las recogidas encontrará el lector que lo desee la posibilidad de acceder a una información más exhaustiva (por ejemplo, en la reciente sistematización bibliográfica de C. J. PÉREZ, 1986).

Añadiremos, en fin, que seguiremos aquí la convención consagrada por el uso de hablar de fenicios y de etapa fenicia para los primeros tiempos de la colonización, y de púnicos o cartagineses para la etapa más reciente, la caracterizada por el predominio de Cartago, pese a que, como todo el mundo sabe, las matizaciones que requiere un esquema así son muchas, y sobre todo porque fenicio y púnico significan lo mismo en tanto que nombres derivados de la designación de *phoinikes* que los griegos daban a los cananeos, término que entre los latinos determinó la forma equivalente de *poeni*, de donde el nuestro púnico.

2. LA ETAPA FENICIA

Es quizá la mejor conocida, debido a la gran actividad investigadora volcada en el estudio de los asentamientos de la costa mediterránea, aunque aspectos sustanciales quedan en la oscuridad por el escaso conocimiento que se tiene de su centro principal en Gadir (G. BUNNES, 1986), y, por aludir a otra cuestión global de primer orden, se mantenga en discusión si el protagonismo en esta época corresponde directamente a Tiro, como mayoritariamente se acepta, o si es ya la colonia de Cartago la principal responsable de la colonización semita en este extremo del Mediterráneo (una discusión en G. de FRUTOS REYES, 1987-1988).

La problemática general de la colonización ha sido amplia y eficazmente tratada, tanto en lo que se refiere a los condicionantes de las metrópolis colonizadoras (por ejemplo, recientemente M.ª E. AUBET, 1987a, con la bibliografía general; G. LÓPEZ MONTEAGUDO, 1977; A. M.ª BISI, 1983; J. M. BLÁZQUEZ, 1983; G. CHIC y G. de FRUTOS REYES, 1984; D. RUIZ MATA, 1987; H. SCHUBART y O. ARTEAGA, 1990), como a la situación apropiada que presentaba la zona a colonizar, preparada a tal fin por el desarrollo inicial de la civilización tartésica (ver en este mismo libro las referencias en el artículo sobre «Tartesos», de M. BENDALA), como la incidencia de otros factores, entre ellos el poderoso impulso de las necesidades de Egipto (J. PADRÓ, 1976-1978 y 1983).

Los detalles, sobre tipos de asentamientos, sus características físicas y de las necrópolis que los acompañan, y las formas generales de la cultura material, han sido analizados en numerosos puntos de la costa mediterránea: en la bahía de Algeciras (M. PELLICER, L. MENANTEAU, P. ROUILLARD, 1977; P. ROUILLARD, 1978; H. ULREICH, M. A. NEGRETE, E. PUCH y L. PERDIGONES, 1990); en los abundantes yacimientos fenicios que jalonan la costa desde el Estrecho a la provincia de Málaga: en la desembocadura del Guadiaro (H. SCHUBART, 1988; G. HOFFMANN, 1988), en la desembocadura del Guadalhorce (A. ARRIBAS y O. ARTEAGA, 1975; M.ª E. AUBET, 1991), en la zona de la misma ciudad de Málaga (J. MUÑIZ COELLO, 1974; J. M. J. GRAN AYMERICH, 1985; A. RECIO RUIZ, 1990), en la desembocadura del Vélez, con su particular complejidad en la evolución de los centros de residencia y de las necrópolis (H. G. NIEMEYER, M. PELLICER y H. SCHUBART, 1963 y 1964; H. SCHUBART, H. G. NIEMEYER y G. MAAS-LINDEMANN, 1972a y 1972b; H. SCHUBART, 1977; O. ARTEAGA, 1981a; H. SCHUBART y G. MASS-LINDEMANN, 1979; H. G. NIEMEYER, 1979-1980, 1982a, 1982b, 1985; G. MAAS-LINDEMANN, 1982; últimamente, las sepulturas de Lagos, Vélez-Málaga: M.ª E. AUBET, A. CZARNETZKI, C. D OMÍNGUEZ, I. GAMER-WALLERT L. TRELLISO, 1991; A. DELGADO, M. PÁRRAGA y A. RUIZ, 1991), y en la del Algarrobo, junto con el algo más lejano establecimiento de Chorreras, con una problemática parecida (H. SCHUBART y H. G. NIEMEYER, 1975 y R. FERNÁNDEZ CANIVELL , H. SCHUBART y H. G. NIEMEYER, 1976; M.ª E. AUBET, G. MAAS -LINDEMANN y H. SCHUBART, 1979; H. SCHUBART, 1985). En la costa granadina destaca el asentamiento de la antigua Sexi, en Almuñécar, con su hábitat y las necrópolis (M. PELLICER, 1963 y 1985; F. MOLINA FAJARDO, A. RUIZ y C. HUERTAS, 1982; F. MOLINA FAJARDO y C. HUERTAS, 1985; F. MOLINA FAJARDO, 1983-1984 y 1985; J. PADRÓ, 1986); y en la costa de Almería, el asentamiento de Abdera, en Adra (M. FERNÁNDEZ MIRANDA y L. CABALLERO ZOREDA, 1975; A. SUÁREZ, P. AGUAYO, M. CARRILERO, J. L. LÓPEZ CASTRO y C. SAN MARTÍN, 1989).

Ultimamente se ha incrementado el conocimiento de la arqueología feniciopúnica en Gadir/Cádiz, con numerosas excavaciones que empiezan a documentar, entre otras de las más desconocidas, facetas del horizonte antiguo de la vida de la colonia, por ejemplo, la existencia de tumbas de cremación remontables, al menos, al siglo VI a. de C. (L. PERDIGONES, A. MUÑOZ VICENTE y G. PISANO, 1990) y otros aspectos de las prácticas funerarias (R. CORZO, 1989), o con hallazgos importantes como el nuevo sarcófago antropoide, esta vez de mujer (A. BLANCO y R. CORZO, 1981), de todo lo cual empieza a vislumbrarse una nueva apariencia de la Cádiz fenicia (R. CORZO SÁNCHEZ, 1983; J. L. ESCACENA, 1985; M. BENDALA, 1988). En ello ha contado no poco la reconstrucción de la paleografía de las

islas gaditanas y la resolución de las alusiones sobre la cuestión contenidas en los textos antiguos, gracias al reconocimiento de un antiguo canal que partía en dos el actual núcleo de la ciudad vieja, y separaba la isla del primer asentamiento (Erytheia, Afrodisia o Isla de Juno), de la isla mayor o Kotinoussa, en cuyos extremos estaban el Kronión y el santuario principal de Melqart o Hércules Gaditano, y fue zona de ocupación de los enterramientos, separados del hábitat por el brazo de mar luego cegado, y área de expansión para la ciudad romana de Balbo (R. CORZO SÁNCHEZ, 1980; J. R. RAMÍREZ DELGADO, 1982). La arqueología fenicia relacionada con Gadir se ha beneficiado, además, de los datos proporcionados por el vecino yacimiento del Castillo de Doña Blanca, al otro lado de la bahía, en tierras del Puerto de Santa María (D. RUIZ MATA, 1985 y 1986).

Para la mejor comprensión de los patrones de asentamiento fenicios en la costa, ha sido del máximo interés el programa de investigación geológica promovido a partir de 1985 por el Instituto Arqueológico Alemán, que ha permitido reconstruir, en puntos de interés escogidos, el perfil de la costa primitiva. Entre los frutos de la investigación está el de poder reconocer que más que en la desembocadura de ríos, como hasta ahora se percibía, los numerosos sitios de ocupación estudiados en la desembocadura de los ríos Guadarranque, Guadiaro, Guadalhorce, Vélez, Algarrobo y otros, eran originariamente verdaderos entrantes marinos que proporcionaban fondeaderos seguros a los comerciantes y facilitaban sus empresas, entrantes que aprovechaban desde islotes próximos o, más frecuentemente, desde penínsulas que hoy quedan bastante tierra adentro por un intenso aluvionamiento (H. SCHUBART, H. D. SCHULZ, O. ARTEAGA y G. HOFFMANN, 1988 y 1989). Al otro lado del entrante marino, o en algún otro lugar cercano, se suele situar la necrópolis.

La documentación arqueológica, en conjunto, permite visiones generales bastante satisfactorias acerca de los asentamientos fenicios en la costa andaluza a partir del siglo VIII a. de C., sus formas de asentamiento y su evolución (M.ª E. AUBET, 1983; H. SCHUBART, 1982a y 1982b; H. SCHUBART y O. ARTEAGA, 1986), tanto de los lugares de habitación como de las necrópolis y los sistemas de enterramiento (A. TEJERA GASPAR, 1975 y 1979; M.ª L. PAMOS SÁINZ, 1990). Se ha podido sistematizar, además, el material arqueológico como indispensable referencia para las reconstrucciones históricas, con el esperable protagonismo de las cerámicas (H. SCHUBART, 1976; M. PELLICER, 1978; I. NEGUERUELA, 1979-80, 1983a y 1983b; G. MAAS-LINDEMANN, 1985). Y se alumbran cada vez mejor facetas diversas, como las actividades económicas, entre ellas las minero-metalúrgicas (últimamente, por ejemplo: I. KEESMANN y H. G. NIEMEYER, 1989), las agrícolas (J. ALVAR y E. C. GONZÁLEZ WAGNER, 1988; E. C. GONZÁLEZ WAGNER y J. ALVAR, 1989), las industrias de salazón, con añadidos modernos (por ejemplo: A. MUÑOZ VICENTE, G. DE FRUTOS REYES, N. BERRIATÚA, 1987) al ya clásico estudio de M. Ponsich y M. Tarradell (1965), el comercio (M.ª E. AUBET, 1987b), etc.

Se ha ampliado, además, el horizonte geográfico conocido en el que se desenvolvió la acción fenicia, que —aparte de su incidencia en la evolución de los centros tartésicos, como el de Huelva (J. FERNÁNDEZ JURADO, 1986; M. FERNÁNDEZ MIRANDA, 1986; P. RUFETE TOMICO, 1989)— desde sus bases principales se extendió por el SE y el levante de la Península, según modalidades distintas, que van desde la simple influencia o la presencia más o menos esporádica como consecuencia del comercio, a la constatación de asentamientos en comunidades locales, como la de Peña Negra en Crevillente (Alicante), o a la presencia en establecimientos como el detectado también en la provincia alicantina, junto a Guardamar del Segura, cuya importancia está por determinar mediante estudio arqueológico (O. ARTEAGA y M.ª R. SERNA, 1975 y 1979-80; O. ARTEAGA, 1982; C. GÓMEZ BELLARD, 1988a; A. GONZÁLEZ PRATS, 1986 Y 1991; O. ARTEAGA, J. PADRÓ y E. SANMARTÍ, 1978 y 1986; M. T. MASCORT, J. SANMARTÍ y J. SANTACANA, 1988 y 1989; M. MIRET, 1989; J. MIRÓ, 1989; J. SANMARTÍ,, 1991). Son datos que, entre otras cosas, vienen a confirmar ciertas alusiones contenidas en las fuentes literarias acerca de la presencia fenicia en el SE de la Península. Y en la misma línea, es de citar la incorporación de Ibiza a la esfera de la colonización fenicia arcaica, seguramente como una base privilegiada para el comercio regulado desde Gadir, de lo que dan testimonio algunos hallazgos recientes, en puntos de la isla como Sa caleta (J. RAMÓN, 1991a), y en particular en el asentamiento ibicenco principal, la necrópolis misma de Puig des Molins (B. COSTA RIBAS, J. H. FERNÁNDEZ GÓMEZ y C. GÓMEZ BELLARD, 1991, con la bibliografía anterior; y el estudio más amplio de C. GÓMEZ BELLARD, 1990).

3. LA ETAPA PUNICA

Una fase de crisis en el siglo VI a. de C. —hacia su primera mitad— afecta al ámbito fenicio (últimamente: J. ALVAR, 1991), y al tartésico en un fenómeno interconectado e inseparable. Le sigue una pronta recuperación, detectable ya en el último cuarto de la centuria, en la que cuenta muy principalmente el peso del factor púnico. Es una cuestión compleja, atentamente seguida hoy por la investigación, en la que, precisamente, se trata de delimitar lo que corresponda efectivamente a la acción

cartaginesa y a las particulares tendencias que a la presencia de los semitas en Occidente imprimió la creciente potencia de Cartago. No es cuestión sencilla, hasta el punto de que los especialistas están de acuerdo en señalar la dificultad de presentar un panorama coherente y claro de la actividad púnica y de sus consecuencias en la Península en este período, comprendido fundamentalmente entre el siglo VI a. de C. y la llegada a la Península de Amílcar Barca en el 237 a. de C. (O. ARTEAGA, 1981b; M.ª E. AUBET, 1986a; P. BARCELÓ, 1988), período en el que sí se puede seguir en mejores condiciones la acción púnica en Ibiza (M. TARRADELL y M. FONT, 1975; J. H. FERNÁNDEZ, 1985; C. GÓMEZ BELLARD, 1985 y 1988; J. RAMÓN, 1987-88).

En la cultura material, la personalidad del nuevo período se detecta, por ejemplo, en el eclipse de las cerámicas de engobe rojo que caracterizaron a la etapa fenicia, paulatinamente sustituidas por vasos de fondos claros y decoración con bandas y otros motivos geométricos sencillos, y en otros cambios en la alfarería (J. RAMÓN, 1981 y 1991b), siempre difíciles de juzgar en cuanto consecuencia de un protagonismo cultural específico (M.ª. E. AUBET, 1986). Son cambios que vienen acompañados de otros fenómenos, como la divulgación de las navajas rituales de afeitar o de los recipientes realizados con cáscaras de huevo de avestruz (M.ª. P. SAN NICOLÁS, 1975), comúnmente asociados a la influencia púnica. Más claramente dependiente de ella parece un cambio de índole espiritual, con claras consecuencias en los materiales y, por tanto, en el registro arqueológico; nos referimos a la imposición del rito de la inhumación para los enterramientos, y a la divulgación de tumbas de cámara y otros tipos de inspiración cartaginesa.

En esto último, el modelo de necrópolis cartaginesa para el extremo occidental del Mediterráneo lo proporciona Puig des Molins, en el que continúan las excavaciones y los estudios (J. H. FERNÁNDEZ, 1985), con resultados como los antes indicados acerca de las etapas más antiguas de la colonización de la isla. Sus numerosas y ricas tumbas son también el mejor testimonio de la maduración de la propia Ibusim-Ibiza como centro ciudadano, en una línea de potenciación de los núcleos de hábitat de inspiración urbana que también se detecta en los asentamientos costeros de la península Ibérica. Se comprueba, en efecto, un cambio en la concepción del hábitat, por el que se supera el patrón basado en centros pequeños y numerosos propio de la etapa fenicia arcaica, y se pasa a la creación o potenciación de centros mayores, más propiamente urbanos, lo que es fruto de la tendencia general caracterizada por la maduración de la ciudad como fórmula de organización económica, social y territorial en todo el Mediterráneo, en lo que, para el caso hispano, se piensa en un importante impulso púnico. Se comprueba en lugares como Málaga, donde se crea el gran núcleo de población del Cerro de Gilbralfaro; en la zona de Vélez, con el abandono de Toscanos y el desarrollo de la aglomeración mayor en Alarcón y el Cerro del Peñón; en Almuñécar, donde el crecimiento de la antigua Sexi se puede medir gracias a la importante necrópolis de Puente de Noi; etc. (una visión de conjunto en M. BENDALA, 1987).

La consolidación de la presencia púnica en la costa debió de ir acompañada de una penetración hacia el interior, de forma que hubo de ser ahora cuando la colonización semita de la que tanto se trata últimamente (M. BENDALA, 1987; E. C. GONZÁLEZ WAGNER y J. ALVAR, 1989), y que afectó, sobre todo, a las zonas que fueron el núcleo de la civilización tartésica, la vertebrada en torno al valle bajo y medio del Guadalquivir, se produjo en mayor medida, iniciando o consolidando definitivamente el camino hacia la profunda semitización que registra la zona. Sus grandes atractivos agropecuarios y mineros eran una llamada imposible de desatender en los ambiciosos proyectos alimentados por Cartago, convertida en la gran potencia del centro y el occidente mediterráneo (E. C. GONZÁLEZ WAGNER, 1983 y 1984).

La expansión púnica se comprueba igualmente en lugares como Baria-Villaricos, en Almería, cuyo interés se acrecienta con los estudios modernos (M.ª J. ALMAGRO GORBEA, 1984 y 1986a; M.ª E. AUBET, 1986), y en una extensión de su presencia en las Baleares que, además de Ibiza, se ha comprobado en la isla de Mallorca, uno de los resultados más interesantes de la investigación de los últimos años (V. M. GUERRERO AYUSO, 1984 y 1991), con una importante incidencia en la cultura talayótica de Mallorca y Menorca (V. M. GUERRERO AYUSO, 1985, 1986 y 1987; L. PLANTALAMOR y M.ª C. RITA LARRUECA, 1986).

4. LA EPOCA DE LOS BARCA

Esta época, tradicionalmente contemplada como un episodio de la historia militar y política que afectó a la península ibérica y sirvió de pretexto y de prólogo a la conquista romana, ha sido valorada en los últimos años de otra manera. Se ha tratado, sobre todo, de entrar en una dimensión poco atendida, acerca de la importancia del proyecto puesto en marcha por los Barca, que, pese a la interrup-

ción que supuso la derrota frente a Roma, significó un hecho capital, por el que se superaban los planteamientos de la presencia púnica de la etapa anterior e introducía a una parte de la Península en la esfera de la civilización helenística (M. BENDALA, 1981 y 1987; E. C. GONZÁLEZ WAGNER, 1983; J. M. BLÁZQUEZ y M.ª P. GARCÍA-GELABERT, 1991).

La importancia de la actividad de los príncipes bárquidas en el plano urbano y urbanístico ha sido destacada en estudios recientes (M. BENDALA, C. FERNÁNDEZ OCHOA, A. FUENTES y L. ABAD, 1987; M. BENDALA, 1990). El plan de los Barca de apoyar sus dominios en la Península sobre grandes ciudades concebidas a la manera helenística se barrunta en las fuentes literarias y parece comprobarse en los testimonios arqueológicos, por ejemplo en casos destacados como Carteia o Carmo (M. BENDALA, 1982), ciudad esta última donde, al atribuirse una parte sustancial de su amurallamiento a los Barca, con el espléndido bastión helenístico de la Puerta de Sevilla (A. JIMÉNEZ, 1989), se han abierto nuevas perspectivas para la comprensión de la actividad edilicia y urbanística de los príncipes cartagineses. No obstante, la ciudad más importante de los Barca en la Península era la propia capital de Cartago Nova, tan problemática para el conocimiento arqueológico. Hallazgos recientes, entre ellos parte de la muralla cartaginesa, y nuevos estudios arqueológicos e históricos constituyen una buena promesa a lo mucho que cabe esperar de una ciudad básica para el entendimiento de la antigüedad hispana (R. GONZÁLEZ BRAVO y M. HERNÁNDEZ HIDALGO, 1987; S. F. RAMALLO ASENSIO, 1989; A. RODERO RIAZA, 1985; M. MARTÍN y B. ROLDÁN BERNAL, 1991).

El fenómeno general de la llegada a España de las corrientes helenísticas (últimamente: M. ALMAGRO GORBEA, 1990), tuvo en los Barca un cauce principal, con matices específicos, que la investigación atiende últimamente en sus diferentes facetas: las cerámicas (por ejemplo: S. F. RAMALLO, 1989), las emisiones monetales y su problemática económica e iconográfica (L. VILLARONGA, 1973; J. M.ª. BLÁZQUEZ, 1976; E. ACQUARO, 1983-84; C. ALFARO ASINS, 1986; M. CAMPO, 1976 y 1986), los sistemas de explotación económica (E. C. GONZÁLEZ WAGNER, 1983; M. BENDALA, 1987), etc.

Se está prestando igualmente una creciente atención a la situación que sirvió de marco específico a la Segunda Guerra Púnica (por ejemplo, varios trabajos en H. DEVIJVER y E. LIPINSKI, 1989), tanto a las formas de control territorial y al desarrollo de las campañas y su seguimiento en el terreno (R. CORZO, 1975), como a su reflejo en aspectos económicos y monetarios (L. VILLARONGA, 1986; F. CHAVES TRISTÁN, 1990), y otras facetas.

5. LA CULTURA FENICIOPUNICA EN ESPAÑA

Cerraremos esta breve descripción de los progresos realizados en el último veintenio en la investigación de la arqueología feniciopúnica en España, con la aún más breve alusión a los numerosos estudios que sobre aspectos más o menos generales o particulares de su cultura se han ido realizando. En las manifestaciones artísticas, la espléndida base proporcionada por los trabajos de A. García y Bellido, A. Blanco y otros estudiosos en la etapa anterior, ha permitido el desarrollo de nuevos y acabados estudios sobre la producción artística fenicia (en general, J. M. BLÁZQUEZ, 1975), con facetas tan características como el laboreo del marfil (M.ª E. AUBET, 1979, 1980 y 1981-82; M. C. DÀNGELO, 1989), la orfebrería y la toréutica (B. GRAU-ZIMMERMANN, 1978; A. BLANCO, 1985; M.ª J. ALMAGRO GORBEA, 1986b; A. PEREA CAVEDA, 1985 y 1989; M.ª L. DE LA BANDERA ROMERO, 1986 y 1987), las terracotas (M.ª J. ALMAGRO GORBEA 1980 y 1990; A. M.ª BISI, 1985), el interesante arte menudo de los escarabeos (J. H. HERNÁNDEZ y J. PADRÓ, 1982; J. BOARDMAN, 1984), el conjunto de los materiales egipcios o egiptizantes aportados por los fenicios (I. GAMER-WALLERT, 1978; J. PADRÓ, 1980-1985), etc.

Los aspectos religiosos han recabado la atención que su importancia merecía, para lo que también se contaba con una espléndida base en la investigación desarrollada antes de nuestro ventenio por A. García y Bellido, J. M. Solá Solé y otros especialistas. Los progresos generales pueden seguirse en algunas obras de conjunto (J. M. BLÁZQUEZ, 1983b; M. BENDALA, 1986), a los que se añaden numerosos estudios sistematizados por divinidades (M.ª C. MARÍN CEBALLOS, 1978, 1979-80, 1983, 1987), entre los que no han de faltar los dedicados a la gran divinidad de Melkart y su santuario gadeirita (C. BONNET, 1988; M.ª P. GARCÍA y BELLIDO, 1987a).

Por último, es de señalar el interés puesto en los últimos años en el estudio de la perduración púnica en la época presidida por la conquista romana, tanto en aspectos estructurales —urbanísticos, económicos, etc.—, como en su importante vertiente ideológica y religiosa (M. KOCH, 1976; M. BENDALA, 1976; 1981, 1982 y 1987; F.ª CHAVES TRISTÁN y M.ª C. MARÍN CEBALLOS, 1987; M.ª P. GARCÍA y BELLIDO, 1987 y 1989; M. MAYER, 1990). Los resultados son del máximo interés para entender las particularidades de la cultura hispanorromana en un amplio sector del mediodía y el SE de la Península.

BIBLIOGRAFIA

ACQUARO, E. (1983-84): «Su i 'ritratti Barcidi' delle monete puniche», *Rivista Storica dell'Antichità*, Anno 13-14, Bologna, 83-86.

ALFARO ASINS, C. (1986): «Sistematización del antiguo numerario gaditano», *A.O.*, 4 *(Los fenicios en la Península Ibérica*, II), 121-137.

ALMAGRO GORBEA, M. (1990): «L'hellenisme dans la culture iberique», *Akten des XIII. Internationales Kongresses fur klassische Archäologie. Berlin 1988*, Mainz am Rhein, 113-127.

ALMAGRO GORBEA, M.ª J. (1980): *Catálogo de las terracotas de Ibiza del Museo Arqueológico Nacional*, Madrid.

ALMAGRO GORBEA, M.ª J. (1984): *La necrópolis de Baria*, E.A.E., 129, Madrid.

ALMAGRO GORBEA, M.ª J. (1986a): «Excavaciones en la necrópolis púnica de Villaricos», *Homenaje a Luis Siret*, Sevilla, 624-637.

ALMAGRO GORBEA, M.ª J. (1986b): *Orfebrería fenicio-púnica del Museo Arqueológico Nacional*, Madrid.

ALMAGRO GORBEA, M.ª J. (1990): *Corpus de terracotas de Ibiza*, B.P.H., 18, Madrid.

ALVAR, J. (1991): «La caída de Tiro y sus repercusiones en el Mediterráneo», *La caída de Tiro y el auge de Cartago, V Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica (Ibiza 1990)*, Eivissa, 19-27.

ALVAR, J. y GONZÁLEZ WAGNER, E. C. (1988): «La actividad agrícola en la economía fenicia de la Península Ibérica», *Gerión*, 169-185.

ANGELO, M. C. D' (1989): «Progetto di un nuovo catalogo degli avori fenici di Spagna: finalità, caratteristique, metodologia», *A.Esp.A.*, 62, 279-283.

ARRIBAS, A. y ARTEAGA, O. (1975): *El yacimiento fenicio de la desembocadura del río Guadalhorce, Málaga* (C.Preh. Gr., Serie monográfica 2, Supl. 1), Granada.

ARTEAGA, O. (1981a): «Cerro del Mar (Málaga). Campaña de 1978», *N.A.Hisp.*, 12, 291-297.

ARTEAGA, O. (1981b): «Las influencias púnicas», *La baja época de la cultura ibérica* (1979), Asoc. Esp. de Amigos de la Arqueología, Madrid, 117-159.

ARTEAGA, O. (1982): «Los Saladares 80. Nuevas directrices para el estudio del horizonte protoibérico en el Levante meridional y Sudeste de la Península», *Huelva Arqueológica*, 6, 131-183.

ARTEAGA, O. y SERNA, M.ª R. (1975): «Influjos fenicios en la región del Bajo Segura», XIII *C.A.N.* (Huelva, 1973), Zaragoza, 737-750.

ARTEAGA, O. y SERNA, M.ª R. (1979-80): «Las primeras fases del poblado de los Saladares (Orihuela, Alicante)», *Ampurias*, 41-42, 65-137.

ARTEAGA, O.; PARDO, J. y SANMARTI, E. (1978): «El factor fenici a les costes catalanes i del Golf de Lió», *Els Pobles pre-romans del Pirineu, 2 Col. loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà*, Puigcerdà, 129-135.

ARTEAGA, O.; PARDO, J. y SANMARTI, E. (1986): «La expansión fenicia por las costas de Cataluña y del Languedoc», *A.O.*, 4 *(Los fenicios en la Península Ibérica*, II), 303-314.

AUBET, M.ª E. (1979): «Marfiles fenicios del Bajo Guadalquivir I. Cruz del Negro», *Studia Archaeologica*, 52, Valladolid.

AUBET, M.ª E. (1980): «Marfiles fenicios del Bajo Guadalquivir II. Acebuchal y Alcantarilla», *Studia Archaeologica*, 63, Valladolid.

AUBET, M.ª E. (1981-82): «Marfiles fenicios del Bajo Guadalquivir III. Bencarrón, Santa Lucía y Setefilla», *Pyrenae*, 17-18, 231-279.

AUBET, M.ª E. (1983): «Aspectos de la colonización fenicia en Andalucía durante el siglo VIII a. de C.», *Atti del I Congreso Internazionale di Studi Fenici e Punici*, vol. III, Roma, 815-824.

AUBET, M.ª E. (1985): «Los fenicios en España: estado de la cuestión y perspectivas», *A.O.*, 3 *(Los fenicios en la Península Ibérica*, I), Barcelona, 9-38.

AUBET, M.ª E. (1986): «La necrópolis de Villaricos en el ámbito del mundo púnico peninsular», *Homenaje a L. Siret*, Sevilla, 612-624.

AUBET, M.ª E. (1987a): *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*, Bellaterra, Barcelona.

AUBET, M.ª E. (1987b): «Notas sobre la economía de los asentamientos fenicios del sur de España», *Dialoghi di Archeologia*, 2, 51-62.

AUBET, M.ª E. (1991): «El asentamiento fenicio del Cerro del Villar (Guadalhorce, Málaga), *I-IV Jornadas de Arqueología fenicio-púnica (Ibiza 1986-1989)*, Eivissa, 101-108.

AUBET, M.ª E.; CZARNETZKI, A.; DOMÍNGUEZ, C.; GAMER-WALLERT, I. y TRELLISO, L. (1991): *Sepulturas fenicias en Lagos (Vélez Málaga)*, Intervenciones Arqueológicas en Andalucía/1, Sevilla.

AUBET, M.ª E.; MAAS LINDEMANN, G. y SCHUBART, H. (1979): «Chorreras. Un establecimiento fenicio al Este de la desembocadura del Algarrobo», *N.A.Hisp.*, 6, 89-138.

BANDERA ROMERO, M.ª L. (1986): «Introducción al estudio de la orfebrería prerromana peninsular. Técnicas», *Habis*, 17, 515-538.

BANDERA ROMERO, M.ª L. (1987): *La joyería orientalizante e ibérica. Mitad sur peninsular*, Sevilla (Tesis Doc. microfichada).

BARCELÓ, P. (1988): *Karthago und die Iberische Halbinsel vor den Barkiden: Studien zur karthagischen Präsenz*

im westlichen Mittelmeerraum von der Gründung von Ebusus (VII. Jh. v. CHr.) bis zum Übergang Hamilkars nach Hispanien (237 v. Chr.), Bonn.
BELÉN M.ª (1986): «Importaciones fenicias en Andalucía Occidental», *A.O.*, 4 *(Los fenicios en la Península Ibérica,* II), 263-278.
BENDALA, M. (1976): *La necrópolis romana de Carmona (Sevilla)*, Sevilla.
BENDALA, M. (1981): «La etapa final de la cultura iberoturdetana y el impacto romanizador», *La baja época de la cultura ibérica*, Asoc. Esp. de Amigos de la Arqueología (1979), Madrid, 33-48.
BENDALA, M. (1982): «La perduración púnica en los tiempos romanos. El caso de Carmo», *Huelva Arqueológica*, 6, 193-203.
BENDALA, M. (1986): «Die orientalischen Religionen Hispaniens in vorrömischer und römischer Zeit», *Ausfstieg und Niedergang der römischen Welt* II/18.1, Berlín-New York, 345-408.
BENDALA, M. (1987): «Los cartagineses en España», *Historia General de España y América*, I-2, Madrid, 115-170.
BENDALA, M. (1988): «Cádiz: la ciudad antigua», *Congreso Internacional El Estrecho de Gibraltar (Ceuta, 1987)*, Madrid, 55-70.
BENDALA, M. (1990): «El plan urbanístico de Augusto en Hispania: precedentes y pautas macroterritoriales», *Stadtbild und Ideologie*, München, 25-42.
BENDALA, M.; FERNÁNDEZ OCHOA, C.; FUENTES, A. y ABAD, L. (1987): «Aproximación al urbanismo prerromano y a los fenómenos de transición y de potenciación tras la conquista», *Los asentamientos ibéricos ante la romanización*, Madrid, 121-140.
BISI, A. M.ª (1983): «L'espansione fenicia in Spagna», *Fenici e Arabi nel Mediterraneo*, Roma, 97-151.
BISI, A. M.ª (1985): «La coroplastica fenicia d'Occidente (con particulare riguardo a quella ibicenca)», *A.O.*, 3 *(Los fenicios en la Península Ibérica,* I), 285-295.
BLANCO, A. (1985): «Los nuevos bronces de Sancti Petri», *B.R.A.H.*, 182, 207-216.
BLANCO, A. y CORZO, R. (1981): «Der neue anthropoide Sarkophag von Cadiz», *M.M.*, 22, 236-243.
BLÁZQUEZ, J. M. (1975): *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente*, Salamanca (2.ª ed.).
BLÁZQUEZ, J. M. (1976): «En torno a los supuestos retratos bárquidas en monedas cartaginesas», *Numisma*, 26, 39-48.
BLÁZQUEZ, J. M. (1983a): «Panorama general de la presencia fenicia y púnica en España», *Atti del I Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*, vol. II, Roma, 311-373.
BLÁZQUEZ, J. M. (1983b): *Primitivas religiones ibéricas II. Religiones prerromanas*, Madrid (Contiene, entre otros, un apéndice de J. Padró sobre «Amuletos y divinidades egipcios en la Hispania prerromana»).
BLÁZQUEZ, J. M. y GARCÍA-GELABERT, M.ª P. (1991): «Los Bárquidas en la Península Ibérica», *Atti del II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*, vol. I, Roma, 27-50.
BOARDMAN, J. (1984): *Escarabeos de piedra procedentes de Ibiza*, Madrid.
BONNET, C. (1988): *Melqart. Cultes et mythes de l'Héraclès tyrien en Méditerranée*, Studia Phoenicia VIII, Leuven, 203-241.
BUNNES, G. (1986): «Le role de Gadès dans l'implantation phénicienne en Espagne», *A.O.*, 3 (*Los fenicios en la Península Ibérica,* II), 187-192.
CAMPO, M. (1976): *Las monedas de Ebusus*, Barcelona.
CAMPO, M. (1986): «Algunas cuestiones sobre las monedas de Malaca», *A.O.*, 4 (*Los fenicios en la Península Ibérica,* II), 139-155.
CORZO SÁNCHEZ, R. (1975): «La Segunda Guerra Púnica en la Bética», *Habis*, 6, 213-240.
CORZO SÁNCHEZ, R. (1980): «Paleotopografía de la bahía gaditana», *Gades*, 5, 5-14.
CORZO SÁNCHEZ, R. (1983): «Cádiz y la Arqueología fenicia», *Anales de la Real Academia de Bellas Artes de Cádiz*, 1, 5-29.
CORZO SÁNCHEZ, R. (1989): «Los sacrificios infantiles en Cádiz», *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense*, 14, 239-246.
COSTA RIBAS, B.; FERNÁNDEZ GÓMEZ, J. H. y GÓMEZ BELLARD, C. (1991): «Ibiza fenicia: la primera fase de la colonización de la isla (siglos VII y VI)», *Atti del II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*, vol. II, Roma, 759-795.
CHAVES TRISTÁN, F.ª (1990): «Los hallazgos numismáticos y el desarrollo de la Segunda Guerra Púnica en el sur de la Península Ibérica», *Latomus*, 9, 613-622.
CHAVES TRISTÁN, F.ª y MARÍN CEBALLOS, M.ª C. (1987): «L'influence phénico-punique sur l'iconographie des frappes locales de la Peninsule Ibérique», *Numismatique et Histoire Économique dans le Monde Phénicopunique*, Louvain-la-Neuve.
CHIC GARCÍA, G. y FRUTOS REYES, G. DE (1984): «La Península Ibérica en el marco de las colonizaciones mediterráneas», *Habis*, 15, 201-228.
DELGADO, A.; PARRAGA, M., y RUIZ, A. (1991): «Nuevas tumbas fenicias en la provincia de Málaga», *Rev. Arq.*, 123, 16-21.
DEVIJVER, H. y LIPINSKI, E. (eds.) (1989): *Studia Phoenicia X. Punic Wars*, Leuven (con varios artículos sobre España, de Gómez Bellard, Guerrero Ayuso, González Wagner, Blázquez, Barceló y otros).

DIES CUSI, E. (1990): «Viabilidad y finalidad de un sistema de torres de vigilancia en la Ibiza púnica», *Saguntum,* 23, 213-224.
ESCACENA, J. L. (1985): «Gadir», *A.O.,* 3 *(Los fenicios en la Península Ibérica, I),* 39-59.
FERNÁNDEZ CANIVELL, R.; SCHUBART, H. y NIEMEYER, H. G. (1976): «Las tumbas de cámara 2 y 3 de Trayamar en Algarrobo (Málaga)», *Zephyrus,* 18, 63-77.
FERNÁNDEZ J. H. (1985): «Necrópolis de Puig des Molins (Ibiza): nuevas perspectivas», *A.O.,* 3 *(Los fenicios en la Península Ibérica,* I), 19-175.
FERNÁNDEZ JURADO, J. (1986): «La influencia fenicia en Huelva», *A.O.,* 4 *(Los fenicios en la Península Ibérica,* II), 211-225.
FERNÁNDEZ MIRANDA, M. (1986): «Huelva, ciudad de los tartesios», *A.O.,* 4 *(Los fenicios en la Península Ibérica,* II), 227-261.
FERNÁNDEZ MIRANDA, M. y CABALLERO ZOREDA, L. (1975): *Abdera. Excavaciones en el Cerro de Montecristo (Adra, Almería),* E.A.E., 85, Madrid.
FRUTOS REYES, G. DE (1987-88): «Sobre la fecha de la fundación de Cartago y sus primeras proyecciones por el occidente», *Habis,* 18-19, 215-230.
GAMER-WALLERT, I. (1978): *Agyptische und ägyptisierende Funde von der Iberischen Halbinsel,* Beihefte zum Tübinger Atlas des Vorderen Orients, Reihe B, Nr. 21, Wiesbaden.
GARCÍA Y BELLIDO, A. (1942): *Fenicios y cartagineses en Occidente,* Madrid.
GARCÍA Y BELLIDO, A. (1952): «Colonización púnica», *Historia de España,* de R. Menéndez Pidal, vol. I-2, Madrid, 309-492.
GARCÍA Y BELLIDO, M.ª P. (1987a): «Altares y oráculos semitas en Occidente: Melkart y Tanit», *R.S.F.,* 15.2, 135-158.
GARCÍA Y BELLIDO, M.ª P. (1987b): «Leyendas e imágenes púnicas en las monedas libiofenices», *IV Coloquio de Lenguas y culturas paleo-hispánicas, Veleia,* 2-3, 513-516.
GARCÍA Y BELLIDO, M.ª P. (1989): «Punic Iconography on the Roman Denarii of M. Plaetorius Cestianus», *A.J.N.* Sec. Ser., 1, 37-49.
GÓMEZ BELLARD, C. (1985): «Asentamientos rurales en la Ibiza púnica», *A.O.,* 3 *(Los fenicios en la Península Ibérica,* I), 177-192.
GÓMEZ BELLARD, C. (1988a): «Les Phéniciens au Levant et en Catalogne», *Dossiers Histoire et Archéologie,* 132, 72-73.
GÓMEZ BELLARD, C. (1988b): «Novedades de Arqueología fenicio-púnica en Ibiza», *A.Esp.A.,* 61, 226-229.
GÓMEZ BELLARD, C. (1990): *La colonización fenicia en la isla de Ibiza, E.A.E.,* 157, Madrid.
GONZÁLEZ BRAVO, R. y HERNÁNDEZ HIDALGO, M. (1987): *Cartagena púnica,* Cartagena.
GONZÁLEZ PRATS, A. (1986): «Las importaciones y la presencia fenicias en la Sierra de Crevillente (Alicante)», *A.O.,* 4 *(Los fenicios en la Península Ibérica,* II), 279-302.
GONZÁLEZ PRATS, A. (1991): «La presencia fenicia en el Levante Peninsular y su influencia en las comunidades indígenas», *I-IV Jornadas de Arqueología fenicio-púnica (Ibiza, 1986-89),* Eivissa, 109-118.
GONZÁLEZ WAGNER, E. C. (1983): *Fenicios y cartagineses en la Península Ibérica,* Madrid.
GONZÁLEZ WAGNER, E. C. (1984): «El comercio púnico en el Mediterráneo a la luz de una nueva interpretación de los tratados concluidos entre Cartago y Roma», *Memorias de Hist. Antigua,* 6, Oviedo, 211-223.
GONZÁLEZ WAGNER, E. C. y ALVAR, J. (1989): «Fenicios en Occidente: la colonización agrícola», *R.S.F.,* 17, 61-102.
GRAN AYMERICH, J. M. J. (1985): «Málaga fenicia y púnica», A.O., 3 *(Los fenicios en la Península Ibérica,* I), 127-147.
GRAU-ZIMMERMAN, B. (1978): «Phönikische Metalkannen in den orientalisierenden Horizonten des Mittelmeerraumes», *M.M.,* 19, 161-218.
GUERRERO AYUSO, V. M. (1984): *Asentamiento púnico de Na Guardis,* E.A.E., 133, Madrid.
GUERRERO AYUSO, V. M. (1985): *Indigenisme i colonització punica a Mallorca,* Baleares.
GUERRERO AYUSO, V. M. (1986): «El impacto de la colonización púnica en la cultura talayótica de Mallorca», *A.O.,* 4 *(Los fenicios en la Península Ibérica,* II), 339-375.
GUERRERO AYUSO, V. M. (1987): «Los sarcófagos tauromorfos de 'La Punta'. Un caso de aculturación indígena en la protohistoria de Mallorca», *R.S.F.,* 15.2, 163-178.
GUERRERO AYUSO, V. M. (1991): «Naturaleza y función de los asentamientos púnicos en Mallorca», *Atti del II Congressso Internazionale di Studi Fenici e Punici,* vol. III, Roma, 923-930.
HERNÁNDEZ J. H. y PADRO, J. (1982): *Escarabeos del Museo Arqueológico de Ibiza,* Madrid.
HOFFMANN, G. (1988): «Geologische Untersuchungen im Tal des Río Guadiaro, Prov. Cádiz», *M.M.,* 29, 126-131.
JIMÉNEZ, A. (1989): *La Puerta de Sevilla en Carmona,* Sevilla.
KEESMANN, I. y NIEMEYER, H. G. (1988): «Un centro primitivo de elaboración de hierro en la factoría fenicia de Toscanos», *Minería y metalurgia en las antiguas civilizaciones mediterráneas y europeas,* I, Madrid, 99-108.
LÓPEZ MONTEAGUDO, G. (1977): «Panorama actual de la colonización semita en la Península Ibérica», *R.S.F.,* V-2, 195-20.
MAAS-LINDEMANN G. (1982): *Toscanos. Die westphönizische Niederlasung an der Mündung des Río Vélez,* Mad. Forsch., 6.3, Berlín.

MAAS-LINDEMANN G. (1985): «Vasos fenicios de los siglos VIII-VI en España. Su procedencia y posición dentro del mundo fenicio occidental», *A.O.*, 3 *(Los fenicios en la Península Ibérica,* I), 227-239.
MARÍN CEBALLOS, M.ª C. (1978): «Documents pour l'étude de la religion phénico-punique ibérique: Astarté», *Deuxième Congrés International d'Étude des Cultures de la Méditerranée Occidental,* II, Alger, 21-32.
MARÍN CEBALLOS, M.ª C. (1979-80): «Documentos para el estudio de la religión fenicio-púnica en la Península Ibérica II: Deidades masculinas», *Habis,* 10-11, 217-232.
MARÍN CEBALLOS, M.ª C. (1983): «Ibiza, encrucijada mediterránea. El panteón cartaginés», *III Congrés International d'Étude des Cultures de la Méditerranée Occidental, II,* Jerba Tunisie, 108 ss.
MARÍN CEBALLOS, M.ª C. (1987): «¿Tanit en España?», *Lucentum,* 6, 43-79.
MARTÍN, M., y ROLDÁN BERNAL, B. (1991): «Púnicos en Cartagena», *Rev. Arq.,* 124, 18-24.
MASCORT, M. T.; SANMARTÍ, J. y SANTACANA, J. (1988): «Noves dades sobre el comerç fenici a Catalunya», *7e. Col. loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà,* 185-199.
MASCORT, M. T.; SANMARTÍ, J., y SANTACANA, J. (1989): «El yacimiento de la primera Edad del Hierro de Aldovesta (Benifallet, Baix Ebre). Un enclave del comercio fenicio en el Bajo Ebro», XIX *C.A.N.* (Castellón, 1987), vol. II, Zaragoza, 341-352.
MAYER, M. (1990): «La pervivencia de cultos púnicos: el documento de la Cueva Negra (Fortuna, Murcia)», *L'Africa Romana,* 7, 695-702.
MIRET, M. (1989): «Materiales fenicios en la zona costera al sur del Macizo del Garraf (Barcelona)», XIX *C.A.N.* (Castellón, 1987), Zaragoza, 575-582.
MIRÓ, J. (1989): «Anforas arcaicas en el litoral catalán. Un estudio acerca de las primeras importaciones de vino en Cataluña (625-500)», *A.Esp.A.,* 62, 21-70.
MOLINA FAJARDO, F. y HUERTAS JIMÉNEZ, C. (1985): *Almuñécar en la Antigüedad. La necrópolis fenicia de Puente de Noy,* II, Granada.
MOLINA FAJARDO, F. (1983-84): *Almuñécar, Arqueología e Historia,* I y II, Granada.
MOLINA FAJARDO, F. (1985): «Almuñécar a la luz de los nuevos hallazgos fenicios», *A.O.,* 3 *(Los fenicios en la Península Ibérica,* I), 193-216.
MOLINA FAJARDO, F.; RUIZ, A. y HUERTAS, C. (1982): *Almuñécar en la Antigüedad. La necrópolis fenicio-púnica de Puente de Noy,* Granada.
MOSCATI, S. (1983): «Precolonizzazione greca e precolonizzazione fenicia», *R.S.F.,* 11, 1-7.
MUÑIZ COELLO, J. (1974): «Málaga y la colonización púnica en el sudeste peninsular», *Habis,* 5, 109-129.
MUÑOZ VICENTE, A.; FRUTOS REYES, G. y BERRIATUA HERNÁNDEZ, N. (1987): «Contribución a los orígenes y difusión comercial de la industria pesquera y conservera gaditana a través de las recientes aportaciones de las factorías de salazones de la bahía de Cádiz», *Actas del Congreso Internacional El Estrecho de Gibraltar,* Ceuta, vol. I, 487-508.
NEGUERUELA, I. (1979-80): «Sobre la cerámica de engobe rojo en España», *Habis,* 10-11, 335-359.
NEGUERUELA, I. (1983a): «Zur Datierung der Westphönizischen Nekropole von Almuñecar», *M.M.,* 22, 211-228.
NEGUERUELA, I. (1983b): «Jarros de boca de seta y de boca trilobulada de cerámica de engobe rojo en la Península Ibérica», *Homenaje al profesor Martín Almagro Basch,* vol. II, Madrid, 259-279.
NIEMEYER, H. G. (1979-80): «A la búsqueda de Mainake: el conflicto entre los testimonios arqueológicos y escritos», *Habis,* 10-11, 279-306.
NIEMEYER, H. G. (1981): «Anno octogesimo post Troiam captam... Tyria classis Gadis condidit? Polemische Gedanken zum Gründungsdatum von Gades (Cádiz)», *Hamburger Beiträge zur Archäologie,* 8, 9-33.
NIEMEYER, H. G. (1972a): «Die phönizische Niederlassung Toscanos: eine Zwischenbilanz», *Phönizier im Westen* (Madr. Beiträge, VIII), Mainz, 185-206.
NIEMEYER, H. G. (1982b): «El yacimiento fenicio de Toscanos: balance de la investigación», *Huelva Arqueológica,* 6, 101-127.
NIEMEYER, H. G. (ed.) (1982c): *Phönizier im Westen,* Madr. Beitr., 8, Mainz am Rhein.
NIEMEYER, H. G. (1985): «El yacimiento fenicio de Toscanos: urbanística y función», *A.O., (Los fenicios en la Península Ibérica,* I), 109-126.
NIEMEYER, H. G.; PELLICER, M. y SCHUBART, H. (1963): «Una colonia paleopúnica en la desembocadura del río Vélez, Málaga», *N.A.Hisp.,* 7, 150-153.
NIEMEYER, H. G.; PELLICER, M. y SCHUBART, H. (1964): «Eine altpunische Kolonie an der Mündung des Río Vélez», *Archäologisches Anzeiger,* 476-493.
NIEMEYER, H. G., y SCHUBART, H. (1969): *Toscanos. Die altpunische Faktorei an der Mündung des Río Vélez,* Madr. Forsch., 6.1, Berlín, 1969.
OLMO, G. DEL y AUBET, M.ª E. (ed.) (1986): *Los fenicios en la Península Ibérica,* Barcelona *(Aula Orientalis 3 y 4,* 1985-86).
PADRÓ, J. (1976-78): «Datos para una valoración del 'factor egipcio' y de su incidencia en los orígenes del proceso de iberización», *Simposi Internacional: Els Origens del Món Ibèric, Ampurias,* 38-40, 487-509.
PADRÓ, J. (1980-85): *Egyptian-Type Documents. From the Mediterranaean Littoral of the Iberian Peninsula before the Roman Conquest,* 3 vols. (1980, 1983 y 1985), Leiden.

PADRÓ, J. (1983): «Los fenicios y la distribución de objetos egipcios en el extremo occidente mediterráneo», *Atti del I Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici,* vol. I, Roma, 67-75.
PADRÓ, J. (1986): «Las importaciones fenicias en Almuñécar y los orígenes de la colonización fenicia en la Península Ibérica», *Homenaje a Luis Siret,* Sevilla, 526-529.
PELLICER, M. (1963): *Excavaciones en la necrópolis púnica «Laurita» del Cerro de San Cristóbal (Almuñécar, Granada),* E.A.E., 17, Madrid.
PELLICER, M. (1978): «Tipología y cronología de las ánforas prerromanas del Guadalquivir, según el Cerro Macareno», *Habis,* 9, 365-400.
PELLICER, M. (1985): «Sexi fenicia y púnica», *A.O.,* 3 *(Los fenicios en la Península Ibérica,* I), 85-107.
PELLICER, M.; MENANTEAU, L. y ROUILLARD, P. (1977): «Para una metodología de localización de colonias fenicias en las costas ibéricas: El cerro del Prado», *Habis,* 8, 217-227.
PEREA CAVEDA, A. (1985): «La orfebrería púnica de Cádiz», *A.O.,* 3 *(Los fenicios en la Península Ibérica,* I), 295-322.
PEREA CAVEDA, A. (1989): «Cádiz: orfebrería fenicia», *El oro en la España prerromana,* Mon. Re. Arq., Madrid, 58-67.
PÉREZ, C. J. (1986): «Bibliografía sobre los fenicios en la Península Ibérica», *A.O., (Los fenicios en la Península Ibérica,* II), 315-338.
PERDIGONES, L.; MUÑOZ VICENTE, A. y PISANO, G. (1990): *La necrópolis fenicio-púnica de Cádiz. Siglos VI-IV a. de C.,* Roma.
PLANTALAMOR, L. y RITA LARRUECA, M.ª C. (1986): «Influencia colonial en la cerámica indígena del Talayótico Final en Menorca», *A.O.,* 4 *(Los fenicios en la Península Ibérica,* II), 377-385.
PONSICH, M. y TARRADELL, M. (1965): *Garum et industries antiques de salaison dans la Méditerranée Occidentale,* París.
RAMALLO ASENSIO, S. F. (1989): *La ciudad romana de Carthago Nova: la documentación arqueológica,* Murcia.
RAMÍREZ DELGADO, J. R. (1982): *Los primitivos núcleos de asentamiento en la ciudad de Cádiz,* Cádiz.
RAMÓN, J. (1981): *La producción anfórica ebusitana,* Eivissa.
RAMÓN, J. (1987-88): «El recinto púnico del Cap des Llibreli (Ibiza)», *Saguntum,* 21, 267-293.
RAMÓN, J. (1991a): «El yacimiento de Sa Caleta», *I-IV Jornadas de Arqueología fenicio-púnica (Ibiza, 1986-89),* Eivissa, 177-196.
RAMÓN, J. (1991b): *Las ánforas púnicas de Ibiza,* Eivissa.
RAMOS SAINZ, M.ª L. (1990): *Estudio sobre el ritual funerario en las necrópolis fenicias y púnicas de la Península Ibérica,* Univ. Autónoma, Madrid.
RECIO RUIZ, A. (1990): *La cerámica fenicio-púnica, griega y etrusca del sondeo de San Agustín (Málaga),* Málaga.
RODERO RIAZA, A. (1985): «La ciudad de Cartagena en época púnica», *A.O.,* 3 *(Los fenicios en la Península Ibérica,* I), 217-225.
ROUILLARD, P. (1978): «Brève note sur le Cerro del Prado, site phénicien de l'Ouest, à l'embouchure du Río Guadarranque (San Roque, Cadix)», *M.M.,* 19, 152-160.
RUFETE TOMICO, P. (1989): «Die phönizische Rote Ware aus Huelva», *M.M.,* 30, 118-134.
RUIZ MATA, D. (1985): «Las cerámicas fenicias del Castillo de Doña Blanca», *A.O.,* 3 (*Los fenicios en la Península Ibérica,* I), 241-263.
RUIZ MATA, D. (1986): «Aportación al análisis de los inicios de la presencia fenicia en Andalucía sudoccidental, según las excavaciones del Cabezo de San Pedro (Huelva), S. Bartolomé (Almonte, Huelva), Castillo de Doña Blanca (Puerto de Santa María, Cádiz) y El Carambolo (Camas, Sevilla)», *Homenaje a Luis Siret,* Sevilla, 537-556.
RUIZ MATA, D. (1987): «La colonización fenicia en la Península Ibérica», *Historia General de España y América,* I-2, Madrid, 31-92.
SAN NICOLÁS, M.ª P. (1975): «Las cáscaras de huevos de avestruz fenicio-púnicas en la Península Ibérica y Baleares», *Cu.P.A.U.A.M.,* 2, 1975, 75-100.
SANMARTÍ, J. (1991): «El comercio fenicio y púnico en Cataluña», *I-IV Jornadas de Arqueología fenicio-púnica. Ibiza, 1986-89,* Eivissa, 119-136.
SCHUBART, H. (1976): «Westphönizische Teller», *R.S.F.,* IV-2, 179-196.
SCHUBART, H. (1977): «Jardin-Vorbericht über die Grabungskampagne 1976 in der Nekropole des 6/5 Jhs. v. Chr.», *M.M.,* 18, 93-97.
SCHUBART, H. (1982a): «Asentamientos fenicios en la costa meridional de la Península Ibérica», *Huelva Arqueológica,* 6, 71-100.
SCHUBART, H. (1982b): «Phönizische Niederlassung an der Ibersichen Südküste», *Phönizier im Westen* (Madr. Beiträge, 8), Mainz, 207-234.
SCHUBART, H. (1985): «El asentamiento fenicio del siglo VIII a. de C. en el Morro de Mezquitilla», *A.O.,* 3 *(Los fenicios en la Península Ibérica,* I), 59-83.
SCHUBART, H. (1988): «Endbronzezeitliche und phönizische Siedlungsfunde von der Guadiaro-Mündung, Prov. Cádiz. Probegrabung 1986», *M.M.,* 29, 132-173.
SCHUBART, H. y ARTEAGA, O. (1986): «El mundo de las colonias fenicias occidentales», *Homenaje a Luis Siret,* Sevilla, 499-525.

SCHUBART, H. y ARTEAGA, O. (1990): «La colonización fenicia y púnica», *Historia de España*, 1, Madrid, 431-470.
SCHUBART, H. y MAAS LINDEMANN, G. (1979): «Jardin: informe preliminar de 1976 en las necrópolis de los siglos VI-V a. de C.», *N.A.Hisp.*, 6, 151-173.
SCHUBART, H. y NIEMEYER, H. G. (1975): *Trayamar. Die phönizischen Kammergräber und die Niederlassung an der Algarrobo-Mündung* (Madr. Beiträge, IV), Mainz.
SCHUBART, H. y NIEMEYER, H. G. (1976): *Trayamar. Los hipogeos fenicios y el asentamiento en la desembocadura del Algarrobo*, E.A.E., 90, Madrid.
SCHUBART, H.; NIEMEYER, H. G. y MAAS-LINDEMANN, G. (1972a): «Toscanos, Jardin und Alarcón. Vorbericht über die Grabungskampagne 1971», *M.M.*, 13, 125-159.
SCHUBART, H.; NIEMEYER, H. G. y MAAS-LINDEMANN, G. (1972b): «Toscanos, Jardin y Alarcón», *N.A.Hisp. Arqueología*, 1, 11-41.
SCHUBART, H.; SCHULZ, H. D.; ARTEAGA, O. y HOFFMANN, G. (1988): *Geologish-archäologische Forschungen zum Verlauf des andalusischen Mittlemeerküste*, Madr. Beitr., 14, Mainz am Rhein.
SCHUBART, H.; SCHULZ, H. D.; ARTEAGA, O. y HOFFMANN, G. (1989): «Investigaciones geológicas y arqueológicas sobre la relación costera de los asentamientos fenicios en la Andalucía mediterránea», *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, 27, 61-66.
SUÁREZ, A.; AGUAYO, P.; CARRILLERO, M.; LÓPEZ CASTRO, J. L. y SAN MARTÍN, C. (1989): «Abdera: una colonia fenicia en el sureste de la Península Ibérica», *M.M.*, 30, 135-150.
TARRADELL, M. y FONT, M. (1975): *Eivissa Cartaginesa*, Barcelona.
TEJERA GASPAR, A. (1975): «Orígenes y paralelos de las tumbas fenicias y púnicas en Andalucía», *Habis*, 6, 197-212.
TEJERA GASPAR, A. (1979): *Las tumbas fenicias y púnicas del Mediterráneo occidental*, Sevilla.
ULREICH, H.; NEGRETE, M. A.; PUCH, E. y PERDIGONES, L. (1990): «Cerro del Prado. Die Ausgrabungen 1989 im Shutthang der phönizischen Ansiedlung an der Guadarranque-Mundund», *M.M.*, 31, 194-250.
VILLARONGA, L. (1973): *Las monedas hispano-cartaginesas*, Barcelona.
VILLARONGA, L. (1986): «Economía monetaria en la Península Ibérica ante la presencia cartaginesa durante la segunda guerra púnica», *A.O.*, 4 *(Los fenicios en la Península Ibérica*, II), 157-162.

HISTORIOGRAFIA DE LA PRESENCIA Y DEL COMERCIO GRIEGO EN ESPAÑA

Ricardo Olmos
Departamento de Historia Antigua y Arqueología,
Centro de Estudios Históricos
CSIC. Madrid

Al plantearme hoy un panorama que sintetice los veinte últimos años de investigación sobre los griegos en España debería surgirme una primera dificultad o reparo científico, si no ya moral: el ser actor y espectador del drama a un mismo tiempo lo que me impide un necesario alejamiento y, por lo tanto, una mínima objetividad en el juicio. Pues estos veinte años que aquí debo tratar en una síntesis que pretendemos crítica corresponden prácticamente con el desarrollo de mi actividad investigadora en este campo. Intentaré, por lo tanto, superar en lo posible la visión excesivamente parcial del investigador concreto buscando acercarnos a ese aspecto más colectivo y globalizador de toda ciencia. Lo cual no es tarea fácil y, sólo en una pequeña parte, puede lograrse. Ello no impide, claro está, la formulación de juicios pero se corre el riesgo, repito, de una posible unidireccionalidad. De los múltiples aspectos que implica la amplitud del tema he elegido aquí preferentemente el análisis de la presencia griega a través de la documentación cerámica. No es el único, sino uno entre muchos, pero sí, probablemente el más significativo.

No podemos valorar la actividad científica, ni ésta ni ninguna otra, sin tener en cuenta los poderosos condicionantes históricos en los que la investigación se lleva a cabo. Hemos de partir de aquéllos para comprender el por qué de esa objetivación final que aporta toda investigación que se entrevera con la vida. Y hablar de estos veinte últimos años nos sitúa, por lo tanto, a inicios de la década de los setenta e, históricamente, en el marco global de una herencia cultural española por lo general pobre, con una ciencia aislada del exterior y apenas motivada, dada la escasa discusión ideológica, la limitación de los enfoques nuevos y la difícil interdisciplinaridad.

Nos interesa también conocer cuáles eran las preguntas científicas —resueltas o por resolver— planteadas durante las décadas anteriores a nuestro presente, tanto por los interrogantes que dejaron sin cerrar como, sobre todo, por las viejas líneas metodológicas que se agotaban o por las nuevas que se apuntaban. Digo esto por dos motivos: primero, porque la tradición científica de los antecesores configura y condiciona la investigación siguiente donde a veces los prejuicios y los presupuestos más inmediatos son difíciles de remover o superar. Segundo, porque, por lo general y salvo casos excepcionales, las cuestiones científicas no se plantean como una ruptura con lo defendido anteriormente sino como una continuidad en la que se trata de matizar, corregir, enriquecer o transformar un panorama ya existente. En nuestro caso hemos asistido durante estos veinte años a un proceso evolutivo que en la década de los setenta es especialmente poco dialéctico pero que aflora en una mayor conciencia de progreso y crítica durante los años ochenta. La década de los setenta corresponderían a años de siembra o de gestación de ideas cuyos gérmenes brotarán con fuerza en el decenio siguiente.

Pero veamos primero ese panorama heredado de las generaciones anteriores. En los años de la postguerra la investigación se había refugiado obligadamente en la autoridad de personalildades individuales. La ciencia se vinculaba a grandes nombres y a figuras concretas: no se había apagado aún la voz del último Schulten y, con él, los coletazos locales de un Tartessos utópico que jamás se descubriría tal como lo había soñado el idealista alemán; sobresalía entonces con fuerza la indiscutible autoridad internacional de Antonio García y Bellido con sus monumentales síntesis históricas. Y Martín Almagro había dedicado parte de los años cuarenta y cincuenta para renovar las excavaciones en Ampurias dedicándose, sobre todo, a la publicación de los materiales de la colonia o emporio foceo: a comienzos de los cincuenta verá la luz su gran trabajo sobre las necrópolis (ALMAGRO, 1953, 1955) junto con otros estudios sobre las incripciones griegas (ALMAGRO, 1952) y desde un punto de vista más puramente de fuentes clásicas, la recopilación de los textos antiguos relativos a Ampurias (ALMAGRO, 1951). Un decenio después realizará la excavación junto a la iglesia de San Martín de Ampurias buscando los restos de la *Palaiápolis,* con escasos resultados pero con atisbos significativos de un temprano mundo arcaico jonio oriental (ALMAGRO, 1964, láms. 36-40).

La arqueología griega en España durante los años sesenta y setenta se perfilaba, pues, dentro de la herencia de dos enfoques científicos en cierto modo diferentes. Quedaba aún, por un lado, el enorme peso del final de una arqueología filológica representada por la *Hispania Graeca* de Antonio García y Bellido, obra fundamental para aquellos años e incluso hoy día tanto como fuente crítica de las antiguas referencias literarias como para una primera documentación global de los hallazgos griegos en España (GARCÍA y BELLIDO, 1948).

Por otro, los trabajos de Martín Almagro planteaban una nueva línea más empírica y positivista que traía consigo la publicación de los materiales de los conjuntos cerrados: cerámica (ánforas, terracotas, lucernas, etc.) vidrios, pequeños bronces... Esta línea corresponde con el tardío auge, en la arqueología clásica, de la clasificación, de las tipologías y de la evolución, en definitiva de la recopilación ordenada de materiales para la investigación, una línea desarrollada desde comienzos de siglo para la prehistoria y que llegará con significativo retraso a nuestro campo (GUIDI, 1988, 38 ss.). En efecto, su extensión a la clasificación sistemática de los materiales cerámicos del mundo clásico, campaniense y sigillatas, se fomentará en esos años por Nino Lamboglia en torno al centro de Estudios Ligures de Ventimiglia. Las enseñanzas de Lamboglia y su mismo esquema de escuela se reproducirán en los cursos de verano de Ampurias, cuyo amplio influjo afectará a varias generaciones de arqueólogos españoles, especialmente los que se forman en los años sesenta y setenta. En nuestro ámbito esta línea positivista sirvió para asentar, sobre las bases más firmes de la observación empírica, la investigación. Fue sin duda una de las aportaciones más importantes de un estudioso como Martín Almagro que accedía al mundo griego desde el campo de la Prehistoria.

Pero a veces este paso o necesaria preparación protocientífica puede llegar a oscurecer uno de los objetivos de la investigación arqueológica —que es la interpretación histórica— y ésta va a ser una herencia cuyo peso se notará hasta bien entrados los años setenta: ante el fracaso de las lucubraciones de la arqueología idealista, el arqueólogo se sentirá más seguro en el análisis puntual de lo concreto. Y algunos, estrictamente formados en las cerradas escuadras tipologistas, apenas se atreverán a trascender aquella lectura material de lo que tienen ante sus ojos y tendrán miedo a proponer otros modelos interpretativos.

Sin embargo, ambas tendencias apuntadas, que hemos querido encarnar paradigmáticamente en las figuras de García y Bellido y de Almagro, no se presentaron de esta manera antagónica sino que se complementan e interfieren en la obra de ambos autores. Sería injusto hoy colgar a uno u otro investigador el sambenito de cualquier fórmula que estereotipara su respectiva actividad científica. Sin ninguna duda Almagro ofrece una importante interpretación histórica en sus escritos; y, en un sentido diferente, la *Hispania Graeca* de Bellido no es sólo el final y culminación crítica de una tradición sino que va mucho más allá. Pues García y Bellido conocía bien los límites de la interpretación filológica *avant la lettre,* es decir, la consideración apriorística, textos en mano, que había llevado a los investigadores de las décadas anteriores a buscar las supuestas colonias y enclaves griegos bajo el dictamen de las fuentes. Sabía que las experiencias de A. Schulten habían resultado un modelo de obstinación que abocaron en un fracaso del idealismo histórico-filológico. En fin, la gran virtud del libro de García y Bellido en el que beberemos tantos investigadores de mi generación es la de recoger toda esa problemática y presentarla crítica y ponderadamente a la luz de los conocimientos de la época. Pero además Bellido intentó reunir y mostrar el conjunto de los materiales al que dedica nada menos que los dos últimos volúmenes (texto y láminas) de su *Hispania Graeca.* Se apoya en una tendencia, iniciada por otros y por él mismo en el madrileño Centro de Estudios Históricos, con anterioridad a la Guerra Civil, a través de los llamados «ficheros de arte» y, concretamente aquí, el de «arte antiguo» en una línea que luego desgraciadamente se diluiría y en la que se relacionaba estrechamente la investigación con la catalogación del patrimonio.

La vertiente más histórico-filológica del pensamiento de Bellido no quedó pues agotada en su *Hispania Graeca* sino que la veremos prolongarse durante estas dos últimas décadas especialmente vinculada a los Departamentos universitarios de Historia Antigua donde, por lo general, se separará cada vez más el tratamiento arqueológico del puramente textual. En una cierta medida se refleja la escisión abierta desde entonces —y no sólo en nuestro país— entre la arqueología clásica y la historia antigua. Diversos estudiosos se han ocupado en estos años de crítica historiográfica considerando ya las fuentes clásicas como producto de un autor, de una ideología y de un tiempo histórico concretos, no muy alejados pues de la visión propugnada por Arnaldo Momigliano. Y aquí hemos de citar, aun en su estudio de preparación, la revisión colectiva de las viejas *Fontes Hispaniae Antiquae,* obra que prosigue hoy su marcha en una labor coordinada por Julio Mangas y Domingo Plácido a través de la Universidad Complutense madrileña con una publicación que afectará en una gran medida, desde el punto de vista textual, al tema de los griegos en España. Con todo, estas referencias vienen a ofrecer una visión ajena, grecorromana, de una realidad occidental. Paralelamente se han llevado a cabo análisis de los mitos, bien considerando su dudosa validez histórica (como los *nóstoi* o los relatos y recreaciones fundacionales), bien desde un punto estructural. Otros estudiosos se han venido ocupando de aspectos concretos como la navegación (técnicas y formas) o de instituciones como las relaciones y los modos de comercio (con unas primeras aunque tímidas alusiones a ámbitos antes desconocidos para los clasicistas como el de la antropología con los esquemas de asilo —*asylía*— y hospitalidad o de *philía* que establecen las relaciones comerciales o la misma función de la mujer en la colonización focea). A estas vertientes se debería dedicar otro estudio futuro. Pero prescindo aquí, por razones de tiempo y de espacio, a enumerar los trabajos o incluso a citar los nombres de los colegas que se han ocupado recientemente de estos temas históricos. Un inicio de estas corrientes se insinúa ya en la Mesa redonda organizada por Javier Arce en el antiguo Instituto Rodrigo Caro en 1978 con el título *Colonización griega y mundo indígena en la Península Ibérica.* A pesar de la escisión mencionada no pocas de estas ideas han encontrado después ciertos ecos o reflejos en la hermenéutica del arqueólogo.

Si bien no compartimos ese cierto divorcio artificial que a veces ha aislado puntos de observación en realidad parciales y complementarios, centrémonos hoy, por razones de espacio más que del público lector, en la faceta más puramente arqueológica. En los años sesenta se inicia tímidamente, decíamos, un proceso de diversificación que conlleva un análisis empírico sobre problemas más concretos basados en la constatación —o contrastación— arqueológica.

Punto de referencia obligado es sobre todo la tesis doctoral de Gloria Trías, *Las Cerámicas Griegas de la Península Ibérica,* publicada en 1967 pero elaborada mucho antes y que sintetiza esa vertiente más positivista y clasificatoria de la arqueología iniciada en nuestro ámbito por Martín Almagro. Pero también este libro continúa, por otro lado, el afán de síntesis de la misma *Hispania Graeca* de Bellido, ocupándose precisamente en uno de los aspectos menos tratados por este autor, los vasos. Pues la cerámica se había convertido entonces en un campo muy especializado a través sobre todo de las inmensas clasificaciones estilísticas de J. D. Beazley en Oxford para los talleres áticos de Figuras Negras y Figuras Rojas. Se había alcanzado una complejidad tan notable que se hacía necesario un tratamiento monográfico y especialilzado de la cerámica ática en España y Portugal. La necesaria formación de ese especialista en cerámica griega cristalizó en aquellos años en Gloria Trías.

Por primera vez el libro de Gloria Trías centraba su enfoque en un tipo de materiales fundamentales para conocer los diversos aspectos de las relaciones comerciales. Es significativo que precisamente este grupo de materiales anteriormente hubiera suscitado tan sólo un interés secundario y hasta un cierto rechazo o desdén implícito de los estudiosos «serios». Pues predominaba aún, consciente o inconscientemente, el viejo discurso «winckelmaniano» del «prestigio» de las artes mayores como testimonio exclusivo o primordial para confirmar la presencia griega en España. Todavía en 1930, el viejo maestro que fue don José Ramón Mélida, buscaba vanamente en la escultura junto «con los vasos pintados y algunos otros productos industriales», el testimonio de la colonización y del comercio griegos mantenidos con la Península (MÉLIDA, 1930, 110).

G. Trías viene a romper definitivamente con estos enfoques tan caducos. Con las propias palabras de su introducción deja muy claro que no trata de ofrecer «un catálogo artístico de la cerámica ática de España y Portugal, sino un catálogo documental de tipo histórico-arqueológico» (1967, p. X). El enfoque del libro es pues descriptivo y clasificatorio (tipológico, estilístico, interpretación del tema decorativo, paralelos, etc.) en la línea abierta por J. D. Beazley en Oxford pero con un objetivo contextualizador, que es lo que le confiere su valor arqueológico, como define claramente la autora: «Cada pieza se estudia en función de su valor cronológico» (1967, p. XII). El objetivo final es todavía el de la «colonización» griega en España que se ve ahora bajo la luz de la cerámica. Se abren pues cuestiones y perspectivas nuevas cuyas respuestas estas dos décadas últimas tratarán de precisar: la distribución de la cerámica como testimonio del comercio, la periodización del mismo y la varia-

ción de su intensidad; el tema de las navegaciones prefoceas y el problema de los intermediarios (se considera ya la recurrencia a los fenicios como portadores de determinada cerámica arcaica en los asentamientos de la costa sur andaluza); la discusión inagotable, que será tan debatida durante los sesenta y setenta, de las rutas comerciales mediterráneas (las rutas foceas del Norte a través de Marsella, las rutas que llevan al Sur y el debatido y oscuro camino de las islas que la autora trata de documentar en Mallorca y Menorca con los diseminados hallazgos de los bronces, etc.), cuestiones que aún hoy, mucho más matizadas, no encuentran en muchos casos una respuesta clara ni única. También se plantea la debatida entidad de Ampurias en el V y su hipotética dependencia de Marsella, como subcolonia, lo que asocia Trías sugestivamente con el problema de las acuñaciones ampuritanas, en un sintomático interés hacia el valor histórico de los testimonios numismáticos; o el sugestivo y certero enfoque de lo que llama la autora el filopunismo de Ampurias en los siglos V y IV en sus relaciones con Ibiza. En el libro de Gloria Trías están, de forma muy sintética, expresadas o apuntadas no pocas de las cuestiones que se debatirán o se desarrollarán en estas dos últimas décadas. Veremos después cuáles fueron algunas de sus principales limitaciones.

También a mediados de los sesenta se retoman aún críticamente las referencias a las llamadas colonias griegas en el Levante y Sur español (*Hemeroscopeion, Alonis, Akra Leuke, Mainake,* etc.). El tema se había puesto de moda, decenios atrás, por investigadores como A. Schulten o como el norteamericano Rhys Carpenter a través de las bellas páginas de un librito tan seductor e influyente como lo fue *The Greeks in Spain* (1925). García y Bellido había sintetizado magistralmente esta problemática en su *Hispania Graeca,* pero ahora, a mediados de los años sesenta, se volvió a reconsiderar la cuestión de un modo más empírico mediante prospecciones en el país valenciano que resaltaban, desde los datos arqueológicos, la evidencia negativa de esos supuestos asentamientos griegos: faltaban, en la perspectiva de autores como Miquel Tarradell o Gabriela Martín (1968), las pruebas tangibles —como un asentamiento urbano y/o materiales griegos asociados— que documentaran de alguna manera las afirmaciones de los textos (fundamentalmente Estrabón) por lo que muchos autores empezaron a volver los ojos de nuevo hacia el modelo explicativo del comercio de los púnicos en Iberia subrayando así el papel histórico de la presencia semita y minimizando el griego.

Una similar tendencia se constata en el Sur español: las décadas de los años sesenta y setenta servirán para una confirmación de la presencia eminentemente fenicia, frente a la griega, a través de los numerosos yacimientos —asentamientos y necrópolis— que jalonan la costa. Ante la evidencia de los datos negativos se llega a poner en duda la veracidad de las fuentes —o se las olvida, como históricamente no significativas— salvo la voz, en el desierto de los arqueólogos, de algún incansable defensor del valor de los testimonios herodoteos como fue la intuitiva figura de Juan Maluquer de Motes (MALUQUER, 1970).

Los temas, decíamos al principio de nuestra exposición, no se agotan en el análisis de una sola generación sino que se superponen y continúan en una progresión cíclica, o avanzando en espiral, como en el modelo hegeliano de la historia. Los problemas que en un momento se consideraron superados, quedan sin embargo latentes para resurgir con nuevos matices. Uno de ellos es el tema de las colonias o asentamientos griegos en el sureste y levante español: nuevos argumentos de uno y otro signo lo traerán a la reconsideración científica en estas dos últimas décadas.

Empecemos por el levante donde P. Rouillard replanteó la cuestión a comienzos de los ochenta, reconsiderando el concepto de «pequeños asentamientos o colonias» como los tres que así cita Estrabón para el Sudeste ibérico (III, 4, 6). Así, el Portus Illicitanus, en el considerado Puerto de Elche, podría ser el lugar donde junto al poblado indígena existiría un pequeño asentamiento de griegos como la Alonis masaliota que cita Esteban de Bizancio (ROUILLARD, 1982, 428-9). Dialécticamente los argumentos serán continuamente matizados y nuevos: no es sólo la presencia en la Contestania de cerámica griega arcaica (ROUILLARD, 1976) o ática de los siglos V y IV lo que justifica la colonia sino más recientemente aporta este autor conceptos de helenización que, veremos, serán característicos de estas dos décadas. El uso regular de vasos para el simposio o para las ceremonias de libación que se documenta en las tumbas masculinas de Cabezo Lucero (Alicante) sería un nuevo indicio de la integración ibérica de modas o de rituales griegos y, por tanto, un argumento más para la localización de Alonis en la vecina localidad de Santa Pola, en el llamado Portus Illicitanus (ROUILLARD *et alii,* 1990, 557). La discusión renovada sobre los posibles orígenes griegos de la escultura ibérica, o los de la misma escritura llamada grecoibérica, cuyos rasgos jonios ha puesto de relieve Javier de Hoz, se apoyarán también, directa o indirectamente, en argumentos coloniales de este tipo: de nuevo está latente el tema de la presencia comercial y humana griega en esta área del SE. Lejos de agotarse, el tema vuelve una y otra vez, fecundante o estéril, a la manera de las viejas hidrias de las Danaides, tan pronto vacías como rebosantes en el eterno fluir del agua.

Más viva ha sido en estos dos últimos decenios la discusión sobre la presencia griega en el sur peninsular durante el llamado período orientalizante. Es evidente que desde finales de los años sesenta el interés se venía centrando, y aún se centra, en Tartessos, un tema enormemente cambiante y complejo al que Manuel Bendala dedica en este mismo libro un detenido análisis. La marcada ausencia griega en este campo era ya constatable en el Coloquio de 1969, «Tartessos y sus problemas» (VV.AA., 1969) una vez agotados los planteamientos de A. Schulten. Se renuncia a encontrar la *Mainake* griega y se hablará de colonias fantasma o de quimeras de los textos, posturas que aceptarán especialistas en el mundo foceo como J. P. Morel (1966, 1975 y 1981, p. 472). Se propone incluso una tardía relectura griega de un asentamiento en realidad fenicio en la adecuación Mainake/Toscanos de Niemeyer (NIEMEYER, 1979-80). Lógicamente también los objetos griegos hallados esporádicamente durante esos años en el sur andaluz se interpretarán bajo la modulación de la escala fenicia: las *cotylai* protocorintias de la necrópolis Laurita de Almuñécar (Granada) forman parte del ajuar funerario de un fenicio a quien el vaso griego otorga prestigio. Los intermediarios de todos estos productos serán fenicios y los griegos parecen no contar con un lugar empórico propio, al menos en el Sur.

El libro de Gloria Trías refleja perfectamente esta ausencia: no se cita en esta obra ni un solo fragmento de taller griego arcaico hallado en Andalucía Occidental, en el área tartesia. El dato es significativo y no meramente un reflejo casual. Responde a una verdad de perogrullo: no se documenta aquello que se desconoce. Es decir, en arqueología no aparece ni se descubre lo que previamente no figura en nuestra escala de conocimientos. Y la arqueología andaluza o «tartesia» de esos años no poseía aún las claves que nos introdujeran en la cerámica griega arcaica. En cambio, sí disponía con mucha mayor abundancia del código fenicio. Difícilmente eran legibles para los arqueólogos españoles de esos años los fragmentos de ánforas de aceite llamadas SOS —por ejemplo, en sus talleres áticos—, o cualquier otro material anfórico de la Grecia Oriental, de Corinto o del Occidente foceo: no habíamos tenido contacto con unos materiales que eran familiares a otros arqueólogos europeos abiertos al trabajo en áreas más amplias del Mediterráneo y a la discusión que ofrecía Europa. Difícilmente se podrían distinguir entonces los diferentes centros de la cerámica griega arcaica, sobre todo la de origen oriental donde el panorama se ve complicado además con las imitaciones de los talleres occidentales, vislumbradas para Ampurias por Almagro (1964). Tan sólo P. Rouillard ensayará una primera diferenciación del tema en las copas «jonias» de Ampurias (ROUILLARD, 1978). En definitiva, en los años setenta el mundo griego en Andalucía se habrá conocido sobre todo a través de las excavaciones de los asentamientos fenicios.

Una de las claves para retomar con una cierta mayor autonomía la posibilidad de una presencia comercial griega arcaica en Tartessos lo ofrecerán por primera vez los hallazgos de Huelva a inicios de la década de los ochenta (OLMOS, 1982). Ya B. B. Shefton había valorado con precisión, desde el punto de vista histórico, los más antiguos testimonios griegos en relación con Tartessos definiendo un horizonte foceo en Huelva desde las décadas finales del siglo VII (SHEFTON, 1983). Poco antes de este iluminador estudio, Shefton había buscado definir en las llamadas jarras de bronce rodias un producto comercializado por los foceos en Occidente que lo utilizarían como un presente introductorio de mercados (SHEFTON, 1979). No ha encontrado sin embargo entre los arqueólogos una aceptación unánime su propuesta. Desde entonces quedará aún imprecisa, con los meros datos de la arqueología, el episodio pionero de Coleo de Samos en el siglo VII: un tema que sigue y seguirá aún latente ante la dificultad de compaginar el dato tan concreto y personal de las fuentes —un viajero con nombre propio— con el panorama más anónimo y generalizador, y en ocasiones ambiguo, que puede ofrecer en este caso la arqueología.

Los hallazgos onubenses seguirán sin interrupción en toda esta década de los ochenta y las numerosas publicaciones sobre la cuestión de Huelva matizarán paulatinamente el sentido nuevo de estos descubrimientos (FERNÁNDEZ JURADO, 1984; CABRERA, 1985 y 1986). Surge, desde el punto de vista del método y del enfoque, una aportación importante: la arqueología va a permitir, de una manera dialéctica, revestir de contenido histórico tangible las referencias de los textos herodoteos. El estudio pormenorizado de los materiales arcaicos dará luz sobre los diversos períodos de estas relaciones comerciales y, lo que es más importante, sobre las características y el modo de realización de este comercio. La Tesis doctoral de Paloma Cabrera, por desgracia aún inédita, sistematizará el esfuerzo de estos años en el conocimiento de ese mundo griego arcaico en Andalucía Occidental, definiéndose especialmente el horizonte foceo (CABRERA, 1987). El análisis de la cerámica de Huelva introducirá además por primera vez una sistematización de la cerámica griega arcaica, especialmente referida a las copas jonias y a las ánforas de transporte, dentro del panorama general mediterráneo. En griegos y fenicios no se verán ya dos modos diferentes de realizar el comercio. Al contrario, por encima del caduco pensamiento de las etnias, se definirá una estructura y unos esquemas comerciales similares a griegos y fenicios, esquemas competitivos y por lo tanto emuladores, propios

del llamado mundo arcaico. Salvo ciertos viejos enfoques que siempre perdurarán por lo de aquella inevitable inercia, la ciencia de los ochenta no contrapondrá en adelante como modelos exclusivistas las experiencias de griegos o fenicios, ni sabrá limitar geográfica y antitéticamente zonas y campos de acción exclusivos a uno y otro pueblos comerciantes: el comercio arcaico es un proceso vertiginoso y dinámico, los puertos son libres si bien regidos por unas leyes o códigos «internacionales» muy precisos, las modalidades y los matices comerciales, en definitiva, son múltiples. Huelva dinamizará nuestra visión de la investigación, la incorporará crecientemente a la discusión internacional, y suscitará cuestiones nuevas que aún hoy se debaten.

Junto con Huelva otros yacimientos andaluces se revisan durante los años ochenta bajo esta luz de la presencia griega: primero Toscanos (NIEMEYER, 1985), donde ya se acepta la relación focea con los asentamientos fenicios occidentales junto con el mantenimiento de unos similares esquemas comerciales (por ejemplo, el uso del vino); después Málaga (GRAN AYMERICH, 1988), donde parece confirmarse un horizonte foceo tal vez bajo la forma, como he propuesto, de un *enoikismós,* es decir la posibilidad de residencia de un pequeño destacamento comercial griego dentro de un *hábitat* fenicio. Finalmente, pueden modificar nuestra visión excesivamente unidireccional los materiales griegos aún inéditos de las excavaciones del Cerro de Guadalhorce, en estudio actualmente por P. Cabrera: apunta esta autora la propuesta de un nuevo horizonte griego arcaico no necesariamente foceo (CABRERA, 1991, en prensa). Parece pues definirse hoy una tendencia a matizar la presencia griega arcaica más allá de los mismos textos herodoteos. Los años ochenta habían significado una confrontación y contraste enriquecedores entre las fuentes literarias y las arqueológicas, dialécticamente enriquecidas por éstas. Hoy podríamos trascender ya ese paso, y proponer horizontes nuevos: una vez agotado el anterior discurso en la confrontación dialéctica —la realidad enriquece el sentido abstrayente de la palabra conservada— se exige avanzar un nuevo círculo en la hegeliana espiral de la historia.

Paralelamente a este panorama renovado de época arcaica en el sur peninsular, que en su relación con los griegos considero que es una de las novedades científicas más importantes de estos últimos años, en el NE peninsular Ampurias, conocida desde el siglo XIX y revitalizada, sobre todo, desde las excavaciones de E. Gandía a comienzos de siglo, será el otro gran punto de atención de la investigación del mundo griego en España en estas dos últimas décadas gracias a un nuevo replanteamiento de las excavaciones, especialmente en la Neápolis y en las murallas del sector Sur. Los esfuerzos se han concentrado en documentar las diversas fases de la muralla meridional: hoy ha quedado bien definido estratigráficamente el lienzo del siglo IV a. de C. y se conoce también el parapeto o *proteichisma* del siglo III a. de C. y la muralla del siglo II a. de C., elementos que su excavador ha puesto en relación con los diferentes momentos históricos que sufre la ciudad (SANMARTÍ, 1988). También la urbanística se replantea con una concepción de los diversos conjuntos que conforman la ciudad helenística y luego romana: baste aquí citar la nueva lectura del ágora tardohelenística de la ciudad (MAR Y RUIZ DE ARBULO, 1988). Pero no sólo los grandes elementos arquitectónicos y urbanísticos nos ofrecen un nuevo panorama de la Ampurias griega. También los pequeños objetos se han mostrado esclarecedores, como los nuevos plomos cuya publicación ha replanteado el debate entre los epigrafistas y los arqueólogos: la aportación de unos y de otros, la interdisciplinaridad, se abre hoy día como una necesidad que fecunda la ciencia (SANMARTÍ y SANTIAGO, 1988). La creciente diversidad de especialistas que tratan estos temas en Ampurias contrasta con el esfuerzo ímprobo de aquellas grandes individualidades que citábamos al comienzo del trabajo, como fueron García y Bellido y Almagro. Vimos, por ejemplo, cómo Almagro, él solo, se ocupó en sus años de Ampurias de todos estos temas. No deja aún hoy de suscitar nuestro asombro el que estos investigadores aisladamente trataran —ciertamente en un estado de la investigación mucho menos complejo— todos estos diversos campos que hoy son labor de muchos.

El siguiente aspecto que vamos a tratar de estos veinte años de arqueología griega en España parte también del panorama general planteado por el libro de Gloria Trías. En su catálogo esta autora prácticamente había prescindido de la cerámica ática de barniz negro, un material abundante documentado en multitud de yacimientos ibéricos que, aunque se asocia muchas veces a las importaciones de figuras rojas, poseyó siempre una dinámica y vida propias. Al no considerar estos materiales, la visión obtenida sobre el comercio griego en la Península Ibérica resultaba pues parcial y, en una gran medida, una abstracción. La cerámica de barniz negro posee una importancia excepcional en nuestro campo pues define horizontes comerciales y contextuales y además precisa la cronología en mayor medida que la restante cerámica decorada ática. La ausencia de estos importantes conjuntos en el libro de Gloria Trías tiene una fácil explicación lógica. En realidad en los años sesenta esta cerámica estaba aún mal definida: Beazley se ocupaba en Oxford de la clasificación de la cerámica ática con decoración figurada mientras que la tradición esteticista de la arqueología clásica apenas valoraba estas producciones en serie de barniz negro. Además de este panorama general nuestro caso se agravaba pues la arqueología española bebía plenamente en las clasificaciones tipológicas

y de talleres de Nino Lamboglia quien consideraba generalmente esta cerámica de barniz negro con el ambiguo término de precampaniense (LAMBOGLIA, 1952 y 1954). Sus clasificaciones arraigaron profundamente en los hábitos taxonómicos de nuestra arqueología positivista durante los años setenta y hasta en los mismos ochenta, especialmente a partir de su publicación de la cerámica de la Bastida de les Alcuses en Valencia (LAMBOGLIA, 1954) y todavía vemos en muchos trabajos de autores españoles citar las formas áticas con las complejas numeraciones de este autor. No se le puede negar al código de Lamboglia una gran virtud, que consiste sobre todo en su gran capacidad como nexo de comunicación científica que en definitiva respalda y revaloriza, como en todo lenguaje humano, la extensión de su código, su uso. Pero de nuevo la arqueología española ha mostrado aquí una vez más, al perpetuar más allá del tiempo oportuno un lenguaje de comunicación caduco, esa tendencia al ensimismamiento y a ese cierto localismo que se autoalimenta, se autoabastece y se autorreproduce. Por fortuna, poco a poco la evidencia y la razón se imponen. Veamos algunos puntos positivos del proceso.

La publicación sistemática en 1970 de la cerámica de barniz negro en el Agora de Atenas es el punto de partida fundamental de una nueva reconsideración científica (SPARKES y TALCOTT, 1970). Los materiales de las excavaciones americanas en este yacimiento amplían el horizonte tipológico, introducen el concepto de la vajilla lisa y común junto con los parámetros de producción en serie o «semiindustrial» y, sobre todo, precisan cronologías.

En la península ibérica el análisis minucioso de la cerámica ática de barniz negro conllevará unos resultados evidentes. Ante todo, permite poco a poco ampliar el área de distribución y comercio de la cerámica griega a muchos nuevos puntos del mapa peninsular. Conoceremos paulatinamente, por ejemplo, la llegada de productos áticos al interior de ambas Mesetas, en numerosos yacimientos que no figuraban en el libro de Gloria Trías (OLMOS, 1979, 93-5). Las tipologías y los usos de los ajuares se ven asimismo muy enriquecidos al relacionarse, sincrónica o diacrónicamente, estos vasos con sus hermanos decorados de figuras rojas y con los ajuares locales ibéricos. La abundancia de algunos de estos materiales en yacimientos peninsulares llevará al investigador británico B. B. Shefton a rebautizar un tipo especial de copa de labio marcado en el interior y exterior con el nombre de *Castulo cup* o copa de Cástulo, una denominación que hoy es popular. Pero no todo son datos evidentes y clarificadores: también se vislumbran nuevos problemas cronológicos como el del uso o mantenimiento de estas cerámicas en Occidente —en ese llamado, y aún oscuro, proceso de retardación—, donde el desfase con las fechas del Agora de Atenas es a veces —como en algún caso de las copas de Cástulo— muy llamativo.

Se van estableciendo, pues, de esta forma puntos de observación y relaciones mucho más ricas. Uno de los trabajos más significativos en esta línea será el libro de Marina Picazo sobre la cerámica ática de Ullastret donde por primera vez se estudian en su conjunto todos los materiales de un mismo yacimiento: figuras negras, figuras rojas, vasos decorados con estilos ornamentales y cerámica de barniz negro (PICAZO, 1977). Las conclusiones de este estudio monográfico son múltiples como la periodización más precisa del comercio y de las rutas comerciales y, sobre todo, la relación de un poblado ibérico del hinterland ampurdanés como lo fue Ullastret con el asentamiento griego de Ampurias.

Son múltiples los trabajos que se desarrollan en estas dos últimas décadas dentro de esta línea globalizadora y creo que desbordarían el objetivo de mi análisis que debe orientarse a las líneas más generales del pensamiento. Quiero destacar sin embargo dos Tesis doctorales y un trabajo colectivo, el del pecio del Sec, en la Bahía de Palma de Mallorca. Empecemos por este último. El estudio y finalmente la publicación de este importante hallazgo del que se tenían noticias a lo largo de las tres últimas décadas, ha servido también para reconsiderar globalmente el problema de la cronología, de los intermediarios, de las rutas (al menos una de las posibles rutas, la de las islas) y, sobre todo, el de un conjunto cerrado que trae cerámica griega, junto con bronces y otros productos, a la península ibérica (VV.AA. en Grecs et Ibères, 1987, 15-146; ARRIBAS, TRÍAS, CERDÁ y DE HOZ, 1987). Vemos aquí coexistir lógicamente los vasos de barniz negro junto con las últimas figuras rojas que llegan al Occidente.

La primera de las Tesis doctorales citadas se debe al arqueólogo francés Pierre Rouillard (en prensa), y es de hecho una reconsideración global del libro de Gloria Trías al que incorpora, por un lado, el nuevo análisis de los diferentes grupos cerámicos que conocemos por las nuevas excavaciones de estas dos últimas décadas y, por otro, una reconsideración comercial, en su sentido más amplio, de las importaciones de la cerámica griega en la península ibérica. El horizonte de importaciones se amplía hasta el siglo VIII con el fragmento ático del período geométrico de Huelva. El autor puede así formular los diferentes modos de estos contactos en su relación histórica y la periodización general

de las importaciones de vasos. El libro, elaborado en los años setenta e inicios de los ochenta, posiblemente habrá visto ya la luz en Francia cuando nuestro trabajo se publique.

La segunda Tesis doctoral, de Carmen Sánchez, es más reciente y acaba de defenderse en estos días en la Universidad Complutense (SÁNCHEZ, 1991). Se centra en el comercio de cerámica ática durante los siglos V y IV en Andalucía Oriental así como en el estudio pormenorizado de los ajuares; precisa fechas, añade y multiplica nuevos yacimientos y materiales inéditos y, sobre todo, introduce nuevos ángulos de observación tanto sobre el proceso productivo ateniense (por ejemplo, los talleres especializados que trabajan para la península ibérica, la relación de los vasos de figuras rojas con los de barniz negro, su periodización, etc.) como su estructuración interna, su significado y su uso dentro del mundo ibérico andaluz.

Esta consideración global de la cerámica griega, con las matizaciones que conlleva, va permitiendo hoy el establecimiento de nuevos horizontes, de nuevas rutas, de nuevos intermediarios así como el vislumbrar áreas hasta estos últimos años prácticamente desconocidas. Así, al asociarse entre sí determinadas formas y talleres, las tipologías de los vasos en su conjunto permiten definir «horizontes» que habían sido intuidos en los años setenta y que ahora se formulan con mayor claridad como el ampuritano en el sur peninsular durante el siglo V (constatado en Huelva y Extremadura) (FERNÁNDEZ JURADO y CABRERA, 1987; CABRERA, 1987b). Se abre a la discusión la posibilidad de rutas atlánticas, a través de Huelva, que suponen y resaltan el creciente control de Cádiz como *polis* portuaria que no cierra el comercio de los griegos; o, incluso, hay que dejar abierta la posibilidad de una ruta interior, llamada de los santuarios por Maluquer (1985), y que defiende, matizadamente, A. Domínguez Monedero (1985). Otras zonas peninsulares a las que llega el comercio griego, como Portugal, comienzan ahora a considerarse desde esta óptica (ARRUDA, 1991, en prensa).

También durante los años setenta y ochenta vamos a ver introducirse un interés creciente hacia otras épocas diferentes de la arcaica y clásica, que antes apenas se habían considerado en la investigación. En la bibliografía científica el estudio de las relaciones del mundo griego con la Península prácticamente cesaba con las últimas importaciones de la cerámica ática en el siglo IV. Me refiero sobre todo al estudio de las importaciones del Mediterráneo Oriental durante el período helenístico, como las ánforas de transporte (especialmente las rodias), las cerámicas de relieves y las anforitas o jarras de vino llamadas laginos. Cartagena será el núcleo fundamental, si no exclusivo, de estos estudios (PÉREZ BALLESTER, 1985; idem, en prensa). También se desarrollará el análisis de las producciones occidentales en serie de barniz negro en esta época helenística, producciones que nos introducen ya más bien en los modelos itálicos pero que derivan finalmente de las antiguas producciones áticas. Es de destacar el amplio estudio de las cerámicas campanienses de Emporion y Rhode (E. SANMARTÍ, 1978). La identificación y clasificación, como punto de partida para una constatación económica e histórica, son los criterios fundamentales en estos trabajos.

Hemos ido viendo más arriba cómo a mediados de los años setenta se apunta un problema nuevo que hoy todavía se refleja en la discusión científica: la helenización o aculturación del mundo ibérico, un proceso al que podemos aproximarnos a través de análisis tipológicos, siguiendo el método tradicional, y, sobre todo, analizando el uso, o la multiplicidad de posibles usos, de la cerámica importada. Vemos cómo la cerámica griega no sólo sirve para datar o para plantearse el arduo problema de las rutas comerciales —tema que, dada su complejidad tal vez nunca llegue a encontrar una respuesta definitiva— sino además como un medio para conocer el complejo proceso de evolución cultural del mundo ibérico. El punto de vista de los estudiosos dejará de ser pues en estos años definitivamente helenocéntrico para orientarse cada vez más hacia las sociedades indígenas que adquieren esos productos griegos, bien como una muestra de prestigio, bien como expresión de un complejo mundo simbólico. Pues a través del uso local del objeto importado formas e imágenes se reinterpretarán y cargarán continuamente de diferentes significados simbólicos. La investigación empieza ahora a abandonar esa cierta abstracción que suponía el material griego estudiado por sí mismo para introducirlo definitivamente en sus diferentes contextos locales. Hay que estudiar el producto griego que llega a la Península y se deposita en manos griegas o púnicas —casos de Ampurias e Ibiza— como un hecho diferencial de aquellos otros materiales que llegan a un yacimiento ibérico. Aquí subyace cada vez más la pregunta sobre la sociedad ibérica que los acepta y los integra en sus propias categorías. No es ya tanto, como lo pudo ser en los años sesenta y setenta, un problema tipológico y clasificatorio cuyo análisis preciso se presupone, sino fundamentalmente cultural. De este modo, el enfoque cobra dinamismo pues establece sus puntos de observación en el mismo proceso transmisor del documento y de las ideas a través de las diferentes culturas mediterráneas. Se contemplarán hoy día más que nunca las relaciones de este proceso de una manera dialéctica. La arqueología griega deja de ser en España un ámbito cerrado en sí mismo para entenderse cada vez más implicado en la evolución de la cultura ibérica y ésta, a su vez, como un fenómeno mediterráneo.

En esta línea debo citar algunos de los trabajos desarrollados en diversos coloquios internacionales sobre el problema de la asimilación iconográfica de las imágenes griegas por el mundo ibérico (ALMAGRO y OLMOS, 1981; OLMOS, 1983 y 1987). Se ha apuntado cómo el transmisor a veces es el mismo púnico. Corresponden estas investigaciones con el interés más general de la investigación europea hacia los temas de la aculturación y de la antropología arqueológicas.

Como una variante dentro de esta línea destaca un campo prácticamente inédito hasta estas dos últimas décadas: el de la imitación de las formas cerámicas griegas —o mediterráneas— por el mundo ibérico, incluyendo también aquí junto con los aspectos formales y decorativos, los aspectos técnicos, comerciales y distributivos de la imitación. Los trabajos son múltiples y bastará citar aquí sólo los más importantes, entre ellos el de Virginia Page, un importante *corpus* de materiales (PAGE, 1984; PEREIRA, 1979; BONET y MATA, 1988; OLMOS, 1991). El proceso va entendiéndose cada vez más de un modo transformador y dialéctico y no como una simple imitación mecánica.

Llega ya el momento de resumir y de valorar sintéticamente los principales resultados en este campo. Estos veinte últimos años, han representado, por un lado, un desarrollo y una profundización de las líneas y de los problemas suscitados en décadas anteriores: se han disipado en parte algunas incógnitas como la presencia griega arcaica en Tartessos. Pero sobre todo se han suscitado cuestiones y enfoques nuevos. La diversificación de los campos ha sustituido a la labor aislada de las grandes individualidades. Se ha establecido, y creo que de una manera vital, la discusión conjunta a través de foros científicos y de discusiones periódicas. A lo largo de la exposición hemos citado incidentalmente diversos encuentros como el Simposio de Colonizaciones de Barcelona de 1971, cuando aún no se había perfilado la necesidad de una interdisciplinaridad y los temas que allí se presentaron aparecían aún escasamente cohesionados. Llegó después el coloquio promovido en Madrid, en el antiguo Instituto Rodrigo Caro, de 1978 con el título *Colonización griega y mundo indígena en la Península Ibérica* que reunió en una misma mesa a filólogos, historiadores y arqueólogos del mundo antiguo con propuestas de renovación en los enfoques y en las lecturas. En 1980 la investigación española se incorporaría también a la discusión internacional cuando en Nápoles se discutió por segunda vez el problema del comercio y de la colonización foceos. El Congreso se titulaba «I Focei dell'Anatolia all'Oceano». Más tarde, en 1983, se iniciaron los Congresos de arqueología griega en la península ibérica, que reunieron en Ampurias a un nutrido grupo de estudiosos, de diversos países, en torno a las cerámicas griegas y helenísticas en España: se perfilaba aquí claramente la necesidad de una especialización por lo que este congreso revisó casi exclusivamente el tema de la cerámica. Siguió el Simposio de Burdeos de 1986. Con el título de Griegos e Iberos, se centró prioritariamente en dos temas, el comercio —con el especial polo de atracción del Pecio del Sec— y la iconografía. El título mismo de la reunión indica la tendencia a huir de la abstracción y de la unidireccionalidad del exclusivismo griego para incorporar el punto de vista indígena. Entretanto, llegó de nuevo la llamada de Italia: en octubre de 1989 se celebraba en Tarento el Convegno periódico *di Studi sulla Magna Grecia* que esta vez se dedicaba a las relaciones entre el mundo suritálico y el Extremo Occidente. Un último Congreso, celebrado de nuevo en Ampurias en este mes de abril de 1991 como continuación del bordolés, ha mostrado la necesidad de definir aún más los modos de relación de los griegos con las poblaciones ibéricas teniendo en cuenta las diferentes variantes geográficas y una más precisa periodización: los modos de contacto se perfilan cada vez más de acuerdo con los lugares y las épocas. Pero es además importante señalar cómo el exclusivismo hasta ahora dominante de la cerámica ha dejado paso al análisis y a la aportación enriquecedores de otros especialistas: en Ampurias han participado muy activamente filólogos, historiadores, epigrafistas y numismatas. Se han multiplicado además los enfoques y los puntos de vista. Podemos pues concluir, sin que ello nos lleve a formular un excesivo e inútil triunfalismo, que finalmente ha arraigado una cierta vitalidad en los estudiosos de este campo, hoy más diversificados y más abiertos a las ideas de los demás. ¿Se trata de algo más que de una moda pasajera? No lo sé. Pero creo que al menos finalmente hemos comprendido que sin una discusión común es muy difícil e inútil la ciencia.

BIBLIOGRAFIA

ALMAGRO BASCH, M. (1951): *Las fuentes escritas referentes a Ampurias.* Barcelona.

ALMAGRO BASCH, M. (1952): *Las Inscripciones ampuritanas griegas, ibéricas y latinas referentes a Ampurias.* Barcelona.

ALMAGRO BASCH, M. (1953): *Las Necrópolis de Ampurias,* t. I. Barcelona.

ALMAGRO BASCH, M. (1955): *Las Necrópolis de Ampurias,* t. II. Barcelona.

ALMAGRO BASCH, M. (1964): *Excavaciones en la Palaiápolis de Ampurias. Excavaciones Arqueológicas en España,* 27. Madrid.

ALMAGRO GORBEA, M. y OLMOS, R. (1981): «Observations sur l'assimilation de l'iconographie classique d'époque pré-romaine dans la Péninsule Ibérique», *Mythologie gréco-romaine, mythologies périphériques (París 17 mai 1979)*, París, 57-62.
ARRIBAS, A.; TRÍAS, G.; CERDA, D. y DE HOZ, J. (1987): *El Barco del Sec*, Palma.
ARRUDA, A. M. (en prensa): «Panorama de las importaciones de cerámicas griegas en Portugal», *Griegos e Iberos, siglos VI-IV. Congreso Internacional de Ampurias, abril de 1991* (Huelva Arqueológica).
AA.VV. (1971): *Tartessos y sus problemas. Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*, Barcelona.
BONET, H. y MATA, C. (1988): «Imitaciones de cerámica campaniense en Edetania y Contestania», *Archivo Español de Arqueología*, 61, 5-39.
CABRERA, P. (1985): «Nuevos fragmentos de cerámica griega en Huelva», *Cerámiques greques i helenístiques a la Península ibérica, Empúries 18-20 març 1983*, Barcelona, 43-57.
CABRERA, P. (1986): «La presencia griega en Huelva: los materiales griegos», *Homenaje a Luis Siret*, Sevilla, 575-583.
CABRERA, P. (1987): *El comercio griego arcaico en Huelva*, Tesis Doctoral, Universidad Autónoma.
CABRERA, P. (1987b): «Consideraciones en torno a la cerámica ática de fines del siglo V en Extremadura», *Oretum*, III, 217-221.
CABRERA, P. en prensa: «La cerámica griega arcaica en el Cerro de Guadalhorce (Málaga)», *Actas del Congreso Griegos e Iberos: siglos VI-IV, Ampurias, Abril 1991*, Huelva Arqueológica.
DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. (1985): «Algunas observaciones en torno al 'comercio continental griego' en la Meseta meridional», *I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha, Ciudad Real*, 1985.
FERNÁNDEZ JURADO, J. y CABRERA, P. (1987): «Comercio griego en Huelva a fines del siglo V a. de C.», en *Grecs et Ibères*, 1987, 149-160.
GARCÍA Y BELLIDO, A., (1948): *Hispania Graeca*, Barcelona.
GRAN AYMERICH, J. M. J. (1988): «Cerámicas griegas y etruscas de Málaga. Excavaciones de 1980 a 1986», *Archivo Español de Arqueología*, 61, 201-222.
GRECS ET IBÈRES (1987): Grecs et ibères au IVe. siècle av. J. C., (Table Ronde, Bordeaux, 16-18 Déc. 1986), *Revue des Études Anciennes*, 89.
GUIDI, A. (1988): *Storia della Paletnologia*, Roma.
LAMBOGLIA, N. (1952): «Per una classificazione preliminare della ceramica campana» *Atti di Studi Liguri Monaco-Bordighera-Genova 10-17 aprile, 1950*, Bordiguera.
LAMGOGLIA, N. (1954): «La ceramica precampana della Bastida», *Archivo de Prehistoria Levantina* V, 105-139.
MALUQUER DE MOTES, J. (1970): *Tartessos*, Barcelona.
MALUQUER DE MOTES, J. (1985): «Comercio continental focense en la Extremadura central», *Cerámiques greques i helenístiques a la Península Ibérica, Empúries 18-120 març 1983*, Barcelona 19-25.
MAR, R. y RUIZ DE ARBULO, J. (1988): «Sobre el Agora de Emporion», *Archivo Español de Arqueología*, 61, 39-60.
MARTÍN, G. (1968): «La supuesta colonia griega de Hemeroscopeion: estudio arqueológico de la zona Denia-Jávea», *Saitabi*, 18, 1-59.
MELIDA, J. R. (1930): «El Hércules de Alcalá la Real», *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*, 38, junio de 1930, 108-111.
MOREL, J. P. (1966): «Les phocéens en Occident: certitudes et hypothèses», *La Parola del Passato*, 21, 378 ss.
MOREL, J. P. (1975): «L'expansion phocéenne en Occident: dix ans de recherches (1966-1975)», *Bulletin de Correspondance Hellénique* 99, 885-892.
MOREL, J. P. (1981): «Le commerce étrusque en France, en Espagne et en Afrique», *Atti del XII Convegno di Studi etruschi ed italici, 1979*, Florencia, 463-471.
NIEMEYER, G. H. (1979-80): «A la búsqueda de Mainake: el conflicto entre los testimonios arqueológicos y escritos», *Habis*, 279 ss.
NIEMEYER, G. H. (Ed.) (1983): Phönizier im Westen (Symposion Köln, 1979), *Madrider Beiträge*, 8.
NIEMEYER, G. H. (1985): «Cerámica Griega en factorías fenicias. Un análisis de los materiales de la campaña de 1967 en Toscanos», *Cerámiques greques i helenístiques a la Península Ibérica, Empúries 18-120 març 1983)*, Barcelona, 27-36.
OLMOS (1979): «Perspectivas y nuevos enfoques en el estudio de los elementos de cultura material (cerámica y bronces) griegos o de estímulo griego hallados en España», *Archivo Español de Arqueología*, 52, 87-104.
OLMOS (1982): «La cerámica griega en el Sur de la Península Ibérica: la aportación de Huelva», *La Parola del Passato*, núms. 204-7, 393-406.
OLMOS (1986): «Quelques observations sur l'assimilation de l'iconographie grecque dans le monde ibérique II», *Iconographie Classique et Identités régionales (París 26 et 27 Mai 1983), Bulletin de Correspondance Hellénique, Supplément XIV*, 155-166.
OLMOS (1987): «Iconografía griega, iconografía ibérica: una aproximación metodológica», en *Grecs et Ibères*, 1987, 283-296.
OLMOS (1991): «Imitaciones, producción y sociedad: Algunas consideraciones en torno a la cerámica ibérica», *Verdolay*, II.

PAGE, V. (1984): «Imitaciones de influjo griego en la cerámica ática de Valencia, Alicante y Murcia», *Iberia Graeca*, 1, Madrid.
PEREIRA, J. (1979): «La cerámica ibérica procedente de Toya (Peal de Becerro, Jaén) en el Museo Arqueológico Nacional», *Trabajos de Prehistoria*, 36-289-348.
PÉREZ BALLESTER, J. (1985): «Testimonio de tráfico marítimo con el Mediterráneo oriental en Cartagena», *Cerámiques greques i helenístiques a la Península Ibérica, Empúries 18-120 març 1983*, Barcelona, 143-150.
PÉREZ BALLESTER, J. (en prensa): «El artesano cerámico de época helenística», *Historia de Cartagena*, vol. IV.
PICAZO, M. (1977): *La cerámica ática de Ullastret*, Barcelona.
ROUILLARD, P. (1976): «Fragmentos de cerámica griega arcaica de la Antigua Contestania», *Revista de Estudios Alicantinos*, núm. 18, 7-16.
ROUILLARD, P. (1978): «Las cerámiques peintes de la Grèce de l'Est et leurs imitations dans la Péninsule Ibérique: recherches préliminaires», *Las Cerámiques de la Grèce de l'Est et leur diffusion en Occident (Coloque International du CNRS núm. 569, Napoles, 1976)*, París, 1978, 274-286.
ROUILLARD, P. (1982): «Les Colonies grecques du Sud-Est de la péninsule Ibérique, état de la question», *I Focei dall 'Anatolia all' Oceano, Parola del Passato*, CCIV-CCVII, 428 ss.
ROUILLARD, P. (en prensa): *La céramique grecque dans la Péninsule Ibérique (VIIIe. s. IVe. s. av J. C.) ou l'expansion hellénique en Extrême Occident*, (Tesis doctoral).
ROUILLARD, P. et alli (1990): «De nouveau sur la civilisation ibérique: les fouilles de Cabezo Lucero (Alicante)», *Académie des Inscription et Belles Lettres, Comptes Rendus*, 1990 (avril-juin), 538-557.
SÀNCHEZ, C. (1991): *El comercio de cerámica ática en Andalucía Oriental durante los siglos V y IV a. de C.* Tesis doctoral defendida en la Universidad Complutente, junio de 1991.
SANMARTÍ, E. (1978), *La cerámica campaniense de Emporion y Rhode, Monografies emporitanes*, IV. Barcelona.
SANMARTÍ, E. (1988): «Datación de la muralla griega meridional de Ampurias y caracterización de las facies cerámica de la ciudad en la primera mitad del siglo IV a. de C.», *Revue des Études Anciennes*, XC, 99-137.
SANMARTÍ, E. y SANTIAGO, R. A. (1988): «La lettre grecque d'Emporion et son contexte archéologique», *Revue Archéologique de la Narbonnaise*, 21, 3-17.
SHEFTON, B. B. (1979): *Die Rhodischen Bronzekannen*, Marburger Studien zur Vor-und Frühgeschichte, 2.
SHEFTON, B. B. (1983): «Greeks and Greek Imports in the South of the Iberian Peninsula», *Phönizier in Westen (Colonia, 1979), Madrider Beiträge*, 8.
SPARKES, B. y TALCOTT, L. (1970): *The Athenian Agora, vol. XIII: Black and Plain Pottery.* Princeton.

IBERICO I. ORGANIZACION TERRITORIAL Y URBANA: I. POBLADOS. II. NECROPOLIS

Raquel Castelo Ruano
Universidad Autónoma de Madrid

Juan Blánquez Pérez
Universidad Autónoma de Madrid

Emeterio Cuadrado Díaz
Asociación Española Amigos de la Arqueología

I. POBLADOS

INTRODUCCION

Hablar de los poblados ibéricos en el estado actual de la investigación es una tarea difícil de abordar, debido sobre todo a que el conocimiento de los asentamientos y su urbanismo se ha acrecentado mucho en estos últimos diez años.

Este hecho nos induce a establecer en esta síntesis cinco apartados que se corresponden con la celebración de Congresos y Coloquios donde el poblamiento ha sido el eje central: 1. Simposi Internacional Els Origens del món Iberic; 2. Coloquio sobre la distribución y las relaciones entre los asentamientos; 3. VI Col. loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà; 4. Jornadas sobre mundo ibérico; 5. Coloquio sobre Microespacio; y 6. Los asentamientos ibéricos ante la romanización.

Para poder contemplar el panorama que ofrece la investigación en estas dos décadas hemos optado por resumir brevemente algunas de las ponencias presentadas en estas reuniones claves. Ante la gran cantidad de bibliografía que se genera en paralelo a estos congresos, para completar la información, se presenta al final del artículo una síntesis bibliográfica realizada por Comunidades Autónomas, provincias y por orden alfabético de autores.

Como antecedente de la celebración del Simposio de Ampurias, Gerona 1977 habría que mencionar el estudio realizado por E. Llobregat, primer intento de sistematización de los asentamientos y punto de partida de otros estudios donde se incluían los siguientes poblados situados en la Contestanía: La Bastida, La Mola de Toro, La Covalta, el Xarpolar, El Puig, La Serreta-Ifac, Tossal de la Cala, Illa de Campello, Tossal de Manises, La Alcudia, La Escuera y Cabezo Lucero (Llobregat, 1972). Fortea y Bernier en los años setenta realizan un trabajo donde se contemplan los recintos fortificados de la Bética (1970).

1. SIMPOSIO INTERNACIONAL ELS ORIGENS DEL MON IBERIC

Celebrado en Gerona en 1977 y publicado por la revista Ampurias en el año 1978.

En la reunión se dan a conocer nuevos poblados y se señala la importancia del poblado de Coll Alt para el estudio del paso del Bronce a la iberización y la necesidad de que se lleven a cabo en el

yacimiento las oportunas investigaciones con el objeto de comprobar estratigráficamente lo que ahora sólo se atisba a través de la tipología cerámica (BARBERÁ y SANMARTÍ, 1976-1987, 289-294).

Barberá y Sanmartí dan a conocer el asentamiento de la Penya del Moro (Sant Just Desvern, Barcelona), en el que se han determinado varias épocas de ocupación, separadas por períodos de abandono de las que se han identificado dos: 550-500 a. de C. y 425-350 a. de C. Es evidente la falta de hallazgos posteriores al 300 a. de C., lo que distingue al yacimiento de sus vecinos que en su mayor parte llegan hasta el siglo I a. de C. (1976-1978, 295-305).

Gusi Gener y Sanmartí i Gregó comprueban que la ocupación fenicia en las costas de la comarca del Baix Maestrat está bien probada, aunque no se puede hablar de una presencia masiva (1976-1978, 361-380).

Lillo Carpio, presenta los resultados estatigráficos obtenidos en la excavación del poblado ibérico de Cobatillas la Vieja (1976-1978, 395-400).

2. COLOQUIO SOBRE DISTRIBUCION Y RELACIONES ENTRE LOS ASENTAMIENTOS

Se celebró en 1984 en el Seminario de Arqueología y Etnología Turolense del Colegio Universitario de Teruel. Sus resultados fueron publicados con prontitud, hecho que debemos resaltar.

Sanmartí i Gregó analizó las características de los poblados situados entre los ríos Mataryanya y Algars y los puso en relación con el de San Antonio de Calaceite a lo largo del período comprendido entre el siglo VI y el siglo II a. de C. A lo largo de estos siglos parece que San Antonio de Calaceite detentó la capitalidad de la zona sobre todo a partir del siglo V, momento en el que aparecen nuevos poblados enmarcados en una política defensiva encaminada a proteger la comarca de eventuales incursiones llegadas desde el Oeste (1984, 161-171).

Miret, Sanmartí y Santacana presentaron los resultados de un trabajo de localización de yacimientos cuya cronología abarca el período comprendido entre los siglos IV y I a. de C., con especial referencia a la fase tardo-republicana para la cual la documentación es más precisa. La zona estudiada es el área costera que se extiende entre la cadena litoral catalana y el mar. Dicha zona presenta unas características geográficas y morfológicas relativamente homogéneas, lo cual permite identificar un tipo de ocupación de características constantes y articulado sobre las pequeñas elevaciones de la línea de costa y las márgenes de los pequeños valles abiertos por los cursos fluviales (1984, 173-186).

Se analiza la existencia de un patrón de asentamiento que decanta sus puntos más significativos en razón a los valores económicos óptimos de la zona y advierten la localización de un centro que vincula cada asentamiento a un papel funcional diferente (RUIZ RODRÍGUEZ y MOLINOS MOLINOS 1984, 187-206).

Crespo García y López Rozas estudian el poblamiento ibérico en la cuenca alta del río Víboras al SW de Jaén. Este asentamiento ha dado como resultado la influencia de la interacción entre el medio físico y las condiciones culturales como el determinante en el establecimiento de las estructuras del hábitat, hecho constatado a través de análisis cuantitativos y factores cualitativos de distribución espacial (1984, 207-222).

Chapa, Fernández, Pereira y Ruiz revisan la interpretación del poblado de los Castellones de Ceal (Jaén), aportando información sobre las estratégias de subsistencia y la función de poblado en relación al contexto ibérico de la zona (1984, 223-235).

Blázquez, García Gelabert y López Pardo abordan el análisis de la evolución del patrón de asentamiento en Cástulo a partir del siglo VIII a. de C., complejo tanto por la diversidad de los aportes culturales y humanos que recibe, como por la dificultad que entraña la delimitación de rasgos autóctonos puros (1984, 241-252).

3. VI. COL.LOQUI INTERNACIONAL D'ARQUEOLOGIA DE PUIGCERDA

Estuvo dedicado monográficamente a la protohistoria catalana. En él se presentaron ponencias relativas al poblamiento ibérico, como por ejemplo la dedicada a los asentamientos de los siglos VI al III de la comarca del Garraf (Barcelona), zona conocida muy mal desde el punto de vista de la arqueología ibérica (1986, 219-225).

Sanmartí y Santacana analizaron la jerarquía de los diferentes núcleos en el poblamiento ibérico de la costa del Penedés (1986, 227-243).

Junyent i Sánchez abordaron el tema del poblamiento ibérico en el área ilergeta (1986, 257-263).

Oliver Boix y Gusi Gener estudian la problemática de la cultura ibérica al Sur de las Bocas del Ebro. Destacan, cómo durante los últimos diez años las excavaciones realizadas a lo largo de la geografía castellonense han ido descubriendo el mundo de la cultura ibérica desde el Ebro hasta el Palancia. Yacimientos como el Puig de la Nao de Benicarló, el Puig de la Misericordia de Vinaroz, Vinaragell en Burriana, La Torre de Fois, etc., son testimonios de obligada mención a la hora de hablar de la cultura ibérica en general (1986, 265-273).

González i Pérez abordan el poblamiento ibérico al Norte de la ciudad de Lérida, el objetivo de este estudio es aportar un conjunto de nuevos yacimientos que enriquezcan la visión tradicional que se tenía de la zona en función de los trabajos efectuados en el Bajo Segre, Urgell o Solsona. Los nuevos puntos de la iberización dados a conocer se encuentran en una zona poco conocida bibliográficamente (1986, 275-279).

Por último, Padró recoge los principales yacimientos en el interior de Cataluña: Solsonés, Bagés, Osona; Berguedá, Cerdanya, Andorra, etc., y su evolución cultural (1986, 291-311).

4. JORNADAS SOBRE MUNDO IBERICO

Celebradas en Jaén en 1985 y cuyas actas fueron publicadas en 1987. En esta reunión se estudió el poblamiento ibérico desde Cataluña hasta el extremo occidental de Andalucía y Extremadura, este hecho permitió valorar los últimos trabajos que se estaban desarrollando en cada una de éstas áreas geográficas.

Se deja claro que la cultura ibérica de esta zona de Cataluña tiene tal homogeneidad que no es posible establecer diferencias subcomarcales. Martín sostiene que la cultura ibérica indiketa se va formando desde los últimos años del siglo VII a. de C., en la zona entre los Pirineos y el río Torderá por el contacto entre la población indígena con las influencias indoeuropeas llegadas desde el 1100 a. de C. y los pueblos coloniales desde el siglo VII. Durante la segunda mitad del siglo V a. de C., se irán produciendo una serie de cambios que llevarán a la plena iberización (MARTÍN, 1987, 19-33).

Se especifica la evolución cultural de las comunidades del interior de Cataluña (Bronce Final, Transición del Bronce Final a la Primera Edad del Hierro, Segunda Edad del Hierro y romanización) (PADRÓ, 1987, 35-55).

A mediados de los años setenta se produjeron importantes novedades en los estudios referidos a los orígenes del mundo ibérico, trabajos que lógicamente tuvieron una fuerte repercusión en la comprensión del mundo ilergeta (JUNYENT, 1987, 57-65).

Sanmartí i Gregó especifica que el conocimiento del poblamiento del Sur de Cataluña deja aún mucho que desear. No obstante parece que los patrones de asentamiento apenas variaron con la llegada del fenómeno de la iberización (1987, 67-76).

En la reunión Burillo Mozote, señala que es imposible pretender abarcar todas las particularidades del poblamiento ibérico en Aragón, por ello opta por orientar el trabajo en dos partes diferentes. En la primera se da una información generalizada y muy sintética de los últimos estudios realizados a partir del año 1977; en la segunda se incide de una forma más amplia sobre dos aspectos concretos: la crisis del Ibérico Antiguo y la jerarquización del hábitat ibérico (1987, 77-95).

Abad Casal da a conocer la existencia de unos 170 yacimientos de época ibérica, de los que sólo se han excavado unos 20 y no de todos se tienen memorias e informes publicados (1987, 157-169).

Muñoz Amilibia, expone que todavía no se está en condiciones óptimas para poder hacer una reconstrucción global del poblamiento en Murcia, aunque se han dado pasos importantes para su conocimiento (1987, 171-181).

Aguayo de Hoyos y Salvatierra Cuenca, manifiestan la falta de atención que se ha prestado a los estudios de la cultura ibérica en las altiplanices granadinas o depresiones orientales. No obstante a partir de los años ochenta se incrementaron los trabajos en los poblados, pero siempre limitados a secuencias estratigráficas con un mayor interés por las épocas más antiguas. Si el interés y resultados son escasos desde una perspectiva de excavaciones arqueológicas, lo mismo ocurre desde la óptica del estudio del poblamiento, relaciones con el territorio, etc. (1987, 229-238).

Ruiz Rodríguez, Molinos y Molinos, Hornos y Choclan Sabina, creen que es necesaria la valoración del mundo ibérico en la zona del Alto Guadalquivir a través de un análisis más profundo de las diferentes fases culturales, con el fin de valorar sus crisis, cambios en los patrones de asentamiento y modificaciones en la cultura material (1987, 239-256).

Escacena, expone que el nivel de la investigación del poblamiento en el Bajo Guadalquivir, es muy escaso ya que los estudios se volcaron hacia el análisis de otros estadios culturales (Calcolítico, Bronce y Orientalizante). A esto debemos añadir que no existen datos urbanísticos al no haber sido excavados los poblados en extensión, tan sólo se han realizado cartas arqueológicas que no profundizan en el estudio de los asentamientos, limitándose a enumerar los yacimientos localizados (1987, 272-298).

La prospección tanto de la Sierra Onubense como en la costa, ha permitido la localización de factorías de salazones y poblaciones serranas que llevaban a cabo la explotación de las minas.

Las prospecciones junto a las excavaciones podrán proporcionar un mayor conocimiento del momento ibérico del área de Huelva (FERNÁNDEZ JURADO, 1987, 315-326)..

López Rozas, explica cómo la fase ibérica antigua en la Meseta Sur, es la que más se desconoce por la falta de datos. Durante la Epoca Plena parece ser que hay una ocupación más intensa del valle. Se documentan grandes asentamientos en lugares elevados con una clara función de control que servían de eje de conexión en algunas zonas. En época tardía el poblamiento desciende a las vegas, produciéndose el abandono de los lugares elevados (1987, 335-347).

5. COLOQUIO SOBRE EL MICROESPACIO

Se celebró en la ciudad de Teruel en 1986 y fue publicado en la revista *Arqueológica Espacial.*

Alvarez García comprueba que en la evolución urbanística de los hábitats prerromanos del valle medio del Ebro, influyen de manera determinante en las soluciones indígenas. El diseño del espacio no tiene normas fijas y se rige por las necesidades del momento (1986, 103-112).

Balbex, Barberá y Barrial, exponen que las excavaciones en el poblado ibérico de la Penya del Moro de Sant Just Desvren (Baix Llobregat), han puesto al descubierto varias viviendas alineadas dispuestas en plataformas talladas escalonadamente en la pendiente de la colina y separadas por espacios de circulación (1986, 303-320).

Bernabeu, Bonet, Guerin y Mata llegan a la conclusión de que el yacimiento ibérico del Puntal dels Llops (Olocau, Valencia), fue destruido violentamente y abandonado a principios del siglo II a. de C. Un estudio urbanístico ha demostrado que los 17 departamentos del hábitat se erigieron en una sola fase constructiva sin estructuras complejas y a partir de un plan preestablecido que sugiere la ausencia de crecimiento demográfico de los ocupantes.

El Puntal del Llops sería una unidad funcional compleja organizada en departamentos complementarios relacionados con las actividades domésticas de transformación de alimentos, de almacenamiento y áreas de reposo, lo que no contradice la hipótesis de considerar al yacimiento como un asentamiento de carácter estratégico-militar (1986, 321-338).

6. LOS ASENTAMIENTOS IBERICOS ANTE LA ROMANIZACION

Se celebró en la Casa Velázquez de Madrid en 1986. Las actas se publicaron al año siguiente.

Almagro Gorbea acomete la falta de estudios precedentes sobre el área superficial de los poblados ibéricos. Señala, cómo en la mayoría de los casos, los investigadores han dado poca importancia al conocimiento del tamaño de las poblaciones ibéricas, a pesar del interés que éstos datos tienen para posteriores estudios topográficos, urbanísticos y demográficos. Da a conocer una lista de 120 poblados con su respectiva superficie territorial, listado que no pretende, como bien señala el autor, ser exhaustiva, por lo que está abierta a cualquier nuevo dato (1987, 21-34).

Rouillard, después de recordar los criterios generales de lo que se considera ciudad hoy día y en la antigüedad, analiza en la medida de lo posible, el urbanismo de los establecimientos fenicios y griegos en la península ibérica (1987).

Miret, Sanmartí y Santacana observan cómo en zonas muy próximas la respuesta indígena al fenómeno de la romanización varía considerablemente. Esto es indicativo de hasta qué punto es peligroso generalizar modelos de aculturación y aplicarlos indiscriminadamente. Sólo el análisis porme-

norizado y exhaustivo del territorio permitiría una aproximación a la realidad histórica de estos complejos procesos de cambio (1987, 79-88).

Beltrán analiza el comportamiento de tres asentamientos del valle del Ebro ante la romanización. En un primer momento los poblados eran conocidos en número considerable en cuanto a ruinas, pero identificados pocas veces con sus nombres antiguos y planteándose bastantes dudas respecto a su cronología exacta; los planteamientos se han visto modificados a consecuencia de las últimas investigaciones llevadas a cabo en los poblados de Celsa (Velilla de Ebro), de Contrebia Velaisca (Botorrita) y en la revisión de los materiales del Cabezo de Alcalá (Azaila) (1987, 101-109).

Bendala, Fernández Ochoa, Fuentes y Abad Casal abordan cuestiones de notable complejidad. Los autores trataron tres zonas bien diferenciadas de la Península: Mediodía y Levante; la Meseta y el NW, cada una de las cuales se hallaba antes de la conquista romana en un nivel distinto de urbanización.

Los autores llegan a la conclusión de la existencia de una importante tradición urbana en la península ibérica, tradición que no debe remontarse ni al Calcolítico ni al Bronce Pleno, sino que comienza durante la protohistoria debido a la consolidación de la civilización tartésica, a la implantación de colonias de fenicios y de griegos y al dinamismo cultural (1987, 121-140).

7. ULTIMOS TRABAJOS

En los años ochenta se han incrementado los estudios de los poblados empleando nuevas y acertadas metodologías como podemos ver en el poblado ibérico del Puntal del Llops (El Colmenar, Olocau, Valencia), en el que junto a la investigación puramente arqueológica se han incluido análisis de restos faunísticos y palinológicos (BONET, MATA, SARRIÓN *et alii* 1981).

La misma filosofía queda reflejada en la publicación del poblado del Tossal del Moro de Pinyeres (Batea, Terra Alta, Tarragona), en la que se incluyen estudios de restos y científicos (ARTEAGA, PADRÓ y SANMARTÍ, 1990).

En los últimos trabajos se presta atención al ambiente físico que rodea el yacimiento procediéndose a la descripción del entorno, morfología, clima, economía, etc.

Es necesaria la creación de equipos interdisciplinares que no sólo imvestiguen un yacimiento arqueológico sino también la fauna, la flora, las sedimentaciones, etc., necesidad que ya fue en su día denunciada por Plá Ballester (1985, 269-271).

En el verano de 1989 se realizó un curso monográfico dedicado a la cultura Ibérica organizado por el departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid, en el Aula de verano **Vicente Alexandre**. A. Ruiz Rodríguez trató en esta reunión de los modelos de poblamiento en la cultura ibérica. El investigador distinguía la presencia de cuatro tipos diferentes de asentamientos, **Oppidum,** situado en altura y protegido con fuertes defensas, caracterizados por presentar una gran variedad de tamaños desde los grandes centros como Cástulo (Jaén) y Obulco, que superan las 40 hectáreas, a los asentamientos como Puente de Tablas (Jaén), Puig de Alcoy (Alicante); El Puntal del Llops (Valencia) o Puig del Castellet (Lloret de Mar), cuyo tamaño oscila entre las seis, tres y media hectáreas. En cuanto a su estructura geomorfológica se pueden distinguir tres tipos: los que corresponden a cerros amesetados, los que se distribuyen en laderas y los que ocupan el espigón del cerro. Su presencia parece afirmarse ya desde el período Ibérico Antiguo. **Poblados en llano,** poco definidos hasta el momento ya que su localización en tierras de labor impide tener un mejor conocimiento de los mismos. Podría ser el caso de la Alcudia de Elche (Alicante). **Atalaya,** asentamiento con fortificaciones, generalmente con torre, construido en lugares elevados y de difícil acceso, de amplia visibilidad y valor estratégico. El tipo queda definido en el Puntal del Llops. Aparece a partir del siglo III a. de C. **Asentamientos rurales,** cuya peculiaridad es su pequeño tamaño y por tener una situación en llano o ladera y ausencia de defensas (1988, inédito).

En el mismo año de 1989 se celebró, en el mes de diciembre, un encuentro en la Universidad Complutense de Madrid bajo el título de **Paleoetnología de la Península Ibérica,** en el que se abordó el estudio de las fuentes escritas y la etnología de los pueblos de la península ibérica desde el Bronce Final hasta la Segunda Edad del Hierro. Las actas del Congreso aún no se han publicado.

Durante el año de 1990 se pusieron en marcha en el Ministerio de Cultura y en concreto en el Instituto de Conservación y Restauración de Bienes Culturales, tres interesantísimos proyectos relativos a la cultura ibérica: a) recuperación y recopilación de la documentación bibliográfica, b) catalogación de yacimientos arqueológicos; y c) inventario fotográfico e informatización de los datos. Su fin

era que en el plazo de tres años, el Instituto pudiera tener a disposición de cualquier investigador o centro de investigación, especialmente de los Estados que integran la Comunidad Económica Europea o de las Comunidades Autónomas del Estado Español, los datos que hacen referencia a la cultura más genuina de las que se desarrollan en el territorio nacional.

El «Simposi Internacional d'Arqueología Ibérica. Fortificacions». La problemática de l'Iberic Ple (segles IV-III a. de C.) celebrado en Manresa en diciembre de 1990 y publicado en 1991, abordó el estado de la cuestión de las fortificaciones en las diferentes áreas del mundo ibérico: zona central y norte del país valenciano; valle medio del Ebro; Andalucía; desembocadura del Ebro; Cataluña occidental y central.

Ponencias y comunicaciones dieron a conocer aspectos puntuales de las fortificaciones de diversos poblados: Meca (Ayora, Valencia); Olérdola (Alt Penedés): Burriac (Cabrera de Mar, El Maresme); Montón de Tierra (Griegos, Teruel); Camp de Turia (Valencia); Els Vilars (Arbeca, Les Garrigues); Los Castellazos (Medina de Aragón, Zaragoza); La Cadira del Pribe de Premiá de Dalt (Maresme); Casol de Puigcastellet, Turó del Montgús (El Brull, Osona); Puig de Castellet (Lloret de Mar, La Selva); Coll del Moro de Gandesa; Los Castillejos de Teba (Málaga); Sant Josep (La Vall d'Uxó, Castelló); La Neápolis d'Empúries; Alorda Park (Calafell, Baix Penedés, Tarragona); Turó d'en Boscá (Badalona).

Paralelamente al Simposi se celebró una exposición titulada «Lacetaniam suiecta Pyrenais (Arqueología ibérica a la Catalunya Central)».

BIBLIOGRAFIA

Artículos generales

ALMAGRO GORREA, M. (1987): «El área superficial de las poblaciones ibéricas», *Los asentamientos ibéricos ante la romanización,* 21-34, Madrid.

BENDALA GALÁN, M.; FERNÁNDEZ OCHOA, C.; FUENTES DOMÍNGUEZ, A. y ABAD CASAL, L. (1987): «Aproximación al urbanismo prerromano y a los fenómenos de transición y de potenciación tras la conquista», *Los asentamientos ante la romanización,* 121-140, Madrid.

BLÁNQUEZ, J. (1987): *El poblamiento ibérico en el área suroriental de la meseta meridional* (Tesis Doctoral).

BURILLO MOZOTE, F. y PEÑA, J. L. (1984): «Modificaciones por factores geomorfológicos en el tamaño y ubicación de los asentamientos primitivos», *Arqueología Espacial,* 1, 91-106, Teruel.

MALUQUER DE MOTES, J. (1976): «Panorama general de la problemática sobre urbanismo prerromano en la Península Ibérica», *Symposio Ciudades Augusteas,* 1, 7-27, Zaragoza.

MALUQUER DE MOTES, J. (1978): «El urbanismo ibérico de inspiración griega», *Cuaderno de Cultura,* I, 68-70, Madrid.

MAYORAL, F. (1984): «Contribución a la delimitación del territorio de los asentamientos protohistóricos. Aplicación de un modelo de gravedad», *Arqueología Espacial,* 1, 73-89, Teruel.

ROUILLARD, P. (1987): «Urbanisme et vie publique dans l'Espagne préromaine, VI-IV s. av. de J. C.», *Los asentamientos ibéricos ante la romanización,* 35-42, Madrid.

RUIZ RODRÍGUEZ, A. (1989): «Modelos de poblamiento en la cultura ibérica», *Curso de Verano Aula Vicente Alexandre,* Miraflores de la Sierra (inédito).

Comunidad Autónoma Castilla-La Mancha

Ciudad Real

FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, U. M. (1989): «El asentamiento ibérico del Cerro de las Nieves (Pedro Muñoz, Ciudad Real), *Congreso de Historia Castilla-La Mancha,* 359-369, Talavera de la Reina.

VÉLEZ RIBAS, J. y PÉREZ QUILES, J. J. (1987): «El yacimiento protohistórico del Cerro de las Cabezas (Valdepeñas)», *Oretum,* 3, 167-196 (Ciudad Real).

Comunidad Autónoma de Andalucía

Artículos generales

BELÉN, M. y ESCACENA, J. L.: «Las comunidades prerromanas en la Baja Andalucía», *Congreso de Paleoetnologia de la Península Ibérica* (inédito).

ESCACENA CARRASCO, J. L. (1987): «El poblamiento ibérico en el Bajo Guadalquivir», *Iberos,* 273-298, Jaén.

FORTEA, J. y BERNIER, J. (1970): *Recintos y fortificaciones ibéricas en la Bética,* Salamanca.
MOLINOS MOLINOS, M. (s.a.): «El poblamiento ibérico de la campiña del Alto Guadalquivir: proceso de formación y desarrollo de la servidumbre territorial», *Actas Santiago,* I-2, 79-88, Santiago de Compostela.
RUIZ RODRÍGUEZ, A. (1978): «Los pueblos ibéricos del Alto Guadalquivir», *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada,* 3, 255-284, Granada.
RUIZ RODRÍGUEZ, A. (1987): «Ciudad y territorio en el poblamiento ibérico del Alto Guadalquivir», *Los asentamientos ante la romanización,* 9-19, Madrid.
RUIZ RODRÍGUEZ, A. (1988): «Reflexiones sobre algunos conceptos de la arqueología espacial a partir de una experiencia: Iberos en el Alto Guadalquivir», *Arqueología Espacial,* 12, 157-172, Teruel.
RUIZ RODRÍGUEZ, A. (1989): «Etnogénesis de las poblaciones prerromanas en Andalucía Oriental», *Congreso de Paleoetnología de la Península Ibérica* (inédito), Madrid.
RUIZ RODRÍGUEZ, A. y MOLINOS MOLINOS, M. (1984): «Elementos para un estudio del patrón de asentamiento en las campañas del Alto Guadalquivir durante el horizonte Pleno Ibérico. Un caso de sociedad agrícola con estado», *Arqueología Espacial,* 4, 207-222, Teruel.
RUIZ RODRÍGUEZ, A.; MOLINOS MOLINOS, M.; HORNOS, F. y CHOCLÁN, C. (1987): «El poblamiento ibérico en el Alto Guadalquivir», *Iberos,* 239-256, Jaén.
RUIZ RODRÍGUEZ, A. y MOLINOS MOLINOS, M. (1988): «Tribus y ciudades: planteamiento de un sistema de contradicciones en la estructura del estado de los pueblos ibéricos del sur de la Península Ibérica», *St. Hist. Ant.,* 6, 53-60.

Almería

MARTÍNEZ LÓPEZ, C., y MUÑOZ, F. A. (1985): «Prospecciones arqueológicas de superficie de los yacimientos ibéricos y romanos de la vega de Vélez Blanco (Almería), *An.A.And.,* 2, 55-62.

Córdoba

MURILLO REDONDO, J. F. (1989): «Aproximación al estudio del poblamiento protohistórico en el sureste de Córdoba: unidades políticas, control del territorio», *Arqueología Espacial,* 13, 151-172, Teruel.
MURILLO, F.; QUESADA, F.; VAQUERIZO, F.; CARRILLO, J. R. y MORENA, J. A. (1989): «Aproximación al estudio del poblamiento protohistórico en el sureste de Córdoba. Unidades políticas, control del territorio y fronteras», *Arqueología Espacial Fronteras,* 13, 151-172, Teruel.
VAQUERIZO GIL, D. (1985): «Excavación sistemática del Cerro de la Cruz (Almedinilla, Córdoba). Campaña de 1985), *An.A.And.,* 2, 319-322.
QUESADA SANZ, F. y VAQUERIZO GIL, D. (1990): «Un proyecto de investigación arqueológica en Córdoba: Protohistoria y Romanización en la subbética cordobesa», *A.N.A.Córdoba,* 1, 7-52, Córdoba.

Granada

AGUAYO DE HOYOS, P. y SALVATIERRA CUENCIA, V. (1987): «El poblamiento ibérico en las altiplanicies granadinas», *Iberos,* 229-238, Jaén.
RAYA DE CÁRDENAS, M. (1989): «Introducción al poblamiento iberorromano en Acci (Guadix, Granada), XIX *C.A.N.,* I, 629-644, Zaragoza.
RUIZ RODRÍGUEZ, A. (1983): «El horizonte ibérico antiguo del Cerro de La Covatilla (Calzadilla, Jaén). Cortes A y F», *Cuadernos de Granada,* 9, 195-234, Granada.

Huelva

FERNÁNDEZ JURADO, J. (1987): «El poblamiento ibérico en Huelva», *Iberos,* 315-326, Jaén.

Jaén

CHAPA, T.; FERNÁNDEZ, M.; PEREIRA, J. y RUIZ RODRÍGUEZ, A. (1984): «Análisis económico y territorial de Los Castellones de Ceal (Jaén)», *Arqueología Espacial,* 4, 223-240, Teruel.
CRESPO, J. M. y LÓPEZ, J. (1984): «Algunas cuestiones sobre los modelos de asentamiento ibérico en la cuenca Alta del río Víboras (Martos, Jaén)», *Arqueología Espacial,* 4, 207-222, Teruel.
BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J. M.; GARCÍA GELABERT, M. P. y LÓPEZ PARDO, F. (1984): «Evolución del patrón de asentamiento en Cástulo. Fases iniciales», *Arqueología Espacial,* 4, 241-252, Teruel.
RUIZ RODRÍGUEZ, A. y MOLINOS MOLINOS, M. (1981): «El poblamiento ibérico de la campiña de Jaén. Análisis de una ordenación del territorio», *I Jornadas de Metodología en Investigación Arqueológica,* Soria.

RUIZ RODRÍGUEZ, A. y MOLINOS M. (1984): «Poblamiento ibérico de la campiña de Jaén. Análisis de una ordenación del territorio», *I Jornadas de metodología de investigación prehistórica,* Soria.
RUIZ RODRÍGUEZ, A. y MOLINOS M. (1985): «Informe preliminar de la campaña de excavación sistemática de 1985 en el Cerro de la plaza de Armas (Puente de Tablas)», An.A.And., 2, 345-352.

Sevilla

PÉREZ RANGEL, J. A.; VARGAS JIMÉNEZ, M. y ROMO SALAS, A. S.: «Asentamientos íbero-turdetanos en el extremo suroriental de la campiña sevillana (Comarca de Osuna), *Urso,* 187-211, Osuna.

Comunidad Autónoma de Murcia

Murcia

LILLO CARPIO, P. (1978): «Corte estratigráfico en el poblado ibérico de Cobatillas La Vieja», *Ampurias,* 38-40, 395-400, Barcelona.
LILLO CARPIO, P. (1981): *El poblamiento ibérico de Murcia,* Murcia.
LILLO CARPIO, P. (1985): «La cultura ibérica en tierras murcianas», *Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas,* 273-280, Valencia.
LILLO CARPIO, P. (1987): «El poblado ibérico de los Molinicos (Moratalla). Ultimas campañas», *Ex.Pros.Arq.,* 256-262, Murcia.
GARCÍA CANO, J. M.; INIESTA SANMARTÍN, A.; PAGE DEL POZO, V. y MUÑOZ AMILIBIA, A. M.ª: «Memoria de los trabajos realizados durante 1984 en Coímbra del Barranco Ancho (Jumilla), *Ex.Pros.Arq.,* 177 y ss., Murcia.
GARCÍA LÓPEZ, M., y BUENDÍA NOGUERA, M. (1989): «Aportación a la carta arqueológica de la región de Murcia: el índice de yacimientos», *Verdolay,* 1, 7-47, Murcia.
MOLINA, J.; MOLINA, M. C. y NORDSTROM, S. (1976): «Coímbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia)», *Trabajos varios del S.I.P.,* 52, Valencia.
MUÑOZ AMILIBIA, A. M. (1987): «El poblamiento ibérico en Murcia», *Iberos,* 171-183, Jaén.
ROS SALA, M. (1986): «El poblamiento de Santa Catalina del Monte: una aproximación a la urbanística del siglo VI a. de C., en el ámbito territorial del eje Segura-Guadalentín», *Cuadernos de Prehistoria de Alicante,* 13-14, Alicante.
ROS SALA, M. (1988): «Contribución y cambio durante el siglo VI a. de C. en el sureste: la realidad de un poblado indígena (El Castellar de Librilla, Murcia), *An.Pre.A.,* 4, 83-100.

Comunidad Autónoma de Aragón

Artículos generales

ÁLVAREZ GARCÍA, A. (1986): «Constantes tipológicas en la evolución urbanística de los hábitats prerromanos del valle medio del Ebro», *Arqueología Espacial,* 9, 103-122, Teruel.
BURILLO MOZOTE, F. (1979): «Modelos sobre la utilización del medio geográfico en época ibérica en el valle medio del Ebro», *Mem.Hist.Ant.,* III, 31-45, Oviedo.
BURILLO MOZOTE, F. (1980): *El valle medio del Ebro en época ibérica. Contribución a su estudio en los ríos Huerva y Jiloca Medio,* Zaragoza.
BURILLO MOZOTE, F. (1982): «La jerarquización del hábitat de época ibérica en el valle medio del Ebro. Una aplicación de los modelos locacionales», *IV Jornadas E.A.E.A.,* 215-228, Zaragoza.
BURILLO MOZOTE, F. (1984): «Aproximación diacrónica a las ciudades antiguas del valle medio del Ebro», *Actas Santiago,* I-2, 299-314.
BURILLO MOZOTE, F. (1987): «La segunda Edad del Hierro en Aragón. Estado actual de la Arqueología de Aragón», *Bd., 1* 133-213.
BURILLO MOZOTE, F. (1987): «Introducción al poblamiento ibérico en Aragón», *Iberos,* 77-91, Jaén.
BURILLO MOZOTE, F. (1988): «Apuntes sobre la localización e identificación de las ciudades de época ibérica en el valle medio del Ebro», *Arqueología Espacial,* 12, 173-195, Teruel.
NOMDEDEU BIOSCA, E. (1988-89): «Unas notas sobre los poblados prerromanos del Bajo Aragón», *B.A.Castellón,* 6-7, 23-25, Castellón.
OLIVER BOIX, A. y GUSI GENER, F. (1986): «La cultura ibérica al sur de las bocas del Ebro», *VI Col.loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà,* 265-273, Puigcerdà.

Huesca

BALDELLOU, V. y CALVO, M. J. (1984): «Excavación del poblado de Olriols (San Esteban de Litera, Huesca), *A. Aragón,* 77-78.

Teruel

ARANDA MARCO, M. (1986): *El poblamiento prerromano en el suroeste de la comarca de Daroca (Zaragoza)*, Zaragoza.
ATRIÁN, A. (1976): «Excavaciones en el poblado ibérico del Cabezo de la Guardia (Alcorisa, Teruel), *E.A.E.*, 92, Madrid.
ATRIÁN, A. y MARTÍNEZ, M. (1976): «Excavaciones en el poblado ibérico del Cabezo de La Guardia (Alcorisa, Teruel)», *Teruel*, 55-56, 59-97, Teruel.
AZORÍN PONS, J. A. (1990): *Noticia preliminar sobre el yacimiento del Cerro de Osicerda (Mosqueruela, Teruel). Estado actual de la Arqueología en Aragón*, Zaragoza.
BELTRÁN, M. (1979): «El poblado de Castillejo de la Romana (La Puebla de Hijar, Teruel), *E.A.E.*, 103, Madrid.
BENAVENTE, J. A. (1984): «El poblamiento ibérico en el valle medio del Regallo (Alcañiz, Teruel), *Kalathos*, 3-4, 155-190, Teruel.
BERGUES, M. (1981): «Poblado ibérico del Puntal del Tío Garillas (Pozondón, Teruel), *Teruel*, 115-146, Teruel.
BURILLO MOZOTE, F. (1976): «Avance al estudio del yacimiento de San Esteban del Poyo del Cid (Teruel)», *Symposio de Ciudades Augústeas*, II, 7-14, Zaragoza.
BURILLO MOZOTE, F. (1979): «Un ejemplo de evolución del hábitat. El yacimiento de El Castillejo (Teruel)», *B.I.E.D.P.T.*, 56, Teruel.
BURILLO MOZOTE, F. (1982): «El urbanismo del poblado ibérico de Taratrato de Alcañiz», *Kalathos*, 2, 47-66, Teruel.
BURILLO F. *et alii* (1984): «Un estudio sincrónico y diacrónico del poblamiento y el territorio: el proyecto interdisciplinar de Morà de Rubielos (Teruel)», *Arqueología Espacial*, 1, 187-205, Teruel.
COLLADO, O. (s.a.): *Introducción al poblamiento de época ibérica en el noroeste de la Sierra de Albarracín* (Tesis Doctoral).
JUSTE ARRUGA, N. (1986): *Introducción al poblamiento de la Edad del Bronce y primera Edad del Hierro en Mora de Rubielos (Teruel)*, Zaragoza.
MARCO, P. (1983): «El yacimiento íbero-romano de El Palao (Alcañiz, Teruel). Campaña de 1980», *Caesaraugusta*, 57-58, 23-50, Zaragoza.
MARTÍN COSTEA, A. (1981): «Cultura ibérica y romanización en la zona de Mas de las Matas (Teruel)», *Estudios Masinos*, 35-61, Mas de las Matas.
MOLINOS, M.ª J. (1985): «Estado actual del yacimiento prerromano del Cerro de San Jorge (Lécera, Zaragoza), XII *C.A.N.*, 647-656, Zaragoza.
PERALES GARCÍA, M.ª P. (1989): «Introducción al poblamiento ibérico en Mora de Rubelos (Teruel)», *Monografías Arqueológicas del Seminario Arqueológico Turolense*, 2, Teruel.

Zaragoza

BELTRÁN MARTÍNEZ, A. (1984): «El yacimiento arqueológico del Cabezo de las Minas (Botorrita, Zaragoza), *A.Aragón*, 69-72.
BELTRÁN LLORIS, M. (1984): «Nuevas aportaciones a la cronología de Azaila», *Museo Zaragoza*, 3, 125-152, Zaragoza.
BELTRÁN A. (1987): «Los asentamientos ibéricos ante la romanización en el valle del Ebro: Los casos de Celsa, Azaila y Botorrita», *Los asentamientos ante la romanización*, 101-110, Madrid.
BURILLO, F. (1983): «El poblado de la época ibérica y yacimiento medieval de los Castellares (Herrera de los Navarros, Zaragoza), *Nueva colección Monográfica*, Zaragoza.
SANMARTÍ I GRECO, E. (1984): «Notas sobre el poblado protohistórico del Cabezo de Cascarujo en Alcañiz (Teruel)», *Información Arqueológica*, 42, 28-41, Barcelona.
SANMARTÍ I GRECO, E. (1984): «Observaciones acerca del poblado ibérico de San Antonio de Calaceite en relación a su funcionalidad rectora en el poblamiento de su área de influencia», *Arqueología Espacial*, 4, 161-172, Teruel.
SANMARTÍ I GRECO, E. (1984): «Notas sobre el poblado protohistórico del Cabezo de Cascarujo en Alcañiz (Teruel)», *Inf.A.*, 42, 28-41.
VICENTE REDÓN, J. D. y ESCRICHE, J. C. (1985): «Las construcciones defensivas del poblado ibérico del Cabezo de San Pedro (Olite, Teruel), *Boletín Museo de Zaragoza*, 4, 63-93, Zaragoza.

Comunidad autónoma de Cataluña

Obras generales

BLAJOT, M.; GRANADOS, J. O.; JULIA, M.; PUIG, G. y SOLIAS, J. M. (1984): «El poblamiento en la zona sur de la Laietana litoral en época ibérica y romana», *Arqueología Espacial*, 2, 93-110, Teruel.

CURA I MORERA, M. (1971-1972): «El poblament pre-romà en les comarques central de Catalunya», *Boletín Arqueológico,* Epoca IV, 56 ss., Tarragona.
CURA I MORERA, M. (1973): «Nuevos datos para el estudio del poblamiento prerromano en la región central de Cataluña», XII *C.A.N.,* 875-881, Zaragoza.
CURA I MORERA, M. (1976): «Contribució a l'estudi de les poblacions preromanes de l'interior de Catalunya», *Els pobles Pre-romanes del Pirineu,* 2, 179-183, Puigcerdà.
CURA I MORERA, M. (1976-78): «Aportaciones al conocimiento del proceso de iberización en el interior de Cataluña», *Ampurias,* 38-40, 331-343, Barcelona.
CURA I MORERA, M.: «Modelos de asentamiento y estructuras de hábitat durante la segunda Edad del Hierro en la Catalunya central», *Hábitats,* 91-94.
GENERA MONELLS, M. (1979): *Evolució del poblament prehistòric i protohistoric: Inventari arqueològic,* Barcelona.
GENERA MONELLS, M.: «EL poblament protohistòric de la conca inferior de L'Ebre», *Homenaje Corominas,* 2, 163-174.
JUNYENT I SÀNCHEZ, E. (1986): «El poblament Ibèric a l'area ilergeta», *VI Col.loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà,* 257-263, Puigcerdà.
JUNYENT I SÁNCHEZ, E. (1987): «El poblamiento ibérico en el área ilergeta», *Iberos,* 57-65, Jaén.
JUNYENT I SÁNCHEZ, E.: «La evolución del hábitat en la Catalunya occidental durante la Edad del Bronce, primera Edad del Hierro y Epoca ibérica», *Hábitats,* 95-105.
MALUQUER, J.; HUNTINGFORD, E.; PALLARÉS, R.; RAURET, A. M.ª y VILA, M.ª del V. (1982): «Catàleg provisional dels poblats ibèrics del Principat de Catalunya», *Arquitectura i Urbanisme ibèrics a Catalunya. Publicaciones eventuales,* 33.
MARTÍN ORTEGA, A.: «Los asentamientos durante la Edad del Hierro en el norte de Catalunya», *Hábitats.*
MASCORT, M. T.; SANMARTÍ, J. y SANTACANA, J. (1989): «El jaciment protohistoric d'Aldoveste i el comerç fenici al curs inferior del rio Ebre», *Acta Arqueológica de Tarragona,* II, 21-28, Tarragona.
MIRET, M.; SANMARTÍ, J. y SANTACANA, J. (1984): «Distribución espacial de núcleos ibéricos: un ejemplo del litoral catalán», *Arqueología Espacial,* 4, 173-186, Teruel.
SANMARTÍ I GREGO, E. (1987): «La cultura ibérica del sur de Catalunya», *Iberos,* 67-76, Jaén.
PADRÓ, J. (1987): «El poblamiento ibérico en el interior de Cataluña», *Iberos,* 35-55, Jaén.

Barcelona

BALBEX, X.; BARBERÀ, J.; BARRIAL, O.; FOLCH, J.; MENÉNDEZ, X.; MIRÓ, C.; MIRÓ, M. T.; MIROP, N.; SOLIAS, J. M. y MOLINS, N. (1986): «Distribución del espacio en el poblado ibérico de la Penya del Moro de Sant Just Desvern (Baix Llobregat)», *Arqueología espacial,* 9, 303-320, Teruel.
BARBERÀ, J. y MATA, E. (1978): «La Penya del Moro de Sant Just Desvern (Barcelona). Resum de les campanyes 1972-1976», *Informació Arqueologica,* 27-28, Barcelona.
BARBERÀ, J. y PASCUAL, R. (1969-70): «El poblado prerromano de la Muntanya de Sant Miquel en Vallromanes (Montornès)», Ampurias, XXXI-XXXII, 273-283, Barcelona.
BARBERÀ, J. y SANMARTÍ, E. (1978): «El poblado ibérico de la Penya del Moro (Sant Just Desvern, Barcelona), *Ampurias,* 38-40, 295-305, Barcelona.
BARBERÀ, J. y SANMARTÍ, E. (1982): «Excavacions al Poblat ibèric de la Penya del Moro (Sant Just Desvern), *Monografies Arqueològiques,* Barcelona.
BARBERÀ, J.; MORRAL, E. y SANMARTÍ, E. (1979): «La Penya del Moro de San Just Desvern», *Quaderns de Travall Universidad Autònoma de Barcelona,* 1, Barcelona.
BARBERÀ, J. y PASCUAL, R. (1979-80): «Burriac un yacimiento protohistòrico de la costa catalana (Cabrera de Mar, Barcelona), *Ampurias,* 41-42, 203-242, Barcelona.
BENITO, N. (1984-85): «Les excavacions al poblat ibèric de Burriac (Cabrera de Mar, el Maresme) durant l'any. Resultats preliminars i noves dades estratigràfiques», *Tribuna,* 15-23, Barcelona.
BERGADA MURIA, E. (1984): «Jaciment ibèric Plaça de les Bruixes (Molins del Rei, Baix Llobregat)», *Museo Municipal de Molins del Rei,* Barcelona.
BONAMUSA, J. (1979): «Destrucció d'una part del poblat ibèric de la Cadira del Bisbe (Premià de Dalt), *Quaderns Prehistorics a Maresme,* 8-9, 279-280, Mataró.
BONAMUSA, J. (1980): «Bibliografia sobre el poblat ibèric de Burriaci de la necròpolis de Can Rodon de l'Hort (Cabrera de Mar, Barcelona), *Quaderns Prehistorics a Maresme,* 10, 356-358, Mataró.
BONET I GARI, L. (1979): «Descobrimento del poblat de Burriac (Cabrera de Mar), *Quaderns Prehistorics a Maresme,* 8-9, 227 ss.
CURA MORERA, M. y FERRÁN, A. M. (1970): «El problema prerromà de El Cogullò (Sallent, Barcelona)», *Pyrenae,* V, 115-130, Barcelona.
CURA MORERA, M. y FERRÁN, A. M. (1977-78): «El poblat pre-romà de la costa de la Villa (Santpedor, Comarca del Bages), *Pyrenae,* 13-14, 181-192, Barcelona: *El poblat del Puig Roig del Roget: Un ressò de la protohistoria d'Europa,* Museo Comarcal Salvador Vilaseca, Barcelona.

FERRÁN, A. M. (1974): «Excavaciones en el poblado prerromano de El Cogullò (Sallent-Barcelona), *Miscelánea Arqueològica*, I, 329-336, Barcelona.
GENERA, M. (1982): «El Puig Roig del Roget», *Excavacions Arqueològiques a Catalunya*, 1, 215-217.
GENERA, M. (1986): «El poblament protohistòric de la conca inferior de L'Ebre: l'establiment del Puig Roig», *Quaderns del centre d'estudis comarcals de Banyoles*, 163-174, Banyoles.
GIMENO PASCUAL, X. (1984): «Noves consideracions sobre el poblament ibèric del Pla de Barcelona», *Faventia*, 6, 113-136, Barcelona.
GIRO ROMEU, P. (1960-1961): «El poblado prerromano de Mas Castellà (Monjos, Villafranca del Penedès)», *Ampurias*, XXII-XXIII, 159-182, Barcelona.
LLERONT, R. (1980): «Protecciò del Poblat ibèric del Turò d'en Boscà (Badalona), *Quaderns Prehistorics a Maresme*, 10, 347 ss., Matarò.
LÓPEZ, A.; ROVIRA, J. y SANMARTÍ I GREGO, E. (1982): «Excavaciones en el poblado layetano del Turò del Rent Llinars del Vallès, campañas 1980 y 1981», *Monografies Arqueologiques*, 3, Barcelona.
LÓPEZ MULLOR, A. y FERRER MARTÍ, A. (1982): «Avenç dels resultats obtinguts a les excavacions de l'establiment ibèric i romà de Darrò (Vilanova i la Geltrù). Campanyes de 1977-1982», *Bulletí de la Biblioteca Museu Balaguer*, 177-189, Vilanova i la Geltrù.
MIRET MESTRE, M. (1979): «El jaciment de Solers (Sant Pere de Ribes) i algunes notes sobre el poblament iberic i romà a la comarca de Garraf (Provincia de Barcelona)», *Pyrenae*, 15-16, 365-370, Barcelona.
MIRET MESTRE, M. (1986): «Dades sobre el poblament ibèric (segles VII-II a. de C.) a la comarca del Garraf (Barcelona)», *VI Col.loqui d'Arqueologia de Puigcerdà*, 219-255, Puigcerdà.
MIRÓ CANALS, J. (1988): «El dipòsit del sector occidental del poblat ibèric de Bùrriac (Cabrera de Mar, El Maresme). Una aportaciò al coneixement de l'epoca ibèrica tardana al maresme (segle I a. de C.). Matarò», *Laietania. Estudis d'Historia i d'arqueologia del Maresme*, 4.
RIBAS I BERTRÁN, J. (1977): «El poblat ibèric d'Ildure», *Quaderns Prehistorics a Maresme*, 3, 53-54, Matarò.
SANMARTÍ, J.; SANTACANA, J. y SERRA MASSANSALVADOR, R. (1983): «Notes sobre el poblament protohistoric de la costa del Penedès», *Informaciò Arqueològica*, 40, 121-126, Barcelona.
SANMARTÍ, J.; SANTACANA, J. y SERRA MASSANSALVADOR, R. (1984): «El jaciment ibèric de l'Argilera i el poblament protohistoric a la costa del Penedès», *Quaderns de Travall Universidad Autònoma de Barcelona*, 6, Barcelona.
SANMARTÍ, J. y SANTACANA, J. (1986): «La jerarquía de nuclis en el poblament ibèric de la costa del Penedès», *VI Col.loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà*, 227-243, Puigcerdà.

Gerona

DOMENECH MONER, J. (1976): «Les excavacions del Poblat ibèric del Puig Castellet», *Lloret, Gaceta*, 20, 7 ss., Lloret de Mar.
DOMENECH PUIG, M. C. (1980): «El Castell de Porqueres, yacimiento íbero-romano junto al lago Bayoles», XV *C.A.N.*, 869-874, Zaragoza.
JULIA CIVIL, M. (1975): *El poblamiento ibèrico en el Gironès* (Tesis inédita).
LLORENS RAMS, J. M. y PONS BRUN, E. (1986-87): «El recinte fortificat ibèric de Puig Castellet (Lloret de Mar, La Selva). Excavaciones 1975-1986», *Tribuna*, 49-58, Barcelona.
MALUQUER DE MOTES, J. (1972): «El poblado ibérico de Sant Julià de Ramis (Gerona)», *Pirineos, 100*, 43-60.
MARTÍN I ORTEGA, M. A. (1985): *Ullastret. Poblat Iberic (Barcelona)*, Barcelona.
MARTÍN, M. A. (1987): «El poblamiento ibérico en el Empordà», *Iberos*, 19-33, Jaén.
MOLAS FONT, M. D.; ROCAFIGUERA, M. DE y MESTRES SANTACREU, I. (1988): «La fortaleça ibèrica del Casol de Puig Castellet (I): una aproximaciò als limits del Territori ausetà», *Ausa*, 121, 97-131, Vic.
NOLLA, J. M.; ESTEVA, Ll. y AICART, F. (1989): «El poblat ibèric dels Güisols (Segles IV a. de C.-I d. de C.), Girona, *Institut d'Estudis del Baix Empordà*.
PICAZO, M. (1971): *Contribución al estudio del poblamiento prerromano en la provincia de Gerona* (Tesis inédita).
VILA, M. V. (1975): «El poblat ibèric de Montbarbat (Lloret de Mar i Maçanet de la Selva)», *Museu Municipal de Lloret de Mar*, 1, Gerona.

Lérida

FARRÉ BARRUFET, R. y MIRÓ JIMÉNEZ, B. (1990): «Margalef: un assentament ibèric i romà», *Ilerda*, 48, 119-128, Lérida.
GARCÉS, I. y JUNYENT, E. (1986-87): «El poblat del Camps d'urnes ibèric de Vilars (Arbeca, Les Garrigues)», *Tribuna*, 103-104, Barcelona.
GRACÍA ALONSO, F. (1988): «Precisión sobre la cronología del momento final del poblado ibérico del Moli d'Espigol (Tornabous)», *Col. loqui Piugcerdà*, 7, 179-184, Puigcerdà.
GRANADOS, J. y SANMARTÍ, J. (1988): «Les sitges ibèriques de Bellatierra (Cerdanyola, Valles Oriental)», *Fonaments*, 7, 115-161, Barcelona.

JUNYENT, E. (1973): «Noticia acerca del primer corte estatigráfico efectuado en el poblado de Roques de S. Formatge (Lérida)», XII *C.A.N.*, 495-502, Jaén, 1971, Zaragoza.
JUNYENT, E. (1983): «El poblamiento ibérico en el área ilergeta», *Iberos*, 57-75, Jaén.
MALUQUER DE MOTES, J. (1986): *Moli d'Espignol. Tornabous. Poblat Ibèric*, Barcelona.

Tarragona

ARTEAGA, O.; PADRÓ, J. y SANMARTÍ, E. (1990): «El poblado ibérico del Tossal del Moro de Pinyeros (Batea, Terra Alta, Tarragona), *Monografies Arqueològiques*.
BARBERA, J. y SANMARTÍ, E. (1978): «Nota acerca del poblado protohistórico del Coll Alt (Tivissa, Ribera d'Ebre, Tarragona)», *Ampurias*, 38-40, 289-294, Barcelona.
FERRÈ, M. (1982): «Poblat del Coll del Moro (Gandesa)», *Excavacions arqueològiques a Catalunya*, 1, 234-237.
GRACÍA ALONSO, F. (1987-88): «les darreres campanyes d'excavacions al poblat ibèric de la Moleta del Remei (Alcanar, Montsià), *Tribuna*, 146-151, Barcelona.
GRACIA, F.; MUNILLA, G. y PALLARÉS, R. (1988): La Moleta del Remeí (alcanar-Montsia), Campaña 1985-1986 Tarragona.
MALUQUER DE MOTES, J. (1978): «El poblado ibérico de Tivissa y sus riquezas», *Cuadernos de Cultura*, 14, 63-65.
MALUQUER DE MOTES, J. (1983): «El poblado paleoibérico de la Ferradura (Tarragona)», *Programa de Investigaciones Prehistóricas*, VII, Barcelona.
MASCOT, M.ª T.; SANMARTÍ , J. y SANTACANA, J. (1991): *El jaciment protohistoric d'Aldovesta (Benifallet). I El Comerç Fenici arcaic a la Catalunya meridional*, Tarragona.
MASSÓ, J. y RAMÓN, E. (1989): «Noticia del poblado ibérico de Sta. Ana, Castelvell del Camp (Tarragona)», XII *C.A.N.*, I, 341-352, Zaragoza.
PALLARÉS COMAS, R. (1984): «Avance sobre el sistema defensivo y urbano del poblado ibérico de la Moleta del Remei (Alcanar, Montsia, Tarragona), XVIII *C.A.N.*, 661-668, Zaragoza.
PALLARÉS, R., GRACÍA, F. y MUNILLA, G. 1985: «Poblado ibérico La Moleta del Remei (Alcanar-Montsia. Campaña 1), 1985, Informe preliminar», *Revista Alcanar*, 99.
PUCH FONCUBERTA, E. (1986-87): «Poblamiento ibérico en la mitad meridional de la Terra Alta (Arnes, Bot y Horta de San Juan), *B.A. Tarragona*, 8-9, 15-33, Tarragona.
SANMARTÍ, J. y SANTACANA, J. (1986-87): «El poblat ibèric d'Alorda Park (Calafell, Baix Penedès) i seu entorn. Anàlisi crítica», *Tribuna d'Arqueologia*, 7-14, Barcelona.

Comunidad Valenciana

Alicante

ABAD CASAL, L. (1984-85): «La Escuera y El Oral, San Fulgencio, Baix Segura», *Memorias Arqueológicas de Valencia*, 25-27, 68-88, Valencia.
ABAD CASAL, L. (1987): «El poblamiento ibérico en la provincia de Alicante», *Iberos*, 157-169, Jaén.
GONZÁLEZ PRATS, A. (1983): «Estudio arqueológico del poblamiento antiguo de la Sierra de Crevillente (Alicante)», *Anejo I Lucentum*.
LLOBREGAT CONESA, E. (1970): «El poblado ibérico de la ermita de Santa Bárbara», Jijona. Programa de las fiestas de Moros y Cristianos.
RUBIO GOMIS, F. (1985): «El yacimiento ibérico del Puig (Alcoy). Antecedentes y campaña del 1982», *N.A.H.*, 24, 91-157, Madrid.
SARRIÓN MONTAMANA, I. (1978): «El poblado ibérico de la Peña de las Majadas (El Toro, Castellón de La Plana)», *Archivo de Prehistoria Levantina*, XV, 177-190, Valencia.

Castellón

FALOMIR, V. y SALVADOR, J. (1981): «Primera campaña de excavaciones en el poblado ibérico de Les Forques (Borriol, Castellón), *Cuadernos Castellonenses*, 8, 257-277, Castellón.
GINER, V. y GUSI, F. (1975): «Campaña de excavaciones arqueológicas en el poblado ibérico de El Puig de Benicarlò», *Cuadernos de Prehistoria y Arqueologia Castellonenses*, 2, Castellón.
GINER, V. y MESEGUER, V. (1976): *El poblado ibérico de El Puig Benicarlò*, Benicarlò.
GUSI, F. (1974): «Desarrollo histórico del poblamiento primitivo en Castellón de La Plana», *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense*, 1, 79-91, Castellón.
GUSI, F. (1980): «El poblat ilercavò de El Puig de Benicarlò (Baix Maestrat», *Fonaments*, 2, Barcelona.
GUSI, F. y GINER-SOSPEDRA, V. (1975): «Campaña de excavaciones arqueológicas en el poblado ibérico del Puig (Benicarlò), *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense*, 2, 159-160, Castellón.

GUSI, F. y OLIVER, A. (1987): «La problemática de la Iberización en Castellón», *Iberos*, 99-136, Jaén.
GUSI, F. y OLIVER, S. (s.a.): «El hábitat de época ibérica en el valle inferior del Ebro y comarcas de Castellón de La Plana», *Hábitats*, 85-88.
GUSI, F. y SANMARTÍ I GRECO, E. (1976): «Noticia acerca de las excavaciones realizadas en el poblado ibérico de El Castell (Almenara), *Cuadernos de Prehistoria Castellonense*, 3, 289 ss., Castellón.
GUSI, F. y SANMARTÍ GRECO, E. (1978): «Asentamientos indígenas preibéricos con materiales fenicio-púnicos en el área costera del Baix Maestrat (Provincia de Castellón de La Plana)», *Ampurias*, 38-40, 361-380, Barcelona.
SALVADOR HERAS, J. V. (1982-83): «Marco cultural del yacimiento ibérico de El Puig de Benicarlò (Castellón), *B.A.Castellò*, 4, 13-16, Castellón.

Valencia

ALDANA MACHER, C. (1985): «La loma de El Castellar de Siete Aguas. Un posible nuevo asentamiento ibérico en la provincia de Valencia», XVIII *C.A.N.*, 647-650, Zaragoza.
APARICIO, J. (1990): «La Nava (Castielfabib, Rincón de Ademuz, Valencia): Necrópolis y poblado ibérico», *Verdolay*, 2, 179-184, Murcia.
APARICIO, J.; GURREA, V. y CLIMENT, S. (1983): *Carta arqueológica de la Safor*, Gandía.
BERNABEU, J.; BONET, H.; GUERÍN, P. y MATA, C. (1986): «Análisis microespacial del poblado ibérico del Puntal del Llops (Olocau, Valencia)», *Arqueología Espacial*, 9, 321-338, Teruel.
BERNABEU, J.; BONET, H. y MATA, C. (1987): «Hipótesis sobre la organización del territorio edetano en época ibérica plena: el ejemplo del territorio Edeta-Lliria», *Iberos*, 137-156, Jaén.
BONET, H.; MATA, C.; SARRIÓN, I.; DUPRÉ, M. y RENAULT MIRSKOVSKY, J. (1981): «El poblado ibérico del Puntal del Llops (El Colmenar) (Olocau, Valencia)», *Serie de Trabajos Varios del S.I.P.*, 71, Valencia.
BONET, H. y PASTOR, I. (1984): «Técnicas constructivas y organización del hábitat en el poblado ibérico del Puntal dels Llops (Olocau, Valencia)», *Saguntum*, 18, 163-187, Valencia.
CISNEROS FRAILE, F. y MOROTE BARBERÁ, G. (1981): «Poblado ibérico El Rabat, La Safor. Campaña de excavaciones de agosto, 1981», *Revista Gandía* (Cinco páginas sin numerar), Gandía.
GIL MASCARELL BOSCA, M. (1970): «El poblado ibérico de la cova Faradà (Liria, Valencia)», *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, 10, 91-106, Valencia.
GIL MASCARELL BOSCA, M. (1971): *Yacimientos ibéricos en la región valenciana. Estudio de poblamiento* (Tesis Doctoral).
GIL MASCARELL BOSCA, M. (1974): «El poblado ibérico de Covalta», *Programa de Fiestas Patronales a la Virgen del Remedio de Albaida.*
GIL MASCARELL BOSCA, M. (1975): «Resumen de las excavaciones realizadas en el poblado ibérico de la Carencia (Turis, Valencia), *C.A.N.*, Zaragoza.
GIL MASCARELL BOSCA, M. (1977): «El poblamiento del bajo Palancia en época Ibérica», *Saguntum*, 12, 121-228, Valencia.
GUERÍN, P. y BONET, H. (1984-85): «Castellet de Bernabé, Lliria, El Camp de Turia», *Mem.A.Valencia*, 178-181, Valencia.
GUERÍN, P. (1989): «El asentamiento ibérico del Castellet de Bernabè (Lliria, Valencia). Informe preliminar», XIX *C.A.N.*, I, 553-567, Zaragoza.
LLOBREGAT, E. (1974): *Contestania Ibèrica*, Alicante.
MOROTE BARBERÁ, J. G. y CISNEROS FRAILE, F. (1980): «Primera campaña de excavaciones en el poblado ibérico El Rabat en la Safor (Materiales extraídos y conclusiones provisionales)», *Gandía. Fira i Festes*, 70-74, Gandía.
PLA BALLESTER, E. (1973): «Notas sobre el poblado y la necrópolis de El Castellar de Oliva (Provincia de Valencia), XII *CAN*, Zaragoza.
PLA BALLESTER, E. (1977): *El poblado ibérico de la Bastida de les Alcuses (Mogente, Valencia)*, Valencia.
PLA BALLESTER, E. (1985): «La iberización en tierras valencianas», *Arqueología del País Valenciano: Panorama y Perspectivas*, 257-271, Valencia.
PLA BALLESTER, E. y MATA PARREMO, C. (1984-1985): «Los Villares de Caudete de las Fuentes, La Plana d'Utiel», *Memorias de Arqueología Valenciana.*
ROUILLARD, P. (1979): «Investigaciones sobre la muralla ibérica de Sagunto (Valencia), *Serie de Trabajos Varios*, 62, Valencia.
SEBASTIÁN FABUEL, V. (1989): «Notas sobre el poblamiento ibérico en el término de Chulilla (Valencia): El Castellar», XIX *CAN*, I, 1045-1051, Zaragoza.
SERRANO VAREZ, D. (1984): «Poblado ibérico del Alto Valiente (Valencia)», *BAEAA*, 19, pp., Madrid.
SERRANO VAREZ, (1987): «Yacimientos ibéricos y romanos de la Ribera (Valencia)», *Academia de cultura Valenciana, serie Arqueológica*, 12, Valencia.
VALL DE PLA, M.ª DE LOS A. (1971): «El poblado ibérico de Cobalta (Albaida, Valencia). El poblado, las excavaciones y las cerámicas de Barniz Negro», *Trabajos Varios SIP*, 41, Valencia.

II. NECROPOLIS

1. INTRODUCCION

El estudio arqueológico de la sociedad, la arquitectura y el mundo funerario ibérico bien pueden caracterizarse por ser meta ambiciosa, a la vez que compleja. Diversas son las circunstancias que convierten la cultura ibérica en una de las de mayor personalidad y dinamismo dentro de la protohistoria peninsular.

Su prestigio ha quedado consolidado tras los éxitos de una larga investigación que permiten, hoy en día, entenderla en su justo sentido: como una cultura mas de la *koiné* mediterránea del momento orientalizante. Se entiende como continuidad natural del mundo tartésico, desechadas ya teorías *invasionistas*. Sin embargo este horizonte cultural no siempre ha sido valorado igual.

La tradición investigadora de la arqueología ibérica se remonta a finales del siglo pasado. Ello puede proporcionarnos una confianza engañosa acerca de su buen conocimiento. Durante décadas ha primado una concepción clasista y jerárquica de las culturas mediterráneas. El aislamiento cultural de nuestro país, tras la guerra civil; o determinadas modas, como el pangermanismo y el consiguiente barniz celta para nuestras raíces... explican el profundo desconocimiento de su verdadero significado.

Ha sido en estos últimos veinte años cuando la arqueología ibérica ha experimentado un notable auge, tanto cualitativo como cuantitativo. El desarrollo de una madura arqueología de campo, junto con el descubrimiento y estudio de novedosos yacimientos, han hecho posible el avance.

El desarrollo de la arqueología *procesual;* la aplicación de una ciudada metodología de campo; el realizar analíticas de modo sistemático; o la celebración de reuniones científicas, de carácter monográfico, han posibilitado que el mundo material de la cultura ibérica sea susceptible de una nueva y mejor interpretación histórica.

Sin embargo, el avance no ha sido parejo en todas sus facetas. Es en el ámbito de las necrópolis, frente a poblados y santuarios, donde más se ha conseguido. Ello cobra especial importancia si tenemos en cuenta el alto valor que los iberos dieron al mundo funerario. La materialización de sus cementerios, con el empleo de arquitectura monumental y escultura, junto a una amplia tipología de tumbas, lo corroboran. Es, por ello, que el estudio arqueológico de las necrópolis se presente como una de las mejores maneras de penetrar en el conocimiento de la sociedad ibérica.

Desde principios de siglo las necrópolis ibéricas han sido objetivo predilecto de numerosos arqueólogos. Reflejo de *aparentes ventajas:* sus tumbas; sus contextos cerrados; los materiales, por lo general complejos y lujosos; la engañosa facilidad de excavación... Todo ello coherente, no hay que olvidarlo, con un concepto de la Arqueología basada en el valor de la pieza. De una sociedad educada en el *coleccionismo.*

Museos abarrotados de piezas; necrópolis vaciadas, muchas carentes de una mínima bibliografía; un patrimonio arqueológico descontextualizado... han sido, durante décadas, el lógico resultado de la investigación. Frente a ello, el mejor conocimiento que hoy tenemos constituye la mejor prueba de lo acertado del nuevo rumbo. Pero si queremos apreciar el avance de estos últimos veinte años hay, por fuerza, que fijarse en el punto de partida.

2. HISTORIOGRAFIA DE LA INVESTIGACION

El hallazgo casual de las esculturas del Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo), en 1860, supuso el arranque del *estudio arqueológico* de la cultura ibérica. Fecha esta paradigmática al plantear, simultáneamente, varios acontecimientos. Por un lado, la materialidad de una nueva cultura todavía cuestionada en la Exposición Universal de París; importante también por suponer el inicio de los estudios de escultura ibérica, tan en relación con el mundo funerario; pero, igualmente significativa, por el protagonismo de esta zona, hoy imprescindible para el conocimiento de la cultura ibérica: el Sureste de la Meseta.

A principios de siglo las necrópolis ibéricas y las celtibéricas se estudiaban dentro de un todo uniforme. Así se interpretaba la aparente uniformidad del rito —cremación— y los ajuares —armas, construcciones tumulares—. Lo limitado del conocimiento en aquella época permite explicarlo.

No se concebía la posibilidad de un *fenómeno de tenaza* para explicar la concurrencia de un mismo elemento cultural a través de dos vías diferentes; era el caso de la cremación. Paralelamente, la

riqueza de las panoplias exhumadas por el marqués de Cerralbo a principios de siglo en Guadalajara; junto a la útil sistematización del doctor Schüle (SCHÜLE, 1969) de los ajuares metálicos meseteños provocaron, inconscientemente, que todo lo posterior aparecido se interpretara como derivado de un mundo *céltico*. Ultimos trabajos sobre la panoplia ibérica han evidenciado lo erróneo de esta tradición.

Hasta la renovación metodológica de la arqueología de los años sesenta, que a los estudios del mundo funerario ibérico no llegaría hasta el inicio de los setenta, podemos destacar tres hitos bibliográficos. Son las obras de P. París (1903), Bosch Gimpera (1928) y García y Bellido (1954). Consideradas obras globales, sus publicaciones significaron sucesivas superaciones en el conocimiento de la cultura ibérica.

La primera obra hay que encuadrarla dentro de la efervescencia cultural que supuso el *redescubrimiento* del *mundo prehelénico*. En particular, con la cultura *micénica*, con la que se llegó a poner en relación. La segunda, constituye una de las primeras ordenaciones científicas españolas que utilizó documentación arqueológica; su decidida metodología, valorando el factor económico como eje de cambios, demostró la existencia de una verdadera *ciencia*. La universidad de Barcelona consolidaba, así, su madurez científica en este campo.

Por lo que respecta a la obra de García y Bellido, sus aportaciones sirvieron de guía durante varios lustros a investigadores e interesados en la materia —recordemos la síntesis de la Ed. Espasa Calpe—. Pero el encuadre cronológico tardío, propuesto para su arte, está hoy superado. Valga como anécdota la fecha de la Dama de Elche en época prácticamente romana (LLOBREGAT, 1991). Lo consideraba propio del momento romano republicano, obviando evidencias arqueológicas conocidas como las necrópolis del Cabecico del Tesoro y El Cigarralejo.

Romanticismo, idealismo e *historicismo* fueron, durante muchos años, los criterios adoptados a la hora de interpretar la documentación arqueológica. Algo habitual en las escuelas arqueológicas europeas a principios de siglo, sólo que en España perduraron más adquiriendo fuerza y rigidez.

Con los años setenta la arqueología *ibérica*, dotada de un mejor aparato metodológico, empezó a desarrollar una investigación atenta a otras metas, distintas de las habituales. A través de los yacimientos se quería llegar a un conocimiento global de las sociedades allí materializadas. Se empezó a valorar la interrelación existente entre las diferentes partes que constituyen una realidad, partes que configuran el todo. A través de ello, se definían *procesos* y estructuraban los *cambios*.

El origen de todo ello, como es de suponer, hay que buscarlo fuera de España. Desde 1968 —como fecha paradigmática— arranca toda una nueva línea de investigación que admite múltiples *modos de hacer* arqueología (VV.AA. 1988). Surgió como reacción a la imposibilidad de poder explicar el desarrollo cultural del hombre a través del análisis formal de los objetos. Se definió, así, el término cultural de *proceso* y, en consecuencia, la conveniencia de estudiar los *procesos de cambio*.

No se partía de cero, a lo largo de la década de los sesenta, la renovación de la Antropología en EE. UU. (ALCINA, 1989) la Geografía Locacional, popularizaron términos como *lugar central, modelos de ordenación*, o *jerarquización del territorio*. Era la antesala al estudio de la jerarquización social, que tanta importancia cobraría en los estudios de la cultura funeraria ibérica.

El descubrimiento en 1971 del yacimiento de Pozo Moro (Chinchilla, Albacete) supuso un verdadero revulsivo en el estudio de las necrópolis ibéricas. Materializó, con su monumento, el inicio de una línea de investigación, todavía no acabada, que afectó a las principales facetas que configuran el espacio funerario. Nos referimos al papel jugado por la arquitectura monumental; por la escultura; a la tipología de los enterramientos y, derivado de todo lo anterior, su jerarquización social, paisaje y sociedad.

Punto de inflexión en la bibliografía arqueológica del mundo ibérico fue la publicación del profesor Arribas (ARRIBAS, 1965). Si bien anterior a la década de los setenta, sus planteamientos metodológicos y líneas de investigación propuestas han sido seguidas durante dos décadas. Su tercera reedición en 1982 es buena prueba. Escrita con anterioridad a descubrimientos tan decisivos como Pozo Moro, Baza o Porcuna, lógicamente, se ha ido resintiendo con el paso del tiempo. Pero seguía siendo referencia continuada en manuales universitarios, quince años después (PRESEDO *et alii*), 1980).

Esta obra, resultado de un encargo de la editorial inglesa Thames and Hudson, en 1964, partía de la evidencia de que la cultura ibérica se caracterizaba por una *complejidad*, propia de todo *proceso histórico*. Se abandonaba, con ello, investigaciones anteriores obsesionadas con la búsqueda de un *origen* puntual para los íberos; así como de querer caracterizar su cultura material con rígidas tipologías totalizadoras. Lo primero, era una influencia más de *tesis invasionistas*, tan de moda en

aquel momento; lo segundo, debido a los aparentes éxitos de colegas extranjeros al estudiar otros materiales. Era el caso del profesor N. Lamboglia con las cerámicas *campanienses* (LAMBOGLIA, 1952).

En vez de buscar su *origen*, proponía investigar su *proceso formativo*. Paralelamente, consciente de la diversidad del sustrato indígena preexistente sobre el que se produjo dicho proceso, propuso un *estudio por áreas geográficas*. Lo acertado de esta nueva apuesta queda reflejada en la celebración de un *simposium* internacional en esta misma línea, una década después. Nos estamos refiriendo al *Simposi Internacional Els Origens del món ibèric* celebrado en Ampurias en 1977 (VV.AA., 1976-78).

La homogeneidad del alfabeto y de la lengua; la raíz «clásica» de su arte eran los argumentos que posibilitaban hablar de *pueblos ibéricos*, pero quedaba de manifiesto la imposibilidad de dar una pauta global totalizadora. No había, pues, «una cultura ibérica unitaria entre los pueblos ibéricos». La parcelación geográfica defendida diferenciaba seis áreas que, apenas sin modificaciones, sigue siendo utilizada: 1) Sur de Francia y Cataluña; 2) Valle del Ebro, incluyendo la zona de Lérida; 3) Valencia, de *iberización* retardada; 4) SE, incluyendo la Meseta Albaceteña, de marcada homogeneidad; 5) *Alta* Andalucía, de monumentalidad y tecnología sólo explicable «pensando en un influjo extranjero»; 6) *Baja* Andalucía, zona diferenciada tras los trabajos de Bonsor.

Por desgracia, los descubrimientos arqueológicos de la década de los setenta, salvo excepciones, no se reflejaron de inmediato en la bibliografía. Habría que esperar a la década siguiente para ver publicados sus resultados. Se define, así, una fácil progresión en el avance de la arqueología ibérica del mundo funerario: los **años setenta**, de investigación de campo y estudio; los **años ochenta**, en los que continuaron las excavaciones, pero con una importante obra publicada para uso de los investigadores.

El gran avance conseguido con la celebración de este *Simposi Internacional* de Ampurias puso en evidencia las ventajas de una cuidada metodología de excavaciones. No en balde, el conocimiento de la cultura ibérica ha sido siempre un problema arqueológico.

La documentación exhaustiva del estrato indígena preexistente, con estratigrafías fiables en yacimientos como Cerro Macareno (PELLICER, ESCACENA y BENDALA, 1983) y Mesa de Setefilla (AUBET *et alli*, 1983), ambos en Sevilla; de Los Saladares (Orihuela) (ARTEAGA, 1982; *Idem* y SERNA, 1979-80) y Vinarragell (Burriana) (ARTEAGA y MESADO, 1979), en Alicante y Castellón, respectivamente; o de La Peña Negra de Crevillente (GONZÁLEZ PRATS, 1983 y 1985) y Pozo Moro (Chinchilla) (ALMAGRO-GORBEA, 1983a) entre otras más, sentaron las bases de estudios posteriores, a la vez que consolidaron el estudio de los *procesos formativos* como adecuado arranque en el conocimiento de la cultura ibérica.

La parcelación geográfica defendida en aquellas Actas fue mayor, reflejo de una mejor y más abundante documentación. Se estudiaba, separadamente, el Languedoc del área catalana; se subdividía ésta en tres: Cataluña del *interior*, comarca *meridional y costa NE*; y, por último, se definían dos nuevas áreas: la *Contestana* y las *zonas orientales* de la *Meseta*. Matizaciones impuestas por diferencias ostensibles en el sustrato indígena.

Todo ello estaba posibilitado, en cierta medida, gracias a los estudios de los *asentamientos fenicios* del *sur peninsular* (DEL OLMO y AUBET, 1986). Llevados a cabo por investigadores alemanes y españoles, la publicación de sus trabajos permitió recomponer el horizonte cultural del **período orientalizante**, diferenciable del **Tartessos Geométrico** (BENDALA, 1986). Como más adelante veremos, aquél constituiría la fase inicial de la cultura ibérica (BENDALA y BLÁNQUEZ, 1987, 14).

Tras el *Simposium* Internacional de Jerez —en torno a Tartesos— y la política arqueológica de *cortes estratigráficos* que se desarrolló en el *suroeste peninsular*, tomó cuerpo un importante e inédito estado de conocimientos. Ello sirvió de base al profesor Pellicer para que, en el citado *Simposi* de Ampurias, interpretara la «iberización» de este territorio como «simple **consecuencia**» de la adaptación, por parte de las gentes tartésicas del Bronce Final, «de unas formas materiales y espirituales» traídos por los fenicios desde el siglo VIII a. de C., junto con elementos puntuales griegos, atlánticos y de la Meseta. Para el autor todo ello configuraría la cultura turdetana. (PELLICER, 1976-78, 21). Quedaba expuesta, pues, la homologación *iberización* con *cultura turdetana*; entendida como continuación natural de lo que hoy, acertadamente, se denomina *Tartessos Orientalizante* (ABAD, 1979, 184), en un proceso que bien podría prolongarse hasta la *romanización* (BENDALA, 1981).

El inicio de la década de los ochenta coincidió con la publicación de dos nuevos obras globalizadoras de la cultura ibérica. Nos referimos a los trabajos de los profesores Presedo y Tarradell (PRESEDO *et alii*, 1980 y TARRADELL, 1982).

La primera de ellas seguía, en gran medida, las pautas propuestas por el profesor Arribas aun-

que, como era lógico, empleando más materiales; mantenía un estudio de la cultura ibérica estructurado en áreas geográficas. En el capítulo de las necrópolis apuntaba la posibilidad de que las diferencias tipológicas de los enterramientos, quizás, estuvieran reflejando las distintas etnias de los pueblos ibéricos.

El ámbito funerario lo agrupó en tres áreas: Alta Andalucía, con un «predominio de las grandes tumbas de fosa»; Sudeste, muy vinculada a la anterior y con un rasgo diferenciador que concreta en los *empedrados tumulares;* común a las dos áreas destacaba la existencia de escultura y monumentos funerarios de «gran envergadura». Por último, estaría el Bajo Aragón y Cataluña, «mucho menos iberizada» y de cronología tardía. Aquí, el sustrato celta fue muy fuerte. No obstante de esta visión, realiza un recorrido detallado por las áreas tradicionales: Alta Andalucía, SE, País Valenciano, Valle del Ebro y necrópolis catalanas.

No había, pues, una única propuesta de trabajo. La ausencia de la *Baja* Andalucía se debía a la falta de necrópolis conocidas, dado que en el estudio del poblamiento sí era incluida. En general, la incorporación de nuevos datos y un seguimiento —quizás rígido— de la esquematización geográfica de Arribas llevaba a algunos desajustes. Por último, repetidas veces se hacía mención a la falta de publicación de las excavaciones. Este hecho, negativo, todavía estará presente a finales de los ochenta.

Con esta obra se cierra un período en cuanto a concepción metodológica del problema. A partir de ahora la investigación enfocará nuevos rumbos.

La obra del profesor Tarradell defendía la necesidad de definir la *realidad social-histórica* bajo una perspectiva global, totalizadora, como un «conjunto estructural de elementos interdependientes». Acertada perspectiva, bajo nuestro personal punto de vista, pero que quedó muy limitada al no incorporar novedosa documentación de yacimientos como Pozo Moro, Porcuna, Cigarralejo, Baza..., hoy básicos para entender la cultura ibérica. El lógico desfase entre los descubrimientos arqueológicos y las publicaciones de sus Memorias lo impidió.

Basándose en la cultura material defendía una extensión geográfica, para la cultura ibérica, bastante coincidente con las fuentes textuales greco-latinas: desde el Languedoc y Rosellon francés, hasta Andalucía.

La 2 mitad de la década de los ochenta marcó un claro avance en la interpretación de la cultura ibérica y, más específicamente, de su mundo funerario. Fue posible gracias a toda la investigación anterior que recogía ahora sus frutos. A ello se sumaban nuevos yacimientos que, con el tiempo, han resultado ser definitivos para el conocimiento del mundo funerario ibérico: Cabezo Lucero (ROUILLARD *et alii,* 1990; ARANEGUI, 1991); Los Villares (BLÁNQUEZ, 1990a); nuevas excavaciones en Castellones del Ceal (CHAPA, MADRIGAL y PEREIRA, 1991a y b), entre otros.

Se tenía ya un estudio completo del monumento *turriforme* de Pozo Moro (ALMAGRO-GORGEA 1978 y 1983a); de la Memoria de Excavación de Baza (PRESEDO, 1982); la primera Catalogación del conjunto escultórico de Porcuna (GONZÁLEZ NAVARRETE, 1987); de importante bibliografía sobre escultura y arquitectura ibérica (ALMAGRO-GORBEA, 1983b y c), de su interpretación *sociocultural* (ALMAGRO-GORBEA, 1983d y e).

En el año 1985 se celebraron en Jaén las *I. Jornadas sobre El Mundo Ibérico* (RUIZ y MOLINOS, 1987). En ellas se defendió, con claridad, la concepción de la cultura ibérica como parte consustancial de «un dilatado proceso cultural inserto en un panorama geográfico amplio» (BENDALA y BLÁNQUEZ, 1987, 9). Se partía, así, desde bastante atrás (Tartessos Orientalizante) y llegaría, prácticamente, hasta el cambio de Era.

Se valoraba la *crisis* tartésica, en la segunda mitad del siglo VI a. de C., como hecho favorecedor de la vitalización de nuevas áreas: el *sureste* de la Meseta y Levante, hasta entonces relegadas a un plano menor. En la configuración de esta nueva etapa el *factor griego* (BLÁZQUEZ, 1979; BLÁNQUEZ, 1991a y b) desarrollaría un protagonismo incuestionable, *sine qua non.* Con posterioridad en el tiempo otras áreas, como el SE peninsular, se verían afectados por este fenómeno.

Del citado trabajo destacaríamos, por último, una puntualización vertida en el texto que corroboraba lo anterior. El hecho de que en aquellas áreas —*sureste meseteño* y Levante—, allí donde antes se configuraría la cultura ibérica, fueran los focos más activos ligados al mundo tartésico. La base *orientalizante* y, por tanto, *mediterránea* sirvió de base al impacto griego y, de la interrelación de todo, la configuración de la cultura ibérica. Así se explica el carácter «retardatario» del Valle del Ebro, o Cataluña, donde el sustrato de los Campos de Urnas pesó siempre en el proceso de *iberización.*

El trabajo de Almagro-Gorbea, en 1986, retoma anteriores postulados suyos y continúa profundizando la filosofía defendida en las Jornadas de Jaén. Protagoniza en Tartessos el agente intermedia-

rio, a *posteriori,* de la difusión del mundo orientalizante por áreas periféricas. La *jerarquización* del territorio, la *estructuración* social de tipo *monárquica,* junto con otros elementos, definirían en un sistema social «urbano del tipo oriental», origen de la cultura ibérica. Tartesoss y lo ibérico se manifiestan, pues, sin solución y continuidad.

El *factor* griego (focense) se entendía dentro de un *proceso* de *aculturación* que llegó a transformar la sociedad en muchos de sus aspectos: funerario, tecnológico, religioso, social... Pero todo ello se apoyaba en una base orientalizante inalterada, «verdadera fase inicial de la cultura ibérica» (ALMAGRO-GORBEA, 1986, 479; *idem* 1982a).

Estas transformaciones, hoy mejor conocidas, debieron ser dilatadas en tiempo y espacio y afectaron, de modo obligado, al sustrato indígena. De ahí las «variaciones regionales», citadas en los texto y evidenciadas por las excavaciones; pero todo «dentro de una unidad y personalidad indudable».

Para el citado investigador, «el estado actual de las investigaciones aconseja una visión global de la cultura ibérica», dada la imposibilidad de matizar las étnicas. En la actualidad todavía no es posible, aun a pesar de los notables avances en este campo (VV.AA. 1989). Por todo ello, defiende una triple división en tres áreas; la andaluza, SE y NE. En las dos primeras, el complejo *paisaje* funerario indicaría una gran variabilidad étnica y una profunda complejidad social a lo largo del tiempo.

En 1987 se publicó la que, hasta el momento, ha sido la última obra de conjunto sobre Cultura Ibérica (BENDALA *et alii,* 1987). La inclusión de una síntesis historiográfica, como punto de arranque, era novedad en este tipo de publicaciones, a la vez que ponía de manifiesto las enormes posibilidades del tema a investigar.

El enfoque del texto allí expuesto, continuación conceptual a lo comentado en los últimos trabajos, suponía la ya total «normalidad» de una visión de la cultura ibérica empezada a investigar en el *Simposi* de Ampurias. Una **cultura uniforme,** con «elementos claramente diferenciadores»: *hábitat* complejo, el urbanismo desarrollado, con una gran escultura, empleo del torno y conocimiento de la escritura. (BENDALA *et alii,* 1987, 172). Todo ello aplicable a un amplio territorio y sobre un sustrato indígena diferenciable.

Apoyada en esa **unidad cultural** no establecieron los autores matizaciones geográficas. Se valoraba, globalmente, el espacio religioso resaltando tres aspectos deducibles de su análisis: la existencia de distintos grupos sociales; la creencia de una vida de ultratumba y el papel de la escultura funeraria dentro de un marco simbólico y no puramente decorativo.

Como cierre a este selectivo elenco bibliográfico habría que destacar el reciente Congreso Nacional sobre Las Necrópolis ibéricas. Celebrado en la Universidad Autónoma de Madrid, el pasado mes de noviembre de 1991, habrá que esperar a la publicación de sus Actas para hacer una valoración del mismo. No obstante, algo podemos adelantar.

Sus 19 ponencias han atendido, indistintamente, estados de la cuestión regionales y necrópolis puntuales, constituirán la valoración definitiva de estos veinte años de arqueología de campo. De manera intencionada se han incluido áreas geográficas no propiamente ibéricas para, así, valorar los procesos de *iberización* en las mismas. Cronológicamente, su recorrido va desde las necrópolis *orientalizantes,* hasta la *romanización.*En su conjunto permitirá tener una visión global, a la vez que detallada, de la cultura ibérica dentro de la Protohistoria Peninsular.

3. LA CULTURA MATERIAL DE LAS NECROPOLIS IBERICAS

Hoy día, disponemos de suficiente documentación arqueológica como para establecer las pautas principales que caracterizan a la cultura ibérica. Esto es posible, en gran medida, gracias al avance conseguido con el estudio de sus necrópolis. Es por ello que, en la actualidad, defendamos la conveniencia de un estudio *sincrónico* y *diacrónico* de manera simultánea.

No obstante, analizaremos aquí las necrópolis ibéricas desgajando sus principales elementos constitutivos —tipologías de tumbas, arquitectura, escultura—. Mantendremos, pues, una lectura tradicional, pero conscientes de sus limitaciones. Todos estos datos deberían ser complementados con el mundo de los poblados y, conjuntamente, proyectarlos en una perspectiva globalizadora, la necesaria lectura *diacrónica.*

LAS TIPOLOGIAS FUNERARIAS

Las excavaciones llevadas a cabo a lo largo de estos últimos años en las necrópolis, de Cabezo Lucero (Guardamar del Segura, Alicante); El Cigarralejo (Mula, Murcia); Pozo Moro (Chinchilla, Albacete); Los Villares, (Hoya Gonzalo, Albacete); Estacar de Robarinas (Cástulo, Linares, Jaén); Castellones de Ceal (Granada) y Baza (Granada) han permitido estudiar, con precisión, los distintos tipos de tumbas de las necrópolis ibéricas. En su conjunto, proporcionan un conocimiento bastante aproximado de aquella realidad material.

Partimos de la evidencia de un único rito funerario, el de la **cremación**, que no incineración. El quemadero, o *ustrinum*, normalmente se ubicaba fuera de la necrópolis, dado el demostrado carácter especial de éstas, proclives a una exclusiva utilización para enterramientos. La deposición de los restos en un hoyo, o *loculus*, constituiría la tumba en sí. Los casos de coincidencia del lugar de cremación con el de enterramiento, un *bustum*, son escasos. Muchas veces los niveles de quemado documentados corresponderían a los ritos de cierre de la tumba, no a la cremación del cadáver. (BLÁNQUEZ, 1990a, 340)

Diversas son las *tipologías de tumbas* publicadas desde muy diversas perspectivas. Puntuales sobre un único yacimiento (CUADRADO, 1987a; PRESEDO, 1982, 303; GARCÍA-GELABERT y BLÁZQUEZ, 1988; BLÁNQUEZ, 1990a, 339 y 1991b); sobre un área geográfica (CUADRADO 1987b; PEREIRA 1987 y 89; BLÁNQUEZ 1988); o, generales para el área ibérica (ALMAGRO-GORBEA, 1983a). El descubrimiento y posterior estudio del monumento *turriforme* de Pozo Moro (1978) permitió entender, definitivamente, el papel jugado por la arquitectura en el mundo ibérico: al servicio del mundo religioso y, muy en especial, de las construcciones de los distintos tipos de tumbas. También de la escultura, complemento perfecto de aquélla y, por ello, mayoritariamente dentro del ámbito funerario.

Tumbas de Cámara, monumentos *turriformes*, pilares-estela, túmulos «principescos» y sencillos, cubriciones tumulares en adobe y simples tumbas de cremación en hoyo, cerradas mediante un simple adobe, constituyen la tipología funeraria ibérica. Su dispersión geográfica abarcaría Andalucía Oriental, todo el SE, Levante, S del Valle del Ebro, Cataluña y Languedoc francés, hasta el río Hérault. Su cronología, inicialmente, iría desde el final del siglo VI, hasta la *romanización*. Sin embargo, es necesario hacer numerosas precisiones.

Las tumas de cámara fueron tipificadas, en su día, por J. Cabré en el estudio de la necrópolis de Túgi (Galera, Granada) (CABRÉ, 1920). El término de «tumbas tumulares», utilizado durante tiempo para tumbas de diferentes culturas, fue sistematizado por Almagro-Gorbea en El Pajaroncillo (ALMAGRO-GORBEA, 1973). El de *principesco*, por Cuadrado, tras el hallazgo de dos de ellos en El Cigarralejo (Mula, Murcia) (CUADRADO, 1968) El de *turriforme*, por Almagro-Gorbea, tras el estudio de Pozo Moro, (ALMAGRO-GORBEA, 1978); al igual que los «pilares-estela», estudiados por este mismo autor a través de ejemplares descontextualizados depositados, desde principios de siglo, en los museos provinciales (ALMAGRO-GORBEA, 1980, 1981b, 1982, 1983b y 1987).

La mayoría de estos autores han propuesto, con diferente acierto, subdivisiones para la mayoría de los tipos propuestos. Ello ha generado una bibliografía, en ocasiones confusa, reflejo de una disparidad de criterios a la hora de fijar los tipos. Así, se ha equiparado, comparándolos, *tipos* con *variantes;* aspectos *tipológicos*, con cuestiones *morfológicas;* elementos exclusivos de un área, con otros generales al territorio ibérico; casos de finales del siglo VI a. de C., con otros tardíos. Siguiendo esta línea es, difícil sacar conclusiones culturales de la tipología de tumbas. Hay pues, que matizar y precisar.

Si valoramos exclusivamente los *tipos de tumbas*, al margen de los materiales empleados, así como su valor funcional mecánico y no simbólico, observamos una mayor uniformidad en el enterramiento ibérico. **Todas** las tumbas ibéricas son de **cremación en hoyo**, la variabilidad la encontramos, pues, en el modo de cubrir la tumba. Las cubriciones, al disponerse por encima de los suelos de uso, cumplirían una doble función. Por un lado, la de cerrar, de manera ritualizada, el enterramiento; pero, por otro, indicar la ubicación concreta de la tumba, posibilitando ritos posteriores e, incluso, cumpliendo una función ideológica: la de colaborar, con su presencia, el mantenimiento de un orden social.

Así, quizá, el que las tumbas con cubrición tumular estén materializadas en adobe, o piedra; el que sean túmulos sencillos con, o sin, escultura; de pequeño tamaño, o «principescos», reflejen una ordenación social interna, una profunda jerarquización social. Pero todos ellos obedecen al *tipo de enterramiento tumular.*

De este modo, atendiendo a una pura cuestión tipológica, al margen de su distribución geográfica

o cronológica, las tumbas ibéricas quedarían ordenadas — de más a menos abundantes— de la siguiente manera (BLÁNQUEZ, 1990a, 345):

1. Simples tumbas de cremación en hoyo, con o sin urna.
   a) Sin urna.
   b) Con urna.
2. Tumbas de cubrición tumular, principescas o no; en piedra o adobe.
   a) *Principesca.*
   b) Sencilla, en sillarejo o sillares.
   c) En adobes.
3. Tumbas de Cámara. Con o sin corredor; individuales, o colectivas.
4. Tumbas con sobreestructura arquitectónica.
   a) *Turriforme.*
   b) Pilar-estela.

Como es lógico, este elenco de enterramientos refleja el estado actual de nuestro conocimiento, pero no presupone una tipología cerrada. De hecho, recientes trabajos arqueológicos han documentado nuevos modos, variantes en realidad, importantes de comentar. No amplían los *tipos* conocidos, lo cual consolida el panorama anterior; pero ponen de manifiesto la variabilidad interna de los tipos ratificando la profunda jerarquización interna de las élites rectoras de la sociedad ibérica.

Así, tendríamos los trabajos sobre la existencia de posibles *fachadas exteriores de estructuras funerarias o de culto* (LUCAS y RUANO, 1988 y 1990); de Blánquez Pérez (1991a y b); de remates escultóricos en túmulos, sin necesidad de pilares intermedios (BLÁNQUEZ, 1991b y c); o de nichos funerarios como, por ejemplo, en la necrópolis de El Cigarralejo (CASTELO RUANO, 1991).

LA ESCULTURA

Un segundo elemento de estudio, imprescindible para el entendimiento de numerosas necrópolis ibéricas, es la escultura. Aquí el avance ha sido notable y, aunque todavía son importantes las lagunas, es evidente que nos encontramos ante un problema científico lleno de sugerencias.

Una limitación para el estudio ha sido, durante mucho tiempo, la descontextualización arqueológica de la escultura ibérica. Determinado por ello, la mayoría de los trabajos se han visto limitados a valoraciones estilísticas acompañadas de un, mejor o peor, estudio descriptivo. El arranque de la investigación ha tenido, además, una dificultad añadida. Hasta la revalorización de las culturas circunmediterráneas no *clásicas —el defendido arte periférico* de prof. Pallotino— la escultura ibérica sufrió continuos vaivenes en su interpretación y cronología. Hoy día, el panorama ha cambiado de manera notable.

Con el inicio de la década de los setenta la bibliografía española dispuso de una obra, modélica en su momento, para el estudio de una de las áreas geográficas de tradicional riqueza escultórica, la *Contestania* (LLOBREGAT, 1972). El carácter globalizador del trabajo del doctor Llobregat impidió desarrollar, en todas sus posibilidades, el estudio de la escultura pero defendía una línea de investigación sugerente, propuesta ya en escritos anteriores (LLOBREGAT, 1966) y mantenida actualmente (Llobregat, 1989). Había que *estudiar* la escultura ibérica *desde dentro* de su propia cultura, sin excesos deterministas. Conocedores hoy de la personalidad del mundo ibérico, transformando la mayor parte de los elementos recibidos —materiales e ideológicos— queda claro lo oportuno de la propuesta.

La **década de los setenta** ha sido, en gran medida, los años de los grandes descubrimientos: Porcuna, Pozo Moro, Baza... Pero sus frutos se traducirán en una sugerente bibliografía, en la siguiente época. Desgraciadamente, siempre hay un desfase temporal entre los hallazgos arqueológicos y su publicación de manera completa.

El descubrimiento de **Pozo Moro**, como hemos dicho con anterioridad, significó un cambio trascendental en el estudio de la escultura y arquitectura ibéricas. La base del monumento apareció todavía *in situ* y el ajuar de su tumba proporcionaba un contexto y una cronología precisa. Su investigador ha propuesto, basándose en la asociación ajuar-monumento, una fecha de finales del siglo VI, o muy a principios del siglo V a. de C., si bien para otros autores el monumento podría ser anterior.

En aquel mismo año, en el Cerro del Santuario de Baza (Granada), se encontró la famosa **Dama de Baza**. Durante la cuarta campaña de excavaciones, en la esquina NE del yacimiento, apareció la

Dama dentro de la sepultura 155. De fosa rectangular, semiexcavada en el suelo, no ofrecía materiales de precisa cronología pero, por paralelos formales con la tumba 176, se fecha a mediados del siglo IV a. de C. Las cinco crateras del *pintor del Tirso Negro,* en torno al 360 a. de C. constituyó el apoyo cronológico contextualizado para esta *dama sedente* de cerca de 800 Kg de peso (PRESEDO, 1982, 272).

Un nuevo descubrimiento, en 1975, convulsionó los estudios de la escultura. Se trataba del conjunto escultórico de **El Cerrillo Blanco de Porcuna**, en Jaén. Fue excavado por el doctor Martínez Navarrete a lo largo de cinco campañas, las dos últimas en colaboración con el profesor Arteaga (GONÁLEZ NAVARRETE, 1987). Sus cerca de 1.500 fragmentos documentaron una ideología y una iconografía que ha supuesto un revulsivo a la investigación. Lamentablemente, el conjunto documentado no apareció *in situ,* sino desplazado de su desconocido lugar original y enterrado en época tardía. Se tiene, únicamente, una fecha *post quem* del segundo cuarto del siglo IV a. de C.; unos fragmentos de cerámica ática depositados, involuntariamente, en el momento del enterramiento. Por desgracia, diferentes circunstancias de época provocaron la pérdida del 40 por 100, aproximado, del total.

La necesidad de disponer de una fecha precisa para el conjunto, así como entenderlo en su total significado, han sido la principal meta de su estudio desde entonces. Tras estudios generales de los profesores Blázquez (BLÁZQUEZ y GONZÁLEZ NAVARRETE, 1985) y Blanco Freijeiro (BLANCO, 1981, 43; *Idem* 1987) hoy disponemos de una monografía que supone un gran avance. Se trata de la investigación del doctor Negueruela (NEGUERUELA, 1990), con una reconstrucción exhaustiva y minuciosa del más representativo de los grupos: *Los Guerreros.* Posteriormente, tras el estudio de los conjuntos escultóricos de Los Villares (HOYA GONZALO, Albacete) (BLÁNQUEZ, 1991b y c), se puede fechar en torno al 490 a. de C. Aun con todo, la investigación no acaba aquí.

La década de los setenta estuvo, pues, acicatada por estos tres descubrimientos. Sin embargo, la pauta general seguía siendo que las esculturas aparecieran en las lindes de los bancales o, en el mejor de los casos, reutilizadas como simples piedras en enterramientos tumulares. Se tenía, así, una fecha general *post quem* de mediados del siglo IV a. de C., claramente insuficiente para satisfacer los problemas planteados: génesis de la escultura ibérica, significado social, simbología, marco cronológico en el que encuadrarla, posibles fases evolutivas, etc.

Necrópolis como El Cigarralejo (Mula, Murcia), Coímbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia) (Page del Pozo, 1987); Corral de Saus (Mogente, Valencia) (Almagro-Gorbea, 1987) fueron proporcionando un importante conjunto de materiales escultóricos, a sumar a los ya existentes, pero de difícil interpretación.

La **década de los ochenta** supuso un nuevo avance. En 1980, la doctora Chapa Brunet publicó una primera sistematización del elenco escultórico conocido hasta aquel momento (CHAPA, 1980). Sus trabajos se desarrollarán a lo largo de la década (CHAPA, 1985 y 1986a) con una visión metodológica, progresivamente crítica, muy sugerente (CHAPA, 1986b).

De modo paralelo es también ahora cuando, dentro de la progresiva revisión metodología de la arqueología española, empiezan a publicarse trabajos inéditos en el estudio de la cultura ibérica. Se atendía ya a una más completa reconstrucción de su horizonte cultural: estudios paleambientales, ensayos sobre organización social, procesos de *aculturación,* etc. Sobre ello volveremos más adelante.

Nuevos yacimientos a lo largo de los años ochenta han incrementado el *corpus* de esculturas ibéricas. Fundamentales han sido los hallazgos en la ya citada necrópolis del Poblado, en Coímbra del Barranco Ancho; en el Parque de Elche (RAMOS, 1991) y Cabezo Lucero (Guardamar del Segura) (ROUILLARD, 1990; ARANEGUI, 1991) ambos en Alicante; o, muy especialmente, en Los Villares de Hoya Gonzalo, en Albacete. (BLÁNQUEZ, 1990a y 1991e).

También ha sido notable el avance conseguido tras la revisión de conjuntos escultóricos, aparecidos de antiguo, arrinconados en los fondos de los Museos. En su mayor parte corresponden a investigaciones, del profesor Almagro-Gorbea sobre los *pilares-estela* y *monumentos* como el de Alcoy, Monforte del Cid, Pino Hermoso, la revisión de Corral de Saus, etc.

Aspecto puntual, aunque importante, han sido las diferentes interpretaciones dadas a la **destrucción de las esculturas ibéricas.** Un rápido repaso a los materiales permite apreciar que, la gran mayoría, presenta señales inequívocas de una destrucción deliberada de época. Son los casos de Cabezo Lucero, Corral de Saus, Los Villares, Hoya de Santa Ana, Llano de la Consolación, Pozo Moro, El Cigarralejo, Cabecico del Tesoro, Coímbra del Barranco Ancho, o Porcuna, entre otros.

Diversas son las hipótesis barajadas. *Cambios* tajantes en la *religiosidad* ibérica; *conflictos internos;* como respuesta a *problemas iconoclásticos;* por *causas bélicas,* bien púnicas, ya de los celtíberos. Son éstas las principales tesis barajadas por investigadores como Pla Ballester, Uroz, Lillo Car-

pio, o Blázquez y García-Gelabert, respectivamente (BLÁZQUEZ y GARCÍA-GELABERT, 1991). Hoy día, conscientes del papel jugado por la escultura en las necrópolis, al servicio del grupo social aristocrático dominante, entendemos su **destrucción sistemática** como el *fracaso* del citado *esquema social,* frustrado en la consecución de una estructura Estado. (BLÁNQUEZ, 1991d y e).

Dentro de la investigación de la escultura ibérica habría que destacar, por último, los hallazgos en la necrópolis de Los Villares, en Hoya Gonzalo (Albacete). Allí, por primera vez, han aparecido diversos conjuntos escultóricos dispuestos en sus tumbas originales. De esta manera, las cronologías propuestas para las esculturas tienen un doble apoyo: el estratigráfico y el de los ajuares de las tumbas a que estaban destinadas. (BLÁNQUEZ, 1991c).

Hoy tenemos cronologías sólidas que permiten definir a la escultura ibérica como un fenómeno con personalidad propia. Su arranque fue posibilitado, en lo técnico, por el mundo colonial griego, posiblemente foceo (ALMAGRO-GORBEA, 1984; CHAPA, 1984). Fechamos su inicio a finales del siglo VI a. de C. y hasta muy principios del siglo IV caracterizó el paisaje de las necrópolis de la Alta Andalucía, SE de la Meseta y Levante.

La **crisis** del sistema **aristocrático** daría al traste con ellas y, si bien no desapareció totalmente hasta la *romanización,* no recobró un uso generalizado. Con el inicio del siglo IV a. de C. un nuevo modelo social, no aristocrático, ni estatal, se impondría. Otras zonas geográficas adquirirían mayor dinamismo, como el SE Peninsular y en ellas el mundo púnico tuvo gran implicación.

4. LA SOCIEDAD IBERICA A TRAVES DE LAS NECROPOLIS

El progreso de la investigación, posibilitado por los sucesivos descubrimientos, desarrolló a principios de los años ochenta otra línea de trabajo. Nos referimos a los estudios en torno a la *interpretación socio-cultural* de las necrópolis, a partir de entonces, la *reconstrucción del paisaje* funerario. Derivado de ello se podría profundizar en el entendimiento de los procesos de *aculturación, asimilación, o transformación* de los influjos mediterráneos, por parte de la sociedad ibérica.

Conscientes de la base *orientalizante* de la cultura ibérica; de la importancia de la *colonización griega* para una gran área de su territorio, es evidente su *carácter mediterráneo.* Es, pues, imprescindible definir sus interrelaciones con el mundo circunmediterráneo.

Apoyado en sus trabajos sobre Pozo Moro, el profesor Almagro-Gorbea propuso una sugerente reconstrucción del «paisaje funerario» (ALMAGRO-GORBEA, 1983c y d). La disposición y asociación de los distintos tipos de tumba apuntaban la existencia de *ritos;* deducible de ello, a su vez, se proponía una aproximación *socio-cultural* de las necrópolis ibéricas con una dimensión inimaginable hasta entonces (ALMAGRO-GORBEA y OLMOS, 1981a; ALMAGRO-GORBEA, 1983e).

Hoy día, en la medida en que empezamos a comprender los procesos culturales, se observa que la «adopción» de modelos externos rara vez se limitó a ser una mera copia. Las modificaciones, en muy diferentes grados, debieron ser pauta habitual entre los iberos (OLMOS, 1983 y 1987b).

La interpretación de los *procesos de tranformación* es necesario para comprender las distintas facetas de la sociedad ibércia, de su propia ideología. Es algo patente desde finales de los setenta ante una evidencia: la mera copia de los modelos externos, prácticamente, casi nunca se produjo.

Paralelo a los estudios textuales-terminológicos (DOMÍNGUEZ, 1988), por los materiales vemos que la cultura ibérica ocupaba una amplia extensión geográfica: Andalucía, Levante, Meseta, Valle del Ebro, Cataluña y Languedoc. Es lógico, por ello, presuponer una variada oferta de recursos naturales, de cara a las necesidades coloniales; de igual modo, la rica y diferenciable cultura material reflejaría una receptibilidad selectiva, por parte del mundo indígena, ya de por sí no uniforme.

El modo de aproximarse a aquella realidad es, evidentemente, a través de la cultura material. Los objetos importados, ya fueran cerámicas, bronces, artesanos escultóricos... se entienden en función de la organización social existente en la población ibérica y, por tanto, de sus propias necesidades; no al revés. Las piezas no introducen las ideas, si acaso aceleran su difusión; materializan, con su presencia, el éxito de aquéllas.

Es, por ello, que hoy dispongamos de una interesante bibliografía con sugerentes lecturas —distintas a las habituales— sobre materiales; tanto importados, como propiamente ibéricos, en clara respuesta a impulsos externos. Son ensayos sobre cerámicas griegas (OLMOS, 1977a y 1984); cerámicas indígenas (OLMOS, 1991); bronces (OLMOS, 1976, 1977b, 1979 y 1983); cerámicas pintadas (OLMOS, 1989 y 1990), etc.

Dentro de estas corrientes de los años ochenta, a mediados de la década, empezaron a realizar-

se estudios *paleoambientales* apoyados en el análisis de los restos óseos cremados. Ello supuso una nueva ampliación en el conocimiento del *hombre ibérico*. Los trabajos pioneros de los doctores Reverte (1985a) y Santonja (1989), desde diferentes posturas, permitieron conocer mejor las sociedades enterradas en necrópolis tan importantes como Medellín, Pozo Moro (REVERTE, 1985b; ALMAGRO-GORBEA, 1986b); Los Villares (BLÁNQUEZ, 1990a, 408 y 521), Camino de la Cruz (BLÁNQUEZ, 1991e); El Cigarralejo (SANTONJA, 1985 y 1986); o el enterramiento de la *dama* de Baza (REVERTE, 1986).

De esta manera, aspectos tan importantes como la *esperanza de vida, mortalidad, proporción hombre/mujer* en los enterramientos, empezaban a ser conocidos. En el caso que futuras investigaciones ratifiquen la fiabilidad de este método, la sociedad ibérica enterrada en las necrópolis sería como sigue. No toda la población estaría allí enterrada, sólo las élites. La proporción de enterramientos masculinos y femeninos es, en general, a favor de los primeros, pero nunca excluyente. Igual pasa con los enterramientos infantiles, cremados como los adultos, aunque siempre acompañados de adultos y en número bastante reducido.

Al margen de las cifras, lo importante es la constatación de un uso del espacio funerario selectivo en lo social, pero no en lo sexual. De hecho, lo uno se ratifica en la evidencia de lo otro. Cuestión aparte, que no tiene nada que ver con esto, son los enterramientos —inhumaciones— infantiles en poblado. Su dispersión geográfica y cronológica excede a la propia cultura ibérica, por lo que debe estudiarse por separado. Es posible que estos casos obedezcan a cuestiones rituales, tal y como se ha propuesto recientemente (BARRIAL I JOVÉ, 1989).

La máxima *tasa de mortalidad* se daría en las gentes ibéricas entre los treinta y cuarenta años (45 por 100), la *esperanza de vida* estaría en torno a los treinta y cuatro-treinta y siete años; la *longevidad máxima* no pasaba de los sesenta años. Estos datos, naturalmente, hay que tomarlos con prudencia. Somos conscientes de las limitaciones en que nos movemos: ser conscientes que en las necrópolis no está recogido todo el espectro social; que la *mortalidad infantil* tuvo que ser mucho más alta. Por otro lado, hace falta un mayor elenco estadístico que, hoy, ciframos en torno a los 700 enterramientos analizados, en total.

Todo este novedoso panorama documental que ha posibilitado una concepción más clara de la Cultura Ibérica entendida ya como continuidad natural del *período orientalizante,* obligada a desarrollar nuevas líneas de trabajo. Nos referimos al estudio de las **vías de comunicación** genéricamente denominadas *vías prerromanas*. Ha sido éste un campo poco tratado, dadas las dificultades lógicas de estudio por su escaso registro arqueológico.

La difusión de la cultura ibérica, de algunos de sus más característicos materiales, fue posibilitada por la existencia de estas *vías*. El estudio de la escultura (DOMÍNGUEZ, 1984), de las cerámicas griegas de importación (BLÁNQUEZ, 1991b) son prueba de lo dicho. De igual modo y con anterioridad, al éxito en la difusión del mundo tartésico sólo puede explicar gracias a la existencia de una desarrollada red viaria y éste, a su vez, por un perfecto conocimiento del medio geográfico.

En la década de los setenta los trabajos del doctor Sillières, sobre la *Vía Augusta* (SILLIÉRES, 1976), sentaron la base de estudio en la principal vía de comunicación terrestre de la península ibérica. La identificación, con escasas variantes, de la *Vía Augusta* con la anterior *Vía Heraklea*, es oportuna. Igualmente, su estudio sobre el mítico *camino de Aníbal* (SILLIÉRES, 1977), coincidente con la anterior en el tramo de la Alta Andalucía y SE de la Meseta, sirvió de importante apoyo para el estudio de una de las zonas de mayor personalidad ibérica.

Con posterioridad a estos trabajos, reuniones científicas sobre *La red viaria en época romana* (VV.AA., 1990) han servido de ayuda complementaria para el período ibérico. Pero, salvo excepciones puntuales (DOMÍNGUEZ, 1988; BLÁNQUEZ, 1990b), seguimos carentes de un estudio globalizador de la red viaria en época ibérica.

Más importantes han sido los avances conseguidos en la interpretación social de la cultura ibérica. Sin salirnos de sus necrópolis, la riqueza material de los ajuares funerarios permite el estudio de su panoplia.

Mayoritariamente las armas han aparecido en contextos funerarios. Pero, al igual que con los ejemplos anteriores, su interpretación social afecta por igual al mundo de los vivos. Hoy día, contamos con renovados estudios, tanto en lo tipológico (CUADRADO, 1989), como en su valor simbólico y orígenes de la misma (QUESADA, 1989). Valorarla sin carga de romanticismo, es una fuente de posibilidades interpretativas.

Una vez realizado este encuadre general de la Sociedad y el Mundo Funerario Ibérico, hagamos una rápida valoración arqueológica de sus necrópolis, por áreas geográficas. En concreto cuatro: Cataluña, Levante y Sudeste, Andalucía Oriental y Andalucía Occidental.

4.1. Cataluña

Los *campos de urnas* catalanes, que se extendieron por toda la zona marítima llegando hasta Almería son, en la investigación tradicional, uno de los introductores del *rito* de la *cremación* entre las tribus indígenas. Ello alcanzó su estabilidad y máximo desarrollo en el SE Peninsular. Allí, en la necrópolis de El Cigarralejo, iniciada a finales del siglo V a. de C. y agotada, al menos en lo excavado, en el cambio de Era, vemos el modelo perfecto de lo que fue una necrópolis ibérica.

Hoy día resulta comprometido aceptar una teoría monolítica para el desarrollo de las necrópolis, desde Cataluña y S. de Francia, hasta Andalucía Occidental. Hay variedades rituales, según las características tribales del sustrato indígena o, diferencias geográficas, que lo imposibilitan. No obstante, existe otra serie de circunstancias que unifican a todas como propias de la cultura ibérica.

Consideramos que cuando llegan los efectos de la colonización a la Península los indígenas preibéricos están en un estadio tecnológico del Bronce Final, con instrumentos sencillos de hierro que los colocan en un Hallstat primitivo.

Las necrópolis son ya *campos de urnas* desarrolladas, con tumbas distribuidas en campos de túmulos. Estos estaban formados por un cerco de piedras, generalmente redondo, dentro de los cuales se colocaba la urna cineraria. El resto se rellenaba con piedras recogidas en los alrededores. A veces se protegía el conjunto por losas verticales. Ejemplos de estos *campos de túmulos* los encontramos en Cataluña y Meseta como, por ejemplo, en el Pajaroncillo.

De gran importancia son las necrópolis de Ampurias, en las que encontramos restos de inhumaciones y cremaciones. Posiblemente, muchos de estos enterramientos sean de gentes griegas. Ejemplo de ello es la necrópolis de Las Corts, con tumbas muy parecidas a las de empedrado tumular del SE y ajuares fechados a principios del siglo II a. de C.

La necrópolis Bonjuán y Martí son abundantes en cremaciones. Resulta interesante observar cómo los grupos de Ampurias fueron aceptando este rito que permite diferenciar las tumbas griegas, de las indígenas. En éstas es notable el uso de la cerámica «gris lustrosa», o *gris ampuritana,* de perfecta calidad de barros y fabricación. Fueron muy frecuentes por todo el golfo de León.

Las tumbas ibéricas, de N a S, se caracterizan por su cerámica a torno decorada con pintura roja y motivos geométricos. A medida que pasó el tiempo fueron adoptando los motivos florales y antropomorfos. Otro carácter definitorio es la cerámica de importación, principalmente ática, de figuras rojas o barniz negro. Entre los elementos metálicos destacan las fíbulas de *La Tene I Antiguo* (tumbas de los siglos IV al II a. de C.) y las armas, entre las que destaca el sable ibérico por excelencia —la falcata— que, procedente de Oriente, es aceptada por los etruscos y griegos hasta consagrarse como arma clásica de los iberos.

Los iberos más al S, sobre todo por el territorio valenciano, adquirieron un estilo peculiar. Las cerámicas de Liria y Oliva reflejan, con sus cerámicas pintadas, escenas de la vida cotidiana y combates de guerra. Aquí, la escritura es la clásica ibérica, con rótulos en los vasos.

Una característica notable es la producción de vasos cerrados con «orejetas perforadas»: ollas que presentan dos apéndices opuestos que coinciden con otros dos, en la tapadera; todos perforados permitían el paso de una cuerda para su cierre hermético. Este tipo de vaso, corriente en Cataluña y Castellón, se extendió por los yacimientos próximos a la costa. Son, probablemente, productos distribuidos por una navegación de cabotaje hacia el S. peninsular.

Las armas son también de las mismas características. Son corrientes las espadas rectas de antenas atrofiadas, muy abundantes en las necrópolis del litoral. Los adornos metálicos son hebillas de cinturón, de formas rectangulares y varios garfios de agarre; también son abundantes los cuerpos romboidales.

Los colonizadores dejaron en todas estas necrópolis cerámicas importadas griegas, de figuras rojas, siendo las de figuras negras mucho más escasas. Junto con ellas encontramos materiales feno-púnicos.

Las necrópolis más estudiadas han sido las de *Puig de la Serra, Peraleda, Pla de la Horta (Sariá de Dalt)* y *Puig de Sant Andreu.* Materiales fenopúnicos, a destacar, son una urna a torno, pintada; un *pithos* de la tumba 9 de Anglés, de fines del siglo VII a. de C.; o un ánfora de labio vertival, de *L'Illa d'Reixac,* de finales del siglo VI a. de C. También se han encontrado materiales etruscos que plantean una posible navegación directa de Etruria hacia Ampurias, paralela a la focense y luego Atica. Estos materiales pueden fecharse en el interior desde finales del siglo VI, hasta finales del siglo V a. de C.

Desde el tercer cuarto del siglo VI se encuentran también las imitaciones pseudo-jónicas de las

copas B-2 que tuvieron una gran difusión (ROUILLARD, 1976-78). También son muy frecuentes la cerámica *gris ampuritana,* que llegó hasta el SE. por tráfico marítimo.

4.2. Levante y Sudeste

En el SE. las necrópolis tienen las características muy bien documentadas en El Cigarralejo. En la zona comprendida entre el Júcar y el Ebro las tumbas son, por lo general, de empedrado tumular. Estas necrópolis tienen las tumbas en pequeñas zanjas o nichos, en las que se colocaba la urna cineraria con los objetos del ajuar. Las urnas no tenían una colocación determinada y, salvo excepciones, eran para un único individuo.

Alrededor de la urna se colocaba el ajuar, bien perimétricamente, bien dentro de la propia vasija. Las armas, abundantísimas en las tumbas masculinas, componían asociaciones de una, o dos, falcatas; una lanza larga, varias arrojadizas, más cortas y ligeras; un *soliferum;* uno, o dos, escudos (*caetra,* si era redondo; *escutum,* los ovalados) de los que sólo se conservan las manillas. A veces, aparecen umbos de escudos y, muy raramente, cascos.

Las necrópolis de *empedrados tumulares,* o sin éstos, que encontramos entre el Júcar y el Ebro (Solivella, Orley, Boliche), se caracterizan por la abundancia de urnas con tapadera de orejeta, acompañadas de cerámica griega, fíbulas anulares de doble resorte y pie largo levantado, con apéndice de botón y broches de cinturón de garfios. En general acusan una mayor antigüedad que las del SE. Procederían de las necrópolis *posthalstatticas,* según denominación del Bosch Gimpera. Abundan en Aragón y Cataluña, llegando al área de Castellón en el siglo IV a. de C.

Más hacia el S encontramos dos yacimientos importantes: El Molar y La Alcudia. El primero de ellos, del siglo V-IV a. de C., sustituye el empedrado tumular por encachado en conchas marinas. Aparece aquí un nuevo elemento representativo de la necrópolis del SE: la presencia de restos escultóricos destruidos.

La Alcudia (Elche), famosa por la célebre *Dama,* tiene otras esculturas destruidas, además de los típicos materiales de ajuar funerario. En general, se trata de enterramientos de guerreros con panoplias, más o menos completas.

La necrópolis de Cabezo Lucero, excavada por un equipo interdisciplinar de las universidades de Alicante, Valencia y Casa de Velázquez resultó ser una necrópolis de empedrados tumulares. Como todas las de esta época, la cerámica ática de figuras rojas está presente en gran abundancia. La necrópolis de La Albufereta, considerada púnica en su día por los ajuares, debe encuadrarse entre las ibéricas con pleno derecho.

Recientemente, se ha excavado otra necrópolis en la zona del Mar Menor. Es el yacimiento de Los Nietos (Cartagena). Las tumbas están excavadas en el suelo y unas cuantas piedras servían de protección de las mismas. Las urnas son las habituales, salvo las de «orejetas», que explicamos por la inmediatez del yacimiento al mar. Las armas son falcatas, muy troceadas; puñales triangulares y algún *soliferreum.* La necrópolis está próxima al poblado, donde ya de antiguo aparecieron cerámicas griegas de gran calidad.

Las tumbas, en ocasiones, constituían monumentos funerarios. Sobre un basamento escalonado se colocaba un pilar con capitel y encima un animal, o figura mitológica (leones, caballos, toros, incluso figura humana). Estos monumentos, como ya se ha comentado, fueron destruidos a finales del V. —principios del siglo IV a. de C.—, ya que aparecen reutilizados en encachados tumulares con ajuares fechables a partir de este momento.

Ello ha sido documentado en las necrópolis de Corral de Saus (Valencia); Coímbra del Barranco Ancho y El Prado, en Jumilla (Murcia); Alcudia de Elche y Pino Hermoso, en Alicante, Los Villares, Hoya de Santa Ana, Llano de la Consolación y Pozo Moro, en Albacete. En este último yacimiento, de tipo «orientalizante», los hallazgos dentro del monumento *turriforme* permiten a su descubridor fecharlo a muy principios del siglo V a. de C. Sobre él se levantó una necrópolis de «empedrado tumular» del tipo Cigarralejo.

En general, estas necrópolis se sitúan en el siglo V a. de C. Sus orígenes podrían explicarse, al menos así se propone en Pozo Moro, por la existencia previa de un gran enterramiento monumental, del tipo *turriforme,* ya en el siglo VI. Así, en el Llano de la Consolación apareció una tumba, del tipo monumental, del que sólo se conservaba la base escalonada. Ello debió dar nombre al lugar: «La Torrecica.» Junto a estos monumentos de gran importancia son frecuentes los «pilares estela».

La necrópolis de El Cigarralejo (Mula, Murcia) es una de las más importantes del SE. En ella se

observan dos ritos complementarios. Uno *destructivo,* mediante el cual los objetos del ajuar se rompían y, en ocasiones, se echaban a la hoguera. El otro rito es el denominado *conservador,* cuando los materiales se introducían intactos en la tumba. El primero de ellos se documentaba hasta el siglo III, mientras que el segundo llega a la romanización.

Las cerámicas de importación, en ambos casos, era la ática —ya comentada— y de *barniz* negro que, genéricamente, llamamos campaniense. Con ellos aparecen vasos cilíndricos y *kalothoi* indígenas. Con el paso del tiempo las armas se rarifican y, en cambio, abundan los materiales helenísticos: ungüentarios fusiformes, paredes finas, etc.

4.3. Andalucía Oriental

A partir de ahora, las características de las necrópolis ibéricas pasan a estar más influidas por la colonización feno-púnica, aunque se mantiene el rito de la cremación, así como las características esenciales de elementos griegos comentados.

Lo primero que encontramos al cruzar el río Almanzora (Almería) es la necrópolis de Villaricos. Este yacimiento tiene una parte de tumbas en forma de fosos rectangulares, con departamentos en el fondo, en el que se introducía la urna; el ajuar se depositaba entre los dos espacios. Variantes de este tipo de tumba es «la de pozo», revestido con adobe, o ladrilo y enlucidos con barro, o yeso.

Característicos de estos ajuares, por lo que suponen de novedad con lo antes visto, eran los cascarones de huevo de avestruz y las lucernas púnicas.

Otras tumbas, por el contrario, eran de inhumación. De igual tipología que las anteriores, pero de mayor tamaño para poder depositar el ataúd de madera. En otras ocasiones se documentaron tumbas mixtas, de inhumación y cremación; o hipogeos excavados en la roca, con nichos laterales.

Ante esta variabilidad de tipos de tumbas es por los ajuares el modo con que establecemos su asignación cultural. Así, aquéllas de cremación con ajuares de cerámicas áticas, vasos ibéricos y cascarones de avestruz deben considerarse ibero-púnicas; aquellas otras en que las cerámicas griegas han sido sustituidas por púnicas, son netamente púnicas; y, por último, aquellas en las que aparecen cerámica campaniense y ungüentarios del tiempo de la segunda invasión púnica.

Otras necrópolis importantes, con construcciones hipogeicas, son Túgi (Galera, Granada) y Toya (Peal de Becerro, Jaén). Ambas necrópolis tienen tumbas de cámara, al igual que en Castellones de Ceal y La Bobadilla (Alcaudete, Jaén). Baza, por su parte, muestra una cámara excavada (la número 155) que debió estar cubierta por techumbre de madera, aunque hundida de antiguo, en la que apareció la famosa *dama.*

La estatua, que presidía la estancia adosada a una de las paredes, servía de osario mediante un hueco practicado en su trono. La gran cantidad de armas que formaban parte del ajuar permitían suponer que se trataba de la tumba de un gran guerrero. No obstante, los análisis del profesor Reverte Coma parecen indicar que se trata de una mujer. La discusión, pues, está abierta. Nosotros nos inclinamos por la primera hipótesis, al igual que el doctor Santonja.

Estas lujosas tumbas de cámara serían de guerreros importantes. Su abundancia, como en el caso de Galera, nos inclina a creer que nos encontramos ante las tumbas de una aristocracia. En las necrópolis con escaso número se trataría, más bien, de guerreros poderosos.

El resto de las tumbas de la necrópolis del Cerro del Santuario (Baza) son de hoyo simple, o del tipo de cista formada por lajas de pizarra y cubiertas con este mismo material. Las armas son las clásicas de las tumbas ibéricas, abundando las falcatas; también aparecen espadas rectas, de antenas atrofiadas, o de pomo, si bien su número es más escaso. Un braserillo *de manos* asemeja a los aparecidos en El Cigarralejo y El Cabecico del Tesoro.

También son normales en este tipo de «tumbas de cámara» los carros. Se sigue discutiendo si se trataba de carros de transporte, o de guerra. Ninguno ha aparecido completo. Lo normal es encontrar las ruedas, o los refuerzos metálicos. Ello hace suponer que se desarmaron para que pudieran entrar en la tumba.

En la zona de Cástulo (Linares, Jaén) son varias las necrópolis descubiertas por el profesor Blázquez. En ellas se mezclan los ritos de cremación e inhumación. Los ajuares se fechan, en general, en el siglo IV a. de C., con abundantes cerámicas griegas, ibéricas, púnicas y romanas. Es de gran interés la de El Estacar de Robarinas, con tumbas de empedrado tumular, contorneadas mediante cenefas de cantos rodados. En sus características generales son semejantes a las del SE. Otras ne-

crópolis de este importante yacimiento son las de Los Patos, Baños de la Muela, Molino de Caldona y Cerro de Los Gordos.

4.4. Andalucía Occidental

En el entorno de Carmona encontramos varias e importantes necrópolis. Las tumbas de El Acebuchal y Cruz del Negro son tumulares. La estructura se excavaba en el suelo, los muros eran de piedra y los laterales de barro. Sobre esta estructura se amontonaban piedras y se contruía el túmulo.

El resto de las tumbas es también rectangular, pero con vestigios de inhumación. Los materiales típicos son las hebillas de cinturón de garfio y las fíbulas de doble resorte, o de pie levantado con botón terminal. En la propia Carmona existe una necrópolis ibérica (turdetana) anterior a la romana. Está situada en la zona del anfitearo y algunas de sus tumbas de cremación (las ns. 11-14), tiene vasos del tipo turdetano.

Relacionado con el poblado del Castillo de Doña Blanca (Puerto de Santa María, Cádiz), se ha excavado un túmulo, el de Las Cumbres, que en sí mismo constituye una necrópolis. El túmulo es de carácter colectivo, de cremación, con 63 enterramientos en torno a un *ustrinum* central. Los materiales de los ajuares son cerámicos y metálicos. Urnas cinerarias de variados tipos, con algunas del tipo fenicio; hebillas de cinturón rectangulares, con un solo garfio y fíbulas de doble resorte.

La datación de este enterramiento tumular es del siglo VIII a. de C. Aquí se juntan materiales fenicios e indígenas, por lo que es uno de los mejores ejemplos de que disponemos para el estudio del mundo orientalizante, precedente del turdetano.

En la ciudad de Huelva se excavaron dos importantes tumbas. Sus ajuares contenían algunos elementos de carácter extraordinarios. Nos estamos refiriendo a un carro y vasos rituales, de bronce, junto a cerámicas totalmente turdetanas. Estas tumbas hay que considerarlas tartésicas y, en lo tipológico, parecidas a las de Carmona.

CONCLUSIONES A LAS AREAS

En resumen, las necrópolis mejor estudiadas hasta el momento son las del SE. Peninsular, Cuenca del Guadalquivir y afluentes.

Por cuanto llevamos dicho, una valoración puramente tipológica de los enterramientos ibéricos, permite establecer cuatro grupos. Consideramos un **primer grupo** las necrópolis ibéricas de cremación con enterramientos tumulares, presencia de esculturas; con cerámicas a torno, pintadas; cerámicas áticas de figuras rojas y barniz negro; fíbulas anulares (o la Tene I) y broches de cinturón rectangulares. Estas necrópolis pueden fecharse desde finales del siglo VI a. de C., hasta finales del III. Las armas de estas necrópolis son, principalmente, falcatas, *soliferrea, pila, caetra,* o *scutum.*

Un **segundo grupo,** análogo al anterior, presenta como novedad en los ajuares las urnas de orejetas perforadas. Las fíbulas son de doble resorte, o de pie levantado con botón terminal. Ejemplo de ello son las necrópolis de el área de Castellón. Su datación puede ser del siglo V a. de C. La mayor presencia de vasijas de «orejetas perforadas» se encuentra en los yacimientos de las costa mediterránea, entre el Ebro y el Almanzora. Sin embargo, estos objetos penetraron hacia el interior y se encuentran en El Cigarralejo, Coímbra del Barranco Ancho y otros lugares de Valencia y Alicante.

Un **tercer grupo** es el de los hipogeos, como los casos de Baza y Galera. En ellos encontramos una abundancia de objetos orientalizantes, importados, formando parte de los ajuafes funerarios. Abundan los vasos de *barniz* rojo, del tipo tartesio-occidental; los huevos de avestruz; los «braserillos» con jarro de bronce y restos de carros. La datación se inicia en el siglo VI a. de C. y perdura hasta época romana. En cuanto a los ritos, creemos que la hoguera crematoria pudo hacerse en el mismo lugar de la tumba (enterramiento primario), o en un lugar próximo (enterramiento secundario).

Por último, un **cuarto grupo** son las *necrópolis* con características *orientalizantes,* como las de cremación de Los Alcores, La Joya o Setefilia (túmulo A). En ellas la cerámica es a torno, pintada; *barniz* rojo; ánforas fenicias; braserillos, con jarras de bronce rituales; fíbulas de doble resorte, o de pie levantado con botón terminal y broches de cinturón de garfios. Estas tumbas están en hoyo, o en zanjas, y a veces, las más importantes, contienen restos de carros, tal y como ya hemos comentado. Es difícil distinguirlas de las fenicias. La datación de estas necrópolis va de mediados del siglo VII a. de C., hasta mediados del V a. de C.

BIBLIOGRAFIA

ABAD, L. (1979): «Consideraciones en torno a Tartessos y el origen de la cultura ibérica», *Archivo Español de Arqueología*, 52, 175-193.

ABAD, L. (1987): «La cultura ibérica», *Historia General de España y América*, t. 1.2, *De la Protohistoria a la conquista romana*, Madrid, 171-223.

ABAD, L. y BENDALA, M. (1989): *El Arte Ibérico*, Historia del Arte n.º 10, Madrid.

ALCINA, J. (1984): *Arqueología Antropológica*, Madrid.

ALMAGRO-GORBEA, M. (1973): *Los túmulos de Pajaroncillo*, Excavaciones Arqueológicas en España 83, Madrid.

ALMAGRO-GORBEA, M. (1978): «Los relieves mitológicos de Pozo Moro», *Trabajos de Prehistoria* 35, 251-278.

ALMAGRO-GORBEA, M. (1982): «El monumento de Alcoy», *Trabajos de Prehistoria* 39, 161-210.

ALMAGRO-GORBEA, M. (1983a): «Pozo Moro. El monumento orientalizante, su contexto social-cultural y sus paralelos en la arquitectura funeraria ibérica», *Madrider Mitteilungen* 24, 177-294.

ALMAGRO-GORBEA, M. (1983b): «Pilares-estela ibéricos», *Homenaje al prof. Martín Almagro-Basch*, t. III, Madrid, 7-20.

ALMAGRO-GORBEA, M. (1983c): «Arquitectura y Sociedad de la Cultura Ibérica», *Actes de Colloque Internacional organisè par le Centre National de la Recherche Scientifique et L'École Française de Rome. Colleccion de L'Ecole Francaise de Rome* 66, Rome, 387-414.

ALMAGRO-GORBEA, M. (1983d): «El paisaje de las necrópolis ibéricas y su interpretación socio-cultural», *Homenaje a Nino Lamboglia*, vol. II, *Rivista di Studi Liguri* XLIII, 1-4, 199-218.

ALMAGRO-GORBEA, M. (1983e): «Colonizzazione a acculturazione nella Penisola Iberica», *Modes de Contacts et Processus de Transformatons dans le Societès Anciennes. Ecole Francaise de Rome*, 429-461.

ALMAGRO-GORBEA, M. (1984): «La colonización focense en la Península Ibérica. Estado de la cuestión», *I Foccei dall'Anatolia all'Oceano. Parola del Passato. Rivista de Studi Antiche* XXXVII, 432-444.

ALMAGRO-GORBEA, M. *et alii* (1986a): «La cultura ibérica», *Historia de España I. Prehistoria*, Madrid, 472-510.

ALMAGRO-GORBEA, M. (1986b): «Aportación inicial a la paleodemografía ibérica», *Estudios en Homejane al Dr. Antonio Beltrán Martínez*, Zaragoza, 477-493.

ALMAGRO-GORBEA, M. (1987): «El pilar-estela de las *damitas de Mogente* (Corral de Saua, Mogente, Valencia)», *Homenaje a D. Domingo Fletcher*, t. I, *Archivo de Prehistoria Levantina* XVII, 199-228.

ALMAGRO-GORBEA, M. y RUBIO , F. (1980): «El monumento ibérico de Pino Hermoso, Orihuela (Alicante)», *Trabajos de Prehistoria* 37, 345-362.

ALMAGRO-GORBEA, M., y OLMOS, R. (1981a): «Observations sur l'assimilation de l'iconagraphie classique d'époque préromaines dans la penínsule ibérique», *Mythologie Gréco-Romaine. Mythologies Périphériques. Etudes d'Iconographie*, París, 57-62.

ALMAGRO-GORBEA, M. y CRUZ, M. L. (1981b): «Los munumentos funerarios ibéricos de Los Nietos», *Saguntum* 16, 137-148.

ARANEGUI, C. (1981): «Las influencias mediterráneas al comienzo de la Edad del Hierro», *El Bronce Final y el comienzo de la Edad del Hierro en el País Valenciano. Monografías del Laboratorio de Arqueología de Valencia* 1, Valencia, 41-66.

ARANEGUI, C. (1985): «El Hierro Antiguo Valenciano: las transformaciones del mundo indígena entre los siglos VII y V a. de C.», *Arqueología del Pais Valenciano: Panorama y perspectivas*, Anejo de la rev. *Lucentum*, Alicante, 185-200.

ARANEGUI, C. (1991): «La necrópolis de Cabezo Lucero (Guardamar del Segura, Alicante)», *Congreso Nacional de Arqueología Ibérica: Las Necrópolis*, Madrid 1991.

ARTEAGA, O. (1982): «Los Saladares 80. Nuevas directrices para el estudio del horizonte protohistórico en el Levante Meridional y Sudeste de la Península», *las. Jornadas Arqueológicas Orientales*, Huelva 1980, *Huevla Arqueológica* VI, 131-183.

ARTEAGA, O. y MESADO, N. (1979): *Vinarragell II (Burriana, Castellón)*, Servicio de Investigación Prehistórica, *Serie* Trabajos Varios, 61, Valencia.

ARTEAGA, O. y SERNA, M. R. (1979-80): «Las primeras fases del poblado de Los Saladares (Orihuela, Alicante). Una contribución al estudio del Bronce Final en la Península Ibérica. (Estudio crítico 1.)», *Ampurias* 41-42, 65-137.

ARRIBAS, A. (1965): *Los Iberos*, Barcelona.

AUBET, M. E.; *et alii* (1979): *La Mesa de Setefilla, Lorca del Río (Sevilla). Campaña de 1979*, Excavaciones Arqueológicas en España 122, Madrid.

BARRIAL, O. (1989): «El paradigma de les inhumacions infantils i la necesitat d'un nou enfocament teoric», *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses* 4, 9-17.

BENDALA, M. (1981): «La etapa final de la cultura ibero-turdetana y el impacto romanizador», *La Baja Epoca de la Cultura Ibérica. Mesa Redonda de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*, Madrid 1979, Madrid, 33-48.

BENDALA, M. (1986): «La Baja Andalucía durante el Bronce Final», *Homenaje a Luis Siret* (1934-1984), Cuevas Almanzora 1984, Sevilla, 530-536.
BENDALA, M. *et alii* (1987): «Arte Ibérico», *Historia General de España y América*, t. 1.2, *De la Protohistoria a la conquista romana*, Madrid, 223-253.
BENDALA, M. y BLÁNQUEZ, J. (1987): «Los orígenes de la Cultura Ibérica y un par de notas sobre su arte», *Actas de las Primeras Jornadas sobre el Mundo Ibérico*, Jaén 1985, Jaén, 9-18.
BLANCO, A. (1981): *Historia del Arte Hispánico*, I. *La Antigüedad, 2*, Madrid.
BLANCO, A. (1987): «Las esculturas de Porcuna. I. Estatuas de Guerreros», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, CLXXXIV, 405-445.
BLANCO, A. y ABAD, L. (1988): *Los Iberos*, Historias del Viejo Mundo 16, Madrid.
BLÁNQUEZ, J. J. (1988): «Los enterramientos de estructura tumular en el mundo ibérico», *I. Congreso Peninsular de Historia Antigua*, Santiago de Compostela 1986, vol. II, 5-38.
BLÁNQUEZ, J. J. (1990a): *La formación del mundo ibérico en el Sureste de la Meseta. (Estudio arqueológico de las necrópolis ibéricas de la prov. de Albacete)*, Albacete.
BLÁNQUEZ, J. J. (1990b): «La *vía Heraklea* y el *Camino de Aníbal*. Nuevas interpretaciones de su trazado en las tierras del interior», *La red viaria en la Hispania Romana*, Tarazona 1987, Zaragoza, 65-76.
BLÁNQUEZ, J. J. (1991a): «El *factor* griego en la formación de las culturas prerromanas de la Submeseta Sur», *Cuadernos de prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid* 17, 1990, 9-24.
BLÁNQUEZ, J. J. (1991b): «El impacto griego en los pueblos ibéricos de la Meseta», *Simposio Internacional: Griegos e Iberos, siglos VI al IV a. de C.* Ampurias 1991, (en prensa).
BLÁNQUEZ, J. J. (1991c): «Primeras aportaciones sobre la cronología de la escultura ibérica», *Homenaje Internacional al profesor J. M. Blázquez Martínez*, Universidad Complutense, t. I, Madrid (en prensa).
BLÁNQUEZ, J. J. (1991d): «Lectura iconográfica del mundo funerario ibérico», *La sociedad ibérica a través de la imagen*, Madrid (en prensa).
BLÁNQUEZ, J. J. (1991e): «Las necrópolis ibéricas en el Sureste de la Meseta», *Congreso Nacional de Arqueología Ibérica: Las Necrópolis*, Univ. Autónoma de Madrid, Madrid (en prensa).
BLÁZQUEZ, J. M. (1979): «Las raíces clásicas de la cultura ibérica. Estado de la cuestión. Ultimas aportaciones», *Archivo Español de Arqueología* 52, 141-174.
BLÁZQUEZ, J. M., y GONZÁLEZ NAVARRETE, J. (1985): «The Phokaian Sculpture of Obulco in southern Spain», *American Journal of Archaeolgy* 89, 61-69.
BLÁZQUEZ, J. M. y GARCÍA-GELABERT, M. FP. (1991): «Destrucciones de escultura religiosa: posibles causas», *Religiones en la España Antigua*, Madrid, 189-195.
BOSCH-GIMPERA, P. (1948): *Los Iberos*, Cuadernos de Historia de España IX, Buenos Aires.
BRONCANO *et alii* (1985): «La necrópolis ibérica de El Tesorico. Agramón-Hellín (Albacete)», *Noticiario Arqueológico Hispánico* 20, Madrid, 43-181.
CABRÉ, J., y DE MOTOS, F. (1920): *La necrópolis ibérica de Túrugi* (Galera, prov. de Granada), Memorias de la Junta superior de Excavaciones y Antigüedades, N. Gral. 25, nº. 4, 1918.
CASTELÓ, R. (1990): *De arquitectura ibérica. Los elementos arquitectónicos y escultóricos de El Cigarralejo. Mula, Murcia*, Madrid.
CERRILLO, E. (1984): «A mas de 10 años de la pérdida de la inocencia», *Norba* 5, 39-46.
CERRILLO, E. (1988): *La nueva arqueología 20 años después*, Cáceres.
CUADRADO, E. (1974): «Las tumbas tumulares de Las Corts», *Miscelanea Arqueológica. XXV Aniversario de los Cursos Internacioanles de Prehistoria y Arqueología en Ampurias (1947-71)*, Barcelona, 251-262.
CUADRADO, E. (1968): «Tumbas *principescas* de El Cigarralejo», *Madrider Mitteilungen* 9, 148-186.
CUADRADO, E. (1984): «El Cigarralejo. Relaciones con la Meseta», *Al-Basit* 15, Albacete, 127-144.
CUADRADO, E. (1987a): *La necrópolis ibérica de El Cigarralejo (Mula, Murcia)*, Bibliotheca Praehistorica Hispana, vol. XXIII, Madrid.
CUADRADO, E. (1987b): «Las necrópolis ibéricas del Levante Español», *Actas de las I. Jornadas sobre el Mundo Ibérico*, Jaén, 1985, Jaén, 184-203.
CUADRADO, E. (1989): *La panoplia ibérica de El Cigarralejo (Mula, Murcia)*, Murcia.
CHAPA, T. (1980): *La escultura zoomorfa ibérica en piedra*, tomos I y II, Univ. Complutense, Madrid.
CHAPA, T. (1984): «Influences de la Colonisation Phocéenne sur la sculpture ibérique», *I Foccei dall'Anatolia all'Oceano*, Napoles 1981, *Parola del Passato* 204-207, 374-392.
CHAPA, T. (1985): *La escultura ibérica Zoomorfa*, Madrid.
CHAPA, T. (1986a): *Influjos griegos en la escultura zoomorfa ibérica. Iberia Graeca*, Serie Arqueología 2, Madrid.
CHAPA, T. (1986b): «Escultura ibérica: una revisión de sus interpretaciones», *Trabajos de Prehistoria* 43, 43-60.
CHAPA, T.; MADRIGAL, A. y PEREIRA, J. (1991a): «La cámara funeraria de Los Castellones de Ceal (Hinojares, Jaén)», *Homenaje a D. Emeterio Cuadrado Díaz. Verdolay* 2, 81-61.
CHAPA, T.; MADRIGAL, A. y PEREIRA, J. (1991b): «Tipos de construcciones funerarias en el yacimiento ibérico de Los Castellones de Ceal (Hinojares, Jaén)», *Homenaje al prof. M. Taradell*, Barcelona (en prensa).
DEL OLMO, G. y AUBET, M. E. (1986): *Los Fenicios en la Península Ibérica*, vols. I y II, Barcelona.

DOMÍNGUEZ, A. J. (1983): «Los términos de *Iberia* e *iberos* en las fuentes grecolatinas y ámbito de aplicación», *Lucentum* II, 203-224.
DOMÍNGUEZ, A. J. (1984): «La escultura animalística contestana como exponente del proceso de helenización del territorio», *Coloquio sobre la distribución y relaciones entre los asentamientos,* Arqueología Espacial 4, 141-160.
DOMÍNGUEZ, A. J. (1988): «Algunas observaciones en torno al comercio continental griego en la meseta meridional» *I. Congreso de Historia de Castilla-La Mancha,* t. III, *Pueblos y Culturas Prehistóricas y Protohistóricas* (2), 327-334.
GARCÍA-GELABERT, M. P. y BLÁZQUEZ, J. M. (1988): *Cástulo, Jaén, España. I. Excavaciones en la necrópolis ibérica del Estacar de Robarinas (siglo IV a. de C.),* BAR, Internacional Series 425, Oxford.
GARCÍA Y BELLIDO, A. (1954): *Historia de España I.3 España Prerromana,* Madrid.
GONZÁLEZ NAVARRETE, J. A. (1987): *Escultura ibérica de Cerrillo Blanco (Porcuna, Jaén),* Jaén.
GONZÁLEZ PRATS, (1983): *Estudio arqueológico del poblamiento antiguo de la Sierra de Crevillente (Alicante),* Anejo I *Lucentum,* Alicante.
GONZÁLEZ PRATS, (1985): «Los nuevos asentamientos del final de la Edad del Bronce. Problemática cultural y cronológica», *Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas,* Anejo II *Lucentum,* Alicante, 153-184.
LAMBOGLIA, N. (1952): «Per una classificazione preliminare della cerámica campana», *Atti del I. Congreso Internazionale di Studi Liguri,* Bordighera, 1952, 139-206.
LUCAS, R., y RUANO, E. (1988): «El cortijo del Ahorcado (Baeza, Jaén): estudio de los restos arquitectónicos de época ibérica», *Espacio, Tiempo y Forma,* Serie II.1, 79-103.
LUCAS, R. y RUANO, E. (1990): «Sobre la arquitectura ibérica de Cástulo (Jaén): reconstrucción de una fachada monumental», *Archivo Español de Arqueología* 63, 43-64.
LLOBREGAT, E. (1966): «La escultura ibérica en piedra en el País Valenciano. Bases para un estudio crítico contemporáneo del arte ibérico», *Archivo de Arte Valenciano,* XXXVII, Valencia, 41-57.
LLOBREGAT, E. (1972): *Contestania Ibérica,* Instituto de Estudios Alicantinos, Serie II, n.º 2, Alicante.
LLOBREGAT, E. (1989): «Vías de formación de los modelos iconográficos de la escultura del País Valenciano», *Homenaje al Dr. Sebastià García Martínez,* Valencia, 53-62.
LLOBREGAT, E. (1991): «La Dama del Cabezo Lucero (Guardamar del Segura, Alicante)», *Saguntum* 23, 109-122.
NEGUERUELA, I. (1990): *Los monumentos escultóricos del Cerrillo Blanco de Porcuna (Jaén),* Madrid.
OLMOS, R. (1977a): «La *kylix* de Medellín: un ensayo de interpretación iconográfica y comercial», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos,* LXXX, 867-887.
OLMOS, R. (1977b): «El sileno simposiasta de Capilla (Badajoz)», *Trabajos de Prehistoria* 34, 371-388.
OLMOS, R. (1979): «Perspectivas y nuevos enfoques en el estudio de los elementos de cultura material (cerámica y bronces) griegos, o de estímulo griego, hallados en España», *Archivo Español de Arqueología* 52, 87-104.
OLMOS, R. (1983): «El centauro de Royos y el centauro en el mundo ibérico», *Homenaje al profesor Martín Almagro Basch,* t. II, Madrid, 377-388.
OLMOS, R. (1984): «Interprétations ibériques des vases grecs: siglos VI-IV a. de C.», *Ancient Greek and Related pottery,* Amsterdam, *Allard Peirson Series,* vol. V, 218-223.
OLMOS, R. (1987a): «Iconografía griega. Iconografía ibérica: una aproximación metodológica», *Révue des Études Anciennes* 89, 283-296.
OLMOS, R. (1987b): «Comastas en Tartessos. En torno a la iconografía del vino y la danza simposiasca en la Península ibérica», *Homenaje a F. Rodríguez Adrados,* vol. II, Madrid, 683-696.
OLMOS, R. (1989): «Original elements and Mediterranean stimuli in Iberian Pottery: The case of Elche (1)», *Mediterranean Archaeology* 2, 101-109.
OLMOS, R. (1990): «Original elements and Mediterranean stimuli in Iberian Pottery (2)», *Mediterranean Archaeology* 3, 7-25.
OLMOS, R. (1991): «Nuevos enfoques y propuestas de lectura en el estudio de la iconografía ibérica», *Arqueología,* CSIC, Madrid, 209-230.
PAGE DEL POZO, V. *et alii* (1987): *Diez años de excavaciones en Coímbra del barranco Ancho,* Murcia.
PARIS, P. (1903- 4): *Essai sur L'Art et L'Industrie de L'Espagne Primitive,* tomos I y II, París.
PELLICER, M. (1976-78): «Problemática general de los inicios de la iberización en Andalucía Occidental», *Ampurias* 38-40, 3-21.
PELLICER, M.; ESCACENA, J. L. y BENGALA, M. (1983): *El Cerro Macareno,* Excavaciones Arqueológicas en España 124, Madrid.
PEREIRA, J. (1987): «Necrópolis ibéricas de la Alta Andalucía», *Iberos. Actas de las Ias. Jornadas sobre el mundo ibérico,* Jaén 1985, Jaén, 257-272.
PEREIRA, J. (1989): «Necrópolis ibéricas andaluzas. Nuevas prespectivas en su valoración y estudio», *Tartessos. Arqueología Protohistórica del Bajo Guadalquivir,* Sabadell, 477-494.
PRESEDO, F. (1982): *La necrópolis de Baza,* Excavaciones Arqueológicas en España 119, Madrid.
PRESEDO, F. *et alii* (1980): *Historia de España Antigua,* t. I, *Protohistoria,* Madrid.

QUESADA, F. (1989): *Armamento, Guerras y Sociedad en la necrópolis ibérica de El Cabecico del Tesoro (Murcia, España)*, vols. I y II. BAR. Internacional Series 502 (I y II), Oxford.
RAMOS, R. (1989): «Vestigios de un posible monumento funerario ibérico en el Parque de Elche», *XIX Congreso Nacional de Arqueología*, Valencia 1987, Zaragoza, 507-515.
REVERTE, J. M. (1985a): «Cremaciones prehistóricas en España», *Anales de la Escuela de Medicina Legal de la Universidad Complutense*, 1, 129-151.
REVERTE, J. M. (1985b): «La necrópolis ibérica de Pozo Moro (Albacete), Estudio anatómico, Antropológico y paleopatológico», *Trabajos de Prehistoria* 42, 145-282.
REVERTE, J. M. (1986): «Informe antropológico y paleopatológico de los restos cremados de la *Dama* de Baza», *Estudios de Iconografía II. Coloquio sobre el Puteal de la Moncloa* Madrid, 187-192.
ROUILLARD, P. *et alii* (1990): «Les fouilles de Cabezo Lucero (Alicante)», *Académie Inscriptions & Belles-Lettres*, 583-557.
RUIZ, A. y MOLINOS, M. (Codes.) (1987): *Iberos. Actas de las las. Jornadas sobre el mundo ibérico*, Jaén 1985, Jaén.
SANTONJA, M. (1985): «Necrópolis de El Cigarralejo (Mula). Estudio osteológico y paleopatológico (la. parte)», *Boletín Asociación Española de Amigos de la Arqueología* 21, 46-57.
SANTONJA, M. (1986): «Necrópolis de El Cigarralejo (Mula, Murcia). Estudio anatómico y métrico», *Boletín Asociación Española Amigos de la Arqueología* 22, 28-36.
SANTONJA, M. (1989): «Revisión de las técnicas de osteología a la luz de su estudio en la necrópolis de El Cigarralejo (Mula, Murcia)», *Boletín Asociación de Amigos de la Arqueología* 27, 51-60.
SANTOS, J. (1989): «Análisis sobre la transición a una sociedad estatal en la cuenca del Segura en época ibérica (siglos VI-III a. de C.)», *Trabajos de Prehistoria* 46, 129-147.
SILLIÈRES, P. (1976): «La *vía Augusta* de Córdoba a Cádiz. Documents du XVIII et photographies aeriennes pour un étude de topographie historique», *Melanges de la Casa de Velázquez*, t. XII, 27-67.
SILLIÈRES, P. (1977): «Le *camino de Aníbal*, Itineraire des gobeletes de Vicarello, de Cástulo a Saetabis», *Melanges de la Casa de Velázquez*, t. XIII, 31-83.
SCHÜLE, W. (1969): *Die Meseta-Kulturen der iberischen Halbinsel. Mediterrane und eurosische Südwesteuropas*, tomos I y II, Madrider Forschungen 3.
TARRADELL, M. (1982): *Historia de España. I Introducción. Primeras Culturas en Hispania Romana*, Barcelona.
VV.AA. (1976-78): *Simposi Internacional. Els Origens del món Ibèric*, (Barcelona-Empúries), *Ampurias*, 38-40.
VV.AA. (1988): «La Arqueología Hoy», *Revista de Occidente*, 81, 5-76.
VV.AA. (1990a): *II Simposio sobre Los Celtíberos*, Zaragoza.
VV.AA. (1990b): *La red Viaria en la Hispania Romana, Simposium*, Tarazona, 1987. Zaragoza.

IBERICO II: MANIFESTACIONES ARTISTICAS Y RELIGIOSAS

Encarnación Ruano Ruiz
Asociación Española de Amigos de la Arqueología

1. INTRODUCCION

A través de este corto espacio, trataremos de presentar un suscinto panorama de lo que han supuesto veinte años en campos tan complejos como el arte y la religión del mundo ibérico, reflejo de la vida y la muerte de una sociedad que precisamente al ser cada vez más conocida, por los hallazgos materiales, presenta nuevas incógnitas y problemas de más difícil valoración.

Con objeto de ordenar los datos, pretendemos en primer lugar una trayectoria historiográfica y más adelante se abordarán, por categorías, los aspectos que a nuestro juicio marcan la conjunción de interés por un mismo sistema o las lagunas que adelantan la necesidad de nuevos estudios sobre aspectos que, hasta el momento han suscitado poco interés.

2. APROXIMACION HISTORIOGRAFICA

2.1. Congresos nacionales

XII CAN (Huelva, 1973, actas 1975), se dio a conocer el monumento funerario de Pozo Moro (Chinchilla, Albacete), (ALMAGRO GORBEA).

XIV CAN (Vitoria, 1975, actas 1977), se presentaron por Plà Ballester dos de las campañas de 1972, 1973 y 1974 en Corral de Saus (Mogente, Valencia). Las esculturas halladas en la necrópolis habían sido descubiertas en los últimos meses de 1971 y primeros de 1972.

XVI CAN (Murcia, 1982, actas 1983), fue pródigo en comunicaciones sobre el mundo ibérico. Se publicaron en él las excavaciones realizadas en el Cerro de los Santos (campañas de 1977 a 1981), (CHAPA). Se da a conocer el Cipo funerario aparecido en Jumilla en julio de 1981, en Coímbra del Barranco Ancho (ANA M.ª MUÑOZ). Los exvotos ibéricos con relieves de équidos aparecidos en la vega de Granada (RODRÍGUEZ OLIVA, *et alii*), y se hace una interesante aportación al conocimiento de la religiosidad ibérica, con la publicación de la llamada «diosa ibérica de los lobos» de la Umbría de Salchite (LILLO, 1983).

XVIII CAN (Canarias, 1985, actas 1987), Ramos Folqués presenta una interesante comunicación: la demarcación ibérica en el Parque de Elche (Alicante).

XIX CAN (Castellón de la Plana, 1987, actas 1989), Ramos Folqués expuso el posible monumento funerario ibérico del Parque de Elche, y Llobregat hizo un panorama general de la escultura ibérica valenciana.

Paralelamente a estos Congresos Nacionales y a la vista de la importancia y complejidad de la cultura ibérica la AEAA, organiza una Mesa Redonda donde se tratan diversos aspectos de la Baja Epoca. Las particularidades sociales, políticas y religiosas, son tratadas por eminentes especialistas que dieron vida a un período poco conocido hasta entonces, abriendo nuevos caminos que el futuro iría completando.

2.2. Congresos y reuniones internacionales

Otra importante novedad a partir de los años ochenta es la proyección que los estudios sobre el mundo ibérico tienen en el extranjero. En París, Burdeos, Nápoles, Atenas y Australia, se escuchan las exposiciones de numerosas especialistas españoles en las que se contemplan aspectos inéditos del mundo ibérico sobre arte, iconografía, religión, etc.

Las intervenciones de Ricardo Olmos y Almagro Gorbea en el Coloquio Internacional de París «Mythologie greco-romaine, mythologies pèripheriques», suponen un avance en la investigación iconográfica prerromana iniciada en 1972, con la participación española en el proyecto Internacional de colaboración científica «Lexicon Iconographicum. Mythologiae Classicae». Las palabras de Balmaseda y Olmos definían el proyecto en estos términos (1977, 101-103): «Aquí tendrían cabida los aún problemáticos aspectos de las culturas prerromanas hispánicas cuyas raíces, que parecen constituir una abigarrada trama de elementos heterogéneos, parecen en gran parte encontrarse en las llamadas civilizaciones del Próximo Oriente y en la griega. De este modo el conocimiento de la España antigua podría verse un día enriquecido bajo la nueva luz que aporta este factor trascendental y decisivo de la iconografía clásica.»

En 1986 Ricardo Olmos publica un artículo titulado «Quelque observations sur l'assimilation de l'iconographie Grecque dans la monde ibérique» (II), en el suplemento XIV del Bolletín de Correspondance Hellénique (1986, 156-166), donde se vuelven a dirimir, temas de iconografía griega incorporada en diversas manifestaciones plásticas del mundo ibérico.

Siguiendo en esta línea de investigación, tenemos que destacar la gran representación española en el congreso celebrado en Burdeos en 1986, publicado en la Revue des Études Anciennes, tomo LXXXIX en 1987, y denominada con el título genérico «Grecs et ibéres en IV siècle avant Jesus Chris».

B. Griñó Frontera, E. Llobregat, R. Olmos, I. Negueruela, aportan gran cantidad de novedades que enriquecen y proporcionan nuevos puntos de vista para la mejor interpretación de la compleja sociedad ibérica, portadora de riquísimas y variadas imágenes. B. Griñó hace una aproximación a la iconografía de las divinidades femeninas; E. Llobregat trata de encontrar los modelos iconográficos de la escultura del levante español; R. Olmos hace una aproximación metodológica entre las iconografías griega y la ibérica, y por último I. Negueruela presenta por primera vez el resultado de sus estudios sobre Porcuna y la reconstrucción de monomachias con algunos fragmentos encontrados en Cerrillo Blanco de «Ipolca».

En este punto debemos destacar la participación española en Nápoles, sobre todo por la importancia de las comunicaciones que allí se llevaron y que marcaron una vuelta a la contemplación de la influencia griega minorasiática y concretamente focea en la escultura, y el comienzo de una amplia bibliografía sobre el tema (T. CHAPA, 1984). Los resultados del coloquio desarrollado en 1981 en el centro Jean Bérard de Nápoles, se publicaron en la revista italiana *La parola del passato* en 1984, con el título «I Focei dall 'Anatolia all' Oceano». El coloquio se tituló «Vélia el les Phoceens: un bilan dix après». Merece especial atención la crítica al congreso realizada por A. J. Domínguez Monedero en la revista *Gerión* (1985).

La preocupación de las influencias griegas en diversas parcelas de la cultura ibérica lleva a participar en el Congreso Internacional de Atenas a varios investigadores españoles. M. Prada, Cuadrado Díaz, Blázquez, González Navarrete, R. Olmos, M. Mayer e I. Rodá (1983).

— En 1985 W. Trillmich y P. Lillo en colaboración con Walker, participan en Australia en el congreso «Greek colonist and native popolations», con temas relacionados con aspectos relevantes de la escultura ibérica (1990).

Hay que lamentar que muchos de los trabajos presentados por los especialistas españoles en los congresos internacionales, sean poco citados, debido principalmente al distanciamiento cronológico

entre la celebración del congreso y la aparición de las actas. El congreso celebrado en Australia se ha publicado en Oxford con cinco años de retraso (1985-1990).

2.3. Exposiciones, otros congresos, monografías

Hemos de destacar como el país valenciano se preocupa reiteradamente de su pasado y realiza numerosas reuniones, coloquios y exposiciones que materializan el interés por la cultura ibérica. La exposición *La cultura ibérica,* que en 1983 se realiza en la «Casa de la Beneficencia», dirigida por Plá Ballester, muestra una reflexión sobre el mundo ibérico. En la muestra se vieron plasmados los resultados de las excavaciones y pudieron ser admirados por el gran público las esculturas halladas en Corral de Saus. Se consiguió ampliamente uno de sus fines *la restitución de los rasgos principales de la vida cotidiana de la sociedad ibérica.*

Muy interesante fue el curso de verano celebrado en 1981 en la ciudad de Gandía (Valencia), dedicado a la Historia y Cultura valencianas. El resultado de las jornadas dedicadas al doctor Fletcher fue publicado en 1984.

Especialistas como R. Olmos, R. Ramos, G. Morote y F. Cisneros, E. Cuadrado, J. Untermann, entre otros, fueron tratando los aspectos fundamentales y básicos que determinan la cultura ibérica de una manera amplia y tradicional.

Destacaríamos por la novedad que entonces representaba la exposición de Aparicio Pérez, sobre tres yacimientos: La Bastida, Meca y la valoración de sus materiales escultóricos aparecidos en la necrópolis de Corral de Saus (Mogente, Valencia).

De gran importancia para este resumen de la Historia de la investigación en las facetas de arte y religión, supuso la exposición realizada en Madrid bajo el patrocinio del Ministerio de Cultura en 1983 con el nombre de **Iberos**. En esta muestra se reúnen por primera vez, diversos aspectos de la cultura material del pueblo ibero: trabajo cotidiano, economía y su actitud ante la vida y la muerte.

La publicación de un catálogo muy didáctico y lleno de imágenes, y de un álbum con diapositivas, dejó constancia de esta exposición de sumo interés para tratar de conocer el complejo mundo de esta sociedad. Los comisarios de la exposición fueron Martín Almagro Gorbea y Manuel Fernández Miranda.

En 1991, la inquietud del Servicio de Investigación Prehistórica de la Comunidad Valenciana ha puesto al día y sintetizado los conocimientos sobre Pehistoria y Arqueología valencianas, con especial incidencia en la Cultura Ibérica, en la exposición *Un segle de Arqueología Valenciana.*

En el año de 1983 se celebra en Ampurias un Mesa Redonda sobre cerámicas helenísticas de la península ibérica.

El congreso *Iberos* celebrado en Jaén (1987), trató en general del poblamiento, de la organización del territorio y de las necrópolis. Sólo una comunicación trató de una manera general de «los orígenes de la cultura ibérica y un par de notas sobre su arte» (M. BENDALA y J. BLÁNQUEZ).

La creación en 1989 de la Universidad de verano por la Universidad Autónoma de Madrid, permite la celebración entre otros muchos cursos de una Mesa Redonda sobre la cultura ibérica organizada por J. Blánquez del Departamento de Prehistoria y Arqueología de la facultad de Filosofía y Letras.

En esta reunión se trató de mostrar las líneas de investigación de algunos estudios del mundo ibérico y sus diferentes convicciones frente a temas concretos. Destacaríamos la interpretación que de las esculturas de Porcuna dio el profesor Blanco Freijeiro, arqueólogo e historiador que había escrito poco antes de su muerte, brillantísimos artículos sobre este conjunto monumental (1987, 1988a y 1989b).

En 1990 se celebra una mesa redonda en Barcelona, organizada por la Universidad de Barcelona (Departamento de Prehistoria, Historia Antigua y Arqueología) y el Instituto italiano de Cultura, con el título: *La presencia de material etrusco en el ámbito de la colonización arcaica en la península ibérica.* Eminentes profesores trataron sobre la presencia de materiales etruscos en la Península, el comercio y las influencias etruscas en la orfebrería, armamento, las representaciones mitológicas, etc. E. Llobregat trató del tema *Vías paralelas: las construcciones etruscas y el arte ibérico.*

Los estudios de etruscología en España casi inexistentes hasta los años setenta, van multiplicándose en estos últimos años. Santiago Montero Herrero recopila en su comunicación una abundante bibliografía, dedicada a explicar los hallazgos del material etrusco en nuestros yacimientos que constituyen sin duda el grueso de los trabajos en relación al tema.

En el mes de abril de 1990 se ha celebró en Ampurias el Simposio Internacional denominado *Griegos e Iberos del siglo VI al IV a. de C.* Esperamos la publicación de las actas para una mejor valoración de las conclusiones.

Contamos con pocas monografías que den una visión de conjunto donde se analicen las lengua, la escultura, el arte y la religión. Fletcher Valls realiza en 1985, un trabajo **Els Ibers.** En 1988, A. Blanco y L. Abad escriben una síntesis sobre los Iberos, donde se tratan numerosos aspectos de su cultura a través de las fuentes y los documentos arqueológicos.

La producción artística de los iberos se contempla en uno de los últimos trabajos realizados por L. Abad y M. Bendala, en la síntesis se ofrece una visión del arte «tartésico» e ibérico y se incide en la arquitectura (1989).

3. ARTE

Este apartado incluye: a) Escultura; 2) alfarería; 3) música y danza; 4) pintura; 5) metalistería; 6) orfebrería; 7) otros oficios poco evaluados. Se ha dejado al margen por acuerdo de los autores la arquitectura de la que se ocupa J. Blánquez.

3.1. Escultura

En razón del material empleado consideramos tres grupos de esculturas con distintas problemáticas: a) piedra; b) bronce; y c) terracota.

a) Piedra

Los resultados más espectaculares de la investigación se han centrado en esta materia. Desgraciadamente contábamos con numerosos hallazgos faltos de toda sistematización y con objeto de ir rellenado lagunas, por los años setenta la doctora R. Lucas con gran visión de futuro dirige a E. Ruano los primeros catálogos que permiten contemplar de una manera global los innumerables restos zoomorfos, humanos y arquitectónicos ibéricos. Desde 1979 hasta 1984 se van publicando diversos repertorios cuyo único mérito fue reunir, no sin gran esfuerzo por nuestra parte, piezas dispersas por diferentes provincias, museos y colecciones. Investigaciones posteriores darían funcionalidad a muchas de estas piezas, como veremos.

Por una parte hay que destacar trabajos monográficos sobre determinados conjuntos o aspectos concretos sobre la interpretación de las esculturas en su función arquitectónica.

En 1985, Teresa Chapa publica la tesis titulada «La escultura zoomorfa ibérica», obra que la autora valora «a medio camino aún entre las tendencias más tradicionales y la adopción de nuevos enfoques».

Años más tarde cabe citar mi propia tesis, en la que se intenta interpretar las esculturas humanas en su contexto y se valora de una manera estilística funcional y como parte de la expresión cultural del pueblo ibérico (1987).

Se estudia el entorno y su posible relación con necrópolis y santuarios, así como las influencias que ejercieron en un primer momento de su gestación los artífices del mundo colonial.

Muchos problemas quedaron sin resolver y a lo largo de estos años nos hemos permitido desarrollar algunas de las tesis allí expuestas (1988).

La paciente reconstrucción de monomachias, que en su tesis presenta I. Negueruela (1990), con los «maltratados» restos de Cerrillo Blanco (Porcuna, Jaén), nos ilustran sobre aspectos iconográficos en épocas muy antiguas y plantean nuevos enigmas con respecto a su función arquitectónica, sobre todo si tenemos en cuenta los materiales pétreos encontrados y la diferente calidad artística y temática de las esculturas.

Los estudios de Almagro Gorbea presentan el avance más espectacular en la investigación. El autor demuestra cómo la escultura está en función de una sociedad muy compleja para realizar todo el aparato constructivo y la existencia de élites.

Con sus estudios se abre una nueva puerta para reestructurar las investigaciones del arte ibérico y para mejor comprender a la sociedad que los ejecuta. (ALMAGRO, 1983, 177-293).

En esta nueva línea R. Lucas y E. Ruano tratan de interpretar algunos restos procedentes de Cástulo y reconstruyen la fachada de un templo (1991).

Con estos antecedentes se realiza la memoria de Licenciatura de R. Castelo, que trata sobre los elementos arquitectónicos y escultóricos de El Cigarralejo. En el trabajo se intenta reconstruir el espacio sagrado de tan importante lugar, los monumentos allí erigidos, sin olvidar las técnicas constructivas y aspectos religiosos, políticos y económicos.

Esperamos con interés la publicación de las esculturas encontradas en las excavaciones de Cabezo Lucero (1980, 1981, 1982, 1984, 1985).

b) Bronce

Los trabajos fundamentales para el estudio de las pequeñas figuritas fechadas desde el siglo VI al cambio de era, son los de Nicolini (1969, 1976, 1977, 1978).

Las perspectivas actuales se enriquecen con las nuevas vías de investigación en las que más allá de los meros estudios se contemplan aspectos tecnológicos a partir de análisis paleo-metalúrgicos puestos ya en funcionamiento.

En esta línea de trabajo se ha realizado la tesis doctoral de Lourdes Prados, bajo la dirección del doctor Bendala. (1988).

Estas nuevas líneas de investigación tienen que ser utilizadas por excavaciones sistemáticas en los lugares de aparición de los bronces.

c) Terracotas

No existe hasta el momento ningún estudio donde se contemple el conjunto de terracotas ibéricas, como para Ibiza hicieran: M. J. Almagro Gorbea (1980) y M. P. San Nicolás (1987). Diferentes autores tuvieron esta idea como A. Fernández de Avilés (1953) o Ana M.ª Muñoz (1963), aunque no llegaron a realizarla.

Durante las últimas décadas aumentaron las publicaciones sobre el tema. J. Pena estudió los thymateria en forma de cabeza femenina hallados en el NE de la península ibérica (1987), Gener y Monells (1988), recoge las figuras aparecidas en la zona catalana, mientras Juan y Moltó (1987-1988) realiza un nuevo estudio sobre las ya conocidas esculturillas de la Serreta de Alcoy. Marín Ceballos por su parte recoge aspectos iconográficos en el artículo Tanit en España (1987).

Una bibliografía más extensa sobre el tema puede consultarse en el artículo que M. Blech ha dedicado a E. Cuadrado (1991) y en el trabajo realizado por el mismo autor sobre las terracotas de Mulva (1992).

3.2. Alfarería

Para evaluar los estudios que se realizan durante estas dos décadas que nos ocupan, tenemos que partir de los planteamientos que C. Aranegui hizo en los años ochenta con motivo de la celebración de la Mesa Redonda sobre la Baja Epoca de la Cultura Ibérica. La autora hacía un balance anterior y mencionaba dos hechos de interés; el primero derivado de su origen, y el segundo la «evolución que ha sufrido el término cerámica pintada, conectada o no al ámbito de la cultura ibérica». Denunciaba la necesidad de publicaciones más extensas y mayor ilustradas, relacionadas con yacimientos ibéricos bien fechados y la falta de estudio con su enfoque tipológico adecuado, muy difícil de tratarlo de una manera global. C. Aranegui centra el tema en el país valenciano y realiza un estudio tipológico.

Las novedades en el estudio cerámico están en los distintos enfoques y la orientación de los trabajos; Lillo (1981); Broncano y Blánquez (1985), ponen particular interés en el estudio de las formas, aunque todavía siguen existiendo grandes dificultades para establecer una tipología global y unitaria.

Durante la década de los setenta habían surgido varios trabajos acerca de la evolución artística de las cerámicas pintadas. Destacaríamos el estudio de M. A. Elvira, quien hace una aproximación al «estilo florido o rico» (1979, 205-225).

En los años ochenta se realizan revisiones cronológicas (BELTRÁN, 1986), y se logran para La Alcudia (Elche, Alicante) estratigrafías con datos de gran valor para la datación de la cerámica ibérica (RAMOS,1982).

Juan Pereira Sieso publica en 1988 un resumen del capítulo 11 de su tesis Doctoral titulada «La cerámica pintada a torno en Andalucía entre los siglos VI-III a. de C., Cuenca del Guadalquivir». El autor partiendo de las diferencias morfológicas y decorativas de los materiales, señala los prototipos, la evolución cronológica, así como la dispersión de los grupos formales propuestos en el área seleccionada.

Las cerámicas de imitación son tratadas con minuciosidad y amplitud por V. Page (1983-1984) y R. Olmos señala un aspecto poco conocido hasta el momento; la intervención del cliente en el encargo del vaso y la inutilización de determinados elementos especialmente vitales de la escena, lo que permitiría al ibero una aproximación mayor a la concepción de las imágenes. El estudio se realiza a través de tres vasos: el *cerno* de Elche, el gran vaso de Calatayud y el *vaso de los Guerreros* de Archena (1987).

Una última etapa en la investigación está marcada por los estudios dedicados a la interpretación y significación religiosa de la escenas representadas en los vasos. E. M.ª Maestro Zaldívar, publica en 1989 una monografía sobre la cerámica ibérica decorada con figuras humanas.

Hemos de hacer mención al avance tecnológico que supone la aplicación de la termoluminiscencia a la cerámica, método que aporta datos sobre la autenticidad y datación de las piezas en estudio (CALDERÓN, 1989, 19-20).

3.3. Música y danza

La música y la danza entre los iberos es un tema pese a su importancia olvidado y desconocido. Desde que en 1944 García y Bellido abordará el tema, sólo Blázquez en 1975-1977 incide en él. M. Bendala estudió las características de la lira aparecida en la estela de Luna (1982). En 1985 Beatriz de Griñó realiza un estudio sobre influjos externos en los instrumentos musicales ibéricos.

Ante el vacío de la investigación por estas dos importantes manifestaciones (danza y música). R. Castelo inicia una serie de artículos en los que se valoran aisladamente y en conjunto cuanto se refiere a las manifestaciones en sí mismas y se trata las distintas facetas-funcional, social, religiosa, militar. ... que se conjugan en su desarrollo ya sea con destino ceremonial, lúdico, de espectáculo, etc., y analiza el aparato que exige este tipo de actividad (musicalidad, ritmo, movimientos, peinados, calzados, trajes, etc. (CASTELO, 1989-1990).

3.4. Pintura

Sobre esta actividad artística existe una gran laguna en la investigación.

Desde los años cuarenta hasta la actualidad, se vienen repitiendo las palabras de García y Bellido (1945) y sólo Lorenzo Abad en las primeras páginas del libro sobre la pintura romana (1982) se refiere a otros restos de pinturas murales ibéricas, como las procedentes de Hinojares (Jaén), con zócalos geométricos, tal vez imitando verjas y palmas; las del Peal del Becerro (Jaén) y del Pajar del Artillo, en Santiponce (Sevilla).

Si bien es pobre el balance de documentos materiales, faltan investigaciones sobre esta parcela, a veces artística y en otras ocasiones funcional.

3.5. Metalistería

La pasada década ha supuesto algunos avances en nuestro conocimiento de la metalurgia ibérica, especialmente desde que en 1982 se iniciara el proyecto de investigación *Arqueometalurgia de la Península Ibérica*, aplicando modernos métodos de análisis a la metalistería. Así los escasos datos tecnológicos que poseíamos sobre la pequeña estatuaria (exvotos), merced al trabajo de Bourchis y Briard (1979), se ha visto completado con el estudio publicado por Lourdes Prados, ya aludido, (1988), en el que se combinan los análisis espectrométricos con la metalografía microscópica para poner de relieve la relación entre las distintas técnicas de fabricación y la composición, determinando dos grupos básicos: los exvotos fundidos y los elaborados trabajando el metal. También observa esta investigadora diferencias de composición de los exvotos entre los distintos santuarios estudiados.

Otros estudios de alcance han sido relativos al depósito votivo de El Amarejo (Albacete), (ROVIRA, CONSUEGRA y MONTERO, 1989), y a los metales de los niveles ibero-turdetanos de Tejada la Vieja (Huelva), (ROVIRA, CONSUEGRA y MONTERO, 1987). Junto a otras aportaciones más puntuales como algunos análisis de fíbulas y otros objetos ibéricos de El Llanete de los Moros o el broche de cinturón decorado de la necrópolis de El Estacar de Robarinas, Cástulo (BLÁZQUEZ *et alii*, 1986-1987), conforman un corpus de datos analíticos que permiten ya atisbar relaciones tecnológicas con otros focos culturales circundantes. (Etruria, el mundo púnico.)

Con todo ello y según nos informa Salvador Rovira, la situación de esta parcela de la investigación cambiará de modo sustancial en breve, conforme se vayan dando a conocer más de un millar de análisis y metalografías reunidas actualmente en avanzado proceso de estudio precio a su publicación.

Armas

Los años setenta se caracterizan por la escasez de publicaciones específicas sobre el armamento —en un período de gran floración de otros estudios sobre el mundo ibérico—. Sólo en 1979 se vislumbra un nuevo impulso en los trabajos sobre armas (LATORRE, 1979), artículo que pese a sus limitaciones no tuvo el eco que merecía, mientras que otros análisis (GUADÁN, 1979) se limitaban a repetir ideas y enfoques tradicionales.

Sólo durante la segunda mitad de la década de los ochenta se ha producido un nuevo impulso en las investigaciones armamentísticas, como consecuencia de la adopción de nuevos enfoques y la aportación de grandes cantidades de material inédito. Los conjuntos más importantes son los de la necrópolis ibérica de El Cigarralejo y El Cabecico del Tesoro (Murcia), que han dado lugar a dos monografías específicas. La dedicada a El Cigarralejo (CUADRADO, 1989) realiza importantes análisis tipológicos sobre una gran cantidad de armas, destacando los referidos a las manillas de escudo y un inmejorable estudio sobre las vainas de falcatas. Los volúmenes dedicados al Cabecico del Tesoro (QUESADA,1989) aprovechan las posibilidades de los procedimientos informáticos y los enfoques teóricos de la *Arqueología de la Muerte,* para abordar aspectos como las armas como símbolo de riqueza y status, asociaciones funcionales y simbólicas de armas en los ajuares, análisis tácticos a partir del estudio de las armas, etc.

En estos años se han publicado también importantes estudios de enfoque tipológico dedicados a tipos específicos de armas, como los puñales de tipo Monte Bernorio o a influencias culturales (STARY, 1982; DEHN, 1988) o a cuestiones tipológicas de detalle pero con enfoques funcionales más que descriptivos (QUESADA, 1988). En otros casos se han realizado estudios que aúnan la información de la arqueología, la iconografía y las fuentes literarias, y que parten del estudio de determinadas armas —el arco y las flechas— para obtener conclusiones que se refieren a la mentalidad de los grupos aristocráticos de una sociedad (QUESADA, 1989b) y a su concepción de la muerte (BLECH, 1986).

Igualmente se han estudiado las relaciones de las armas ibéricas con las del ámbito mediterráneo (QUESADA, 1990; KURTZ, 1985) y las relaciones armamentísticas entre la meseta y las regiones costeras (QUESADA, 1990a).

En general, los últimos años ochenta han visto un brusco crecimiento del número de publicaciones específicas sobre armamento, y la aparición de nuevos enfoques que tienden no sólo a la descripción y clasificación de los materiales sino también a su análisis en relación con los contextos en que aparecen —sobre todo el funerario—. Estos trabajos tienen en cuenta además el importante papel que la ideología militar tuvo en la sociedad ibérica, todo ello dentro del contexto del Mediterráneo antiguo. Al tiempo, estos nuevos estudios tienden a aprovechar todas las posibilidades de los nuevos procedimientos de trabajo, sobre todo de los análisis estadísticos facilitados por el empleo de herramientas informáticas, para resolver o al menos abordar correctamente problemas específicos. Son numerosas las investigaciones en curso y el futuro de esta rama de los estudios ibéricos parece prometedor (1).

3.6. Orfebrería

Es sobradamente conocido por todos los investigadores la gran cantidad de riquezas que han aparecido en los numerosos yacimientos ibéricos prerromanos de la península ibérica.

En 1969 Raddats publica su obra *Die Schatzfunde der Iberischen Halbinsel.* En el trabajo se agrupan los materiales aparecidos hasta la fecha y se establecen los grupos de dispersión. Se acompaña una bibliografía muy pormenorizada sobre cada uno de los conjuntos.

Durante el período de 1970 a 1980, las investigaciones sobre joyas han sido muy numerosas, y siempre dedicadas a tesoros concretos o piezas individualizadas, en su mayoría orientalizantes. Según M.ª Luisa de la Bandera, buena conocedora del tema, sólo se hicieron en estos años dos trabajos de síntesis; uno de Maluquer de Motes *Desarrollo de la orfebrería prerromana en la Península Ibérica* y otro correspondiente a la orfebrería orientalizante de Extremadura dentro de la obra general de M. Almagro Gorbea (1977) *El Bronce Final y el período orientalizante en Extremadura.* Los demás trabajos han sido muy parciales como los de J. M. Carriazo, *Tartessos y el Carambolo* (1973), o las de

M.ª J. Almagro *Lote de joyas orientalizantes y romanas ingresadas en el Museo Arqueológico Nacional* (1971, 197), o *Lote de joyas de orfebrería gaditana* (Rev. Complutense, 1976, XXV, 101 y ss.).

Según esta misma autora es importante destacar en la década de los setenta las excavaciones sistemáticas que han proporcionado joyas sueltas, o lotes de tesoros que se han podido fechar: necrópolis de la Joya (Huelva), de la Bobadilla (Jaén); Crevillente (Alicante).

Bandera realiza una obra de conjunto donde se recopila todo el material de adorno personal, en metales nobles y pertenecientes a la joyería del siglo VII al I a. de C., de la mitad peninsular (1987).

En un estudio donde se establecen los aderezos característicos de cada horizonte mediante el encuadre tipológico, estilístico y cronológico, la autora distingue las nuevas técnicas, los motivos y objetos introducidos en la Península procedentes de culturas superiores, de aquellas otras de evolución local, también determina de qué región vienen quienes las acarrean y dónde se establecen esas zonas de contacto en sus primeras fases.

La tesis de M.ª L. de la Bandera, supone un avance en el conocimiento de la joyería.

En 1989 Alicia Perea publica en la Revista *Arqueología* un artículo titulado «Tecnología y métodos de estudio», donde se exponen los medios que la tecnología moderna ha puesto al alcance de los arqueólogos no sólo para determinar la técnica y los métodos empleados en la fabricación de joyas sino la naturaleza y características de los distintos materiales utilizados (2).

Nicolini acaba de publicar un libro titulado *La bijouterie ibérique du VI au IV siècle.* El estudio muy completo valora y expone las técnicas de los oros antiguos prerromanos, estableciendo grupos y realizando un catálogo tipológico de las piezas. El autor incide también en aspectos iconográficos e históricos.

3.7. Otras artesanías

Como hemos podido comprobar a través de las líneas anteriores, la bibliografía ha contemplado ampliamente la artesanía cerámica o las derivadas del metal. A la artesanía textil se ha dedicado un trabajo de conjunto donde se resume acertadamente esta actividad de la sociedad ibérica (ALFARO, 1984). No ha gozado del mismo interés la artesanía del mueble. La riqueza y variedad del mobiliario ibérico es innegable y era hasta ahora prácticamente desconocido. E. Ruano inicia una aproximación al tema (1990) y prepara actualmente una monografía donde a través de documentos arqueológicos e iconográficos se establecen aspectos técnicos y tipológicos de una artesanía propiamente ibérica.

4. RELIGION

La interpretación de monumentos y esculturas encierra buena parte del contenido religioso y podemos decir que este campo ha preocupado directa o indirectamente a la mayoría de los investigadores. Las divinidades ibéricas son muy mal conocidas y sus nombres una auténtica incógnita.

La religiosidad de los pueblos de la península ibérica fue contemplada en un primer intento de aproximación en el año 1975 por J. M.ª Blázquez, basándose principalmente en los datos que proporcionan las fuentes antiguas y la arqueología. El autor advierte que los datos epigráficos y literarios, acerca de las religiones de la Hispania antigua, se refieren en su casi totalidad a los pueblos indoeuropeos o pueblos mezclados con ellos: «No se conserva en cambio, ninguna fuente relativa a la religiosidad de los iberos.»

En las Actas de la Baja Epoca publicadas en 1981, R. Lucas escribe un artículo que podemos clasificar de fundamental y básico para el estudio de las religiones. Destaca la autora la importancia que la interpretación iconográfica tiene para el conocimiento de las manifestaciones religiosas ibéricas y propone por vez primera una sistematización donde se distinguen los diferentes lugares de culto hasta entonces considerados con el nombre genérico de santuarios. Analiza el hecho religioso dentro de la sociedad que lo vive, y señala la posibilidad de la relación entre poblados, santuarios y necrópolis.

Entrados en los años ochenta, se edita el segundo tomo Primitivas religiones ibéricas (BLÁZQUEZ, 1983). En él se estudia la religiosidad de los pueblos indígenas de la Península desde finales de la Edad de Bronce (siglo VIII a. de C. hasta el siglo VI a. de C.). La monografía reúne un material arqueológico, epigráfico y literario disperso en memorias de excavación o en artículos de revistas. El capítulo tercero se dedica a la religión ibérica en el marco de la política, la economía y la cultura. Se enu-

meran dioses y diosas ibéricos, animales fantásticos y edificios de culto (santuarios, templos y cuevas santuarios), se contemplan aspectos de la vida de ultratumba y sus ritos funerarios.

Además de las síntesis generales y de la información más precisa respecto al carácter de los lugares religiosos, cabe destacar el intenso esfuerzo por la iconografía.

En el Congreso de Burdeos ya mencionado, denominado Grecs et ibéres en IV siècle avant Jésus Christ, (1987), se presentó una ponencia muy interesante en la que B. de Griñó trata ampliamente de la iconografía de las divinidades femeninas de la península ibérica en la época prerromana.

En el trabajo se sigue la línea iniciada por la doctora Lucas y el doctor Olmos se establecen nuevos horizontes para llegar al conocimiento del panteón ibérico. La autora distingue tres grupos de diosas: sentadas, aladas y armadas.

La hipótesis de trabajo de B. de Griñó es la siguiente: «En la península confluyen y en ocasiones conviven con las diosas indígenas, imágenes de diosas procedentes de los panteones egipcio, griego, fenicio-púnico y oriental.» Sería de desear esta línea en la investigación y su aplicación para el conocimiento de los dioses masculinos.

Son numerosos los estudios que han tratado de identificar las imágenes que sugieren las lecturas de objetos artísticos, la bibliografía muy extensa puede consultarse en el libro antes mencionado de J. M.ª Blázquez.

Es de lamentar el retraso en la publicación de las actas del Coloquio Internacional sobre Religiones Prehistóricas de la península ibérica celebrado en Salamanca en 1987 con ponencias de gran interés para el tema.

En esta breve síntesis no podemos dejar de mencionar el avance de la investigación en el conocimiento de nuevos lugares sagrados.

La clasificación de R. Lucas: loca sacra libera, santuarios y templos, sirve de base para realizar intentos de clasificación espacial donde se contemplan las distintas categorías de estos centros cultuales y su posible carácter rural-urbano. Los continuos descubrimientos de depósitos votivos sugieren lugares vinculados o no a la religiosidad de los poblados y contribuyen a incrementar el interés por las excavaciones cuando existen indicios de estructuras cercanas, caso reciente de Torreparedones, Córdoba (MORENA, 1989; RUANO, 1988).

A partir de 1977 se realizan excavaciones sistemáticas en algunos santuarios antiguos con el fin de encontrar nuevos datos que permitan establecer cronologías. Así T. Chapa excava en el Cerro de los Santos (1977-1981); G. Nicolini, en Castellar (Jaén), (1981), y M. Ros en La Luz (1984-1985).

En 1987, M. Ruiz Bremón publica una aproximación al santuario ibérico de La Luz, desde una amplia perspectiva, intentando reconstruir la historia-evolución y significados del santuario. La misma autora publica en 1989 los resultados de las investigaciones realizadas con el estudio de los materiales del Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo, Albacete).

Ambos trabajos se sitúan en una nueva línea de investigación ya que se contempla el lugar de culto en conjunto.

En 1988, E. Ruano realiza una nueva interpretación del santuario albacetense (Cerro de los Santos), considerando el lugar con una función eminentemente geopolítica y elitista sin descartar la terapeútica. En un intento de aproximación espacial, no cronológica basándose principalmente en la bibliografía y en recientes hallazgos de exvotos que por su cantidad suponen un hecho religioso, realiza un mapa de dispersión con 51 lugares de culto. La observación del conjunto permite considerar la importancia que alcanzó el culto en cuevas, la concentración en Murcia de santuarios cercanos a poblados, la importancia ya constada de los santuarios de Jaén. La existencia de edificios cultuales, etc.

Existen todavía muchas lagunas en la información sobre la religiosidad ibérica, sobre todo en la práctica de rituales en los diferentes lugares de culto y sus ceremonias según la importancia del lugar del culto o la menor o mayor concentración de fieles. Los ritos serían en algunos centros religiosos, complejos, y se suponen actos ceremoniales con procesiones, música y danzas. Las organización de actos tendría que suponer personas especializadas con diferentes jerarquías sacerdotales.

La reconstrucción de la vida religiosa en la totalidad del área ibérica, es tarea lenta y requiere investigaciones puntuales en cada uno de los posibles lugares de culto antes mencionados, como las ya realizadas en algunos de los santuarios andaluces, albacetenses y murcianos.

5. NUEVOS PROYECTOS

El avance de la investigación permite reconstruir parcelas poco estudiadas. Así la realización de un programa donde se contemplarán monográficamente los aspectos técnicos de la escultura, se iniciará bajo la dirección de los doctores Blánquez Pérez, Bendala Galán y Lucas Pellicer.

En 1990 el Ministerio de Cultura puso en marcha un programa de investigación bajo la dirección de S. Broncano y M. Linarejos. Se trata de tres proyectos relativos a la cultura ibérica: 1) Recuperación y Recopilación de la documentación bibliográfica; 2) Recopilación y Recuperación de yacimientos; 3) Inventario fotográfico conservado en el Ministerio de Cultura e informatización de todos los datos. Con ello se pretende que el Instituto de Conservación y Restauración de Bienes Culturales pueda tener a disposición de cualquier investigador o centro de investigación, especialmente los estados que integran la Comunidad Económico Europea o de las Comunidades Autónomas del Estado Español, la totalidad de los datos que hacen referencia a la cultura más genuina de las que se desarrollan en el territorio nacional.

El departamento de Historia Antigua y Arqueología del Centro de Estudios del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, realiza entre otras muchas líneas de trabajo un proyecto coordinado con el Departamento y la Universidad de Valencia denominado **Imagen, mito y sociedad de la cultura ibérica.** El programa tendrá la duración de tres años y se terminará con una exposición didáctica denominada: **La sociedad ibérica a través de la imagen.**

(1) Agradecemos a F. Quesada, especialista en el tema del armamento ibérico la selección de datos que refleja el estado de la cuestión.

(2) En el catálogo realizaco con motivo de la Exposición Orfebrería Prerromana editado por la Comunidad de Madrid en 1991, Alicia Perea expone sus trabajos más recientes sobre caracterización tecnológica.

BIBLIOGRAFIA

ABAD, L. (1982): *La pintura romana en España,* Alicante, Sevilla.

ABAD, L. y BENDALA, M. (1989): *El arte ibérico,* Historia 16, Colección Historia del Arte, Madrid.

ACTAS (1977): *Simposi internacional. Els origens del mon Iberic* Barcelona, *Ampurias,* 38-40.

ACTAS (1981a): *Mesa Redonda Baja Epoca de la Cultura Ibérica.* AEAE, Madrid.

ACTAS (1981b): *Coloquio Internacional de París. Mythologie greco-romaine, Mythologies péripheriques,* París.

ACTAS (1983): *Congreso Internacional de Atenas. XII C. I. d'Archéologie Classique,* Atenas.

ACTAS (1985): *Primeras jornadas sobre Mundo Ibérico,* Jaén.

ACTAS (1986): *Mesa redonda sobre cerámicas griegas y helenísticas de la Península Ibérica,* Ampurias, Barcelona.

ACTAS (1987): *Congreso de Burdeos: Grecs et ibéres au IV siècle avant J. C., Revue des Études Anciennes,* LXXXIX.

ALFARO, C. (1984): *Tejido y cestería en la Península Ibérica,* Madrid.

ALMAGRO GORBEA, M.ª J. (1980): Corpus de terracotas de Ibiza, *BPH,* 18, Madrid.

ALMAGRO GORBEA, M. (1975): «Pozo Moro y el origen del arte ibérico», *XII CAN,* Huelva, 1973, 671-686, Zaragoza.

ALMAGRO GORBEA, M. (1983): «Pozo Moro, un monumento funerario ibérico orientalizante», *MM,* 24, 177-293.

ALMAGRO GORBEA, M. y OLMOS ROMERA, R. (1981): «Observations sur l'assimilation de l'iconographie classique d'époque préromaine dans la péninsule ibérique (1), *Colloques Internationaux du Centre National de la Recherche Scientifique num. 593. Mythologie Greco-romaine Mythologies péripheriques,* Études d'iconographie, París, mai 1979, 57-62, París.

ARANEGUI, C. y PLÁ, E. (1981): «La cerámica ibérica», *Actas de la Mesa Redonda de la Baja Epoca de la Cultura Ibérica,* 73 y ss., Madrid.

BALSAMEDA, L. J. y OLMOS, R. (1977): «Un proyecto internacional de colaboración científica», *Lexicon Iconographicum Mythologiae Classicae, Arbor,* 381-382, 101-103.

BANDERA, L. (1977): «El atuendo femenino ibérico», *Habis,* 8, 253 y ss., Sevilla.

BANDERA, L. (1978): «El atuendo femenino ibérico», *Habis,* 9, 402 y ss., Sevilla.

BANDERA, L. (1982): «Influencia de algunos cuños monetales en la joyería ibérica», *Numisma,* XXXV, 177-179, 75 y ss.

BANDERA, L. (1986): «Introducción al estudio de la joyería prerromana peninsular. Técnicas, *Habis,* 17, 515-538, Sevilla.

BANDERA, L. (1987-1988): «Estudio crítico de los torques ibéricos», *Habis,* 18, 19, 531-564, Sevilla.

BELTRÁN, M. (1986): «Introducción a las bases arqueológicas del Valle medio del río Ebro», *Homenaje a Beltrán Martínez,* 495 y ss.
BENDALA, M. (1983): «En torno al instrumento musical de la estela de Luna», *Homenaje Almagro Basch,* II, 131-141, Madrid.
BENDALA, M. y BLÁNQUEZ, J. (1987): «Los orígenes de la cultura ibérica y un par de notas sobre su arte», *Actas de las Primeras jornadas sobre el mundo Ibérico,* 9-18, Jaén.
BENDALA, M. y BLÁNQUEZ, J. (1977): *Estudio sobre religiones mediterráneas e ibéras,* Madrid.
BENDALA M.; BLÁNQUEZ, J.; GARCÍA GELABERT, M. P.; ROVIRA S. y SANZ, M. (1986-87): «Estudio de un broche de cinturón de la necrópolis de El Estacar de Robarinas (Cástulo Linares)», *Zephyrus XXXIX,* 387-396.
BLANCO FREIJEIRO, A. (1987): «Las esculturas de Porcuna I. Estatuas de Guerreros», *BRAH,* CLXXIV-C. III, 405-445, Madrid.
BLANCO FREIJEIRO, A. (1988a): «Las esculturas de Porcuna II. Hierofantes y cazadores» *BRAH,* CLXXV-CI, 1-27, Madrid.
BLANCO FREIJEIRO, A. (1988b): «Las esculturas de Porcuna III. Animalia», *BRAH,* CLXXV-CII, 205-234, Madrid.
BLANCO FREIJEIRO, A. y ABAD CASAL, L. (1988): *Los iberos. Historias del Viejo Mundo,* Historia 16, Madrid.
BLÁZQUEZ, J. M. (1975): *Diccionario de las religiones prerromanas de Hispania,* Madrid.
BLÁZQUEZ, J. M.ª y GONZÁLEZ NAVARRETE (1983): «Der Einfluss der griechischen Kunst des 5 und 4 Jh v C. auf die Kunst Turdetaniens (Südspanien)».
BLÁZQUEZ, J. M.ª y GONZÁLEZ NAVARRETE (1985): «The Phokonian sculptura of Obulco in southen Spain», *American Journal of Archeologie,* 89, 61-69.
BLECH, M. (1986): «Las armas de la sepultura 155 de la necrópolis de Baza», *Catálogos y Monografías del MAN,* 10, 205-209, Madrid.
BLECH, M. (1991): Iberische Terrakotten, Beoachtungen zu einer Statuette im Archäologischen Museun von Málaga *Verdolay,* 2, Murcia.
BLECH, M. (1992): *Verfasser gibt Einleitung zu dem Kapitel Terra Kotten aus Mulva (1992) eine Ubersischt zur gesamten antiken Terrakottaproduktion auf der Iberischen Halbinsel.*
BOURHIS, J. R. y BRIARD, J. (1979): *Analysis spectrographiques d'objects préhistoriques et antiques.* Quatrième Serie. Université de Rennes.
BRONCANO, S. y BLÁZQUEZ J. (1985): El Amarejo, (Bonete, Albacete), *EAE,* 19, Madrid.
CALDERÓN GARCÍA, T. (1989): «Termoluminiscencia, aplicaciones en Arqueología», *BAEAA,* 27, 19-21, Madrid.
CASTELO RUANO, R. (1989): «La música en la antigüedad Hispana I. Aulos y Diaulos», *BAEAA,* 26, 9-18, Madrid.
CASTELO RUANO, R. (1990): «La música en la antigüedad hispana II. Instrumentos de cuerda», *BAEAA,* 28, 35-44, Madrid.
CASTELO RUANO, R. (1990): *De Arquitectura ibérica: Los elementos escultóricos y arquitectónicos de El Cigarralejo Mula, Murcia,* Madrid.
CASTELO RUANO, R. (1990): «Aproximación a la danza en la antigüedad hispana (I). Manos entrelazadas», *Espacio, Tiempo y forma, UNED.* Serie II - H.ª Antigua T. III.
CATALOGO (1983): *Los Iberos.* Dirección General de Bellas Artes y Archivos. Subdirección general de Arqueología Madrid.
CATALOGO (1983): *La Cultura Ibérica.* Servei d'Investigació Prehistòrica. Diputació València, Valencia.
CATALOGO (1990): *La escultura ibérica en el Museo de Jaén,* Junta de Andalucía, Consejería de Cultura, Jaén.
CATALOGO (1990): *Un segle d'Arqueología Valenciana,* Servei d'Investigació Prehistòrica de la Diputació de Valencia, Valencia.
CHAPA, T. (1980): *La escultura zoomorfa ibérica en piedra,* Madrid.
CHAPA, T. (1980): «Influjos griegos en la escultura zoomorfa ibérica», *Iberia Graeca, Serie Arqueológica,* 2, Madrid.
CHAPA, T. (1983): «Primeros resultados de las excavaciones en el Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo Albacete). Campañas de 1977, 1981, *XVI CAN,* Murcia Cartagena, 1983, 643-654, Zaragoza.
CHAPA, T. (1984): «Influences de la colonisation phoceen sur la sculpture ibérique», *I Focei...,* 374-391.
CUADRADO, E. (1983): «La Grece classique et la sculpture ibérique du Sud-Est espagnol», Congreso de Atenas, 92-95, Atenas.
CUADRADO, E. (1989): «La panoplia ibérica de El Cigarralejo» (Mula, Murcia), Murcia.
DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. J. (1985): «A próposito de un reciente coloquio», *Gerión,* 3, 359 y ss.
GENERA i MONELLS (1988): «Arts plástiques d'época ibérica a Catalunya les terracottes, in Protohistória i arqueología de Conca del Segre, 7 *Colloqui int. d'arq. de Puigcerdà,* 6, 215-226.
GUADÁN (1979): «Las armas en la moneda ibérica», *Cuadernos de Numismática,* 36 y ss., Madrid.
ELVIRA, M. A. (1979): «Aproximación al estilo florido o rico de la cerámica de Liria», *AEA,* 532, 205 y ss., Madrid.
FERNÁNDEZ AVILÉS, A. (1953): «De coroplástica Ibérica: Torso femenino con tocado de trenzas» *III CAN,* 159-162.
FLETCHER VALLS, D. (1985): *Els Ibers,* Valencia.
GARCÍA BELLIDO, A. (1944): «Música y danza entre los pueblos primitivos de España», *Investigación y Progreso,* 314, 67-77, Madrid.
GARCÍA BELLIDO, A. (1945): «La pintura mayor entre los iberos», *AEA,* XVIII, Madrid.

GRIÑÓ FRONTERA, B. (1985): «Influencia de la música griega y mediterránea en las culturas de la Península ibérica», *Mesa Redonda sobre cerámica griega y helenística de la Península Ibérica,* 151-167, Ampurias.
FOCEI, I. (1982): Vèlia et les Phoceens: un bilan dix ans après, *La Parola del Passato,* 204-207.
JODIN, A.; LLOBREGAT E. *et alii* (1980-1985): «Fouille du site ibèrique de Cabezo Lucero (Guardamar del Segura, Alicante)», *Melanges de la Casa de Velázquez,* Madrid.
JUAN I MOLTÓ, J. (1987-1988): «El conjunt de terracotes votives del santuari ibéric de La Serreta, *Saguntum,* 21, 295-329, Valencia.
KURTZ, W. S. (1985): «La coraza metálica en la Europa Protohistórica», *BAEAA,* 21, 13-23, Madrid.
KURTZ, W. S. (1987, en prensa): «La necrópolis de las Cogotas. Ajuares», *BAR Internacional Series,* 344, Oxford.
KURTZ, W. S. (1990, en prensa): *«Elementos etrusco-itálicos en el ámbito de la colonización arcaica» en la Península Ibérica,* Barcelona.
LATORRE, F. (1979): «Aproximación al estudio del armamento ibérico-levantino», *Varia,* I, 152-182, Valencia.
LILLO CARPIO, P. (1981): *El poblamiento ibérico Murcia,* Murcia.
LILLO CARPIO, P. (1983): «Una aportación al estudio de la religión ibérica. La diosa de los Lobos de la Umbría de Salchite (Moratalla Murcia)», *XVI CAN,* Murcia-Cartagena, pp .769-788, Zaragoza.
LILLO CARPIO, P. y WALKER, M. J. (1990): «The Iberian Monument of El Prado (Jumilla)», *Congreso de Australia,* Oxford.
LUCAS PELLICER, M.ª R. (1981): «Santuarios y dioses en la Baja Epoca Ibérica», *Actas de la Baja Epoca de la Cultura Ibérica,* 233 y ss., Madrid.
LUCAS PELLICER, M.ª R., y RUANO RUIZ, E. (1990): «Sobre la arquitectura ibérica de Cástulo. Reconstrucción de una fachada monumental», *AEspA,* núms. 161,-162, 43-64, Madrid.
LLOBREGAT, E. (1982): «Iberia y Etruria, notas para una revisión de sus relaciones», *Lucentum,* I, 71-91, Alicante.
LLOBREGAT, E. (1987): «La sculpture du Levant Ibérique et ses modeles iconographiques», *Congreso Burdeos,* 359 y ss.
LLOBREGAT, E. (1989): «Panorama de la escultura ibérica valenciana: estado actual de la investigación, *XIX CAN,* Castellón de la Plana, 1987, 537-541, Zaragoza.
MAESTRO ZALDÍVAR, E. M. (1989): «Cerámica ibérica decorada con figura humana», *Monografías Arqueológicas,* 31, Zaragoza.
MAYER, M. y ÁLVAREZ, A. (1983): «Le marbre grec comme indice pour les pièces sculptoriques grecques ou de tradition grecque en Espagne», *Congreso de Atenas,* 184-190.
MARÍN CEBALLOS, M. C. (1987): «Tanit en España», *Lucentum,* 6, 43-79, Alicante.
MORENA LÓPEZ, J. A. (1989): *El santuario ibérico de Torreparedones,* Castro del Río, Baena, Córdoba.
MUÑOZ AMILIBIA, A. M.ª (1983): «Cipo funerario ibérico decorado con esculturas», *XVI CAN,* Murcia-Cartagena, 741-750, Zaragoza.
MUÑOZ AMILIBIA, A. M.ª (1963): *Pebeteros ibéricos en forma de cabeza femenina (De coroplatia ibérica),* Universidad de Barcelona.
NEGUERUELA, I. (1987): «Monomachias de carácter helenizante en la escultura ibérica de Ipolca (Porcuna), *Congreso de Burdeos,* 319-334.
NEGUERUELA, I. (1990): *Los monumentos escultóricos ibéricos del Cerrillo Blanco Porcuna (Jaén),* Madrid.
NICOLINI G. (1976): «Quelques exemples de l'influence de l'archaïsme grec sur la plastique ibérique», *Actas del V Congreso Español de Estudios Clásicos,* 131-140.
NICOLINI G. (1977): *Bronces Ibéricos,* Barcelona.
NICOLINI G. (1983): «La campagne de fouilles 1981 a Castellar (Jaén), *Melanges de la Casa de Velázquez,* XIX, París.
NICOLINI G. (1990): *Techniques des ors antiques. La bijouterie ibérique du VII siècle,* París.
OLMOS ROMERA, R. (1983): «The Assimilation of Classical Iconography in the Iberian World (Vth-IV th B.C.), *Actas Congreso de Atenas,* 191-196, Atenas.
OLMOS ROMERA, R. (1986): «Quelques observations sur l' assimilation de l'iconographie Grecque dans le monde ibérique (II), Bulletin de Correspondence Hellénique Supplement, XIV, 156-166.
OLMOS ROMERA, R. (1987): «Posibles vasos de encargo en al cerámica ibérica del sureste, *AEspA,* 60, 21-42.
OLMOS ROMERA, R.: «Iconografía griega; iconografía ibérica: una aproximación metodológica», *Congreso de Burdeos,* 283 y ss.
PAGE DEL POZO, V. (1983): «Imitaciones ibéricas de crateras y copas áticas de Murcia», *Mesa Redonda sobre cerámicas griegas y helenísticas en la Península Ibérica,* Ampurias.
PAGE DEL POZO, V. (1984): *Imitaciones de influjo griego en la cerámica ibérica de Valencia, Alicante y Murcia,* Madrid.
PENA, J. (1987): «Los thymateria en forma de cabeza femenina hallados en el NE de la Península Ibérica», *Congreso de Burdeos.*
PEREA, A. (1989): «Tecnología y métodos de estudio», *Revista Arqueología,* 24 y ss., Madrid.
PRADA, M. (1983): «Grecian connotations in the iberian Art relative to the Problems of Iberian sculpture», *Congreso de Atenas,* 105-113.

PRADOS, L. (1988): «Exvotos ibéricos de bronce: aspectos tipológicos y tecnológicos», *TP,* 45, 175-199, Madrid.
PEREIRA SIESO, J. (1979): «La cerámica ibérica procedente de Toya (Peal del Becerro) en el MAN», *TP,* 36, Madrid.
PEREIRA SIESO, J. (1988): «La cerámica ibérica de la cuenca del Guadalquivir I. Propuesta de clasificación», *TP,* 35, 143-173, Madrid.
PLÁ BALLESTER (1977): «La necrópolis ibérica con sepulturas de empedrado tumular de Corral de Saus (Mogente, Valencia)», *XII CAN,* Vitoria, 1975, 727-738, Zaragoza.
QUESADA, F. (1988): «Las acanaladuras en las hojas de las falcatas ibéricas», *CuPAUAM,* 15, 275-300, Madrid.
QUESADA, F. (1989a): «Armamento, guerra y sociedad en la necrópolis ibérica de El Cabecico del Tesoro (Murcia, España», *BAR International Series,* 502, Oxford.
QUESADA, F. (1989b): «La utilización del arco y la flecha. La cultura ibérica», *TP,* 46, 161-201, Madrid.
QUESADA, F. (1990a): «Armamento de supuesta procedencia meseteña en la necrópolis de Murcia», *II Simposio sobre los celtíberos,* 231-240, Daroca.
QUESADA, F. (1990b): «La falcata ibérica: ¿un arma de origen ilirio y procedencia itálica?, *AEspA,* 63, Madrid.
RADDATZ, K. (1969): *Die schatzfunde der Iberischen Halbinsel,* Berlín.
RAMOS, R. (1982): «Precisiones para la clasificación de la cerámica ibérica», *Lucentum,* 1, 117 y ss., Alicante.
RAMOS, R. (1987): «Demarcación ibérica en el Parque de Elche», *XII CAN* (Canarias, 1985), 681-700, Zaragoza.
RAMOS, R. (1989): «Vestigios de un posible monumento funerario ibérico en el Parque de Elche», *XIX CAN,* (Castellón de la Plana, 1987), 507-516, Zaragoza.
RODÁ, I. (1986): «A propos de la sculpture grecque d'Emporion», *Congreso de Atenas.*
RODRÍGUEZ OLIVA *et alii* (1983): «Exvotos ibéricos con relieves de équidos en la vega granadina, *XVI CAN* (Murcia-Cartagena, 1982), 751-768, Zaragoza.
ROVIRA, S. *et alii* (1987): «Estudio arqueometalúrgico de materiales de Tejada la Vieja», *Huelva Arqueológica,* IX, Madrid.
RUANO RUIZ, E. (1979): «¿Fue único el monumento funerario de Pozo Moro?», *BAEAA,* 11-22, 52 y ss., Madrid.
RUANO RUIZ, E. (1981): «Aproximación a un catálogo de escultura ibérica en las provincias de Sevilla, Cádiz, Granada, Almería y Málaga», *BAEAA,* 14, 19 y ss., Madrid.
RUANO RUIZ, E.: «Aproximación a un catálogo de escultura ibérica en la provincia de Córdoba», *BAEAA,* 13, Madrid.
RUANO RUIZ, E. (1982): «Restos escultóricos ibéricos en la provincia de Jaén», *BAEAA,* 15, 28 y ss., Madrid.
RUANO RUIZ, E. (1983): «Aproximación a un catálogo de escultura ibérica en la provincia de Jaén», *CuPAUAM,* 9-10, 61-107, Madrid.
RUANO RUIZ, E. (1983): «Contribución a un catálogo de escultura ibérica en la provincia de Albacete». Dieciocho cabezas inéditas en el MAN, *AEspA,* LVI, 253-260, Madrid.
RUANO RUIZ, E. (1984): «Tres esculturas ibéricas de El Cerro de los Santos», *BAEAA,* 20, 15 y ss., Madrid.
RUANO RUIZ, E. (1984): «Esculturas sedentes en el mundo ibérico», *BAEAA,* 19, 23 y ss., Madrid.
RUANO RUIZ, E. (1987): *La escultura humana de piedra en el Mundo ibérico,* 3 vols., Madrid.
RUANO RUIZ, E. (1988): «El Cerro de los Santos, Montealegre del Castillo (Albacete): Una nueva interpretación del santuario», *CuPAUM,* 15, Madrid.
RUANO RUIZ, E. (1990): «Aproximación a la artesanía del mueble ibérico: Algunas precisiones sobre el trono de la Dama de Baza (Granada)», *CuPAUM,* 17, 25-33.
RUIZ BREMÓN, M. (1987): «Aproximación al estudio del Santuario de la Luz», *AEspA,* 61, 230-240, Madrid.
RUIZ BREMÓN, M. (1989): *Los exvotos del santuario ibérico del Cerro de los Santos,* Albacete.
SAN NICOLÁS, M. P. (1987): *Las terracotas figuradas de la Ibiza Púnica,* Roma.
STARY, P. F. (1982): «Keltische Waffen auf der Iberischen Halbinsen», *MM,* 23, 114-144.
TRILLMICH, W. (1990): «Early iberian Sculpture and Phocaean colonization», *Congreso de Australia, 607-611, Oxford.*

EPIGRAFIA Y LINGÜISTICA PALEOHISPANICAS

Javier de Hoz
Universidad Complutense. Madrid

En 1968 se publicó la *Epigrafía prelatina de la Península Ibérica,* de J. Maluquer, y la situación de los estudios en ese momento puede servirnos de punto de partida. El libro del profesor Maluquer no pretendía cubrir la totalidad de las cuestiones que aquí nos interesan, sino, de acuerdo con su título, ceñirse a las cuestiones puramente epigráficas. Sin embargo la relación estrecha entre éstas y las lingüísticas, y el escaso desarrollo del conocimiento de las lenguas paleohispánicas nos permiten, sin apenas deformar la realidad, limitarnos a completar el panorama de lo que entonces se sabía reenviando, junto a la obra citada, a la síntesis contenida en el primer volumen de la *Enciclopedia lingüística hispánica (EPL),* publicado en 1960, y en parte coincidente con la síntesis de A. Tovar, publicada en inglés en 1961. En la actualidad no existe ninguna obra de conjunto actualizada y de suficiente amplitud; como presentaciones generales rápidas puede utilizarse Untermann, 1980, «Hispania»; 1983 «Sprachen»; de Hoz, 1983, «Lenguas».

En lo que sigue intentaré dar una idea de los avances reales y más significativos de la investigación en estos últimos veinte años, citando los trabajos básicos o los que pueden tener una mayor utilidad informativa, pero dada la escasez de espacio y mis inevitables limitaciones es posible que no mencione muchas cosas que debiera haber mencionado; confío en que tanto mis lectores como los autores olvidados sepan disculparme. Para mayor claridad de la exposición la dividiré en varios apartados, aun a sabiendas de que esto entraña necesariamente una cierta deformación, ya que en estos estudios, aún más que en otros, los avances en un aspecto repercuten inmediatamente sobre otros, e incluso es normal que esos avances no se puedan producir sino en la interferencia de cuestiones aparentemente separadas. En cada apartado me ocuparé sucesivamente, en la medida en que ello sea posible, de celtibérico, lusitano, ibérico, epigrafía meridional y epigrafía del SO. A continuación, añadiré un par de apartados que, por no referirse a la información epigráfica, no se prestan a esa división.

HALLAZGOS EPIGRAFICOS Y PUBLICACION DE INSCRIPCIONES

El material básico de la investigación es por supuesto el conjunto de textos paleohispánicos conocidos. La *EPL* daba una visión totalmente válida de los tipos de incripción existentes, y las 323 entradas no monetales más casi 200 leyendas monetales de su antología constituían la casi totalidad de los textos lingüísticamente útiles de que se disponía entonces, aunque por desgracia sus lecturas no siempre eran fiables.

En estos poco más de veinte años la situación ha cambiado radicalmente en la mayor parte de las áreas epigráficas, aunque son dos sobre todo las que han visto novedades que inauguraban una nueva época en la investigación.

En la **epigrafía celtibérica** el año 1970 se recordará como el año del descubrimiento del bronce de Botorrita, aparecido en excavaciones de salvamento en la zona baja del yacimiento de ese nombre, a unos 20 Km de Zaragoza, junto al río Huerva. El bronce, escrito por ambas caras, contiene 11 líneas en la primera y nueve en la segunda, y constituye el documento mayor del céltico continental si prescindimos del calendario de Coligny, que sin embargo, por su carácter de lista, no puede comparársele en cuanto a información gramatical. Tras una primera edición provisional en 1973 (A. BELTRÁN), el bronce se publicó en 1974 (A. BELTRÁN), y finalmente en 1982 (A. BELTRÁN y A. TOVAR, *Contrebia*) en lo que se puede considerar la auténtica primera edición completa tras haber sido sometido a una cuidadosa limpieza.

Otro aspecto significativo en este campo ha sido el descubrimiento, no siempre seguido de rápida publicación, de varias nuevas téseras de hospitalidad. Se trata de una manifestación entre otras del desarrollo de un comercio ilegal de antigüedades, localizadas gracias al uso de detectores de metales, que está haciendo daños más que graves a la ciencia, y que la administración no parece valorar adecuadamente. Referencias a estos hallazgos, cuyo conocimiento se debe en buena parte a F. Burillo, pueden encontrarse en Gorrochategui, 1990, «Consideraciones», y Untermann, 1990, «Comentarios» (en este último trabajo la inscripción núm. 13, p. 306 y ss., basada en una fotografía parcial, recoge aproximadamente la mitad del texto). Ultima tésera publicada, Romero y Elorza, 1990, «Nueva tésera».

No se han producido sin embargo novedades en el campo de la epigrafía celtibérica en escritura latina, aunque aquí es preciso citar las nuevas lecturas de algunas inscripciones de Peñalba por J. Untermann, 1977, «En torno». Recordemos también, aunque no se trate de un texto celtibérico, el bronce latino de Contrebia/Botorrita, que ilumina aspectos esenciales del celtibérico de la misma procedencia (FATÁS, 1980, *Contrebia*).

Por el momento no existe un corpus adecuado de la epigrafía celtibérica, que, junto con la lusitana, figurará en el volumen IV, actualmente en elaboración, de los *Monumenta Linguarum Hispanicarum*, de J. Untermann, pero en su primer volumen (1975) ya han sido recogidas las leyendas monetales celtibéricas junto con las restantes inscripciones paleohispánicas del mismo tipo; con posterioridad a esa fecha sólo se ha producido una novedad realmente significativa que todavía no ha sido adecuadamente valorada, la excavación del castro de Botija (Cáceres) en el que los hallazgos monetales y la toponimia obligan a situar la ceca celtibérica de **tamusia** (*Monumenta* I, A.91) —¿o una fundación de celtíberos relacionados con una Tamusia septentrional?— (SÁNCHEZ ABAL & GARCÍA JIMÉNEZ, 1988, «Ceca»; en contra VILLARONGA, 1990, «Hallazgo»).

La escasísima **epigrafía lusitana**, toda ella en escritura latina, se ha enriquecido, si no en este período al menos poco antes, sin perder por ello su extraordinaria pobreza, con una inscripción muy importante, la de Cabeço das Fráguas, en las proximidades de La Guarda, que editó Vasco Rodrigues (1959, «Inscriçâo») y posteriormento Tovar (1964/67, «L'inscription du Cabeço») sobre texto proporcionado por Untermann. No existen revisiones posteriores del texto.

Pero donde sin duda se han producido más y más significativos descubrimientos ha sido en el campo **ibérico**, en el que además de un continuo aumento en el número de grafitos, inscripciones sepulcrales, inscripciones varias e incluso la aparición de alguna nueva leyenda monetal (GUADÁN, s. a. (T = 1979), «Nuevo conjunto»), los últimos años han visto multiplicarse el hallazgo de nuevas y extensas inscripciones sobre laminillas de plomo. Muchos son los autores que han contribuido a divulgar estas novedades de epigrafía ibérica pero hay que destacar sin duda a Fletcher y Untermann; el primero ha dado a conocer la mayor parte de las inscripciones importantes aparecidas en territorio valenciano, aportando siempre, sobre la base de su experiencia de la epigrafía ibérica, difícilmente igualable, lecturas sólidas de textos a veces muy difíciles, estadísticas de frecuencias de signos, y paralelos en otras inscripciones (bibliografía de sus publicaciones en HOMENAJE FLETCHER, 1984, 23-43; añadir sobre todo FLETCHER, 1985, *Textos ibéricos*). Untermann ha completado entre 1975 y 1990 los tres primeros volúmenes de su corpus de la epigrafía paleohispánica, *Monumenta Linguarum Hispanicarum*, en los que precisamente se contiene la totalidad de la epigrafía ibérica (revisión directa de materiales aparecidos hasta 1984, de bibliografía hasta 1988) además de, en el primer tomo, el resto de las leyendas monetales. Se trata de un corpus ejemplar, y desde luego de la obra más importante que, con excepción del desciframiento de Gómez Moreno, se ha publicado nunca en este campo, a la que sólo se le pueden hacer dos objeciones no meramente anecdóticas, una de las cuales se refiere a las inscripciones meridionales de las que me ocuparé luego; la otra se refiere a la cronología, en la que la inadvertencia de ciertos aspectos arqueológicos ha introducido un esque-

ma erróneo. Inscripciones muy importantes aparecidas demasiado tarde para ser incluidas en *Monumenta* se han publicado en Solier, 1979, «Découverte»; Solier & Barbouteau, 1988, «Découverte»; Sanmartí, 1988, «Una carta». Por otra parte, aunque no se trate de una inscripción ibérica, hay que citar el hallazgo del plomo griego de Pech-Maho, porque en él se contiene la primera mención segura de NNP ibéricos (LEJEUNE, POULLOUX & SOLIER, 1988, «Etrusque»).

Un capítulo especial de la epigrafía ibérica es el constituido por las **inscripciones greco-ibéricas**, en lengua ibérica y un alfabeto que no es sino una adaptación del jonio. Hacía mucho tiempo que no se producían descubrimientos importantes en este terreno, y de hecho en *Monumenta*, aparte los plomos conocidos de antiguo, sólo se contienen breves grafitos, pero con posterioridad ha aparecido en Coímbra del Barranco Ancho un importante plomo que se encuentra en prensa (A. M.ª MUÑOZ, en prensa, «Plomo ibérico»). Por otra parte ahora es posible conocer el entero contexto arqueológico del plomo del Cigarralejo (CUADRADO, 1987, *Necrópolis*), publicado en su día ejemplarmente por el propio E. Cuadrado.

A las publicaciones de textos hay que añadir los **índices de palabras** acompañados de bibliografía, de los que se han publicado el de Siles (1985, *Léxico*), que incluye el léxico atestiguado hasta 1975, y el de Velaza (1991, *Léxico*) que completa el anterior hasta 1989. Por otra parte están los índices de los citados *Monumenta*, que además incluyen unos preciosos índices inversos, pero por desgracia, al ser índices no del corpus sino del volumen, no existe todavía ningún repertorio completo del léxico ibérico, hasta que queden completados los *Monumenta* con un volumen último precisamente de índices completos, en los que también se recogerán referencias a los suplementos de epigrafía ibérica que aparecerán en los futuros volúmenes.

En todo caso la riqueza de la epigrafía ibérica en este momento y la calidad de los medios de trabajo podría hacer del ibérico quizá la lengua fragmentaria mejor conocida del Mediterráneo antiguo con sólo un mínimo de información externa sobre su semántica, que por desgracia sigue sin aparecer.

Un problema aparte plantean las inscripciones que llamaré **meridionales**, es decir las escritas en una variedad mal conocida de escritura paleohispánica atestiguada en el SE y en Andalucía. Untermann incluye estos textos en su corpus como ibéricos, y en muchos casos es demostrable que su lengua es el ibérico o una lengua muy próxima, pero creo que es prematuro excluir la posibilidad de que algunas de estas inscripciones correspondan a una lengua diferente. La epigrafía meridional es escasa (UNTERMANN, *Monumenta* III, G y H; DE HOZ, 1976, «Epigrafía») y no ha aumentado notablemente en los últimos años, pero al menos en Andalucía han aparecido una posible primera inscripción sepulcral (*Monumenta* III, H. 10) y algunos grafitos (CORREA, 1989, «Baeza») que pueden ser indicio de hallazgos más significativos a medida que se amplíe la exploración arqueológica.

Por último las **inscripciones del SO**, representadas en 1968 por 28 lápidas sepulcrales de características muy marcadas, casi todas ellas provenientes del S de Portugal, han pasado, sobre todo por obra de C. de Mello Beirão y M. Varela Gomes, a ser más de 80, de las cuales media docena son españolas, pero además se ha publicado una serie de grafitos cerámicos o sobre instrumenta procedentes de la misma zona que, en el caso de los portugueses de adecuada cronología (BEIRÃO & GOMES, 1985, «Grafitos»), deben corresponder al mismo mundo que las lápidas, pero que en el occidente español, y en particular en el caso de Huelva (DE HOZ, 1976, «Epigrafía»; FERNÁNDEZ JURADO & CORREA, 1991, «Nuevos grafitos») o Medellín (ALMAGRO, 1977, *Bronce Final*, 263-77), plantean el problema de la delimitación entre escritura meridional y del SO, no siempre posible por razones internas en textos breves y que no puede ser zanjada por la mera procedencia geográfica ya que no es posible por ahora marcar una frontera epigráfica o lingüística clara. En todo caso creo, con Almagro Gorbea y Correa, contra la opinión de Untermann (*Monumenta* III 96, 123 y 136), que algunos de los grafitos de Huelva y Medellín son, a pesar de su temprana fecha, con seguridad paleohispánicos y no coloniales.

Hasta la fecha no existe un corpus adecuado de la epigrafía del SO, pero se puede utilizar provisionalmente Beirão, 1986, *Civilisation protohistorique*, que contiene dibujos de todas las lápidas portuguesas entonces conocidas.

Mención aparte merece el descubrimiento por M.ª García Pereira Maía y M. Maia en Espanca (Castro Verde) de un laja de pizarra que contiene el primer alfabetario de la península ibérica, y sobre el que, dada su importancia excepcional para el desciframiento de la escritura del SO, volveré en el siguiente apartado.

DESCIFRAMIENTO DE ESCRITURAS

El avance más significativo que se ha producido en la historia de estos estudios hasta la fecha fue sin duda, y a notable distancia de cualquier otro, el desciframiento de la escritura ibérica por don Manuel Gómez Moreno en los años veinte (1922, «De epigrafía»; 1925, «Sobre los íberos»; ambos recogidos en 1949, *Miscelánea*s), con lo que a su vez descifró la escritura utilizada en los textos celtibéricos , ya que ésta no era sino una variedad de la ibérica. Tras el desciframiento para estas escrituras sólo se planteaban problemas de detalle, sobre todo en relación con los signos nasales. El problema en **celtibérico** quedó resuelto independientemente por Michelena (1956, reseña) en un trabajo que pasó desapercibido, y por Schmoll (1960, «Nasalzeichen»); el descubrimiento resultó significativo para el problema general de la escritura en Celtiberia y su origen (M. LEJEUNE, 1983, «Nasales»; J. DE HOZ, 1986, «Epigrafía», 52-5). Otra cuestión difícil es la de la correcta interpretación fonológica en celtibérico de los signos que corresponden a la notación de sibilantes en ibérico, y posiblemente ha sido resuelta recientemente por F. Villar (en prensa, «Silbantes»).

En **ibérico** seguimos sin poder dar una transcripción adecuada del signo Y, que muchos autores convencionalmente leen m̄, porque está claro que el fonema representado por ese signo incluía el rasgo nasalidad (SILES, 1981, «Signo ibérico»; UNTERMANN, 1984, «Buchstabe Y»). Por lo demás sólo se plantean problemas de interpretación fonética de detalle, que no impiden una transcripción válida, y que afectan sobre todo a la distinción de las dos sibilantes y las dos vibrantes que conocía el ibérico y al problema de las oposiciones de sonoridad (MARINER, 1979, «Distribución»; 1985, «Sibilantes»; SILES, 1979, «Sibilanten»; DE HOZ, 1985, «Nuevo plomo»; 1987, «Greco-ibérica»; MICHELENA, 1979, «Langue», que constituye una preciosa descripción de lo que nos es posible conocer de la lengua ibérica).

Muy distinta es la situación en las otras escrituras paleohispánicas, que, a pesar de estar relacionadas históricamente de una manera directa con la ibérica, plantean aún serios problemas de lectura debido a la escasez de elementos que permitan una confirmación independiente de los valores propuestos para los grafemas. En el caso de la **escritura meridional** tenemos la ventaja de que muchos de sus textos se dejan reconocer como ibéricos, con lo que es posible utilizar como control la existencia de secuencias paralelas en escritura ibérica, a lo que se añade otro control indirecto que comentaré a propósito de la escritura del SO; pero aun así el escaso material y el que a veces se puedan aportar paralelos ibéricos contradictorios, impide llegar a conclusiones seguras en muchos casos. Las lecturas indiscutibles no son hoy muchas más de las utilizadas en 1975 por Untermann, en el primer volumen de *Monumenta,* y desde luego gran parte de las propuestas que se encuentran en Gómez Moreno, 1962, *Bástulo-turdetana,* y en la *EPL,* son demostrablemente falsas. En la actualidad existen esencialmente dos sistemas de lectura más o menos completos, defendidos respectivamente por Untermann (*Monumenta* III, 140-6) y por mí mismo (en prensa, «Signario», con referencias a trabajos anteriores), pero aparte un núcleo de datos seguros, común a ambos sistemas, ambos deben ser considerados hipótesis de trabajo y nada más, por lo que la utilización por parte de Untermann en la parte editorial de *Monumenta* III de transcripciones de las inscripciones meridionales de acuerdo con su sistema creo que puede dar una falsa impresión de seguridad a quienes no estén muy al tanto del estado de la cuestión.

En cuanto a la **escritura del SO,** por su apariencia externa está más cerca de la meridional que de la ibérica, pero tiene características propias y es también necesario contar con una confirmación externa antes de atribuir a sus grafemas los valores propios de los de forma equivalente en los otros sistemas paleohispánicos. Desde este punto de vista el trabajo esencial corresponde a la obra de Schmoll (1961, *Südlusitanischen Inschriften*), publicada antes del período que aquí nos interesa, en la que se descubre la tendencia redundante de la escritura del SO, es decir grafías del tipo *ba-a, be-e,* etc., que proporciona un control de los valores silábicos por los vocálicos y viceversa. En los últimos veinte años hay que mencionar sobre todo los trabajos de J. A. Correa (en particular 1985, «Consideraciones»; 1987, «Signario») en los que, partiendo de los resultados de Schmoll, y por medio de un análisis interno muy riguroso, proporciona justificación de muchos de los valores propuestos. Mis propias identificaciones, basadas también en Schmoll, y además en una hipótesis de trabajo sobre las relaciones entre la escritura meridional y la del SO (en último lugar 1989, «Desarrollo»), sólo discrepan de las de Correa en algunos puntos. El mencionado hallazgo de Espanca (CORREA, en prensa, «Signario») ha venido a confirmar planteamientos generales, pero no sirve para valorar todas las identificaciones de detalle e incluso en algunos puntos introduce dudas nuevas; su importancia sin embargo es excepcional y permite plantear hipótesis mucho más precisas sobre el origen no sólo de la escritura del SO sino sobre todo el conjunto de las paleohispánicas (CORREA, 1989, «Origen»; DE HOZ, 1990, «El origen»; en prensa, «The origin»), a la vez que obliga a considerar anticuados los intentos previos de historia general de las escrituras paleohispánicas.

INTERPRETACION LITERAL DE INSCRIPCIONES Y ANALISIS LINGÜISTICO

En este apartado me referiré tan sólo a aquellos avances en el estudio de los textos que dependen de o repercuten en su interpretación lingüística, dejando de lado los datos arqueológicos y el método de los mal llamados «casi bilingües», aunque por supuesto la distinción no siempre es clara.

Antes de la aparición del bronce de Botorrita el papel del **celtibérico** en los estudios célticos era todavía precario a pesar de las publicaciones y los esfuerzos divulgadores de A. Tovar (básico 1946, «Inscripciones ibéricas»), de un influyente artículo de Untermann (1967, «Zur Endung») y de las obras de Lejeune (1955, *Celtibérica*) y Schmoll (1959, *Sprachen*). El bronce hizo cambiar radicalmente esa situación, y hoy día es raro abrir un estudio sobre céltico continental o sobre cualquier aspecto de la historia primitiva de las lenguas célticas sin encontrarse con frecuentes citas del celtibérico. En 1982 publiqué una crónica de los estudios hasta el momento («Crónica 1981»), y la bibliografía más reciente puede encontrarse en Eska, 1989, *Towards an interpretation*, al que se debe añadir Villar, 1989, «Tratamiento», 1990, «Línea inicial», y 1991, «Locatif». Estados de la cuestión que a la vez pretenden ser aportaciones a aspectos varios son Untermann, 1983, «Die Keltiberer», y de Hoz, 1986, «Epigrafía». A pesar de que ha habido logros evidentes en la mejor comprensión de algunas inscripciones menores y del bronce de Botorrita, en especial su sintaxis (SCHMIDT, 1972, «Der Beitrag»), nuestra capacidad para entender un texto celtibérico de cierta complejidad sigue siendo muy escasa, pero al menos vamos ganando poco a poco diversos elementos de la gramática de la lengua, aunque siempre limitados por la parquedad de los textos que se hace sentir particularmente en el terreno esencial del verbo (*vid.* sin embargo SCHMIDT, 1986, «Zur Rekonstruktion»).

La brevedad y escaso número de las **inscripciones lusitanas** no permite esperar avances notables en su desciframiento, pero en estos años la valoración lingüística de los rasgos fonéticos y gramaticales identificados en ellas ha dado lugar a un vivo debate que repercute también de una manera muy directa sobre la reconstrucción de la protohistoria de la Hispania occidental, e incluso de la generalidad de la Península. Para algunos autores el lusitano sería una lengua en origen idéntica a la que daría lugar también al celtibérico (UNTERMANN, 1987, «Lusitanisch»; PROSDOCIMI, 1989, «acc. *crougin*»), es decir un único dialecto céltico sería el responsable de la indoeuropeización, siendo secundario el desarrollo de celtibérico y lusitano como lenguas diferentes; para otros, entre los que me cuento, (TOVAR, 1985, «La inscripción»; SCHMIDT, 1985, «A Contribution»; GORROCHATEGUI, 1987, «En torno»), la indoeuropeización de la Península sería un proceso mucho más complejo, con componentes diversos, y celtibérico y lusitano, o mejor dicho sus antecesores, pertenecerían a distintas familias indoeuropeas.

En el caso del **ibérico** no es la escasez de textos lo que impide su desciframiento, sino la ausencia casi total de claves externas (un intento brillante de J. SILES —1976, *Préstamo*— para señalar un préstamo griego en ibérico fue refutado por hallazgos posteriores, a pesar de la lógica de la propuesta), por lo que el investigador se ve obligado a recurrir exclusivamente al análisis combinatorio y al llamado método arqueológico. En esa línea hay que señalar, aparte algunas contribuciones del último método citado sobre las que volveré en el apartado siguiente, algunos trabajos de Tovar continuando sus estudios anteriores (1979, «Notas»), la recopilación de secuencias paralelas a las visibles en los nuevos textos que D. Fletcher ha ido publicando y que ya hemos mencionado, algunas otras contribuciones sueltas (DE HOZ, 1981, «Consideraciones»), y sobre todo la obra de Michelena y de Untermann. El primero ha sacado todo el partido posible a los textos ibéricos para delimitar los rasgos básicos de la gramática de la lengua y contrastarlos con los de otras lenguas que a veces han sido consideradas parientes del ibérico (1974, «Sobre la posición»; 1979, «Langue»; de HOZ-MICHELENA, 1974, *Inscripción celtibérica,* introducción), y nos ha dejado un modelo de análisis combinado arqueológico e interno, con el añadido de una inteligente utilización de la tipología lingüística (1976, «Ibérico -*en*»). Untermann ha llevado más lejos que nadie el análisis combinatorio en sus aspectos más ingratos, segmentación y catalogación de variantes, en la riquísima información de sus *Monumenta,* y ha aplicado ese análisis a dos grupos de textos particularmente significativos, los plomos y las lápidas (1987, «Inscripciones sepulcrales»; 1987, «Gramática»), aunque como él mismo señala las propuestas semánticas que acompañan a ese análisis deben ser entendidas como meras posibilidades; además sus estudios sobre la antroponimia ibérica (en último lugar en *Monumenta* III, en español en 1987, «Repertorio») son esenciales para cualquier intento de aproximación a los textos.

La interpretación de los **textos meridionales** depende naturalmente del desciframiento de la escritura, y sólo es posible, dentro de límites muy reducidos, en aquellos casos en que se advierte paralelismos claros en los textos ibéricos. Para darse cuenta del grado de incertidumbre en que aún nos movemos basta comparar *Monumenta* III, G.7.2, y DE HOZ, 1981, «Consideraciones», o más en general *Monumenta* III, comentarios a H, y DE HOZ, 1989, «Desarrollo», 554-60 y 565.

Tampoco se ha progresado apenas en la interpretación de la **epigrafía del SO.** La identificación de lo que solemos considerar fórmula sepulcral es antigua. En los últimos años sólo se ha avanzado ligeramente en la segmentación de las inscripciones (DE HOZ, 1989, «Desarrollo», 534-8), que carecen de signos de interpunción, aislando posibles NNP (COELHO, 1976, «Epigrafía», 208-9), uno de los cuales podría ser indoeuropeo aunque sin que esto pueda generalizarse al carácter de la lengua. Además Correa ha intentado identificar otros elementos onomásticos e incluso gramaticales indoeuropeos, pero dentro ya de una definición global de los textos (1989, «Antropónimos»), posición que cuenta con antecedentes significativos (WIKANDER, 1966, «Sur la langue»), pero que por ahora no parece suficientemente comprobada.

INTERPRETACION CONTEXTUAL Y ANALISIS HISTORICO

Son muy escasas las **inscripciones celtibéricas** que proceden de excavaciones regulares y cuyos soportes han sido estudiados adecuadamente. Es éste un aspecto básico para la interpretación de los textos del que apenas podemos beneficiarnos. Por el contrario sí contamos con datos valiosos procedentes del estudio comparativos de textos tipológicamente relacionados con los celtibéricos en sociedades mejor conocidas; desde los primeros momentos el conocimiento de las téseras de hospitalidad latinas se reveló esencial para entender las celtibéricas, por no hablar de textos más simples como las inscripciones de propiedad o sepulcrales. También ha sido esencial la presencia de un formulario onomástico en parte heredado de época prerromana en inscripciones latinas de la zona centro y norte, aunque aquí se han producido progresos recientes, debidos a una mutua iluminación más que a la unilateral utilización de los textos latinos en beneficio de los celtibéricos, que han ido más allá de la mejor comprensión de cuestiones epigráficas o lingüísticas para alcanzar a aspectos esenciales de la organización social celtibérica (GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, 1986, *Unidades;* DE HOZ, 1986, «Epigrafía»; BELTRÁN, 1988, «Espejismo»). En cuanto al bronce de Botorrita, desde los primeros estudios se señaló el interés de los paralelismos que se podían establecer entre él y ciertos textos legales latinos (DE HOZ & MICHELENA, 1974, *Inscripción*), y la misma idea se reitera frecuentemente en el trabajo más amplio de los recientes (ESKA, 1989, *Towards an Interpretation*), aunque conviene aclarar que la idea defendida por Eska, según el cual debe preferirse el paralelo de las leyes municipales por tratarse de textos hispánicos al de los textos republicanos se basa en una confusión, ya que esas leyes sólo son hispánicas en la medida en que el azar de los descubrimientos ha sido particularmente generoso con nuestro país, y obedecen en realidad a modelos elaborados en la capital del Imperio; por otro lado la proximidad cronológica de las inscripciones republicanas es particularmente significativa porque implica un contexto histórico más directamente comparable.

Otros aspectos que podríamos comentar aquí, o bien están todavía muy poco estudiados, caso de los posibles paralelos institucionales entre distintos grupos célticos, o la información es todavía totalmente insuficiente, caso de la documentación arqueológica sobre la formación del pueblo celtibérico que podría ponerse en relación con la posición dialectal del celtibérico entre las lenguas célticas.

Respecto al **lusitano,** ya he señalado que la polémica sobre su adscripción lingüística repercute muy directamente sobre la interpretación histórica del origen de los pueblos indoeuropeos peninsulares. Por otro lado la interpretación de las inscripciones lusitanas, en la escasa medida en que ha progresado, nos pone ante significativos hechos de historia de las religiones, en buena parte advertidos ya antes del período que nos ocupa (TOVAR, 1964/67, «Cabeço das Fráguas»); posteriormente el dato más significativo ha sido aportado por D. Maggi (1983, «Sui ternimi») al señalar paralelismos muy significativos entre divinidades védicas y divinidades de la inscripción de Cabeço das Fráguas.

Las **inscripciones ibéricas,** como las meridionales o las del SO, siendo por ahora totalmente ininteligibles, poco nos pueden enseñar sobre la historia de los pueblos que fueron sus autores, sin embargo el estudio de su distribución y de sus soportes resulta en cierta medida revelador. Desde este punto de vista se había estudiado ya los grafitos y las lápidas sepulcrales, pero ha sido en este período cuando han aparecido datos importantes para empezar a entender los signos metrológicos ibéricos (OROZ, 1979, «Sistema metrológico»; LEJEUNE, 1983, «Vieille-Toulouse»), y sobre todo cuando hemos podido avanzar en la comprensión del tipo de documento más significativo de esta cultura, la lámina de plomo y sus distintas variedades (DE HOZ, 1979, «Escritura»; 1987,«Greco-ibérica»; en prensa, «Griegos e íberos»; *vid.* también *Monumenta* III, 129-31). Sobre esta base se puede iniciar el estudio del papel de la escritura en la sociedad ibérica y lo que ese papel nos enseña sobre ésta (DE HOZ, en prensa, «Lengua y escritura»; en prensa, «Sociedades»; en prensa, «Societies»); que este campo empieza a despertar un interés creciente lo revela el título de una reciente tesis doctoral de la Uni-

versidad Autónoma de Barcelona, dirigida por J. Untermann (M.ª I. PANOSA, *L'escriptura ibèrica al Nord-est Peninsular i el seu marc sòcio-econòmic entre els segles IV i I a. de C.*, 1991).

Respecto a las **inscripciones meridionales**, lo poco que se puede decir es simplemente aquello en que participan de la epigrafía ibérica en sentido estricto, aunque la importancia especial que en ese ámbito tienen las inscripciones sobre vajilla de plata permite valorar mejor la aculturación helenístico-romana de la zona (DE HOZ, 1976, «Epigrafía prelatina»; OROZ, 1979, «Sistema metrológico»). Muy provisionalmente se puede intentar una aproximación a la función social de la escritura en Andalucía (DE HOZ, en prensa, «Sociedades»; en prensa, «Societies»).

Las **inscripciones del SO**, enterradas definitivamente las brillantes construcciones de Schulten (1940, «Tyrsener») y a falta de progresos decisivos en el desciframiento de la escritura y la segmentación de los textos, son sin embargo, por su abundancia y sus características externas fácilmente reconocibles, un significativo fósil cultural utilizado continuamente por los arqueólogos (SCHUBART 1975, *Kultur der Bronzezeit;* ALMAGRO-GORBEA, 1977, *Bronce Final;* etc.). Naturalmente la hipótesis indoeuropea, si se comprobase, tendría repercusiones históricas muy considerables, pero por el momento lo más significativo desde ese punto de vista es la cuestión de si debemos ver en estas inscripciones un testimonio de la cultura tartesia en sentido estricto, como no sólo quieren muchos arqueólogos sino también autoridades indiscutibles en filología paleohispánica (TOVAR, 1969, «El oscuro problema»; CORREA, en prensa, «Epigrafía tartesia», con referencias anteriores; UNTERMANN, 1985, «Lenguas y unidades políticas»), o tan sólo una cultura marginal bajo influencia tartesia (DE HOZ, 1989, «Desarrollo»), lo que a su vez repercute en la valoración que hagamos de esas inscripciones como testimonio del papel de la escritura en la sociedad en cuestión (DE HOZ, en prensa, «Sociedades»; en prensa, «Societies»). Un dato puramente epigráfico que podría reflejar un importante fenómeno cultural es el que ha observado Correa (1987, «Signario», 279-81) al distinguir, desde el punto de vista paleográfico y de la distribución de alógrafos, un área central y un entorno en el ámbito de la epigrafía del SO.

ESTUDIOS ONOMASTICOS

En buena medida los estudios onomásticos son independientes de la epigrafía paleohispánica propiamente dicha, porque gran parte de la documentación no se encuentra en ésta sino en fuentes literarias y en la toponomástica moderna en el caso de los topónimos (NNL), y en la epigrafía romana en el caso de los nombres de persona (NNP) a los que cabe añadir los teónimos (NND).

No ha habido contribuciones significativas en estos años al estudio de la toponimia antigua a partir de los NNL conservados, aunque se ha publicado la fundamental recopilación de estudios anteriores de Corominas, 1972, *Topica;* en cuanto a los citados en fuentes antiguas, están recogidos con referencias en Tovar, 1974 y ss., *Landeskunde,* y Untermann ha continuado insistiendo en las áreas que por ese camino definió en fechas anteriores (1961, *Sprachräume;* en último lugar, 1985, «Lenguas y unidades»), a la vez que otros autores seguían sus pasos, y se hacía un intento para determinar la cronología inicial de un grupo toponomástico característico del área tartésica (DE HOZ, 1989, «Desarrollo», 564).

La teonimia y antroponimia paleohispánicas son especialidades en buena medida propias de la epigrafía latina peninsular, por lo que no insistiré demasiado en ellas. Los repertorios básicos estaban ya elaborados antes de las fechas que nos ocupan, aunque hoy día sería necesario una reelaboración de todos ellos que podría llevarse a cabo en relación con la nueva edición del *CIL* II, ya que ha habido un progreso continuo de estos estudios dominados por la actividad de M.ª L. Albertos, cuyas sucesivas y cuidadosas revisiones de los materiales hasta el momento de su lamentable y prematura desaparición, han sido básicas; me limito a reenviar a su último repertorio de NND, con lecturas corregidas pero sin comentario (en BLÁZQUEZ, 1983, *Primitivas religiones,* 477-88), y a sus últimos trabajos sobre onomástica en los que se puede encontrar las referencias anteriores (1987, «Onomástica septentrional»; 1987, «Aspiradas»). Hay que citar también un trabajo importante sobre los teónimos occidentales de Untermann, 1985, «Teónimos».

Intimamente relacionada con los estudios onomásticos está la cuestión de las fórmulas antroponímicas y de los nombres de grupo o familia, a la que ya me he referido en parte más arriba, que en estos años ha sido estudiada de una manera particularmente viva, y en la que la contribución de Albertos ha sido también esencial (1975, *Organizaciones;* 1981, «Organizaciones (II)»).

Añadiré aquí, por falta de mejor lugar donde incluirla, una breve referencia a los estudios sobre la pervivencia del léxico prelatino en las lenguas peninsulares posteriores. Indudablemente estos años han visto un acontecimiento importante desde este punto de vista, la reedición con amplias transfor-

maciones del fundamental Corominas, ahora Corominas Pascual (1980 y ss., *Diccionario* y cf. MEIER, 1984, *Notas*), cuyas aportaciones al conocimiento del léxico hispano-céltico habían sido recogidas en trabajos específicos (COROMINAS, 1956, «New Information», recogido en *Topica* II; TOVAR, 1963, «Traces»). Por otro lado el bronce de Botorrita ha permitido comprobar en la realidad de los textos un par de supervivencias de este tipo (casi todos los autores que han estudiado el bronce señalan el caso de *boustom;* además SCHMIDT, 1980, «*caminus* 'Weg'»), y se han publicado algunas otras propuestas de detalles (por ej. PASCUAL, 1981, «Notas», 20, sobre **leuba* > legua «duela»). En general se puede obtener una excelente información introductoria sobre todas las cuestiones de pervivencia del substrato en Lapesa, 1981, *Historia* (9.ª ed.), cuya 8.ª edición de 1980 había sido totalmente revisada, y que ahora añade además un índice de topónimos y antropónimos.

También aquí cabe una referencia a los difíciles estudios que intentan determinar las características lingüísticas de un territorio antiguo sobre el que no existe información epigráfica o la que existe no es generalizable, por ejemplo: Alarcos, 1978, «Asturias», o Pascual, 1986, «Catalán». Particular importancia desde este punto de vista tiene el área euskera; la hipótesis vasco-ibérica no deja de resucitar en sus formas más insostenibles —aunque hay alguna aportación matizada y metodológicamente válida: Oroz, 1980, «Aurtxo Txikia»; Verd, 1980, «Sobre la cuestión»—, pero la información tangible sigue procediendo fundamentalmente del Norte de los Pirineos (GORROCHATEGUI, 1984, *Estudios*). Afortunadamente podemos contar ahora con reediciones recientes de los muchos y fundamentales trabajos de Michelena sobre el tema: 1985, *Lengua;* 1988, *Sobre historia.*

PERSPECTIVAS

El progreso de estos estudios dependerá obviamente ante todo y sobre todo del descubrimiento de nuevos textos, pero por desgracia aquí no cabe un optimismo exagerado. No abundan excavaciones sistemáticas y en extensión en centros habitados, en las que puedan aparecer textos significativos y de cierta longitud, a la vez que la plaga de los detectores de metales, que no sólo implica la pérdida de preciosa información contextual, sino que tal vez está haciendo pasar ciertos textos a colecciones privadas a las que la investigación no tiene acceso, y la expansión del comercio de antigüedades que ha alcanzado también a la epigrafía y que está dando lugar a la aparición de inscripciones paleohispánicas falsas, perjudican sensiblemente la labor de los epigrafistas. Por otra parte el mundo celtibérico, en el que una adición significativa de textos traería como consecuencia inmediata un enriquecimiento espectacular de nuestros estudios, dadas las posibilidades del estudio lingüístico comparativo, no parece haber sido muy prolífico en el uso de la escritura, y la situación es todavía peor en el caso lusitano, cuyas inscripciones quizá deban ser consideradas acontecimientos excepcionales. En cuanto al mundo ibérico y a las zonas del SO y meridional, dejando aparte el que tampoco esta última parece haber sido muy prolífica en epígrafes, y los problemas específicos de desciframiento que aún afectan a todo el S de la Península y que se agudizan por algunas peculiaridades epigráficas, como la falta de interpunciones o las variedades locales de escritura, la ausencia de cualquier medio externo para acceder al contenido de los textos hace que tengamos que resignarnos, a pesar de la riqueza en cantidad y calidad de la epigrafía ibérica, a esperar la aparición de algún bilingüe de cierta extensión para poder conseguir procesos que realmente sean significativos.

Claro está que esto no implica que falte trabajo a realizar en el terreno de la epigrafía paleohispánica, incluso sin contar el campo inmenso de la onomástica personal y local, cuyo aprovechamiento pleno pasaría por una mejor comprensión del entero contexto europeo occidental, a la que creo que sólo se podría llegar a través de la realización, sólo posible dentro de un proyecto internacional y pluridisciplinar, de un nuevo Holder (1896-1910, *Sprachschatz*) concebido no ya como *thesaurus* del antiguo céltico sino de las lenguas antiguas de Europa de fragmentaria atestación. Pero se podría avanzar considerablemente también en el terreno de la epigrafía prelatina, por ejemplo, en cuestiones de escritura, de segmentación e interpretación gramaticales, de tipología de los textos, de valoración histórica del papel de la escritura y de los documentos en las diversas sociedades paleohispánicas. Un problema importante desde este punto de vista es la ausencia total de infraestructura institucional para estos estudios en nuestro país, una de cuyas consecuencias es el escaso número de investigadores realmente activos en el campo, a pesar de la significativa entrada en él en los últimos tiempos de varios lingüistas extranjeros, máxime después de la repentina y casi contemporánea desaparición de cinco de nuestros mejores especialistas, toda una generación de la que todavía cabía esperar mucho y excelente trabajo.

Es cierto que esa limitación de número puede tener ciertos aspectos positivos, la facilidad de comunicación, el intercambio activo de métodos y noticias, consagrado a través de los Coloquios de lenguas y culturas paleohispánicas, de los que ya se han celebrado cinco y el sexto (Coimbra) está

en preparación, el que algunos de los más enfadosos vicios de los estudios de antigüedad (¿y de otros?), sostenibles sólo a causa del imposible crecimiento de la bibliografía, como el silencio sistemático sobre el trabajo de colegas de diferentes escuelas o, lo que es peor, la utilización sistemática del trabajo de otros sin reconocerlo, no se den en nuestro pequeño campo, pero el precio es grave y va más allá del simple y obvio hecho de que un número mayor de investigadores haría avanzar los estudios más rápidamente. Sobre todo es de lamentar que así se facilite el desconocimiento de lo que es la situación real de los estudios y sus fundamentales requisitos metodológicos; es cierto que cada vez se da una mayor colaboración entre arqueólogos y epigrafistas, y que incluso comienza a introducirse la práctica, habitual hace mucho tiempo en otras arqueologías, de recurrir a la colaboración de un experto cuando en una excavación aparecen materiales epigráficos, pero todavía no ha desaparecido por completo entre nosotros no ya la publicación epigráfica de aquellos arqueólogos que carecen de competencias lingüísticas, contra la que no tengo nada que objetar cuando es rápida y da adecuada cuenta de la información arqueológica que afecta al documento y suficiente ilustración gráfica de éste, sino el mantenimiento del texto fuera de la circulación durante el tiempo que su descubridor, o la persona a cuyas manos ha llegado por razones administrativas, cree necesitar para «descifrarlo», o incluso para adquirir los rudimentos de la técnica de edición.

Un aspecto sorprendente de este desconocimiento de la situación real y la metodología de nuestros estudios es el que afecta a un fenómeno normal en todas las áreas de la antigüedad en las que existen escrituras o textos no descifrados. En todos estos casos suele aparecer un tipo peculiar de «aficionados», utilizando el término no en su acepción habitual, ya que a veces una persona sin posición académica puede realizar una investigación plenamente profesional, como ocurrió en el caso de M. Ventris, el descifrador del «lineal B», y otras un académico puede ser incluido en el grupo que comento, sino como denominación de una forma de trabajar en que la ilusión o incluso la obsesión por una idea lleva a hacer perder de vista no sólo las técnicas de investigación sino la mera lógica y a veces hasta el más elemental sentido común. Debo decir que estos «aficionados» son sin embargo figuras que merecen un respeto, porque habitualmente se consagran a su obsesión a costa de su tiempo y de sus medios, llegando a menudo al sacrificio personal, y porque constituyen un caso extremo de algo que debe ser considerado muy positivamente, el que la sociedad en su conjunto, al margen de los profesionales de la antigüedad, se interese por el pasado y procure comprenderlo. Pero lo incomprensible y grave, que sin embargo se está produciendo entre nosotros, es que algunos profesionales o instituciones académicas acepten conclusiones salidas de esta investigación «aficionada», obviamente descarriadas en ocasiones, y en otras sin el mínimo de publicación y contrastación suficiente como para empezar a ser discutidas; así hemos podido ver en los últimos años cómo un manual general da como resultado firme para el conocimiento del mundo ibérico un típico producto de esta pseudociencia, o cómo un rector no tiene inconveniente en ponerse en ridículo a sí mismo y a su Universidad promocionando oficialmente uno de estos «desciframientos» particularmente desdichados.

Sin embargo, a pesar de los problemas que señalo y de otros que podría añadir, y a pesar de las penosas pérdidas que nuestro campo ha sufrido recientemente y que constituyen sin duda el golpe más duro que ha recibido, creo que se puede decir que se encuentra quizá en el mejor momento de su historia, porque a pesar del limitado número de sus cultivadores éstos son más numerosos que nunca, porque los hallazgos de material y los descubrimientos científicos se han multiplicado aun sin dar lugar a un salto cualitativo como el que supuso en su día el desciframiento de la escritura por obra de don Manuel Gómez Moreno, y porque empezamos a contar con estructuras incipientes de trabajo que nunca habían existido antes, y gracias a los *Monumenta*, de Jürgen Untermann, el material epigráfico empieza a poder ser estudiado en unas condiciones que tampoco se habían dado previamente.

BIBLIOGRAFIA

Actas del I Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica (Salamanca, 1974), 1976, Salamanca.

Actas del II Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica (Tübingen, 1976), 1979, Salamanca.

Actas del III Coloquio sobre lenguas y culturas paleohispánicas (Lisboa, 1980), 1985, Salamanca.

Actas del IV Coloquio sobre lenguas y culturas paleohispánicas (Vitoria, 1985), 1987, Vitoria/Gasteiz = *Studia Paleohispanica, Veleia* 2-3.

Actas del V Coloquio sobre lenguas y culturas paleohispánicas (Colonia, 1989), en prensa, Salamanca.

Actas del Primer Congreso peninsular de Historia Antigua, 1988, Santiago de Compostela.
ALARCOS, E. (1978): «Situación lingüística de la Asturias prerromana», *Estudios y trabayos del seminariu de llingua asturiana* I, 3-10.
ALBERTOS FIRMAT, M.ª L. (1975): *Organizaciones suprafamiliares en la Hispania antigua,* Studia Archaeologica 37, Valladolid.
ALBERTOS FIRMAT, M.ª L. (1976): «La antroponimia prerromana de la Península Ibérica», *Actas del I Coloquio,* 57-86, Salamanca.
ALBERTOS FIRMAT, M.ª L. (1981): «Organizaciones suprafamiliares en la Hispania antigua (II)», *B.S.A.A.* 47, 208-214, Valladolid.
ALBERTOS FIRMAT, M.ª L. (1983): «Onomastique personelle indigène de la Péninsule Ibérique sous la domination romaine», *A.N.R.W.* II 29.2, Berlín, 853-92.
ALBERTOS FIRMAT, M.ª L. (1987): «Las aspiradas de las lenguas paleohispánicas: la F y la H», *Actas del IV Coloquio,* 139-43.
ALBERTOS FIRMAT, M.ª L. (1987): «La onomástica personal indígena de la región septentrional», *Actas del IV Coloquio,* 155-94.
ALMAGRO GORBEA, M. (1977): *El Bronce Final y el Período Orientalizante en Extremadura,* Madrid (Capítulo VIII, «La Epigrafía», 263-77).
ALMAGRO GORBEA, M. ed. (en prensa): *Paleoetnología de la Península Ibérica,* Madrid.
BEIRÃO DE MELLO, C. M. (1986): *Une civilisation protohistorique du Sud du Portugal (1er Âge du Fer),* París.
BEIRÃO DE MELLO, C. M. y VARELA GOMES M. (1985): «Grafitos da Idade do Ferro do Centro e Sul de Portugal», *Actas III lenguas y culturas,* 465-99.
BELTRÀN LLORIS, F. (1988): «Un espejismo historiográfico. Las 'organizaciones gentilicias' hispanas», *Actas del 1er congreso peninsular,* 197-236.
BELTRÁN MARTÍNEZ, A. y TOVAR, A. (1982): *Contrebia Belaisca (Botorrita, Zaragoza) I: El bronce con alfabeto «ibérico» de Botorrita,* Monografías Arqueológicas 22, Zaragoza.
BLÁZQUEZ, J. M.ª (1983): *Primitivas religiones ibéricas II. Religiones Prerromanas,* Madrid.
BURRILLO, F. (en prensa): «Una tésera de Arekorata. Un nuevo concepto volumétrico en las téseras de hospitalidad celtibéricas», *Homenaje a M. Tarradell.*
CAMPANILE, E., ed. (1983): *Problemi di lingua e di cultura nel campo indoeuropeo,* Pisa.
COROMINAS, J. (1956): «New information on Hispano-Celtic from the Spanish Etymological Dictionary», *Z.C.P.* 25, 30-58 (= *Topica* II, 195-235).
COROMINAS, J. (1972): *Tópica hespérica* I-II, Madrid.
COROMINAS, J. y PASCUAL, J. A. (1988 ss): *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico* I-VI, Madrid.
CORREA, J. A. (1982): «Singularidad del letrero indígena de las monedas de Salacia (A 103)», *Numisma* 32, 69-74.
CORREA, J. A. (1985): «Consideraciones sobre las inscripciones tartesias», *Actas III lenguas y culturas,* 377-95.
CORREA, J. A. (1987): «El signario tartesio», *Actas IV lenguas y culturas,* 275-84.
CORREA, J. A. (1989): «El origen de la escritura paleohispánica», J. González ed., *Estudios sobre Urso,* Sevilla, 281-302.
CORREA, J. A. (1989): «Posibles antropónimos en las inscripciones en escritura del S.O. (o tartesia)», *Veleia* 6, 243-52.
CORREA, J. A. (1989): «Inscripción vascular indígena hallada en Baeza (Jaén)», *A.P.L.* 19, 183-9.
CORREA, J. A. (en prensa): «La epigrafía tartesia», Universidad de Colonia.
CORREA, J. A. (en prensa): «El signario hallado en Espanca (Castro Verde)», Coloquio de Castro Verde.
CUADRADO, E. (1987): *La necrópolis ibérica de «El Cigarralejo» (Mula, Murcia),* Madrid.
E.L.H. (1960): *Enciclopedia lingüística hispánica* I, dirigida por M. Alvar *et alii,* Madrid.
ESKA, J. F. (1989): *Towads an interpretation of the Hispano-Celtic inscription of Botorrita,* Innsbruck.
EVANS, D. ELLIS (1981): *The Labyrinth of Continental Celtic,* London, P.B.A. 65.
FATÁS, G. (1980): *Contrebia Belaisca (Botorrita, Zaragoza) II. Tabula Contrebiensis,* Monografías Arqueológicas 23, Zaragoza.
FATÁS, G. (1985): «Una tésera cortonense», *Symbolae L. Mitxelena,* 425-432.
FAUS, M. (1975): «Die Kelten auf der iberischen Halbinsel», *M.Mitt.* 16, 195-207.
FAUS, M. (1979): «Tradición lingüística y estructura social: el caso de las *gentilitates*», *Actas del II Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica (Tübingen, 1976),* 435-452, Salamanca.
FAUS, M. y TOVAR, A. (1971): «Notizen zur Methodologie der althispanischen Onomastik», *B.N.F.* N.F. 6, 337-356, Heidelberg.
FLETCHER, D. (1985): *Textos ibéricos del Museo de Prehistoria de Valencia,* Valencia.
FLEURIOT, L. (1979): «La grande inscription celtibère de Botorrita. État actuel du déchiffrement», *Actas del II Coloquio,* 169-184.
FLEURIOT, L. (1981): A propos de deux inscriptions gauloises, formes verbales celtiques», *E. C.* 18, 89-108.
GARCÍA BELLIDO, A. (1972): «Die Latinisierung Hispaniens» (con una Bibliografía de M. Koch), *A.N.R.W.* 1, 1, 463-491, Berlín.

GIL, J. (1977): «Notas a los bronces de Botorrita y Luzaga», *Habis* 8, 161-174.
GIL, J. (1985): «Notas sobre el lusitano», *Actas del III Coloquio*, 365-70.
GÓMEZ-MORENO, M. (1922): «De epigrafía ibérica. El plomo de Alcoy», *R.E.F.* 9, 341-66 (= *Misceláneas*, 219-31).
GÓMEZ-MORENO, M. (1925): «Sobre los íberos y su lengua», *Homenaje a Menéndez Pidal* III, Madrid, 475-99 (= *Misceláneas*, 233-56).
GÓMEZ-MORENO, M. (1943): «La escritura ibérica», *B.R.A.H.* 112, 251-78 (= *Misceláneas*, 257-81).
GÓMEZ-MORENO, M. (1949): *Sup.* = «Suplemento de epigrafía ibérica», *Misceláneas*, 283-330.
GÓMEZ-MORENO, M. (1949): *Misceláneas. Historia. Arte. Arqueología. Primera serie: la antigüedad*, Madrid.
GÓMEZ-MORENO, M. (1962): *Escritura bástulo-turdetana (primitiva hispánica)*, Madrid.
GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, María C. (1986): *Las unidades organizativas indígenas del área indoeuropea de Hispania*, Vitoria/Gasteiz.
GORROCHATEGUI, J. (1984): *Estudio sobre la onomástica indígena de Aquitania*, Bilbao.
GORROCHATEGUI, J. (1987): «En torno a la clasificación del lusitano», *Actas del IV Coloquio*, 77-91.
GORROCHATEGUI, J. (1990): «Consideraciones sobre la fórmula onomástica y la expresión del origen en algunos textos celtibéricos menores», *Studia Tovar et Michelena*, 291-312.
HOLDER, A. (1896-1910): *Alt-Celtischer Sprachschatz* I-III, Leipzig (= Graz 1961/2).
Homenaje a Domingo Fletcher Valls, 1984, Valencia.
DE HOZ, J. (1976): «La epigrafía prelatina meridional en Hispania», *Actas I lenguas y culturas*, 227-317.
DE HOZ, J. (1979): «Escritura e influencia clásica en los pueblos prerromanos de la península», *A.E.A.* 52, 227-50.
DE HOZ, J. (1981): «Algunas consideraciones sobre textos metrológicos ibéricos», *A.P.L.* 16, 475-86.
DE HOZ, J. (1981): «El euskera y las lenguas vecinas antes de la romanización», *Euskal Linguistika eta Literatura. Bide Berriak*, Bilbao, 27-56.
DE HOZ, J. (1982): «Crónica de Lingüística y epigrafía de la Península Ibérica: 1981», *Zephyrus* 34/35, 299-323.
DE HOZ, J. (1983): «Las lenguas y la epigrafía prerromanas de la Península ibérica», *Unidad y pluralidad en el mundo antiguo*, Actas del VI congreso español de estudios clásicos, I, 351-396, Madrid.
DE HOZ, J. (1985): «El nuevo plomo ibérico de Castell y el problema de las oposiciones de sonoridad en ibérico», *Symbolae L. Mitxelena*, 443-454, Vitoria.
DE HOZ, J. (1985): «El origen de la escritura del SO», *Actas del III Coloquio*, 423-464, Salamanca.
DE HOZ, J. (1986): «La epigrafía celtibérica», *Reunión sobre epigrafía hispánica de época romano-republicana*, Zaragoza, 43-102.
DE HOZ, J. (1987): «La escritura greco-ibérica», *Actas del IV Coloquio*, 285-98.
DE HOZ, J. (1988): «Hispano-celtic and Celtiberian», G. W. MacLennan ed., *Proceedings*, 191-207.
DE HOZ, J. (1989): «El desarrollo de la escritura y las lenguas de la zona meridional», en M. E. Aubet ed., *Tartessos*, Barcelona, 523-87.
DE HOZ, J. (1990): «El origen oriental de las antiguas escrituras hispanas y el desarrollo de la escritura del Algarve», *Presenças Orientalizantes em Portugal*, Lisboa, 219-46.
DE HOZ, J. (en prensa): «El signario hispánico meridional», en *Homenaje a J. Maluquer.*
DE HOZ, J. (en prensa): «The Phoenician origin of the early Hispanic scripts», en *Phoinikeia Grammata.*
DE HOZ, J. (en prensa): «La lengua y la escritura ibérica y las lenguas de los íberos», *Actas del V Coloquio.*
DE HOZ, J. (en prensa): «Las sociedades paleohispánicas y la escritura», *Cursos de verano 1990. Universidad Complutense*, Madrid.
DE HOZ, J. (en prensa): «Paleohispanic Societies and Writing», *II Colóquio internacional Arqueologia Hoje*, Faro.
DE HOZ, J. (en prensa): «Griegos e íberos. Testimonios epigráficos de una cooperación mercantil», *Griegos e íberos. Siglos VI-IV a. de C.*
DE HOZ, J. (en prensa): «La inscripción en escritura del SO de la estela de Almoroqui», *Homenaje a D. Fernando de Almeida.*
DE HOZ, J. y MICHALENA , L. (1974): *La inscripción celtibérica de Botorrita*, Salamanca.
LAPESA, R. (1981): *Historia de la lengua española*, 9.ª ed., Madrid.
LEJEUNE, M. (1955): *Celtiberica*, Salamanca.
LEJEUNE, M. (1983): «Sur les nasales celtiberes», AIΩN 5, 11-26.
LEJEUNE, M. (1983): «Vieille-Toulouse et la métrologie ibérique», *R.A.N* 16, 29-37.
LEJEUNE, M., POUILLOUX J. & SOLIER Y. (1988=1990): «Étrusque et ionien archaïques sur un plomb de Pech Maho (Aude)», *R.A.N.* 21, 19-59.
LLOBREGAT, E. (1972): *Contestania Iberica*, Alicante, (inscripciones en 117-31).
MAGGI, D. (1983): «Sui teonimi *trebopala* e *iccona* nell'inscrizione lusitana del Cabeço das Fráguas», Campanile ed., *Problemi di lingua*, 53-60.
MALUQUER DE MOTES, J. (1968): *Epigrafía prelatina de la Península Ibérica*, Barcelona.
MARINER, S. (1972): «Adaptaciones latinas de términos hispanos», *Homenaje Tovar*, 283-99.
MARINER, S. (1979): «La distribución de los fonemas ibéricos», *Actas del II Coloquio*, 69-79.
MARINER, S. (1985): «Sibilantes paleohispánicas en transcripciones latinas», *Actas del III Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica (Lisboa, 1980)*, 415-422, Salamanca.

MEIER, H. (1984): *Notas críticas al DECH de Corominas/Pascual,* Santiago de Compostela.
MICHELENA, L. (1955): «Cuestiones relacionadas con la escritura ibérica», *Emérita* 23, 265-284 (= *Lengua e historia,* 357-370).
MICHELENA, L. (1956): (Reseña a) M. Lejeune, *Celtibérica, B.R.S.V.A.P.* 12, 233-5 (= *Lengua e historia* 371-3).
MICHELENA, L. (1974): «Sobre la posición lingüística del ibérico», *Homenaje P. Beltrán,* 147-53 (= *Lengua* 334-40).
MICHELENA, L. (1976): «Ibérico *-en*», *Actas I,* 353-62 (= *Lengua* 379-87).
MICHELENA, L. (1979): «La langue ibère», *Actas II,* 23-29 (= *Lengua* 341-56).
MICHELENA, L. (1985): *Lengua e historia,* Madrid.
MICHELENA, L. (1988): *Sobre historia de la lengua vasca* I-II, San Sebastián.
MOTTA, F. (1980): «Per un'interpretazione della faccia B dil bronzo di Botorrita», AIΩN 2, 99-123.
MOTTA, F. (1980): «Onomastica Cotrebiense», AIΩN 2, 125-147.
MUÑOZ A. M. (en prensa): «Plomo ibérico en escritura griega de Coímbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia)», *Verdolay* 2.
OROZ, F. J. (1979): «El sistema metrológico de la inscripción ibérica del cuenco de La Granjuela», *Actas del II Coloquio,* 283-370.
OROZ, F. J. (1980): «'Aurtxo Txikia seaskan dago' —zum Basko—Iberismus», en F. J. Oroz ed., *Romania Cantat* II, Tübingen, 555-82.
OROZ, F. J. (1981): «La relación entre el Vasco y el Ibérico desde el punto de vista de la teoría del sustrato», *IKER. Encuentros internacionales de vascólogos* I, 241-55.
OROZ, F. J. (1987): «Sobre los epígrafes ibéricos de las ánforas de Vieille-Toulouse», *Actas IV Coloquio,* 355-70.
PASCUAL, J. A. (1981): «Notas léxicas sobre un documento zamorano del último cuarto del siglo XIII», *Studia Zamorensia* 2, 17-22.
PASCUAL, J. A. (1986): «Las explicaciones del sustrato aplicadas al catalán», *Actes del setè col.loqui internacional de llengua i literatura catalanes,* Montserrat.
PROSDOCIMI, A. L. (1989): «L'inscrizione gallica del Larzac e la flessione dei temi in *-a, -i, -ja.* Con un 'excursus' sulla morfologia del lusitano: acc. *crougin,* dat. *crougeai*», *I.F.* 94, 190-205.
RODRÍGUES VASCO A. (1959): «Inscriçâo tipo 'porcom' e aras anepígrafas do Cabeço das Fráguas (Guarda)», *Humanitas* 11, 71-5.
ROMERO, F. y ELORZA, J. C. (1990): «Nueva tésera celtibérica en la provincia de Burgos», *B.S.A.A.* 56, 189-204.
SÁNCHEZ ABAL, J. L. y GARCÍA JIMÉNEZ S. (1988): «La ceca de Tanusia», *Actas del 1er Congreso peninsular,* 149-89.
SANMARTÍ-GREGO, E. (1988): (= 1990) «Una carta en lengua ibérica, escrita sobre plomo, procedente de Emporion», *R.A.N.* 21, 95-113.
SCHMIDT, K. H. (1972-76): «Der Beitrag der keltiberischen Inschrift von Botorrita zur Rekonstruktion der protokeltischen Syntax», *Word* 28, 51-62.
SCHMIDT, K. H. (1976): «Zur keltiberischen Inschrift von Botorrita», *B.B.C.S.* 26, 375-394, Cardiff.
SCHMIDT, K. H. (1976): «Historich-vergleichende Analyse des der keltiberischen Inschrift von Botorrita zugrundeliegenden Morpheminventars», *Studies in Greek, Italic and Indoeuropean Linguistics, offered to L.R. Palmer,* 359-371, Innsbruck.
SCHMIDT, K. H. (1976): «The contribution of Celt-Iberian to the reconstruction of Common Celtic», en *Actas del I Coloquio,* 329-42.
SCHMIDT, K. H. (1977): *Die festlandkeltischen Sprachen,* Innsbruck.
SCHMIDT, K. H. (1980): «Zur keltischen und indogermanischen Vorgeschichte von gallo-lateinisch *camminus 'Weg'», Romanica Europaea et Americana, Festchrift für Harri Meier,* 536-541, Bonn.
SCHMIDT, K. H. (1980): «Continental Celtic as an Aid to the Reconstruction of Proto-Celtic», *KZ* 94, 172-97.
SCHMIDT, K. H. (1983): «Grundlangen einer festlandkeltischen Grammatik», *Le lingue indoeuropee di frammentaria attestazione,* Pisa, 65-90.
SCHMIDT, K. H. (1985): «A Contribution to the Identification of Lusitanian», *Actas del III Coloquio,* 319-41.
SCHMIDT, K. H. (1986): «Zur Rekonstruktion des Keltischen. Festlandkeltisches und inselkeltisches Verbum», *Z. C. P.* 41, 159-79.
SCHMOLL, U. (1960): «Die iberischen und keltiberischen Nasalzeichen», *KZ* 76, 280-295.
SCHMOLL, U. (1961): *Die südlusitanischen Inschriften,* Wiesbaden.
SCHMOLL, U. (1966): «Althispanische Miszellen II», *KZ* 80, 182-98.
SCHUBART, H. (1975): *Die Kultur der Bronzezeit im Südwesten der Iberischen Halbinsel,* Berlín.
SCHULTEN, A. (1940): «Die Tyrsener in Spanien», *Klio* 33, 73-102.
SILES, J. (1976): *Sobre un posible préstamo griego en ibérico,* Valencia.
SILES, J. (1979): «Über die Sibilanten in iberischer Schrift», *Actas del II Coloquio,* 81-99.
SILES, J. (1981): «Sobre el signo ibérico *Y* y los valores fonéticos que anota», *Emerita* 49, 75-96.
SILES, J. (1985): *Léxico de las inscripciones ibéricas,* Madrid.
SOLIER, Y. (1979): «Découverte d'inscriptions sur plombs en écriture ibérique dans un entrepot de Pech Maho (Sigean)», *R.A.N.* 12, 55-123.

SOLIER, Y. y BARBOUTEAU, H. (1988=1990): «Découverte de nouveaux plombs, inscrits en ibère, dans la region de Narbonne», *R.A.N.* 21, 61-94.
Studia indogermanica et palaeohispanica in honorem A. Tovar et L. Michelena, 1990, Editado por F. Villar, Salamanca.
Sup. Vid. M. Gómez Moreno (1949).
Symbolae Ludovico Mitxelena septuagenario oblatae, 1985, J. L. Melena ed., Vitoria.
TOVAR, A. (1946): «Las inscripciones ibéricas y la lengua de los celtíberos», *B.R.A.E.* 25, 7-42.
TOVAR, A. (1961): *The Ancient Languages of Spain and Portugal,* Nueva York.
TOVAR, A. (1963): «Les traces linguistique celtiques dans la Péninsule Hispanique», *Celticum* 6 *(Ogam),* 381-403.
TOVAR, A. (1964-67): «L'inscription du Cabeço das Fráguas et la langue des Lusitaniens», *E.C.* 11, 237-268.
TOVAR, A. (1969): «El oscuro problema de la lengua de los tartesios», *Tartessos y sus problemas,* 341-6.
TOVAR, A. (1974): *Iberische Landeskunde. I Baetica,* Baden-Baden.
TOVAR, A. (1976): *Iberische Landeskunde 2. Lusitanien,* Baden-Baden.
TOVAR, A. (1977): «El nombre de Celtas en Hispania», *Revista de la Universidad Complutense* 26, 163-178.
TOVAR, A. (1979): «Notas lingüísticas sobre monedas ibéricas», *Actas del II Coloquio,* 473-89.
TOVAR, A. (1985): «La inscripción del Cabeço das Fráguas y la lengua de los lusitanos», *Actas del III Coloquio,* 227-53.
TOVAR, A. (1986): «The Celts in the Iberian Peninsula: archaeology, history, language», *Geschichte und Kultur der Kelten,* Herausgeg. Von K. H. Schmidt unter Mitwirkung v. R. Ködderitzsch, Heidelberg, 68-101.
TOVAR, A. (1989): *Iberische Landeskunde. Segunda parte. Las tribus y las ciudades de la antigua Hispania. Tarraconensis,* Baden-Baden.
Unidad y pluralidad en el Mundo Antiguo. Actas del VI Congreso Español de Estudios clásicos I-II, Madrid, 1983.
UNTERMANN, J. (1961): *Sprachräume und Sprachbewebungen im vorrömischen Hispanien,* Wiesbaden (traducción portuguesa en *R.Guim.* 77, 1962, española en *A.P.L.* 10, 1963).
UNTERMANN, J. (1967): «Zur Endung des Genitiv singularis der —o— Stämme im Keltiberischen», *Beiträge zur Indogermanistik und Keltologie, Julius Pokorny zum 80. Geburstag gewidmet,* 281-288, Innsbruck.
UNTERMANN, J. (1975-80-90): *Monumenta Linguarum hispanicarum. I. Die Münzlegenden. II. Inschriften in iberischer Schrift aus Südfrankreich. III. Die iberischen Inschriften aus Spanien,* Wiesbaden.
UNTERMANN, J. (1977): «En torno a las inscripciones rupestres de Peñalba de Villastar», *Teruel* 57/58, 5-21.
UNTERMANN, J. (1980): «Hispania», en *Die Sprachen im römischen Reich der Kaiserszeit,* Beiheft der Bonner Jahrbücher 40, 1-17, Köln.
UNTERMANN, J. (1983): «Die althispanischen Sprachen», *A.N.R.W.* II 29.2, Berlín, 791-818.
UNTERMANN, J. (1983): «Die Keltiberer und das Keltiberische», E. Campanile ed., *Problemi di lingua e di cultura,* 109-27.
UNTERMANN, J. (1984): «Der iberische Buchstabe *Y.* Versuch einer Zwischenbilanz», *Navicula Tubingensis. Studia in honorem Antonii Tovar,* Tubingen, 377-87.
UNTERMANN, J. (1985): «Lenguas y unidades políticas del Suroeste hispánico en época prerromana», 1-40 de Ch. Wentzlaff-Eggebert ed., *De Tartessos a Cervantes,* Köln-Wien.
UNTERMANN, J. (1985): «Los teónimos de la región lusitano-gallega como fuente de las lenguas indígenas», *Actas del III Coloquio,* 343-63.
UNTERMANN, J. (1986): «Inscripciones sepulcrales ibéricas», *C.P.A.C.* 10, 111-9.
UNTERMANN, J. (1987): «Repertorio antroponímico ibérico», *A.P.L.* 17, 289-318.
UNTERMANN, J. (1987): «Lusitanisch, Keltiberisch, Keltisch», *Actas del IV Coloquio,* 57-76.
UNTERMANN, J. (1987): «La gramática de los plomos ibéricos», *Actas del IV Coloquio,* 35-56.
UNTERMANN, J. (1990): «Comentarios sobre inscripciones celtibéricas 'menores'», *Studia indogermanica,* 351-74.
VELAZA, J. (1991): *Léxico de las inscripciones ibéricas (1976-1989),* Barcelona.
VERD G. M. s. j. (1980): «Sobre la cuestión vasco-ibérica», *Anuario del Seminario de F. Vasca «J. de Urquijo»* 14, 101-33.
VILLARONGA, L. (1990): «El hallazgo de monedas. El caso de Tanusia», *Gaceta numismática* 97/98, 79-85.
VILLAR, F. (1989): «Tratamiento de o en sílaba final. Algunas posibles formas de imperativo en celtibérico», *Veleia* 6, 199-205.
VILLAR, F. (1990): «La línea inicial del bronce de Botorrita», *Studia indogermanica,* 375-92.
VILLAR, F. (1991): «Le locatif celtibérique et le caractère tardif de la langue celtique dans l'inscription de Peñalba de Villastar», *Z.C.P.* 44, 56-60.
VILLAR, F. (en prensa): «Las silbantes en celtibérico», *Actas del V Coloquio.*
WIKANDER, S. (1966): «Sur la langue des inscriptions sud-hispaniques», *Studia Linguistica,* 1-8.

LA MESETA PRERROMANA

M.ª Concepción Blasco Bosquet
Universidad Autónoma de Madrid

La investigación arqueológica de la Meseta se ha desarrollado siempre contemplando esta área geográfica como dos unidades distintas y aisladas entre sí, con un proceso cultural paralelo y disociado, como si el Sistema Central hubiera actuado de impermeable barrera geográfica. Sin embargo, aunque ciertamente existe una evolución paralela, también es verdad que en determinados horizontes, como el campaniforme o Cogotas I, se producen convergencias tan importantes que obligan a pensar en la existencia de unas relaciones especialmente fluidas, las cuales terminaron afectando a todos los aspectos de la vida de los grupos asentados en estas tierras del interior peninsular.

En otros momentos en los que parece existir un mayor distanciamiento, como puede ser la Segunda Edad del Hierro, no faltan puntos o incluso zonas amplias en las que se materializan importantes filtraciones, tal es el caso del área occidental en la que las serranías del Sistema Central fueron englobadas dentro del territorio de los vettones quienes se extendieron por ambas vertientes.

Todas estas evidencias indican que el desarrollo cultural de ambas Mesetas no es tan divergente como en principio pudiera parecer, pero la disociación de las investigaciones provocadas no sólo por haber sido realizadas por personas e instituciones distintas sino también por haberse llevado a cabo por grupos de investigadores procedentes de escuelas diferentes, ha contribuido a remarcar la existencia de un panorama desigual, acentuado por el diferente grado de conocimiento que tenemos de estas dos zonas al haberse producido una más temprana y mayor intensidad de investigación en la Meseta Norte. Estas circunstancias nos obligan a hacer referencias específicas a una u otra Meseta a lo largo de este trabajo.

ESTADO DE LAS INVESTIGACIONES DE LA EDAD DEL HIERRO EN LA MESETA EN 1971

Al iniciarse la década de los setenta, los trabajos de campo y de síntesis llevados a cabo hasta el momento sólo permitían tener un panorama aproximado de algunos de los aspectos de la Segunda Edad del Hierro en la Meseta Norte y ello gracias a la labor de distintos investigadores. Entre ellos hay que recordar, para la región suroccidental, los trabajos de campo de Juan Cabré en las necrópolis y los castros de Las Cogotas de Cardeñosa y Chamartín de la Sierra (CABRÉ, 1930 y 1932 y CABRÉ AGUILÓ, CABRÉ MORÁN y MOLINERO, 1950) y las investigaciones de Juan Maluquer en Los Castillejos de Sanchorreja y El Berrueco (MALUQUER, 1957 y 1958).

En la región oriental hay también tres contribuciones fundamentales: las del marqués de Cerralbo

(AGUILERA y E. GAMBOA, 1916), Taracena (TARACENA, 1929 y 1941) y Wattenberg (WATTENBERG, 1963), las cuales, a comienzos del período que nos ocupa, nos permiten tener una idea global del desarrollo cultural de la Edad del Hiero en la zona, con especial referencia a Numancia. La tercera zona con documentación suficiente es el Valle medio del Duero debido a los trabajos realizados desde la Universidad de Valladolid a través de los profesores Wattenberg (1959) y Palol (PALOL y WATTENBERG, 1974).

Esta suficiente cobertura de información permitió la realización de síntesis generales en las que, en general, se atendía a recopilar los datos de las fuentes y contrastarlos con las fuentes arqueológicas, así como a la descripción de los más importantes restos arquitectónicos y muebles, con la excepción de las visiones del profesor Maluquer quien, además, esboza los problemas relacionados con los orígenes de los pueblos prerromanos de la meseta Norte, aunque los datos que se tienen son todavía insuficientes para aclarar este aspecto. Las aportaciones fundamentales en este capítulo de las síntesis son las de Maluquer (1954 y 1960), Maluquer y Taracena (1954), Schüle (1969) y Wattenberg (1960).

Frente a este importante esfuerzo investigador sobre la Edad del Hierro en la Meseta Norte, la Meseta Sur es, a inicios de la década de los setenta, una perfecta desconocida al no contar con ninguna excavación sistemática suficientemente amplia, salvo en la necrópolis de Las Madrigueras (ALMAGRO GORBEA, 1969) y ser muy dispersos y escasos los datos procedentes de prospecciones de superficie o de sondeos estimativos. Como consecuencia de ello, cuando se hacen referencias a esta zona, generalmente no pasan de interpretaciones más o menos generalizadoras de los también escasos datos que ofrecen las fuentes.

La única excepción la constituyen los trabajos realizados en algunos conjuntos ibéricos de Albacete, dentro del marco del interés de la investigación por las manifestaciones plásticas de la cultura ibérica. En este campo no pueden dejar de mencionarse las aportaciones de Sánchez Jiménez o Fernández de Avilés, si bien los yacimientos ibéricos albaceteños están en relación con un área cultural extrameseteña, más ceñida a la orla mediterránea.

LA INVESTIGACION A PARTIR DE 1970

Problemática existente: como ya hemos apuntado el primer problema planteado es la desigual información con que contamos para ambas Mesetas, sin que ni siquiera fuera posible en estos momentos conocer hasta qué punto existe un proceso paralelo o no y, por tanto, si se debe considerar todo este ámbito como una unidad cultural.

La segunda asignatura pendiente es la de establecer una secuencia cronológico-cultural y su aplicación en los diferentes conjuntos y regiones, en relación con este tema se encabalga un segundo aspecto que es el de los precedentes y origen de los pueblos prerromanos de la Meseta a los que tradicionalmente se les vinculaba con grupos «célticos» de Europa continental, alegando para ello paralelos formales, técnicos o iconográficos e incluso determinados aspectos de las instituciones sociales y políticas.

Sin embargo, la falta de datos sobre yacimientos y materiales pertenecientes a la primera mitad del primer milenio impedía esgrimir argumentos suficitemente sólidos para fundamentar cualquier hipótesis. Por otra parte, la ausencia de estratigrafías en hábitats de ocupación prolongada, a excepción de Numancia, tampoco contribuía a conocer de manera puntual la sucesión cultural y temporal.

Afortunadamente, la mayoría de los investigadores que durante los últimos veinte años se ha ocupado del tema, han sido muy conscientes de estas carencias y, aunque todavía existen lagunas importantes, muy particularmente en la submeseta sur, donde se ha partido de cero, se han ido rellenando vacíos al plantearse más la resolución de estos problemas que los resultados espectaculares los cuales, generalmente, no suelen darse y tampoco resuelven los problemas generales. Por otra parte, la diferencia de información entre ambas Mesetas ha obligado a seguir manteniendo una investigación paralela, aunque no divergente, siendo ya posible establecer algunos puntos de conexión, así como las singularidades de una y otra. Ante esta situación trataremos de recoger las novedades registradas en estas dos décadas, de manera conjunta para la totalidad del territorio que nos ocupa, si bien será necesario hacerlo de forma pormenorizada ya que los logros son muy dispares.

a) Principales excavaciones realizadas

Mientras que en la Meseta Norte se habían practicado ya importantes trabajos de campo en extenso, tanto en necrópolis como en castros y, por tanto, los nuevos resultados obtenidos, gracias a

la aplicación de técnicas más depuradas, permiten contrastar los datos conocidos, en la submeseta Sur se llevan a cabo ahora los primeros trabajos serios y más o menos extensos que nos permiten empezar a conocer el panorama.

En la meseta Norte merecen especial mención los trabajos de campo y publicación de las excavaciones en el castro y la necrópolis del Raso de Candeleda (FERNÁNDEZ GÓMEZ, 1985), que aportan dos datos fundamentales: el conocimiento de la arquitectura interior de los grandes castros y las características de los conjuntos tumbales tardíos en los que se aprecia la penetración de elementos del entorno del mundo ibérico y orientalizantes, en esta región suroccidental. Igualmente importantes son las excavaciones, todavía en curso de realización en la necrópolis soriana de Carratiermes (ARGENTE, 1990) la cual ha permitido conocer, de manera precisa, las asociaciones de distintas de los conjuntos tumbales así como las diferencias de ajuares y la proporción de tumbas de guerrero dentro de esta necrópolis de enorme riqueza. No podemos olvidar tampoco los trabajos llevados a cabo en el Castro de La Corona de Corporales que ha proporcionado de datos de interés sobre el poblamiento de la Segunda Edad del Hierro en el Noroeste del Valle del Duero del que apenas se contaba con ninguna referencia (FERNÁNDEZ-POSSE y SÁNCHEZ PALENCIA, 1985 y 1987).

Pero, sin duda, las excavaciones más numerosas han estado destinadas a esclarecer los momentos iniciales de la Edad del Hierro en esta área, en este sentido cabe destacar los trabajos de campo en algunos castros sorianos como los de Zarranzano (ROMERO, 1984), Fuensauco o San Martín de Ucero o las excavaciones llevadas a cabo en diversos yacimientos ubicados en la cuenca sedimentaria, en fértiles tierras de aluvión, como es el caso de Mota del Marqués (GARCÍA ALONSO y URTEAGA, 1985), Roa (SACRISTÁN, 1986) o Socajos, o levantados sobre cerros testigos dominando el valle, tal como lo testimonia el yacimiento de la plaza San Martín en Ledesma (BENET, JIMÉNEZ y RODRÍGUEZ, 1990) los cuales se inscriben dentro del Horizonte Soto I, identificado en el yacimiento epónimo y perfectamente definido tras todos estos trabajos los cuales han contribuido, junto con los llevados a cabo en las áreas castreñas oriental y occidental, a conocer, de forma más o menos precisa, el panorama de la Primera Edad del Hierro en la zona, que se caracteriza por el predominio de una arquitectura lígnea y, más excepcionalmente en adobe, en las cuencas sedimentarias y líticas en algunas zonas serranas de castros aunque en ambos casos asociada a plantas de tendencia circular.

Otro aspecto de interés de los trabajos de campo se centra en los sondeos estratigráficos de yacimientos inéditos o en las revisiones de conjuntos excavados, dentro del primer apartado podemos incluir los trabajos en Castrojeriz (ABÁSOLO y otros, 1983), y Rauda (J. D. SACRISTÁN, 1986) en Burgos o en el Castillo de Cuéllar (Segovia) mientras que en el segundo son de especial interés las revisiones practicadas en Los Castillejos de Sanchorreja (GONZÁLEZ TABLAS, 1986-87, 1989 y 1990) o Soto de Medinilla, las cuales han permitido aclarar numerosos aspectos sobre cuestiones clave relativas a la evolución interna de los yacimientos así como a su secuencia temporal.

En la Meseta Sur, la etapa que nos ocupa ha supuesto el inicio de los primeros trabajos de campo suficientemente amplios, los cuales han afectado, de manera muy desigual a las diferentes regiones. En primer lugar, hay que destacar la labor realizada en las necrópolis conquenses de Las Madrigueras (ALMAGRO, 1969) y El Navazo (GALÁN, 1980), donde se ha puesto de manifiesto la vinculación de estos conjuntos con el área ibérica frente a su escasa relación con las grandes necrópolis con tumbas de guerrero de la Meseta Norte o del área celtibérica. Un aspecto que parece confirmarse en el área Carpetana a través de los conjuntos toledanos de Las Esperillas (GARCÍA CARRILLO y ENCINAS, 1987) y Villafranca de los Caballeros (RUIZ ZAPATERO y CARROBLES, 1990); así mismo, todos estos yacimientos evidencian la temprana iberización de toda la submeseta Sur, incluidas las zonas más septentrionales.

En el área de la Celtiberia ulterior, son varios los trabajos realizados en yacimientos dados a conocer por el marqués de Cerralbo, pero de los que apenas se tenían noticias o incluso en conjuntos localizados más recientemente, destaca la labor realizada por J. L. Argente (*Vid.*, entre otros ARGENTE, 1977), tanto en revisión de materiales como en trabajos de campo, en las necrópolis de Aguilar de Anguita y El Altillo, así como la llevada a cabo por M.ª L. Cerdeño en Valdenovillos, Prados Redondos, Sigüenza o Molina de Aragón (cfr. CERDEÑO, GARCÍA HUERTA y DE PAZ, 1981). En esta misma área hay que recordar también las excavaciones llevadas a cabo en el castro de Castilviejo de Guijosa que han permitido conocer su dilatada ocupación y algunos aspectos de su arquitectura defensiva (BELÉN, BALBÍN y FERNÁNDEZ-MIRANDA, 1978).

No faltan tampoco los trabajos de campo realizados en diversos hábitats localizados en otras áreas de la submeseta Sur que permanecían prácticamente inéditas los cuales, en general, avalan la temprana iberización de la mayor parte de estas tierras, tal como se desprende de los datos ofrecidos por los grandes castros oretanos de Alarcos, Cerro de las Cabezas de Valdepeñas (VÉLEZ y

PÉREZ, 1987), Cerro de las Nieves (FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, 1988) y Oreto (NIETO y otros, 1980), algunos de los cuales se levantan sobre asentamientos anteriores y en todos ellos se evidencian contactos con las regiones peninsulares más meridionales. Más al N., los trabajos de campo se han realizado sobre asentamientos de menor envergadura pero de enorme interés, así el cerro de los Encaños (A. GÓMEZ, 1986), ha ofrecido un claro panorama de cómo se produce en esa zona conquense el tránsito de la Primera a la Segunda Edad del Hierro con la paulatina sustitución de los conjuntos vasculares realizados a mano por los confeccionados a torno. En La Carpetania El Cerrón en Illescas (Toledo) (BALMASEDA y VALIENTE, 1979) y El Cerro Redondo en Fuente el Saz (Madrid) (BLASCO y ALONSO, 1985), nos permiten conocer la yuxtaposición de elementos ibéricos con otros propios de los grupos de la Meseta Norte. Por su parte, la región Noroccidental, a falta de excavaciones en extensión, parece seguirse confirmando la vinculación evidenciada, ya hace tiempo, entre el área vettona y el Suroeste del valle del Duero (ALMAGRO, 1977).

Paralelamente a estos trabajos encaminados a conocer los rasgos más importantes de la Segunda Edad del Hierro y sus variantes regionales, dentro de la submeseta Sur, se ha realizado una serie de hallazgos y practicado algunas excavaciones que nos han permitido conocer la base de la población sobre la que se desarrolla la iberización, así como las características generales de la Primera Edad del Hierrro, una etapa de la que, a inicios de los años setenta, no se tenía ningún dato por lo que se hacía enlazar a las poblaciones del Bronce Final de la zona, pertenecientes al Horizonte Cogotas I, con los inicios de la segunda Edad del Hierro.

La zona mejor conocida en esta etapa de la Primera Edad del Hierro corresponde al Alto Tajo, coincidente con la cuenca del complejo Henares-Jarama donde se han localizado numerosos habitats de pequeño tamaño ubicados tanto en llano como en altura, cuya difícil localización se debe a la ausencia de estructuras en duro; entre los que han proporcionado los datos más significativos cabe señalar Cerro de San Antonio, La Capellana y Sector III de Getafe en el valle del Manzanares, Ecce Homo, Pico Buitre, La Merced o Casassola en el Henares (BLASCO SÁNCHEZ CAPILLA y CALLE, 1990). Representan un horizonte paralelo al de Soto I en la cuenca del Duero al tener algunas características comunes con los conjuntos de ese horizonte pero muestran también algunos rasgos que evidencian la mayor vinculación de la submeseta Sur con las regiones peninsulares más meridionales.

En las regiones más occidentales se han producido varios hallazgos que permiten comprender su relación con el mundo orientalizante del Suroeste peninsular. Entre estos hallazgos cabe destacar el excepcional conjunto tumbal de Belvís de la Jara (PEREIRA y DE ALVARO, 1990) o las estelas de Herencias (Toledo) (FERNÁNDEZ MIRANDA, 1986) y Aldea del Rey (Ciudad Real) (VALIENTE y PRADO, 1977-78). A falta de excavaciones en poblados de la Primera Edad del Hierro en esta zona, pensamos que posiblemente presenta un panorama no muy lejano al detectado en la cuenca alta del Tajo o en el Valle del Duero, con hábitats de pequeño tamaño y estructuras realizadas con materiales orgánicos, aunque sus fluidos contactos con el área del Suroeste, desde el Bronce Final, facilitan la presencia de determinados elementos de prestigio, ausentes en otras regiones meseteñas.

b) Los estudios de carácter regional o provincial

El gran desasrrollo alcanzado en la investigación durante las dos décadas que nos ocupan, ha favorecido la realización de numerosas tesis doctorales y memorias de licenciatura, algunas de las cuales se han orientado a la confección de cartas arqueológicas provinciales o comarcales. Aunque estos trabajos no son específicos de la etapa que nos ocupa, todos ellos han puesto de relieve la importancia del poblamiento en las tierras del interior peninsular a lo largo de toda la Edad del Hierro. Entre todas ellas cabe destacar la relativa a la Provincia de Valladolid, editada por la Diputación en 1974 (PALOL y WATTENBERG, 1974), donde se da un primer avance de los resultados de las excavaciones en el yacimiento de El Soto de Medinilla, fundamental para conocer el proceso general de la Edad del Hierro en la Cuenca Media del Duero. En otros casos los trabajos se han ceñido a comarcas muy concretas como es el caso de la Provincia de Burgos, cuya carta se está realizando por partidos judiciales, o la de Soria donde se ha abordado por comarcas naturales. En la submeseta Sur, no existen proyectos provinciales de carácter global pero también se han cartografiado, con carácter sistemático, algunas regiones como son las de Sigüenza, Alcalá de Henares o Valdepeñas, entre otras.

De mayor interés que las meras cartas arqueológicas resultan los trabajos de síntesis provinciales realizados con el fin de ofrecer una puesta a punto, dentro del ámbito que nos ocupa debemos de mencionar el relativo a Madrid: *130 años de Arqueología madrileña* (VV. AA., 1987), donde se hace una exposición por horizontes de la Arqueología madrileña; la Edad del Hierro es obra de Almagro Gorbea y Valiente Cánovas, en ambos trabajos se deja constancia de la parcialidad de los datos exis-

tentes pero también de la importancia de la etapa prerromana en la zona, con una doble modalidad de ocupación: los castros en las estribaciones serranas y los pequeños caseríos o poblados de llano en las cuencas medias y bajas. La segunda revisión de interés corresponde a los *Diez años de Arqueología soriana (1978-1988)* (VV. AA. 1989), con tres capítulos de interés para el momento que revisamos: «Los castros sorianos», con especial referencia a Zarranzano y el Castillejo de Fuensaúco, de F. Romero, El yacimiento de San Martín de Ucero, de E. García Soto, y los resultados de los 14 años de excavaciones en Tiermes de J. L. Argente. La tercera y más reciente revisión, con carácter provincial, corresponde a Salamanca: *Del Paleolítico a la Historia*, donde se recogen importantes novedades relativas a la transición de la Primera a la Segunda Edad del Hierro, particularmente por los datos aportados por el yacimiento de la plaza de San Martín de Ledesma.

Dentro de este apartado no podemos olvidar la proliferación que en estos últimos años ha habido de historias provinciales que han ofrecido síntesis, generalmente muy completas, de la prehistoria reciente, como es el caso de las de Burgos, Palencia o Soria, pero entre este tipo de trabajos, destaca el Primer tomo de la *Historia de Castilla y León,* dedicado a la *Prehistoria del Valle del Duero* (DELIBES, FERNÁNDEZ MANZANO, ROMERO y MARTÍN VALLS, 1985) ya que supone una extraordinaria puesta al día de la Prehistoria de la Meseta Norte y muy especialmente de La Edad del Hierro que es la etapa que nos ocupa, capítulos que han sido redactados por F. Romero y R. Martín Valls, convirtiéndose en una obra de obligada referencia para cualquier síntesis que pretenda hacerse sobre esta zona. Para la Meseta Sur, contamos con una buena cartografía y un completo repertorio bibliográfico recogido en *Arqueología de Castilla-La Mancha,* una publicación realizada con motivo de la exposición realizada en 1990 con esa misma denominación (FERNÁNDEZ-GALIANO, GARCÍA-GELABERT y RUS, 1990).

Pero sin lugar a dudas, los estudios regionales que más nos interesan son los dedicados exclusivamente a la Edad del Hierro, fruto en general de Tesis doctorales, entre aquellas que han sido publicadas más o menos completas hay que citar la de A. Esparza (1986) que está dedicada a *Los castros del Noroeste de Zamora,* un conjunto de yacimientos absolutamente desconocidos hasta el momento, por lo que la investigación ha permitido rellenar un gran vacío existente en la zona donde se ha producido uno de los hallazgos más espectaculares de estas dos décadas: el Tesoro de Arrabalde (MARTÍN VALLS y DELIBES 1982); o la de J. D. Sacristán (1986) sobre *La Edad del Hierro en el Valle Medio del Duero,* dedicada muy especialmente a Roa. No menos importante es la tesis de F. Romero sobre *La Edad del Hierro en la serranía soriana: Los castros,* de la que existe un amplio resumen en Studia Archaeologia (ROMERO, 1984) y cuyas principales aportaciones proceden de los trabajos de campo realizados en Zarranzano y Valdeavellano de Tera. Desgraciadamente, otras permanecen inéditas o sólo se han publicado aspectos muy parciales, como es el caso de la de González Tablas (1989), basada en los datos proporcionados por los nuevos trabajos realizados en Los Castillejos de Sanchorreja, cuya estratigrafía permite conocer la transición del Bronce Final al Hierro I, en esta área Suroccidental de la Meseta Norte.

No faltan tampoco los trabajos de investigación (tesis o memorias de Licenciatura) dirigidas a revisar determinados tipos de materiales de un yacimiento o de un área más amplia. Entre ellos hay que citar la revisión de materiales del yacimiento de Las Cogotas (KURTZ, 1987), el estudio de los puñales de Miraveche-Monte Bernorio (GRIÑÓ, 1989), las fíbulas de Aguilar de Anguita (ARGENTE, 1974), las cerámicas con decoración a peine (HERNÁNDEZ, 1981), entre otros muchos. La principal aportación de estos estudios es dar a conocer materiales de fondos de Museo, inéditos o insuficientemente publicados, así como su relación con otras áreas peninsulares o extrapeninsulares, proporcionándoles un marco cronológico y cultural preciso.

La escasez de datos puntuales, procedentes de trabajos de campo relativamente amplios, es la causa de que apenas existan Tesis relativas a la Edad del Hierro en la Meseta Sur, una carencia que se suma a la circunstancia de que ninguna de ellas haya sido publicada de manera extensa.

c) Reuniones científicas celebradas en las dos últimas décadas

Aunque no se ha celebrado ningún tipo de encuentro científico en el que específicamente se haya tratado el mundo prerromano en ambas mesetas sí son varios los congresos que, de una manera u otra, han permitido contrastar los avances producidos en este campo en todas o en parte de las regiones que nos ocupan. Siguiendo el orden cronológico de las fechas de celebración, el primer encuentro que nos interesa es el Simposio sobre *Los orígenes del mundo ibérico,* celebrado en Ampurias en el cual, por primera vez en los estudios de la cultura ibérica, se dedica una ponencia a *La iberización de las zonas orientales de la Meseta* (ALMAGRO, 1977), en la que se hace un completo y exhaustivos estudio de la segunda Edad del Hierro en la Meseta Sur, si bien queda de manifiesto la

penuria de datos y la fragilidad de los argumentos que se manejan al proceder, la mayoría de ellos, de viejas excavaciones o de simples recogidas de superficie. Sin embargo, el trabajo se ha convertido en un punto de partida a estudios posteriores. Más específico del tema que nos ocupa es el *Coloquio internacional sobre la Edad del Hierro en la Meseta Norte,* celebrado en Salamanca en 1984, en el que se presentó una serie de ponencias que permitieron encuadrar el estado de la cuestión y dar el marco adecuado a las cerca de cuarenta comunicaciones leídas. Como queda reflejado en la publicación que ha visto la luz con seis años de retraso (Actas de coloquio..., 1990), los orígenes de la Edad del Hierro en la Meseta entroncan con el Bronce Final de la zona representado por el Horizonte Cogotas I que da paso a la I Edad del Hierro identificada con el Horizonte Soto I, cada vez mejor conocido en todo el Valle del Duero dentro del cual se gesta la II Edad del Hierro como puede desprenderse de algunas estratigrafías como la del Castro de Los Castillejos de Sanchorreja. Asimismo, se presenta una secuencia de la periodización del segundo hierro con tres etapas bien definidas, sintetizadas en la ponencia realizada por Martín Valls. En suma, se da un panorama que permite reconstruir, sin apenas hiatus, la protohistoria del Valle del Duero.

Para la submeseta Sur, aunque no se ha celebrado ninguna reunión específica sobre el estado de la investigación de la Prehistoria reciente; sólo contamos con las sesiones y posteriores actas del *I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha* (1988) que dedicó un importante apartado a los *Pueblos y culturas prehistóricas y protohistóricas,* cuyo segundo volumen contiene las novedades más destacadas en la última decada relativas a la Edad del Hierro. La última de las reuniones que queremos comentar es el *I Congreso de Paletnología de la Península Ibérica,* celebrado a finales de 1989 en la Universidad Complutense de Madrid y cuyas actas todavía no han sido publicadas, las cuatro ponencias relativas al estado de la investigación de la Edad del Hierro en ambas Mesetas son un indicio claro de que esta región presenta ya un panorama no mucho más oscuro que el de otras áreas peninsulares e incluso comienza a resolver algunos problemas todavía no aclarados en otras zonas de mayor tradición en la investigación arqueológica como es el poblamiento de la Primera Edad del Hierro o el tema de las relaciones externas.

En suma, los últimos veinte años han supuesto un paso de gigante para el conocimiento del mundo prerromano del interior peninsular al empezar a conocer ya una secuencia cronológica bastante completa y con una cobertura que prácticamente afecta a la mayoría de las tierras que integran esta vasta extensión del interior peninsular. Sin embargo, son todavía muy escasos los trabajos orientados al estudio paleoambiental y de carácter económico, así como las prospecciones intensivas que nos permitan conocer mejor la ocupación del territorio, unos enfoques que sólo en los últimos años empiezan a plantearse y que esperemos den pronto sus frutos, lo cual permitirá una mayor aproximación a las formas de vida de la España prerromana.

BIBLIOGRAFIA

ACTAS (1988): *Actas del I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha, tomos II y III. Pueblos y culturas prehistóricas y protohistóricas,* Ciudad Real.

AGUILERA Y GAMBOA, E. (1916): «Las necrópolis ibéricas», *Congreso de la Asociación española para el Progreso de las Ciencias,* Madrid.

ALMAGRO GORREA, M. (1969): *La necrópolis de «Las Madrigueras»,* Biblioteca Praehistórica Hispana, vol. X, Madrid.

ALMAGRO GORBEA, M. (1977): «La iberización de las zonas orientales de la Meseta», *Simposi Internacional: Els origins del mon iberic. Ampurias 38-40,* Barcelona, 93-136.

ARGENTE, J. L. (1974): «Las fíbulas de la necrópolis celtibérica de Aguilar de Anguita», *Trabajos de Prehistoria,* vol. 31, Madrid, 143-216.

ARGENTE, J. L. (1977): «La necrópolis celtibérica de El Altillo en Aguilar de Anguita (Guadalajara). Resultados de la campaña de excavación de 1973», *Wad-al-Hayara,* núm. 4, Guadalajara, 99-141.

ARGENTE, J. L. (1990): «La necrópolis de Carratiermes (Tiermes, Soria)», *II Simposio sobre celtiberos. Las necrópolis,* Zaragoza.

BALMASEDA, L. J. y VALIENTE, S. (1979): «Excavaciones en 'El Cerrón' (Illescas, Toledo)», *Noticiario Arqueológico Hispánico,* núm. 7, Madrid, 157-210.

BELÉN, M.ª; BALBÍN, R. y FERNÁNDEZ MIRANDA, M. (1978): «Castilviejo de Guijosa (Guadalajara)», *Wad-al-Hayara,* núm. 5, Guadalajara, 63-87.

BENET, N.; JIMÉNEZ, M. C. y RODRÍGUEZ, M. B. (1990): «Arqueología en Ledesma, una primera aproximación: La excavación en la Plaza de San Martín», *Del Paleolítico a la Historia,* Salamanca, 117-136.

BLASCO, M.ª C. y ALONSO, M.ª A. (1985): *Cerro Redondo (Fuente el Saz del Jarama, Madrid).* Excavaciones arqueológicas en España, núm. 143, Madrid.

BLASCO, M.ª C.; SÁNCHEZ CAPILLA, M.ª L. y CALLE, J. (1990): «Madrid en el marco de la Primera Edad del Hierro de la Península Ibérica», *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la UAM,* núm. 15, Madrid, 139-182.
CABRÉ AGUILÓ, J. (1930): «Excavaciones en Las Cogotas (Cardeñosa, Avila).» El Castro, *Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades,* núm. 110, Madrid.
CABRÉ AGUILÓ, J. (1932): «Excavaciones en Las Cogotas, Cardeñosa (Avila) II.» La Necrópolis, *Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades,* núm. 120, Madrid.
CABRÉ AGUILÓ, J.; CABRÉ MORÁN, E. y MOLINERO PÉREZ (1950): «El castro y la necrópolis del Hierro céltico de Chamartín de la Sierra (Avila)», *Acta Arqueológica Hispánica,* Madrid.
CERDEÑO, M.ª L.; GARCÍA HUERTA, R. y DE PAZ, M. (1981): «La necrópolis de Molina de Aragón (Guadalajara). Campos de urnas en el este de la Meseta», *Wad-al-Hayara,* núm. 8, Guadalajara, 9-85.
DELIBES, G.; FERNÁNDEZ MANZANO, J.; ROMERO, F. y MARTÍN VALLS, R. (1985): *La Prehistoria del Valle del Duero,* t. 1 de Historia de Castilla y León, dirigida por J. Valdeón, Valladolid.
FERNÁNDEZ-GALIANO, D.; GARCÍA-GELABERT, P., y RUS, I. (1990): *Arqueología de Castilla-La Mancha,* Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, Madrid.
FERNÁNDEZ GÓMEZ, F. (1985): *Excavaciones arqueológicas en el Raso de Candeleda* (2 vols.), Avila.
FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, V. (1988): «El asentamiento ibérico del Cerro de las Nieves (Pedro Muñoz, Ciudad Real)», *Actas del Primer Congreso de Historia de Castilla-La Mancha, tomo III. Pueblos y culturas prehistóricas y protohistóricas,* Ciudad Real, 359-370.
FERNÁNDEZ MIRANDA, M. (1986): «La estela de Las Herencias (Toledo)», *Estudios en Homenaje al doctor Antonio Beltrán Martínez,* Zaragoza, 463-476.
FERNÁNDEZ-POSSE, M.ª D. y SÁNCHEZ PALENCIA, J. (1985): *El castro y corona de Corporales I.* Excavaciones arqueológicas en España, 141, Madrid.
FERNÁNDEZ-POSSE, M.ª D., y SÁNCHEZ PALENCIA, J. (1987): *La Corona y el castro de Corporales II (Truchas, León).* Excavaciones arqueológicas en España, 153, Madrid.
GALÁN SAULNIER, C. (1980): «Memoria de las primeras campañas de excavaciones en la necrópolis de El Navazo (La Hinojosa, Cuenca)», *Noticiario Arqueológico Hispánico,* núm. 8, Madrid.
GARCÍA ALONSO, M., y URTEAGA, M. (1985): «La villa medieval y el poblado de la Edad del Hierro de La Mota. Medina del Campo, Valladolid)», *Noticiario Arqueológico Hispánico,* núm. 23, Madrid, 61-140.
GARCÍA CARRILLO, A. y ENCINAS, M. (1987): «La necrópolis de la Edad del Hierro de 'Las Esperillas' (Santa Cruz de la Zarza, Toledo)», *Carpetania I,* Toledo, 43-68.
GÓMEZ, A. (1986): «El Cerro de los Encaños (Villar del Horno, Cuenca)», *Noticiario Arqueológico Hispánico,* 27, Madrid, 265-350.
GONZÁLEZ TABLAS, J. (1989): «Los niveles superiores de Sanchorreja. La Primera Edad del Hierro en el borde meridional de la Meseta», *Trabajos de Prehistoria,* 46.
GONZÁLEZ TABLAS, J. (1990); *La necrópolis de «Los Castillejos» de Sanchorreja. Su contexto histórico,* Salamanca.
GRIÑO, B. DE (1989): *Los puñales de tipo Monte Bernorio-Miraveche* (2 vols.), BAR International Series 504, Oxford.
HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, F. (1981): «Cerámica con decoración 'a peine'», *Trabajos de Prehistoria,* vol. 38, Madrid, 317-326.
KURTZ, W. S. (1987): *La necrópolis de Las Cogotas, vol. I: Ajuares,* BAR International Series 344, Oxford.
MALUQUER DE MOTES, J. (1954): *La Edad del Hierro en la Cuenca del Ebro y en la Meseta Central española.* Tirada aparte realizada con ocasión del «IV Congreso Internacional de Ciencias Pre y Protohistórica», Madrid.
MALUQUER DE MOTES, J. (1957): *Excavaciones arqueológicas en el Cerro del Berrueco (Salamanca).* Acta Salmanticensis XIV-1, Salamanca.
MALUQUER DE MOTES, J. (1958): *El castro de los Castillejos de Sanchorreja,* Salamanca.
MALUQUER DE MOTES, J. (1960): «Bases para el estudio de las culturas metalúrgicas de la Meseta», *I Symposium de Prehistoria peninsular,* Pamplona.
MALUQUER DE MOTES, J. y TARACENA, B. (1954): «Los pueblos de la España Céltica», *Historia de España,* dirigida por R. Menéndez Pidal, vols. I-3, Madrid, 1-299.
MARTÍN VALLS, R., y DELIBES, G. (1982): *El tesoro de Arrabalde y su entorno histórico.* (Guía de exposición), Zamora.
NIETO, G., SÁNCHEZ MESEGUER, J. y POYATO, C. (1980): *Orerto,* I. Excavaciones Arqueológicas en España, núm. 114, Madrid.
PALOL, P. DE y WATTENBERG, F. (1974): *Carta arqueológica de España. Valladolid,* Valladolid.
ROMERO CARNICERO, F. (1984): «La Edad del Hierro en al serranía soriana. Los castros», *Studia Archaeologica,* 75, Valladolid.
RUIZ ZAPATERO, G. y CARROBLES, J. (1990): «La necrópolis de la Edad del Hierro de Palomar de Pintado (Villafranca de los Caballeros, Toledo)». *Actas del Primer Congreso de Arqueología de Toledo,* Toledo, 235-258.
SACRISTÁN DE LAMA, J. D. (1986): *La edad del Hierro en el Valle Medio del Duero. Rauda (Roa, Burgos),* Valladolid.
SCHULE, W. (1969): *Die Meseta-Kulturen der Iberischen Halbinsen,* Berlín.
TARACENA, B. (1929): «Excavaciones en las provincias de Soria y Logroño», *Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades,* núm. 103, 3-27.
TARACENA, B. (1941): *Carta Arqueológica de España. Soria,* Madrid.

VALIENTE, J. y PRADO, S. (1977-78): «Estelas decoradas de Aldea del Rey (Ciudad Real)», *Archivo Español de Arqueología*, I-II.
VV.AA. (1987): *130 años de Arqueología madrileña*, Madrid.
VV.AA. (1989): *Diez años de Arqueología soriana (1978-1988)*, Soria.
VÉLEZ, J. y PÉREZ, J. J. (1987): «El yacimiento protohistórico del Cerro de Las Cabezas», *Oretum*, III, Ciudad Real, 167-196.
WATTENBERG, F. (1960): «Los problemas de la cultura celtibérica», *Primer Symposium de Prehistoria Peninsular*, Pamplona, 151-178.
WATTENBERG, F. (1963): *Las cerámicas indígenas de Numancia*, Biblioteca Praehistórica Hispánica, vol. IV, Madrid.

LA CULTURA CASTREXA Y GALAICO-ROMANA

Fernando Acuña Castroviejo
Universidad de Santiago de Compostela

Los veinte años de arqueología en el NO hispánico (en los que hay que incluir necesariamente lo sucedido en el N de Portugal), conviene retrotraerlos un poco pues es, en los años 1967 y 1968, cuando comienza la renovación de los estudios arqueológicos en Galicia gracias a dos circunstancias fundamentales:

La primera, fue la creación de la Sección de Arqueología y Prehistoria del Instituto de Estudios Galegos «P. Sarmiento», dependiente del CSIC, bajo la dirección de D. Fermín Bouza Brey (a quien por cierto el próximo año se le dedicará el *Dia das Letras Galegas*), que reunió en su seno a un grupo de jóvenes que por aquel entonces hacían sus primeros pasos en el campo de la arqueología.

La segunda fue la incorporación a la Universidad de Santiago del profesor Alberto Balil, que ejercería su magisterio en el Seminario de Arqueología, por él creado, de la entonces Facultad de Filosofía y Letras, y el comienzo de una fructífera etapa de formación de una escuela arqueológica.

Avanzados los años setenta los Museos entran plenamente en la dinámica investigadora.

En estos primeros años se retoman las excavaciones en yacimientos ya conocidos como son los castros de Baroña, Borneiro, Castromao, Elviña, O Neixón, Penarrubia, Troña, Vigo y Viladonga. Lo mismo sucede en asentamientos problemáticos como las Torres del O, de origen romano pero de gran importancia en su época medieval (BALIL, 1971) o A Lanzada que recientemente ha visto publicado un buen artículo ilustrativo de la complejidad del yacimiento y de la importancia del mismo para los intercambios protohistóricos atlánticos (SUÁREZ OTERO y FARIÑA BUSTO, 1990).

En esta fase el mundo romano es el gran desatendido en el trabajo de campo, si exceptuamos las excavaciones efectuadas en Rodeiro (GARCÍA ALÉN, 1973).

Sin embargo, en el campo de las publicaciones aparecen unos artículos clarificadores del profesor Balil que por un lado planteaban la problemática de la investigación en la arqueología romana de Galicia (BALIL, 1973), y por otro lado incidían y presentaban las pautas sobre el comercio (BALIL, 1971, 1973).

La necesidad de dar a conocer los nuevos hallazgos y la ineludible relación con el N de Portugal, motiva la celebración de reuniones periódicas a uno y otro lado del Miño que sirvieron para actualizar los conocimientos (SANOP, 1979, 1980).

Con motivo del XV CAN celebrado en Lugo en 1977 se publicó un estado de la cuestión de la arqueología gallega que sirvió como punto de partida para ver las necesidades y carencias en las investigaciones de la época (VV.AA., 1979).

Para el mundo romano fue muy importante la celebración del Bimilenario de Lugo en 1976, ya que las Actas publicadas (Actas 1977) reflejaron una obra de conjunto sobre la época complementaria de un volumen colectivo editado por los mismos años (VV.AA., 1976), no superado en muchos aspectos hasta la publicación de la tesis de Tranoy casi un decenio más tarde (TRANOY, 1985).

Para toda la bibliografía de la Galicia romana anterior a 1975 debe consultarse la recopilación que figura inserta en las Actas de Lugo.

La presencia del profesor Luzón en la Universidad de Santiago motivó la realización de una amplia campaña de prospección sistemática en la comarca del Caurel que supuso un conocimiento profundo de los sistemas de explotación minera en época romana así como de los asentamientos castrexos mineros (LUZÓN y SÁNCHEZ PALENCIA, 1980).

Finalmente, a esta etapa corresponden un estudio sobre el hábitat castrexo, muy importante por ser la visión de conjunto más actual sobre la arquitectura y los asentamientos (ROMERO MASÍA, 1976), y la publicación de dos importantes monografías sobre dos de los principales monumentos arquitectónicos de época romana existentes en Galicia: las murallas de Lugo (ARIAS VILAS, 1971) y la Torre de Hércules (HUTTER, 1973) a las que hay que añadir las publicaciones sobre arte romano (ACUÑA CASTROVIEJO, 1973, 1974), (BALIL, 1978).

La década de los ochenta significa la progresiva incorporación a la investigación y al trabajo de campo de numerosas hornadas de arqueólogos licenciados en la especialidad existente en la Universidad, lo que origina una ampliación en las líneas de actuación en los distintos campos.

Es también el momento de la creación de las Autonomías, la transferencia de las competencias por parte del Gobierno Central y en consecuencia, el ejercicio del control sobre la actividad arqueológica por parte de la Xunta de Galicia a través de la Consellería de Cultura que se dota de una legislación propia (Decreto 1989).

Todo esto ocasionó también una gran actividad en excavaciones de urgencia no siempre realizadas por los arqueólogos más competentes en cada caso, que supusieron el acopio de gran número de documentación que rara vez se publicó y que esperamos que algún día vea la luz.

En el capítulo de publicaciones son importantes para el conocimiento del mundo castrexo y galaico-romano obras de conjunto editadas a lo largo de esta década.

De ellas hay que comenzar por destacar el volumen de cuya edición se encargó el profesor Pereira (PEREIRA MENAUT, 1983) ya que en él se traza una panorámica desde los orígenes de los castros hasta la implantación del latín en la sociedad galaico-romana pasando por cuestiones como el arte, la economía, la minería y el comercio, entre otras, debidas a especialistas en los distintos campos Calo, Sierra, Fariña, Bermejo, Vázquez, Luzón, Caamaño, Tovar, Díaz, Almeida y el propio editor. El volumen es novedoso por los contenidos críticos y sugeridores que, sin duda, estimularon la investigación posterior.

Obra obra de conjunto que conviene destacar es la que se acaba de publicar recientemente (VV.AA., 1991).

Trátase del tomo I de una nueva *Historia de Galicia* que viene a suponer el esfuerzo más serio realizado en los últimos años para exponer todo el desarrollo histórico del NO peninsular desde el Paleolítico hasta las invasiones germánicas. La obra se articula en tres grandes bloques dedicados los primeros a las sociedades cazadoras y recolectoras y el tercero, que es el que aquí interesa al mundo castrexo y galaico romano.

En este bloque se encuentra la visión más actual sobre los asentamientos castrexos, la integración de los castros en el Imperio romano, los asentamientos correspondientes a la época romana, las vías y los campamentos militares y, finalmente, la economía, comercio y aspectos artísticos tanto en el mundo castrexo como en el romano. La obra, escrita por distintos especialistas (ACUÑA CASTROVIEJO, CAAMAÑO GESTO, GARCÍA QUINTELA, NAVEIRO LÓPEZ, PÉREZ LOSADA y VÁZQUEZ VARELA) supondrá sin duda, un punto de partida a tener en cuenta para toda investigación posterior.

Obra, también interesante, es la tesis doctoral de Armando Coelho (SILVA, 1986) distribuida en tres capítulos en los que analiza, en el primero, el hábitat desde la implantación de los poblados hasta la ordenación urbana estableciendo una periodización en tres fases, discutible, pero que intenta seriar el progresivo desarrollo de los castros hasta la época romana.

El segundo capítulo se dedica a la economía y a la ergología mientras que el tercero se centra en la organización de la sociedad entrando en cuestiones tan discutidas como, por ejemplo, el signo.

Son de destacar en esta publicación los amplios inventarios de los castros del N de Portugal, así

como de los elementos de la cultura material (cerámica, metalurgia y orfebrería) y la extensa parte gráfica.

En los últimos tiempos se ha centrado parte de la investigación en el análisis espacial de los asentamientos en distintas comarcas tanto en Galicia como en el N de Portugal, importantes por la posibilidad que ofrecen para un análisis comparativo. Buena muestra de esto son los estudios sobre la Tierra de Trasdeza (CARBALLO ARCEO, 1986), y sobre las cuencas del Limia (ALMEIDA, 1990) y Cávado (MARTINS, 1990).

Y es precisamente en los asentamientos castrexos donde se han producido novedades muy importantes para el origen de los poblados en una etapa que, en algunos casos, se puede llevar al Bronce Final. Los yacimientos más ilustrativos a este respecto son los de Torroso en donde a finales del siglo VII a. de C. existe una arquitectura doméstica con muros de mampostería (PEÑA SANTOS, 1987), Penalba donde en el siglo VI a. de C. con cabañas circulares (ÁLVAREZ NÚÑEZ, 1986) y, finalmente el castro de A Graña donde en la fase más antigua se documentaron fondos de cabaña circulares que se pueden llevar al siglo VII a. de C. (ACUÑA CASTROVIEJO y MEIJIDE CAMESELLE, 1988).

En el otro extremo podríamos situar los castros totalmente romanos de grandes dimensiones como Santa Trega (PEÑA SANTOS, 1988) San Cibrán de Lás (PÉREZ OUTEIRIÑO, 1985), Viladonga (ARIAS VILAS, 1985) Vigo (HIDALGO CUÑARRO, 1987).

Pero también castros de proporciones reducidas como el ya citado de A Graña existe una fase final de época romana muy importante.

Sin apartarnos del mundo castrexo son interesantes las aportaciones que sobre diversos aspectos del mundo material publicaron distintos autores.

Así para el arte, en conjunto, el profesor Ferreira de Almeida publicó una síntesis muy precisa (ALMEIDA, 1986) en la que lleva las grandes manifestaciones artísticas a la época romana.

Para la orfebrería son importantes los trabajos de Pérez Outeiriño sobre las arracadas en los que, aparte de inventariarlas, analiza la tipología, decoración y las técnicas (PÉREZ OUTEIRIÑO, 1982) y de Castro Pérez en una obra más general sobre los torques prehistóricos en el mundo antiguo en la que dedica un apartado a los torques hispánicos y del NO resultando una síntesis bien realizada sobre el estado de la investigación en este aspecto (CASTRO PÉREZ, 1990).

Finalmente, destaca la excavación realizada en el castro de Espasante (Ortigueira, A Coruña) ya que proporcionó un nuevo monumento con horno en un área, el convento lucense, hasta la fecha sin restos de este tipo (RAMIL GONZÁLEZ, 1991).

En lo que respecta al mundo romano, las principales aportaciones provienen del mejor conocimiento que tenemos de las ciudades, los asentamientos militares, los establecimientos tipo villar o asimilados.

Para el primer aspecto destaca la importancia, cada vez mayor que la ciudad de A Coruña tuvo en la antigüedad; los trabajos de arqueología urbana así lo demuestran (NAVEIRO LÓPEZ, 1989). En cuanto a Lugo, que como capital de un convento jurídico, debería presentar un panorama rico en hallazgos, tiene pendiente todavía la publicación de las numerosas excavaciones llevadas a cabo en los últimos años y que cambiarán las ideas que se tenían sobre esta ciudad.

En cuanto a los asentamientos militares destacan las excavaciones realizadas en el campamento de Cidadela que revelaron que la *Cohors I Celtiberorvm* tenía allí su sede (CAAMAÑO GESTO, 1983) y las de *Aquis Querquernis* lugar en el que, además de un campamento hubo una mansión de la vía CVIII del Itinerario de Antonino (RODRÍGUEZ COLMENERO, 1983).

Por lo que respecta a las *villae* son novedosas las excavacioens realizadas en Noville que muestran la existencia de un establecimiento costero, hoy parcialmente anegado por el mar, correspondiente a los siglos IV-V d. de C. (PÉREZ LOSADA, 1988) que viene a incidir sobre la mayor importancia que adquiere Galicia en el mundo tardorromano.

No propiamente una villa pero sí un establecimiento romano singular, todavía no publicado con amplitud, es el de Santo Tomé, cerca de Ourense y al pie de un castro, en el que se pueden observar restos constructivos de edificaciones de dos plantas (RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, 1988), que por los materiales encontrados, especialmente cerámicas, comienza en el siglo I y continúa hasta el siglo V.

Los resultados de la mayor parte de las últimas campañas todavía no se conoce si no es a través de una nueva serie de publicaciones titulada *Arqueoloxía. Informes* a cargo de la Consellería de Cultura de la Xunta de Galicia, que anualmente recoge una breve información de los principales resultados y de los que hasta el momento han aparecido los correspondientes a las campañas de 1987 y 1988.

BIBLIOGRAFIA

ACTAS (1977): *Actas del Coloquio Internacional sobre el Bimilenario de Lugo,* Patronato de Bimilenario de Lugo.

ACUÑA CASTROVIEJO (1973): *Mosaicos romanos de Hispania Citerior II Conventus Lucensis,* Stvdia Archaeologica, 24.

ACUÑA CASTROVIEJO (1974): *Mosaicos romanos de Hispania Citerior III. Conventus Bracarensis,* Studia Archaelogica, 31, Santiago-Valladolid.

ACUÑA CASTROVIEJO y M EIJIDE CAMESELLE (1988): «Castro de A Graña (Toques, A Coruña)» *Arqueoloxía. Informes 2, Campaña 1988,* Xunta de Galicia, 51-54.

ALMEIDA (1986): «Arte castreja.» *A arqueologia* 13, Porto, 161-172.

ALMEIDA (1990): *Protohistoria e romanizaçao da bacia inferior do Lima* Viana do Castelo.

ÁLVAREZ NÚÑEZ (1986): *Castro de Penalba. Campaña 1983,* Arqueoloxía, Memorias 4, Xunta de Galicia.

ARIAS VILAS (1971): *Las murallas romanas de Lugo,* Studia Archaeologica 14, Santiago, 1972.

ARIAS VILAS (1985): *Castro de Viladonga, Campaña 1983,* Arqueoloxía, Memorias 2, Xunta de Galicia.

BALIL (1971): «Excavaciones en Torres de Oeste de Catoira (Pontevedra)», NAH XIII-XIV, 1969, 1970, 300-303.

BALIL (1971b): «Galicia y el comercio atlántico en época romana», *Actas do II Congresso Nacional de Arqueologia,* Coímbra, 341-346.

BALIL (1973a): «De nuevo sobre Galicia y sus relaciones marítimas durante la época imperial romana», *Actas do III Congreso Nacional de Arqueología,* Porto, 211-221.

BALIL (1973b): «Algunos aspectos y problemas de la Galicia romana», CEG XXVIII, 161-180.

BALIL (1978): Esculturas de época romana en Galicia «Aspectos y problemas», RG 88, 147-157.

CAAMAÑO GESTO (1983): «Aportación al estudio de la Cohors I Celtiberorum: una inscripción militar hallada en el campamento romano de Cidadela (Sobrado dos Monxes, A Coruña)», *Brigantium* 4, 61-71.

CARBALLO ARCEO (1986): *Povoamento castrexo e romano da Terra de Trasdeza,* Arqueoloxía/Investigación 2, Xunta de Galicia.

CASTRO PERES (1990), *Os torques prehistóricos,* Biblioteca de divulgación, Universidade de Santiago.

DECRETO (1989): *Decreto regulador da actividade arqueolóxica na Comunidade Autónoma de Galicia,* Xunta de Galicia.

GARCÍA ALÉN (1973): «Yacimiento de Porta de Arcos, Rodeiro», EMP XXVII, 65 (Sucinta información sobre os primeiros traballos).

HIDALGO CUÑARRO (1987): «El castro de Vigo y sus niveles de ocupación», *Lucerna* II, Porto, 119-134.

HUTTER (1973): *Die römische Leuchturn von La Coruña,* Madrider Beitrage 3, Mainz.

LUZÓN NOGUE y SÁNCHEZ PALENCIA (1980): *El Caurel,* EAE 110, Madrid.

MARTINS (1990): *O povoamento protohistorico e a romanizaçao da bacia do curso medio do Cavado,* Praga.

NAVEIRO LÓPEZ (1989): *La ciudad y el mundo urbano en la Historia de Galicia,* Tórculo Edicións, Santiago (Cap. dedicado a la ciudad de A Coruña en época romana).

PEÑA SANTOS (1987): «El Castro de Torroso (Mos, Pontevedra)», TAE 27, Porto, 113-136.

PEÑA SANTOS (1988): «Algunos aspectos urbanísticos del poblado galaico-romano de Santa Trega», *Pontevedra* 4, Diputación Provincial, 27-36.

PEREIRA MENAUT (1983): *Estudios de cultura castrexa e de Historia Antiga de Galicia,* Universidade de Santiago de Compostela (Edición de G. Pereira Menaut).

PÉREZ LOSADA (1988): «Noville (Franza, Mugardos, A Coruña», *Arqueoloxía Informes* 2, Xunta de Galicia, 87-91.

PÉREZ OUTEIRIÑO (1982): *De ourivesaria castrexa I. Arracadas,* Boletín Auriense, Anexos 1, Ourense.

PÉREZ OUTEIRIÑO (1985): «Informe sobre las excavaciones arqueológicas de A Cidade de San Cibrán de Las (San Amaro-Punxín, Ourense)», NAH 22, 211-259.

RAMIL GONZÁLEZ (1988): «Castro de Punta dos Prados (Espasante, Ortigueira, A Coruña)», *Arqueoloxía, Informes* 2, Xunta de Galicia, 63-66.

RODRÍGUEZ COLMENERO (1983): «El campamento romano de Aquis Querquernis (Orense)», II SANOP, Santiago 1980, Madrid 1983, 247-260.

RODRÍGUEZ GONZÁLEZ (1988): «Consunto arqueolóxico de Santomé (Ourense)», *Arqueoloxía, Informes,* Xunta de Galicia, 81-85.

ROMERO MASÍA (1976): *El hábitat castreño,* Colexio de Arquitectos de Galicia, Compostela.

SANOP (1979 y 1980): *Actas do Seminario de Arqueologia do Noroeste Peninsular,* Guimaraes. *II Seminario de Arqueología del Noroeste,* Santiago de Compostela 1980, Madrid 1983.

SILVA (1986): *A cultura castreja do Noroeste de Portugal,* Camara Municipal de Paços de Ferreira/Museu Arqueologico da Citania de Sanfins.

SUÁREZ OTERO y FARIÑA BUSTO (1990): «A Lanzada (Sanxenxo, Pontevedra), definición e interpretación de un yacimiento castreño atípico», MM 31, Mainz, 309-337.

TRANOY (1985): *La Galice romaine,* París.

VV.AA. (1976): *La romanización de Galicia*, Cuadernos del Seminario de estudios cerámicos de Sargadelos 16, Ediciones del Castro.
VV.AA. (1989): *Prehistoria e arqueoloxía de Galicia. Estado da cuestión*, Sección de Arqueoloxía e Prehistoria do Instituto de Estudos Galegos «P. Sarmiento», Lugo.
VV.AA. (1991): *Galicia. Historia* I: *Prehistoria. Historia Antigua*, (Coordinador de «Lo castreño al final de la Antigüedad», F. Acuña Castroviejo).

ARQUEOLOGIA HISPANO-ROMANA: REPUBLICA Y ALTO IMPERIO

Carmen Fernández Ochoa y Lourdes Roldán Gómez
Universidad Autónoma de Madrid

INTRODUCCION

Resulta difícil sintetizar en tan pocas páginas lo que ha sido el desarrollo de los estudios hispanorromanos en España durante los últimos veinte años. Por esta razón, entre otras, limitaremos este estudio al ámbito de la Arqueología dejando para otros el tratamiento de aquellas disciplinas complementarias y afines como son la Epigrafía, la Numismática o la interpretación de las fuentes textuales, cuya expecificidad sobrepasa los objetivos y el espacio de esta aportación.

Deseamos abordar el tema con un enfoque positivo, es decir, tomando como base los avances científicos que ha experimentado la Arqueología Hispanorromana. Ello no implica el olvido de las carencias y las lagunas que aquejan a estos estudios, cuyo desarrollo, todavía deficiente, viene determinado en nuestro país por causas bien conocidas (1).

Carecemos en España de una obra de síntesis sobre la Arqueología Hispanorromana semejante a la publicada por Alarcâo para Portugal. De la primera edición de este trabajo en 1974, hasta la versión de 1988 (ALARCÃO, 1988), se aprecia con nitidez el progreso de estos estudios en el país vecino. Las síntesis españolas presentan un enfoque eminentemente histórico y reiterativo, salvo excepciones muy contadas.

LA CIUDAD: ARQUITECTURA Y URBANISMO

1. Fortificaciones campamentales

Antes de abordar el panorama historiográfico del urbanismo hispanorromano, conviene echar una ojeada al tema de la castramentación. Los vestigios de *praesidia* y *castra* conservados en España corresponden a la etapa de vigilancia armada que Roma mantuvo en la Península a lo largo de varios siglos de dominio. Si bien es cierto que no fue Iberia una zona militarizada al estilo de Britannia o el Limes centroeuropeo, no cabe duda de que la larga duración de la conquista implicó una presencia militar importante hasta mediados del siglo I d. de C.

En España no ha habido una investigación continuada sobre los campamentos romanos. A diferencia de lo que ocurre en Alemania o Gran Bretaña, no contamos con estudios específicos sobre defensas castrenses, y muy pocos campamentos han sido excavados de forma satisfactoria.

La génesis del interés por este asunto arranca de la labor de Schulten, quien, entre 1907 y 1943, investigó el tema castrense en los entornos de Numancia, extendiendo también sus pesquisas a otros recintos como Almazán, Aguilar, Rosinos de Vidriales y Almenara. En colaboración con Paulsen excavó en Cáceres el Viejo y trató además de identificar los campamentos de las guerras Cántabras siguiendo las fuentes textuales.

Hasta los años sesenta, los avances en el estado de la cuestión se producen como consecuencia de las intervenciones en ciudades importantes como Ampurias y Tarraco llevadas a término por Serra Vilaró, Almagro, Lamboglia, etc.

Entre el sesenta y el setenta, irrumpe con fuerza la preocupación de algunos investigadores por las fortificaciones tardorromanas. Esta línea de investigación tiene en el profesor Balil su máximo exponente. El interés de estos estudios —inspirados en el famoso artículo de Richmond «Five Townwalls in Hispania Citerior» escrito en 1930— reside en el posible origen campamental de algunos recintos fortificados como Lugo, León o Astorga. Por otra parte, Loewinston da a conocer en 1963 la existencia de los campamentos de Castrocalbón.

Hasta los años setenta-ochenta, no se publican trabajos específicos sobre campamentos romanos sin vestigios de urbanización posterior. A este período corresponden los estudios de Gamer y Ortego sobre Almazán, Abásolo sobre Sasamón, Beltrán Lloris sobre Cáceres el Viejo, Delibes y Martín Vals sobre Rosinos de Vidriales.

En los últimos años, la continuación de los trabajos en Ampurias y Tarraco ha permitido identificar sus respectivos *praesidia.* Se han localizado nuevos campamentos como Aquis Querquennis excavado por Colmenero, A. Cidadela De Sobrado dos Monxes investigado por Caamaño Gesto o el de Valdemeda (León) localizado mediante fotografía aérea por Sánchez-Palencia y que tendría como finalidad el control de las minas de la zona. Ulbert ha reexcavado en Cáceres el Viejo y Sánchez-Lafuente ha reinterpretado el de Aguilar de Anguita. Con el ánimo de aligerar las citas bibliográficas de este apartado, remitimos al lector a la síntesis de A. Morillo donde se realiza un buen estado de la cuestión sobre el tema con la documentación pertinente (MORILLO, 1991).

Resulta evidente que, a pesar de los logros señalados, los recintos militares hispanos no se han estudiado a fondo desde el punto de vista arqueológico, y se ha dado, con frecuencia, mucha más importancia a los aspectos históricos de la presencia militar en un territorio, con base en las fuentes escritas o epigráficas, que a los vestigios materiales.

2. Urbanismo hispanorromano

Los estudios sobre el *urbanismo de la Hispania Romana* se encuentran aún poco desarrollados, especialmente para el período que representa el paso de la sociedad ibérica a la romana. Algunos planteamientos generales que hoy tenemos sobre dichos fenómenos no han variado esencialmente en los últimos veinte años. No obstante, poco a poco se van consiguiendo avances al ritmo que marcan las recientes excavaciones en las ciudades y sobre todo, gracias al creciente interés por el tema.

A comienzos de la década de los setenta algunas publicaciones (GARCÍA y BELLIDO, 1959; BALIL, 1972; MANSUELLI, 1974), definieron unos principios básicos que, actualmente, siguen en vigor. Se consideraba a la ciudad como un elemento esencial de la colonización romana y base de apoyo para su asentamiento en la Península. No obstante, se valoraba la existencia de un urbanismo anterior, desigual para unas zonas y otras, cuyo aprovechamiento había sido uno de los elementos principales de la citada colonización.

Así, por ejemplo, Balil (1972, 39) resumía esta política urbanizadora de Roma en Hispania diciendo que se caracteriza más por la valoración de las ciudades preexistentes que por el estímulo y la fundación de nuevas ciudades. Paralelamente, Mansuelli (1974) resaltaba la importancia de la colonización fenicia y griega, así como la experiencia Bárquida y la continuidad en los asentamientos para los primeros momentos de la conquista.

Estudios posteriores trataron de avanzar en el conocimiento de estos temas a través de los datos históricos, epigráficos y, en menor medida, arqueológicos. Ello quedó reflejado en el *Symposium de Ciudades Augústeas,* al tiempo que otros estudios (FATÁS, 1973; GARCÍA MERINO, 1975) establecían las bases para el estudio del poblamiento y los fenómenos urbanísticos ante la romanización en zonas del interior.

El problema fundamental para concretar el estudio de estos aspectos en los comienzos de la Hispania romana era entonces el desconocimiento arqueológico de la mayoría de las ciudades. Este pro-

blema, actualmente, sigue siendo el verdadero obstáculo, sobre todo para época republicana, aun a pesar de los notables avances de la arqueología urbana.

En la década de los ochenta se ha dado un incremento en el interés por los estudios de urbanismo hispanorromano. Resultado de ello ha sido la publicación de estudios generales y la organización de Mesas Redondas, Congresos y Symposia en torno a las transformaciones que, a raíz de la conquista romana, sufrió el poblamiento de la península ibérica (ABASCAL y ESPINOSA, 1989; La Baja época de la cultura ibérica, 1981; Los asentamientos ibéricos ante la romanización, 1987).

Las tendencias actuales en la investigación tratan, en términos generales, de definir la política urbanizadora de Roma partiendo de un hecho evidente: el grado de desarrollo urbanístico existente en la Península a la llegada de los romanos no fue semejante para todas las zonas, como no lo era para otros aspectos de la sociedad.

En efecto, hay que valorar las influencias que supuso, para la zona Sur y oriental de la Península, el establecimiento de colonias, fenicias y griegas (2), así como la etapa Bárquida (BENDALA, 1987a; BENDALA *et alii,* 1987; BENDALA, 1990); con el inconveniente, para esta última, de la escasez de testimonios arqueológicos (3). Sin embargo, el grado de desarrollo urbano para la Meseta y, sobre todo, para el Noroeste, era notablemente inferior (BENDALA *et alii,* 1987) y ello también debió producir diferencias en sus transformaciones posteriores.

La investigación actual en ciudades prerromanas del Levante y Mediodía documenta una continuidad en el urbanismo con respecto a las de época romana (BENDALA, 1981, 40-45). Así, por ejemplo, Carmona (JIMÉNEZ, 1989), Obulco (ARTEAGA Y BLECH, 1987), Tossal de Manisses (ABAD, 1984), La Alcudia de Elche (RAMOS FOLQUÉS, 1966) y quizás Híspalis (CAMPOS, 1986, 155) y Cartago Nova (RAMALLO, 1989), entre otras, fueron núcleos de entidad en época anterior a la conquista. En cualquier caso su extensión no fue comparable a las ciudades del Mediterráneo Occidental excepto en *Gadir, Cartago Nova* y quizás *Corduba* (ALMAGRO, 1987, 29).

Con respecto a la acción de Roma en la Península, las fundaciones, como se está poniendo de manifiesto, fueron escasas para el período republicano. Se debieron a acontecimientos concretos y apenas hay creaciones ex novo (BENDALA, 1990; ABASCAL y ESPINOSA, 1989, 20). Ejemplos como Itálica (LUZÓN, 1982), Córdoba (IBÁÑEZ, 1983; RODRÍGUEZ NEILA, 1988; STYLOW, 1990) o Tarraco (AQUILUÉ y DUPRÉ, 1986) están documentando la existencia de asentamientos ibéricos previos aunque, al parecer, de escasa entidad. Todos ellos, tras convivir de forma independiente con los asentamientos romanos, acabaron integrándose en éstos.

Según los datos arqueológicos más recientes, algunos fenómenos como la *Dípolis* (4) o la *Contributio,* han de considerarse esenciales en el proceso de urbanización llevado a cabo por los romanos.

La política urbanizadora de Roma en la Península comenzó con César, y sobre todo, con Augusto. Continuó en época de Julio Claudia y se consolidó finalmente, en época Flavia tras el edicto de latinidad de Vespasiano (ABASCAL y ESPINOSA, 1989).

En relación con todo ello, la arqueología y la investigación de los últimos años han venido a demostrar la adecuación de las estructuras urbanas a las necesidades político-administrativas de las ciudades. Así, se ha podido documentar la realización de programas urbanísticos en Tarraco y Mérica con motivo de su definición como capital de la tarraconense y de la Lusitania *(La ciudad Hispanorromana y su monumentalización en época augustea, 1987).* Asimismo, la consecución de un *status* jurídico, en ciudades como Baelo, Munigua o Segóbriga provocaron nuevas planificaciones urbanísticas con la construcción de determinados edificios públicos.

En la Meseta sigue siendo el principal problema la ausencia de documentación, especialmente para época republicana. Los trabajos llevados a cabo en sus ciudades demuestran que se dio un mantenimiento de las preexistentes. Ciudades como Segóbrica, Ercávica, Toletum, Consabura, Laminium, Sisapo, etc. conservaron sus nombres indígenas en los asentamientos romanos.

Tanto en ciudades de la Meseta, como del Valle del Ebro, resulta relativamente frecuente el cambio de emplazamiento como parece darse en Segóbrica, Ercávica, Clunia, Tiermes, Valeria (BENDALA *et alii, 1987 131-32*) o Bílbilis (BURILLO y OSTALE, 1983-84). Ello evidencia que lo que se aprovechó fue el entorno geográfico, pero no el lugar concreto de asentamiento. También se ha documentado el fenómeno de la *Contributio y,* quizás, algún caso de Dípolis, como se ha apuntado para Valeria (BENDALA *et alii,* 1987, 132).

En el Noroeste, el conocimiento del urbanismo romano es aún más escaso. El estudio arqueológico se ha basado, tradicionalmente, en los castros amurallados que definen el poblamiento en esta zona. Aun para estos últimos, la documentación procede, la mayoría de las veces, de antiguas excavaciones y limitadas publicaciones, por lo que resulta inadecuada (TRANOY, 1981).

A partir de los años ochenta se han incrementado las excavaciones y se han ido realizando varios trabajos de síntesis, que van definiendo de forma más clara las líneas de actuación romanas. Como se puso de manifiesto en el Coloquio Arqueológico del Noroeste (1983-84), parece demostrada la permanencia de los castros en época romana e, incluso, la creación de otros nuevos. Se ha llegado incluso a vislumbrar que lo considerado típicamente castreño se desarrolla a partir de la conquista romana, hasta época Flavia (FERREIRA D'ALMEIDA, 1983; FERNÁNDEZ OCHOA, 1988).

En época de Augusto y con los Flavios tuvo lugar la creación de ciudades, probablemente más con un sentido de relación entre el poder central y los pueblos de la provincia (LE ROUX Y TRANOY, 1983-84, 202) que con un carácter militar en su origen (ARIAS VILAS, 1983-84). Excepción de lo dicho sería el caso de Astúrica Augusta (MAÑANES, 1983-84), hoy también cuestionado (GARCÍA MARCOS, 1990).

3. Las ciudades hispanorromanas

El conocimiento de las ciudades hispanorromanas, consideradas de forma independiente, ha crecido enormemente en los veinte últimos años. Varias son las causas que han llevado a este crecimiento y no siempre debidas a idénticos impulsos. El traspaso de todas las competencias en materia de arqueología a las Comunidades Autónomas ha determinado grandes diferencias entre unas Comunidades y otras.

Paralelamente, su pervivencia como lugar de hábitat en épocas posteriores también ha determinado, en gran parte, la posibilidad o no de realizar excavaciones en su recinto.

En esta línea podemos establecer dos grandes grupos. Aquellas ciudades romanas a las que se superponen ciudades modernas y, aquellas otras abandonadas en un determinado momento de su historia y, por lo tanto, actualmente en despoblados.

La investigación de las ciudades con desarrollo urbano posterior ha generado el término de «Arqueología Urbana». Un tipo de arqueología que en nada se diferencia, en cuanto a exigencias y método empleado, de las demás arqueologías, pero que requiere una planificación muy diferente. Su desarrollo ha sido, sin duda, uno de los logros más espectaculares de actuales de ciudades como Córdoba, Sevilla, Mérida, Tarragona, Valencia, Zaragoza, etc., para comprobar las diferencias con los de los años sesenta. En este sentido la creación de servicios municipales (Zaragoza), talleres escuela (Tarragona), o secciones de arqueología urbana han logrado, al menos de modo parcial, el control del desarrollo urbanístico, evitando la destrucción de numerosos restos.

La planificación de proyectos específicos de excavación y estudio de edificios concretos, como en el caso del circo y el anfiteatro de Tarraco; el teatro de Caesar Augusta, o el teatro de Itálica han contribuido, no sólo al conocimiento de los citados edificios, sino también a su utilización e incorporación al entorno urbanístico.

En la ciudad de Tarraco, el avance de la investigación ha sido notable. Gracias a la existencia de una política arqueológica, nos es conocida la existencia de un plan urbanístico definido para época romana. Conocemos, además del recorrido de la muralla y de sus fases constructivas, la estructuración de la ciudad en tres terrazas; la existencia de dos foros y de varios edificios para espectáculos.

Las excavaciones llevadas a cabo por Th. Hauschild en la muralla, a partir de los años 1973-74, dieron como resultado la determinación de una cronología poco posterior al 218 a. de C. para el establecimiento de un *praesidium* en la parte alta de la ciudad (HAUSCHILD, 1983; AQUILUE y DUPRÉ, 1986). Posteriormente tendría lugar una ampliación a comienzos del siglo II a. de C. (o hacia el tercer cuarto del siglo II a. de C. según AQUILUÉ y DUPRÉ, 1986, 18) extendiéndose a la zona porturaria y acogiendo en su interior el núcleo ibérico.

Las investigaciones en la terraza superior, comenzadas por Sánchez del Real en 1955 (SÁNCHEZ DEL REAL, 1969) y continuadas por Hauschild (1977 y 1983), Dupré y Pamiés (1986-87), llevaron a considerar la existencia de una planificación urbanística de carácter axial. Habría sido planeada en época de Augusto, probablemente con motivo de la ascensión de Tarraco a capital de la Provincia Citerior, y llevada a cabo ya en época flavia.

En la terraza superior se ubicaron dos edificios de culto, uno dedicado a Augusto y el otro a Júpiter Ammón. El templo augusteo debió estar rodeado por una gran plaza porticada, a cuya decoración corresponderían los fragmentos de frisos con bucráneos y guirnaldas y los clípeos de Júpiter Ammón hallados en esta zona. En la zona intermedia, donde se había hallado el mayor número de

estatuas honoríficas e inscripciones de funcionarios providenciales, se ubicaría el foro provincial de la Hispania Citerior (CORTÉS, 1987; DUPRÉ, 1989). Por último, en la terraza inferior, se construyó el circo.

Ya en la parte baja se ubicó el foro municipal. El gran edificio porticado, excavado por Serra Vilaró, se ha interpretado como basílica con ambulacrum. La gran sala que la preside correspondería al *aedes Augusti,* no a la curia y la serie de espacios en su lado Norte serían para uso administrativo: reuniones de *Collegia,* etc. (MAR y RUIZ DE ARBULO, 1986 y 1987). Los hallazgos de estatuas en esta zona datan de época Julio-Claudia y prácticamente desaparecen a partir de época flavia (mitad del siglo I d. de C.) al crearse el conjunto urbanístico en terrazas.

La ciudad de Córdoba muestra los problemas habituales de una ciudad que ha crecido a lo largo del tiempo, con varios períodos de esplendor. Las actuales necesidades urbanas han perjudicado en gran manera tanto la investigación de la ciudad romana, como su conservación. Los esfuerzos individuales de años pasados, así como la política actual de la Junta de Andalucía con la realización de catas en solares de inmediata construcción, resulta aún insuficiente. El resultado de todo ello es un profundo desconomiento del urbanismo de la ciudad y la mayoría de sus edificios públicos y privados.

La falta de corroboración arqueologíca de muchos datos transmitidos por las fuentes clásicas sobre Córdoba, son la causa de las, aún no concluidas, polémicas en torno a diversos aspectos de su historia. Así, la fecha de fundación —160 ó 152—; su *status* jurídico originario; la posible existencia de dípolis en su origen; la presencia de una población ibérica anterior... son algunos de ellos.

La investigación arqueológica de los años setenta en Córdoba, parte de las hipótesis establecidas por Santos Gener veinte años antes. Algunas de ellas se han ido corroborando, mientras que otras permanecen aún sin confirmación arqueológica, o han sido desechadas.

Así, por ejemplo, parece confirmarse el recorrido de la muralla en sus principales tramos (5); o la ubicación del foro de la ciudad, en el cruce de las Calles Cruz Conde y Góngora, que parece segura.

Desde 1973 está arqueológicamente demostrado que el primer asentamiento en la ciudad de Córdoba no se ubicó en el mismo emplazamiento romano, sino algo más al SO, en el Parque Cruz Conde y que fue abandonado a finales del siglo III, o comienzos del siglo II a. de C. (LUZÓN y RUIZ MATA, 1973). La cronología tradicionalmente establecida para la fundación de la ciudad —169 ó 152— siguiendo la cita de Estrabón (3, 2, 1), ha inducido a pensar que parte de esta población podría haber contribuido a formar la ciudad romana en su origen (RODRÍGUEZ NEILA, 1988). Por el momento continúa sin confirmación arqueológica la existencia de una población indígena anterior a la romana en el solar de Córdoba, ya que la presencia de algunos materiales ibéricos no ha sido corroborada por la aparición de estructuras arquitectónicas (6).

Sobre el *status* jurídico de la ciudad, últimamente se ha apuntado la posibilidad de que se constituyera desde el principio como una Colonia latina (RODRÍGUEZ NEILA, 1988). La adquicisión del nombre «Colonia Patricia» pudo ir ligado al cambio de su *status* jurídico, en un momento no determinado entre las guerras civiles y época de Augusto, coincidiendo con la trasformación en *colonia civium romanorum* (STYLOW, 1990).

El conocimiento arqueológico de la Mérida romana cobró verdadero auge a partir de la década de los setenta. La declaración de la ciudad como Conjunto Histórico-Arqueológico en 1972, dio pie al comienzo de un plan sistemático de excavación y la celebración de un Symposium con motivo del Bimilenario de la ciudad, posibilitó un replantamiento de la situación tras setenta años de trabajos que no habían producido muchos resultados.

La investigación de los últimos años se ha centrado en el recinto de la muralla, foros de la ciudad, conducciones hidráulicas, Templo de «Diana», puente romano y teatro. Además, han aportado datos las excavaciones de urgencia llevadas a cabo en el casco histórico con una reglamentación establecida desde 1971 y que ha podido ser aplicada, sobre todo, en la última década (ALVAREZ MARTÍNEZ, 1985, 45).

Como elementos más importantes de esta investigación, se ha establecido para la muralla, que según teoría de Richmond, abarcaba ya desde el primer momento los edificios dedicados a espectáculos y reservaba espacios vacíos para el futuro, una cronología augustea (ALVAREZ MARTÍNEZ, 1982, 40). Con respecto al foro de la ciudad, que tradicionalmente se ubicaba en la zona del llamado templo de Diana, se ha definido su estructura con carácter típicamente augusteo, compuesto por un templo de culto imperial (templo de Diana), una basílica (edificio de la c/ Sagasta) y unas termas monumentales. Además, se han podido adscribir a su decoración algunas piezas escultóricas halladas en Pancaliente (ALVAREZ MARTÍNEZ, 1982, 54-57). Entre ellas, los clípeos con cabeza de Júpiter Ammón y Medusa que reproducen o copian la decoración del foro de Augusto en Roma (FLORIANI SQUARCIAPINO, 1975).

Los restos escultóricos y arquitectónicos hallados en la zona del parador han permitido establecer la presencia allí de un segundo foro, el provincial, que contaría al menos con una basílica y un segundo templo de culto imperial. El arco de Trajano no sería una puerta de entrada a la ciudad, sino un elemento de separación entre ambas zonas forales (ALVAREZ MARTÍNEZ, 1982, 66-68).

Con respecto a las ciudades que no presentan problemas de urbanismo actual, el desarrollo de las excavaciones ha tenido desigual fortuna. El principal problema de estas ciudades se debe, en la mayoría de los casos, al expolio sistemático que han sufrido sus ruinas a lo largo del tiempo, por haber servido de materia prima para la construcción de pueblos o ciudades vecinas. Ello ha determinado una información siempre incompleta y parcial de los yacimientos y en algunos casos ha llegado a destruir la mayoría de las estructuras quedando sus muros, como en Itálica, al nivel de los cimientos.

Si bien este problema es ya irreversible, en la actualidad se trata de salvaguardar, en la medida de lo posible, los restos ya excavados y de proteger su mantenimiento mediante adecuadas medidas de conservación y restauración, que deben de suceder de inmediato a las campañas de excavación. Este problema, que fue tratado en los dos Congresos sobre ciudades superpuestas (Zaragoza, 1983 y Madrid, 1985), ha sido preocupación constante en los últimos años.

Algunas de estas ciudades, con participación de grupos de investigación extranjeros, han sido excavadas ininterrumpidamente durante años. Es el caso de Baelo en la bahía de Cádiz o de Munigua en Villanueva del Río y Minas (Sevilla), en las que la labor de La Casa de Velázquez (1917-1921 y 1966-1989) y del Instituto Arqueológico Alemán (1957-1991) respectivamente, han permitido conocer gran parte de su urbanismo (HAUSCHILD, 1977 y 1986; GRÜNHAGEN, 1982), (DIDIERJEAN, LE NEY y PAILLET, 1986).

En parecidas circunstancias, las ciudades de Ampurias e Itálica han sido puntales básicos de la arqueología hispanorromana. Ambas han sufrido los perjuicios de haber sido conocidas y excavadas desde el siglo XIX sin que de ello se obtuvieran muchos resultados y, especialmente, Itálica ha sufrido el expolio sistemático de sus materiales y elementos constructivos.

En Ampurias la situación de las ciudades griega y romana en zona no urbana ha permitido sucesivas excavaciones a lo largo de los años. Desde la década de los ochenta se ha llevado a cabo una nueva planificación del trabajo arqueológico apoyado en los necesarios recursos materiales y humanos.

Las excavaciones del foro, retomadas desde 1982 han definido la existencia de muros ciclópeos de una estructura militar —*praesidium*—, fechado en el primer cuarto del siglo II a. de C. que sería la primera estructura de habitación del área del foro. El núcleo indígena debió ubicarse pues, en otro lugar, quizás al S de la ciudad griega. A partir del *praesidium* militar se fundaría la ciudad plenamente romana en el paso del siglo II al I a. de C. (AQUILUÉ *et alii,* 1984, 18). Se construyó entonces, en la plaza del foro, un gran templo, quizás dedicado al culto imperial y en época de Augusto se remodeló la plaza con otros edificios de carácter público y administrativo (basílica civil, curia, etc.). Con estas remodelaciones se produjo un cambio en las funciones del foro republicano, con el rechazo de la función comercial. Las *tabernae* se orientaron hacia las calles adyacentes, quedando el foro como centro político y administrativo pero conservando su función religiosa.

En época imperial, se llevó a cabo una progresiva edificación de ocho pequeños templos que se escalonan a lo largo de un siglo, siendo el último de ellos datado en época flavia. Poco después comenzaría el saqueo del sector cuya vida, no obstante, se prolongaría hasta el último tercio del siglo II d. de C. (AQUILUÉ *et alii,* 1984, 43).

En la ciudad romana de Itálica, la década de los setenta marca el inicio de las excavaciones sistemáticas. Sin duda, el proyecto más importante de la última década ha girado en torno al teatro cuya excavación ha presentado problemas de superposición (LEÓN, 1985), por hallarse sobre el actual caserío de Santiponce. Su excavación, de forma sistemática, se inició en 1971, tras la realización de varias campañas de excavaciones (LUZÓN, 1982) comenzó la restauración del mismo (A. JIMÉNEZ, 1982). En estos trabajos se pudo establecer la cronología inicial del teatro en el siglo I a. de C. y sucesivas restauraciones, fechando la Froms Scaena en el siglo II d. de C. Posteriormente, tras un lapso de tiempo, se emprendió un nuevo proyecto integral con el objetivo final de acondicionar el teatro de cara a las actividades culturales del 92. Los medios invertidos en este proyecto, dirigido por el arquitecto A. Jiménez, han hecho posible el rápido avance, tanto de las expropiaciones (iniciadas ya en 1971) como de las excavaciones del teatro.

Novedades interesantes de estas últimas campañas han sido el establecimiento de la secuencia total del espacio dedicado al teatro, desde su último nivel de edificaciones modernas hasta el nivel de utilización. La primera construcción del graderío se fecha hacia el cambio de era; a continuación,

poco posterior o consecutiva fue la construcción de la *scaena* cuyos restos se tratan de reconstruir y que había sido adscrita a una reconstrucción adrianea y, por último, el pórtico *postscaenium* del que no se ha podido establecer si fue anterior o no a la *scaena,* pero que, en cualquier caso, se realizó dentro del período de finales de época de Augusto a comienzos de la de Tiberio (CORZO, 1989, 34). Tipológicamente, y tras los estudios realizados por A. Jiménez (A. JIMÉNEZ, 1990) se considera la *scaena* de tipo helenístico, completamente recta y de dos órdenes de columnas, tipo que predomina en la Hispania romana.

4. Arquitectura

Los estudios de arquitectura romana no tienen en la península ibérica una gran tradición. Si bien contamos con algunos trabajos importantes, éstos son prácticamente inexistentes antes de los setenta y aunque en los últimos veinte años han proliferado bastante, son más las carencias que los logros.

Los edificios para espectáculos no han sido debidamente estudiados. Las publicaciones anteriores a las dos últimas décadas, no incluían una investigación real de todos los aspectos arquitectónicos, sino que se limitaban a ser memorias, más o menos detalladas, de las campañas de excavación. El congreso de teatros, organizado en 1982 supuso una puesta al día de la documentación hasta entonces existente sobre los teatros hispanos. Con posterioridad se han realizado algunos, aunque muy escasos, estudios monográficos como los del teatro de Málaga (GONZÁLEZ y MARTÍN DE LA TORRE, 1982) y de Sagunto (HERNÁNDEZ HERVÁS, 1988). En estos últimos años hay que resaltar la localización del teatro de Cádiz (CORZO, 1989), cuya conservación es, al parecer, excelente, pero que presenta dificultades en cuanto a sus posibilidades de excavación, al conservarse bajo edificios históricos de la ciudad.

En cuanto a los anfiteatros y circos, la falta de estudios es aún mayor que para los teatros. Los únicos en los que se ha realizado un estudio en profundidad son los de Tarraco (DUPRÉ *et alii,* 1988; TEDA, 1990), además de la reciente publicación del circo de Toledo (SÁNCHEZ PALENCIA y SAINZ PASCUAL, 1988) pero están aún por estudiar a fondo algunos tan importantes como los de Mérida e Itálica. Debemos a Humprey una visión global de los circos hispanos, dentro de su obra general para los circos del Imperio (HUMPHREY, 1985) así como a Golvin la recopilación y el estudio de conjunto de los anfiteatros (GOLVIN, 1989).

Con respecto a los foros, los progresos más importantes han girado en torno a la labor de documentación e interpretación de los restos constructivos y decorativos de varios de ellos, en especial los de Tarraco (CORTÉS, 1987; MAR y RUIZ DE ARBULO, 1987) y Mérida (ALVAREZ MARTÍNEZ, 1982) donde se han podido documentar la existencia de un foro provincial diferente del municipal. También otros como el de Sagunto o Híspalis han avanzado en su investigación. El Congreso de foros organizado en Valencia en 1987, y la monografía realizada por J. L. Jiménez (1987) recogen la documentación existente hasta estos años. Por último, hay que destacar el estudio arqueológico e interpretativo del foro de Ampurias (AQUILUÉ *et alii,* 1984) que ha permitido conocer su construcción desde sus comienzos, con funciones religiosas y comerciales hasta época imperial, con un sentido político-administrativo y religioso.

En relación con la arquitectura religiosa, los estudios de templos carecen prácticamente de tradición, si exceptuamos el templo de la calle Claudio Marcelo en Córdoba (GARCÍA y BELIDO, 1970), el llamado templo de Diana en Mérida (ALVAREZ MARTÍNEZ, 1976) y el de Barcelona (BASSEGODA NONELL, 1974). El Congreso de arquitectura religiosa, realizado en Mérida (1985), aún no ha visto la luz por lo que seguimos sin tener una publicación de conjunto sobre este tipo de edificios en la península ibérica. Uno de los aspectos importantes tratado en esta reunión fue el problema de los *capitolia* (BENDALA, 1985), que debe ser continuamente actualizado ya que la mayoría de los *capitolia* mencionados tradicionalmente como tales son susceptibles de una revisión.

De gran interés, no sólo por la escasez de este tipo de trabajos, sino también por su gran valor interpretativo y documental es el estudio del *Traianeum* de Itálica (LEÓN, 1988), que muestra las posibilidades de este edificio, sumamente expoliado.

Con respecto a los acueductos, faltan aún estudios de algunos tan importantes como los de Cádiz, Zaragoza o Mérida, cuya cronología sigue siendo discutida (JIMÉNEZ, 1983; HAUSCHILD, 1976; CANTO, 1982). Contamos sin embargo con algunas publicaciones, a partir de la década de los setenta (RAMÍREZ GALLARDO, 1975; CANTO, 1979) para los de Segovia y de Itálica. Hay que mencionar además la completa recopilación efectuada por Fernández Casado (1985), de interés técnico apreciable, aunque superada en los aspectos cronológico-interpretativos.

Para la península ibérica, los estudios sobre arcos parten prácticamente de la década de los setenta. El realizado por García y Bellido (1974), con carácter general, es el más completo. El estudio de este mismo autor sobre el tetrapylon de Cáparra (GARCÍA y BELLIDO, 1972-74) sigue siendo uno de los más importantes, aunque contamos con algunos recientes trabajos monográficos de gran interés sobre los de Bará y Cabanes (DUPRÉ, 1986; ABAD, 1984). Mas reciente es el realizado por J. Arce (1987), cuya aportación más significativa consiste en la identificación de los arcos hispanos según categorías distintas, en relación con su función.

Para los estudios sobre fortificaciones contamos con una buena síntesis de Abad (ABAD, 1987). Habría que añadir a lo ya dicho, el realizado por A. Jiménez (1989) sobre la Puerta de Sevilla en Carmona, en el que hace una valoración arquitectónica de este edificio estableciendo su origen en época púnica, con sucesivas remodelaciones. Ultimamente se ha publicado la muralla de Segóbriga que se fecha en época augustea (ALMAGRO, 1989).

Por último, hay que destacar el reciente impulso tomado por los estudios sobre técnicas constructivas, complemento indispensable para el conocimiento de la arquitectura y que habían sido con anterioridad prácticamente inexistentes. Exceptuando algunos trabajos puntuales (LEÓN, 1977-78), el inicio de estas investigaciones tiene lugar en la última década, y contamos ya con algunos trabajos monográficos sobre ello (ROLDÁN, 1987 y 1988; MARTÍN BUENO y CISNEROS, 1985; CISNEROS, 1986; CARRILLO, 1990). Igualmente, asistimos a un mayor interés, en los estudios arquitectónicos, por documentar las técnicas constructivas (JIMÉNEZ, 1989, LEÓN, 1988). La existencia de Proyectos de Investigación para el estudio, no sólo de las técnicas constructivas (Univ. Autónoma de Madrid, 1985-91), sino también de los materiales (Univ. Autónoma de Barcelona y Universidad de Zaragoza), están en la actualidad produciendo sus frutos.

LOS ENTORNOS DE LA CIUDAD

1. Vías y puentes

La evolución del estudio de la red viaria puede considerarse positiva aunque todavía insuficiente, habida cuenta del deterioro constante que sufre este tipo de restos arqueológicos en nuestro país. El estudio de Roldán sobre la Vía de La Plata (ROLDÁN, 1971) y de Abásolo sobre la provincia de Burgos (ABÁSOLO, 1972), marcan, a nuestro entender, un punto de arranque donde se observan nuevas tendencias en estos trabajos. Las fuentes textuales estudiadas por Roldán han servido de referencia básica imprescindible a partir de su fecha de edición (ROLDÁN, 1975).

Podríamos decir que, al comienzo de los años setenta, se empiezan a analizar los trazados romanos con métodos prospectivos adecuados. Se trata de superar los problemáticos recorridos y las supuestas identificaciones de las *mansiones* legadas por los trabajos de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades en su intento, más meritorio que acertado, de elaborar el mapa completo de la red viaria hispana.

En los últimos años, se han publicado monografías que abarcan espacios regionales, comarcales, o trazados completos de alguna arteria importante. A título de ejemplo, contamos con investigaciones de ámbito regional para Aragón (MAGALLÓN, 1987), Extremadura (FERNÁNDEZ CORRALES, 1987) o la zona del Sureste (Symposium Sureste, 1988), y de carácter provincial para Gerona (CASAS i GENOVER, 1981), Guadalajara (ABASCAL, 1982) o Cuenca (PALOMERO, 1987). Muchos autores han optado por realizar estudios monográficos sobre un trazado o vía concreta. La famosa vía Augusta ha sido estudiada por distintos investigadores. Los trabajos de Sillières se han centrado en los tramos situados entre Andalucía y Levante (SILLIÉRES, 1976 y 1977), los de Morote en la zona valenciana (MOROTE BARBER, 1979) y los de Pallí en Cataluña (PALLÍ AGUILERA, 1985). En ocasiones, el punto de mira se ha puesto en el complejo viario de un yacimiento concreto como Munda (CORZO, 1973), Clunia (ABÁSOLO, 1978), Segóbriga PALOMERO, 1983).

La edición en 1987 de los artículos del «Miliario Extravagante» de G. Arias (ARIAS BONET, 1987) ha contribuido a hacer más asequible a los investigadores la consulta de una obra que sirve de base para una discusión fructífera sobre el conjunto de las vías hispanas.

El panorama presentado líneas arriba, se completa con los numerosos trabajos glóbales sobre poblamiento romano de una provincia o comarca que han visto la luz en los últimos diez años. En ellos se dedican capítulos enteros al análisis de la red viaria (7).

Mención aparte merece el Simposio de Tarazona sobre «La red viaria en la Hispania Romana» celebrado en 1987 (Simposio Tarazona, 1987). En él se dio cita un nutrido grupo de investigadores

quedando patentes tanto los avances como las carencias detectados en el conjunto del territorio hispano. En particular, se acordó la elaboración de un mapa global a una escala aceptable (1:100) de las comunicaciones de la Hispania Romana, incluyendo el siempre postergado estudio de los trazados secundarios.

En cuanto a las obras de fábrica asociadas a las vías, es mucho lo que falta por hacer ya que no siempre los estudios monográficos sobre vías se acompañan de un buen estudio arquitectónico de puentes, alcantarillas, fuentes, etc. No obstante, hay monografías de gran valor como la del puente de Mérida (ALVAREZ MARTÍNEZ, 1983) que ha tratado de resolver cuestiones cronológicas e interpretativas de este monumento.

En la misma línea, se ha publicado un estudio del puente de Alcántara (LIZ GUIRAL, 1989). Dadas las dificultades para hacer atribuciones cronológicas seguras de los puentes hispanos, se recurre últimamente a la presentación de estudios globales bajo el epígrafe de «puentes históricos» que incluyen los romanos, medievales, etc. Recientemente, un equipo del MOPU ha publicado un trabajo de este tipo sobre los puentes de la provincia de León, y también se han catalogado de este modo los puentes gallegos o los de la Comunidad de Madrid. Estos catálogos tienen el mérito de la globalidad pero no siempre logran aclarar las cuestiones relativas a los distintos momentos de su uso.

No podemos olvidar, por último, la importancia de algunos ríos peninsulares como arterias de comunicación ya desde el período prerromano; uno de los casos estudiado reiteradamente es el del Guadalquivir (ABAD, 1975; CHIC, 1978).

En conclusión, a lo largo de estos veinte años, se ha producido un auténtico giro metodológico en la indagación de las vías romanas. Se ha procurado emplear métodos prospectivos actualizados refrendados, en ocasiones, con sondeos estratigráficos. Esta práctica deberá utilizarse de forma habitual para confirmar las atribuciones que se realizan desde los trabajos prospectivos en el campo. En general, se han ido abandonando los intereses localistas y las deducciones poco fundadas, en aras de la comprobación arqueológica de los trazados y de razonables propuestas para la identificación de las *mansiones*. Pero se deberían abordar, en un futuro, los análisis de las obras de fábrica desde una concepción arquitectónica adecuada.

Finalmente, cabe señalar un escaso avance en el conocimiento de los medios de transporte, salvo algunas aportaciones puntuales bien documentadas (SILLIÈRES, 1983).

2. Necrópolis

Para el período republicano y altoimperial, no son muchos los estudios dedicados a la vertiente funeraria en su sentido estricto, aunque se conozcan, por medio de los epígrafes, aspectos relacionados con las creencias y los símbolos de ultratumba. Se han publicado conjuntos aislados o monumentos de excepción pero carecemos de una visión de conjunto sobre tan importante tema. Afortunadamente, las líneas teóricas sobre las que podrían imbricarse futuras investigaciones, han sido trazadas por los profesores Bendala y A. Fuentes en un congreso sobre incineración e inhumación celebrado en Toulouse en 1987.

En un análisis de conjunto para el sur peninsular, Bendala plantea la confluencia de las tradiciones prerromanas y romanas al estudiar la persistencia del sustrato púnico en las necrópolis de Carmona, Belo y Cádiz, o el componente ibero-turdetano de los conjuntos funerarios de Cástulo (BENDALA, 1987b). De igual forma, A. Fuentes, en un minucioso examen de las principales necrópolis excavadas de la Tarraconense (Ampurias, Palencia, Segóbriga, etc.) establece un modelo teórico por zonas —Cataluña, Meseta, Noroeste— sobre las fases de asimilación de lo funerario. Este proceso se inicia con una romanización en el uso de materiales, seguida de una segunda fase de adopción del ritual hasta alcanzar la normalización o aceptación plena del sistema funerario romano (FUENTES, 1987). Aportación posterior a este análisis ha sido el estudio sobre la problemática funeraria de Tarraco (TEDA, 1987) que no afecta demasiado al período que aquí tratamos, y el trabajo sintético de Ramallo sobre las necrópolis de Cartagonova, en las que también se reconoce la importancia de los componentes autóctonos ibero-púnicos (RAMALLO ASENSIO, 1989).

En cuanto a los monumentos funerarios turriformes, tan abundantes en Hispania, remitimos a la publicación de Abad y Bendala sobre los restos de Villajoyosa y Daimuz (ABAD-BENDALA, 1985), y a la más reciente de Abad sobre la Torre Ciega de Cartagena (ABAD, 1989).

3. El espacio rural

Es, quizá, uno de los ámbitos de la investigación arqueológica de la Hispania Romana menos trabajado en relación al período que estamos tratando. Se ha prestado atención preferente al núcleo urbano en sí mismo más que al conjunto de su *territorium*. Apenas se han realizado trabajos sobre centuriaciones (LÓPEZ GÓMEZ *et alii*, 1974; GORGES, 1982, con bibliografía). Los estudios globales sobre *villae* de Gorges (1979) y Fernández de Castro (1982), inciden sobre todo en la caracterización tipológica de las *villae*, generalmente tardoimperiales, consideradas, las más de las veces, como elementos aislados e incluso desvinculados de la ciudad.

Además, parece claro que no todos los yacimientos rurales se pueden englobar bajo la denominación de *villae* pues hubo *vicus, pagi* (CHURCHIN, 1985) que fueron activos en estos momentos y que los datos arqueológicos no llegan a identificar.

El proceso de transformación del mundo rural prerromano fue progresivo y estuvo condicionado por los avances militares y administrativos de Roma sobre los territorios conquistados.

En Cataluña, se advierte una colonización temprana, entre los siglos II y I a. de C., según los estudios de Prevosti para las comarcas del N de Barcelona (PREVOSTI, 1981). La articulación territorial se consolida en la zona con Augusto (AQUILUÉ, 1984). En Levante, el desarrollo del *ager* de Cartago Nova ha sido puesto de relieve por Ramallo aunque no se han estudiado todavía las centuriaciones (RAMALLO, 1989). Abad señala la cuenca del Vinalopó como espacio rural ocupado desde los primeros momentos de la romanización (ABAD, 1987).

El Bajo Guadalquivir manifiesta el mismo proceso colonial temprano durante el siglo I a. de C., según los estudios de Ponsich (PONSICH, 1974, 79 y 87). Por contra, en el Alto Guadalquivir, salvo los hábitats ligados a las explotaciones mineras, los demás, es decir, los establecimientos rurales de la campiña no se regularizan hasta el siglo I d. de C. (CHOCLÁN y CASTRO, 1988).

El impulso cesariano y augusteo al sistema de colonización se refleja de forma significativa en los entornos de Mérida que es una de las áreas mejor estudiadas. Corzo, Wiegels, Gorges, Sillières y Cerrillo han presentado sus interpretaciones sobre el *territorium* emeritense (CERRILLO, 1984; GORGES, 1983) que sigue siendo objeto de debate (CANTO, 1987; ALVAREZ MARTÍNEZ , 1988).

Poco sabemos sobre la lotificación del terreno en otros lugares de España, pero a lo largo del siglo I d. de C. surgen numerosos asentamientos rurales de fundación romana, tanto en razón de las explotaciones agrarias, como artesanales o mineras. García Merino tipificó, hace ya tiempo, el poblamiento rural de gran parte de la Meseta Norte (GARCÍA MERINO, 1975) y para el NE contamos con varios trabajos que tratan de explicar la supervivencia de los asentamientos prerromanos y las progresivas modificaciones que se producen a partir del siglo II d. de C. (Coloquio Noroeste, 1983; FERNÁNDEZ OCHOA, 1982 y 1988).

ASPECTOS ECONOMICOS PRIMORDIALES: MINERIA Y COMERCIO

1. Minería

Si de algo se hacen eco las fuentes greco-romanas al hablar de Hispania, es de su enorme riqueza minera. La minería romana fue, durante bastante tiempo, objeto de estudio para geólogos e ingenieros, pero a partir de los años setenta, los arqueólogos le han dedicado la atención merecida.

Las zonas mineras de Cartagena y Sierra Morena han sido, en general, menos atendidas que la minería de oro. Domergue y Sánchez-Palencia han excavado y prospectado en importantes yacimientos auríferos del Noroeste, tanto en lo relativo a las labores mineras como al sistema de hábitat (DOMERGUE, 1986; SÁNCHEZ-PALENCIA y FERNÁNDEZ-POSE, 1984 y 1988). En 1989 ha visto la luz un catálogo general de Domergue sobre las minas prerromanas y romanas de la península ibérica (DOMERGUE, 1987), y en 1990, el mismo autor ha publicado una síntesis que abarca todo tipo de explotaciones y su correspondiente interpretación histórica (DOMERGUE, 1990), lo que nos exime de entrar en detalles. No obstante, sería conveniente disponer de más yacimientos mineros con secuencias bien seriadas, tanto para la minería prerromana como romana en orden a una mayor profundidad en el tema.

2. Elementos del comercio: las cerámicas

La entrada de Hispania en los círculos comerciales del Imperio, supuso un incremento enorme de la importación de cerámicas tanto de uso industrial —ánforas— como de piezas de lujo y comunes que se convirtieron en mobiliario del ajuar cotidiano hispanorromano.

A fines del siglo III a. de C. llegan a Hispania los primeros testimonios de piezas de barniz negro campaniense que ya no dejarán de afluir a nuestro territorio hasta el cambio de era. Los estudios pioneros de Lamboglia y la sistematización de Morel (MOREL, 1981 y 1987), junto con aportaciones concretas de Sanmartí para Ampurias y Rode (SANMARTÍ, 1978), o la más reciente para la región Murciana (GARCÍA CANO, 1990) ponen de relieve la difusión preferente de los tipos A, B y Beoide, así como la proliferación de talleres locales o imitaciones que ostentan la misma cronología que las producciones de la Campania o Etruria.

Hay otro aspecto interesante que se viene observando en los últimos años, y es la difusión de la campaniense en más amplios espacios que el Mediterráneo o el valle del Ebro. En efecto, a medida que avanzan las excavaciones se documentan estas piezas en el interior peninsular (MENA, 1988), o en la costa lusitano-galaica.

Hemos de anotar que si los avances han sido grandes, también es cierto que subsiste cierta confusión en las publicaciones entre las producciones locales y regionales cuya resolución exige un constante esfuerzo de comunicación entre los investigadores.

Durante el período republicano y el Alto Imperio, también llegaron a Hispania las cerámicas de Paredes Finas. Estos vasitos, destinados a la bebida, han sido estudiados de manera ejemplar por F. Mayet (MAYET, 1975). Ya entonces indicaba esta autora la existencia de producciones hispánicas autóctonas lo que se ha visto corroborado con los más recientes estudios de conjunto sobre yacimientos concretos o regiones (PUERTA, 1989; LÓPEZ MULLOR, 1989).

Durante el reinado de Augusto, se aprecia una trabazón más intensa en la organización comercial, uno de cuyos exponentes fue la producción y comercialización de la Terra Sigillata Itálica. Carecemos de un trabajo de conjunto sobre el comportamiento de estas piezas en Hispania, aunque se han publicado recientemente estudios monográficos de gran interés que indican la amplia cobertura que alcanzaron estas producciones (PÉREZ GONZÁLEZ, 1989). M. Beltrán ha recopilado la bibliografía de la TSI hasta 1989, lo que nos exime de hacer una relación pormenorizada de ella (BELTRÁN, 1990). Habrá que añadir los datos más recientes para la Meseta Sur (SÁNCHEZ-LAFUENTE, 1990; FERNÁNDEZ OCHOA-ZARZALEJOS, 1990).

A través de los estudios que van apareciendo en el panorama español, se confirma la escasa presencia de las formas precoces —salvo en la costa levantina— y el predominio de las producciones clásicas. La TSI verá su período de máxima expansión en el momento tardoaugusteo. El flujo comercial se sostendrá hasta fines del reinado de Tiberio. Las producciones tardoitálicas se atestiguan preferentemente en la costa mediterránea.

Los productos gálicos hacen su aparición en Hispania a partir de los años treinta o cuarenta d. de C. Se admite, en la actualidad, un predominio claro de la TS Sudgálica de la Graufenesque (BELTRÁN, 1990, 96) aunque se registran bastantes piezas de Montans en yacimientos del Norte de Hispania, lo que ha dado pie a M. V. Romero a plantear la cuestión de su incidencia en la formación de los tipos hispánicos (ROMERO, 1985, 204).

La presencia de la TSS define masivamente los niveles de ocupación de época Claudio-neroniana, apreciándose un descenso progresivo a partir de Vespasiano, y una decadencia total a mediados del reinado de Domiciano.

El aumento de la demanda del mercado interior estimuló asimismo la producción propia, que, bajo el signo de las imitaciones en un primer momento —recordemos las imitaciones tipo «Peñaflor» del área Bética (SERRANO, 1988)—, tomaron carta de naturaleza a partir de mediados del siglo I d. de C. con creaciones típicamente hispánicas. La conocida Terra Sigillata Hispánica suplantó en los mercados peninsulares a los productores galos a partir de época flavia.

A diferencia de las dos producciones anteriores, la TSH ha contado con importantes estudios desde que fuera individualizada como tal por Oxé en 1912 y descrita por Confort en 1940. Resulta obligado, en una relación como ésta, mencionar la síntesis clave de Mezquiriz en 1961, la identificación y el estudio del taller de Andújar por Sotomayor y M. Roca o las aportaciones de Garabito-Solovera en torno a los importantes talleres riojanos. Completa este panorama el descubrimiento de alfares de menor envergadura como los realizados por Atrián en Bronchales, Serrano en Granada o en la zona de Málaga, y L. C. Tovar en Talavera.

Todo ello ha sido estructurado en una interesante visión de conjunto publicada por F. Mayet (1984). Numerosos trabajos posteriores han complementado el *corpus* de Mayet (BELTRÁN, 1990, 120-121) rellenando espacios vacíos con datos del mayor interés sobre la comercialización de estas cerámicas (SÁNCHEZ-LAFUENTE, 1990; FERNÁNDEZ OCHOA-ZARZALEJO, 1990, entre otros).

A pesar de los avances incuestionables, la TSH tiene un largo camino que recorrer. Falta una publicación detallada de los alfares riojanos y clunienses, así como la identificación de otros muchos talleres o filiales de los centros importantes. Los análisis de pastas realizados en algunas publicaciones, inducen a pensar en una más nutrida gama de posibilidades en la fabricación y comercialización regionales de la TSH. Hoy día resulta evidente la amplia red comercial del alfar riojano de *Tritium Magallum* que abarcó todo el territorio hispano frente a la más reducida de Andújar, que no debió sobrepasar el río Guadiana dentro del comercio peninsular (FERNÁNDEZ OCHOA-ZARZALEJO, 1990).

Uno de los elementos más activos del comercio antiguo de Hispania lo constituyen, sin duda, las ánforas utilizadas para el transporte de aceite, vino y salazones. En los últimos años, se ha recuperado una serie de precios en las costas españolas que ofrecen una preciosa información sobre el intercambio comercial desde los primeros momentos de la conquista, pero desgraciadamente, el constante saqueo de los furtivos, nos resta datos completos sobre los cargamentos. El mayor volumen informativo procede de la costa catalana —ejemplo ilustrativo serían los trabajos de Nieto en Culip IV—, Baleares y Cartagena, pero también las costas béticas van proporcionando una serie de datos nada desdeñables (ANTONA-BLÁNQUEZ, 1988). La Arqueología Subacuática ha extendido su acción, en los últimos años, a las regiones atlánticas (NAVEIRO, 1987) y cantábricas (MARTÍN BUENO, 1985).

Durante el período republicano, se documentan numerosos recipientes greco-itálicos en la costa hispana, pero la Dressel 1 será el ánfora por excelencia de estos momentos. Ello fue consecuencia, sin duda, de la demanda de caldos itálicos debido a la activa presencia de colonizadores de tal origen, y a la progresiva disposición de los hispanos hacia el consumo de vinos importados. La producción propia de vinos no se documenta hasta el cambio de era. A título de ejemplo, se puede citar los recipientes layetanos estudiados por Miró que muestran una suerte de sincretismo de pastas ibéricas con formas que imitan la Dressel 1.

También a fines del siglo I a. de C., comienzan las exportaciones béticas de aceite y salazones. El estudio de la producción, marcas, *tituli picti*, y comercialización hacia Roma o el Limes, forman hoy día una importante línea de investigación impulsada por el profesor Blázquez y patentizada en las aportaciones de los trabajos de Remesal, Rodríguez Almeida y G. Chic, etc. Como en líneas anteriores, remitimos a la síntesis bibliográfica de M. Beltrán (BELTRÁN, 1990).

Añadiremos, tan sólo, la puesta al día de la producción de ánforas en Lusitania (ALARCÃO-MAYET, 1990). El recipiente Dressel 14-Beltrán IV, destinado al transporte de salazones, se difundió por el Suroeste peninsular, Lusitania y Sur de Galicia.

No es posible, en una publicación como ésta, detenernos en todas y cada una de las producciones y variantes de los recipientes cerámicos que se documentan en los yacimientos hispanorromanos peninsulares. Cabe aludir a las lucernas como uno de los materiales más significativos por su valor cronológico. En España, no contamos con un estudio de conjunto para cada época, aunque se han publicado numerosas colecciones de museos o yacimientos, cuya utilidad, con frecuencia, es bastante relativa debido a la falta de contexto arqueológico definido en una mayoría de casos.

Parece claro, finalmente, que nunca se rompieron ciertas tradiciones como la de las cerámicas pintadas. Así lo demuestran los numerosos hallazgos de estas piezas en estratos de plena romanización. En este sentido, los estudios de Abascal (ABASCAL, 1986) más específicos para el área meseteña y el Valle del Ebro, deben completarse con trabajos de las zonas levantinas y andaluzas aún no sistematizados, que faciliten la visión evolutiva de los tipos y un análisis de los posibles talleres locales o regionales. En concreto, carecemos de estudios sobre la cerámica pintada del período de la conquista o, dicho de otro modo, de la fase iberorromana.

EL ARTE HISPANORROMANO

No quedaría completa esta apretada visión de la Arqueología de la República y el Alto Imperio, sin dedicar un espacio a la cultura material en su vertiente más puramente estética.

En Hispania se desarrolló una importante y compleja producción artística en la que estuvieron presentes las tradiciones prerromanas junto a las aportaciones propias del arte romano universal. Se puede hablar de un arte «culto» que sigue la tradición helenística que convive con un arte provincial, de

raíz «popular», producto de la influencia del arte plebeyo sobre el sustrato indígena, según la definición de Bianchi Bandinelli de todos conocida. Tal vez sea en el terreno de la escultura donde este hecho se percibe con mayor claridad. Los estudios de García y Bellido, Blanco y Balil están en la génesis de lo que hoy sabemos de este tema.

En los años setenta ven la luz los trabajos de J. M. Luzón y P. León sobre las esculturas romanas de Andalucía, los de P. Acuña sobre esculturas militares y las aportaciones de Elorza, F. Acuña, Abásolo, etc., sobre aspectos específicos de las representaciones romanas del N y NO. Entre 1978 y 1983 publica Balil la serie «Esculturas romanas de la Península Ibérica» que no llegó a finalizar. Son muchas las aportaciones habidas en los años ochenta, entre las que destacamos los estudios de P. León (1981) I. Rodá (1988) y Trillmich (1988) sobre retratística, los de E. Koppel (1985) sobre las esculturas de Tarraco y los de L. Baena del Alcázar sobre las de Andalucía Oriental (1984).

Una sucinta pero ilustrativa síntesis de Bendala (BENDALA, 1990) da cumplida cuenta de los aspectos fundamentales que se siguen hoy día en el enfoque de estas cuestiones a la vez que recoge la bibliografía pertinente.

La pintura romana en España ha sido tratada de forma monográfica por L. Abad en un estudio muy completo sobre los hallazgos habidos hasta 1980 (ABAD, 1982). La excavación de algunas ciudades romanas como Celsa (MOSTALAC, 1983), Tiermes (ARGENTE, 1981) o Asturica Augusta (GARCÍA MARCOS-VIDAL, 1990), o de ciertas *villae* como Almedinilla, Getafe, etc., permiten ampliar progresivamente el catálogo de uno de los testimonios más difíciles de conservar del arte hispanorromano.

Por lo que respecta a los mosaicos, las bases para una renovación metodológica —más allá de la pura descripción— ha de situarse en los años sesenta con los primeros estudios puntuales de Blanco, Balil y Palol. Pero será en los años setenta y principios de los ochenta, cuando se inicie la identificación de talleres y escuelas en el Noreste (BALIL), en la Meseta Norte, o en la Bética (FERNÁNDEZ GALIANO). En 1978 se inició la publicación del *Corpus de Mosaicos de Hispania* bajo la dirección del profesor Blázquez del que ha visto la luz una decena de fascículos de las distintas provincias españolas. Con independencia de esta serie, Fernández Galiano ha publicado los de Complutum (1982) y los del Conventus Caesaraugustano (1987), y Ramallo Asensio, los de Cartagonova (1985). Particular atención ha merecido siempre el mosaico cosmogónico de Mérida cuyas investigaciones han generado una extensa bibliografía (BENDALA, 1990).

El interés por el tema ha suscitado la creación de una «Asociación Española del Mosaico» que ha llevado a cabo varias sesiones de trabajo tanto sobre temas de estudio como de conservación *in situ* de estas piezas. En 1985 se convocó una Mesa Redonda Hispano-francesa sobre aspectos diversos de la musivaria hispánica, y en 1990 se ha celebrado un homenaje al profesor Balil donde se han dado cita los mejores expertos en la cuestión (Homenaje al profesor BALIL, 1990).

(1) Señalamos, entre otras, las siguientes:
— Escaso apoyo a esta investigación por parte de instituciones tanto universitarias como ministeriales o autonómicas.
— Carencia de infraestructuras (bibliotecas sin dotación suficiente, inexistencia de laboratorios, penosa financiación de los trabajos de campo, escasísimas dotaciones de Becas para formación de jóvenes licenciados, etc.).
— Ausencia de programas o proyectos de investigación estabilizados que permitan realizar no sólo una investigación bien dotada sino también de larga duración.
— Reducidos contactos, todavía, con centros de investigación e investigadores extranjeros, y a la vez, excesiva dependencia de las líneas de investigación marcadas por los hispanistas extranjeros...
No obstante, hemos optado por considerar los hitos de progreso de la Arqueología Hispanorromana porque los ha habido y muy importantes, a pesar de las deficiencias señaladas. La generación de arqueólogos que ha trabajado en los últimos quince años ha podido hacerlo libre de condicionamientos ideológicos, y ya ha visto favorecida su labor con la creación de la especialidad en Prehistoria y Arqueología en algunas Universidades. Ello ha propiciado un mayor interés hacia la Arqueología por parte de jóvenes licenciados que han tratado de suplir, con su esfuerzo personal, la carencia de medios antes apuntada. También ha sido positivo para el desarrollo de los estudios arqueológicos la puesta en vigor de la Ley de Patrimonio Histórico-Artístico (1985) con la creación de Planes Especiales en los cascos antiguos de las ciudades que ha forzado la investigación y, en ocasiones, la protección y exposición de los vestigios de algunas ciudades hispanorromanas más importantes.

(2) Para las colonias griegas sigue siendo Ampurias el mejor exponente. Su urbanismo, de carácter griego, debió de influir en las poblaciones indígenas cercanas. Para las colonias fenicias contamos en la actualidad con un importantísimo yacimiento «La Torre de Doña Blanca» en El Puerto de Santa María (Jerez) que constituye un reflejo del urbanismo de ciudades como Cádiz que nos son, por el momento, absolutamente desconocidas.

(3) Como ha señalado M. Bendala, el panorama al tratar de exponer la forma y apariencia de las ciudades bárquidas es desalentador (1987, 162). Las más importantes ciudades púnicas nos son totalmente desconocidas: *Cartago Nova, Gadir, Ibusum, Malaka, Sexi, Abdera* y los datos conocidos de otros yacimientos como *Carteia (Woods, Collantes y Fernández Chicarro, 1967) o Carmona* (A. JIMÉNEZ, 1989) son aún muy parciales. Unica excepción constituye el yacimiento del Castillo de Doña Blanca donde está bien documentada la fase púnica.

(4) La existencia de dípolis (ciudad doble) se ha considerado posible en varias ciudades, en algunas de ellas, a través de la onomástica, como *Colonia Iulia Gemella Acci o Colona Augusta Gemella Tucci* o a través de las fuentes literarias, como

el caso de Cádiz (BENDALA, 1987b) pero también se ha querido ver en otras como Córdoba (IBÁÑEZ, 1983) o Itálica (CORZO, 1982), donde se ha documentado población ibérica, anterior o coetánea al núcleo romano, pero no la existencia de dos núcleos distintos. En concreto, la dípolis de Córdoba ha sido negada por Stylow. Tarraco (HAUSCHILD, 1979; AQUILUÉ y DUPRÉ, 1986) y Ampurias (AQUILUE *et alii*, 1984) son ciudades en las que esta situación se ha demostrado arqueológicamente.

(5) El trazado no presenta problemas en sus lados E. y O. y, sobre todo, en el N. donde algunos tramos han quedado visibles al incorporarse a la estructura de diversos edificios como es el caso de la Caja de Ahorros, y casas de Ronda de los Tejares y Plaza de Colón. Queda aún por resolver el problema del tramo S., aún no confirmando arqueológicamente y que deja abierta la posibilidad, comúnmente aceptada, de que la fundación de Claudio Marcelo se realizó en la parte alta de la ciudad extendiéndose más tarde hacia el río (IBÁÑEZ, 1983).

(6) Esta teoría, planteada por Santos Gener, ha sido rechazada posteriormente por Knapp y Rodríguez Neila (bibliografía recogida en A. IBÁÑEZ, 1983), así como el posible establecimiento de un campamento romano inicial o «urbs quadrata» de Santos Gener. No obstante, quizá haya que considerar, como apuntaron Marcos y Vicent (1985) y recoge Stylow (1989) la posibilidad de que se produjera un traslado de esta población indígena al núcleo de la posterior ciudad de Córdoba en los primeros momentos de la conquista, teniendo en cuenta el desfase cronológico existente entre los dos acontecimientos citados.

(7) Remitimos al *Repertorio de Arqueología Española* (RAE) publicado por el Ministerio de Cultura desde 1970 hasta 1983, y a la serie de anejos del *Madrider Mitteilungen* (Zugangsverzeichnis), en especial los trabajos reseñados desde 1986 en adelante. Nos hallamos a la espera de la publicación, por parte del CSIC, de las primeras Hojas de la *Tabula Imperii Romani* donde se pueden encontrar las referencias bibliográficas pertinentes.

BIBLIOGRAFIA

ABAD, L. (1975): *El Guadalquivir, vía fluvial romana,* Sevilla.

ABAD, L. (1982): *Pintura romana en España,* Sevilla-Alicante.

ABAD, L. (1987): «La cultura material y el arte romano-republicano en Hispania» *Historia General de España y América,* Madrid.

ABAD, L. (1989): «La torre Ciega de Cartagena», *Homenaje al Profesor A. Blanco Freijeiro,* Madrid.

ABAD, L. y BENDALA, M. (1985): «Los sepulcros turriformes de Daimuz y Villajoyosa: dos monumentos romanos olvidados» *Lucentum,* IV.

ABAD, L. y ARRASA, F. (1988): «El arco romano de Cabanes (Castellón)». *A. Esp.A.* 61, 1988, 81-118.

ABASCAL, J. M. (1982): *Vías de comunicación romanas de la provincia de Guadalajara,* Guadalajara.

ABASCAL, J. M. (1986): *La cerámica pintada romana de tradición indigena en la Península Ibérica,* Madrid.

ABASCAL, J. M. y ESPINOSA, S. (1989): *La ciudad hispanorromana,* Madrid.

ABÁSOLO, J. A. (1972): *Comunicaciones de la época romana en la provincia de Burgos,* Burgos.

ABÁSOLO, J. A. (1987): *Las vías romanas de Clunia,* Burgos.

ALARCÃO, J. (1988): *Roman Portugal,* Warminster.

ALARCÃO, J. y MAYET, F. (1990): *As ánforas romanas. Tipología; Produçao. Comercio,* París.

ALMAGRO, M. (1987): «El área superficial de las poblaciones ibéricas» *Los asentamientos ibéricos ante la romanización,* Madrid.

ALMAGRO, M. (1989): *Segobriga, la muralla Norte. La puerta principal, campañas 1986-87,* (Arqueología conquense, 9).

ALVAREZ MARTÍNEZ, J. M. (1982): «El foro de Augusta Emérita», *Homenaje a D. J. M. Alvarez Sáez de Buruaga,* Madrid.

ALVAREZ MARTÍNEZ, (1983): *El puente romano de Mérida,* Badajoz.

ALVAREZ MARTÍNEZ, J. M. (1985): «Excavaciones en Augusta Emérita», *Arqueología de las ciudades modernas superpuestas a las antiguas,* Madrid.

ALVAREZ MARTÍNEZ, J. M. (1988): «Algunas observaciones sobre el territorium emeritense». *Homenaje a don Samuel de los Santos,* Albacete.

ANTONA, V. y BLÁNQUEZ, J. (1988): *La arqueología subacuática en España,* Madrid.

AQUILUÉ, X. (1984): «Las reformas augusteas y su repercusión en los asentamientos urbanos del Noreste peninsular» *Arqueología Espacial,* vol. 5, Teruel.

AQUILUÉ, X. y DUPRÉ X. (1986): «Reflexions entorn de tarraco en época tardo republicana» *Forum.* 1.

AQUILUÉ, X. *et alii,* (1984): *El Foro romano de Ampurias,* Barcelona.

ARCE, J. (1987): «Arcos romanos en Hispania», *A.Esp.A.* 60, 1987.

ARGENTE, J. L. (1981): «La pintura mural romana de la Casa del Acueducto de Tiermes», *Numancia,* 1981.

ARIAS BONET, G. (1987): *Repertorio de caminos de la Hispania Romana,* La Línea (Cádiz).

ARTEAGA, O. y BLECH, M. (1987): «La romanización en las zonas de Porcuna y Mengibar», *Los asentamientos ibéricos ante la romanización,* Madrid.

BALIL, A. (1972): *Casa y urbanismo en la Hispania Antigua. La segunda edad del Hierro, Studia Archeologica 18.*

BALIL, A. (1976): «Las ideas urbanísticas en época augustea» *Symposium de ciudades Augusteas* I, Zaragoza.

BELTRÁN, A. (1987): «Los asentamientos ibéricos ante la romanización en el valle del Ebro: los casos de Celsa, Azaila y Botorrita, *Los asentamientos ibéricos ante la romanización,* Madrid.

BELTRÁN, M. (1990): *Guía de la cerámica romana.* Zaragoza.

BENDALA, M. (1985): «*Capitolia Hispaniarum*», *La Arquitectura Religiosa en la Hispania Romana*, Mérida (en prensa).
BENDALA, M. (1987a): «Incorporación de Hispania al Imperio romano. La cultura en la Hispania romano-republicana. Cuestiones generales», *Historia General de España y América*, Madrid, 1-2.
BENDALA, M. (1987b): «Incinérations et inhumations dans L'Occident Romain aux trois premières siècles de notre ère: le Sud de L'Espagne». *Prè-Actes du IVème, Congres d'archeologie Meridionale. Inhumation et incinération aux trois premières siècles de notre ère*, Toulouse.
BENDALA, M. (1990): «El plan urbanístico de Augusto en Hispania: precedentes y pautas macroterritoriales», *La ciudad Hispanorromana y su monumentalización en época augustea, Stadtbild und Ideologie*, München.
BENDALA, M.; FERNÁNDEZ OCHOA, C.; FUENTES A. y ABAD L. (1987): «Aproximación al urbanismo y a los fenómenos de transición y de potenciación tras la conquista», *Los asentamientos ibéricos ante la romanización*, Madrid.
BLANCO, A. y CORZO, R. (1976): «Urbanismo romano de la Bética», *Symposium de ciudades Augusteas I*, Zaragoza.
BURILLO MOZOTA, F. (1981): «La aplicación de los modelos del lugar central en la arqueología», *Reunión de Metodología sobre Investigación en Arqueología y Prehistoria*, Soria.
BURILLO, F. y OSTALE, M. (1983-84): «La situación de Bílbilis y Segeda», *Kalathos* 3-4.
CANTO, A. (1979): «El acueducto romano de Itálica», *Madrider Mitteilungen* 20.
CANTO, A. (1982): «Sobre la cronología Augustea del Acueducto de los Milagros de Mérida», *Homenaje a don J. M. Sáez de Buruaga*, Madrid.
CANTO, A. (1989): «Colonia Iulia Augusta Emerita. Consideraciones acerca de su fundación y su territorio», *Gerión*, 7, Madrid.
CASAS I GENOVER, J. (1981): «La xarxa viaria romana a les comarques de Girona», *Rev. Collegio Universitari de Girona*, 1, Gerona.
CARRILLO, J. R. (1990): «Técnicas constructivas en la villa romana de El Ruedo (Almedinilla, Córdoba), *Anales de Arqueología Cordobesa I.*
CERRILLO, E. (1984): *La vida rural romana en Extremadura, Cáceres.*
CISNEROS, M. (1986): «Canteras y materiales de construcción de Los Bañales (Uncastillo, Zaragoza), *Homenaje al Profesor A. Beltrán*, Zaragoza.
COLOQUIO LA BAJA EPOCA DE LA CULTURA IBERICA (1981): *La Baja época de la cultura ibérica*, Madrid.
COLOQUIO NOROESTE (1983): Coloquio Inter-universitario de Arqueología do Noroeste, *Rev. Portugalia*, vols. IV-V.
COLOQUIO ASENTAMIENTOS IBERICOS (1987): *Los asentamientos ibéricos ante la romanización*, (Madrid, 1986) Madrid.
COLOQUIO CIUDAD HISPANORROMANA (1990): *Stadtbild und Ideologie*, München.
CONGRESO ARQUITECTURA RELIGIOSA (1985): *Arquitectura Religiosa en la Hispania Romana*, Mérida (en prensa).
CONGRESO FOROS, (1987): *Los Foros en la provincias occidentales*, Madrid.
CORTÉS, R. (1987): «Los foros de Tarraco», *Los foros romanos de las provincias occidentales*, Madrid.
CORZO, R. (1973): «Munda y las vías de comunicación en el Bellum Hispaniense», *Habis*, 4.
CORZO, R. (1989): «El teatro romano de Cádiz», *Homenaje al Profesor A. Blanco Freijeiro*, Madrid.
CORZO, R. (1990): *El teatro de Itálica*, Sevilla.
CHIC, G. (1978): «Consideraciones sobre la navegabilidad del Guadalquivir», *Gades*, 1.
CHOCLAN, C. y CASTRO, M. (1988): «La campiña del Alto Guadalquivir en los siglos I-II d. de C. Asentamientos, estructura agraria y mercados», *Arqueología Espacial*, 12.
CHURCHIN, L. A. (1985): «Vici and pagi in Roman Spain», *REA*, 87.
DIDIERJEAN, F.; NEY, CL.LE. y PAILLET, J. L. (1986): *Belo III. Le Macellum*, Madrid.
DOMERGUE, C. (1986): «Dix-huit ans de recherche (1976-1986) sur les mines romaines du Nord-ouest de la Péninsule ibérique». *I Congreso Internacional Astorga Romana*. Astorga.
DOMERGUE, C. (1987): Catalogue des Mines et des Fonderies antiques de la Péninsule Ibérique, Madrid.
DOMERGUE, C. (1990): *Les mines de la Péninsule Ibérique dans l'Antiquité romaine*, Roma.
DUPRÉ, X. (1986): «Es capitells corints de l'arc de Bará». *Forum 6.*
DUPRÉ, X. y PAMIES, A. (1986-7): «Intervenció arqueológica al carrer de Santa Tecla de Tarragona», *B.A.Tarr.*, V.
FATAS, G. (1974): «La Sedetania como instrumento de Roma; la importancia y significación de la *Salduie* ibérica en la romanización de la cuenca del Ebro, *Homenaje a P. Beltrán*, Anejos de A. EspA. VII, Madrid-Zaragoza.
FATAS, G. (1974): *La Sedetania. Las tierras Zaragozanas hasta la fundación de Caesaraugusta*, Zaragoza.
FERNÁNDEZ CASADO, A. (1985): *Ingeniería hidráulica romana*, Madrid.
FERNÁNDEZ CASTRO, M. C. (1982): *Villas romanas en España*, Madrid.
FERNÁNDEZ CORRALES, J. M. (1987): *El trazado de las vías romanas en Extremadura*, Cáceres.
FERNÁNDEZ GALIANO, D. (1982): *Complutum II. Mosaicos, EAE.* núm. 138, Madrid.
FERNÁNDEZ GALIANO, D. (1987): *Mosaicos romanos del Convento Caesaraugustano*, Zaragoza.
FERNÁNDEZ OCHOA, C. (1982): *Asturias en la época romana*, Madrid.
FERNÁNDEZ OCHOA, C. (1988): «El impacto romano sobre el hábitat del Noroeste (Estado de la cuestión sobre fe-

nómenos de transición y articulación del territoriao», *I Congreso Peninsular de Historia Antigua*, Santiago de Compostela.
FERNÁNDEZ OCHOA, C. y ZARAZALEJOS, M. (1990): «Terra sigillata del Museo de Ciudad Real», revista *Zephyrus* (en prensa).
FERREIRA D'ALMEIDA, C. A. (1983): «O castrejo sob o dominio romano a sua transformaçao», *Estudio de Cultura Castrexa y de Historia Antigua de Galicia*, Compostela.
FLORIANI SQUARCIAPINO, M. (1976): «Ipotesi di lavoro sul gruppo di esculture da Pan Caliente», *Augusta Emérita*, Madrid.
FUENTES DOMÍNGUEZ, A. (1987): «Incineraciones e inhumaciones en la mitad N. de España en los tres primeros siglos de la Era», *Prè-Actes du IVème. Congres d'archeologie Meriodinale. Inhumation et incineration aux trois prémieres siècles de notre ère*, Toulouse.
GARCÍA Y BELLIDO, A. (1959): «Las colonias romanas en Hispania», *Anuario de Historia del Derecho Español* 29.
GARCÍA Y BELLIDO, A. (1972-1974): «El arco Tetrapylon de Cáparra (Cáceres), *A. Esp.A.*, 45-47.
GARCÍA Y BELLIDO, A. (1974): «Arcos honoríficos romanos en Hispania», *Colloquio italo-spagnolo sul tema «Hispania Romana»*, Roma.
GARCÍA CANO, C.; GARCÍA CANO, J. M. y RUIZ, E. (1989): «Las cerámicas Campanienses de la necrópolis ibérica del Cabecico del Tesoro (Verdolay, Murcia)», *Verdolay*, 1.
GARCÍA MARCOS, V. y VIDAL, J. M. (1990): *Arqueología en Asturica Augusta (Astorga, León)*, Astorga.
GARCÍA MERINO, C. (1975): *Población y poblamiento en Hispania romana. El conventus cluniensis*, Valladolid.
GARCÍA MERINO, C. (1984): «La ciudad de Uxama, nuevos datos para la romanización en Soria», *I Symposium de Arqueología Soriana*, Soria.
GOLVIN, J. C. (1988): *L'amphitéatre romain. Essai sur a théorisation de sa forme et de ses fonctions*, Madrid.
GORGES, J .G. (1979): *Les villes hispano-romaines*, París.
GORGES, J. P. (1982): «Centuriation et organisation du territoire: notes préliminaires sur l'exemple de Mérida» *Colloque Villes et Campagnes dans L'Empire Romain*, Aix-en Provence.
GORGES, J. P. (1983): «Remarques sur la détection des cadastres antiques dans la Péninsule Ibérique: propos d'Elche et de Mérida», *Cadastres et espace rural*, Besançon.
GRÜNHAGEN, W. (1982): «Cronología de la muralla de Munigua», *Homenaje a D. J. M. Sáez de Buruaga*, Madrid, 1982.
HAUSCHILD, TH. (1976): «Problemas de construcción romana en Mérida», *Augusta Emérita. Actas del Bimilenario de Mérida*, Madrid.
HAUSCHILD, TH. (1977): «La terraza superior de Tarragona, una planificación axial del siglo I». *Segovia y la Arqueología romana*, Madrid.
HAUSCHILD, TH. (1977): «Excurs. Bemerkungen zu Thermen und Nymphaüm von Munigua», *Madrider Mittelungen*, 18.
HAUSCHILD, TH. (1983): *Arquitectura Romana de Tarragona*, Tarragona.
HAUSCHILD, TH. (1986): «Ausgrabungen in der Stützmauer des Forums, 1985», *Madrider Mitteilungen* 27.
HOMENAJE AL PROFESOR BALIL, (1990): *Mosaicos Romanos, Estudios sobre iconografía*, Guadalajara.
HOMENAJE AL PROFESOR M. FERNANDEZ GALIANO, (1985): *Mosaicos Romanos, Mesa Redonda hispano-francés sobre Mosaicos Romanos*, Madrid.
HUMPHEREY, J. H. (1985): *Roman Circuses. Arens for chariot racing*, London.
IBÁÑEZ, A. (1983): *Córdoba Hispanorromana*, Córdoba.
JIMÉNEZ, A. (1982): «Teatro de Itálica. Primera campaña de obras», *Itálica (Santiponce, Sevilla), EAE* 121, Madrid.
JIMÉNEZ, A. (1983): «Los acueductos de Emérita», *Augusta Emérita. Actas del Bimilenario de Mérida*, Madrid, 1976, 41-125.
JIMÉNEZ, A. (1989): *La Puerta de Sevilla en Carmona*, Sevilla.
JIMÉNEZ, A. (1989b): «Las columnas del teatro de Itálica», *Homenaje al profesor A. Blanco Freijeiro*, Madrid.
JIMÉNEZ, J. L. (1987): *Arquitectura Forense en la Hispania Romana*, Zaragoza.
JORNADAS CIUDADES ACTUALES (1983): *Primeras Jornadas de arqueología en las ciudades actuales*, Zaragoza.
JORNADAS CIUDADES SUPERPUESTAS, (1985): *Arqueología de las ciudades modernas superpuestas a las antiguas*, (Zaragoza, 1983) Madrid.
LEÓN, M. P. (1977-1978): «Notas sobre la técnica edilicia en Itálica», *A. Esp.A.*, 50-51.
LEÓN, M. P. (1985): «Itálica. Problemática de la superposición de Santiponce al yacimiento», *Arqueología de las ciudades modernas superpuestas a las antiguas* (Zaragoza, 1983), Madrid.
LE ROUX, P. y TRANOY A. (1983-1984): «Villes et functions urbaines dans le nord-ouest hispanique sous domaine romaine», Portugalia IV-V.
LIZ GUIRAL, J. (1989): *El puente de Alcántara*, Madrid.
LÓPEZ GÓMEZ, A. *et alii* (1974): *Centuriaciones romanas de España*, Madrid.
LÓPEZ MULLOR, A. (1989): *Las cerámicas romanas de Paredes Finas en Cataluña*, Barcelona.
LUZÓN, J. M. (1982): «El teatro romano de Itálica», *El teatro en la Hispania Romana*, Badajoz.

LUZÓN, J. M. y RUIZ MATA, D. (1973): *Las raíces de Córdoba. Estratigrafía de la Colina de los Quedamos.*
MAGALLÓN, M. A. (1987): *La red viaria romana de Aragón,* Zaragoza.
MANSUELLI, A. (1974): «Considerazioni sullurbanistica della Spagna Romana», *Colloquio italo-spagnolo sul tema «Hispania Romana»* Roma.
MAÑANES, T. (1983): *Astorga y su entorno,* Valladolid.
MAR, R. y RUIZ DE ARBULO, J. (1986): «La basílica de la colonia tarraco. Una nueva interpretación del llamado foro bajo de Tarragona» *Forum,* 3.
MAR, R. y RUIZ DE ARBULO, J. (1987): «La basílica de la colonia Tarraco. Una nueva interpretación del llamado foro bajo de Tarragona», *Los foros romanos de las provincias occidentales,* Madrid.
MARCOS, A. y VICENT, A. M. (1985): «Investigación, técnicas y problemas de las excavaciones en solares de la ciudad de Córdoba y algunos resultados topográficos generales», *Arqueología de las ciudades modernas superpuestas a las antiguas,* Madrid.
MARTÍN BUENO, M. (1985): «La Arqueología subacuática en las costas del Norte y Noroeste peninsular: estado de la cuestión» *VI Congreso Internacional de Arqueología Submarina,* Cartagena.
MARTÍN BUENO, M. y CISNEROS, M. (1985): «Aproximación al estudio de materiales de construcciones romanas de Bílbilis (Calatayud, Zaragoza» *CNA* 17 (Logroño, 1983) Zaragoza.
MAYET, F. (1975): *Les céramiques a parois fines,* París.
MAYET, F. (1984): *Les céramiques sigillées hispaniques,* París.
MENA, P. (1988): «La época republicana en Castilla-La Mancha: inicios de la romanización», *I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha.* Toledo.
MUÑOZ AMILIBIA, A. M. (1987): «Un ejemplo de continuidad del tipo de vivienda ibérica en el Municipio de Iponoba. El Cerro de Minguillar (Baena, Córdoba)», *Los asentamientos ibéricos ante la romanización,* Madrid.
MOREL, J. P. (1981): *Cerámique campanienne. Les formes,* BEFAR, 244, París.
MOREL, J. P. (1987): «Observations sur les céramiques vernis noir de France et d'Espagne», *Arquéologie en Languedoc,* 1.
MORILLO, A. (1991): «Fortificaciones campamentales de época romana en España», *AEspA,* vol. 64, (en prensa).
MOROTE BARBERA, G. (1979): «El trazado de la vía Augusta desde Tarracone a Carthago Spartaria. Una aproximación a su estudio» *Saguntum,* 14.
MOSTALAC, A. (1983): «La pintura mural romana de Celsa (Velilla del Ebro, Zaragoza)», *Boletín del Museo de Zaragoza,* 1.
NAVEIRO, J. (1986): «El comercio marítimo del Noroeste a través de las ánforas», *Revista Arqueología,* 57.
PALLI AGUILERA, F. (1985): *La vía augusta en Cataluña,* Barcelona.
PALOMERO, S. (1983): «Las vías romanas de Segóbriga y su contexto en las vías romanas de la actual provincia de Cuenca», *Homenaje al profesor M. Almagro,* vol. III.
PALOMERO S. (1987): *Las vías romanas en la provincia de Cuenca.* Cuenca.
PÉREZ GONZÁLEZ, C. (1989): *Cerámica romana de Herrera de Pisuerga, Palencia-España. La Terra Sigillata,* Chile.
PONSICH, M. (1972-1979 y 1987): *Implantación rurale antique sur le Bas-Guadalquivir,* Madrid.
PREVOSTI, M. (1981): *Cronología i poblament a l'area rural de Baetulo,* Badalona.
PREVOSTI, M. (1981): *Cronología i poblament a l'area rural d'Ilduro,* Mataró.
PUERTA, C. (1989): *Baetulo. Cerámica de parets fines,* Badalona.
RAMALLO ASENSIO, S. (1985): *Mosaicos romanos de Cartagonova,* Murcia.
RAMALLO ASENSIO, S. (1989): *La ciudad romana de Cartago Nova. La documentación arqueológica,* Madrid.
RAMÍREZ GALLARDO, A. (1975): *Supervivencia de una obra hidráulica. El acueducto de Segovia.* Segovia.
RODRÍGUEZ NEILA, F. (1988): *Historia de Córdoba,* Córdoba.
ROLDÁN GÓMEZ, L. (1987): «Tecnica edilicia romana en Itálica. Edificios Públicos, *A.Esp.A.* 60.
ROLDÁN GÓMEZ, L. (1988): «Tecnica edilicia romana en Itálica. Edificios Privados, *A.Esp.A.* 61.
ROLDÁN HERVÁS, J. M. (1972): *Iter ab Emerita Asturicam. El camino de la Plata,* Salamanca.
ROLDÁN HERVÁS, J. M. (1975): *Itineraria Hispana,* Valladolid.
ROMERO CARNICERO, M. V. (1985): *Numancia I,* EAE, 146. Madrid.
RUIZ, A. (1987): «Ciudad y territorio en el poblamiento ibérico del Alto Guadalquivir», *Los asentamientos ibéricos ante la romanización,* Madrid.
SÁNCHEZ DEL REAL, J. (1969): «Exploración arqueológica en el jardín de la Catedral de Tarragona», *Madrider Mitteilungen,* 10.
SÁNCHEZ-LAFUENTE, J. (1990): *Terra sigillata de Segóbriga y ciudades del entorno: Valeria, Complutum y Ercávica,* Madrid.
SÁNCHEZ-PALENCIA, F. J. y FERNÁNDEZ-POSE, M. D. (1984 y th1988): *La Corona y el Castro de Corporales I-II,* EAE, 141 y 153, Madrid.
SÁNCHEZ-PALENCIA, F. J. y SAINZ PASCUAL, M. J. (1988): *El circo romano de Toledo. Estratigrafía y arquitectura,* Toledo.
SANMARTÍ, E. (1978): *La cerámica campaniense de Emporion y Rhode,* Barcelona.
SANMARTÍ, E. y NOLLA, J. M. (1988): *Guía de Ampurias,* Barcelona.

SERRANO RAMOS, E. (1988): «Imitaciones de cerámica aretina procedentes de yacimientos arqueológicos malagueños», *Mainake*, X.
SILLIÈRES, P. (1976): «La vie Augusta de Cordueve Cadix», *MCV* XII.
SILLIÈRES, P. (1977): «Le camino de Aníbal. Itineraire des gobelets de Vicarello de Castulo a Saetabis» *MCV*, XIII.
SILLIÈRES, P. (1983): «Ornières et voies romaines», *Caesarodunum*, XVIII.
SIMPOSIUM SEGOVIA (1977): *Segovia y la arqueología romana*, Segovia.
SIMPOSIO BIMILENARIO DE MERIDA (1976): *Augusta Emérita. Actas del Bimilenario de Mérida*, Madrid.
SIMPOSIO TEATRO (1982): *El Teatro en la Hispania Romana*, Badajoz.
SIMPOSIO TARAZONA (1987): *La red viaria en la Hispania Romana*, Zaragoza.
SYMPOSIUM SURESTE (1988): *Vías romanas del Sureste*, Murcia.
STYLOW, A. U. (1990): «Apuntes sobre el urbanismo de la Corduba romana», *Stadtbild un Ideologie*, München.
TARRADELL, J. (1979): «La ciudades romanas en el Este de Hispania» *Symposium de ciudades Augusteas*, I, Zaragoza.
TEDA, (1990): *L'Amfiteatre romà de Tarragona. La basílica visigótica i l'església románica*, Tarragona.
WOODS, D., COLLANTES F. y FERNÁNDEZ CHICARRO, C. (1967): *Carteia*. EAE, 58, Madrid.

LA CULTURA HISPANORROMANA II: LA ROMANIDAD TARDIA

Angel Fuentes Domínguez
Universidad Autónoma de Madrid

Aunque somos de la opinión de que la Epistemología cae en el campo de estudio de la Filosofía y de que la epistemología aplicada a un saber científico en el de la Historia del Pensamiento, y de que, por consecuencia, la tarea fundamental del científico es la de arriesgarse a hacer la ciencia con toda humildad pero con no menor decisión; no podemos, sin embargo, dejar de notar la esterilizante escasez de reflexión teórica entre los arqueólogos —especialmente los clásicos— que tiene por consecuencia primera una cierta desorientación entre los profesionales, una evidente dispersión de la metodología y una dificultad añadida para la valoración coordinada de trabajos elaborados desde los presupuestos teóricos (cuando los hay) más dispares.

Como en esta obra colectiva esta tarea ya ha sido asumida, nos sentimos exonerados (con alivio) de la obligación del análisis teórico, que dejamos para quien de ello guste y se sienta capaz. Nos conformamos con aportar apenas datos y títulos de una parte de la Arqueología en un período determinado. Datos y títulos que puedan servir a cada uno para valorar qué y cómo han sido los últimos veinte años de arqueología tardorromana en nuestro país.

Ni que decir tiene que la veintena de años elegidos constituyen un período significativamente importante para nuestra historia vivida y presumiblemente para nuestra disciplina también. Cualquier otro período hubiera sido igualmente significativo y crucial; pero es que, además, en éste coinciden hechos de naturaleza política, social y económica que subrayan esta idea de partida. Nuestro país arrancó del secarral cultural y político del franquismo, pasó por la turbulencia agitada de una vertiginosa transición y queda, ahora mismo, a las puertas del siglo venidero con voluntad decidida de participación activa en lo que se ha dado en llamar con no poca grandilocuencia «concierto internacional», como agente y no a remolque como ha sido norma en los últimos siglos.

Que todo ello ha de manifestarse en el campo de la cultura y más en concreto en la investigación histórica y arqueológica, parece una hipótesis inicial plausible y probable. Que el arqueólogo no se sustrae nunca de su entorno cultural es una obviedad que no requiere de comprobaciones ulteriores.

EL ENTORNO INTERNACIONAL

Los trabajos sobre la Tardía Romanidad sufrieron en la década de los setenta un impulso enorme a partir de la publicación de obras significativas, algunas de las cuales han pasado a ser clásicos de la literatura, al respecto y marcan un hito en la historia del pensamiento histórico y arqueológico so-

bre la Tardía Antigüedad. A este respecto cabe recordar que la década comienza con el vuelco significativo que supuso la reciente publicación en años inmediatamente anteriores de libros como los de **Lot** (LOT, 1974), **Remondon** (REMONDON) y **Vogt** (VOGT, 1967), por poner sólo algunos ejemplos; o traducciones al español de autores imprescindibles, generalmente hechas fuera de nuestro país, y que significaron una corriente de aire fresco en un panorama desolador como era el de la España de entonces (WALLBANK, 1978).

Un año antes de la fecha que inaugura el período que tratamos se publica la obra ingente de **A. H. M. Jones** *The Later Roman Empire*, (JONES, 1969), que marca todavía en la actualidad la historiografía sobre el final del mundo romano.

En los años iniciales de la década de los setenta verán la luz obras que continúan la pauta marcada de antes, como los trabajos de **Brown** (BROWN, 1971), **Chastagnol** (CHASTAGNOL, 1976), y ya más tarde, **D'Elia** (D'ELIA, 1981). Este es el panorama internacional que puede servir de comparación a la realidad española, bastante diferente por cierto. Significativamente en ninguna de éstas obras Hispania figura como una provincia científica productora de datos de interés de cara a la reconstrucción histórica. Datos escasos y citas anticuadas, relegan a nuestra Península al olvido científico y al mediocre papel de «provincia muda», que sólo con el tiempo se ha ido modificando. Sólo algunas obras debidas a extranjeros, aunque, eso sí, de la mayor importancia y calidad, recalaron en nuestro país como objeto exclusivo de interés. Así por ejemplo el trabajo de **Chastagnol** sobre las élites tardorromanas de Hispania (CHASTAGNOL, 1965), o el de **Stroheker** (STROHEKER, 1972), que fueron y son todavía imprescindibles para el conocimiento de la época.

EL ENTORNO HISTORIOGRAFICO ESPAÑOL

Mientras en el resto del mundo veían la luz obras de la talla de las citadas, en nuestro país las cosas evolucionaban de manera diferente, aunque alentadora. Por primera vez, desde la guerra civil, historiadores y arqueólogos comenzaban a respirar los aires de un cambio que se presentía cercano; el despegue económico madurado en la década anterior, la llegada masiva a las aulas de las nuevas generaciones de españoles del «boom» demográfico de los sesenta en estas dos décadas, y, en general, las ansias por recuperar una historia sustraída o negada, son las causas fundamentales de la aparición de un curioso fenómeno que va a agitar y de qué modo las hasta ahora demasiado sosegadas aguas de la historia española.

Se trata del auge de las obras generales, de las colecciones históricas, de las historias de España, de una parte, y su epílogo más reciente: las historias regionales, nacionales y locales de otra.

En general se trata, para el primero de los casos, de trabajos generales sobre Hispania, con capítulos o volúmenes específicos para el final de la Hispania antigua, con clara vocación escolar —aunque su público es mucho más amplio— y que tienen la ventaja de incorporar los trabajos más recientes y modificar continuamente los puntos de vista tenidos por sus autores. Se puede decir que significan dos pasos adelante en el progreso científico. El primero, incorpora a nuestro país en la corriente general de publicaciones sintéticas que hasta el momento eran patrimonio de autores extranjeros, lo cual refleja la madurez que ha ido adquiriendo la historiografía española en los últimos tiempos. En segundo término demuestra el avance de la Arqueología y la Historia en nuestro país, la renovación constante de contenido y temas tratados y la ampliación de los horizontes editoriales a cuestiones de la Antigüedad que, salvo excepciones, no se habían modificado —nos referimos a la literatura científica— desde el año 42 con la publicación de la ***Historia de España*** de **Menéndez Pidal**.

Estas obras son desiguales en su concepción, en sus contenidos, incluso en su orientación teórica; pero todas ellas tienen la máxima importancia sobre todo por su trascendencia en el mundo universitario como manuales o textos de referencia y que han dejado una huella profunda sobre las generaciones de arqueólogos de la actualidad.

De entre estas obras destacaremos varias como el volumen dedicado a la *Antigüedad de la Historia de España* de la Editorial Alfaguara, obra de **A. Cabo** y **M. Vigil** (CABO y VIGIL, 1973), con una más que interesante parte primera de un geógrado (A. CABO) buen conocedor de la Historia de España, que se puede considerar como el precedente de los estudios de arqueología ambiental y espacial de nuestros días, a pesar de relacionarse más con una tendencia de pensamiento ya veterana como es la Geografía Histórica.

J. M. Blázquez es asiduo y prolífico autor de varias de las más importantes, obras generales, solo o en compañía de otros autores de prestigio; así destacamos tanto sus síntesis generales (TOVAR

y BLÁZQUEZ, 1975) (BLÁZQUEZ, 1975a), como las historias económicas, de mayor interés si cabe que las anteriores; pues aúna la crítica textual con los datos arqueológicos de los que las obras de este autor son monumentales recopilaciones —aunque a veces con dudoso criterio o de manera discutible— (BLÁZQUEZ, 1975b), (BLÁZQUEZ, 1978a); como, también, las obras específicamente dedicadas al Bajo Imperio (BLÁZQUEZ, 1990), recopilación de trabajos suyos preexistentes a los que se le añade bibliografía reciente, pero en los que no se modifican prácticamente en sus contenidos.

Otras Historias generales de lectura obligada y de diversas editoriales y direcciones: la basada en los textos clásicos, pero con la siempre intuitiva interpretación de **Balil** (BALIL, 1976b), la colectiva (BLÁZQUEZ *et alii,* 1978) escrita por la plana mayor de la Historia Antigua española, la debida a **J. Mangas**, en la *Historia de España* dirigida por Tuñón de Lara (MANGAS, 1980), la reedición de la *Historia de España* de **Menéndez Pidal** (JOVER ed., 1982), y, de nuevo, otra obra colectiva, esta vez de la Editorial Rialp (VV.AA., 1987a), seguramente la mejor y más completa de sus características y las más genuinamente «arqueológica», pues la mayoría de sus autores son arqueólogos de varias Universidades, lo que le da a la obra un carácter muy especial y distinto de las restantes anteriores.

Más reducidas en dimensiones, pero igualmente importantes pues su público es todavía mayor, citamos como ejemplo de esta fundamental tarea divulgadora los trabajos de **Roldán** (ROLDÁN, 1989) o **García Moreno** (GARCÍA MORENO, 1988).

Como obras de síntesis sobre el Arte Hispánico, también en la Hispania Tardorromana, citemos algunos capítulos, que no vamos a detallar pues sería largo, de las reseñadas *Historia de España* de **Menéndez Pidal**, y de la *Historia General de España y América,* además del libro de **Blanco Freijeiro** (BLANCO, 1981) o la más reciente y puesta al día de **Bendala** (BENDALA, 1990).

Entre las Historias locales, regionales o nacionales, el otro fecundo campo de las obras sintéticas, cuenta con abundantes títulos; ahora sí de muy variada índole y resultados, unas veces más próximos al puro estudio histórico, otras veces con una carga mayor en lo arqueológico. Debidas, casi siempre, al mecenazgo autonómico (compruébese que la mayoría de ellas es posterior al año ochenta), podemos decir que son pocas las provincias o comunidades autónomas que carecen de estas utilísimas síntesis históricas. Citamos algunas a título meramente indicativo: la de Andalucía, debida a **Bendala** (BENDALA, 1980); la de Burgos, debida a **Montenegro Duque y otros** (MONTENEGRO, 1985); la de Castilla y León, de **Mangas y Solana** (MANGAS y SOLANA, 1975); la de Aragón de **Beltrán** (BELTRAN, 1985); las de Galicia de **Rodríguez Colmenero** (RODRÍGUEZ COLMENERO, 1977) y, mucho mejor, la de **Tranoy** (TRANOY, 1981) o el Congreso celebrado en La Coruña (VV.AA., 1976a).; las de Asturias de **Diego Santos** (DIEGO SANTOS, 1977) y de **Fernández Ochoa** (FERNÁNDEZ OCHOA, 1982), la de Valladolid (VV.AA., 1977a), la que hizo **Palol** para Cataluña (PALOL, 1978) o la de **Tarradell** (TARRADELL, 1975) para el País Valenciano, y un largo etcétera que sería engorroso pormenorizar y que incluyen el **Congreso de Historia de Castilla-La Mancha**, las dos **Jornadas de Estudios de Madrid**, o los Congresos de **Historia de Palencia** o los dos de **Arqueología soriana**, del **País Valenciano**, entre muchos otros.

En cuanto a bibliografía histórica referida exclusivamente a la Tardía Romanidad española, la lista de títulos no es menos abundante. Como aquí sólo se habla de trabajos arqueológicos o de gran interés para la Arqueología, nos disculpamos por citar tan sólo las obras de carácter general.

Entre ellas destacan los artículos de un gran conocedor de nuestra Tardía Antigüedad como es **Thompson** (THOMPSON, 1976, 1977, 1978 y 1979). De entre las obras españolas, destacamos en primer lugar, un volumen de una obra de las Historias generales comentadas anteriormente y que, por primera vez, dedica un tomo íntegro a la Tardía Antigüedad española como algo distinto del mero mundo clásico (SAYAS y GARCÍA MORENO, 1981), un trabajo excelente en cuanto a monografía histórica, bien argumentado desde los datos que aporta la arqueología.

Blázquez ha dedicado una especial atención al Bajo Imperio aunque con fortuna desigual, a la obra ya reseñada (BLÁZQUEZ, 1990), añadimos como muestra de su pensamiento un trabajo que ha tenido muchas repercusiones entre casi todos los arqueólogos que trabajan en esta época (BLÁZQUEZ, 1976); en el que se hace una visión de Hispania en la Baja Epoca demasiado simple, acomodando fuentes y escritos antiguos a datos arqueológicos de forma harto mecanicista y con unos resultados que hoy ya no se pueden mantener en algunos casos.

Una visión parecida a la anterior puede encontrarse en un trabajo de **García Moreno** a propósito de la Meseta Norte (GARCÍA MORENO, 1975); donde se ofrece una imagen algo distorsionada de la mitad norte de la Península que hoy tampoco parece aconsejable mantener. Del mismo autor, aunque con otro talante mucho más fecundo destacamos la visión general de la época a la que nos referimos (GARCÍA MORENO, 1981).

Palol Salellas, el máximo representante de la arqueología tardorromana española hoy por hoy, también ha hecho excursiones históricas, muy bien documentadas arqueológicamente y, en consecuencia, del más alto valor teórico y, aunque en algunos aspectos estén ahora en discusión algunas de sus conclusiones, se puede considerar sus trabajos como de absoluta y plena validez (PALOL, 1971 y 1977).

En los últimos tiempos quien más y mejor ha investigado el final de la presencia romana en nuestro país ha sido J. Arce, que ha sido el autor que por vez primera ha realizado una tarea pendiente desde hacía largo tiempo: la de insertar la historia bajorromana española en la historia romana general; inserción completamente necesaria para mejor entender el modelo hispano de transición a la Edad Media, si es que tal existe. A él debemos artículos como el dedicado a la siempre oscura época de las primeras invasiones del siglo III (ARCE, 1978) y dos libros auténticamente fundamentales, uno donde aborda temas ya tratados anteriormente (ARCE, 1987) y el que se debe considerar como mejor síntesis histórica de la que disponemos en la actualidad sobre el Bajo Imperio y que es punto de partida inexcusable de cualquier trabajo al respecto (ARCE, 1982). En este libro, que da una idea general sobre el período, se tratan especialmente algunos aspectos de interés como la cuestión militar, la economía, las ciudades y el nivel urbano, se cuestionan finalmente algunos de los tópicos al uso recogidos en otros autores y arrastrados fatigosamente por la historiografía, se ventila el ya viciado ambiente de la crítica textual que era también una tarea inaplazable, etc; todo ello desde un rigor teórico y metodológico irreprochable. En algunos casos, no obstante, se vierten opiniones menos afortunadas, más que nada porque muestran un cierto alejamiento de la realidad, sobre todo arqueológica. La virtud principal de esta obra, es a nuestro juicio, el haber puesto en solfa multitud de lugares comunes que estaban pesando demasiado sobre el Bajo Imperio español, proponiendo un nuevo campo de discusión y nuevos temas sobre los que en el futuro todos habremos de trabajar inexcusablemente.

Ultimamente se detecta, no obstante, una renovación con trabajos nuevos que, sin ser grandes monografías, sí que están llenando brillantemente huecos notorios de la investigación, bien por tratarse de estudios zonales (KEAY, 1984a), bien por ser obras colectivas —modalidad en auge— (VV.AA., 1990), etc. Muchas de ellas serán citadas a lo largo de las páginas siguientes referidas parcialmente en el tema que tratan (VV.AA., 1990), por lo que su detección será fácil; otras están dispersas en revistas y colecciones, y sería prolijo enumerarlas todas.

Finalmente, y para acabar de delinear estas breves notas sobre el estado de la cuestión histórica, reseñamos la aparición, mucho tiempo retrasada en nuestro país por razones obvias, de enfoques historiográficos de tipo y origen marxistas, que han tenido una influencia destacable en la formación de las recientes generaciones de arqueólogos, no tanto por la orientación teórica (no ha existido en realidad una verdadera arqueología marxista), como por el campo de intereses y objetivos que proponía. Citamos, como siempre a título de ejemplo, el congreso habido en Oviedo sobre «Estructuras Sociales de Hispania» (VV.AA., 1977b), el libro de Fernández Ubiña, dedicado a la historia de la Bética (FERNÁNDEZ UBIÑA, 1981), o las aportaciones españolas a unos textos donde se traducen y difunden obras y trabajos fundamentales de esta corriente de pensamiento histórico y de otros de la talla de Stajerman, Weber, Finley, etc. (VV.AA., 1975), (VV.AA., 1977c).

LOS CAMPOS DE INTERES DE LA ARQUEOLOGIA TARDORROMANA ESPAÑOLA

Siguiendo la tradición metodológica predominante en la Arqueología española, al menos hasta hace muy pocos años, de hacer una arqueología preferentemente analítica, vamos a fijarnos en aquellos temas de investigación en los que los trabajos han recalado habitualmente.

Las ciudades

Por tradición, la arqueología clásica española ha nacido y crecido en torno a los hallazgos y las excavaciones de ciudades, ciudades romanas que como Itálica, Mérida o Sagunto forman parte ya de las señas de identidad historiográfica de nuestro país; sólo con el tiempo se fueron añadiendo otras. En el período que consideramos destacamos como de gran interés el avance que supuso primero la incorporación de nuevas ciudades a las ya tradicionales y escasas citadas. Posteriormente la arqueología urbana, ya en la década de los ochenta ha significado un paso adelante importantísimo, pues se añaden muchos de los más importantes núcleos urbanos de Hispania, como Tarragona, Mérida, Valencia, Zaragoza, etc. Hoy contamos ya con un cúmulo de conocimientos sobre topografía urbana tardoantigua notabilísimo.

En la Bética son numerosos los centros urbanos estudiados. El Instituto Arqueológico Alemán realiza excavaciones sistemáticamente en el yacimiento de Munigua (Mulva, Sevilla), con un impresionante conjunto arquitectónico escalonado de cronología altoimperial, pero que también ha aportado datos interesantes sobre la fase tardía y de abandono del lugar (VEGAS, 1970; GAMER, 1972; GRUNHAGEN y HAUSCHILD, 1979). Itálica, por contra, ha sido parca en hallazgos tardorromanos, sin duda por haberse centrado los trabajos de los últimos tiempos en la Nova Urbs; no obstante se conoce de ella un barrio de la época (CANTO, 1982). Cástulo es otro ejemplo de cómo las ciudades andaluzas van desgranando poco a poco datos aislados sobre su poblamiento tardoimperial; aunque en este caso sea muy poco lo que sepamos del urbanismo de la ciudad y sí más de sus materiales, algunos como los cerámicos, del mayor interés (BLÁZQUEZ, *et alii*, 1975, 1979, 1981 y 1985). Belo, otro yacimiento andaluz bien conocido, en este caso por los trabajos sistemáticos acometidos por la Casa de Velázquez, tiene, sin embargo, poco que ofrecer en comparación con los datos que aporta para otras épocas, a excepción de las termas de la ciudad y algún dato más suelto (DOMERQUE, 1973; REMESAL, ROUILLARD y SILLIÉRES, 1976). Muy poco sabemos de Sevilla (BLANCO, 1979) o Córdoba (IBÁÑEZ CASTRO, 1983) que no sigan siendo datos aislados.

En la Meseta, campo especialmente fecundo en estas décadas, destacan sobre los restantes yacimientos, las excavaciones de Palol en Clunia, de la que ya se conoce, aunque no detalles, la reocupación tardía de su centro monumental (PALOL, 1979, PALOL, 1985 y PALOL en Montenegro, 1985). También en la Meseta se añaden nuevos yacimientos como Valeria (Cuenca), con nuevos datos sobre sus últimos tiempos como ciudad (OSUNA, 1979). Un panorama similar al caso anterior lo tenemos en las excavaciones de Uxama (GARCÍA MERINO, 1970, 1971 y 1984). También en tierras sorianas, Tiermes se ha integrado en estos años a la arqueología tardorromana con la excavación, además de otros hallazgos, de su imponente muralla (ARGENTE *et alii*, 1980 y 1984). Otra importante ciudad romana de la Meseta, Astorga ha sido objeto de varias excavaciones en su solares urbanos aunque los datos que aportan son, todavía, dispersos (VV.AA., 1986). En los últimos tiempos está adquiriendo unos derroteros insospechados la ciudad de Complutum, objeto de abuntandes excavaciones que han exhumado sobre todo un interesante conjunto de villas periurbanas (FERNÁNDEZ GALIANO, 1984a y b).

En Extremadura, Mérida se nos presenta como la gran urbe romana de la España tardía y capital de la Diocesis Hispaniarum. Más que un conocimiento detallado de su topografía urbana o de su evolución, se conocen innumerales elementos aislados y testimonios procedentes de las excavaciones y hallazgos en sus solares que, no obstante, nos aportan una información preciosa sobre su importancia (ARCE, 1982b). En general para las ciudades lusitanas también contamos con un artículo que de forma general se acerca al problema de su configuración (GARCÍA MORENO, 1986).

En Mallorca, Pollentia nos ofrece un interesante conjunto de habitación tardorromana fundamental para conocer el trozo de Hispania desagregado de la Provincia para quedarse bajo control imperial directo del Emperador (ARRIBAS, TARRADELL y WOODS, 1972 y 1978).

En el Valle del Ebro, Zaragoza, capital de su *Conventus* y una de las más preminentes ciudades tardías, a pesar del testimonio en contra de las fuentes, ha sido objeto de atención de Arce (ARCE, 1979) y de otros autores (FATAS, 1972) y ya se han visto publicados los primeros resultados de sus excavaciones urbanas (BELTRÁN *et alii*, 1980). Lo mismo sucede con Lérida, otra ciudad citada a finales del Imperio como despoblada, aunque en este caso no sean muchos ni concluyentes los datos disponibles (LARA, 1973). Pompaelo hacía tiempo estaba dando las primeras estratigrafías útiles del Bajo Imperio español, sobre todo de sus inicios, y se han continuado estos trabajos de manera esporádica y con resultados notables (MEZQUIRIZ, 1987).

Cataluña ha visto multiplicarse desde finales de los setenta las excavaciones en su territorio merced a una ciudad política arqueológica autonómica o municipal, Tarragona y Gerona, son las ciudades que más nos interesan en este trabajo. Además citamos un par de trabajos complementarios: una visión general debida a Tarradell (TARRADELL, 1978) y un catálogo con las excavaciones realizadas en este período y hasta el 82, con bibliografía (VV.AA., 1982).

Para las ciudades del País Valenciano contamos con un trabajo de síntesis introductorio (TARRADELL, 1980) y con otro más reciente debido a Abad Casal (ABAD CASAL, 1985), además de los reseñables trabajos de arqueología urbana en Valencia, que están dando a conocer arqueológicamente los restos de la ciudad romana de la que hasta ahora apenas se conocían sino datos sueltos (RIVERA, 1983).

Para la zona murciana cabe destacar los hallazgos recientes efectuados en Cartagena que sólo ahora están empezando a dar sus frutos y prometen ampliar el escaso conocimiento de la topografía de la ciudad, particularmente sus niveles tardorromanos y tardoantiguos en general, una de las asig-

naturas pendientes en la arqueología española. Todo ello queda bien reflejado de manera general en una monografía colectiva (VV.AA., 1985).

En Galicia, **Lugo** atrae indudablemente la atención más por sus murallas que por sus progresos en topografía urbana que son contados y más conocidos por la polémica surgida por su conservación que por otra cosa (ARIAS, 1976 y 1977). En general para un estado de la cuestión general y bibliografía remitimos a dos trabajos de Arias Vilas en colaboración (ARIAS VILAS y CAVADA, 1979; ACUÑA y ARIAS, 1983), que pueden servir como punto de partida. También en el norte peninsular hay que añadir las recientes excavaciones de **Gijón** que han deparado otra ciudad amurallada en el Bajo Imperio y que convierten a esta ciudad asturiana en un importante enclave urbano y económico de la cornisa cantábrica que habrá que seguir en el futuro con toda atención.

Un aspecto de las ciudades bajorromanas que ha suscitado un gran interés ha sido el de las murallas tardías en los casos en que las hay. En estas dos décadas se han estudiado y reexcavado todas las conocidas y algunas más que se ha añadido; con ello se cierra un paréntesis abierto desde los años treinta y el trabajo de Richmond, al que sólo se le había añadido el de Balil en los sesenta. No obstante se puede decir que todavía está por hacer la obra de síntesis y el estudio detallado de la mayoría de las murallas y su comparación.

Nos remitimos para la bibliografía de cada caso a las publicaciones de cada ciudad y para una excelente visión general (que, aunque muy pesimista y crítica en lo que se refiere a la Arqueología, no deja de tener razón) al trabajo de Arce (ARCE, 1982); a los que añadimos algún artículo más sobre Lugo (ARIAS, 1972), Zaragoza (FATAS, 1977), Iruña (ELORZA, 1972) y, ya fuera del contexto urbano, un nuevo conjunto defensivo en **Ifach** (Alicante) (ARANEGUI y BAZZANA, 1980).

Por lo demás han sido escasos y puntuales los trabajos dedicados a otros aspectos concretos de las ciudades tardorromanas, en particular los de urbanismo, tanto en su vertiente de obras sintéticas como los de conjuntos particulares y ello a pesar de que en la cada vez más abundante arqueología urbana no faltan nunca los niveles bajorromanos que no parecen interesar demasiado a los excavadores. Citemos, no obstante, los de Balil, todavía no superados, sobre aspectos generales del urbanismo privado (BALIL, 1973a y 1974a) y, ya para casos concretos, los de Balil con referencia a Mérida (BALIL, 1976), las excavaciones del Mitreo de **Cabra** (Córdoba) (BLANCO, GARCÍA y BENDALA, 1972) o el ya citado trabajo de García Moreno para Lusitania (GARCÍA MORENO, 1986).

En los últimos tiempos se ha generalizado la creación de departamentos de arqueología en numerosos municipios españoles que con dificultad se van manteniendo y ampliando; tienen la enorme tarea de salvaguardar el patrimonio oculto bajo las ciudades actuales y no ceder a las excesivas e influyentes presiones de las constructoras. Gracias a esto ahora se sabe mucho más de la mayoría de las grandes ciudades romanas de Hispania que, precisamente, son las enterradas bajo ciudades modernas; algunas incluso casi vírgenes desde el punto de vista arqueológico. Los resultados, con ser buenos, son sólo parciales por el momento; aunque en casos como Tarragona, Zaragoza y otras empieza a ser algo más. Se han dedicado dos congresos a tratar de estos nuevos hallazgos y de los problemas concretos que esta «nueva» y nada fácil modalidad de la arqueología urbana plantea (VV.AA., 1985b)

El campo bajoimperial

Es en el estudio del poblamiento rural donde la Arqueología clásica tardorromana española ha evolucionado más en estos veinte años a los que venimos refiriéndonos. Trabajo intenso y avances significativos, no sólo en la cantidad y calidad de los yacimientos conocidos, que se cuentan por millares y han sido objeto de centenares de publicaciones donde se los da a conocer de manera total o parcial, sino también avance significativo respecto a los enfoques por los que este poblamiento rural se ha estudiado. En estos dos decenios han visto la luz verdaderos trabajos de síntesis sobre las villas hispanas en toda Hispania y en algunos casos en regiones concretas y, sobre todo, el avance de los tiempos se manifiesta en cómo se analiza en la actualidad la relación de estas villas con su entorno físico y económico. Así, podemos decir que la tardía época romana es la parte de nuestra historia que mejor conocemos desde el punto de vista arqueológico.

Las excavaciones se han sucedido ininterrumpidamente, así como los hallazgos casuales y los trabajos de salvamento de los mismos. En los últimos tiempos se ha añadido felizmente la iniciativa de algunas autonomías, particularmente Cataluña y Madrid, en elaborar las cartas arqueológicas de sus respectivas jurisdicciones; así como la iniciativa de casi todas las entidades autonómicas, muchas provinciales y bastantes municipales de contar con arqueólogos territoriales y de zona que han podido atender más de cerca las incidencias constantes de apariciones de materiales y yacimientos

que antes eran pasaban poco menos que inadvertidas. De este modo se ha podido comprobar fehacientemente algo que siempre se sospechó como cierto: que el poblamiento rural romano es un fenómeno intenso y difundido por toda la geografía española, sin excepciones ningunas. Hasta el comienzo de la década de los setenta, la diferencia entre regiones y provincias, y dentro de éstas, entre zonas diferentes en lo referido a la prospección al estudio del poblamiento rural propició una suerte de espejismo muy dañino que consistió en creer que algunas zonas eran verdaderamente privilegiadas en cuanto a la explotación del territorio en época romana; a menudo estos datos falseados se trasladaron a la elaboración histórica con el triste resultado de señalar unas áreas «más romanizadas» frente a otras que no lo estaban tanto. Si hoy hubiera que hacer un mapa de dispersión de todos estos hallazgos, toda la Península sería un enorme borrón negro. Gracias a esto se ha eliminado radicalmente de la literatura científica arqueológica expresiones como «región poco romanizada» que eran moneda común hasta ahora; si alguien las sigue utilizando, bien se puede decir que está completamente de espaldas a la realidad de la investigación. Las pruebas son apabulladoras y aplastantes.

Concretando lo expuesto en las líneas anteriores citamos unas cuantas obras que tratan de aspectos generales, sin descender en ningún caso a las numerosísimas publicaciones de cartas arqueológicas que existen, algunas de las cuales son muy buenas y sistemáticas y que por obvias razones no vamos a detallar (no obstante hay áreas de Hispania muy conocidas en este sentido: buena parte de Andalucía, zonas concretas de Castilla y León —Valladolid, Zamora—, Aragón, Cataluña, etc.). Trabajos de síntesis general en zonas peninsulares determinadas (que no sean estrictamente cartas arqueológicas) son bastante numerosos; destacamos a título, como siempre indicativo, los dedicados a Andalucía (PONSICH, 1974 y 1978) o a una región catalana (PREVOSTI, 1982), para un poco más tarde de la época que nos referimos, aunque empieza en ella, el trabajo dedicado al País Valenciano (LLOBREGAT, 1984) y el dedicado en su conjunto a Galicia (TRANOY, 1981). Trabajos de tipo económico tampoco han escaseado, aunque se echa en falta la aproximación arqueológica concreta tal y como se hace en otros países; seguramente porque en el nuestro las excavaciones se ciñen, casi siempre, a los aspectos arquitectónicos y sobre todo decorativos. A pesar de su carácter más «histórico» vale la pena reseñar dos estudios, uno realmente excepcional por su rigor (TEJA, 1973) y otro porque trata un aspecto descuidado en el estudio del campo romano español: la ganadería (GARCÍA MORENO, 1983).

En los últimos tiempos apareció con fuerza una metodología de trabajo más prometedora que lo que en realidad ha aportado, al menos para la arqueología clásica: la Arqueología espacial. Son muchos los investigadores, especialmente jóvenes, que se han volcado con fruición a esta nueva disciplina de los trabajos arqueológicos. Al pasar de los años, como decimos, y en vista de que la fiebre comienza a remitir, los resultados distan de ser óptimos, y a menudo son muy discutibles, engañosos e incluso se dan casos —los menos— hasta aberrantes. No obstante algún resultado sí que ha dado, como prueban algunos trabajos dedicados a Extremadura, uno de tipo general, donde se observan las limitaciones de esta metodología (la subordinación comparativa o interpretativa, a nuestro juicio excesiva, a las fuentes) (CERRILLO, 1984), y el intento de hacer un análisis espacial como los hechos en otros países, Francia con Montmaurin o Italia con Settefinestre por ejemplo, pero con la aplicación de estos modelos de patrones de asentamiento que la arqueología espacial propugna, a una de las más famosas e impresionantes villas españolas, La Cocosa —Badajoz— (CERRILLO, 1987).

El interés por el campo bajorromano se ha ceñido casi en exclusiva a las villas en cuyo estudio se han dado, en las dos décadas que tratamos, pasos de gigante en su conocimiento y difusión. Por fin aparecen casi contemporáneamente dos obras de síntesis sobre las mismas que, inexplicablemente todavía estaban por hacer a estas alturas. Ambas parten de conceptos similares y llegan a conclusiones también parecidas; aunque no son obras coincidentes, ya que en cada caso se estudian aspectos diferentes, el trabajo de **Gorges** (GORGES, 1979) se fija más en cuestiones de reparticiόn, asentamiento, catálogo —bastante exhaustivo, por cierto, etc.—; en tanto la obra de **Fernández Castro** (FERNÁNDEZ CASTRO, 1980), se detiene preferentemente en su estudio arquitectónico y tipología. Con estas dos obras, absolutamente fundamentales, se cubre un hueco importantísimo en los estudios clásicos en nuestro país y a partir de ellas se cuenta con un corpus doctrinal y teórico desde el que contemplar mejor la Romanización. Aún se añaden otros trabajos complementarios sobre otros aspectos, importantes pero puntuales de nuestras villas, como son los dedicados a algunas zonas de España: Andalucía (FERNÁNDEZ CASTRO, 1978) y Noroeste (FERNÁNDEZ CASTRO, 1982a), su distribución espacial (GORGES, 1982), o un detalle apasionante como es la transformación de algunas construcciones de villas tardorromanas en basílicas cristianas (FERNÁNDEZ CASTRO, 1981).

Sin duda alguna el campo que más ha evolucionado y evoluciona y a ritmo vertiginoso es el del conocimiento mismo del número de estas villas. Hasta el año setenta se conocían algunas de las más importantes villas españolas, sobre todo de Navarra, Castilla la Vieja y Extremadura; pero ha si-

do en estos años cuando se han desbordado los trabajos arqueológicos en número y calidad. Además de establecimientos nuevos, algunos ya clásicos en la historia de la Arqueología, la principal novedad estriba en contar con excavaciones hechas con criterios más científicos que las anteriores, buena documentación arqueológica y gráfica, de materiales, etc., que permiten construir estudios más documentados que en épocas anteriores, donde primaba el conocimiento de las plantas de las villas, alguna construcción suntuaria (salas nobles, termas, etc.) y, por supuesto, los mosaicos.

No obstante aún queda un trabajo importante por hacer y es el estudio integral de la villa y no sólo de sus estructuras principales, zonas periféricas, artesanales, de almacén, horrea, etc. Esta carencia no puede ser achacada exclusivamente (ni siquiera en primer término) a los arqueólogos; ya que nos consta que varias veces diversos equipos se han propuesto seriamente este fin. Es generalmente la Administración la que, como decía el añorado Balil, se cansa antes que los arqueólogos. Se da por supuesto que la excavación de una villa romana —un campo saturado en apariencia— sólo requiere el interés de las fuertes inversiones que una excavación comporta si va acompañada de grandes y espectaculares hallazgos (llámense mosaicos, arquitectura, esculturas, etc.); cuando se intenta romper este círculo infernal, la aventura dura unos cuantos años —no muchos (mientras dura el recuerdo de los hallazgos anteriores)— hasta que los responsables administrativos vuelven a solicitarlos como justificación de las inversiones.

En tanto no se modifique esta postura tan chata de miras de quienes nos mandan, seguiremos teniendo una zona de sombra excesivamente patente en nuestro conocimiento de las villas hispanas. Y lo que es peor, pintan malos los tiempos para que eso ocurra, la política cultural va por otros derroteros y se busca sobre todo la exposición a veces un poco excesiva y «Disneyworldiana» de los conjuntos arqueológicos, en los que es más fácil reconstruir con arreglo a las fuentes un lagar, un molino aceitero o un establo, que excavar verdaderamente uno. Además los presupuestos para la excavación de villas se orientan preferentemente, y es lógico, a las urgencias. Mucho me temo que aún tardaremos bastante en resolver esta cuestión.

En cuanto a las villas romanas incorporadas en el período cabe decir que son tan abundantes que no se podrían relacionar ni en un trabajo mucho más amplio que éste. Citemos unas cuantas: en Cataluña se ha excavado con notable éxito un buen puñado de ellas, como la de **Torre Llauder** (RIBAS, 1972), la de **Sentromà** (GUITART, 1970) y sobre todo la de **Els Munts** (BERGÈS, 1969-1970 y 1977), una de las más impresionantes de toda la arqueología de villas hispanas, de las más interesantes por el volumen de sus espacios conocidos, así como su magnificencia y estado de conservación. En el Valle del Ebro añadimos la de **Falces** (MEZQUIRIZ, 1970) como ejemplo de las numerosas e interesantes villas navarras o la de **Fraga** (PUERTAS, 1972), conocida ya de antaño y que en este tiempo fue revisada como merece otro de los grandes conjuntos rurales conocidos. Castilla es, como había venido siendo, solar de hallazgos espectaculares, aquí se cifran los más abundantes y mejores ejemplares, como prueba de cuanto decimos citamos la de **Gárgoles** (NONELL, 1976), la de **Balazote** (DE LOS SANTOS, 1977) y de manera muy especial los dos principales conjuntos castellanos, el de Castilla la Vieja: **Pedrosa** (PALOL y CORTES, 1974, PALOL, 1982), **Quintanilla de la Cueza** (GARCÍA GUINEA, 1982), **Almenara de Adaja** (DELIBES y MOURE, 1973), **Los Quintanares** (ORTEGO, 1976), **San Martín de Losa** (ABÁSOLO, 1983) y **Baños de Valdearados** (ARGENTE, 1979); y en Castilla la Nueva, el espectacular conjunto de **Alcalá de Henares** (FERNÁNDEZ GALIANO, 1976 y 1984a). Extremadura tampoco ha estado ajena a esta multiplicación de nuevos conjuntos que se añaden a su clásica **La Cocosa**, como las villas de **Las Tiendas** (ALVAREZ MARTÍNEZ, 1976) y la de **Santa María de los Barros** (ALVAREZ MARTÍNEZ, 1977). En Andalucía destacamos la malagueña de **Manguarra y San José** (SERRANO y LUQUE, 1976, 1977 y 1980), con un conjunto de materiales del mayor interés, sobre todo las cerámicas africanas, que indican lo activo que fue el comercio entre Hispania y Africa en el Bajo Imperio, como también demuestran otros trabajos como el estudio de los ladrillos de Belo (ETIÉNNE y MAYET, 1971).

Pero esto es sólo una pequeña muestra de una realidad mucho más importante y difundida; cualquier coloquio, congreso, reunión y, desde luego, los trabajos sintéticos de Gorges y Fernández Castro, dan cuenta con mayor detalle de la cantidad de villas hispanas bajoimperiales, la inmensa mayoría, por cierto, de las conocidas.

Las necrópolis

No sólo por preferencia personal, sino por razones de estricta justicia podemos afirmar que una buena parte de la arqueología tardorromana de nuestro país y seguramente la más creativa y original, ha girado en torno a una serie de necrópolis conocidas como «Necrópolis del Duero» dadas a

conocer por Palol veinte años antes de la veintena de nuestro interés en diversos trabajos que no vamos a citar por quedar fuera de materia. Estas necrópolis caracterizadas por sus ajuares, paralelizables por varios motivos a los del Limes centroeuropeo, fueron el sustento de variadas hipótesis arqueológicas a históricas que trataron de vincularlas sucesivamente a un dispositivo militar en el norte de Hispania contra Vascones, Cántabros y Astures; o bien un dispositivo de tropas irregulares o privadas de defensa de las villas del Valle del Duero contra el peligro bagáudico; bien a tropas de Laeti o Deditici, etc.

En estas dos décadas el panorama de estas necrópolis del Duero se reforzó en un primer momento con la aportación teórica de su mentor (PALOL, 1971), y sobre todo con los abundantes (y a veces redundantes) trabajos de Blázquez (BLÁZQUEZ, 1974, 1976, 1978b y 1980). Arqueológicamente el número de necrópolis se ha visto aumentado notablemente con las de Castrobol (Valladolid) (GARCÍA MERINO, 1975), Fuentespreadas (Zamora) cuya publicación a cargo de Caballero significó el segundo y definitivo cuerpo teórico de tales conjuntos (CABALLERO, 1974a) o la de Saldaña (Palencia) (ABÁSOLO, 1984), entre otras.

Sin embargo en los últimos tiempos tanto el dispositivo militar del tipo que fuere como las propias necrópolis, han sido descartados definitivamente y reinterpretados de manera distinta.

Desde el punto de vista de la elaboración histórica citamos un trabajo del propio Palol (PALOL, 1977) y especialmente los mucho más recientes de Arce (ARCE, 1980 y 1982). Desde el punto de vista arqueológico estas necrópolis son reputadas como no relacionables con el Limes germánico y sí con otras muchas de la Meseta castellana bajoimperial (FUENTES, 1989). No obstante, del estudio de los materiales de las mismas han surgido numerosos trabajos monográficos dedicados a los segmentos ergológicos que siguen en vigencia y se aplican sin reparos a la totalidad de Hispania con los mejores frutos.

Pero no todo han sido «Necrópolis del Duero», otros conjuntos se han sumado a ellas en los últimos veinte años, desde enterramientos monumentales del tipo de los que se difunden impulsados por la moda imperial de los mausoleos, como el de **Centcelles**, del que se hablará en el capítulo dedicado a la Arqueología paleocristiana, o el de **Vegas de Pueblanueva** (Toledo) (HAUSCHILD, 1969-1970); hasta necrópolis modestísimas como la de **Pedrera**, Sevilla, (FERNÁNDEZ GÓMEZ, 1984); pasando por la fase tardorromana de la más importante de las necrópolis españolas, de la Tarragona (DEL AMO, 1979), o los conjuntos en los que se encuentra y aprecia el tránsito del bajo Imperio a la época visigoda, como **Cantosal**, Segovia, (LUCAS y VIÑAS, 1971) o la excelentemente estudiada y sistematizada de **Carpio de Tajo** (Toledo) (RIPOLL, 1985). Incluso se han definido prácticas funerarias exóticas e inquietantes por su rareza: los enterramientos en cuevas en pleno Bajo Imperio como la de **Quintanaurría** (OSABA *et alii*, 1971), cuya reiteración habrá que comprobar.

LA ESCULTURA Y LAS ARTES MENORES

La ausencia de gran escultura o escultura oficial a partir del siglo III en nuestro país, o quizá mejor su rarificación, ha sido la causa principal de que escaseen los trabajos dedicados a ella; pero no ha sido la única razón. Los trabajos reseñables y específicamente dedicados a la época tardorromana son casi todos de un mismo autor: J. Arce, que ha ido dando a conocer los distintos monumentos, sobre todo de Mérida. Incluimos un trabajo dedicado a los retratos imperiales indagados a través de estudios epigráficos (ARCE, 1977-1978), así como otros dedicados a retratos y relieves imperiales (ARCE, 1974, 1976 y 1982c), o a retratos privados como el togado de Periate (ARCE, 1982d).

Poco más o menos se podría decir del vidrio tardorromano. Si en general el vidrio es una de las asignaturas pendientes de nuestra arqueología clásica que sólo poco a poco se está superando, con mucha más razón cabe esperar un abandono casi completo del vidrio tardío, del que sólo podemos decir que se incluye en los catálogos de museos y estudios de excavaciones; pero que carece de análisis particulares, como alguna excepción como el trabajo que le dedicó Balil al de Iruña (BALIL, 1974), en el que apunta, de manera genial como nos tenía acostumbrados, una influencia italiana a los vidrios hispanos que con el tiempo se ha demostrado cierta.

La **pintura mural**, sin embargo se puede considerar satisfactoriamente conocida a partir del trabajo de Abad Casal, que es la referencia mejor y más conocida para la pintura hispana; en su obra (ABAD, 1982), completado con algún conjunto excepcional, como la casa de Mérida (ÁLVAREZ SAEZ DE BURUAGA, 1984) decorada con escenas cinegético-mitológicas emparentadas de cerca con la decoración musivaria y de artes menores. De Mérida contamos también con un trabajo específico de Abad Casal con más datos de pinturas parietales de la ciudad (ABAD, 1976). Los hallazgos más re-

cientes y no recogidos en la obra de Abad Casal se recogerán, cuando se publique, en un reciente congreso dedicado a la pintura romana celebrado en Valencia.

Los **Bronces** tardorromanos han sido, por contra, más atendidos en esta etapa; de hecho una gran parte de la arqueología tardía gira en torno suyo directa o indirectamente. La década de los setenta se inició con la publicación de Palol dedicada a los **vasos y recipientes** de las entonces llamadas Necrópolis del Duero, que sirvió para estudiar todos los restantes de su género (PALOL, 1970) que contemplaría posteriormente Caballero (CABALLERO, 1974). Se han ido resolviendo algunos problemas de uso y cronología de algunos de los hallazgos broncíneos más característicos de Hispania, como son los **osculatorios,** como removedores y perfumes (MARTÍN BUENO, 1975; ALONSO, 1987; FUENTES, 1987); o los no menos enigmáticos «pasarriendas», como elementos de suspensión de carros (MOLINA y MORA, 1982); o se han sistematizado las cucharillas denominadas «cochleares» (GARCÍA BELLIDO, 1971). Todo ello sin olvidar los trabajos sobre piezas emblemáticas de los bronces tardorromanos de nuestro país son la sítula de Bueña y su interesante iconografía que apunta fuera de nuestras fronteras (ARCE, 1982e) o el archiconocido *missorium* de Teodosio, pieza de importancia mundial e interesantísima iconografía e interpretación (ARCE, 1976b).

En general nuestro conocimiento de los bronces romanos tardíos es suficiente, los hallazgos de conjuntos a veces muy importantes se suceden sin cesar (CABALLERO, 1985) y se estudian cada vez más frecuentemente los fondos de los Museos (RIPOLL, 1986), siguiendo una vieja tradición en los estudios de bronces en nuestro país. Tenemos que añadir, finalmente, unas síntesis útiles hechas con ocasión de la exposición de bronces romanos españoles celebrada en Madrid en 1990, con referencia explícita a los cristianos (PALOL, 1990) y tardorromanos (FUENTES, 1990).

El mosaico

Pocas materias habrán sido tan atendidas en nuestro país por la Arqueología clásica como el estudio del mosaico; a la cantidad de excavaciones y urgencias que se realizan tanto en ámbitos urbanos como, sobre todo, rurales, hay que añadir la legión de amantes que el mosaico cuenta entre los especialistas; que incluso están organizados en asociaciones de estudios del mosaico que periódicamente hacen reuniones, congresos o acuden regularmente a congresos extranjeros (VV.AA., 1989).

En estos veinte años el trabajo realizado por estos especialistas ha sido ingente e importante y ante la imposibilidad de recoger todas las obras, ni aun siquiera las más importantes, vamos a tratar de citar algunas representativas. De todos modos recalcamos que esta labor ha sido, además, muy homogénea.

Aparte de trabajos generales e introductorios al mosaico español, como el artículo de Barral en una revista extranjera de difusión (BARRAL, 1976), resaltamos como muy importante una serie de trabajos llevados a cabo por unos investigadores que como Blanco y sobre todo Acuña, Balil y Blázquez, han tratado de completar *corpora* de mosaicos de toda España. El primero y el último en una serie el *Corpus de Mosaicos de España* que ya lleva su noveno número. En Galicia se encargó Acuña de hacer lo propio, con la publilcación del *Conventus Bracarensis* (ACUÑA, 1975), del *Lucensis* (ACUÑA, 1973b), y de otros lugares de Galicia (ACUÑA, 1972), (ACUÑA, 1974) y algún otro escrito introductorio a los anteriores (ACUÑA, 1973A).

En la Bética ha sido Blázquez principalmente quien los ha dado a conocer con los volúmenes dedicados a las provincias de Córdoba, Jaén y Málaga (BLÁZQUEZ, 1981a) y a las de Sevilla, Granada, Cádiz y Huelva (BLÁZQUEZ, 1981b). Para Mérida contamos con los trabajos de Blanco (BLANCO, 1978) y Balil (BALIL, 1976). Para Cataluña, el corpus de Barral sobre la región Layetana (BARRAL, 1978), para Aragón y el *Conventus Caesaraugustanus,* un trabajo de Fernández Galiano (FERNÁNDEZ GALIANO, 1987); para la zona murciana, un trabajo específico para Cartagena (RAMALLO, 1985) y otro dedicado a la región en su conjunto (RAMALLO, 1986). Para Navarra un trabajo de Blázquez y Mezquíriz (BLÁZQUEZ y MEZQUÍRIZ, 1985) y para diversos lugares de Castilla, diversos *corpora,* como el de Blázquez para Castilla la Nueva (BLÁZQUEZ, 1982), el trabajo de Fernández Galiano, sobre los mosaicos de Alcalá de Henares (FERNÁNDEZ GALIANO, 1984b), el de Soria de Blázquez y Ortego (BLÁZQUEZ y ORTEGO, 1983), de García Guinea con los de la villa burgalesa de Quintanilla de la Cueza (GARCÍA GUINEA, 1982) o la publicación de Blázquez sobre los de Villavidel (León) (BLÁZQUEZ, 1985), por poner sólo algunos ejemplos.

Balil, junto con otros autores, acometió la tarea por separado de dar a conocer conjuntos de mosaicos españoles; el trabajo descomunal queda reflejado en los varios volúmenes publicados de la

serie *Estudios de mosaicos romanos en España*, otra obra de referencia imprescindible para conocer los mosaicos tardíos de nuestro país (BALIL, 1970, 1973b y 1976c), (BALIL y TORRES, 1979), (ACUÑA y BARRAL, 1973) y (BALIL y MAÑANES, 1985). A estas publicaciones generales habría que añadir otras recopilaciones de mosaicos de cronología tardorromana reunidos por Blázquez y González Navarrete (BLÁZQUEZ y GONZÁLEZ NAVARRETE, 1972-74) (BLÁZQUEZ y GONZÁLEZ NAVARRETE, 1977-78) para los bajoimperiales y de Blázquez (BLÁZQUEZ, 1986a), ya para una fecha más avanzada de época de las invasiones.

Aparte de los estudios recopilatorios, hay que hablar inexcusablemente de otra tarea cumplida en este tiempo cual ha sido la de estudiar los distintos ejemplares según el tema figurado, como el trabajo de Palol dedicado a los mosaicos de Aquiles (PALOL, 1975), los de Blázquez sobre los temas báquicos (BLÁZQUEZ, 1983 y 1984). O en general diversos estudios sobre el reflejo de la mitología en los mismos (BLÁZQUEZ, 1986b y 1987) o los de Fernández Galiano sobre la influencia oriental detectada en otros (FERNÁNDEZ GALIANO, 1983), o del mismo autor sobre los que presentan esquema «a compás» (FERNÁNDEZ GALIANO, 1980). Punto final en esta aportación de estudios iconográficos es, por el momento, una publicación auspiciada por la Asociación de Amigos del Mosaico (VV.AA., 1990b).

Los puntos de interés en que se fijan los investigadores referidos al mosaico tardío, tras esta etapa cumplida, ya no estriban sólo en cuestiones de cronología, iconografía, etc., sino que se fijan en determinar el origen de los cartones en que se inspiran: africano como se mantuvo mucho tiempo, o también oriental e italiano como se añade ahora; determinación de los distintos talleres, su extensión e influencias, etc., y en general estudios técnicos muy detallados gracias a la moderna incursión de la petrología como auxiliar valiosísima en el estudio y la conservación.

El de los mosaicos es, desde luego, otro de los campos en el que el camino recorrido ha sido largo y fructífero y gracias al cual contamos con un grueso de datos, ordenados y bastante completo, que facilita la tarea de síntesis notablemente.

Las cerámicas

Las dos décadas que van desde 1970 al 90 han sido cruciales para el estudio de las cerámicas tardorromanas en España. De hecho el no haber contado antes con la cantidad y calidad de trabajos referidos a ellas debió de ser un elemento altamente perturbador de nuestra Tardía Romanidad, pues ni siquiera eran bien reconocidas hasta este momento. Vayamos por partes.

Las cerámicas Claras

Hasta esta fecha el maremágnum tipológico y cronológico que presidía los estudios sobre la T. S. Clara, a partir de los trabajos clásicos de Lamboglia, unido a la dificultad para aislar correctamente las características formales de cada tipo, hacían poco menos que imposible el progreso de la investigación en nuestro país en lo relativo a las cerámicas (con todo lo que ello comporta). Anteriormente a la fecha de referencia (1970), y aún después, era fácil encontrarse en algunas publicaciones equívocos notables en la clasificación de las cerámicas, sobre todo con las denominadas «brillantes», confundidas con otros tipos de Claras y, en ocasiones, con algún producto hispánico. Igual pasaba con la Hispánica Tardía, alguna vez confundida con Clara D.

Es a partir de la década de los setenta cuando la situación comienza a normalizarse. De una parte se empiezan a ver publicados conjuntos de materiales cerámicos correctamente clasificados, lo que supuso un elemento normalizador de primera categoría. En esta tarea hay que reconocer la labor de Caballero Zoreda como pionero de la sistematización que ofertó al mundo científico parámetros fiables, con sus publicaciones de conjuntos procedentes de diversos museos; como las cerámicas A y C (CABALLERO, 1971), las B y Brillantes (CABALLERO, 1970) y las D (CABALLERO, 1974b y CABALLERO y BALSAMEDA, 1984). A estos trabajos se unieron otros de otros investigadores, como el dedicado a las de Ampurias (SAN MARTÍ, 1971-1972), las del Teatro de Málaga (SERRANO, 1977), las D de la misma procedencia (SERRANO, 1970a y b) y otros conjuntos: (JARREGA, P., 1987), (MAYET, 1970) y (MÉNDEZ ORTIZ, 1983-84), de diversas clases, Late C, D, Brillantes, etc. Además de la generalización de publicaciones escrupulosas influyó notablemente la aparición en España de los primeros trabajos de síntesis en castellano que ayudaron extraordinariamente a difundir estas cerámicas claras entre los arqueólogos. Mención muy especial merece el libro de Beltrán, que ha sido obra de cabecera de tantos profesionales y en el que hemos aprendido todos los que por entonces y desde entonces nos integrábamos en la profesión (BELTRÁN, 1978).

Posteriormente vino otra obra fundamental, esta vez un estudio general sobre las claras africanas que, además de incluir gran cantidad de datos sobre Hispania (uno de los primeros casos en que en una obra de sus características y de difusión mundial nuestro país estaba tratado adecuadamente), simplificaba notablemente la cuestión terminológica (HAYES, 1972 y 1980). Luego vinieron otros trabajos de gran utilidad pues precisamente venían a incidir sobre la normalización terminológica y a facilitar, en consecuencia, la comprensión de unas cerámicas claras que contemplan infinidad de variantes y matices no siempre comprensibles para los no iniciados en este mundo intrincado de la ceramología tardorromana (MARTÍN, 1978) y (MARTÍ, 1980).

En líneas generales podemos decir que el trabajo de los ceramólogos españoles en este período estuvo a la altura de las circunstancias y se le puede calificar de brillante, pues del caos y el desconocimiento que éste provocaba, se ha pasado en relativamente poco tiempo a una situación de absoluta normalización; de hecho ahora es difícil encontrar casos como los que apuntábamos de malas clasificaciones y la sigillata Clara se recoge sin problemas y con toda garantía en las publicaciones.

Mención aparte merece la sigillata clara estampada y paleocristiana, que sufrió un proceso análogo al que decimos.

En este caso contamos antes que nada con un excelente trabajo de síntesis debido a Rigoir (RIGOIR, 1971) que facilitó la tarea posterior de las publicaciones parciales (CABALLERO, 1972), (BOURGEOIS, 1973) (ROMERO CARNICERO, 1974). Incluso se han llegado a detectar en nuestro país imitaciones y producciones locales de estas cerámicas tardoantiguas, en el **Valle del Duero**, como sugiere Argente (ARGENTE, 1979) y en **Cástulo** (BLÁZQUEZ, 1979).

En general podemos decir que la Sigillata Clara tiene una difusión prácticamente peninsular, matizando clases e intensidades. Por norma común, cuanto más antigua es (A, C), más restringido es su ámbito de difusión, especialmente costero y mediterráneo. Son las Claras D y las Africanas las que aparecen en toda la Península sin excepción, pero con menor intensidad según se avanza desde el Sureste hacia el Noroeste, donde ya hubo de competir con la Hispánica Tardía apenas traspasado el umbral de la Meseta. Las Paleocristianas tienen su lugar de aparición en el área catalana y Valle del Ebro principalmente, como corresponde a la cercanía de Galia. Este sería el retrato robot de las cerámicas Claras en nuestro país.

La Sigillata Hispánica Tardía

Otro tanto ocurría con la Hispánica Tardía, apenas dibujada su existencia en el clásico trabajo de Mezquíriz del año sesenta y esto sólo referido a las decoradas del segundo estilo. No tardaría la cosa en evolucionar aunque con menor rapidez que el estudio de las Claras. Palol elaboró una completa tipología de las formas lisas (aún vigente) en sus excavaciones de La Olmeda (PALOL y CORTÉS, 1974) y así llegamos a la Mesa Redonda de Conímbriga donde Mayet hace un estudio preliminar al posterior y definitivo de esta autora que marca un hito importante (VV.AA., 1976b); ya que en él se definen características formales con criterios evolutivos, se definen igualmente productos locales y de imitación (las «cerámicas regionales»), etc., que fueron seguidas inmediatamente por algunos autores (CERRILLO, 1976). Pero fue 1984 el año que marcó la inflexión verdadera en el estudio de la Tardohispánica con la salida a la luz del libro de Mayet (MAYET, 1984), seguido un año después por el de López Rodríguez (LOPEZ RODRIGUEZ, 1985); que se completan con algún trabajo más sobre aspectos concretos que complementan las obras principales que siguen siendo estas dos (LÓPEZ RODRÍGUEZ, 1984). A ellas habría que añadir otra síntesis, breve aunque excelente como cabía esperar de su autora, debida a Mezquíriz (MEZQUÍRIZ, 1981) y recogida en el *Atlante delle forme ceramiche* suplemento de la *EAA*.

Las Tardohispánicas tienen igualmente una difusión prácticamente peninsular, pero especialmente concentrada en los dos tercios septentrionales, especialmente en la Meseta, que constituye su paraíso de difusión. Es rara en Andalucía y Sudeste, donde hubo de competir desventajosamente con la Clara. Está emparentada de cerca con la Clara D, de la que toma numerosos préstamos, aunque muestra un innegable carácter personal. Se conocen talleres en la Meseta Norte, Rioja, Mérida y alguno más en la Meseta Sur. La discusión apasionante sobre esta cerámica estriba en la actualidad en definir si verdaderamente procede de las producciones de la hispánica altoimperial, como parece más que lógico y, sobre todo, en definir bien los dos estilos decorativos que señala Mayet y ver si tienen, además, una correspondencia cronológica, como ella apunta y López Rodríguez desmiente.

Otras producciones cerámicas

No se han prodigado los estudios de verdadera relevancia sobre otras producciones cerámicas en Hispania, con excepción de un muy buen trabajo sobre ánforas (KEAY, 1984) y un par de estudios generales sobre cerámicas comunes, el contenido en la Mesa Redonda de Conímbriga y ya citado y el trabajo de Vegas, ímprobo en su elaboración y que hoy por hoy sigue siendo el manual de referencia sobre las mismas (VEGAS, 1973), a pesar de que existen sistemáticas parciales referidas a yacimientos en las publicaciones generales de los mismos.

De esta relativa atonía en el estudio de otros productos cerámicos exceptuamos dos por merecimientos propios. Una cerámica de difusión fundamentalmente castellana, denominada por los autores de forma harto confusa como «avellana», «dorada», «pseudo-lucente», etc., que aparece a fines del siglo I pero se generaliza en el Bajo Imperio, parece producida en la Meseta Norte, sobre todo en Clunia, aunque no descartamos que también lo fuera en la Sur, ha sido estudiada por primera vez en Tiermes por Argente (ARGENTE, 1980) y, aunque se incluye dentro de las comunes y, seguramente, está hecha en los mismos talleres, bien podría ser denominada sin ambages y sin miedo «Clara hispánica», pues comparte con la Clara un mismo universo conceptual y unas similares líneas cronológicas. No hay que extrañarse de ningún modo que si en todas las provincias del occidente mediterráneo se produjo una o unas variedades de clara, en Hispania se llegara a cuajar una experiencia similar. Pero aún queda mucho por avanzar en su estudio que promete apasionante.

También exceptuamos el estudio de las cerámicas pintadas, sistematizadas preliminarmente por García Merino tras hallarlas en Soria y definitivamente por Abascal en varios trabajos, uno de ellos fundamental (ABASCAL, 1986A). La Meseta parece ser, de nuevo, un centro vivamente innovador en este campo y se han notado influencias de otros productos cerámicos contemporáneos (sobre todo la TSHT). Se han descrito talleres igualmente en la Meseta Norte, en Clunia y otros sitios (ABASCAL, 1986b), Sur (Segóbriga), Mérida y la Lusitania. Es una cerámica que muestra en el Bajo Imperio una vivacidad y originalidad fuera de dudas y que consigue, también, cuotas de mercado insospechadas.

CONCLUSIONES Y PREVISION

Parece ser un lugar común el señalar de oficio que cada época es crucial para el progreso de cualquier disciplina o ciencia. En este mismo sentido la veintena de años que nos separan de 1970 es, en consecuencia, crucial. Lo cierto es que ese año nos parece, en lo arqueológico, lejanísimo. El progreso efectuado por algunas materias y en puntos concretos ha sido muy notable, en ocasiones gigante. Que queda mucho por hacer todavía es otro tópico en el que no vamos a caer.

En estos años la tarea callada pero firme y continua de personas como Palol, Blázquez, Caballero o Arce ha permitido mantener vivos unos estudios clásicos referidos a su etapa final, para los que no soplaban vientos favorables precisamente. De su ejemplo vienen y vendrán nuevas generaciones de especialistas que harán oídos sordos a las modas que tanto han descuidado nuestra época clásica. Los resultados ya se han ido viendo desgranados a lo largo de todos estos años. En ellos se han abierto las primeras salas de arqueología tardorromana en algunos museos españoles, síntoma de la aceptación mayoritaria de una nueva disciplina que despunta. En ellos se ha trabajado mucho y generalmente bien (a pesar de las carencias materiales y económicas y el vaivén administrativo de los últimos años). Pero sobre todo en este tiempo se ha tomado conciencia de lo que verdaderamente queda por hacer y de lo largo que es aún el camino hasta llegar a una normalización aceptable.

Según el rumbo metodológico marcadamente analítico tomado por nuestra Arqueología clásica, el progreso es tan claro como perceptible. Se ha avanzado en el conocimiento de algunos aspectos y materiales de forma ostensible: mosaicos, cerámica, etc. El conocimiento de las ciudades tardías ha evolucionado tanto en los últimos años a raíz de las excavaciones urbanas que sólo dentro de otros pocos nos daremos verdaderamente cuenta de lo que habrá significado. La proliferación de excavaciones en villas y asentamientos rurales es análoga o aun mayor. Mejores trabajos de campo, más escrupulosos y con mejores medios, más allá de la simple recuperación de mosaicos y similares, nos hacen sentirnos muy optimistas respecto al futuro.

Las obras de síntesis no sólo han avanzado en este período, podemos afirmar sin faltar mucho a la verdad que son un fenómeno característico de él. Síntesis generales o tópicas, pero necesarias, tanto para facilitar la investigación general, como, sobre todo, útiles en la docencia y formación. No obstante se echa de menos todavía síntesis de mayor contenido arqueológico; por lo tanto menos supeditadas (o con menor dependencia) de la elaboración simple histórica o del escaso aporte de las fuentes antiguas; aunque tales síntesis ya se están produciendo (VV.AA., 1987b).

La irrupción de las nuevas corrientes de pensamiento arqueológico ya está empezando a dar sus frutos y lo hará, previsiblemente, más en el porvenir. La Arqueología espacial, una vez superado el furor metodológico, nos deberá deparar grandes y gratas sorpresas. Aún están por irrumpir en este panorama otras corrientes como la Arqueología antropológica o la Socioarqueología, la generalización de la cuantificación y, en general, de aquellas técnicas de análisis que puedan derivar en una orientación sinóptica de los estudios clásicos.

En el futuro se prevé una mayor especialización de los profesionales; al nacimiento de una verdadera Arqueología romano-republicana se añadirá tarde o temprano la Tardoantigua. Seguramente será en la compañía de quienes se dedican a la arqueología de la época visigoda, donde los arqueólogos tardorromanos encontraremos un espacio común de trabajo e intercambio de experiencias.

Prevemos igualmente la potenciación de herramientas de trabajo, reflexión y análisis tan importantes como las series de publicaciones dedicadas a este período, al estilo de las monografías *Antigüedad y Cristianismo,* al igual que de los congresos, symposia y mesas redondas sobre esta etapa, que creemos que nuestra Arqueología clásica está demandando a gritos.

En definitiva, estamos seguros de que estos veinte años han sido de toda importancia y del mayor beneficio; sobre todo porque sin ellos no se va a poder entender el despegue a poco tiempo vista de una verdadera y fuerte Arqueología de la Tardía Antigüedad española.

BIBLIOGRAFIA

ABAD, L. (1976): «Pintura romana en Mérida», *Actas Simp. Internal. Bimilenario de Mérida,* Madrid, 163 y ss.

ABAD, L. (1982): *La pintura romana en España,* Jerez.

ABAD, L. (1985): «Arqueología romana del País Valenciano: Panorama y perspectivas», *Arqueología del País Valenciano. Panorama y perspectivas.* U. de Alicante. Alicante, 337 y ss.

ABASCAL, J. M. (1986a): *La cerámica pintada romana de tradición indígena en la Península Ibérica,* Madrid.

ABASCAL, J. M. (1986b): «Un probable taller local de cerámica pintada tardorromana en Tarancueña (Soria)», *Lucentum,* V, 137 ss.

ABÁSOLO, J. A. (1983): «Excavaciones en San Martín de Losa (Burgos)». *N.A.H. Arq.,* 15, 232 ss.

ABÁSOLO, J. A., *et alii* (1984): *Excavaciones en el yacimiento de La Morterona. Saldaña (Palencia).* Palencia.

ACUÑA, F. (1972): «Los mosaicos de La Cigarrosa (Orense)», *B.S.A.A.,* XXXVIII, 468 ss.

ACUÑA, F. (1973a): «Notas introductorias para el estudio de los mosaicos romanos de Galicia», *XII C.N.A.* (Jaén, 1971), Zaragoza, 709 ss.

ACUÑA, F. (1973b): *Mosaicos romanos de la Hispania Citerior. II, Conventus Lucensis, Studia Archaelogica,* 24, Valladolid.

ACUÑA, F. (1974): *Mosaicos romanos de Hispania Citerior. III, Studia Archaeologica,* 31, Valladolid.

ACUÑA, F. (1975): «Mosaicos romanos del Conventus Bracarensis», *XIII C.N.A.* (Huelva, 1973), Zaragoza, 889 ss.

ACUÑA, F., y BARRAL, X. (1973): *Estudios sobre mosaicos romanos. III., Studia Archeologica,* 25, Santiago-Valladolid.

ACUÑA, P., y ARIAS, F. (1983): «Algunhas cuestions sobre os asentamentos na Galicia baixorromana», *II Seminario de Arqueología del Noroeste,* Madrid, 261 ss.

ALONSO, M. A. (1987): «Los 'osculatorios': todavía algo más», *Cu.P.A.U.A.M.,* 13-14 (1986), II.

ALVAREZ MARTÍNEZ, J. M. (1976): «La villa romana de 'El Hinojal' en la Dehesa de 'Las Tiendas' (Mérida)», *N.A.H. Arq.* 4, 433 ss.

ALVAREZ MARTÍNEZ, J. M. (1977): «Informe sobre los trabajos realizados en la villa romana de Santa María de los Barros (Badajoz)», *N.A.H. Arq.,* 7, 243 ss.

ALVAREZ SAEZ DE BURUAGA, J. (1974): «Una casa romana con valiosas pinturas en Mérida», *Habis,* 5, 169 ss.

ARANEGUI C., y BAZZANA, A. (1980): «Vestiges de structures défensives romaines tardives et d'époque musulmane au Peñón de Ifach», *M.C.V.,* XVI, 421 ss.

ARCE, J. (1974): «Posible retrato de un emperador del Bajo Imperio en Augusta Emérita», *Habis,* 5, 153 ss.

ARCE, J. (1976): «El mito de Dionysos y Ariadna en un puteal tardorromano del Museo de Mérida», *Habis,* 7, 343 ss.

ARCE, J. (1976b): «El *Missorium* de Teodosio I: precisiones y observaciones», *A.Esp. A.,* 49, 119 ss.

ARCE, J. (1977-78): «Retratos imperiales tardorromanos de Hispania. La evidencia epigráfica», *A.Esp. A.,* 50-51, 253 ss.

ARCE, J. (1978): «La crisis del siglo III d. de C. en Hispania y las invasiones bárbaras», *H.Ant.,* VIII, 257 ss.

ARCE, J. (1979): *Zaragoza. Ciudad Romana,* Zaragoza.

ARCE, J. (1980): «La *Notitia Dignitatum* et l'Armée romaine dans la *Diocesis Hispaniarum*», *Chiron,* 10, 599 ss.

ARCE, J. (1982): *El último siglo de la España romana (284-409),* Madrid.

ARCE, J. (1982b): «La Mérida tardorromana» *Hom. a Sáenz de Buruaga,* Badajoz, 209 ss.

ARCE, J. (1982c): «Un relieve triunfal de Maximino Hercúleo en Augusta Emérita y el Pap. Arg. Inv. 480», *M.M.,*

ARCE, J. (1982): *El togado romano hallado en Periate (Granada),* Granada.

ARCE, J. (1982e): «La sítula tardorromana de Bueña (Teruel)», *M.A.N. Catálogos y Monografías,* I, Madrid.
ARCE, J. (1987): *España entre el mundo antiguo y el mundo medieval,* Madrid.
ARGENTE, J. L. (1979): *La villa romana de Baños de Valdearados (Burgos), E.A.E.,* 100, Madrid.
ARGENTE, J. L., *et alii* (1980): *Tiermes I, E.A.E.,* 111, Madrid.
ARGENTE, J. L., *et alii* (1984): *Tiermes II, E.A.E.,* 128, Madrid.
ARIAS, F. (1972): *Las murallas romanas de Lugo, Studia Archaeologica,* 14, Valladolid.
ARIAS, F. (1976): «Acerca de la topografía romana de Lucus Augusti», *Symp. de Ciudades Augusteas,* II, Zaragoza, 63. ss.
ARIAS VILA, F. (1977): «Excavaciones en la ciudad de Lugo», *N.A.H. Arq.* 5, 47 ss.
ARIAS VILAS, F., y CAVADA NIETO, M. (1979): «Galicia Bajorromana», *Gallaecia,* 3-4, 91 ss.
ARRIBAS, A.; TARRADELL, M., y WOODS, D. (1972): *Pollentia I, E.A.E.,* 75, Madrid.
ARRIBAS, A.; TARRADELL, M., y WOODS, D. (1978): *Pollentia II. Excavaciones en Sa Portela, Alcudia (Mallorca) E.A.E.* 98, Madrid.
BALIL, A. (1970): *Estudios sobre mosaicos romanos I, Studia Archeologica,* 6, Santiago.
BALIL, A. (1973a): *Casa y Urbanismo en la España Antigua. III, Studia Archaeologica,* 20, Santiago-Valladolid.
BALIL, A. (1973b): *Estudios sobre mosaicos romanos. III. Studia Archaeologica,* 25, Santiago-Valladolid.
BALIL, A. (1974): *Casa y Urbanismo en la España Antigua. IV, Studia Archaeologica,* 28, Santiago-Valladolid.
BALIL, A. (1974b): «Vidrio Tardorromano de Iruña», *Est. Arq. Alavesa,* VI, 173 ss.
BALIL, A. (1976a): *Nueva Historia de España en sus textos. Prehistoria y Edad Antigua,* Santiago.
BALIL, A. (1976b): «Sobre la arquitectura doméstica en Emérita, *Augusta Emerita. (Actas del Bimilenario de Mérida),* Madrid, 75 ss.
BALIL, A. (1976c): *Estudios sobre mosaicos romanos IV., Studia Archaeologica,* 39, Santiago-Valladolid.
BALIL, A. (1976d): «Sobre los mosaicos romanos de Mérida», *Hom. a García Bellido, Rev. U. Complutense,* XVIII, 277 ss.
BALIL, A., y TORRES, M. (1979): *Estudios sobre mosaicos romanos. VI, Studia Archaeologica* 53, Valladolid.
BALIL, A. y MAÑANES, T.: *Estudios sobre mosaicos romanos. VII, Studia Archaeologica,* 59, Valladolid.
BARRAL, X. (1976): «Antologie de la Mosaïque Ibérique», *Les dossiers de l'Archéologie,* 15, París.
BARRAL, X. (1978): *Les mosaïques romaines et médiévales de la régio Laietania, Publicaciones eventuales de la U. Barcelona,* 29, Barcelona.
BELTRÁN, A. (1985): *Historia de Aragón. II,* Zaragoza.
BELTRÁN LLORIS, A. (1978): *Cerámica romana. Tipología y Clasificación,* Zaragoza.
BELTRÁN LLORIS, A., *et alii* (1980): *Caesaraugusta I. (Campaña 1975-1976), E.A.E.,* 108, Madrid.
BENDALA, M. (1980): *Historia de Andalucía. I. La Antigüedad,* Barcelona.
BENDALA, M. (1990): *La Antigüedad de la Prehistoria a los Visigodos. Introducción al Arte Español. III.* Madrid.
BERGÉS, M. (1969-70): «Informe sobre 'Els Munts'», *Bol. Arq. Tarragona,* LXIX-LXV, 140 ss.
BERGÉS, M. (1977): «Nuevo Informe sobre 'Els Munts'», *Estudis Altafullencs,* 1, 27 ss.
BERGÉS, M. (1970): «Las ruinas de 'Els Munts' (Altafulla, Tarragona)», *Información Arqueológica,* 3, 81 ss.
BLANCO, A. (1978): *Mosaicos romanos de Mérida, Corpus mosaicos romanos* I. Madrid.
BLANCO, A. (1979): *Historia de Sevilla. I. 1. La ciudad antigua,* Sevilla.
BLANCO FREIJEIRO, A. (1981): *Historia del Arte Hispánico. I. La Antigüedad. 2.* Madrid.
BLANCO A.; GARCÍA, J., y BENDALA, M. (1972): «Excavaciones en Cabra (Córdoba). La Casa de Mitra», *Habis,* 3, 297 ss.
BLÁZQUEZ, J. M. (1974): «Der Limes in Spanien der Vierten Jahrhunderts». *Actes du IX Congrès International sur les frontières romaines,* Bucarest-Colonia-Viena, 485 ss.
BLÁZQUEZ, J. M. (1975a): *Ciclos y temas de la Historia de España. La Romanización,* 2 vols. Madrid.
BLÁZQUEZ, J. M. (1975b): *Historia Social y Económica. La España Romana (siglos III al V),* Madrid.
BLÁZQUEZ, J. M. (1975c): *Cástulo I, Acta Arq. Hisp.,* 8, Madrid.
BLÁZQUEZ, J. M. (1976): «Rechazo y Asimilación de la cultura romana en Hispania (siglos IV-V)», en *VI Congrés International d'Études Classiques,* Bucarest-París, 63 ss.
BLÁZQUEZ, J. M. (1978a). *Economía de la España Romana.* Bilbao.
BLÁZQUEZ, J. M. (1978b): «Conflictos y cambios en Hispania durante el siglo IV», *Transformations et Conflits au IV siècle aprés Jesus-Christ,* Bonn, 53 ss.
BLÁZQUEZ, J. M. (1979): *Castulo II, E.A.E.,* 105, Madrid.
BLÁZQUEZ, J. M. (1980): «Der Limes hispaniens im 4. und 5. Jahrhunderts. Forschungsstrand; Niederlassungen der Leti oder Gentiles am Flusslauf Duero», *XII Congress of Roman Frontier Studies* (1979), *B.A.R. Series,* n.º 71 (II). Londres, 345 ss.
BLÁZQUEZ, J. M. (1981a): *«Mosaicos romanos de Córdoba, Jaén y Málaga», Corpus mosaicos romanos de Hispania* III. Madrid.
BLÁZQUEZ, J. M. (1981b): *Mosaicos romanos de Sevilla, Granada, Cádiz y Murcia,* Madrid.
BLÁZQUEZ, J. M. (1982): *Mosaicos romanos de la Real Academia de la Historia: Ciudad Real, Toledo, Madrid y Cuenca,* Madrid.

BLÁZQUEZ, J. M. (1983): «El mosaico con el triunfo de Dionysos en la villa romana de Valdearados (Burgos)». *Hom. a Sáenz de Buruaga,* Madrid, 407 ss.
BLÁZQUEZ, J. M. (1984): «Mosaicos báquicos en la Península Ibérica», *A.Esp. A.,* 57, 69 ss.
BLÁZQUEZ, J. M. (1985); «Mosaicos romanos del Campo de Villavidel (León) y Casariche (Sevilla)», *A.Esp. A.,* 58, 107 ss.
BLÁZQUEZ, J. M. (1986a): «Mosaicos hispanos de la época de las invasiones bárbaras. Problemas estéticos», *Antigüedad y Cristianismo, Monografías históricas sobre la Antigüedad Tardía,* III.
BLÁZQUEZ, J. M. (1986b): «La mitología en los mosaicos hispanorromanos», *A.Esp. A.,* 59, 101 ss.
BLÁZQUEZ, J. M. (1987): «Arte y mitología en los mosaicos palentinos», *Actas I Congreso de Historia de Palencia,* I, Palencia, 361 ss.
BLÁZQUEZ, J. M. (1990): *Aportaciones al Estudio de la España Romana en el Bajo Imperio,* Madrid.
BLÁZQUEZ, J. M. y GONZÁLEZ NAVARRETE, J. (1972-74): «Mosaicos romanos del Bajo Imperio», *A.Esp. A.,* 45-47, 419 ss.
BLÁZQUEZ, J. M., y GONZÁLEZ NAVARRETE, J. (1977-78): «Mosaicos romanos del Bajo Imperio», *A.Esp. A.,* 50-51, 269 ss.
BLÁZQUEZ, J. M., *et alii* (1975): *Castulo I, A. Arq. Hisp.* 8, Madrid.
BLÁZQUEZ, J. M.; MONTENEGRO, A.; ROLDÁN, J. M.; MANGAS, J.; TEJA, R.; SAYAS, JJ.; GARCÍA IGLESIAS, L., y ARCE, J. (1978): *Historia de España Antigua. II. España Romana.* Madrid.
BLÁZQUEZ, J. M., *et alii* (1979): *Castulo II. E.A.E.* 105, Madrid.
BLÁZQUEZ, J. M., y ORTEGO, T. (1983): *Mosaicos romanos de Soria,* Madrid.
BLÁZQUEZ, J. M., y VALIENTE, J. (1981): *Castulo III, E.A.E.,* 117, Madrid.
BLÁZQUEZ, J. M., *et alii* (1984): *Castulo IV, E.A.E.* 131, Madrid.
BLÁZQUEZ, J. M., *et alii* (1985): *Castulo V, E.A.E.,* 140, Madrid.
BLÁZQUEZ, J. M., y MEZQUÍRIZ, M. A. (1985): *Mosaicos romanos de Navarra,* Madrid.
BOURGEOIS, A. (1973): «Céramique Paléochrétienne de Barcelone (Museo de Historia de la Ciudad)», *C.A.H.C.,* XV, 69 ss.
BROWN, P. (1971): *The World of Late Antiquity,* Londres.
CABALLERO, L. (1970): «Nuevos datos sobre sigillata hispánica, clara de tipo B y sigillata brillante» *T.P.,* 27. 300 ss.
CABALLERO, L. (1971): «Cerámica sigillata clara de los tipos A, A/C y C», *T.P.,* 28, 227 ss.
CABALLERO, L. (1972): «Cerámica sigillata gris y anaranjada paleocristiana en España», *T.P.,* 29, 189 ss.
CABALLERO, L. (1974): *La necrópolis tardorromana de Fuentespradas (Zamora). Un asentamiento en el valle del Duero., E.A.E.,* 80, Madrid.
CABALLERO, L. (1974b): «Cerámica sigillata clara del tipo D de las provincias de Murcia y Almería», *Miscelánea Arqueológica,* I, 193 ss.
CABALLERO, L. (1985): «Hallazgo de un conjunto tardorromano en la calle Sur de Getafe (Madrid)», *B.M.A.N.,* III, 97 ss.
CABALLERO, L. y BALMASEDA, J. (1974): «Cerámica clara de tipo D estampada en las provincias de Murcia y Almería», *Miscellanea Arqueologica.*
CABO, A., y VIGIL, M. (1973): *Historia de España. I. Condicionamientos geográficos y Edad Antigua,* Madrid.
CANTO, A. (1982): «Excavaciones en el Pradillo (Itálica, 1974): Un barrio tardío», *Itálica, E.A.E.* 121, Madrid, 225 ss.
CERRILLO, E. (1976): «Cerámicas estampilladas de Salvatierra de Tormes (Salamanca). Contribución al estudio de las cerámicas tardorromanas del Valle del Duero». *Zephyrus,* XXVI-XXVII, 455 ss.
CERRILLO, E. (1984): *La vida rural en Extremadura romana,* Cáceres.
CERRILLO, E. (1987): «La Villa de 'La Cocosa' y su área territorial: Análisis de un asentamiento rural romano», *VI Congreso de Estudios Extremeños* (Mérida, 1979), Madrid, 87 ss.
CHASTAGNOL (1965): «Les espagnols dans l'Aristocratie gouvernamentale à l'époque de Théodose», *Les Empereurs romains de l'Espagne,* París.
CHASTAGNOL, A. (1976): *La Fin du Monde Antique,* París.
DEL AMO, M. D. (1979): *Estudio crítico de la necrópolis paleocristiana de Tarragona,* Tarragona.
DELIBES, G. y MOURE, F. (1973): «Excavaciones en la villa romana de Almenara de Adaja (Valladolid), campaña de 1969», *N.A.H. Arq.* 2, 9 ss.
D'ELIA, S. (1981): *Studi sulla civiltà del Basso Impero,* Nápoles.
DE LOS SANTOS, S. (1977): «Excavaciones en la villa romana de Balazote (Albacete)», *N.A.H. Arq.* 5, 249 ss.
DIEGO SANTOS, F. (1977): *Historia de Asturias. Asturias romana y Visigoda.* Vitoria.
DOMERGUE, C. (1973): *Belo I. La Stratigraphie, Publications de la Casa de Velázquez, Archéologie,* n.º 1, París.
ELORZA, J. C. (1972): «A propósito de la muralla romana de Iruña (Alava)», *Est. Arq. Alavesa,* 5, 183 ss.
ETIÉNNE, R., y MAYET, F.: «Briques de Belo. Relations entre la Maurétanie Tingitaine et la Bétique au Bass-Empire», *M.C.V.,* VII, 59 ss.
FATAS, G. (1972): «De la extensión y el poblamiento del casco urbano de Caesaraugusta», *Caesaraugusta* 35-36 (1971-72), 191 ss.

FATAS, G. (1977): «Para una biografía de las murallas y puente de piedra de Zaragoza, según las fuentes escritas hasta 1285», *Estudios Medievales*, II, 306 ss.
FERNÁNDEZ CASTRO, M. C. (1978): «Aspectos arquitectónicos y musivarios de las villas romanas en Andalucía», *I Congreso de Historia de Andalucía (1976)*, Córdoba, 309 ss.
FERNÁNDEZ CASTRO, M. C. (1981): «Villa romana y Basílica cristiana en España», *Le religión romana en Hispania*, Madrid, 381 ss.
FERNÁNDEZ CASTRO, M. C. (1982a): *Las villas romanas en España*, Madrid.
FERNÁNDEZ CASTRO, M. C. (1982b): «Villas romanas en el Noroeste de la Península Ibérica», *Caesarodunum*, XVII, 261 ss.
FERNÁNDEZ GALIANO, D. (1976): *Carta Arqueológica de Alcalá de Henares y su partido*, Alcalá.
FERNÁNDEZ GALIANO, D. (1980): *Mosaicos romanos de esquemas a compás*, Guadalajara.
FERNÁNDEZ GALIANO, D. (1983): «Influencias orientales en la musivaria hispana», *III Colloquio Internazionale sul mosaico antico*, Rávena, 411 ss.
FERNÁNDEZ GALIANO, D. (1984a): *Complutum I. Excavaciones, E.A.E.*, 137, Madrid.
FERNÁNDEZ GALIANO, D. (1984b): *Complutum II. Mosaicos, E.A.E.*, 138, Madrid.
FERNÁNDEZ GALIANO, D. (1987): *Mosaicos romanos del Conventus Caesaraugustano*, Zaragoza.
FERNÁNDEZ GÓMEZ, F. (1984): «La necrópolis tardorroman a y visigoda de 'Las Huertas' en Pedrera (Sevilla)», *N.A.H.*, 19, pp 273 ss.
FERNÁNDEZ OCHOA, C. (1982): *Asturias Romana*. Madrid.
FERNÁNDEZ OCHOA, C. (1990): «Arqueología urbana de Gijón: la muralla de Cimadevilla», *I Jornadas de Arqueología de Gijón*, Gijón.
FERNÁNDEZ UBIÑA, J. F. (1981): *La Crisis del siglo III en la Bética, Estudios de Historia Antigua*, núm. IV, Granada.
FUENTES, A. (1987): «Sobre los denominados 'osculatorios'. A propósito de dos ejemplares conquenses», *Cu. P.A.U.A.M.*, 13-14 (1986), II, 205 ss.
FUENTES, A. (1989): *La necrópolis tardorromana de Albalate de las Nogueras (Cuenca) y el problema de las denominadas «Necrópolis del Duero», Arqueología Conquense*, X. Cuenca.
FUENTES, A. (1990): «Los Bronces bajoimperiales en Hispania», *Los Bronces romanos en España*, Madrid, 117 ss.
GAMER, I. (1972): «Mulva-Munigua (Sevilla). Corte número 148», *N.A.H. Arq.* 1, 53 ss.
GARCÍA BELLIDO, A. (1971): «Cochleares romano-visigodos de la Península Hispánica», *Conimbriga*, X, 93 ss.
GARCÍA GUINEA, M. A. (1977): «Los mosaicos tardorroma nos de Quintanilla de la Cueza (Palencia), *Symp. Arqueología romana* (Segovia, 1976), Barcelona, 187 ss.
GARCÍA GUINEA, M. A. (1982): *La villa romana de Quintanilla de la Cueza. Guía de las excavaciones*, Palencia.
GARCÍA MERINO, C. (1970): «La ciudad romana de Uxama», *B.S.A.A.*, XXXVI, 383 ss.
GARCÍA MERINO, C. (1971): «La ciudad romana de Uxama», *B.S.A.A.*, XXXVII, 85 ss.
GARCÍA MERINO, C. (1975): «Nueva necrópolis tardorromana en la provincia de Valladolid. El conjunto arqueológico de Castrobol», *B.S.A.A.*, XL-XLI, 522 ss.
GARCÍA MERINO, C. (1984): «La ciudad de Uxama. Nuevos datos para la Romanización en Soria», *I Symp. de Arqueología de Soria*. Soria, 385 ss.
GARCÍA MORENO, L. A. (1975): «La romanización del Valle del Duero y del Noroeste peninsular (ss. I al VII de C.)», *H. Ant.*, 5, 327 ss.
GARCÍA MORENO, L. A. (1981): «España y el Imperio en época teodosiana. A la espera del Bárbaro», *I Concilio Cesaraugustano. MDC aniversario*, Zaragoza.
GARCÍA MORENO, L. A. (1983): «El paisaje rural y algunos problemas ganaderos en España durante la Antigüedad Tardía (siglos V-VII)» *Homenaje a Sánchez Albornoz*, Buenos Aires, 401.
GARCÍA MORENO, L. A. (1986): «Las transformaciones de la topografía de las ciudades en la Lusitania en la Antigüedad Tardía», *Revista Est. Extremeños*, 42, I, 97 ss.
GARCÍA MORENO, L. A. (1988): *España en la Edad Antigua. Hispania Romana y Visigoda. Biblioteca Iberoamericana*, núm. 29. Madrid.
GORGES, J. G. (1979): *Les Villas Hispano-Romaines. Inventaire et próblematique archéologique. Publications de l'Université de Bordeaux*, III, Burdeos.
GORGES, J. G. (1982): «Distribution géographique et typologique de la villa hispano-romaine», *Caesarodunum*, XVII, 283 ss.
GRUNHAGEN, W., y HAUSCHILD, Th. (1979): «Sucinto informe sobre las excavaciones arqueológicas en Munigua en 1974», *N.A.H. Arq. 6*, 281 ss.
GUITART, J. (1970): «Excavaciones en la zona sudeste de la villa de Sentromà (Tiana)», *Pyrenae*, 6, 111 ss.
HAUSCHILD, Th. (1969-1970): «El mausoleo de Las Vegas de Pueblanueva», *N.A.H.*, XIII-XIV, 332 ss.
HAYES, J. (1972): *Late Roman Pottery*, Londres.
HAYES, J. (1980): *Supplement to Late Roman Pottery*, Londres.
IBÁÑEZ CASTRO, A. (1983): *Córdoba hispanorromana*, Córdoba.
JARREGA, P. (1987): «Notas sobre la importación de las cerámicas finas norteafricanas (sigillata clara D) en la cos-

ta Este de Hispania a fines del siglo VI e inicios del siglo VII», *Actas del II Congreso de Arqueología Medieval Española*, II, Madrid, 337 ss.
JONES, A. H. M. (1969): *The Later Roman Empire*, Oxford, 3 vols.
JOVER, J. M. (ed.) (1982): *Historia de España, dirigida por Menéndez Pidal. II, vols. 1 y 2.* Madrid.
KEAY, S. J. (1984a): *Decline or continuity? The coastal economy of the Conventus Tarraconensis from the fourth century until the late sixth century, BAR International Series*, 193, Oxford, 552 ss.
KEAY, S. J. (1984b): «Late Roman Amphorae in the Western Mediterranean. A Typology and economic study: The Catalan evidence», *BAR Series*, 196. Oxford.
LARA, F. (1973): *Lérida Romana*, Lérida.
LÓPEZ RODRÍGUEZ, J. R. (1984): «Nuevos moldes de Terra Sigillata Hispánica Tardía», *Homenaje a Almagro Basch*, IV, Madrid. 31 ss.
LÓPEZ RODRÍGUEZ, J. R. (1985): *Terra Sigillata Hispánica Tardía decorada a molde de la Península Ibérica*, Valladolid-Salamanca.
LOT, F. (1974): *La fin du monde antique et le début du Moyen Age*, París.
LUCAS, R., y VIÑAS, V. (1971): «Necrópolis de El Cantosal, Coca (Segovia)», *N.A.H.*, XV, 381 ss.
LLOBREGAT, E. (1980): «Notes per a un estudi del poblament rural de la provincia d'Alacant entre el Baix Imperi i l'Edat Mitjana», *I Congreso de Historia del País Valenciano*, 2, Valencia (1979), 349 ss.
MANGAS, J. (1978): *Hispania Romana. I. Historia de España dirigida por Tuñón de Lara*, Barcelona.
MANGAS, J., y SOLANA, J. M. (1975): *Historia de Castilla-León. II. Romanización y Germanización de la Meseta Norte*. Valladolid.
MAÑANES, T. (1980): *La cerámica tardorromana-visigoda, anaranjada y gris, con decoración estampada en la España Nor-Occidental, Studia Archaeologia*, 65, Valladolid.
MARTÍN GARCÍA, C. (1980): «La sigillata Clara», *Q.P.A.M.*, 10, 307 ss.
MARTÍN G. (1980): «La sigillata Clara: estat actual dels problemes», *Fonaments*, I, 151 ss.
MARTÍN BUENO, M. (1975): «Dos osculatorios procedentes de Bílbilis», *Pyrenae*, II.
MAYET (1970): «Sigillée claire en Espagne: une forme complète inedite», *MCV*, VI, 433 ss.
MAYET, F. (1984): *Les Sigillées Hispaniques. Contribution a l'historie économique de la Péninsule Ibérique sous l'Empire Romain*, París.
MÉNDEZ ORTIZ, R. (1983-1984): «Cerámica tipo Late Roman C en Cartagena», *Pyrenae*, 19-20, 147 ss.
MEZQUÍRIZ, M. A. (1970): «La excavación de la 'villa' romana de Falces (Navarra), *Príncipe de Viana*, XXI, 118-19, 49 ss.
MEZQUÍRIZ, M. A. (1987): *Pompaelo II*, Madrid.
MEZQUÍRIZ, M. A. (1981): «Terra Sigillata Ispanica», *Atlante delle forme ceramiche*, Sup. *EAA*, Roma.
MOLINA, M., y MORA, G. (1982): «Una nueva teoría sobre los llamados 'pasarriendas': en torno a una pieza de carro del Museo de Mérida», *A. Esp. A.*, 55, 205 ss.
MONTENEGRO, A. *et alii* (1985): *Historia de Burgos. I. La Edad Antigua*. Burgos.
NONELL, C. (1976): «Excavaciones en la villa romana de Gárgoles-Cifuentes (Guadalajara)», *N.A.H. Arq.* 4, 701 ss.
ORTEGO, T. (1976): «Excavaciones arqueológicas realizadas en la villa de 'Los Quintanares' en el término de Rioseco de Soria», *N.A.H. Arq.* 4, 259 ss.
OSABA, B. *et alii* (1971): «La cueva de Quintanaurría, provincia de Burgos», *N.A.H.*, XV, 183 ss.
OSUNA, M. *et alii* (1979): «*Valeria Romana I*», *Arqueología Conquense III*, Cuenca.
PALOL P. (1970): «Las Necrópolis del siglo IV en el valle del Duero. III. Vasos y recipientes de bronce», *B.S.A.A.*, XXVI, 205 ss.
PALOL P. (1971): *Castilla la Vieja entre el Imperio Romano y el reino Visigodo*, Valladolid.
PALOL P. (1975): «Dos mosaicos hispánicos de Aquiles. El de Pedrosa de la Vega y el de Santisteban del Puerto», *II Colloque int. pour l'étude de la mosaïque antique*, (Vienne, 1971), París, 227 ss.
PALOL P. (1977): «Romanos en la Meseta. El Bajo Imperio y la Aristocracia Agrícola», *Segovia y la Arqueología Romana, Publicaciones eventuales de la U. de Barcelona*, Barcelona, 297 ss.
PALOL P. (1978): «El Baix Imperi», *Historia de Catalunya* V, Barcelona, 216 ss.
PALOL P. (1979): «Novedades arqueologiques sobre els darrers segles de Clunia» *Memorias del Institut d'Arqueologia y Prehistoria* (1978), 1979, 31 ss.
PALOL P. (1982): *La villa romana de La Olmeda de Pedrosa de la Vega (Palencia). Guía de las excavaciones*, Palencia.
PALOL P. (1985): «La ciudad romana de Clunia» *Arqueología de las ciudades modernas superpuestas a las antiguas*, Madrid, 303 ss.
PALOL P. (1990): «Bronces cristianos de época cristiana y visigoda en España», *Los Bronces romanos en España*, Madrid, 137 ss.
PALOL P., y CORTÉS, J. (1974): *La villa romana de La Olmeda, Pedrosa de la Vega (Palencia). Exc. de 1969 y 1970, Acta Arqueológica Hispánica*, VII, Madrid.
PONSICH, C. (1974): *Implantation rurale antique sur le Bas-Guadalquivir, Publications de la Casa de Velázquez. Serie Archeologique*, II, París.

PONSICH, C. (1978): «Structure rurale et paysage antique du Bas-Guadalquivir», *Casarodunum,* XIII, 240 ss.
PREVOSTI, M. (1982): «La ville et l'occupation du sol dans le Maresme», *Caesarodunum,* XVII, 293 ss.
PUERTAS, R. (1972): «Trabajos de planimetría y excavación en la 'Villa Fortunatus', Fraga (Huesca)», *N.A.H. Arq.,* 1, 69 ss.
RAMALLO, S. (1985): *Mosaicos romanos de Carthago Nova (Hispania Citerior),* Murcia.
RAMALLO, S. (1986): *El mosaico romano en Murcia,* Murcia.
REMESAL, J.; ROUILLARD, P., y SILLIÈRES, P. (1976): «La dixième campagne de fouilles de la Casa de Velázquez à Belo en 1975», *MCV* XII, 471 ss.
REMONDON, P.: *La crise de l'Empire Romain du Marc-Auréle à Anastase.*
RIGOIR, J. (1971): *Les derivées des sigillées paléochrétiennes en Espagne», RSL,* XXXVII, 33 ss.
RIBAS, M. (1972): «La villa romana de la Torre Llauder de Mataró» *N.A.H. Arq.,* 1, 117 ss.
RIBERA, A. (1983): *Arqueología romana de la ciudad de Valencia,* Valencia.
RIPOLL, G. (1985): *La necrópolis visigoda de El Carpio de Tajo, E.A.E.,* 142. Madrid.
RIPOLL, G. (1986): «Bronces romanos, visigodos y medievales en el MAN», *BMAN,* IV, 55 ss.
RODRÍGUEZ COLMERO, A. (1977): *Galicia Meridional Romana,* Bilbao.
ROLDÁN, J. M. (1989): La España Romana, Biblioteca Histórica Historia 16, núm. 7, Madrid.
ROMERO CARNICERO, M. V. (1974): «Aportación al estudio de la distribución en la Península Ibérica de la cerámica romano-visigoda estampada», *III CNA,* Oporto.
SAYAS, J. J., y GARCÍA MORENO, L. A. (1981): *Romanismo e Indigenismo. El despertar de los Pueblos Hispánicos (siglos IV al X).* Barcelona.
SERRANO, E. (1970a): «Novedades de la 'Terra Sigillata Clara' del Teatro romano de Málaga», *XI CNA,* (Mérida, 1968), Zaragoza, 737 ss.
SERRANO, E. (1970b): *La Terra Sigillata del teatro de Málaga,* Málaga.
SERRANO, E. (1977): «Cerámica estampada. Nuevas aportaciones», *XIV CNA* (Vitoria, 1975), Zaragoza, 993 ss.
SERRANO, E., y LUQUE, A. (1976): «Memoria de las excavaciones de Manguarra y San José (Cártama, Málaga), *N.A.H. Arq.,* 4, 489 ss.
SERRANO, E., y LUQUE, A. (1980): «Memoria de la segunda y tercera campañas de excavación en la villa romana de Manguarra y San José, Cártama (Málaga), *N.A.H. Arq.,* 8, 253 ss.
SERRANO, E., y LUQUE, A. (1977): «La villa romana de Manguarra y San José en Cártama» *Segovia. Symp. de Arqueología romana,* Segovia (1976), Barcelona, 371 ss.
TARRADELL, M. (1975): *Historia del País Valenciá. Prehistoria i Antigüitat,* Barcelona.
TARRADELL, M. (1978): *«Les ciutats romanes del Països Catalans», Academia de Bones Lletres de Barcelona,* Barcelona.
TARRADELL, M. (1980): «Les ciutats romanes del País Valencià. Base de l'actual estructura urbana», *I Congreso de Historia del País Valenciano,* II. Valencia, 312 ss.
TEJA, R. (1973): «Las 'villas' de Hispania y Capadocia en el siglo IV y su entorno económico-social», *XII CNA,* (Jaén, 1971), Zaragoza, 611 ss.
TOVAR, A., y BLÁZQUEZ, J. M. (1975): *Historia de la España Romana. La Península ibérica desde el 218 hasta el siglo V,* Madrid.
THOMPSON, E. A. (1976): «The End of Roman Spain», *Nottingam Medieval Studies,* 20, 3 ss.
THOMPSON, E. A. (1977): «The End of Roman Spain», *Nottingam Medieval Studies,* 21, 3 ss.
THOMPSON, E. A. (1978): «The End of Roman Spain», *Nottingam Medieval Studies,* 22, 3 ss.
THOMPSON, E. A. (1979): «The End of Roman Spain», *Nottingam Medieval Studies,* 23, 1 ss.
TRANOY, A. (1981): *La Galice Romaine. Recherches sur le Nord-ouest de la Péninsule Ibérique dans l'Antiquité, Publications du Centre Pierre París,* núm. 7, París.
SANMARTÍ, E. (1971-1972): «Notas sobre sigillata clara de Ampurias», *Ampurias,* XXXIII-XXXIV, 337 ss.
STRONHEKER, (1972): «Spanien in Spätrömische Zeit. 284-475», *A. Esp. Arq.* 45-47.
VEGAS, M. (1970): «Munigua. Exploraciones en el área de la ciudad, al este del Foro», *N.A.H.,* XIII-XIV (1969-1970), 61 ss.
VEGAS, M. (1973): *Cerámica Común romana del Mediterráneo Occidental. Publicaciones eventuales U. de Barcelona,* 22, Barcelona.
VOGT, J. (1967): *The Decline of Rome,* Londres.
VV.AA. (1975): *La transición del esclavismo al feudalismo,* Madrid.
VV.AA. (1976a): *La Romanización de Galicia.* (Congreso de La Coruña), La Coruña.
VV.AA. (1976b): *A propos des céramiques de Conímbriga. (Table Ronde tenue a Conímbriga le 25-27 mars 1975), Publications du Centre Pierre París,* 2, (*Conímbriga,* XIV, 1975), 5-165.
VV.AA. (1977a): *Historia de Valladolid.* Valladolid.
VV.AA. (1977b): *Actas del Coloquio de Oviedo sobre Estructuras sociales durante la Antigüedad, Memorias de Hist. Ant.,* núm. 1.
VV.AA. (1977c): *Conflictos y estructuras en la Hispania Antigua,* Madrid.
VV.AA. (1982): *Les excavacions arqueologiques a Catalunya en els darrers anys.* Barcelona.

VV.AA. (1985): *Del Conventus Carthaginensis a la Chora de Tudmir. Perspectivas de la Historia de Murcia entre los siglos III-VIII, Antigüedad y Cristianismo* II, Murcia.
VV.AA. (1985b): *Arqueología de las ciudades modernas superpuestas a las antiguas,* Madrid.
VV.AA. (1986): *Actas del I Congreso Internacional Astorga Romana,* 2 vols. Astorga.
VV.AA. (1987a): *Historia general de España y América, vols. I y II.* Madrid.
VV.AA. (1987b): *Archeología e Arte nella Spagna tardorromana, visigota e mozarabica,* (XXXIV Corso di Cultura sull'Arte ravennate e bizantina), Rávena, 1987.
VV.AA. (1989): *Mosaicos Romanos. In Memoriam Manuel Fernández Galiano,* (Actas de la I Mesa Redonda Hispano-Francesa sobre mosaicos romanos, Madrid, 1985), Guadalajara, 1989.
VV.AA. (1990): *El siglo IV d. de C., Studia Historica. Hist. Ant.* VIII.
VV.AA. (1990b): *Mosaicos Romanos. (Alberto Balil In Memoriam)* (Actas del Homenaje a Balil Illana), Guadalajara.
WALLBANK (1978): *La decadencia del Imperio Romano en Occidente,* Madrid.

UN VEINTENIO CLAVE PARA LA EPIGRAFIA LATINA DE ESPAÑA

Alicia M.ª Canto
Universidad Autónoma de Madrid

Agradezco a la Asociación de Amigos de la Arqueología la oportunidad que, al encargarme la elaboración de estas páginas, me ha brindado de volver la vista atrás para intentar presentar en este interesante volumen un breve balance de lo que han supuesto estos últimos veinte años en el desarrollo de la disciplina epigráfica en nuestro país, especialmente en el ámbito de la epigrafía en lengua latina bajo el dominio de Roma, que por razones obvias es la más mayoritaria y más ampliamente estudiada.

Un balance que debe ser en parte deudor, y así me apresuro a constatarlo, de dos resúmenes quinquenales que la doctora Carmen Castillo aportó como contribución a los Congresos Internacionales de Epigrafía Griega y Latina (1), referidos a los períodos 1972-1977 y 1977-1982, y cuya exhaustividad y detalle recogen la tradición de los mismos, en la época en que tan pesada y útil tarea se debió a su maestro, el profesor A. D'Ors, en los Congresos precedentes. Pendientes de la contribución resumida que seguramente ella habrá aportado al último Congreso, de Helsinki, en septiembre de 1991, y cuya publicación completa en *Emerita* aún se diferirá, quedan, no obstante, nueve años por examinar, además de la panorámica general de la totalidad del veintenio que, a mis ojos, resulta ser más fructífero que cualquier otro período anterior en el desarrollo de nuestra disciplina.

Debo advertir que, por la naturaleza del encargo que se me encomienda, por la existencia, actual o inmediata, de esos resúmenes detallados, y por la restricción lógica de espacio, este balance debe pecar necesariamente de ser no exhaustivo sino selectivo y, en tal caso, prisionero de una subjetividad impuesta por las circunstancias y por la óptica de quien esto escribe y que se apresura a hacer la necesaria *captatio benevolentiae* del futuro lector tanto como de quienes, autores de artículos o monografías relativas o relacionadas con el ámbito de la Epigrafía, no las encuentren reflejadas en estas páginas. Ello afectará en primer lugar a cientos de artículos dedicados a la limitada, espacial o numéricamente, pero sin embargo fundamental, labor de dar a conocer nuevos materiales epigráficos.

Después de considerar varias posibilidades, he optado por la ordenación bibliográfica que de mayor utilidad puede resultar para el lector, desechando las consultas en notas interminables. Así pues, se encontrará a continuación de estas páginas un listado temático, ordenado según grandes áreas (estudios de regiones, provincias, ciudades, sociedad, religión, etc.), de los títulos dedicados a la investigación, entre los años de 1971 y 1991.

Como norma general, he citado aquellos trabajos imprescindibles para el conocimiento de un determinado espacio geográfico o aspecto, bien por ser los únicos existentes, bien por la calidad de

sus enfoques, por la novedad de sus planteamientos o por la exhaustividad de su biliografía, que permite a su través llegar a una información completa sobre la cuestión tratada.

En la mayor parte de los grupos, la ordenación interna es cronológica y no alfabética, pero en dos de ellos, los de ciudades y regiones/provincias, he preferido hacer la ordenación alfabéticamente según cada unidad de estudio por su nombre actual, seguido del antiguo, con algunas pocas excepciones muy notables, ya que creo que de esta forma su consulta será más cómoda. En todos los demás apartados temáticos, del tipo «obras de tema jurídico», «estatutos municipales», etc., la ordenación es cronológica, pues con ella se puede apreciar mejor la prioridad y evolución de los intereses investigadores en cada ámbito, así como la dependencia, en su caso. La cronología la marca la fecha oficial de la publicación, aunque en algunos casos he indicado la fecha real de aparición o, en el caso de los congresos, también la de su celebración. No he recogido varios trabajos sobre un mismo tema si el contenido no era muy distinto entre ellos. He citado las recensiones a determinadas monografías cuando aquéllas aportaron puntos de vista sustancialmente distintos.

No debo dejar de advertir que el interesado en estas cuestiones debe estar pendiente de los resúmenes correspondientes a los períodos 1982-1987 y 1987-1992 que en su momento publique la doctora C. Castillo, así como de las «Chroniques» francesas *(ut infra)* que, por su exhaustividad, serán el complemento indispensable a la visión panorámica que ahora pretendo presentar, en la línea seguida en este volumen de aniversario. Del mismo modo, en el apartado 1 se hace referencia a otros resúmenes periódicos de interés, y a las fuentes de información bibliográfica y/o crítica con las que el estudioso puede orientarse en primer lugar.

Me queda, pues, sobre la base del listado bibliográfico, tal como ha quedado finalmente, efectuar ahora algunos breves comentarios sobre cada uno de estos grupos y sobre su globalidad.

De forma global, el título de este artículo refleja bien a las claras la significación que a mis ojos tiene este veintenio, al considerarlo clave para la epigrafía hispano-romana. A ello han contribuido diversos factores, entre los cuales no es el menor el «boom» experimentado por la construcción en nuestro país, precisamente a raíz de la década de los setenta. La proliferación de obras, tanto para grandes proyectos urbanos públicos, como para las menores, y mucho más cuantiosas, debidas a la iniciativa privada, ha facilitado, con la remoción de tierras para cimentaciones cada vez más profundas, el hallazgo casual, en los ámbitos urbanos, de múltiples epígrafes (y seguramente también la destrucción de muchos de ellos). El derribo de edificios muy antiguos, o su restauración, ha solido sacar a la luz también inscripciones que en momentos anteriores habían sido reaprovechadas en sus muros.

En los ámbitos rurales, la progresiva utilización de arados de reja profunda (una circunstancia señalada en otras ocasiones para la arqueología en general) ha permitido también la detección de un sinfín de yacimientos de todas las épocas y, con el conjunto de materiales de los de época romana, la comparecencia de los materiales escritos es casi constante.

No ha sido menor el peso de otra circunstancia, ésta de orden administrativo, como ha sido la creación del llamado «Estado de las Autonomías», a raíz de la Constitución Española de 1978, por cuanto la división del Estado en 17 «Länder» trajo consigo las casi inmediatas transferencias en materia de Cultura (un área cuyo ordenamiento no parece prioritario para la Administración Central). Con éstas, prácticamente todas las competencias relativas al Patrimonio Histórico y Arqueológico (a excepción de muy contados yacimientos y monumentos, cuya tutela se ha reservado el Estado) pasaron a ser gestionadas, junto con los fondos correspondientes, por cada una de las Autonomías.

De esta forma, se reducían considerablemente, a partir de 1982-1983 sobre todo, las competencias estatales en materia de Arqueología, al tiempo que, por un comprensible afán de afirmación de las propias señas de identidad, cada autonomía ha ido prestando cada vez mayor atención a la investigación y difusión de su propia historia, para la cual la Arqueología, como la Epigrafía, son de un gran interés y eficacia culturales. La proliferación de permisos de prospección y excavación (2), así como la financiación de numerosas publicaciones, es un fenómeno cuyo balance, en cuanto a rentabilidad científica y social y calidad, deberá hacerse en años venideros. Por el momento, debe ser considerado como un factor muy positivo para un mayor interés por la investigación a lo largo y ancho de nuestro país.

Aún restan algunas causas que explican la verdadera eclosión que se registra en cuanto al estudio material de la Antigüedad en España en estos últimos años. Una de ellos ha sido, sin duda (y no para nuestra honra), la proliferación de la plaga de los detectores de metales, con fines fundamentalmente crematísticos. A algunas autonomías, como es el caso de Cataluña, no les ha temblado la mano a la hora de decretar la ilegalidad de su uso. En otras, como es el caso de Andalucía, su utilización no es perseguida y, gracias a ello, muchos yacimientos antiguos se han convertido en auténticos quesos de gruyère por obra de los modernos zahoríes, y no faltan, por desgracia, los in-

vestigadores que cuentan los detectores entre sus útiles de trabajo. Este factor ha afectado especialmente a la epigrafía, y por ello lo menciono expresamente, pues así, procedentes del mercado, clandestino o legal, es como han llegado a nosotros documentos tan esenciales como la *lex Irnitana* y muchos otros fragmentos de leyes municipales en bronce o, más recientemente, un fragmento de inscripción catastral de *Lacimurga* (cfr. *Habis* 21, 1990 [1991]). Los hallazgos atraen a nuevos gambusinos y una visita, por ejemplo, a lo que fue la ciudad de *Irni* (El Saucejo, Sevilla), deja una impresión realmente desoladora. En estas condiciones, la necesaria comprobación de la procedencia, así como la excavación sistemática del lugar de origen de un documento, se vuelven quiméricas, y terminan arrojando dudas sobre aquel mismo, lo que puede afectar a las conclusiones de una investigación.

Un último factor quisiera mencionar: comparando el gran número y la variedad de los estudios epigráficos o de base epigráfica posteriores a 1972 y anteriores a esta fecha, no he podido por menos que llegar a la conclusión de que este año puede ser considerado una especie de frontera. Y es, precisamente, el año de publicación, en Barcelona, del tomo de los índices del libro de J. Vives, *Inscripciones Latinas de la España Romana*. Se trata de una catalogación que recibió muy frecuentes ataques por los errores que contenía en cuanto a numeración, a veces procedencia y muchas veces literatura de origen. Pero, para ser justos, y creo que ha pasado el suficiente tiempo para poder hacer una valoración objetiva, fue la primera vez en que se nos puso a la mano una recopilación, aunque parcial, subjetiva y con los errores que se quieran, de la enorme cantidad de epígrafes dispersos publicados en los setenta años anteriores, junto con una selección de inscripciones del propio *CIL II*. El anciano padre Vives, con sus escasos medios, rindió después de todo un buen servicio a la ciencia epigráfica, que muchas veces no hemos querido reconocerle (3).

De esta forma, y en combinación con el auge que obtuvo la «Historia Antigua» como disciplina académicamente individualizada, a partir sólo de 1945 y 1968, fue como pudo comenzar a realizarse un buen número de estudios, tanto municipales, como sociales, de tribus, antroponímicos, religiosos, y de otros muchos órdenes, al menos en todas aquellas Universidades que no disponían de una gran biblioteca epigráfica, que eran la mayoría por entonces (y aún ahora). Algunos de nuestros científicos comenzaron a frecuentar las Universidades extranjeras, singularmente las alemanas.

Tampoco desde el mundo de la Universidad se ha potenciado nunca a la Epigrafía como tal (aunque ello sería materia de otro trabajo) y, a excepción de una cátedra y una agregación en Madrid (Complutense) (4), la docencia se ha venido repartiendo entre arqueólogos (en cuya titulación figuraba tradicionalmente), historiadores y filólogos, con desiguales enfoques y resultados, debido, entre otros factores, a la tendencia profesional de cada gremio.

Manuales, corpora, grandes proyectos. Dicho esto a modo de introducción global, conviene comentar que, en el apartado de manuales y corpora, como allí se dice, nos movemos en la carencia. Falta por publicar un manual de Epigrafía en castellano que, aunque no pueda [como es también el caso de las introducciones y manuales publicados por colegas extranjeros (5)], suplir la aún irrepetible obra de R. Cagnat, al menos pueda orientar a los alumnos en las generalidades de nuestra ciencia en su propia lengua (ya que, por mucho que se observe alguna mejoría en las últimas promociones, su poca disposición para manejar bibliografía en otra u otras lenguas sigue siendo endémica, en buena parte por los defectos en tal sentido de las enseñanzas primaria y secundaria). Me consta que somos varios los que venimos pensando cómo subvenir a esta necesidad, y es fácil que alguno de los pensados manuales esté publicado en un plazo razonablemente breve.

En cuanto a la reedición del *CIL*, se ha producido por fin, a partir de 1981 sobre todo, la materialización del proyecto, auspiciado por la Academia de Berlín y la Kommission für Alte Geschichte und Epigraphik, felizmente hoy bajo la misma bandera. Participamos colegas españoles, alemanes, franceses, portugueses y un norteamericano. El fichero, por ciudades antiguas y provincias actuales, que durante cinco años (1981-1986), con la coordinación de A. U. Stylow (6), se formó inicialmente en Madrid, fue luego trasladado a Munich, donde ha seguido engrosándose, contando ya con una cifra próxima a las 20.000 inscripciones, aproximadamente el triple de lo censado entre *CIL* y *Ephemeris Epigraphica* (hasta 1909). Una buena proporción de esas novedades ha sido publicada en el veintenio que estudiamos, y más en la década de los ochenta, aprovechando las prospecciones y hallazgos de los distintos equipos del *CIL*^{2} (cuyos trabajos a su vez han sido motivo de infinidad de publicaciones parciales) en esta última década.

Después de la partida de Stylow, una copia completa del fichero pasó a la tutela del Departamento de Historia Antigua de la Universidad Complutense de Madrid, bajo la dirección de J. Mangas quien, en combinación con el Ministerio de Cultura, y con antiguos colaboradores directos de Stylow, muy bien entrenados, ha creado un «Centro de Documentación de Historia Antigua», acogiendo también el proyecto de reedición de los *Fontes Hispaniae Antiquae*. Además de ser un lugar de trabajo para

especialistas, en torno al fichero (que continuamente se engrosa con el fichado de las nuevas aportaciones desde 1986), Mangas ha sabido encontrar los medios para acometer un proyecto, interrumpido desde 1969, como es el de una publicación periódica que recogiera las novedades epigráficas peninsulares anualmente (7).

El primer número de *Hispania Epigraphica (HEp)*, el de 1989 (aparecido en 1990), con 713 ítems, ha sido acogido con satisfacción por los especialistas, fuera y dentro de nuestro país. El número 2, de 1990, con 909, estará seguramente ya publicado cuando estas páginas vean la luz, y se encuentra ya entregado el manuscrito correspondiente al 3 (1991) (8). Es de desear que las restricciones económicas que nuestro país va a atravesar no afecten a un proyecto tan útil y largamente deseado (aunque en este momento ya se lleva producido un retraso de más de un año con el segundo número).

Catalogaciones regionales, provinciales y locales. Gracias al benéfico efecto del interés por la propia historia ya señalado, los *corpora* parciales se han multiplicado, y prácticamente todas las provincias cuentan con repertorios más o menos completos (lo que, en cambio, no ocurre con los Museos), si bien hay que señalar la falta de uniformidad en los criterios de presentación, rigor y calidad de los aparatos gráficos. Entre las grandes capitales epigráficas, *Tarraco* y *Emerita* cuentan con buenos estudios (el de Mérida, sin embargo, sin publicarse desde 1972), no así *Corduba* por el momento, aunque hay que esperar que sea el propio Stylow, que ha dedicado especial atención a la ciudad y su provincia, quien subsane en breve esta falta.

Como puede verse sólo a través de la selección que presento, son multitud las ciudades romanas que han recibido una especial atención desde el punto de vista epigráfico. El apartado 3.1 contiene por su parte algunos ejemplos de cómo la epigrafía es hoy por hoy el único modo de conocer *(Irni, Basilipo)* o relocalizar adecuadamente *(Baxo, Sisapo)* ciudades antiguas.

Congresos, coloquios, homenajes. De verdaderamente espectacular puede calificarse el aumento en la frecuencia de la celebración de este tipo de reuniones o colaboraciones científicas en las dos últimas décadas. En etapas anteriores, las ocasiones de encuentro eran mucho más contadas (Congresos Arqueológicos Nacionales, del SE y algunas monográficas del tipo de Tartessos, Legio VII o sobre Historia Económica Antigua). De hecho, es difícil recordar, antes de 1971, alguna reunión específica de Epigrafía en nuestro país, fuera de contribuciones aisladas en los Congresos de Estudios Clásicos o en los propios CAN.

Al propio tiempo, se ha incrementado la colaboración con unidades de investigación de otros países, singularmente de Alemania y Francia (el caso de Cataluña es muy marcadamente fructífero), lo que favorece también los encuentros internacionales. En más casos de los deseables, la participación de especialistas, o la asistencia de alumnos y postgraduados, ha sido, en mi opinión, excesivamente restringida, como si se tratara a veces de una reedición de los misterios eleusinos. Un mayor aperturismo, sin rehuir la contradicción pública o el debate, será siempre más saludable y provechoso que las convocatorias de amigos o escuelas. Máxime si las entidades pagadoras son de financiación pública.

Estudios de epigrafía republicana e imperial. Sin duda, entre las novedades de estos veinte años destacan con mucha fuerza las de documentos jurídicos, en tal cantidad y complejidad, que han hecho a A. D'Ors cada vez más difícil la deseada reedición de su legendaria monografía de 1953 (9).

Entre los nuevos documentos republicanos, sin duda son los más destacables el bronce de *Contrebia Belaisca,* la llamada *deditio Alcantarensis,* la antiquísima dedicación a Minerva *(Menrua)* en la muralla de Tarragona o los homenajes a patronos emporitanos, mientras todavía dan que meditar otros tan antiguos como el decreto de Paulo Emilio de la *turris Lascutana* o el bronce de Ascoli.

Entre los imperiales, la última década está volcada sobre todo en las seis tablas con la ley del *municipium Flavium Irnitanum* y en la llamada *tabula Siarensis.* Ambas han atraído, como no podía ser menos, la atención internacional, y es lástima que de ninguna de ellas se pueda contrastar el medio original a través de una excavación sistemática. Se prepara en estos momentos la publicación de una copia del senado consulto en torno a la conjuración de Pisón, que no habrá de causar menores efectos (10). Otros documentos jurídicos del Alto Imperio han visto la luz, como varias téseras de hospitalidad (alguna de ellas objeto próximo de debate), que completan significativamente el viejo mapa de A. García y Bellido de 1966.

Síntesis históricas y arqueológicas a partir de los documentos. Naturalmente, estos conjuntos jurídicos, junto a los miles de epígrafes publicados, de forma generalmente dispersa, a lo largo del veintenio, han arrojado nueva luz, o han permitido el arranque, de viejas y nuevas líneas de investigación que tienen por una de sus bases tradicionales la información epigráfica.

Se suceden, pues, los estudios sobre organizaciones territoriales, divisiones administrativas, pro-

sopografía (ésta cultivada por muy pocos investigadores), promoción social, evergetismo, fuentes de riqueza personal y colectiva, organización y funcionamiento de la vida municipal o movimientos migratorios de la población. Como ejemplos, han sido seguidas en sus circunstancias y ramificaciones varias de las *gentes* más documentadas.

Los estudios de tipo económico se han centrado particularmente en el campo de la producción y exportación de vino y, sobre todo, aceite, hispanos, tanto de forma local como hacia otros puntos (Roma, *limes* germano), hasta tal punto que dos coloquios internacionales se han celebrado de forma monográfica. Hay gran debate sobre la organización de ambas actividades, y los *tituli picti* (como los sellos) anforarios, parecen ser fuente inagotable de información (11), desplazando el anterior interés preferente sobre las marcas y los alfares de la vajilla de mesa. El conocimiento de las actividades mineras ha recibido un fuerte impulso, pero sobre todo desde el punto de vista de la arqueología. Pocas novedades epigráficas hay al respecto, salvo una excelente reedición de los bronces de Vipasca.

Dos áreas complementarias de fuerte base epigráfica han recibido también estudios fundamentales: el ejército y la religión. Por fin, la Península Ibérica ha aportado los primeros diplomas militares (una extraña ausencia, salvo que la mayor parte de los veteranos hispanos, como así parece, hayan debido o preferido asentarse lejos de sus lugares de origen), y recibido los dos primeros estudios exhaustivos de conjunto sobre el ejército hispano (como era de esperar, polémicos entre sí). En la religión oficial y la indígena, que eran hasta cierto punto bastante bien conocidas ya antes de 1971 (12), no hay grandes novedades, salvo el llamado «santuario priápico», de Clunia, los epígrafes del templo de culto imperial de Itálica y los extraños grafitos de la Cueva Fortuna de Murcia, pero destacan las catalogaciones de conjunto, los estudios de preferencias de culto por regiones o algunas muestras de culto doméstico, como las hermas.

En el campo de las redes viarias, una vez más una síntesis amplia debe ser agradecida a un investigador de fuera (13), aunque han sido también numerosas las aportaciones, desde la Arqueología y la Epigrafía, al conocimiento de las vías de comunicación, especialmente de carácter parcial y, sólo más recientemente, interesándose por las republicanas. Continuamos echando de menos una buena catalogación de los muchísimos miliarios peninsulares, asunto sobre el que existe una tesis doctoral en marcha.

Los soportes mismos de los epígrafes, lejos ya los pioneros trabajos sobre grupos de estelas vinculados a regiones, sobre todo indígenas, como las de Castilla-León, Asturias o Galicia, han sido objeto de atención, particularmente los de tipología «romana»: los trabajos de J.-N. Bonneville prometían mucho sobre la posibilidad de datarlos complementariamente, a través de formas y molduras. (Sería deseable contar con la publicación de su tesis doctoral, que quedó inédita a su muerte.) En cuanto a los materiales mismos, compartí con W. Grünhagen la satisfacción de dar inicio a una línea de investigación, entre 1977 y 1978, sobre las numerosas canteras locales hispanas, que acabó con la mayor parte de los mármoles «griegos» y las esculturas «importadas» que llenaban nuestros museos. El testigo fue recogido años después en Cataluña, y aplicado más concretamente a las inscripciones, aunque con más optimismo respecto de las variedades blancas, de lo que en realidad era posible esperar. Esta línea de trabajo tiene aún mucho que dar de sí. Se han estudiado los artesanos y las técnicas, pero los análisis sobre la mayor parte de los talleres locales y sus métodos de trabajo se hacen aún de rogar.

A partir de los años ochenta, una nueva especialización dentro de la Epigrafía, sincronizada con intereses similares en Inglaterra, Alemania e Italia particularmente, irrumpe con fuerza y merece capítulo aparte. Se trata de la riquísima historia de la «epigrafía manuscrita», es decir, de la transmisión de epígrafes, en infinidad de manuscritos y *schedae,* desde al menos el siglo XVI. Es un campo casi inexplorado en España desde que Hübner revisara tantísimos de ellos para el *CIL.* No solamente por la aportación de inéditos, aún frecuente, sino por los datos sobre contactos, copias, préstamos e interpolaciones más o menos interesadas, debidas a los distintos aficionados y eruditos desde el Renacimiento, que enriquecerán, sin duda, nuestro cuerpo documental, Muestra de este interés por la epigrafía manuscrita son los dos coloquios internacionales organizados sobre ello: Antonio Agustín and the Classical Culture of his Time (Warburg Institute) en Londres 1990 y, a celebrar en febrero de 1992, *Ciriaco de Ancona,* en su ciudad natal y con motivo de su quinto centenario. Aunque ha habido en estos años también insignes casos de «falsos» publicados como auténticos, he preferido limitarme a citar algunos trabajos conceptuales al respecto.

La epigrafía griega sigue siendo muy minoritaria, a excepción del caso de Ampurias (14).

Varia. Como sabe cualquier entendido en Epigrafía, las posibilidades de sus aplicaciones son infinitas. A pesar del gran número de obras citadas, y de ser éstas ya una selección, se observará que

faltan multitud de áreas de trabajo: demografía, poblamientos indígenas determinados (están estudiados turmogos, autrigones, arévacos, pelendones, astures, galaicos, vacceos...), los procesos de romanización, los programas informáticos aplicados a las inscripciones (15), una buena parte de la epigrafía monumental (desde el *«porticus hypaethrus»* de *Lacippo* al *«epistylium cum cancellis aereis»* de Itálica), las marcas de lucernas o los sellos sobre lingotes de plomo. Quizá la mención de estas forzadas ausencias den mejor idea de las posibilidades que el estudio epigráfico bien hecho tiene para la Arqueología y la Historia Antigua.

No he hecho tampoco referencia al sinnúmero de revistas periódicas que han visto la luz en estos veinte años, y que han secundado (y a veces sustituido) a las veteranas que fueron el vehículo habitual para las novedades epigráficas en las décadas anteriores (*AEspA, Zephyrus, Emerita, Ampurias, BRAH, BSAAV, RABM, REExt.* y pocas más). Hasta *Vettonia,* una de las más recientes, cabría recordar *Habis, Noticiario Arqueológico Hispánico, Memorias de Historia Antigua, Hispania Antiqua, Jábega, Mainake, Fonaments, Faventia, Baetica, Gallaecia, Lucentum, CuPAUAM, Gerión, Corduba Archaeologica, Oretum, Studia Historica, Antigüedad y Cristianismo, Saguntum* y tantas otras.

Entre las acreditadas extranjeras, es fácil encontrar regularmente inéditos o estudios hispánicos en *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik* (Bonn), *Chiron* (Munich), *Revue des Études Anciennes* (Talence), *Mélanges de la Casa de Velázquez* (París-Madrid), *Latomus* (Bruselas), *Epigraphica* (Faenza), *Athenaeum* (Pavía) o en varias de las portuguesas *(Ficheiro Epigrafico, Revista de Guimaraes, O Arqueologo Portugues),* etc.

El balance, pues, aun al término de un recorrido tan rápido y apretado, no puede ser más que positivo. El desbordamiento de los estudios epigráficos en nuestro país tiene, sin embargo, que ser encauzado en tres sentidos, fundamentalmente: 1) hay que lograr una homogeneidad en la calidad de la presentación y del estudio de las inscripciones, con especial atención al aspecto gráfico (16) y a las dataciones; 2) hemos de procurar hacer nosotros mismos las síntesis epigráficas e históricas, o al menos la incardinación correcta de los datos en la historia y la arqueología del tiempo y del espacio oportunos en cada caso; y 3) hay que procurar la formación de epigrafistas «profesionales», pues ni el dominio del latín ni el manejo impecable de las fuentes textuales convierten a nadie automáticamente en un experto en inscripciones.

Como he explicado muchas veces en clase, superados ya los conceptos llamados «clásico» y «moderno», hay que continuar la marcha hacia lo que llamo la «epigrafía integral»: aquella que procura dominar el mayor número posible de conocimientos sobre la Antigüedad (sean geofísicos, arqueológicos, textuales, filológicos o numismáticos), no sólo para «saber leer» uno o cientos de epígrafes, sino para «saber ver» a través de ellos, las circunstancias vitales y la mentalidad de los hombres y las mujeres para quienes fueron creados.

SELECCION DE BIBLIOGRAFIA ESPAÑOLA, EPIGRAFICA Y DE BASE EPIGRAFICA, PUBLICADA ENTRE LOS AÑOS 1971 Y 1991

1. Manuales. Obras muy generales. Recopilaciones, p. 252. 2. Catálogos de epígrafes por regiones antiguas y provincias actuales. Colecciones en museos, p. 253. 3. Catálogos de conjuntos por ciudades y estudios sobre las mismas con base epigráfica, p. 257. 3.1. Ejemplos de ciudades «nuevas» o de nueva localización, p. 260. 4. Congresos, coloquios y homenajes, p. 261. 5. Algunos estudios sobre epigrafía republicana, p. 262. 5.1. Tabla Contrebiense, p. 262. 5.2. Bronce de Alcántara, p. 262. 5.3. Otros epígrafes y problemas, p. 262. 6. Epigrafía jurídica de época imperial, p. 263. 6.1. Tabula Siarensis, varia julio-claudia, p. 263. 6.2. Lex Irnitana, leyes municipales, p. 263. 6.3. Tablas de hospitalidad y patronazgo (Lougeiorum y otras), p. 264. 6.4. El «testamentum Dasumii», p. 264. 7. Selección de trabajos de investigación histórica o arqueológica, con base total o parcialmente epigráfica, p. 265. 7.1. Generalidades, p. 265. 7.2. Estatutos jurídicos, organización administrativa, p. 265. 7.3. Tribus, p. 265. 7.4. Vida municipal, p. 265. 7.5. Sociedad (senadores, ecuestres, élites, etc.), p. 266. 7.6. Ejemplos de estudio de familias, p. 266. 7.7. Cerámicas (TSH, ánforas), vida económica, p. 267. 7.8. Religión: oficial y popular, p. 267. 7.9. Ejército, diplomas militares, p. 268. 7.10. Vías, puentes, miliarios, p. 268. 7.11. Programas iconográficos, p. 268. 7.12. Cronología, p. 268. 7.13. Tipología, materiales, manufactura de inscripciones, p. 269. 7.14. Epigrafía manuscrita y falsos, p. 269.

1. MANUALES. OBRAS MUY GENERALES. RECOPILACIONES

Los manuales son el gran capítulo pendiente en la epigrafía hispana, tanto para las escrituras prerromanas (donde sigue siendo el único la *Epigrafía Prelatina de la Península Ibérica,* de J. Maluquer de Motes, publicado en Barcelona, 1968) como, para la latina, con el *Repertorio de Epigrafía y Numismática Latinas,* de J. M. Roldán, de Salamanca, 1969, de carácter muy práctico. En cuanto a *corpora,* con todos sus problemas de consulta, hay

que seguir citando el libro de J. Vives, *Inscripciones Latinas de la España Romana* (Barcelona, 1971, y los índices, 1972), que precisamente fue publicado en el comienzo del período que resumimos, mientras se ultima la definitiva reedición del *Corpus Inscriptionum Latinarum (CIL II²)*, en Munich, bajo la coordinación de A. U. Stylow (Munich), G. Alföldy (Heidelberg), J. Krummrey (Berlín, en representación de la anterior Akademie der Wissenschaften, sucesora en la titularidad de la Academia Imperial de Berlín) y M. Mayer, de la Universidad Central de Barcelona, proyecto en el que estamos colaborando desde hace casi diez años varios especialistas españoles.

Además de los repertorios bibliográficos publicados periódicamente por C. Castillo (1967-1972, 1972-1977 y 1977-1982) en la revista *Emerita*, a los que aludí al comienzo de estas páginas, hay que citar, aunque no dedicados exclusivamente a la epigrafía, los amplios resúmenes quinquenales debidos inicialmente a J. Fontaine y R. Étienne (con múltiples colaboraciones firmadas por otros especialistas), llamados «Histoire et archéologie de la Péninsule Ibérique antique. Chronique núm...», en la *Revue des Études Anciennes* (Burdeos), donde se incluye un apartado dedicado a los estudios epigráficos. Hasta ahora se han publicado la I (*REA* 77, 1975, 152 ss.; II, *ibid.* 81, 1979, 105 ss.; III, *ibid.* 84, 1982, 183 ss.). La IV Chronique (1983-1987), en *REA* 91 (3-4), 1989, 151-301, ha sido dirigida por J. Fontaine y P. Rouillard.

Puede consultarse también la parte correspondiente a Hispania, pero sólo hasta 1974, en el trabajo de M. Clauss, «Ausgewählte Bibliographie zur lateinische Epigraphik der römischen Kaiserzeit (1-3 Jhd.)», en *ANRW* II.1b, Berlín, 1974, 796 ss. Dentro de la categoría de obras de amplia base epigráfica y obligada consulta para cualquier zona o ciudad, hay que incluir en el veintenio que recordamos las siguientes:

GALSTERER, H.: *Untersuchungen zum römischen Städtewesen auf der iberischen Halbinsel*, Berlín 1971 (cfr. rec. *RSA* 1972, 266; *BJ* 1973, 560; *BSAAV* 1973, 543; *Latomus* 1975, 807).

TOVAR, A.: *Iberische Landeskunde, II*, continuación de la iniciada por A. Schulten, y de la que se han publicado los tres volúmenes concebidos (el tercero póstumo): *1. Baetica* (Baden-Baden 1974). *2. Lusitania (ibid.* 1976, con los índices), *3. Tarraconensis (ibid.* 1989, este último en castellano).

WIEGELS, R.: *Die Tribusinschriften des römischen Hispanien*, Berlín 1985 (rec. *Gnomon* 1987, 618; *Beitr. zur Namenforschung* 1990, 94).

En cuanto a fuentes literarias, se ha publicado recientemente el fascículo VII de los *Fontes Hispaniae Antiquae* (Mela, Plinio, Ptolomeo), Barcelona 1987, mientras avanza el proyecto de reedición y puesta al día de la totalidad de la obra, por el Departamento de Historia Antigua de la Universidad Complutense de Madrid. Hay que contar también con la colección de autores clásicos iniciada por la editorial Gredos en los años setenta, aunque la edición, como es tradicional en España, no sea bilingüe.

Igualmente contamos ya con CIL I², fascículo IV, pars posterior, addenda tertia, volúmenes I y II (láminas): inscripciones republicanas posteriores a las guerras púnicas, editor J. Krummrey, Berlín 1986 (Hispania, pp. 1103 ss.).

Y, por lo que respecta a útiles instrumentos de trabajo, M.ª D. Mauleón preparó un índice de los epígrafes, publicados de forma tan frecuente y a la vez inorgánica, en el Boletín de la Real Academia de Historia (M.ª D. Mauleón, *Catálogo de las inscripciones latinas publicadas en BRAH (1877-1950)*, Pamplona 1981. Para seguir la publicación de nuevos materiales o reestudios, además de las publicaciones periódicas ya citadas, es indispensable utilizar *L'Année Épigraphique*, el *Ficheiro Epigráfico* portugués (como suplemento de *Conimbriga)* a partir de 1982 y, desde 1989, la completísima *Hispania Epigraphica* (Madrid).

2. CATALOGOS DE EPIGRAFES POR REGIONES ANTIGUAS Y PROVINCIAS ACTUALES. COLECCIONES EN MUSEOS

Alava

GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, C.: «Síntesis histórica de epigrafía romano-alavesa», *Veleia* 1, 1984, 217 ss. (Cfr. ELORZA, J. C.: «Ensayo topográfico de epigrafía romano-alavesa», *EAA* 2, 1967, 119 ss.)

Albacete

ABASCAL PALAZÓN, J. M.: *Inscripciones romanas de la provincia de Albacete*, Albacete 1990.

Alicante

RABANAL, M., y ABASCAL, J. M.: «Inscripciones romanas de la provincia de Alicante», *Lucentum* 4, 1985, 191 ss., y 5, 1986, 169 ss.

Almería

LÁZARO PÉREZ, R.: *Inscripciones romanas de Almería,* Almería 1980.

Aragón

LOSTAL PROS, J.: «Arqueología del Aragón Romano», *Caesaraugusta* 41-42, 1977, 5 ss.; *ibid.* 45-46, 1978, 67 ss.; *ibid.* 47-48, 1979, 250 ss.

Asturia

DIEGO SANTOS, F.: «Estudio epigráfico del conventus Asturum e inscripciones romanas de la provincia de León», *Archivum* 22, 1972.

Badajoz

CARRASCO, V.: «Documentos y monumentos epigráficos del Museo Provincial», *REE* 32-33, 1976, 157 ss.
RODRÍGUEZ DÍAZ, A.: *Arqueología de Tierra de Barros,* Badajoz 1986.
VAQUERIZO, D.: «Epigrafía romana inédita de la llamada Siberia Extremeña», *REE,* 42.1, 1986, 115 ss.
REDONDO, J. A.: «Nuevos epígrafes de Extremadura...», *Anuario de Estudios Filológicos* 11, 1988, 325 ss.

Bética

CANTO, A. M.ª: «Inscripciones inéditas andaluzas. I», *Habis* 5, 1974, 221 ss.
RECIO, A.: «Inscripciones romanas de la Bética», *BIEG* 90, 1976, 71 ss.
CANTO, A. M.ª: «Inscripciones inéditas andaluzas. II», *Habis* 8, 1977, 407 ss.
GONZÁLEZ, J.: «Miscelánea epigráfica andaluza», *AEspA* 55, 1982, 153 ss.
LÁZARO PÉREZ, R.: «Balance epigráfico» en *Actas de I Congreso Andaluz de Estudios Clásicos,* Jaén 1982, 46 ss. (cfr. *AE* 1983, 514).
DARDAINE, S., y PAVIS D'ESCURAC, H.: «Le Baetis et son aménagement: l'apport de l'épigraphie (*CIL II,* 1183 et 1180», *Ktema* 8, 1983, 307 ss.

Burgos

ALBERTOS, M.ª L.: «El conjunto epigráfico del Museo de Burgos...», *Homenaje a A. Tovar,* Madrid 1972, 47 ss.
ABÁSOLO, J. A.: *Epigrafía romana de la región de Lara de los Infantes,* Burgos 1974.

Cáceres

HURTADO SAN ANTONIO, R.: *Corpus provincial de inscripciones latinas,* Cáceres 1977.
ALVAREZ ROJAS, A., y GARCÍA-HOZ, C.: *Museo de Cáceres. Guía breve de la sección de Arqueología,* Cáceres 1988.

Cádiz

GONZÁLEZ, J.: *Inscripciones romanas de la provincia de Cádiz,* Cádiz 1982.

Cantabria (Santander)

VEGA, J. R.: «Epigrafía del Museo de Santander», *Sautuola* 1, 1975, 215 ss.
IGLESIAS GIL, J. M.: *Epigrafía cántabra,* Santander 1976.

Carpetania

STYLOW, A. U.: «Neue Inschriften aus Carpetanien (Hispania Citerior)», *Chiron* 20, 1990, 307 ss.

Castellón

RIPOLLÉS ALEGRE, P.: *Sinopsis de epigrafía latina castellonense,* Castellón 1977.

Castilla la Nueva, Meseta castellana

CURCHIN, L. A.: «Epigraphic Notes from the Spanish Meseta» y «Misread Inscriptions from Central Spain», *ZPE* 58, 1985, 244 ss. y 59, 1985, 187 ss.
CURCHIN, L. A.,: «From limes to latinitas: Roman Impact on the Spanish Meseta», *Studien zu den Militärgrenzen Roms* (13. Internat. Limeskongresse, Aalen 1983), Stuttgart, 1986, 692 ss.
ALFÖLDY, G.: *Römische Städtewesen auf der neukastilischen Hochebene,* Heidelberg 1987.

Cataluña

FABRE, G.; MAYER, M., y RODÀ, I.: *Inscriptions romaines de Catalogne (sauf Barcino). I,* París 1984.
FABRE, G.; MAYERM., y RODÀ, I.: *Inscriptions romaines de Catalogne. II,* París 1985 (Lleida).
FABRE, G.; MAYER, M., y RODÀ, I.: «L'epigrafía romana a Catalunya, estat de la questió i darreres novetats», *Fonaments* 5, 1985, 161 ss. e *ibid.* 6, 1986, 193 ss.
FABRE, G.; MAYER, M., y RODÀ, I.: *Inscriptions romaines de Catalogne. III,* París 1991 (Girona).

Ciudad Real

CABALLERO, A.: *Fuentes literarias y arqueológicas de la época ibérica y romana en la provincia de Ciudad Real* (memoria de Licenciatura), Sevilla 1974.

Conventus Cluniensis

GARCÍA MERINO, C.: Apéndice con amplio catálogo en: *Población y poblamiento en Hispania Romana. El conventus Cluniensis,* Valladolid 1975.

Córdoba

PUERTA, C., y STYLOW, A. U.: «Inscripciones romanas del SE de la provincia de Córdoba», *Gerión* 3, 1985, 317 ss.
STYLOW, A. U.: «Ordenación territorial romana en el Valle de los Pedroches», *Actas XVII CAN,* Zaragoza 1985, 657 ss.
LACORT, P.; PORTILLO, R., y STYLOW, A. U.: «Nuevas inscripciones latinas de Córdoba y su provincia», *Faventia* 8.1, 1986, 69 ss.
STYLOW, A. U.: «Beiträge zur lateinischen Epigraphik im Norden der Provinz Córdoba», *MM* 27, 1986, 235 ss. (I. Solia) y 28, 1987, 57 ss. (II. Baedro, III. Mellaria).

Cuenca

RODRÍGUEZ COLMENERO, A.: «Cuenca romana. Contribución al estudio epigráfico», *Lucentum* 1, 1982, 203 ss.

Galicia

RODRÍGUEZ LAGE, S.: *Las estelas funerarias de Galicia en la época romana,* Orense 1974.
TRANOY, A.: *La Galice romaine,* París 1981 (cfr. rec. Alföldy, G., *Germania* 61, 1983, 511 ss.).
D'ORS, A.: «La evidencia epigráfica de la Galicia Romana», *Acta de la Primera Reunión Gallega de EE.CC.,* Santiago de Compostela 1981, 122 (*pace,* A. Tranoy, *ibid.* 105 ss.).

Girona

Cfr. sub. «Cataluña», 1991.

Granada

PASTOR, M., y MENDOZA, A.: *Inscripciones latinas de la provincia de Granada,* Granada 1987.

Huelva

LUZÓN, J. M.: «Antigüedades romanas en la provincia de Huelva», en *Huelva, Prehistoria y Antigüedad,* Madrid 1975, 271 ss., espec. 281-302 («epigrafía»).
GONZÁLEZ, J.: *Corpus de Inscripciones Latinas de Andalucía (CILA). I: Huelva,* Sevilla 1990.

Huesca

BELTRÁN LLORIS, F.: «Epigrafía y romanización en la provincia de Huesca», *Annales* 4, 1987, 19 ss.

Jaén

GONZÁLEZ ROMÁN, C., y MARÍN DÍAZ, A.: «Inscripciones inéditas de la provincia de Jaén. I», *Cuad. Preh. Granada* 10, 1985, 449 ss.
MANGAS, J.; PASCH, M., y CARRASCO, J.: catálogo de los epígrafes provinciales, en prensa.

León

DIEGO SANTOS, F.: «Estudio epigráfico del conventus Asturum e inscripciones romanas de la provincia de León», *Archivum* 22, 1972 (resumen).
FERNÁNDEZ ALLER, M. C.: *Epigrafía y numismática romanas en el Museo Arqueológico de León,* León 1979.
RABANAL ALONSO, M.: *Fuentes literarias y epigráficas de León en la Antigüedad,* León 1982.
MAÑANES, T.: *Arqueología de la cuenca leonesa del río Sil,* Valladolid 1988.
MANGAS, J., y VIDAL, J.: «Nuevo conjunto de inscripciones romanas de la provincia de León», *MHA* 9, 1988, 213 ss.

Lleida (Lérida)

LARA PEINADO, F.: *Epigrafía romana de Lérida,* Lérida 1973 (cfr. recensión de R. Wiegels en *BJ* 175, 1975, 387 ss.).
Cfr. *supra,* «Cataluña», 1985.

Lugo

ARIAS VILAS, F.; LE ROUX, P., y TRANOY, A.: *Inscriptions romaines de la province de Lugo,* París 1979.

Málaga

SERRANO RAMOS, y ATENCIA PÁEZ, R.: *Inscripciones latinas del Museo de Málaga,* Madrid 1981.

Murcia

BELDA NAVARRO, C.: *Epigrafía romana de la provincia de Murcia,* Murcia 1971.
BELDA NAVARRO, C.: *El proceso de romanización de la provincia de Murcia,* Murcia 1975.
GONZÁLEZ BLANCO, A. *et alii: La Cueva Negra de Fortuna (Murcia) y sus tituli picti, Antigüedad y Cristianismo,* IV (Homenaje a Sebastián Mariner), Murcia 1987.

Navarra

CASTILLO, C.; GÓMEZ PANTOJA, J., y MAULEÓN, M.ª D.: *Inscripciones romanas del Museo de Navarra,* Pamplona 1981.
CASTILLO, C.: «Navarra en época romana: Datos que aportan las fuentes epigráficas», *Actas I Congreso de Historia de Navarra,* Pamplona 1987, 363 ss.

Palencia

SAGREDO, L., y CRESPO, S.: *Epigrafía romana de la provincia de Palencia,* Palencia 1977 (Cfr. rec. Albertos, M.ª L.).

Rioja (Logroño)

ELORZA, J. C.; ALBERTOS, M. L., y GONZÁLEZ, A.: *Inscripciones romanas en La Rioja,* Logroño 1980.
PASCUAL, P., y PASCUAL, H.: *Carta arqueológica de La Rioja. I.* El Cidacos, Logroño 1984.
ESPINOSA, U.: *Epigrafía romana de La Rioja,* Logroño 1986.

Segovia

Cfr. Épigraphie Hispanique, 1981.
SANTOS, J., y HOCES DE LA GUARDIA, A.: «Inscripciones romanas de Segovia. I: Inscripciones inéditas», *Veleia* 6, 1989, 215 ss.

Soria

JIMENO, A.: *Epigrafía romana de la provincia de Soria,* Soria 1980.
BOROBIO, M. J., *et alii:* «Diez años (y dos siglos) de epigrafía soriana», *Celtiberia* 74, 1987, 239 ss.

Teruel

VENTURA, A.: «Las inscripciones romanas e ibéricas de la provincia de Teruel», *Teruel* 54, 1975, 211 ss.

Valencia

ABAD CASAL, L.: «Arcos romanos en el País Valenciano: Los testimonios epigráficos», *Lucentum* 3, 1984, 193 ss.

Zamora

SEVILLANO, V.: «Las inscripciones romanas de la provincia de Zamora», *BSAAV* 37, 1971, 459 ss. y apéndice en *Arqueología de la provincia de Zamora,* Zamora 1979.

Zaragoza

FATÁS, G., y MARTÍN BUENO, M.: *Epigrafía romana de Zaragoza,* Zaragoza 1977 (con 61 de la provincia).

3. CATALOGOS DE CONJUNTOS POR CIUDADES Y ESTUDIOS SOBRE LAS MISMAS CON BASE EPIGRAFICA

Generalidades

ABASCAL, J. M., y ESPINOSA, U.: *La ciudad hispano-romana,* Logroño 1989, con prólogo de J. Caro Baroja (utilísima panorámica, que incluye además la bibliografía más esencial sobre las ciudades y todos los aspectos concomitantes).

Almuñécar (Sexi), Granada

PASTOR MUÑOZ, M., y MOLINA FAJARDO, F.: «Epigrafía romana de Almuñécar (Sexi Firmum Iulium)», en: *Almuñécar, arqueología e historia II, 1984, 315 ss.*

Ampurias (Emporiae), Girona

PENA, M.ª J.: *Epigrafía ampuritana (1953-1980),* Quaderns de Treball 4, Barcelona 1981 (suplemento al catálogo de 1952 de M. Almagro Basch).
PENA, M.ª J.: «Ampurias romana a través de su epigrafía», *Cypsela* 4, 1982, 173 ss.
FABRE, G.; MAYER, M., y RODÀ, I.: *Inscriptions romaines de Catalogne. III. Gérone,* París 1991 (corresponden a Ampurias 170 de los 194 epígrafes recogidos).

Astorga (Asturica), León

MAÑANES, T.: *Epigrafía y numismática de Astorga romana y su entorno,* Salamanca 1982.

Avila (Avela?)

RODRÍGUEZ ALMEIDA, F.: *Avila romana: Notas para la arqueología, la topografía y la epigrafía romanas de la ciudad y su territorio,* Avila 1981.

Barcelona (Barcino)

MARINER, S.: *Inscripciones romanas de Barcelona,* Barcelona 1973.
BONNEVILLE, J.-N.: «Aux origines de Barcino romaine», *REA* 80, 1978, 37 ss.
BONNEVILLE, J.-N.: «Les inscriptions impériales de Barcino (Barcelona), un reflet de l'histoire de la colonie», *Conimbriga* 17, 1978, 365 ss.
BONNEVILLE, J.-N.: *La chronologie des inscriptions romaines de Barcelone* (tesis doctoral inédita), Burdeos 1982.

Bolonia (Baelo), Cádiz

BONNEVILLE, J.-N.; DARDAINE, S., y LE ROUX, P.: *Les inscriptions romaines de Baelo Claudia (Bélo V: L'épigraphie)*, Madrid 1988.

Burgo de Osma (Uxama), Burgos

GARCÍA MERINO, C.: «La ciudad romana de Uxama», *BSAAV* 1970, 383 ss.

Cádiz (Gades)

RODRÍGUEZ NEILA, J. F.: *El municipio romano de Gades*, Cádiz 1980.

Calahorra (Calagurris), Rioja

ESPINOSA, U.: *Calagurris Iulia*, Logroño 1984.

Calatayud (Bilbilis), Zaragoza

MARTÍN BUENO, M. A.: *Bilbilis. Estudio histórico-arqueológico*, 1975.

Carmona (Carmo), Sevilla

BENDALA GALÁN, M.: *La necrópolis romana de Carmona (Sevilla)*, Sevilla 1976 (con apéndice epigráfico).

Cartagena (Carthago Nova), Murcia

KOCH, M.: «Neue römische Inschriften aus Karthago Nova. I», *MM* 17, 1976, 284 ss; II: *MM* 19, 1978, 251 ss.

Cástulo (Linares, Jaén)

BLÁZQUEZ, J. M.: *Cástulo IV: Esculturas, relieves e inscripciones*, EAE 131, Madrid 1984.
BLÁZQUEZ, J. M.: «La epigrafía de Cástulo: Consideraciones históricas» (cap. VII de *Nuevos estudios sobre la romanización)*, Madrid 1989, 293 ss., cfr. *Dacia* 22, 1978, 249 ss.
PASTOR, M.: «Société, réligion et épigraphie dans le municipium de Castulo», *Latomus* 48, 1989, 623 ss.

Córdoba (Corduba)

IBÁÑEZ CASTRO, A.: *Córdoba hispano-romana*, Córdoba 1980 (con apéndice epigráfico).
KNAPP, R. C.: *Roman Córdoba*, Berkeley 1983.
STYLOW, A. W.: «Apuntes sobre el urbanismo de la Corduba romana», *Stadtbild und Ideologie* (cfr. coloquio, *infra)*, Munich 1990, 259 ss. (con base especialmente en la epigrafía).
CANTO, A. M.ª: «Colonia Patricia Corduba: Nuevas hipótesis sobre su fundación y nombre», *Latomus* 50, 1991, 846 ss.

Chaves (Aquae Flaviae)

RODRÍGUEZ COLMENERO, A.: *Aquae Flaviae. I. Fontes epigráficas*, Chaves 1987.

Espejo (Ucubi), Córdoba

CABALLOS RUFINO, A.: «Colonia Claritas Iulia Uccubi», *Habis* 9, 1978, 273 ss.

Forcall (Lesera), Castellón

ALFÖLDY, G.: *Res publica Leserensis (Forcall, Castellón)*, Valencia 1977.

Fuengirola (Sueli), Málaga

RODRÍGUEZ OLIVA, P.: «Municipium Suelitanum. I. Fuentes literarias y hallazgos epigráficos y numismáticos», *Arqueología de Andalucía Oriental: Siete estudios*, Málaga 1981, 49 ss.

Ibiza (Ebusus)

CASTELLÓ, J. J.: *Epigrafía romana de Ebusus,* Ibiza 1988.

Itálica (Santiponce, Sevilla)

CANTO, A. M.ª: *La Epigrafía Romana de Itálica,* Madrid [1983] 1985.
BLANCO, A.: «Nuevas inscripciones latinas de Itálica», *BRAH* 180, 1983, 1 ss. (cfr. id. en P. León, *Traianeum de Itálica*, Sevilla 1988, 105 ss.).

Jaén (Aurgi)

HIGUERAS, J., coord.: *Catálogo monumental de la ciudad de Jaén y su término,* Jaén 1985. Cfr. *supra, sub* provincia de Jaén.

Játiva (Saetabi), Valencia

VENTURA, A.: *Játiva romana,* Valencia 1972.

Liria (Valencia)

MARTÍ FERRANDO, L.: «Lápidas romanas de Liria», *APL* 13, 1972, 161 ss.

Mataró (Iluro), Barcelona

FABRE, G.; MAYER, M., y RODÀ, I.: *Inscripcions romanes de Mataró i la seva area (Epigrafia Romana del Maresme),* Barcelona 1983.

Mengíbar (Iliturgi), Jaén

PASTOR, M., y CARRASCO, J.: «Epigrafía y sociedad en la ciudad romana de Iliturgi», *Actas I Congreso Andaluz de Estudios Clásicos,* Jaén 1982, 328 ss.

Mérida (Emerita), Badajoz

GARCÍA IGLESIAS, L.: *Epigrafía romana de Augusta Emerita* (tesis doctoral inédita), Madrid 1972 (un extracto se publicó en Madrid 1973).
WIEGELS, R.: «Zum Territorium der augusteische Kolonie Emerita», *MM* 17, 1976, 258 ss.
GARCÍA IGLESIAS, L.: «Sobre epigrafía emeritense», *Homenaje a Sáenz de Buruaga,* Madrid 1982, 85 ss.
CANTO, A. M.ª: «Colonia Iulia Augusta Emerita. Consideraciones acerca de su fundación y territorio», *Gerión* 7, 1989, 149 ss. (y cfr. ahora el siguiente título).
SÁEZ, P.: «Estudio sobre una inscripción catastral colindante con Lacimurga», *Habis* 21, 1990, 205 ss.

Mulva (Munigua), Sevilla

COLLANTES, F., y FERNÁNDEZ CHICARRO, C.: «Epigrafía de Munigua (Mulva, Sevilla)», *AEspA* 45-47, 1972-1974, 337 ss. Cfr. W. Grünhagen en *MM* 17, 1976, 226 ss.

Peñalba de Castro (Clunia), Burgos

PALOL, P. de, y VILELLA, J.: *Clunia II. La epigrafía de Clunia* (EAE 1987), Madrid 1987.

Sagunto (Saguntum), Valencia

BELTRÁN LLORIS, F.: *Epigrafía latina de Sagantum y su territorium,* Valencia 1980, cfr. amplia rec. G. Alföldy en AEspA 54, 1981, 177 ss.
ALFÖLDY, G.: «Neue und revidierte Inschriften aus Saguntum», *ZPE* 41, 1981, 219 ss.

Segóbriga (Cabeza del Griego, Cuenca)

ALMAGRO BASCH, M.: *Segobriga II. Inscripciones ibéricas, latinas paganas y latinas cristianas* (EAE 127), Madrid 1984.
(Cfr. puesta al día de Almagro Gorbea, M., Madrid 1986.)

Sevilla (Hispalis)

BLANCO FREIJEIRO, A.: *Historia de Sevilla. I.1: La ciudad antigua (de la prehistoria a los visigodos)*, Sevilla 1979.
CAMPOS, J., y GONZÁLEZ, J.: «Los foros de Hispalis Colonia Romula», *AEspA* 60, 1987, 123 ss.

Tarragona (Tarraco)

ALFÖLDY, G.: *Die römische Inschriften von Tarraco*, Berlín 1975.
ALFÖLDY, G.: «Tarraco», *REE* Suppl. XV, 1978, col. 570 ss.

Terrasa (Egara), Barcelona

FABRE, G.; MAYER, M., y RODÀ, I.: *Epigrafía romana de Terrasa*, Terrasa 1981.

Urci (Almería)

LÀZARO PÉREZ, R.: «Urci: Apuntes para una historia», *Bol. Inst. Est. Alm.* 2, 1982, 103 ss.

Valencia (Valentia)

PEREIRA, G.: «Inscripciones latinas del Museo de Prehistoria de Valencia», *APL* 15, 1978, 255 ss.
PEREIRA, G.: *Inscripciones romanas de Valencia*, Valencia 1979 (cfr. Alföldy, G.: *ZPE* 41, 1981, 219, nota 2).

Varea (Vareia), Logroño

ESPINOSA, U.: *Vareia. Enclave romano en el Valle del Ebro*, Logroño 1990.

Varia

FABRE, G.; MAYER, M., y RODÀ, I.: «Inscripciones 'alienae' en museos y colecciones de la provincia de Barcelona», *Ampurias* 44, 1982, 185 ss. (Para las provincias catalanas excepto Barcelona, cfr. *supra* en estudios regionales s.v. Cataluña).
ALFÖLDY, G.: «Epigraphica Hispanica. I», *ZPE* 41, 1981, 218 ss., hasta «XIII», *ZPE* 87, 1991, 168 ss.

Velilla de Ebro (Celsa), Zaragoza

BELTRÁN, M.: *Celsa, la primera colonia romana en el Valle del Ebro*, Zaragoza 1983.

Vigo (¿Vicus?)

JULIÀ, D.: *Étude épigraphique et iconographique des stéles funéraires de Vigo*, Heidelberg 1971.

Zaragoza (Caesarea Augusta)

FATÁS, G., y MARTÍN BUENO, M.: *Epigrafía romana de Zaragoza*, Zaragoza 1976 (contiene 18 de la capital), cfr. *Caesaraugusta* 45-46, 1978, 219).

3.1. Ejemplos de ciudades «nuevas» o de nueva localización

Amallobriga (¿Montealegre de Campos, Valladolid?): R. Martín Valls, en *Tessera hospitalis de Montealegre de Campos (Valladolid)*, Valladolid 1988, 41 ss. **Aracilus** (Navarra): M. J. Perex Agorreta, «En torno a la localización de Aracilus (Navarra)», *Hisp. Ant.* 14, 1990, 135 ss. **Argi,e** (Sofuentes, Zaragoza): J. Lostal, «Arqueología del Aragón Romano», *Caesaraugusta* 41-42, 1977, 66 ss. **Basilipo:** J. González: «La lex municipii Flavi Basilipponen sis», *SDHI* 49, 1983, 395 ss. y D'Ors, A.: «La ley municipal de Basilipo», *Emerita* 53, 1985, 31 ss., y cfr. *Emerita* 32, 1964, 103). **Baxo** (Cañete de las Torres, Córdoba): J. F. Rodríguez Neila y J. M. Santero, *Habis* 13, 1982,

105 ss. **Carruca** (¿Cortijo de Cosmes, SO de Ecija?): M. Ferreiro, «Acerca del emplazamiento de la antigua ciudad de Carruca», *Habis* 17, 1986, 265 ss. **Cartima** (Málaga): J. Muñiz Coello, en *Hisp. Ant.* 6, 1976, 19 ss. **Elaisio** (?, c. Botorrita, Zaragoza): F. Beltrán, en *Epigrafía jurídica romana (Actas)*, Pamplona 1989, 357 ss. **(E,I)Turissa** (¿S. Esteban de Lerín, Espinal?, Navarra): M. J. Perex Agorreta y M. Unzu Urmeneta, «Notas sobre la posible localización de Iturissa (Espinal, Navarra)», *I Congreso de Historia de Navarra*, Pamplona 1987, 553 ss. **Giri** (¿Giribaile, Jaén?): F. y G. Servajean y A. Castillejo, «De Giri a Guiribaile...», *BAEAA* 22, 1985-1986, 37 ss. **Irni** (El Saucejo, Sevilla): J. González, en *JRS* 76, 1986, 147 ss. **Ostippo** (Estepa, Sevilla): A. Marcos Pous, «Ley municipal de Ostippo», *Corduba Archaeologica* 6, 1982-1983, 41 ss. **Sisapo** (¿Almodóvar del Campo, Ciudad Real?): C. Fernández Ochoa, *et al.*: «Nuevo documento epigráfico para la localización de Sisapo», *CuPAUAM* 9-10, 1982-1983, 211 ss. Cfr. P. Sillières, en *AEspA* 53, 1980, 49 ss. **Solia** (Santa Eufemia, Córdoba): A. U. Stylow, «Beiträge zur lateinische Epigraphik im Norden der Provinz Cordoba. I: Solia», *MM* 27, 1986. **Tagili** (Tíjola, Almería): P. Resina y M. Pastor, en *Zephyrus* 28-29, 1978, 333 ss. **Veleia (¿Beleia?)** (Iruña, Alava): L. Curchin, en *ZPE*, 51, 1983, 112 ss. (cfr. *AE*, 1965, 61). **Ulisi** (Villan. Trabuco, Málaga): A. M.ª Canto, *Habis* 5, 1974, 227 e *ibid.* 8, 1977, 419.

4. CONGRESOS, COLOQUIOS Y HOMENAJES

Congresos Arqueológicos Nacionales (se han seguido celebrando bianualmente en distintas ciudades de España, publicados en Zaragoza. El último, número XXI, se ha celebrado en Teruel, del 8 al 12 de octubre de 1991. Asimismo, los Congresos Españoles de Estudios Clásicos, de los que el último, el VII, se acaba de celebrar en Madrid, también en octubre de 1991, suelen incluir algunas ponencias o comunicaciones de materiales o asuntos epigráficos. Lo mismo cabe decir de las reuniones regionales, como los Congresos madrileños, gallegos y andaluces de EE. CC.

Homenaje a Antonio Tovar, Madrid 1972.
Recherches sur les amphores romaines, Roma 1972.
Augusta Emerita (Actas del Bimilenario de Mérida), Madrid 1976.
Homenaje a García Bellido, Rev. de la Univ. Complutense, tomos I a V a partir del vol. 101, Madrid 1976 ss.
Symposium de ciudades augústeas (con motivo del bimilenario de Caesaraugusta), Zaragoza 1976 (2 vols.).
Actas del Coloquio Internacional sobre el Bimilenario de Lugo (Lugo, 1976), Lugo 1977.
Actas del I Congreso de Historia de Andalucía (1976). I: *Fuentes y metodología. Andalucía en la Antigüedad*, Córdoba 1978.
Producción y comercio del aceite en la Antigüedad. Primer Congreso Internacional (Madrid 1978), Madrid [1980] 1981.
La Religión romana en Hispania (Actas del Coloquio Internacional, Madrid 1979), Madrid 1981.
Épigraphie Hispanique, Actas de la Mesa Redonda (Burdeos 1981), París 1984.
Epigrafia e ordine senatorio, Actas del Coloquio Internacional, Roma 1981, publ. en la rev. *Tituli* (Roma) 4 y 5, 1982 [1985] (Bética, por C. Castillo; Lusitania, por R. Étienne; Tarraconense por P. Le Roux).
En homenaje a Conchita Fernández Chicarro, Madrid 1982.
Homenaje a Sáenz de Buruaga, Madrid 1982.
Itálica (Santiponce, Sevilla) (I Jornadas Arqueológicas, Sevilla 1980), Madrid 1982 (EAE 121).
El teatro en la Hispania Romana (Mérida 1980), Badajoz 1982.
Coloquio de Epigrafía Hispánica: los bronces de Botorrita y de Contrebia (Roma 1981), publ. en *Cuadernos de Trabajos de la Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma* 15, 1981 [1983].
Indigenismo y romanización en el conventus Asturum, Madrid-Oviedo 1983.
Terra Sigillata Hispanica (Mesa Redonda, Madrid 1982), Monogr. del MAN 1, Madrid 1983.
Homenaje al profesor M. Almagro Basch, Madrid 1983 (4 vols.).
Producción y comercio del aceite en la Antigüedad. Segundo Congreso Internacional (Sevilla 1982), Madrid 1983 [1984].
Calahorra. Bimilenario de su fundación (Actas del I Simposio de Historia de Calahorra), Madrid 1984.
Symbolae Ludovico Mitxelena septuagenario oblatae, Vitoria 1985.
Arqueología de las ciudades modernas superpuestas a las antiguas (Zaragoza 1983), Madrid 1985.
Homenaje al profesor Gratiniano Nieto, CuPAUAM 11-12, 1984-1985 y 13-14, 1986-1987 [1988].
Reunión sobre Epigrafía hispánica de época romano-republicana (Zaragoza 1983), Zaragoza 1986.
I Simposio sobre los celtíberos, Daroca 1986.
I Jornadas sobre la mujer en el mundo antiguo U.A. Madrid, Madrid 1986.
Estudios de Derecho Romano en honor de A. D'Ors, 1987.
Homenaje a Sebastián Mariner, Antigüedad y Cristianismo, IV, Murcia 1987.
Actas del II Congreso Andaluz de Estudios Clásicos (1984), 2 vols., Málaga 1987 [1988].
Anuario Arqueológico de Andalucía. 1985, Sevilla 1987 [1989], 3 vols.
Homenaje a D. Fletcher Valls (APL 17), Valencia 1987.

Homenaje a Samuel de los Santos, Murcia 1988.
Actas del I Congreso Peninsular de Historia Antigua (Santiago de Compostela, 1986), Santiago de Compostela 1988, 3 vols.
Estudios sobre la Tabula Siarensis (Sevilla, mayo 1986), Madrid 1988 (Anejos de *AEspA*, IX).
Vías romanas del Sureste (Murcia 1986), Murcia 1988.
Epigrafía Jurídica Romana, Actas Coloquio Internacional de la AIEGL (Pamplona 1987), Pamplona 1989.
Estudios sobre Urso, Colonia Iulia Genetiva, Sevilla 1989.
Aspectos de la colonización y municipalización de Hispania, Mérida (Museo Nal. de Arte Romano) 1989.
El Moncayo. Diez años de investigaciones arqueológicas, Tarazona 1989.
Stadtbild und Ideologie. Die Monumentalisierung hispanischer Städte zwischen Republik und Kaiserzeit (Madrid, DAI, 1987), Munich 1990.
Symposium sobre la red viaria en la Hispania romana (Tarazona 1987), Zaragoza 1990.
Les villes de Lusitanie romaine. Hiérarchies et térritores (Talence 1988), París 1990.
Exposición y catálogo sobre *Los bronces romanos en España* (mayo-julio, 1990), Madrid 1990.
Un siècle d'épigraphie classique: aspects de l'ouvre des savants français dans les pays du bassin méditerranéen de 1888 à nos jours (Actas del Coloquio Internacional del Centenario de l'Année Epigraphique, París 1988), París 1990 (p. 101 ss., artículo de R. Étienne y P. Le Roux sobre la Pen. Ibérica).
Homenaje a José M.ª Blázquez: *Arte, sociedad, economía y religión durante el Bajo Imperio y la Antigüedad tardía,* en *Antigüedad y Cristianismo,* VIII, Murcia 1991.
II Simposio sobre los celtíberos. Necrópolis celtibéricas (Daroca 1988), Zaragoza 1990 (el III acaba de celebrarse, en septiembre de 1991).
Coloquio Internacional sobre epigrafía, culto y sociedad en Occidente (Tarragona 1988), en prensa.
Homenaje a M.ª A. Alonso: en *CuPAUAM* 16 y 17 (1989-1990), Madrid 1991.
Ciudad y comunidad cívica en Hispania en los siglos II y III después de J.C. (Coloquio Casa de Velázquez-CSIC, Madrid 1990), en prensa.

5. ALGUNOS ESTUDIOS SOBRE EPIGRAFIA REPUBLICANA

5.1. Tabla Contrebiense

FATÁS, G.: *Contrebia Belaisca (Botorrita, Zaragoza). II. Tabula Contrebiensis,* Zaragoza 1980. (Cfr. id., *BRAH* 176, 1979, 421 ss.; *Caesaraugusta* 51-52, 1980, 127 ss. y 52-53, 1981, 195).
D'ORS, A.: «Las fórmulas procesales del bronce de Contrebia», *AHDE* 50, 1980, 1 ss.
MOTTA, F.: «Onomástica contrebiense», *Aion* 2, 1980, 1 ss.
MARINER, S.: «Il bronzo di Contrebia: Studio linguistico», *Cuadernos de Trabajos de la Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma* 15, 1981 [1983], 67 ss.
RICHARDSON, J. S.: «The 'Tabula Contrebiensis': A Roman Law in Spain in the Early First Century B.C.», *JRS* 73, 1983, 33 ss. (Cfr. *JRS* 74, 1984, 45 ss.)
FUENTESECA, P.: «Las novedades jurídicas del Bronce de Contrebia», *EHERR,* Zaragoza 1986, 177 ss.

5.2. Bronce de Alcántara

LÓPEZ MELERO, R. *et al.*: «El bronce de Alcántara. Una 'deditio' del 104 a. de C.», *Gerión* 2, 1984, 265 ss.
MARINER, S.: «La tabula Alcantarensis entre la epigrafía jurídica arcaica de Hispania», *Epigrafía Jurídica Romana,* Pamplona 1989, 257 ss.
HOYOS, B. D.: «The dediticii of the tabula Alcantarensis», *ZPE* 78, 1989, 40 ss.
GARCÍA MORENO, L.: «Reflexiones de un historiador sobre el Bronce de Alcántara», *Epigrafía Jurídica Romana,* Pamplona 1989, 243 ss. (cfr. íd., íd., en *Hispani tumultuantes: de Numancia a Sertorio. Fuentes y comentarios,* Alcalá de Henares 1987, 67 ss.).

5.3. Otros epígrafes y problemas

KNAPP, R. C.: *Aspects of Roman Experience in Iberia 206-100 B.C.,* Valladolid 1977 (rec. *Latomus* 39, 1980, 917).
ALFÖLDY, G.: «Cnaeus Domitius Calvinus, patronus von Emporiae», *AEspA* 50-51, 1977-1978, 47 ss. (Cfr. Fabre, Mayer, Rodà, *IRCat. III cit.,* 1991, núms. 26-28).
ALFÖLDY, G.: «Die älteste römische Inschrift der iberische Halbinsel», *ZPE* 43, 1981, 1 ss.
WIEGELS, R.: «Illiturgi und der Deductor 'Ti. Sempronius Gracchus'», *MM* 23, 1982, 152 ss. y 518 ss. (Cfr. C. Castillo, en *EHERR* 1986, 146 ss.).
GONZÁLEZ, J.: «Interrex...», *Actas I Congr. Andaluz de EE.CC.,* Jaén 1982, 223 ss.
CASTILLO, C.: «De epigrafía republicana hispano-romana», *EHERR (Coloquio),* Zaragoza 1986, 141 ss.

CANTO, A. M.ª: «Un nuevo documento de Paulo Emilio en la Hispania Ulterior (CIL I 546 = CIL II 1119)», *Epigraphica* 47, 1985, 9 ss. y *EHERR cit.*, Zaragoza 1986, 227 ss.
ARCE, J.: «Hispania en la epigrafía republicana de Italia», *EHERR cit.*, 1986, 103 ss.
GARCÍA MORENO, L.: «Sobre el decreto de Paulo Emilio y la turris Lascutana», *EHERR cit.*, 1986, 195 ss.
MARTÍN, F.: «La fórmula *Populus Senatusque Romanus* en el bronce de Lascuta», *EHERR cit.*, 1986, 235 ss.
MAYER, M., y RODÀ, I.: «La epigrafía republicana en Cataluña. Su reflejo en la red viaria», *EHERR cit.*, 1986, 157 ss.
RAMALLO, S.: «Inscripciones sobre pavimentos de época republicana en la Hispania romana», *EHERR cit.*, 1986, 183 ss.
ROLDÁN, J. M.: «El bronce de Ascoli en su contexto histórico», *EHERR cit.*, 1986, 115 ss. (y cfr. su n. 1).
CASTILLO, C.: «Miscelánea epigráfica hispano-romana», *SDHI*, 1986, 366 ss.
GIL, J.: «La inscripción italicense de Trahius», *Gerión* 4, 1986, 325 ss.
CABALLOS, R.: «M. Trahius C.f., magistrado de la Itálica tardorrepublicana», *Habis* 18-19, 1987-1988 [1989], 299 ss.
CABALLOS, R.: «Los senadores de origen hispano durante la República romana», *Estudios sobre Urso*, Sevilla 1989, 233 ss.
FATÁS, G.: «Breve crónica de novedades de epigrafía jurídica romano-republicana de Hispania (1976-1986)», *Epigrafía Jurídica Romana*, Pamplona 1989, 229 ss.

6. EPIGRAFIA JURIDICA DE EPOCA IMPERIAL

CASTILLO, C.: «Epigrafía jurídica romana de Hispania en el último decenio: época imperial», *Epigrafía Jurídica* Romana, Pamplona [1987] 1989, 277 ss.

6.1. Tabula Siarensis, varia julio-claudia

GONZÁLEZ, J.: «Tabula Siarensis, Fortunales Siarenses et municipia civium Romanorum», *ZPE* 55, 1984, 55 ss. Cfr. avance, con FERNÁNDEZ, F.: en *Iura* 32, 1980 [1982], 1 ss. (*AE* 1983, 515).
GONZÁLEZ, J.: «Itálica, municipium iuris Latini», *MCV* 20, 1984, 17 ss. (*pace* CANTO, A. M.ª: en *ZPE* 63, 1986, 217 ss.).
GASCOU, J.: «La tabula Siarensis et le problème des municipes romaines hors d'Italie», *Latomus* 45, 1986, 541 ss.
LEBEK, W. D.: Varios comentarios sucesivos en *ZPE*, entre 1986 y 1990.
POTTER, D. S.: «The tabula Siarensis, Tiberius, the Senate and the Eastern Boundary of the Roman Empire», *ZPE* 69, 1987, 269 ss.
VV.AA.: *Estudios sobre la tabula Siarensis*, Madrid (Anejos de *AEspA* IX) 1988 (18 comunicaciones, de las que 9 internacionales; 307 ss.: apéndice de J. González, con nueva edición del texto y traducción de la tabula).
FRASCHETTI, A.: «Osservazioni sulla tabula Siarensis», *Epigraphica* 50, 1988, 47 ss.
FRASCHETTI, A.: «La Tabula Hebana, la tabula Siarensis e il iustitium per la morte di Germanico», *MEFRA* 100, 1988, 867 ss.
NICOLET, C.: «La tabula Siarensis, la lex de imperio Vespasiani et le ius relationis de l'empereur au Sénat», *MEFRA* 100, 1988, 827 ss.
SCHILLINGER-HAFELE, U.: «Die laudatio funebris des Tiberius für Germanicus», *ZPE* 75, 1988, 73 ss.
FERNÁNDEZ, F.: «Excesos a propósito de la tabula Siarensis», *Rev. Arq.* 103, 1989, 29 ss.
LEBEK, W. D.: «Der Prokonsulat des Germanicus und die Auctoritas des Senats», *ZPE* 87, 1991, 103 ss.
CANTO, A. M.ª, «La Beturia céltica: un problema de transmisión (y corolario para la tabula Siarensis)», en prensa.
VV. AA.: *La commemorazione di Germanico nelle testimonianze epigrafiche: Tabula Hebana e Tabula Siarensis*, coloquio intern., Cassino, octubre 1991, en prensa.

6.2. Lex Irnitana, leyes municipales

D'ORS, A.: «La nueva copia irnitana de la lex Flavia municipalis», *AHDE* 53, 1983, 5 ss.
D'ORS, A.: «Nuevos datos de la ley Irnitana sobre jurisdicción municipal», *SDHI* 53, 1983, 18 ss.
GIMÉNEZ CANDELA, M.ª T.: «La lex Irnitana: une nouvelle loi municipale de la Bétique», *RIDA* 30, 1983, 125 ss.
D'ORS, A.: *La Ley Flavia municipal. Texto y comentario*, Roma 1986.
GONZÁLEZ, J.: «The Lex Irnitana: A New Copy of the Flavian Municipal Law», *JRS* 76, 1986, 147 ss. (con comentarios en 241 ss., apéndice núm. 2, de M. Crawford).
STYLOW, A. U.: «Apuntes sobre epigrafía de época flavia en Hispania», *Gerión* 4, 1986, 295 ss.
LE ROUX, P.: «Municipe et droit latin en Hispania sous l'Empire», *RHD* 64.3, 1986, 340 ss.
JOHNSTON, D.: «Three Thoughts on Roman Private Law and the lex Irnitana», *JRS* 77, 1987, 62 ss.
MOURGUES, J. L.: «The so-called Letter of Domitian at the End of the lex Irnitana», *JRS* 77, 1987, 78 ss.
GALSTERER, H.: «La loi municipale des romains: chimère ou réalité?», *RHD* 65, 1987, 181 ss.
D'ORS, A., y D'ORS, J.: Lex Irnitana (Texto bilingüe), Santiago de Compostela 1988 (Cuad. Compost. de Der. Rom. 1).

GALSTERER, H.: «Municipium Flavium Irnitanum: a Latin Town in Spain», *JRS* 78, 1988, 78 ss.
HORSTKOTTE, H.: «Dekurionat und römisches Bürgerrecht nach der lex Irnitana», *ZPE* 78, 1989, 169 ss.
ZECCHINI, G.: «Plinio il Vecchio e la lex Flavia municipalis», *ZPE* 84, 1990, 139 ss.
CHASTAGNOL, A.: «Considérations sur les municipes latins du premier siècle apr. J. C.», *L'Afrique dans l'Occident romain (I siècle av. J. C.-IV siècle apr. J. C.)*, Roma (1987), 1990, 351 ss.
JACQUES, F.: «Quelques problèmes d'histoire municipale à la lumière de la lex Irnitana», *ibid.*, 381 ss.
FERNÁNDEZ, F.: «Nuevos fragmentos de leyes municipales y otros bronces epigráficos de la Bética en el Museo Arqueológico de Sevilla», *ZPE* 86, 1991, 121 ss.

6.3. Tablas de hospitalidad y patronazgo

Tabula Lougeiorum

DOPICO, M.ª D.: «Los conventus iuridici. Origen, cronología y naturaleza histórica», *Gerión* 4, 1986 [1987], 265 ss.
PEREIRA, G.: «Nueva tabula patronatus del Noroeste de Hispania», *Studia Palaeohispanica* (Actas IV Congreso lenguas y culturas paleohisp., 1985, Anejos de *Veleia* 2-3), Vitoria 1987, 299 ss.
DOPICO, M.ª D.: *La tabula Lougeiorum. Estudios sobre la implantación romana en Hispania* (Anejos de *Veleia* 5), Vitoria 1988.
ENRÍQUEZ, J. J.: «Una nueva tabula patronatus», *Epigrafía Jurídica Romana,* Pamplona [1987] 1989, 299 ss.
CANTO, A. M.ª, «La tabula Lougeiorum: Un documento a debate», *CuPAUAM* 17, 1990, 267 ss.
CANTO, A. M.ª, «¿Conventus Arae Augustae?», en *Homenaje a José M.ª Blázquez,* U.C. Madrid 1991, en prensa.

Otras tablas y *tesserae*

FERRO, J.: «La tessera hospitalis de Castromao», *Boletín Auriense* 1, 1971, 9 ss.
BURILLO, F.: «Una nueva tessera de hospitalidad hallada en Fuentes Claras (Teruel)», *Bol. Diput. Teruel* 52, 1978, 12 ss.
RODRÍGUEZ NEILA, J. F., y SANTERO, J. M.: «Hospitium y patronatus sobre una tabla de bronce de Cañete de las Torres (Córdoba)», *Habis* 13, 1982, 105 ss.
COELHO FERREIRA DA SILVA, A.: «As tesserae hospitales do Castro de Saúde ou Monte Murado (Pedroso, Vilanova de Gaia», *Gaia* 1, 1983, 9 ss.
GARCÍA GARRIDO, M., y PELLICER BRU, J.: «Dos téseras de hospitalidad, celtibéricas, en plata», *Kalathos* 3-4, 1984, 149 ss.
GARCÍA MERINO, C., y ALBERTOS, L.: «Una nueva tessera hospitalis con texto en lengua celtibérica, hallada en Uxama (Soria)», *III Coloquio de Lenguas y Culturas paleohispánicas,* Salamanca, 1985, 311 ss. Cfr. eaed. *Emerita,* 49, 1981, 179 ss. e *ibid.*, 50, 1982, 365 ss.
ÉTIENNE, R.; LE ROUX, P., y TRANOY, A.: «La tessera hospitalis, instrument de sociabilité et de romanisation dans la Péninsule Ibérique», *Sociabilité, pouvoirs et société,* Rouen [1983] 1987, 323 ss.
BALIL, A., y MARTÍN VALLS, R. (eds.): *Tessera hospitalis de Montealegre de Campos (Valladolid). Estudio y contexto arqueológico,* Valladolid 1988.
ECK, W., y FERNÁNDEZ, F.: «Sex. Marius in einem Hospitiumvertrag aus der Baetica», *ZPE* 85, 1991, 217 ss.

6.4. El «testamentum Dasumii»

ECK, W.: «Zum neuen Fragment des sogenannten Testamentum Dasumii», *ZPE* 30, 1978, 277 ss (Cfr. *AE,* 1976, 77).
CASTILLO, C.: «El famoso testamento del cordobés Dasumio», *Actas del I Congreso Andaluz de EE.CC.* (Jaén 1981), 1982, 159 ss. (Cfr. ead. en *Gerión* 2, 1984, 239 ss.).
SYME, Sir Ronald: «The Testamentum Dasumii: Some Novelties», *Chiron* 15, 1985, 55 ss.
CHAMPLIN, E. J.: «Miscellanea testamentaria.I», *ZPE* 62, 1986, 247 ss.
DI VITA-EVRARD, G.: «Le testament dit 'de Dasumius'. Testateur et bénéficiaires», *Epigrafía Jurídica Romana* (Coloquio Pamplona 1987), 1989, 159 ss.
CABALLOS RUFINO, A.: «Dasumius», «Domitius», «Iulius», «Licinius» y «Addendum» en *Los senadores hispanorromanos y la romanización de Hispania (siglos I-III),* vols. I.1 y I.2, Ecija, 1990.
CANTO, A. M.ª: «CIL VI, 10229: ¿El testamento de Licinio Sura?», *Chiron* 21, 1991, 277 ss.

7. SELECCION DE TRABAJOS DE INVESTIGACION HISTORICA O ARQUEOLOGICA, CON BASE TOTAL O PARCIALMENTE EPIGRAFICA

7.1. Generalidades

THOUVENOT, E.: *Essai sur la province romaine de Bétique*, París, 1973[2] (aumentada y corregida).
BLÁZQUEZ, J. M.ª: «La economía de la Hispania Romana», en *Historia de España Menéndez Pidal[2], II.1, Madrid 1982, 295-607.*
RICHARDSON, J. S.: Hispaniae. Spain and the Development of Roman Imperialism, Cambridge 1986.
KEAY, S.: *Roman Spain (Exploring the Roman World)*, Londres 1988 (incluye Portugal).
BLÁZQUEZ, J. M., y DEL CASTILLO, A.: *Prehistoria y Edad Antigua* (Manual de H.ª de España 1, Espasa Calpe), Madrid 1991 (aunque escaso de bibliografía arqueológica y epigráfica).

7.2. Estatutos jurídicos, organización administrativa

GARCÍA IGLESIAS, L.: «La Beturia, un problema geográfico de la Hispania Antigua», *AEspA* 44, 1971, 86 ss.
GALSTERER-KRÖLL, B.: *Untersuchungen zu den Beinamen der Städte des Imperium Romanum* (Epigraphische Studien 9), 1972.
GALSTERER-KRÖLL, B.: «Zu den spanischen Städtelisten des Plinius», *AEspA* 48, 1975, 120 ss.
NIERHAUS, R.: «Baedro. Topographische Studien zun Territorium des conventus Cordubensis in der mittleren Sierra Morena», *Studien zur Römerzeit in Gallien, Germanien und Hispanien* 1977, 100 ss. (cfr. *MM* 5, 1964, 185 ss.).
WIEGELS, R.: «Das Datum der Verleihung des ius Latii an die Hispanier...», *Hermes* 106, 1978, 196 ss. Cfr. sobre el mismo asunto Bosworth, D.: *Athenaeum* 51, 1973, 49 ss. (pace) y Montenegro, A.: *Hisp. Ant.*, 5, 1975, 7 ss.
SANCHO ROCHER, L.: «Los conventus iuridici en la Hispania romana», *Caesaraugusta* 45-46, 1978, 219 ss.
HOYOS, B. D.: «Pliny the Elder's Titled Baetican Towns: Obscurities, Errors and Origins», *Historia* 28, 1979, 439 ss.
CORZO, R., y JIMÉNEZ, A.: «Organización territorial de la Bética», *AEspA* 53, 1980, 21 ss.
MOTOMURA, R.: «Romanization and Native Communities in the provincia Baetica», *Journal of Classical Studies* 30, 1982, 86 ss. y 170.
D'ORS, A.: «La condición jurídica del suelo en las provincias hispánicas», *Il diritti locali nelle province romane...*, Roma 1984, 253 ss.
STYLOW, A. U.: «Ordenación territorial romana en el valle de los Pedroches (conventus Cordubensis)», *Actas XVII CAN*, Zaragoza 1985, 657 ss.
CURCHIN, L. A.: «Vici and pagi in Roman Spain», *REA* 87, 1985, 327 ss.
MAYER, M.: «Plinio el Viejo y las ciudades de la Bética. Aproximación a un estado actual del problema», *Estudios sobre Urso*, Sevilla 1989, 303 ss.
CANTO, A. M.ª: «La Beturia céltica: un problema de transmisión (y corolario para la tabula Siarensis» (en prensa).

7.3. Tribus

WIEGELS, R.: *Die Tribusinschriften des römischen Hispanien*, Berlín 1985.
CASTILLO, C.: «La tribu Galeria en Hispania: Ciudades y ciudadanos», *Estudios sobre la Tabula Siarensis*, Madrid 1988, 233 ss.
GONZÁLEZ, J.: «Urso, ¿tribu Sergia o Galeria?», *Estudios sobre Urso*, Sevilla 1989, 133 ss.

7.4. Vida municipal

RODRÍGUEZ NEILA, J. F.: «La terminología aplicada a los sectores de población en la vida municipal de la Hispania Romana», *Memorias de Historia Antigua* 1, 1977, 212 ss.
PIERNAVIEJA, P.: *Corpus de inscripciones deportivas de la España romana*, Madrid 1977.
SANTERO, J. M.ª: *Asociaciones populares en Hispania romana*, Sevilla, 1978.
RODRÍGUEZ NEILA, J. F.: «Las elecciones municipales en la Bética romana», *Actas I Congr. Hist. Andalucía. I*, Córdoba 1978, 165 ss.
DARDAINE, S.: «La formule 'impensam remisit' et l'évergétisme en Bétique», *MCV* 16, 1980, 39 ss.
RODRÍGUEZ NEILA, J. F.: *Sociedad y administración local en la Bética romana*, Córdoba 1981.
BONNEVILLE, J.-N., *et al.*: síntesis colectiva sobre la historia urbana de la Hispania romana, *Les villes dans le monde ibérique* (Talence 1980), 1982, 11 ss.
MACKIE, N.: *Local Administration in Roman Spain, A.D.*, 14-212, Oxford, 1983.
ALFÖLDY, G.: «Ein neues Zeugnis für 'suprafamiliare Organisationen' in antiken Hispanien», *Studia in honorem I. Kajanto (Arctos, supl. 2), 1985, 9 ss.*

SAYAS, J. J.: «Municipalización de la Hispania Romana: ideología y realidad», *Centralismo y descentralización*, Madrid 1985, 103 ss.
ABASCAL, J. M., y ESPINOSA, U.: *La ciudad hispano-romana. Privilegio y poder*, Logroño 1989.
RODRÍGUEZ NEILA, J. F.: «Libertades públicas y vida municipal en la Hispania Romana», *Veleia* 6, 1989, 135 ss.
CURCHIN, L. A.: *The Local Magistrates of Roman Spain*, Toronto, 1990 (Suppl. *Phoenix* 28). Cfr. rec. en *Class. Rev.* 41.2, 1991, 415.
DARDAINE, S.: «Une image des cités de Bétique aux IIe et IIIe siècles aJ. C.; l'emploi du terme respublica dans les inscriptions de la province», *Ciudad y comunidad cívica...* (v. supra sub coloquios, Madrid 1990), en prensa.
STYLOW, A. U.: «La organización premunicipal de las ciudades de la Hispania Ulterior», *ibid., id.*
D'ENCARNAÇAO, J.: «Decreto decurionum. Algunas notas sobre o mecanismo decisório municipal na Hispania romana», *ibid., id.*

7.5. Sociedad (senadores, ecuestres, élites, etc.)

WIEGELS, R.: *Die römischen Senatoren und Ritter aus den hispanischen Provinzen bis Diokletian. Prosopographie und Herkunft* (tesis doctoral inédita), Friburgo 1971.
DUNCAN-JONES, R. P.: «The Procurator as Civic Benefactor», *JRS* 64, 1974, 79 ss.
CASTILLO, C.: «Städte und Personen der Baetica», *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt*, II.3, Berlín 1975, 601 ss.
SYME, Sir Ronald: «La richesse des aristocraties de Bétique et de Narbonnaise», *Ktema* 2, 1977, 373 ss.
MANGAS J.: «Clientela privada en la Hispania romana», *Mem. Hist. Ant.* 2, 1978, 217 ss.
CURCHIN, L. A.: «Personal Wealth in Roman Spain», *Historia* 32, 1983, 227 ss.
ALFÖLDY, G.: «Drei städtische Eliten in römischen Hispanien», *Gerión* 2, 1984, 193 ss.
CASTILLO, C., ÉTIENNE, R., y LE ROUX, P.: Catálogo de los senadores hispanos de las provincias bética, lusitana y tarraconense, en *Epigrafía e ordine senatorio. II*, Roma [1985] (*Tituli*, 5).
PORTILLO, R.; RODRÍGUEZ OLIVA, P., y STYLOW, A. U.: «Porträthermen mit Inschriften im römischen Hispanien», *MM* 26, 1985, 185 ss.
HALEY, E. W.: *Foreigners in Roman Imperial Spain. Investigations of Geographical Mobility in the Spanish Provinces of the Roman Empire 30 B.C.-A.D. 284*, New York 1986.
DEVIJVER, H.: *Prosopographia militiarum equestrium quae fuerunt ab Augusto ad Gallienum. IV. Suppl. 1*, Lovaina [2, 1976], 1987.
CURCHIN, L. A.: «Social Relations in Central Spain: Patrons, Freedmen and Slaves in the Life of a Roman Provincial Hinterland», *Ancient Society* 18, 1987, 75 ss.
SERRANO DELGADO, J. M.: *Status y promoción social de los libertos en la Hispania Romana*, Sevilla 1988.
HOYO CALLEJA, J. del: *La mujer en la España romana*, tesis doctoral dactilografiada, Madrid 1989.
LOMAS, F. J.: «El ordenamiento gentilicio, una realidad en los pueblos del Norte de la Península Ibérica», *HA* 14, 1990, 159 ss.
CABALLOS RUFINO, A.: *Los senadores hispanorromanos y la romanización de Hispania (siglos I-III)*. I.1 y I.2 (Prosopografía), Ecija 1990.
STANLEY, H. Jr.: «Geographical Mobility in Roman Lusitania: an Epigraphical Perspective», *ZPE* 82, 1990, 249 ss.

7.6. Ejemplos de estudio de familias

CAAMAÑO, J. M.: «Los Aelii en la Península Ibérica», *BSAAV* 38, 1972, 133 ss.
ALFÖLDY, G., y HALFMANN, H.: *El edetano Marcus Cornelius Nigrinus...*, Valencia 1973 (cfr. *Chiron* 3, 1973, 331 ss.).
RODRÍGUEZ NEILA, J. F.: *Los Balbos de Cádiz*, Sevilla 1973.
RODÀ, I.: «La gens Pedania barcelonesa», *Hisp. Ant.* 5, 1975, 223 ss.
ALFÖLDY, G.: *Los Baebii de Saguntum*, Valencia 1977.
GARCÍA IGLESIAS, L.: «Aportación prosopográfica: los Roscii hispánicos», *Hisp. Ant.* 7, 1977, 91 ss.
CANTO, A. M.ª: «Una familia bética: los Fabii Fabiani», *Habis* 9, 1978, 293 ss.
ALVES DIAS, M. M.: «M. Fabius Paulinus and L. Numisius Montanus...», *MM* 19, 1978, 163 ss.
VÄISÄNEN, M.: *Su una gens romana: gli Ulpii*, Helsinki 1979.
GONZÁLEZ, J., y CABALLOS, A.: «Die Messii Rustici: eine senatorische Familie aus der Baetica», *ZPE* 52, 1983, 157 ss.
SYME, Sir Ronald: «Spanish Pomponii. A Study in Nomenclature», *Gerión* 1, 1983, 249 ss.
DARDAINE, S.: «La gens Argentaria en Hispania», *MCV* 19, 1983, 5 ss.
ALFÖLDY, G.: «M. Cornelius Nigrinus filius, un 'hijo perdido'», *Homenaje a D. Fletcher Valls* I, Valencia 1987, 341.
KOCH, M.: «Las grandes familias en la epigrafía de Carthago Nova», *Actas I Congr. Penins. Hist. Antigua*, Santiago 1988, III, 403 ss.
ESPINOSA, U.: «Riqueza mobiliaria y promoción política: los Mamili de Tritium Magallum», *Gerión* 6, 1988, 263 ss.

HALEY, E. W.: «Roman Elite Involvement in Commerce: The Case of the Spanish T. Mamilii»; *AEspA* 61, 1988, 141 ss.

7.7. Cerámicas (TSH, ánforas), vida económica

TCHERNIA, A.: «Les amphores vinaires de Tarraconaise et leur exportation au début de l'Empire», *AEspA* 44, 1971, 38 ss.
MANGAS, J.: «Un capítulo de gastos en el municipio romano de Hispania a través de las informaciones de la epigrafía latina», *Hisp. Ant.* 1, 1971, 105 ss.
PONSICH, M.: *Implantation rurale antique sur le Bas-Guadalquivir,* I, París 1974; II, París 1979; III, París 1987; IV, Madrid 1991, con los índices.
GARABITO, T., y SOLOVERA, M.: *Terra sigillata hispánica de Tricio. Marcas y alfareros,* Santiago de C. 1976.
SOTOMAYOR, M.: *Marcas y estilos en la sigillata decorada de Andújar,* Jaén 1977.
COLLS, D., *et al.: L'épave Port-Vendrés II et le commerce de la Bétique à l'époque de Claude,* París 1977. Cfr. *iid.* en *Producción y comercio del aceite...,* cit. I, 1980, 177 ss.
MANACORDA, D.: «Il kalendarium Vegetianum e le anfore della Betica», *MEFRA* 89, 1977, 313 ss.
BLÁZQUEZ, J. M.ª, *Economía de la Hispania romana,* Bilbao 1978 (con abundantísima bibliografía).
DOMERGUE, C., y HÉRAIL, G.: *Mines d'or romaines en Espagne,* Toulouse-le-Mirail 1978.
MUÑIZ, J.: *El sistema fiscal en la España romana,* Huelva 1980.
LOMAS, F. J., y SÁEZ, P.: «El kalendarium Vegetianum, la annona y el comercio del aceite», *MCV* 17, 1981, 55 ss.
DOMERGUE, C.: *La mine antique d'Aljustrel (Portugal) et les tables de bronze de Vipasca,* París 1983, cfr. *Conimbriga* 22, 1983, 7 ss. (nueva edición y comentarios).
MAYET, F.: «Épigraphie et céramique: reflexion sur une nouvelle édition de l'épigraphie hispanique sur instrumentum domesticum», *Epigraphie Hispanique* (1983), 216 ss.
VV. AA.: *Terra Sigillata Hispanica* (Mesa Redonda, Madrid 1982), Monogr. del MAN 1, Madrid 1983.
KEAY, S. J.: *Late Roman Amphorae in the Western Mediterranean. A Typological and Economic Study: The Catalan Evidence* (BAR Inter. Ser. 196), Oxford 1984.
CHIC, G.: *Epigrafía anfórica de la Bética. I. Las marcas impresas en barro sobre ánforas olearias,* Sevilla 1985.
LE ROUX, P.: «Procurateur affranchi in Hispania: Saturninus et l'activité minière», *MM* 26, 1985, 218 ss.
REMESAL, J.: *La annona militaris y la exportación de aceite bético a Germania...,* Madrid 1986 (rec. P. Le Roux en *Hommage R. Étienne,* 247 ss.).
CHIC, G.: *Epigrafía anfórica de la Bética. II.Los rótulos pintados sobre ánforas olearias,* Sevilla 1988.
RODRÍGUEZ ALMEIDA, E.: *Los tituli picti de las ánforas olearias de la Bética. I.,* Madrid 1989 (y aportaciones fundamentales sobre las ánforas del monte Testaccio, entre 1972 y hoy).
DOMERGUE, G.: *Les mines de la Péninsule Ibérique dans l'antiquité romaine,* París 1990.

7.8. Religión: oficial y popular

ALFÖLDY, G.: *Flamines provinciae Hispaniae Citerioris,* Madrid 1973.
VÁZQUEZ HOYS, A.: *La Religión romana en Hispania. Fuentes epigráficas, arqueológicas y numismáticas,* tesis doctoral, Madrid 1974.
DEININGER, J.: «Zur Begründung des Provincialkultes in der Baetica», *Römische Kaiserkult,* Darmstadt 1978, 441 ss.
CANTO, A. M.ª: «Notas sobre los pontificados coloniales y el origen del culto imperial en la Bética», *La Religión romana en Hispania,* Madrid 1981, 141 ss.
BLÁZQUEZ, J. M.ª: *Primitivas religiones ibéricas. II: Religiones prerromanas,* Madrid 1983 (cfr. apéndice 3.°, 477 ss., con una actualización de teónimos de Mª L. Albertos).
KNAPP, R. C.: «The Epigraphic Evidence for Native and Roman Religion in Iberia», *Actas CIEGL* 8 (Atenas 1982), Atenas 1984, 219 ss.
PORTELA, M. I.: «Los dioses Lares en la Hispania Romana», *Lucentum* 3, 1984, 153 ss.
RIVERO, C. del: «Corpus crítico de las inscripciones romanas de Hispania relativas a las divinidades indígenas», *Tabona* 5, 1984, 407 ss.
GARCIAY, B.: «Las divinidades indígenas de la Hispania prerromana. En pos de una metodología», *Trabalhos de Antropologia e Etnologia* 25, 1985, 275 ss.
MARCO SIMÓN, F.: «La religión de los celtíberos», *I Simp. sobre los celtíberos,* Daroca 1986, 55 ss.
FISHWICK, D.: *The Imperial Cult of the Latin West* (EPRO 108, I.1 y I.2), Leiden 1987.
PLANAS, M.: «La religión de la Cataluña romana: fuentes epigráficas», *I Congr. Penins. de Historia Antigua,* Santiago 1988, vol. II, 481 ss.
GONZÁLEZ, J.: «The first Oath pro salute Augusti found in Baetica», *ZPE* 72, 1988, 113 ss.
D'ENCARNAÇAO, J.: «Divindades indígenas peninsulares: problemas metodológicos do seu estudo», *Estudios sobre la Tabula Siarensis,* Madrid 1988, 261 ss.

FRANCISCO CASADO, M.ª A.: *El culto de Mithra en Hispania. Catálogo de monumentos esculpidos e inscripciones,* Granada 1989.
RODRÍGUEZ CORTÉS, J.: «Notas sobre la distribución geográfica de las inscripciones a las divinidades clásicas en la Bética», *Studia Historica* 8, 1990, 121 ss.

7.9. Ejército, diplomas militares

ROLDÁN, J. M.: *Hispania y el ejército romano. Contribución a la historia social de la España antigua,* Salamanca 1974.
KNAPP, R. C.: «The Legions in Spain 200-169 B.C.», *Homenaje a García Bellido. IV* (Rev. U.C. Madrid 118), 1979, 87 ss.
LE ROUX, P.: *L'armée romaine et l'organization des provinces ibériques d'Auguste à l'invasion de 409,* París 1982 (cfr. rec. *Gerión* 3, 1985, 379 ss.).
DOMÍNGUEZ, A.: «Los ejércitos regulares tardorromanos en la Península Ibérica y el problema del 'limes hispanicus'», *Rev. Guimaraes* 93, 1983, 101 ss.
JACOB, P.: «Un diploma militar romano en Baelo Claudia (Tarifa, Cádiz)», *Gerión* 2, 1984, 325 ss. (cfr. *MCV,* 20, 1984, 7 ss.).
ATENCIA PÁEZ, R.: «El epígrafe singiliense de C. Vallio Maximiano, reencontrado», *Mainake* 6-7, 1984-1985, 177 ss.
ALFÖLDY, G.: «Bellum Mauricum», *Chiron* 15, 1985, 91 ss.
LE ROUX, P.: «L'exercitus Hispanus et les guerres daciques de Trajan», *MCV* 21, 1985, 77 ss.
GARCÍA MORENO, L. A.: «La invasión del 409 en España: Nuevas perspectivas desde el punto de vista germano», *Ejército y Sociedad* (León 1986), 63 ss.
BALIL, A.: «Il primo diploma militare romano scoperto in Spagna», *Epigraphica* 51, 1989, 254.
BELTRÁN, F.: «Un diploma militar de Turiaso (Hispania Citerior)», *Chiron* 20, 1990, 261 ss.
ECK, W., y FERNÁNDEZ, F.: «Ein Militärdiplomfragment aus der Baetica», *ZPE* 85, 1991, 209 ss.

7.10. Vía, puentes, miliarios

ROLDÁN, J. M.: *Iter ab Emerita Asturicam. El camino de la Plata,* Salamanca 1971.
ROLDÁN, J. M.: *Itineraria Hispana. Fuentes antiguas para el estudio de las vías romanas en la Península Ibérica,* Madrid 1975.
GARCÍA BELLIDO, A.: «El llamado itinerario de barro», *BRAH* 172, 1975, 547 ss.
SILLIÈRES, P.: «La via Augusta de Cordoue à Cadix», *MCV* 12, 1976, 26 ss.
GARCÍA IGLESIAS, L.: «Autenticidad de la inscripción de municipios que sufragaron el puente de Alcántara», *REExt.* 32, 1976, 5 ss. (cfr. *pace,* Galsterer, H.: *op. cit.,* 1971, apéndice A: «Die municipia provinciae Lusitaniae von CIL II 760»; a favor, p. ej., Blanco, A.: *El puente de Alcántara en su contexto histórico,* Madrid, RAH 1977 u Hoyos, B. D.: «In defence of CIL II 760», *Athenaeum* 66, 1978, 391 ss.).
SILLIÈRES, P.: «Le 'camino de Aníbal'..., de Castulo à Saetabis», *MCV* 13, 1977, 31 ss. Cfr. *Actas XV CAN,* 1977, 1075 ss. y *MM* 23, 1982, 247 ss.
ABÁSOLO, J. M.: *Las vías romanas de Clunia,* Burgos 1978.
BLANCO, A.: «Epigrafía en torno al acueducto de Segovia», *Segovia y la arqueología romana* (Segovia 1977), Barcelona 1979, 131 ss.
MAYER, M., y RODÀ, I.: «La epigrafía republicana en Cataluña. Su reflejo en la red viaria», *EHERR,* Zaragoza 1986, 157 ss.
ARIAS BONET, G.: *Repertorio de caminos de la Hispania romana. Estudios de geografía histórica,* Cádiz 1987.
SILLIÈRES, P.: *Les voies romaines de communication de l'Hispanie méridionale,* París 1991.

7.11. Programas iconográficos

ARCE, J.: «Retratos imperiales tardorromanos de Hispania: la evidencia epigráfica», *AEspA* 50-51, 1977-1978, 253 ss.
ALFÖLDY, G.: «Bildprogramme in den römischen Städten des conventus Tarraconensis», *Homenaje a García Bellido. IV,* Madrid 1979 (Rev. UCM, 118), 177 ss.

7.12. Cronología

KNAPP, R. C.: «Cantabria and the era consularis», *Epigraphica* 48, 1986, 115 ss.
IGLESIAS GIL, J. M.: «La era en la epigrafía del sector central de la Cordillera Cantábrica», *Epigrafía Jurídica Romana,* Pamplona 1989, 325 ss.

7.13. Tipología, materiales, manufactura de inscripciones

GAMER, G.: «Römische Altarformen in Bereich der Stelengruppen Burgos and Navarra», *MM* 15, 1974, 209 ss.

CANTO, A. M.ª: «Avances sobre la explotación del mármol en la España Romana», *AEspA* 50-51, 1977-1978, 165 ss.

GRÜNHAGEN, W.: «Farbiger Marmor aus Munigua», *MM* 19, 1978, 290 ss.

GAMER, G.: «Das Weiterleben einheimischer Formkräfte am Beispiel hispano-römischer Altäre», *Actas II Col. Lenguas y cult. prerromanas,* Salamanca 1979, 237 ss.

BONNEVILLE, J.-N.: «Le monument épigraphique et ses moulurations», *Faventia* 2, 1980, 75 ss.

CURCHIN, L. A.: «Jobs in Roman Spain», *Florilegium* 4, 1982, 32 ss.

BONNEVILLE, J. N.: «Le support monumentale des inscriptions: terminologie et analyse», Épigraphie Hispanique (1983), 107 ss.

ALVAREZ, A.: «Estudio de los materiales lapídeos presentes en la epigrafía de Cataluña», *ibid.*, 87 ss.

ALVAREZ, A., y DE BRU, E.: «Els marbres de Paros i Naxos. La seva utilització a Empúries», *Ampurias* 45-46, 1983-1984, 294 ss.

RODÀ, I.: «La importación de mármol en época romana. El ejemplo de Ventimiglia y su contraposición con el literal norte de la Tarraconense», *Atti del Convegno di Studi Lunensi...*, Lerici [1982], 1987, 497 ss.

CISNEROS, M.: «Testimonios epigráficos sobre el empleo del mármol en Hispania», *BMZar.* 6, 1987, 197 ss.

GIMENO, H.: *Artesanos y técnicos en la epigrafía de Hispania* (Monog. Faventia, 8), Barcelona 1988.

GAMER, G.: *Formen römischer Altäre auf der hispanischen Halbinsel* (Madr. Beitr. 12), Maguncia 1989 (precisa recensión).

LOZA AZUAGA, M.ª L., y BELTRÁN FORTES, J.: *La explotación del mármol blanco de la Sierra de Mijas en época romana. Estudios de los materiales arquitectónicos, escultóricos y epigráficos* (Monog. Faventia, 10), Barcelona 1990.

7.14. Epigrafía manuscrita y falsos

GIL, J.: «Epigrafía antigua y moderna», *Habis* 12, 1981, 163 ss.

MAYER, M.: «Epigrafía hispánica y transmisión literaria con especial atención a la manuscrita», *Épigraphie Hispanique* 1983, 35 ss.

GIMENO, H.: «Inscripciones inéditas en manuscritos de la Biblioteca Nacional», *Veleia* 6, 1989, 235 ss.

GIMENO, H., y VILELLA, J.: «Manuscrito del siglo XVIII con inscripciones romanas: Autor y cronología del msc. 9-3932 de la Real Academia de la Historia», *Faventia* 10, 1989, 117 ss.

LE ROUX, P.: «Autour de la notion d'inscription fausse», Épigraphie Hispanique *(1983),* 175 ss.

MORA, G.: «Trigueros y Hübner. Algunas notas sobre el concepto de falsificación», *AEspA* 61, 1988, 344 ss.

(1) Los publicados hasta ahora, dentro del veintenio que nos ocupa (1971-1991), cubren los años 1972-1982: C. Castillo, «El progreso de la epigrafía romana en Hispania (1972-1977)», *Emerita* 47, 1979, 35 ss.; ead., «El progreso de la epigrafía romana de Hispania (1977-1982)», *Emerita* 53, 1985, 205 ss. Deben añadirse aquí, como resúmenes selectivos por la importancia o cronología de los documentos, sus trabajos «Un trienio de epigrafía latina en Hispania: logros y perspectivas», en *Unidad y pluralidad en el mundo antiguo* (Actas del VI Congreso Español de Estudios Clásicos), Madrid 1983, 105 ss. y «De epigrafía republicana hispano-romana», en *Reunión sobre epigrafía hispánica de época romano-republicana,* Zaragoza 1986, 141 ss.

(2) La Junta de Andalucía organiza unas Jornadas sobre Arqueología de la región (publicadas: *Anuario Arqueológico de Andalucía. 1985,* Sevilla, 1987 [apar. 1989], que son una forma de reclamar de los distintos investigadores resultados, al menos provisionales, sobre las prospecciones y excavaciones realizadas con cargo al erario público (unas 150 sólo en 1990), al mismo tiempo que un modo de que éstos sean conocidos por otros investigadores de aquella Comunidad. Hay que constatar su elevado número, así como el hecho de que no es tan usual la publicación posterior de la Memoria completa, en especial de las numerosas intervenciones «de urgencia», ni tan perceptibles algunos resultados científicos (en orden a las lagunas que debían haber contribuido a rellenar), en proporción a la, a veces cuantiosa, inversión económica. Por ello, debería extenderse cada vez más por nuestro país la consciencia de que sería más productivo volver a replantear los grandes intereses científicos y detener el ritmo mientras se ordena y publica la ingente cantidad de material ya sacado a la luz, se «excava» en los almacenes de los museos o se ponen en pie antiguas memorias, casi inéditas o poco trabajadas, a la luz de los conocimientos modernos.

(3) No olvidemos que los sucesivos intentos para una reedición del *CIL II* habían resultado infructuosos (de L. Wickert en los años treinta, de J. M.ª de Navascués en los cincuenta y los de A. Tovar con sus colaboradores de Salamanca más adelante (donde, sin embargo, quedó un potente fichero, que R. Lapesa y M.ª L. Albertos, entre otros, supieron hacer fructificar con sus estudios sobre antroponimia prerromana). Ni tampoco que la poco satisfactoria (por su forma de presentación y su falta de ilustraciones) *Hispania Antiqua Epigraphica,* un benemérito esfuerzo de A. García y Bellido y A. Beltrán sobre todo, publicada como suplemento de *Archivo Español de Arqueología,* no logró pasar de su fascículo 20, en 1969.

(4) La que ocupó durante muchos años don Joaquín M.ª de Navascués y, hoy, doña María Ruiz Trapero. Hay que contabilizar, en 1974, la creación de una Adjuntía de Epigrafía y Numismática en Oviedo y, ya en 1985, una Titularidad en la Autónoma de Madrid (consolidación de una anterior Adjuntía interina), que es la que atiendo, seguida de una segunda plaza de igual denominación, en 1991, que se enfoca hacia la Numismática.

(5) Sir John E. Sandys, *Latin Epigraphy,* Cambridge^2, 1927 (reed. Groningen, 1969); I. Calabi, *L'uso storiografico delle iscrizioni Latine,* Milán, 1953 (reed., *Epigrafia Latina,* Milán, 1968); H. Bloch, *L'épigraphie Latine,* París, 1952; E. Meyer, *Einführung*

in die lateinische Epigraphik, Darmstadt, 1973 (1983²); G. C. Susini, *Epigrafia romana,* Roma, 1982; A. E. Gordon, *An Illustrated Introduction to Latin Epigraphy,* Berkeley, 1983; I. di Stefano Manzella, *Mestiere di epigrafista,* Roma, 1988. Cada uno de ellos ha procurado imprimir un enfoque diferente a su obra, insistiendo en los aspectos materiales, en el análisis de epígrafes o en la interpretación histórica de los mismos.

(6) Cfr., por ejemplo, su aportación «CIL II Supplementum: Proyecto y estado actual», *Épigraphie Hispanique* (Coloquio Burdeos, 1981), 1983, 365 ss.

(7) Desde la desaparición de *Hispania Antiqua Epigraphica,* en 1969, la catalogación anual de epígrafes podía encontrarse solamente en la veterana *Année Epigraphique* (París) que, por problemas de espacio y de acceso a múltiples publicaciones locales, suele hacer una selección de las novedades y los estudios. Desde la muerte de H. G. Pflaum, la responsabilidad de las provincias hispanas está encomendada a P. Le Roux.

(8) El duro trabajo de base de expolio de publicaciones y creación de la ficha, así como los completos índices, están a cargo del Consejo Técnico. Un Consejo de Redacción, del que formamos parte varios anticuarios, cada uno con la responsabilidad de al menos una de las regiones modernas, revisamos cada ficha y proponemos, en su caso, comentarios o variantes. Se incluye también todo Portugal (M. M. Alves Dias), aunque, desde 1982, vienen publicándose regularmente los fascículos del *Ficheiro Epigrafico* (como suplemento de *Conimbriga),* con la particularidad de que éste admite también pequeños artículos con novedades.

(9) A. D'Ors, *Epigrafía jurídica de la España Romana,* Madrid, 1953.

(10) Rumores de última hora parecen apuntar a la aparición reciente de nuevas tablas o fragmentos de la *lex Irnitana,* al parecer éstos decisivos para su comprensión.

(11) Hay que esperar el comienzo de las Memorias sobre las recientes campañas de excavaciones de J. M.ª Blázquez, J. Remesal y E. Rodríguez Almeida en el Testaccio, cuyos avances iniciales parecen sumamente prometedores.

(12) Hay que recordar los trabajos de J. M.ª Blázquez sobre religiones indígenas de los años sesenta, así como los de onomástica y religión indígenas de R. Lapesa y M.ª L. Albertos.

(13) El citado trabajo de G. Arias, uno de los pioneros (aparte de figuras como la de A. Blázquez, en los años veinte) del estudio de las calzadas en España, con aquella sorprendente autopublicación, «El miliario extravagante» es, como su nombre indica, un repertorio, que incluye muchos de sus trabajos antiguos. Parece que la línea de investigación que debe seguirse, más completa, con criterios más actuales y más amplias perspectivas y documentación, es la marcada por P. Sillières, del que, por ejemplo, son elogiables sus seguimientos de la cartografía, civil o militar, de siglos pasados.

(14) A efectos puramente orientativos, señalaré las actualizaciones, válidas para la epigrafía griega general e hispana, debidas a C. Serrano Aybar, «Epigrafía griega. La década de 1972 a 1983», *Semana de actualización científica* (ed. E. Martínez Díez), Madrid 1984, 81 ss. y ead., «Novedades en epigrafía griega», *Estudios Clásicos* 30, 1988, 53 ss. Va ya avanzado el proyecto CICYT de P. Bádenas para realizar el corpus de las inscripciones griegas hispanas. Cfr. también P. Devord, «Epigraphie grecque au Péninsule Ibérique», *Épigraphie Hispanique. Problèmes de méthode et d'édition,* París 1984.

(15) Merece la pena citar los programas que se llevan adelante por G. Alföldy en su Seminario de Historia Antigua de Heidelberg, a raíz de la concesión a él del prestigioso Leibnizforschungpreis. Asimismo, los investigadores franceses, en torno al Centro Pierre Paris de Burdeos y el Centro de Informática de Filosofía y Letras de Liège, llevan algunos años trabajando en el programa global PETRAE de tratamiento de inscripciones, tanto latinas como griegas.

(16) En este sentido, quienes estamos trabajando ya en el proyecto de reedición del *CIL II* vamos adaptando hace años nuestros métodos de edición al allí utilizado, con las lógicas diferencias (mayor amplitud de los comentarios frente a mayor minuciosidad en el aparato crítico, por ejemplo). Pero, en todo caso, la aparición de los primeros fascículos de la obra marcará en adelante una pauta general.

NUMISMATICA

Carmen Alfaro Asins
Museo Arqueológico Nacional

El desarrollo de los estudios numismáticos en los últimos veinte años ha sido extraordinario en España. A ello ha contribuido tanto la mayor y mejor enseñanza de la numismática en la Universidad española como la actividad desarrollada por instituciones de distinto signo, por lo que en estas páginas no podremos citar más que una mínima parte de lo acontecido y sobre todo de lo publicado en el período que comentamos.

Cabe destacar algunos cursos, ciclos de conferencias y exposiciones de numismática celebrados por distintas Universidades, Museos y otras Instituciones. Entre los primeros citamos, por ejemplo, el que con el título «Curso de Introducción a la Numismática antigua» se realizó en el Museo Arqueológico Nacional en 1982, también el dedicado a «Problemas históricos de la numismática antigua española» que realizó la Universidad Internacional Menéndez Pelayo en 1983, otro dedicado a «La moneda medieval castellano-leonesa» se celebró en 1988 en la Universidad Internacional Alfonso VIII de Soria, o el reciente curso sobre «La numismática y Melilla» realizado por la UNED en Melilla en 1991.

En cuanto a conferencias están las que organizan periódicamente diversas Instituciones como la Asociación Numismática Española (ANE), el Museo Arqueológico Nacional o la Sociedad Ibero-Americana de Estudios Numismáticos (SIAEN). Cabe destacar el ciclo que se realizó en Madrid con motivo de la III Exposición Nacional de Numismática, los que organiza el Gabinet Numismàtic de Lleida y los que desde 1988 viene realizando el Gabinet Numismàtic de Catalunya.

En cuanto a exposiciones específicas de Numismática destacamos la «Semana numismática Hispano-Italiana» y «X Siglos de moneda castellana» realizadas en Madrid en 1980, «Monedas en la Historia. Antecedentes monetarios en las autonomías españolas» con motivo de la III Exposición Nacional de Numismática que se celebró en Madrid en 1987, «Monedas hispánicas 1475-1598» realizada en Madrid en 1987 dentro de los actos del V Centenario del Descubrimiento de América y «Carlos III y la Casa de la Moneda» realizada en Madrid en 1988-1989, entre otras.

Aunque trasciende algo a las fechas que nos sirven de marco, es importante y muy lamentable reseñar la desaparición del Instituto Antonio de Agustín de Numismática del CSIC y con él la de la revista *Numario Hispánico,* publicada entre los años 1957 y 1967. La SIAEN publica desde 1951 la revista *Numisma* cuyos índices ha realizado Balaguer hasta 1984. Por su parte la ANE desde 1966 publica su revista trimestral *Gaceta Numismática* cuyos índices ha realizado también Balaguer hasta 1991. Desde 1971 la Sección Numismática del Círculo Filatélico y Numismático de Barcelona patrocina la publicación de la revista *Acta Numismática,* cuyos índices ha realizado igualmente Balaguer

hasta 1980. Esta misma sociedad también ha creado en 1987 otra revista menor de información numismática de marcado carácter local llamada inicialmente *Cercle* y después *L'ardit*. En cuanto a revistas de divulgación, coleccionismo y comerciales reseñamos la aparición en 1978 y desaparición un año después de *Cuadernos de Numismática*. En enero de 1990 se comenzó también la publicación de *Crónica Filatélica y Numismática* que desde el 15 de marzo de 1991 se ha convertido en *Crónica Numismática*.

Hay que destacar la creacción por parte de la Consellería de Cultura, Educació i Ciéncia de la Generalitat Valenciana de la serie «Estudis Numismatics Valencians», dirigida por P. P. Ripollés, que hasta la fecha ha publicado 6 interesantes trabajos: sobre las cecas de Ilici (LLORENS, 1987) y Valentia (RIPOLLÉS, 1987), los denarios de Ikalkusken (VILLARONGA, 1988), la circulación monetaria en el Portus Ilicitanus (ABASCAL, 1989), el tesoro de Mogente (GARCÍA-BELLIDO, 1990) y el hallazgo de moneda califal de Almoradí (DOMÉNECH BELDA, 1991).

Muy útil está siendo la reedición de obras clásicas de la numismática española que viene realizando J. Cayón dentro de la colección «Obras maestras de la Numismática Española». También editada por Fonumis cabe citar la «Colección de Introducción a la Numismática» que hasta la fecha ha publicado dos volúmenes, ambos realizados por A. Beltrán, el primero en 1983 *La Moneda. Una introducción al estudio de la Numismática*, y el segundo en 1986 *La moneda romana. El Imperio*. Además en estos años han aparecido algunos libros de introducción a la Numismática y Numismática Universal realizados por investigadores españoles como los de Gil Farrés (1974) y Beltrán (1987, 1989).

De gran importancia ha sido la creacción de los **Congresos Nacionales de Numismática**. El primero, celebrado en honor de Pío Beltrán, tuvo lugar en Zaragoza en 1972. El propósito del congreso fue «la propulsión de la Ciencia Numismática, en el sentido más amplio de la palabra, incluyendo la Medallística, la Historia de la moneda metálica o de papel y los objetos monetiformes». Desde esa fecha los Congresos quedaron constituidos y se han venido realizando aproximadamente cada dos años en las ciudades de Salamanca en 1974 (II), Barcelona en 1978 (III), Alicante en 1980 (IV), Sevilla en 1982 (V), Oviedo en 1984 (VI), Madrid en 1989 (VII) y en 1992 está previsto se realice en Avilés (VIII). Una de las principales tareas que se han venido desarrollando en estos Congresos ha sido la revisión sistemática de los distintos campos y las materias de la numismática.

Dentro del ámbito nacional y organizado por la Societat Catalana d'Estudis Numismàtics y la ANE cabe destacar la realización en 1979 y 1980 del I y II **Symposium Numismático de Barcelona**, dedicados a «la moneda condal en Cataluña» y a las «influencias monetarias franco-hispánicas e hispano-francesas» respectivamente. También estas mismas sociedades vienen organizando desde 1983 en Barcelona los **Encuentros de Numismática**, cuyas actas se publican en *Gaceta Numismática*. El primero en 1983 se dedicó al florín, el segundo en 1984 a los hallazgos monetarios, el tercero en 1987 a la numismática de la Celtiberia, el cuarto en 1989 a la metrología, el quinto en 1990 nuevamente a los hallazgos monetarios y el sexto en 1991 a las acuñaciones de «Sharq al-Andalus».

En el campo específico de la numismática hispano-árabe cabe destacar los **Jariques de Estudios Numismáticos Hispano-Arabes** de los que hasta la fecha se han celebrado tres ediciones, la primera en Zaragoza en 1986 (Actas en 1988), la segunda en Lérida en 1988 (Actas en 1990) y la tercera en Madrid en 1990 (Actas en prensa). También en cuanto a acuñaciones de una zona determinada cabe destacar la **Mesa redonda sobre Numismática Aragonesa** que se delebró en Zaragoza en 1982. Por último desde 1984 y en colaboración hispano-portuguesa se vienen realizando los Symposia **Problems of medieval coinage in the Iberian area**, celebrados hasta la fecha en Santarem en 1984 y 1988 y Avilés en 1986.

En cuanto a los **Congresos Internacionales de Numismática** que se realizan cada seis años, el primero de este período, el VIII del cómputo general, se celebró en 1973 New York-Washington, el IX en Berna, en 1979, el X en Londres en 1986 y el XI en Bruselas en 1991. la Comisión Internacional de Numismática edita la publicación *A Survey of Numismatic Research* que recoge las novedades bibliográficas de los años comprendidos entre cada congreso. La parte correspondiente a Hispania antigua ha sido realizada por Jenkins en 1979 y por Campo en 1986, y la medieval, moderna y contemporánea por Villaronga en 1979 y 1986. También la American Numismatic Society de New York edita semestralmente el repertorio *Numismatic Literature*, la parte española recopilada por Villaronga en los últimos años.

Además se han realizado otra serie de reuniones internacionales como las dedicadas a «Methods of Chemical and Metallurgical Investigation of Ancients Coinage» en Londres en 1970, «Métodos en la investigación numismática» en Frankfurt en 1976. «La numismatica e il computer», la primera en Milán en 1984, el coloquio «Rythmes de la production monétaire» en París en 1986, el coloquio sobre

«La numismatique et l'économie phénico-punique» en Lovain-la-Neuve en 1987, el seminario europeo «Vita e sopravvivenza delle monete antiche» en Ravello (Italia) en 1990, y muchas otras.

MONEDA ANTIGUA ESPAÑOLA

La moneda antigua española es el campo al que se dirigen la mayoría de las investigaciones, en el que además se han abierto nuevas vías de investigación, especialmente de la mano de L. Villaronga, numismático que tiene relevantes aportaciones en todos los campos de la numismática hispánica antigua, por lo que citar sus abundantísimos trabajos es prácticamente imposible. También se han realizado diversos estudios monográficos de cecas, lo que ha contribuido a establecer la seriación, cronología, áreas de circulación, etc., de esas acuñaciones y ha permitido conocer una serie de ejemplares que antes eran desconocidos.

En cuanto a **obras generales** específicas de numismática antigua española hay que destacar la aparición en 1979 del trabajo de L. Villaronga (1979), actualizado, fácil de consultar y con 1.175 fotografías de monedas, mapas y gráficos que están colocados junto a su texto correspondiente. Otro catálogo general de menor interés es el de Guadán (1980), sin citar otros de marcado carácter comercial. También hay que reseñar la edición facsímil en 1980 del clásico manual *La moneda hispánica* de Vives (1926), todavía obra imprescindible de consulta por el abundante material que ofrece en sus láminas, y la segunda edición de la *Historia de la moneda española* de Gil Farrés, en 1976.

En cuanto a **repertorios y catálogos** de monedas, en el límite cronológico de estos veinte años que revisamos están los dos volúmenes que publicó Navascués (1969-71) en los que se cataloga y reproduce en 142 láminas una pequeña parte de las monedas hispánicas del Museo Arqueológico Nacional y los tesoros de Azaila, Salvacañete y Cerro de la Miranda. La colección de moneda antigua de España, unos 16.000 ejemplares, próximamente se va a ir dando a conocer íntegramente dentro de la serie internacional *Sylloge Nummorum Graecorum.* Dentro de esta citada serie se han publicado en los últimos años abundantes monedas hispánicas conservadas en distintas colecciones del mundo. Las monedas hispánicas en colecciones italianas han sido dadas a conocer por Ripollés (1982a, 1986) y Arroyo (1984) ha realizado el catálogo y el estudio del monetario de la Universidad de Valencia. En esta línea destaca también la edición facsímil en 1975 del *Catálogo de la Colección Vidal Quadras y Ramón* (1892), que estaba formada por casi 15.000 monedas, en su mayor parte españolas, de todas las épocas.

En cuanto a **metrología** hay que destacar el importante trabajo de Richard y Villaronga (1973) en el que mediante el peso de 17.475 monedas establecen un primer ensayo sobre los sistemas metrológicos usados en las emisiones hispánicas que, en ocasiones, no tienen por qué coincidir con el sistema romano como se venía admitiendo con anterioridad. El esquema de estos dos investigadores, a grandes rasgos, es el más aceptado y seguido en los trabajos posteriores.

Las noticias sobre **hallazgos** monetarios han sido abundantísimas en estos últimos años, incluso, como ya se comentó antes, se han dedicado a este tema monográfico algunos congresos y reuniones de numismática españoles. De gran utilidad son los repertorios de hallazgos monetarios que desde 1942 viene publicando el doctísimo e infatigable profesor Mateu y Llopis, primero en la revista *Ampurias,* después desde 1952 en *Numario Hispánico* y desde 1971 en *Numisma.* También en esta línea desde 1985 Alfaro está dando a conocer paulatinamente en el *Boletín del Museo Arqueológico Nacional* las escasas monedas, en relación con sus abundantísimos fondos monetarios, del Museo Arqueológico Nacional que conservan el importante dato de su procedencia geográfica.

Igualmente se han estudiado y dado a conocer multitud de **tesoros** monetales, fundamentalmente formados por monedas de plata puesto que los que contienen monedas de bronce son muy escasos. Entre estos últimos uno de los más estudiados y polémicos es el de Azaila, para el que se propone como fecha de ocultación tanto los años 80-72 a. de C. (VILLARONGA, 1977a) como el 49 a. de C. (BELTRÁN LLORIS, M. (1976). La revisión de la cronología inicial del denario romano que sustituye la fecha del 185 a. de C. establecida por Sydenham por el 211 a. de C., ha permitido retrotraer y ajustar los tesoros hispanos más antiguos con moneda de plata a esta nueva cronología.

Consecuencia de la gran atención a los hallazgos y estudios de tesoros son los abundantes trabajos sobre **circulación monetaria;** es decir, «el estudio del comportamiento de las monedas a partir del momento en que salen de la ceca», según Campo. Para los hallazgos, tesoros monetarios, circulación monetaria y otras precisiones son fundamentales los trabajos de Villaronga (1979) y Campo (1982). Muy importante es el trabajo de Pereira, Bost e Hiernard (Pereira *et alii,* 1974) donde se aportan los primeros resultados de la circulación monetaria en la Península a través del estudio de las monedas halladas en Conimbriga. En este sentido también hay que destacar el *I Symposium Numis-*

mático de Barcelona y en especial el trabajo de conjunto de Bost, Campo y Gurt (BOST *et alii,* 1979). A este trabajo han seguido muchos otros sobre la circulación en grandes áreas como la Tarraconense (RIPOLLÉS, 1982b), la provincia de Segovia (SAGREDO y ARRIBAS, 1987), el País Vasco (CEPEDA, 1990) o la circulación en yacimientos concretos como Clunia (GURT, 1985), Coca (BLANCO, 1987), Belo (BOST *et alii,* 1987), la villa romana de la Olmeda (CAMPO, 1990), por citar sólo algunos ejemplos, o sobre la circulación de determinadas monedas en Hispania como, por ejemplo, áureos y sólidos (BOST *et alli,* 1983) o también sobre la circulación monetaria en Hispania en determinados períodos cronológicos como, por ejemplo, el siglo IV d. de C. (ABAD, 1989).

Entre los nuevos métodos de trabajo incorporados a la investigación numismática está la **estadística,** que cuenta con obras generales dedicadas a su aplicación en numismática como la de Villaronga (1985) y trabajos concretos de algunas series monetales aplicando exhaustivamente este método de análisis matemático (VILLARONGA, 1983b). Por último, también citar que los **análisis metalográficos** de monedas empiezan a ser imprescindibles en la investigación numismática.

Pasando ya a las series hispánicas antiguas propiamente, para las **emisiones griegas** el trabajo de conjunto fundamental sigue siendo el de Guadán (1968-70) aunque está desfasado en cuanto a cronología por seguir la datación de la moneda republicana propuesta por Sydenham, actualmente modificada, y necesita una revisión en profundidad por los nuevos datos que se conocen de estas series. Otros trabajos interesantes son los de FÜRTWAGLER, Almirall, Villaronga y Campo que está revisando estas acuñaciones a través del estudio de los abundantes fondos del Gabinet Numismàtic de Catalunya (CAMPO, 1987, 1991).

Las emisiones **cartaginesas** emitidas en la península ibérica han sido muy bien sistematizadas por Villaronga (1973, 1983a) quien además ha dedicado diversos trabajos al período de la Segunda Guerra Púnica (VILLARONGA, 1981-83) y ha estudiado monográficamente abundante material numismático de esta época.

Algunas **cecas púnicas** como Gadir (ALFARO, 1988), Ebusus (CAMPO, 1976) y Malaca (CAMPO, 1986) han sido estudiadas monográficamente en estos últimos años, Seks (ALFARO, 1986a), Olontigi (ROMAGOSA, 1969) e Ituci (SOLÁ SOLÉ, 1969) cuentan de momento sólo con estudios parciales y visones de conjunto (ALFARO, 1986b). Las cecas neopúnicas conocidas convencionalmente como «libio-fenices» cuentan con un estudio epigráfico no excesivamente convincente realizado por Solá Solé (1980) y están siendo estudiadas por García-Bellido que ya ha dado a conocer algunas interesantes observaciones. Un trabajo de revisión y síntesis de la epigrafía monetal púnica y neopúnica en Hispania ha sido realizado recientemente (ALFARO, 1991).

En cuanto a la **moneda ibérica** la obra fundamental de conjunto desde el punto de vista epigráfico es la de Untermann (1975) que presenta un exhaustivo y sistemático estudio de las inscripciones monetarias. En ese mismo plano hay que destacar las aportaciones de distintos investigadores a los **«Coloquios sobre lenguas y culturas prerromanas de la península ibérica»,** el primero celebrado en Salamanca en 1974.

Villaronga en varios trabajos realizados a lo largo de estos años ha ido sistematizando el numerario ibérico y sus conclusiones generales, para no hacer exhaustiva la bibliografía, pueden consultarse en su manual antes citado (VILLARONGA, 1979a). También ha realizado algunas monografías como las dedicadas a la moneda de bronce de Emporion (VILLARONGA, 1977b), a las monedas de Ilerda (VILLARONGA, 1978) y a las monedas ibéricas de Tarraco (VILLARONGA, 1983b). Sobre las monedas ibéricas del Valle del Ebro está el trabajo de Domínguez (1979) así como el reciente estudio de las monedas de Bolskam-Osca (DOMÍNGUEZ, 1991). También Beltrán ha realizado numerosos trabajos, en especial de carácter general, sobre la moneda ibérica, uno de los últimos dedicado al alfabeto (BELTRÁN, 1987-89) y existen otras muchas aportaciones que la limitación de estas páginas nos impide citar. En cuanto a la moneda Ibérica del Sur hay que reseñar el importante trabajo sobre las monedas de Cástulo con leyenda Ibérica, realizado por García-Bellido (1982) y la Tesis Doctoral que está ultimando Arévalo sobre las monedas de Obulco, ceca de la que ha realizado una visión general previa (ARÉVALO, 1987).

Una de las aportaciones fundamentales de estos últimos años, además de la aparición de monedas con nuevas leyendas ibéricas y variantes en algunas de las ya conocidas, es la identificación de antiguas ciudades celtibéricas conocidas por la emisión de moneda con yacimientos arqueológicos concretos, así el yacimiento de la Melena en Azuara como alternativa a Azaila para ubicar *Belikiom,* el Poyo de Mara para *Sekaisa,* Valdeherrera para la *Bílbilis* celtibérica, Fosos de Bayona para *Contrebia Karbica,* Caminreal para *Orosis* (BURILLO, 1986), o la localización de la ceca de *Kelin* en el yacimiento de los Villares en Valencia (RIPOLLÉS, 1980).

En cuanto a las **emisiones latinas** de Hispania tenemos la síntesis de Beltrán (1977) y en con-

creto de la Ulterior es interesante el trabajo de Chaves (1980), pues realiza un estado de le cuestión de las acuñaciones de esa zona. Esta misma autora es la que ha estudiado monográficamente mayor número de cecas de la Ulterior como Itálica, Córdoba, Carteia, Ebora, Iulia Traducta y Colonia Romula, entre otras, (CHAVES, 1973, 1977, 1979a, 1979b). También Rodríguez Mérida ha realizado un trabajo general sobre las cecas del Bajo Guadalquivir (RODRÍGUEZ MÉRIDA, 1986) y existen otras aportaciones más sobre cecas del Sur de la Península. Sobre el estado de la cuestión de las emisiones de la Tarraconense hay que destacar el trabajo de F. y M. Beltrán Lloris (1980). De gran interés es el estudio de las representaciones de la familia de los emperadores en las series hispánicas (BLÁZQUEZ, 1974) y el de la organización municipal de las emisiones y los magistrados que acuñaron en Hispania (BELTRÁN LLORIS, F., (1980). También se han desarrollado aspectos particulares de algunas cecas, trabajos sobre los denarios romanos acuñados en Hispania (CAMPO, 1973) y algunas interesantes monografías en las que se ha realizado el estudio de los cuños de las monedas, como en las de la ceca de Ilici (LLORENS, 1987) o Valentia (RIPOLLÉS, 1987).

MONEDA ESPAÑOLA MEDIEVAL, MODERNA Y CONTEMPORANEA

Del período **visigodo** son muchas las nuevas atribuciones y las monedas inéditas que han salido a la luz en estos años, especialmente interesante es el numerario de cobre visigodo dado a conocer por Crusafont (1984). En cuanto a hallazgos, tesoros y circulación monetaria es de gran utilidad el trabajo de Barral i Altet (1976), así como las revisiones generales del tema realizadas para los Congresos Nacionales de Numismática por Barceló (1977) y Mateu y Llopis (1980a).

La numismática **hispano-árabe** ha contado con un extraordinario desarrollo en los últimos años, sobre todo por el notable aumento de investigadores que se dedican a este período histórico.

En cuanto a manuales y obras generales, cabe destacar la reimpresión realizada en 1977 de la clásica obra de Codera (1879) y en 1983 de la no menos vigente *Monedas de las dinastías arábigo-españolas,* de Vives. Como panorámica general y trabajo de conjunto tenemos los de Sáenz-Díez (1982) y Rodríguez Lorente (1977, 1982), así como las puestas al día y revisiones que se han ido realizando en las ediciones de los Jariques. También cabe destacar una bibliografía muy completa realizada recientemente por Ibrahim y Giménez (1990).

Son muy numerosos los trabajos de toda índole que se han realizado sobre numismática hispano-árabe. Cabe destacar la aportación inicial y otras posteriores de Balaguer (1976) sobre las emisiones transicionales, los trabajos de Canto, Frochoso, Pellicer (1988) y Sáenz-Díez (1984) sobre las monedas del Califato de Córdoba, los de Navascués y Soler sobre las Taifas, los de Kassis sobre monedas almorávides, los de Fontela sobre los Almohades y los de Rodríguez Lorente sobre las monedas de los reinos de Murcia y Granada, por citar algunos ejemplos. También ha proliferado el estudio de tesoros y la publicación de gran número de monedas inéditas.

La moneda **medieval cristiana** al contrario que la hispano-árabe, ha tenido un desarrollo menor y sobre todo desigual según zonas geográficas y períodos cronológicos.

En cuanto a obras generales, cabe destacar también la edición facsímil en 1976 del clásico trabajo de Heiss, *Descripción de las monedas hispano-cristianas desde la invasión de los árabes* (1865-69), que sigue siendo obra de referencia obligada en especial para las monedas de Castilla y León, aunque muchas atribuciones están hoy desfasadas. Otra obra de conjunto de escaso interés es la de Ramón Benedito, Alvarez y Ramón Pérez (RAMÓN BENEDITO *et alli,* 1974).

La moneda castellano-leonesa cuenta con pocos cultivadores y adolece de una obra de conjunto actualizada que recoja las distintas aportaciones hasta la fecha, en especial las nuevas atribuciones y las monedas inéditas; no obstante se han realizado numerosos trabajos, imposibles de relacionar aquí, de investigadores como Balaguer, Collantes, Domingo, Gil Farrés y Rueda que ha estudiado en su Tesis Doctoral las primeras acuñaciones (RUEDA, 1991). Mención especial merece Orol que además de importantes y numerosos trabajos como, por ejemplo, el dedicado a las monedas de Alfonso IX (OROL, 1982), realizó el estado de la cuestión del tema en el Congreso Nacional de Barcelona (OROL, 1977).

La moneda de la corona catalano-aragonesa por el contrario cuenta, además de la edición facsímil en 1976 de la obra clásica de Botet i Sisó *Les monedes catalanes* (1908-11) y del trabajo sobre el estado de la cuestión de Vegué (1977), con la obra de conjunto más importante y actualizada sobre estas acuñaciones realizada por Crusafont (1982). En una línea más de divulgación cabe citar igualmente la reciente obra sobre la Historia de la moneda catalana del mismo autor (CRUSAFONT *et alli,* 1986).

En cuanto a aspectos más concretos destacamos los distintos trabajos y la Tesis Doctoral de Balaguer sobre la moneda de los condados catalanes, otro muy reciente sobre la moneda catalana local (CRUSAFONT, 1990) y muchas otras aportaciones como las de Badía, Domingo, Goig, Lafont, Llobet, Mateu y Llopis, Padró, Vilaret y Villaronga entre otros. Muy interesante fue también el I Encuentro de Numismática dedicado al florín, en el que, entre otras aportaciones, se dio a conocer la importante colección del Museo Arqueológico Nacional (RUEDA, 1984). Respecto al florín cabe destacar también los trabajos que Mateu y Llopis le ha dedicado, así como la revisión sobre la moneda de Valencia y Mallorca que este investigador realizó para los Congresos Nacionales de Numismática (MATEU y LLOPIS 1977b y 1980b).

La moneda de Navarra cuenta con la obra de Marín de la Salud (1975), el trabajo general más reciente y menos especializado de Jusué y Ramírez (1987) y la revisión sobre la moneda medieval en este reino que ha realizado Crusanfont en el VII Congreso Nacional de Numismática.

La moneda moderna es una de las menos estudiadas debido fundamentalmente a que la investigación en este caso «debería hacerse más en los archivos que en las monedas» como opinaba Calicó (1980) en su síntesis sobre el estado de la cuestión del IV Congreso Nacional de Numismática. Sobre la moneda hispánica en América tenemos las revisiones de Burzio (1977) y la muy reciente de Beltrán realizada con motivo del VII Congreso Nacional de Numismática.

Muy útil es el trabajo de recopilación de marcas de ensayadores en las monedas que ha realizado Pellicer (1975), que debería completarse con el estudio documental en los archivos de éstos y muchos otros que nos son desconocidos. En este sentido son muy importantes las aportaciones de Orol del que destacamos los recientes y documentados trabajos sobre la ceca de Trujillo y otra desconocida ceca de Madrid (OROL, 1986, 1990). También se están realizando trabajos sobre otras casas de moneda como las de Toledo por Martín Peñato, Sevilla por Pérez Sindreu o Segovia por Murray, así como muchas otras aportaciones, fundamentalmente de Badía, Beltrán, Collantes, Calicó, Mateu y Llopis e Yriarte, entre otros. También recientemente Balaguer en el VII Congreso Nacional de Numismática ha realizado una Ponencia sobre la emisión de moneda en España durante la Edad Contemporánea. Por último, cabe citar algunos útiles catálogos generales de marcado carácter comercial como el que vienen publicando Castán y Cayón, cuyo título y extensión se va modificando según las ediciones por lo que sólo citamos el último (CASTÁN y CAYÓN, 1991) y los varios también de Calicó, (CALICÓ, 1988).

Para terminar es necesario dedicar unas líneas a la investigación sobre la **medalla** que ha contado y cuenta con pocos seguidores en nuestro país. La mayoría de los trabajos actuales son pequeños artículos fundamentalmente dedicados al comentario de nuevas medallas o sobre temas puntuales que están dispersos en revistas de todo tipo. La bibliografía general española y las obras de referencia sobre medallas de proclamación, coloniales, de los Borbones, etc., es de principios de siglo por lo que necesita una urgente revisión y puesta al día.

Muchas han sido las aportaciones al estudio de la medalla de Gimeno Rúa y de su hijo Gimeno Pascual que realizó la crónica de esta disciplina en el penúltimo congreso Internacional de Numismática (GIMENO PASCUAL, 1986). Entre otros estudiosos de la medalla cabe destacar, como en todos los campos, a Mateu y Llopis (1975b) y también a Cano que realizó su Tesis Doctoral sobre la medalla papal, trabajo inédito del que ha dado a conocer las medallas de la FNNT (CANO, 1985-96). También de interés es la traducción al español en 1988 de la obra *El Arte de la Medalla,* de Mark Jones, que lleva un apéndice realizado por Gimeno Pascual sobre el arte de la medalla en España.

BIBLIOGRAFIA

ABAD VARELA, M. (1989): *Circulación monetaria en la Hispania romana del siglo IV,* Madrid (Tesis Doctoral microfichada).

ABASCAL, J. M. (1989): *La circulación monetaria del Portus Ilicitanus,* Valencia.

ALFARO ASINS, C. (1986a): «Observaciones sobre las monedas de Seks según la colección del Museo Arqueológico Nacional», *Almuñécar, Arqueología e Historia,* III, 75-103.

ALFARO ASINS, C. (1986b): «Acuñaciones púnicas en Hispania», *Revista de Arqueología,* 61, 33-44.

ALFARO ASINS, C. (1988): *Las monedas de Gadir/Gades,* Madrid.

ALFARO ASINS, C. (1991): «Epigrafía monetal púnica y neopúnica en Hispania. Ensayo de síntesis», *Glaux,* 7-I, 109-156.

ARÉVALO, A. (1987): «Las monedas de Obulco», *Revista de Arqueología,* 74, 29-35.

ARROYO, R. (1984): *El Numario de la Universidad de Valencia. Catálogo, estudio e interpretación de las monedas de la Edad Antigua,* Valencia.

BALAGUER, A. M. (1976): *Las emisiones transicionales árabe-musulmanas de Hispania,* Barcelona.

BARCELÓ, M. (1977): «Monedas visigodas de Hispania: un estado de la cuestión y algunos problemas de meto-

dología y organización de las emisiones monetarias», *Numisma,* 147-149, 55-80.
BARRAL I ALTET, X. (1976): *La circulation des monnaies suèves et visigothiques. Contribution à l'histoire économique du royaume visigot,* München.
BELTRÁN, A. (1977): «Las monedas hispano-latinas», *Numisma,* 147-149, 35-54.
BELTRÁN, A. (1987): *Introducción a la Numismática Universal,* Madrid.
BELTRÁN, A. (1987-89): «Consideraciones sobre la moneda Ibérica como medio de investigación histórica: el alfabeto», *Numisma,* 204-221, 9-28.
BELTRÁN, A. (1989): *Historia del dinero,* Zaragoza.
BELTRÁN LLORIS, F. (1980): «Los magistrados monetales en Hispania», *Numisma,* 150-155, 169.
BELTRÁN LLORIS, M. (1976): *Arqueología e historia de las ciudades antiguas del Cabezo de Alcalá de Azaila (Teruel),* Zaragoza.
BELTRÁN LLORIS, M., y F. (1980): «Numismática hispanorromana de la Tarraconense», *Numisma,* 162-164, 9-98.
BLANCO, J. F. (1987): *Moneda y Circulación Monetaria en Coca (siglos II a. de C. V. d. de C.),* Segovia.
BLÁZQUEZ, J. M. (1974): «Propaganda dinástica y culto imperial en las acuñaciones hispanas», *Numisma,* 120-131, 311-330.
BOST, J. P. *et alii* (1979): «La circulación monetaria en Hispania durante el período romano-imperial: problemática y conclusiones generales», I, *Syposium Numismático de Barcelona,* 174-202.
BOST, J. P. *et alii* (1983): «Hallazgos de aurei y solidi en la Península Ibérica: introducción a su circulación en época imperial», *Numisma,* 180-185, 137-176.
BOST, J. P. *et alii* (1987): *Belo IV. Les monnaies,* Madrid.
BURILLO, F. (1986): *Aproximación diacrónica a las ciudades antiguas del valle Medio de Ebro,* Teruel.
BURZIO, H. F. (1977): «Orígenes de la moneda americana de período hispano», *Numisma,* 147-149, 153-164.
CALICO, F. (1988): *Monedas españolas desde Fernando e Isabel a Juan Carlos I, años 1474 a 1988,* Barcelona.
CALICO, F. X. (1980): «Del estado actual de los estudios sobre numismática moderna española», *Numisma,* 162-164, 243-249.
CAMPO, M. (1973): «Los denarios romanos acuñados en Hispania», *Acta Numismática,* 3, 53-64.
CAMPO, M. (1976): *Las monedas de Ebusus,* Barcelona.
CAMPO, M. (1982): «Circulación monetaria y tesoros hispánicos de época preimperial, *Numisma,* 174-176, 51-70.
CAMPO, M. (1986): «Algunas cuestiones sobre las monedas de Malaca», *Aula Orientalis,* 4, 139-155.
CAMPO, M. (1987): «Las monedas de los tesoros de Pont de Molins, Tarragona y Rosas del Gabinet Numismàtic de Catalunya (siglo IV a. de C.)», *Bollettino di Numismática,* supplemento al núm. 4, 139-160.
CAMPO, M. (1990): *Las monedas de la villa romana de la Olmeda,* Palencia.
CAMPO, M. (1991): «Dracmas e imitaciones de Emporion en tesoros del Gabinet Numismàtic de Catalunya», *Glaux,* 7-I, 165-184.
CANO, M. (1985-86): «La medalla papal en el Museo de la Casa de la Moneda: La antigua colección Prieto», *Numisma,* 192-203, 83-121.
CASTÁN, C. y CAYÓN, J. R. (1991): *Monedas españolas desde los visigodos hasta el Quinto Centenario del Descubrimiento de América y las medallas de proclamación,* Madrid.
CEPEDA, J. J. (1990): *Moneda y circulación monetaria en el País Vasco durante la antigüedad (siglos II a. de C.-V d. de C.),* Bilbao.
CODERA, F. (1879): *Tratado de numismática arábigo-española,* Madrid. Reimpresión J. Cayón, Madrid, 1977.
CRUSAFONT, M. (1982): *Numismática de la Corona Catalano-Aragonesa medieval (785-1518),* Madrid.
CRUSAFONT, M. (1984): «¿Un numerario visigodo de cobre?», *Gaceta Numismática,* 74-75, 131-142.
CRUSAFONT, M., *et alii* (1986): *Historia de la moneda catalana,* Barcelona.
CRUSAFONT, M. (1990: *La moneda catalana local,* Barcelona.
CHAVES, F. (1973): *Las monedas de Itálica,* Sevilla.
CHAVES, F. (1977): *La Córdoba hispano-romana y sus monedas,* Sevilla.
CHAVES, F. (1979a): *Las monedas hispano-romanas de Carteia,* Barcelona.
CHAVES, F. (1979b): «Las cecas hispano-romanas de Ebora, Iulia Traducta y Colonia Romula», *Numisma,* 156-161, 9-91.
CHAVES, F. (1980): «Numismática antigua de la Ulterior», *Numisma,* 162-164, 99-122.
DOMENECH BELDA, C. (1991): *El hallazgo de Dirhemes Caifales de Almoradi (Alacant),* Valencia.
DOMÍNGUEZ, A. (1979): *Las cecas Ibéricas del Valle del Ebro,* Zaragoza.
DOMÍNGUEZ, A. (1991): *Medallas de la antigüedad. Las acuñaciones ibéricas y romanas de Osca,* Huesca.
GARCÍA-BELLIDO, M. P. (1982): *Las monedas de Cástulo con escritura indígena. Historia Numismática de una ciudad minera,* Barcelona.
GARCÍA-BELLIDO, M. P. (1990): *El tesoro de Mogente,* Valencia.
GIL FARRES, O. (1974): *Historia Universal de la moneda,* Madrid.
GIMENO, J. (1986): «España y Portugal», *A survey of Numismatic Research 1978-1984,* II, Londres, 941-949.
GUADAN, A. M. (1968-70): *Las monedas de plata de Emporion y Rhode,* Barcelona.
GUADAN, A. M. (1980): *La moneda Ibérica. Catálogo de numismática Ibérica e Ibero-Romana,* Madrid.

GURT, J. M. (1985): *Clunia III. Hallazgos monetarios. La romanización de la Meseta Norte a través de la circulación monetaria en la ciudad de Clunia,* Madrid.
IBRAHIM, T. y GIMÉNEZ, J. (1990): Bibliografía de la numismática hispano-musulmana, *Numisma,* 222-227, 83-123.
JUSUE, C. y RAMÍREZ, E. (1987): *La moneda en Navarra,* Pamplona.
LLORENS, M. M. (1987): *La ceca de Ilici,* Valencia.
MARÍN DE LA SALUD, J. (1975): *La moneda de Navarra y su documentación (1513-1838),* Madrid.
MATEU Y LLOPIS, F. (1975): «Los medallistas del Renacimiento Italiano y los orígenes de la medalla española», *Gaceta Numismática,* 36, 59-72.
MATEU Y LLOPIS, F. (1977): «Monedas de los Reinos de Valencia y Mallorca, *Numisma,* 147-149, 123-140.
MATEU Y LLOPIS, F. (1980a): «La moneda visigoda», *Numisma,* 162-164, 167-175.
MATEU Y LLOPIS, F. (1980b): «Numismática valenciana», *Numisma,* 162-164, 177-205.
NAVASCUÉS, J. M. (1969-71): *Las monedas hispánicas del Museo Arqueológico Nacional de Madrid* (2 vols.), Barcelona.
OROL PERNAS, A. (1977): «Las monedas medievales castellanas-leonesas», *Numisma,* 147-149, 91-113.
OROL PERNAS, A. (1982): *Acuñaciones de Alfonso IX,* Madrid.
OROL PERNAS, A. (1986): «La Real Casa de Moneda de Trujillo», *Estudios en homenaje al doctor Antonio Beltrán Martínez,* Zaragoza.
OROL PERNAS, A. (1990): «Nueva ceca en Madrid. La casa de moneda de molinos de la Puerta de Alcalá», *Numisma,* 222-227, 57-80.
PELLICER, J. (1975): *Glosario de Maestros de ceca y ensayadores. Ensayo de ordenación alfabética-cronológica,* Barcelona.
PELLICER, J. (1988): *Al-Andalus. Las fuentes y la numismática. (Síntesis cronológico-metrológica de las acuñaciones del Califato de Córdoba),* Barcelona.
PEREIRA, I. *et alii* (1974): *Fouilles de Conimbriga, III. Les monnaies,* París.
RAMÓN BENEDITO, V. *et alii* (1974): *La moneda medieval hispano-cristiana,* Madrid.
RICHARD, J. C. M. y VILLARONGA, L. (1973): «Recherches sur les étalons monétaires en Espagne et en Gaule du sur antérieurment à l'époque d'Auguste», *Mélanges de la Casa de Velázquez,* IX, 81-131.
RIPOLLÉS, P. P. (1990): «Estudio numismático del poblado ibérico Los Villares (Caudete de las Fuentes, Valencia). Nuevos hallazgos de la ceca de Kelin», *Numisma,* 165-167, 9-22.
RIPOLLÉS, P. P. (1982a): «Corpus Nummorum Hispanorum I: Medagliere Vaticano, *Italica,* 16, 87-118.
RIPOLLÉS, P. P. (1982b): *La circulación monetaria en la Tarraconense Mediterránea,* Valencia.
RIPOLLÉS, P. P. (1986): *Monete Ispaniche nelle collezioni Italiane* (2 vols.), Roma.
RIPOLLÉS, P. P. (1987): *La ceca de Valentia,* Valencia.
RODRÍGUEZ LORENTE, J. J. (1977): «Las monedas árabe-españolas», *Numisma,* 147-149, 81-90.
RODRÍGUEZ LORENTE, J. J. (1982): *Prontuario de la moneda arábigo-española,* Madrid.
RODRÍGUEZ MÉRIDA, J. A. (1986): «Cecas del bajo Guadalquivir en época republicana», *Revista de Arqueología,* 67, 20-31.
ROMAGOSA, J. (1969): Notas sobre las monedas de Olontigi, *Gaceta Numismática,* 13, 20.
RUEDA SABATER, M. (1984): *Los florines del Museo Arqueológico Nacional,* Barcelona.
RUEDA SABATER, M. (1991): *Primeras acuñaciones de Castilla-León,* Madrid.
SÁENZ-DÍEZ, J. I. (1982): «Panorámica de la numismática hispano-árabe», *Numisma,* 174-176, 81-96.
SÁENZ-DÍEZ, J. I. (1984): *Las acuñaciones del Califato de Córdoba en el norte de Africa,* Madrid.
SAGREDO, L. y ARRIBAS, E. (1987): *Circulación y evolución monetaria en la Provincia de Segovia en la antigüedad,* Segovia.
SOLÁ SOLÉ, J. (1969): «El rótulo púnico de Ituci», *Sefarad,* XXV, 39-48.
SOLÁ SOLÉ, J. (1980): *El alfabeto monetal de las cecas «libio fenices»,* Barcelona.
UNTERMANN, J. (1975): *Monumenta linguarum hispanicarum, Band I. Die Münzlegenden,* 1, text. 2. Tafeln, Wiesbaden.
VEGUÉ, P. (1977): «Numismática medieval catalana. Estado de la cuestión», *Numisma,* 147-149, 115-121.
VILLARONGA, L. (1973): *Las monedas hispano cartaginesas,* Barcelona.
VILLARONGA, L. (1977a): *Los tesoros de Azaila y la circulación monetaria en el Valle del Ebro,* Barcelona.
VILLARONGA, L. (1977b): «The aes coinage of Emporion», *B.A.R. Supplemetary series,* 23.
VILLARONGA, L. (1978): *Las monedas ibéricas de Ilerda,* Barcelona.
VILLARONGA, L. (1979): *Numismática antigua de Hispania,* Barcelona.
VILLARONGA, L. (1981-83): «Necesidades financieras en la Península Ibérica durante la Segunda Guerra Púnica y primeros levantamientos de los íberos», *Nummus,* IV-VI, 63-98.
VILLARONGA, L. (1983a): «Diez años de novedades en la numismática hispano-cartaginesa 1973-1983», *Rivista di studi fenici,* XI, Supplemento, 57-73.
VILLARONGA, L. (1983b): *Les monedes ibèriques de Tàrraco,* Barcelona.
VILLARONGA, L. (1985): *Estadística aplicada a la Numismática,* Barcelona.
VILLARONGA, L. (1988): *Els denaris ibèrics d'Ikalkusken,* Valencia.

ARQUEOLOGIA PALEOCRISTIANA Y VISIGODA

M.ª Angeles Alonso Sánchez
Universidad Autónoma de Madrid

No es fácil resumir en un artículo de páginas limitadas todo lo que durante los últimos veinte años (1970-1990) se ha hecho en España en el campo de la arqueología paleocristiana y visigoda. Dos culturas distintas, cronológicamente no del todo coincidentes, pero que se solapan y entremezclan de tal modo que, más de una vez, es difícil asignar con seguridad a una de las dos un edificio concreto. Más neta es la distinción en el campo de la decoración y en el de las artes menores, sin que por ello deje de haber zonas de confluencia. Sin embargo, en este artículo nos referiremos por separado a cada una de esas culturas, por estimar que así se consigue una mayor claridad y precisión.

1. LA ARQUEOLOGIA PALEOCRISTIANA EN HISPANIA (1970-1990)

A) Reuniones y estudios generales

Importantes estudios se han realizado durante estos años, jalonados por las tres Reuniones Nacionales celebradas respectivamente en 1966 (1) (Vitoria), 1978 (Montserrat, Barcelona) y 1988 (Mahón, Baleares), todas ellas convocadas y bajo la dirección del profesor Pedro de Palol, quien, poco después de la primera reunión, daba a conocer su obra *Arqueología Cristiana de la España romana (1967)*. Dicha obra, todavía hoy vigente, ha marcado el comienzo de una etapa nueva en orden al estudio de la realidad paleocristiana en España. En las tres Reuniones hubo, por parte del profesor Palol, la presentación del estado de la cuestión de la arqueología paleocristiana hispánica, con especial referencia a la investigación. Estas tres tomas de conciencia de la situación en la que la arqueología paleocristiana se encuentra, facilitan enormemente la tarea a la hora de tener una visión de conjunto de la misma.

Hay que hacer notar que la primera de esas reuniones nacionales se celebró con una finalidad concreta, la de preparar el VIII Congreso Internacional de Arqueología Cristiana que, según el acuerdo tomado en Tréveris al finalizar el VII Congreso, debería realizarse en España y concretamente en Barcelona. Así lo afirma Palol en la Introducción del volumen de Actas: «Por ello hemos creído que era una necesidad inmediata celebrar una reunión de estudiosos de nuestra Arqueología Cristiana, a fin de establecer un contacto personal directo, que permita hacer un plan de trabajo con vistas a la futura reunión Internacional.» De hecho, algunos de los temas tratados en Vitoria fueron objeto de comunicaciones en el Congreso Internacional. Y, desde luego, la Reunión fue un buen punto de arranque para hacer un planteamiento serio de futuros trabajos.

El VIII Congreso Internacional celebrado en Barcelona, además de reunir a los mejores estudiosos de Arqueología paleocristinana del mundo, sirvió de plataforma para la presentación de temas hispánicos del relieve. Entre todos merece destacar el del Mausoleo de Centcelles (Tarragona), del que se estudió tanto su arquitectura (Th. HAUSCHILD, 1972, 333-339) como los interesantísimos mosaicos de su cúpula (H. SCHLUNK, 1972, 459-477). También en ese foro internacional se dieron a conocer el Mausoleo de las Vegas de Pueblanueva (Toledo) y la basílica de Marialba (León), ambos estudiados por Th. Hauschild (HAUSCHILD, 1972, 327-339), la necrópolis paleocristiana de Cartagena, hoy día conservada en parte dentro del Museo (P. SANMARTÍN y P. DE PALOL, 1972, 447-459) y el baptisterio de Barcelona que todavía estaba en proceso de excavación (VERRIÉ, 1972, 605-610). Los congresistas pudieron visitarlo, así como también les fue posible contemplar la hermosa cúpula del mausoleo de Centcelles y toda la villa donde está enclavado.

La II Reunión Nacional se celebró en Montserrat en noviembre de 1978 y tuvo la novedad de que, además de los arqueólogos, participaron en ella, aportando sus propias investigaciones, especialistas de liturgia, de patrística, de literatura cristiana antigua y de historia social, con lo que pudo lograrse «una visión más amplia, concreta y rica del mundo paleocristiano hispánico» (PALOL, IX de las Actas). Entre todas las ponencias y comunicaciones presentadas y publicadas, merecen ser destacadas por su importancia y trascendencia histórica, dos: la ponencia de M. Sotomayor titulada «Reflexión histórico-arqueológica sobre el supuesto origen africano del cristianismo hispano» (SOTOMAYOR, 1982, 11-31) y el «dossier» con los resultados de las excavaciones realizadas por el Instituto de Arqueología y Prehistoria de Barcelona en la basílica de Fornells (Menorca, Baleares), y que figura en las Actas a manera de Apéndice de más de 100 páginas y 44 láminas. En el primer estudio, posteriormente recogido en el volumen I de la *Historia de la Iglesia en España* de la BAC (R. GARCÍA-VILLOSLADA, 1979), se aclara y zanja definitivamente el tan traído y llevado tema del origen africano del cristianismo hispano, a la vez que se sitúan en su verdadero contexto histórico, los paralelos y los influjos africanos (reales y verificables) en los testimonios cristianos hispánicos de los siglos V y VI (e incluso de finales del IV), pero que, sin embargo, no autorizan a hablar de una relación de origen. En cuanto a la basílica de Fornells no hay duda de que se trata de una investigación importante (esta publicación es un avance de la memoria todavía no publicada), que ha aportado a la arqueología paleocristiana el conocimiento de un conjunto arquitectónico (2) con una serie de peculiaridades: cripta cruciforme emplazada en el prebisterio y en relación con la nave central; baptisterio circular inscrito en un cuadrado de lados curvos, y situado en el lado norte, cerca del presbiterio; vestíbulo emplazado a los pies del templo, transversal a las naves del mismo y con un piso superior al que se accede por una escalera, aún hoy visible, dentro de la basílica y que sin duda fue una tribuna litúrgica. Tanto los restos arquitectónicos como el material litúrgico y las cerámicas halladas, aportan datos importantes a este hallazgo dado a conocer de modo bastante completo en estas Actas (PALOL *et alii*, 1982, 353-454).

La III Reunión (Mahón, 1998), cuyas actas aún no han salido a la luz, concedió gran importancia a las conexiones mediterráneas. El avance de Ponencias y Comunicaciones entregado a los Congresistas en las Pre-Actas (desgraciadamente bastante incompletas), muestra también que son muchas las aportaciones referentes a la arqueología paleocristiana balear, como corresponde a un Congreso celebrado en una de sus islas, y también, sin duda, porque es una zona geográfica de una gran riqueza paleocristiana y en la que hay un interesante programa de investigación que se sigue con eficacia desde hace años.

Además de las Reuniones Nacionales, a las que nos acabamos de referir, hay algunas otras publicaciones que nos dan una visión de conjunto sobre la arqueología paleocristina hispánica de estos últimos lustros. En efecto, en la voz «Arqueología Cristiana romana y visigoda» del *Diccionario de Historia Eclesiástica de España* (Q. ALDEA; J. VIVES y T. MARÍN, 1972) quedó recogido por el doctor Palol todo lo concerniente a ese tema, con abundante bibliografía sobre el mismo (PALOL, 1972, t. I. 96-113). También tienen este carácter las presentaciones panorámicas hechas por el mismo investigador en algunos de los Congresos Internacionales de arqueología Cristiana, como son el de Barcelona (PALOL, 1982, 167-185) y Lyon (PALOL, 1989, 1975-2027), y en el I Congreso de Arqueología Medieval Española (PALOL, 1986, t. II, 7-9). Hay que citar también la magnífica publicación de los investigadores del Instituto Alemán *Hispania Antiqua* (SCHLUNK y HAUSCHILD, 1978) y la primera parte de la obra de J. Fontaine *el Prerrománico* (FONTAINE, 1982, 29-105).

B) Estudios parciales

Más abundante han sido, durante estos veinte años, los estudios parciales, bien referidos a un monumento concreto, a una zona geográfica, a un tema monográfico o a un nuevo hallazgo.

Dentro del primer grupo hay que valorar muy positivamente la revisión y publicación de varias basílicas paleocristianas ya conocidas: Torre de Palma, en Portugal, (ALMEIDA, 1972-73), El Germo, en Córdoba (Th. ULBERT, 1971), Casa Herrera, en Badajoz (CABALLERO y ULBERT, 1976). S. Cugat del Vallés, en Barcelona (X. BARRAL, 1974), las basílicas de las Baleares (PALOL *et alii*, 1988), y las de la antigua Lusitania (CERRILLO, 1978). Un estudio de conjunto de la arquitectura puede verse en el *XXXIV Corso di Cultura sull'arte Ravenate e Bizantina*, dedicado a la *Archeologia e arte nella Spagna tardoromana, visigota e mozarabica* (PALOL, 1987, 291-300).

También han visto la luz diversos estudios referentes al mundo paleocristiano, en determinadas zonas geográficas. Citaremos la importante publicación dedicada a las provincias vascas (A. AZKÁRATE, 1988); la parte que se dedica al origen cristiano y primeros siglos en la publicación sobre Cala horra, con motivo de la celebración de su bimilenario (VV.AA., 1984, 217-283); la breve publicación sobre los orígenes del cristianismo en Cantabria (GONZÁLEZ ECHEGARAY, 1969); la aportación sobre los primeros siglos del cristianismo en el convento jurídico asturicense, recogida en *Legio VII Gemina* (QUINTANA, 1970, 441-475). Y la referencia a los monumentos paleocristianos de la «Gallaecia», especialmente de la provincia de Lugo, que se publicó en las Actas de su bimilenario (SCHLUNK, 1977, 193-237).

En el aparato de los temas monográficos es preciso citar, en primer lugar, las dos obras publicadas sobre sarcófagos paleocristianos de origen romano, en las que se abordan los datos históricos (SOTOMAYOR, 1973) y la iconografía (SOTOMAYOR, 1975). El tema de los sarcófagos paleocristianos de España se completa con la ponencia presentada por Schlunk al VIII Congreso Internacional, ya citado, celebrado en Barcelona, sobre «Los sarcófagos paleocristianos labrados en Hispania» (SCHLUNK, 1972, 187-219).

Un estudio monográfico sobre la importante necrópolis de Tarragona, completado dos años más tarde con la publicación de la parte gráfica (M. D. DEL AMO, 1979 y 1981) ha venido a llenar un vacío muy notado, pues es la única necrópolis paleocristiana de una cierta entidad que se ha conservado en la Península, y que ha sido excavada con resultados discretos. Obra de gran envergadura es la publicación póstuma de Schlunk sobre la iconografía del mausoleo de Centcelles (SCHLUNK, 1988).

No son muchos los hallazgos que han causado una bibliografía interesante, durante estos veinte años, en el campo de la arqueología paleocristiana. Querríamos, sin embargo destacar los más señalados.

En el XIV Congreso Nacional de Arqueología se dio a conocer un probable oratorio paleocristiano, emplazado en Ouvigo, Blancos, Orense. (A. RODRÍGUEZ COLMENERO, 1977, 1209-1220). En 1977 el Doctor Blanco Freijeiro dio a conocer un nuevo baptisterio paleocristiano, emplazado en los Reales Alcázares de Sevilla, en relación con la primitiva basílica. Dicho baptisterio ha sido posteriormente excavado, estudiado y publicado en el NAH (M. BENDALA e I. NEGUERUELA, 1980, 335-380). También en la provincia de Sevilla, concretamente en Gerena, se ha descubierto, en el verano de 1980, una nueva basílica paleocristiana, de planta rectangular, orientada de Este a Oeste, con tres naves y cabecera tripartita plana, constituida por el ábside y dos cámaras laterales, que recuerda por su estructura la ya conocida de Bobalá (Lérida). La basílica cuenta con un baptisterio situado en un amplio vestíbulo, a los pies de la misma. Tanto el edificio como la necrópolis emplazada en su entorno, especialmente en el lado S, han sido excavados y publicados en el NAH (F. FERNÁNDEZ GÓMEZ *et alii*, 1987, 103-200).

También se han hallado, en estos años, nuevos fragmentos escultóricos, casi en su totalidad pertenecientes a sarcófagos paleocristianos, que vienen a aumentar el ya rico patrimonio con que nuestro país cuenta en este campo. En primer lugar hay que citar la tapa de sarcófago localizada en Temes-Carballedo (Lugo), incrustada en la pared de la iglesia de Santa María, y que ha salido a la luz al quitar el revoque de las paredes. Aunque muy desgastada y mutilada, es posible identificar en ella la «tabella» central, con escenas bíblicas a uno y otro lado: a la izquierda la escena de la Epifanía, seguida del pecado de Adán y Eva. Y a la derecha el ciclo de Jonás. Esta pieza ha sido estudiada por J. Delgado y dada a conocer en la *Rivista di Archeologia Cristiana* (DELGADO, 1976, 303-324). El sarcófago al que esta tapa pertenece ha sido clasificado como perteneciente a la etapa preconstantiniana.

En la Bética, donde desgraciadamente y contra toda lógica, no abundan los sarcófagos paleocristianos, se han hallado, durante estos últimos veinte años, varios fragmentos. En 1971 daba a conocer M. Bendala un fragmento perteneciente a un sarcófago teodosiano del tipo Bethesda, (BENDALA, 1971, 273-280), y años después M. Sotomayor ha dado a conocer otros fragmentos procedentes y situados actualmente en la zona de Jerez de la Frontera. Dichos fragmentos, hoy día empotrados en la pared del cortijo «El Sotillo Nuevo», junto a la puerta de la Capilla, corresponden al frente de un

sarcófago con las escenas separadas por columnas estriadas en espiral, que sostienen alternadamente arcos y frontones. Es, por tanto, semejante al conocido sarcófago de Córdoba. Los restos conservados corresponden a tres escenas (de las cinco que debió tener el sarcófago completo). La primera es el arresto de Pedro: se ven restos de dos soldados, tocados con el conocido *pileus panonicus*, que sujetaban los brazos del Apóstol, quien según aparece en otras escenas semejantes, podría tener la mano izquierda abierta o sujetar con ella la vara taumatúrgica. La segunda escena corresponde a Moisés recibiendo las tablas de la Ley. Y la tercera, más difícil de identificar por el grado de mutilación que sufre, podría ser la del paralítico curado que carga con su camilla.

También se han dado y han sido recogidos en las publicaciones, hallazgos de piezas pequeñas, bien metálicas o bien fragmentos cerámicos identificados como paleocristianos. Ante la imposibilidad de hacer una amplia reseña, nos limitamos a señalar el amplio fragmento de un plato en cerámica africana D, decorado con siete crismones, encontrado en la muralla de Gijón, en la VI campaña de excavaciones, y cuyo estudio ha sido publicado en *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología* de la UAM (M. A. ALONSO SÁNCHEZ y C. FERNÁNDEZ OCHOA, 1988, 339-377).

Finalmente queremos citar, aunque sabemos que el tema está sujeto a polémica, y que hay que esperar estudios más científicos para una toma de posición, el controvertido hallazgo, en el mausoleo llamado del Apóstol Santiago, bajo la catedral de Santiago de Compostela, del título sepulcral griego de su discípulo Atanasio, del que se dio a conocer una primera noticia en el *Boletín de la Real Academia de la Historia* (I. MILLÁN GONZÁLEZ PARDO y A. BLANCO FREIJEIRO, 1989, 209-220).

C) Avances en el conocimiento de la realidad paleocristiana hispana y situación actual de la misma

Es preciso hacer una primera constatación: «La investigación arqueológica dedicada a la arqueología cristiana hispánica ha seguido con un ritmo un tanto desigual, pero con frutos y resultados importantes. Todavía no existen programas concretos de investigación, excepto el desarrollado —y en curso de realización todavía— desde el Instituto de Arqueología de la Universidad de Barcelona.» Son palabras del profesor Palol en el XI Congreso Internacional de Arqueología Cristiana, celebrado en Lyon en 1986. Este programa que lleva a cabo la Universidad de Barcelona, intenta el estudio de los monumentos de las provincias orientales de la Tarraconense y de las islas Baleares. «Por lo que hace al resto de la Península ibérica —de nuevo son palabras del profesor Palol— los hallazgos han sido, en todo caso, ocasionales y las excavaciones consecuencia de los mismos, sin un plan concreto de investigación» (PALOL, 1989, 1975-1976). Estas afirmaciones que se hacían en el foro internacional del Congreso de Lyon, fueron desgraciadamente repetidas y confirmadas en la Reunión Nacional celebrada en Mahón (Menorca) en 1988. Y desde entonces las cosas no han cambiado. Intentaremos, sin embargo, señalar cuáles han sido esos «frutos y resultados importantes», a los que el profesor Palol se refería.

Es cierto que, al hablar de las publicaciones que han visto la luz durante este veintenio, ya sean obras generales o estudios parciales, hemos ido refiriéndonos a los descubrimientos y las novedades que han ido aflorando. No obstante parece necesario referirnos aquí a esas posiciones conquistadas tras la investigación y el análisis de los distintos elementos parciales, que nos permiten llegar a unas conclusiones o posiciones sintéticas. Estas conclusiones no son nunca algo cerrado. Son las conclusiones de 1990, distintas ciertamente de las que que se elaboraron hace veinticinco años, y probablemente distintas también de las que se elaborarán dentro de otros veinticinco.

Vamos a centrar nuestra atención especialmente en el campo de la arquitectura religiosa, que es en el que más investigaciones ha habido. Seguimos muy cercanamente las aportaciones del profesor Palol, recogidas en una serie de publicaciones (PALOL, 1972, 1982, 1986, 1987, 1989), y también las de otros investigaciones (CABALLERO, 1981, 1987; CERRILLO, 1981).

Es hoy día algo comúnmente admitido, y verificado a través de las excavaciones de los monumentos cristianos de tradición hispano-romana, que existe un conjunto de edificios, clasificados como paleocristianos, cronológicamente paralelos a la llamada arquitectura visigoda (o arquitectura de época visigoda), y que corresponden en su mayoría a los siglos V, VI y parte del VII (o incluso todo el siglo VII), sin que sepamos hasta qué punto el III Concilio de Toledo, del 589, pudo estimular o propiciar un renacimiento de las construcciones religiosas. A esto hay que añadir una segunda e importante aseveración: la de que la inmensa mayoría de las basílicas paleocristianas conocidas en España, son edificios pertenecientes al ámbito rural. Respecto a la arquitectura religiosa urbana, de la que nos hablan las fuentes escritas (como es por ejemplo el Obispo Severo respecto a las basílicas de Menorca, o las afirmaciones de Aurelio Prudencio Clemente sobre la basílica de Santa Eulalia de

Mérida), nada nos ha llegado. Tenemos solamente un edificio urbano, quizá perteneciente a un conjunto episcopal: la basílica de Barcelona. Es también el único templo con un baptisterio unido a sus pies, emplazado en una zona interior del recinto amurallado de la ciudad, concretamente en el lugar donde hoy día se alza la catedral gótica. Las fechas asignadas al edificio (PALOL, 1989, 2006-2014, sobre noticias facilitadas por Oriol Granados) son: finales del siglo IV como momento inicial de la construcción (fecha avalada por las noticias que tenemos de los prelados) y la segunda mitad del siglo VI como la fecha en que se llevó a cabo la última restauración del edificio y sus pinturas.

En relación al conjunto de las iglesias paleocristianas de ámbito rural, el profesor Palol ha intentado establecer una seriación cronológica y tipológica de los edificios, ya sean éstos funerarios o culturales:

1. Tendríamos en primer lugar una serie de edificios funerarios, fechados en el siglo IV, de diversas tipologías:

a) Un grupo de mausoleos, que aparecen aislados, pertenecientes a conjuntos cementeriales, con planta templar. Son éstos el mausoleo de la Alberca (Murcia), algunos mausoleos excavados en la necrópolis de Tarragona, y también los mausoleos excavados por Th. Hauschild en el S de Portugal, entre los que destaca el complejo de Milreu-Estoy, en el Algarbe portugués.

b) Otro grupo de planta central, ya sea poligonal, polilobulada o sencillamente circular con cúpula, al que pertenece una serie de edificios, algunos sin conexión con el cristianismo y otros, en cambio, probadamente cristianos. Tales son el de Las Vegas de Pueblanueva (Toledo), poligonal y con cripta; el de planta central tetralobulada de la necrópolis de Tarragona; y el mausoleo por tantos conceptos único de Centcelles (Tarragona). Este, con cúpula hemiesférica cubierta de mosaicos, en los que impera la tradición iconográfica paleocristiana, tiene sus paralelos en los mausoleos tardoconstantinianos del tipo del de Constanza, de Roma, y presenta una temática y una calidad de ejecución que indujeron al investigador Schlunk a identificarlo como la tumba de Constante II hijo de Constantino, quien murió asesinado en Elna, en el Pirineo francés.

2. A este siglo IV, en el que fechamos todos estos edificios funerarios, no podemos adjudicar, con absoluta seguridad, edificios basilicales. Solamente contamos, como algo excepcional, con la basílica martirial de Marialba (León), para la que Hauschild propone la fecha de finales del siglo IV, basándose en el tipo de construcción que presenta. Se trata de una iglesia de gran tamaño y con el ábside en herradura, que sufriría posteriormente transformaciones fundamentales, pasando a ser un edificio de planta central, con cúpula. Podría quizá ser también del siglo IV la basílica de Elche (Alicante), si se confirma la hipótesis mantenida últimamente de que se trata de una basílica cristiana y no de una sinagoga. No obstante, Palol piensa que su uso como basílica cristiana encajaría mejor en el siglo V, coincidiendo con las muchas conversiones de judíos que en ese momento se verifican, según acreditan las fuentes escritas.

Los restantes edificios basilicales se fechan (atendiendo a los datos que hoy día poseemos), en los siglos V y VI, perviviendo la mayor parte de ellos hasta el 711 por lo menos. Dentro de este gran grupo distinguimos varios subgrupos, jugándose en esta clasificación tanto con los elementos tipológicos que los caracterizan, como con la distribución geográfica.

a) En primer lugar tendríamos el subgrupo que Palol dènominó «de transición al mundo visigodo». Se incluye aquí una serie de edificios diversos, que tienen en común el poseer un aula rectangular o cuadrangular y un ábside, que en algunos tiene forma de herradura. Es un grupo heterogéneo, con problemas específicos en cada edificio: contamos aquí con la basílica de Aljezares (Murcia), con tres naves y ábside semicircular, situado en forma peraltada en relación a los muros de la nave central y con baptisterio circular adosado a la nave del O. La primera fase de la basílica de Recópolis (Guadalajara), a la que, según las últimas excavaciones, pertenece la nave central, el transepto y el ábside, también encaja en este subgrupo. La basílica de Cabeza de Griego (Cuenca), con aula rectangular de tres naves construida a partir de un mausoleo con cripta ultrasemicircular y pórtico alargado (que recuerda el de Odrinhas en Portugal o los de La Cocosa en Badajoz). Otros templos menores formarían parte también de este grupo «de transición», como son el primero de Santa María de Tarrasa, el de San Cugat del Vallés y el templo martirial de la arena del circo de Tarragona.

b) Un segundo subgrupo lo forma una serie de templos localizados en una amplia zona que se extiende desde las Baleares a la Bética y aun parte de la Lusitania, y que tienen como nota común la cabecera rectangular saliente, siendo ésta en su interior unas veces rectangular y otras semicircular. Ambos tipos se constatan en las islas baleares a mediados del siglo VI. Así por ejemplo la basílica de Fornells, en Menorca, y las de Santa María del Camí y Son Peretó en Mallorca (esta última será posteriormente modificada con el añadido de cámaras laterales al ábside).

c) Un tercer subgrupo, relacionado con el anterior, y muy especialmente con la citada basílica de Son Peretó en su segunda fase, es el que presenta la cabecera tripartita, bien respondiendo a un esquema originario, bien como consecuencia de haber añadido dos habitaciones laterales al ábside rectangular saliente. Se encuadran en este subgrupo la basílica de Son Bou, en Menorca; la de Bovalar, en Lérida; la de Gerena, en Sevilla; la de San Pedro de Alcántara en Málaga; la de Casa Herrera en Badajoz; y la de Torre de Palma en Portugal.

d) Un cuarto subgrupo lo forma dos basílicas menorquinas con aula única y con el pavimento cubierto de mosaicos que con su iconografía conforman tres zonas bien definidas. Son las basílicas de Es Fornés de Torrelló y de la Illeta del Rey.

e) El quinto subgrupo lo forman un conjunto de edificios que se han puesto en relación con los templos de doble ábside africanos (Duval, 1973), y que se extienden en la Península por las provincias de la Bética (San Pedro de Alcántara, en Málaga y el Germo, en Córdoba) y la Lusitania (Casa Herrera en Badajoz y Torre de Palma en Portugal) (3). Palol ha visto una relación entre estos templos con ábsides contrapuestos y aquellos otros, existentes en la Península, con doble coro o contra-coro al fondo de la nave principal (Son Peretó, Fornells y Bovalar).

2. LA ARQUEOLOGIA VISIGODA HISPANICA (1970-1990)

A) Los estudios de carácter general

Al comenzar el último veintenio, época en la que se centra nuestro trabajo, existían ya en la Península importantes estudios que trataban de la arqueología visigoda de modo general. El interés por la cultura visigoda se debió, en gran parte, al movimiento iniciado por un grupo de investigadores alemanes, a finales del siglo XIX y principios del XX, en favor de la profundización y un estudio de la cultura de los pueblos germánicos. Este interés atrajo a España, en la década de los años treinta, a varios arqueólogos alemanes, entre ellos el investigador Hans Zeiss, quien puede ser considerado el promotor de los estudios sobre arqueología visigoda en la Península. Junto a él se alinearon, en un primer momento, los profesores Martínez Santa Olalla, Emilio Camps Cazorla, Manuel Gómez Moreno y José Ferrandis. Más tarde se incrementaría el número de los investigadores españoles dedicados a esta cultura con los nombres de los arqueólogos Puig y Cadafalch, Schlunk, Palol, Caballero, Cerrillo, Ripoll y otros actualmente dedicados a ello.

Hemos dicho que en 1970 existían ya importantes estudios de conjunto. Citaremos entre ellos los capítulos dedicados a los restos arqueológicos en el tomo III de la *Historia de España,* dirigida por Menéndez Pidal, dedicado a la *España visigoda,* elaborados respectivamente por Camps Cazorla, bajo el título de «Arte hispanovisigodo», y que abarca todo lo referente a la arquitectura y los restos arquitectónicos decorados, (CAMPS, 1976, 493-666) y por Ferrandis, bajo el título de «Artes decorativas visigodas» todo lo referente a metales, joyas, vidrios y tejidos (FERRANDIS, 1976, 669-724).

También hay que citar en este apartado la publicación de P. de Palol (1966) sobre *Arte hispánico de la época visigoda,* en cuyo título se acuña ya la distinción entre «pueblo visigodo» y «época visigoda».

Durante estos últimos veinte años el número de publicaciones sobre esta cultura se ha incrementado extraordinariamente. Dentro de los repertorios hay que traer aquí la publicación del Departamento de Historia Antigua de la Universidad de Valladolid (M. ALONSO AVILA, L. SAGREDO, S. EUSTAQUIO y S. CRESPO ORTIZ DE ZÁRATE, 1985), titulada *Hispania visigoda. Bibliografía sistemática y síntesis histórica,* donde se recoge toda la bibliografía publicada hasta 1981, clasificada en siete apartados. Aunque toda ella es útil para el investigador de arqueología visigoda, no hay duda de que lo es especialmente la parte dedicada a fuentes arqueológicas (más de 400 títulos) y la dedicada a arte (más de 300 títulos). Se trata, pues, de una obra de consulta imprescindible, si bien es preciso completar la información que proporciona con las publicaciones posteriores a 1981, que son muchas. Otro compedio bibliográfico, que en conjunto recoge más de 10.000 títulos (no sólo de temas arqueológicos) ha sido publicado en Colonia (Alemania) con el título *The visigoths in Gaul and Spain, AD 418-711. A Bibliography* (A. FERREIRO, 1988). Son 822 páginas donde las publicaciones, consignadas por los nombres de los autores, se completan con las partes dedicadas a Congresos y a Homenajes.

Entre las obras de carácter general publicadas durante este veintenio, señalamos la *Historia de España. La España visigótica* de J. Orlandis (ORLANDIS, 1977), si bien es una obra con una orientación más histórica que arqueológica. También hay que volver a citar (lo hicimos ya a propósito de la arqueología paleocristiana) la publicación de Fontaine sobre *El Prerrománico,* que dedica al mundo

visigodo su segundo gran apartado (FONTAINE, 1982, 117-266). Y la reciente publicación *Los godos en el Occidente Europeo* (PALOL y RIPOLL, 1988), con gran riqueza de ilustraciones, que dedica casi 200 páginas a la presencia de los visigodos en Hispania.

Aunque es evidente su carácter divulgativo, no queremos dejar de citar el número 108 de los *Dossiers Histoire et Archéologie. Les Wisigoths,* con colaboración de diversos autores españoles.

Han tenido importancia, para el conocimiento y estudio de la arqueología visigoda, los tres Congresos de Arqueología Medieval Española que se han celebrado hasta la fecha. El primero, celebrado en Huesca en 1985 (Actas publicadas en Zaragoza en 1986), recoge en su segundo volumen todo lo referente a la cultura visigoda. Este volumen se abre con una breve y enjundiosa puesta al día de la situación en que se encuentra la investigación en este campo, a cargo del profesor Palol. Son variados los temas tratados en este congreso y recogidos en este segundo volumen, abundando los hallazgos de los que se da noticia, así como la revisión o nueva interpretación de monumentos o piezas ya conocidas. Habría que destacar los estudios sobre nuevas necrópolis y la información aportada sobre los conjuntos arquitectónicos de Pla de Nadal, en Valencia (NAVARRO, 1986, 25-40) y de Gerena, en Sevilla, en su segunda fase (FERNÁNDEZ, 1986, 41-50).

El II Congreso de Arqueología Medieval se celebró en Madrid, en enero de 1987 (Actas publicadas en 1988). Entre las ponencias presentadas queremos hacer especial mención, por lo que incide en nuestro tema, de la de L. Caballero «Hacia una propuesta tipológica de los elementos de la arquitectura de culto cristiano de época visigoda (Nuevas iglesias de El Gatillo y El Trampal)» (CABALLERO, 1988, 1, 62-98), en el que se hace una propuesta de clasificación tipológica, que matiza la ya presentada por el mismo investigador en la ponencia del *XXXIV Corso di Cultura sull'arte Ravenate e Bizantina. Archeologia e Arte nella Spagna tardoromana, visigota e morazabica,* (CABALLERO, 1987, 31-84). También hay comunicaciones interesantes sobre el tema visigodo, como es la de L. Olmo sobre «Los conjuntos palatinos en el contexto de la topografía urbana altomedieval de la Península Ibérica», con especial referencia a Recópolis (OLMO, 1988, 345-352).

El III Congreso, celebrado en Oviedo en 1989, recoge entre sus ponencias aportaciones de gran interés, como son la de E. Cerrillo sobre «El mundo funerario y religioso en época visigoda» (CERRILLO, 1989, 91-110) y la de Caballero sobre «Pervivencia de elementos visigodos en la transición al mundo medieval. Planteamientos del tema» (CABALLERO, 1989, 1, 113-134).

B) Estudios parciales y monografías

Han sido muy abundantes durante estos últimos años los estudios parciales y no han faltado las monografías sobre temas precisos, tanto que preferimos remitirnos a los compendios bibliográficos ya citados. Quisiéramos, sin embargo, referirnos aquí a los estudios monográficos que, a nuestro juicio, tienen mayor entidad y significación en los avances de la investigación arqueológica.

Nos referiremos, en primer lugar, al estudio y a la revisión de la necrópolis visigoda de El Carpio del Tajo (Toledo), publicada con el número 142 en la serie de EAE (G. RIPOLL, 1985). Esta necrópolis, excavada en 1924, había permanecido inédita hasta ahora, si bien los ajuares procedentes de ella, con piezas en muchos casos ricas y hermosas, estaban, casi en su totalidad, expuestos en el Museo de los Concilios de Toledo. G. Ripoll ha llevado a cabo la investigación histórica de esos materiales, con métodos y técnicas modernos, aportando datos valiosos para el conocimiento de lo que es una necrópolis típicamente visigoda de la cuenca del río Tajo. Varias otras necrópolis visigodas han sido localizadas y más o menos estudiadas durante estos años: queda constancia de ello en los índices de los Congresos de Arqueología Medieval.

El apartado de la arquitectura visigoda ha merecido la especial atención de varios investigadores. Las publicaciones de estos últimos años son un buen exponente. Queremos citar, en primer lugar, el estudio y la revisión de San Pedro de la Nave en la provincia de Zamora (CORZO, 1986). Esta interesantísima iglesia visigoda fue identificada como tal en 1903 por Gómez Moreno, y desde entonces incluida en el panorama del arte cristiano antiguo. Tanto el análisis arquitectónico y decorativo como el estudio epigráfico llevaron a este estudio a la conclusión de que se trataba de un edificio visigodo y no obra de repoblación como se había sostenido. La clasificación de Gómez Moreno fue aceptada por todos los estudiosos.

Este edificio, que en 1930 fue desmontado totalmente y trasladado de lugar, a fin de salvarlo de las aguas que cubrieron la zona, al construirse el embalse del Esla, ha sido estudiado detalladamente por R. Corzo, quien ve en el mismo tres fases constructivas: la primera correspondería a un pequeño oratorio paleocristiano. La segunda, que no llegó a concluirse, a un edificio visigodo de planta cen-

tral, con capilla y pórtico en los extremos de los brazos de la cruz y habitaciones para los monjes en los ángulos. Y la tercera, consistió en la terminación del edificio, pero dándole una disposición basilical. Tanto la segunda como la tercera fases contaron con sus equipos decoradores, que imprimieron su propio estilo.

Otra obra importante en el campo de la arquitectura es la publicación de la iglesia y del monasterio visigodo de Santa María de Melque, en Toledo, en el número 109 de EAE (CABALLERO, 1980). Se trata de una obra de envergadura, que aportó como primera novedad la clasificación del edificio, en su primera fase, como visigodo, contrariamente a lo afirmado por Gómez Moreno y sostenido por muchos estudiosos posteriores, que consideraban el edificio una construcción mozárabe. Las excavaciones realizadas por L. Caballero han aportado una serie de datos que son fundamentales en orden a la afirmación del visigotismo de Melque, como son la rotura del pavimento visigodo de losas de granito por los silos medievales, la presencia de dos molduras de imposta visigoda colocadas *in situ*, y la localización de estucos decorativos (que Gómez Moreno no vio), fechables —a juicio de Caballero— en el siglo VI. La publicación a la que nos estamos refiriendo presenta también una parte dedicada a las iglesias de Santa Comba de Bande (Orense) y San Pedro de la Mata (Toledo), si bien estos estudios no son resultado de excavaciones sino más bien la síntesis de lo publicado sobre ellas, y el fruto de las reflexiones del autor al hacer un estudio comparativo con la iglesia de Santa María de Melque.

Aunque se trata de una obra pequeña de carácter divulgativo, no podemos dejar de citar la publicación sobre la basílica de San Juan de Baños (PALOL, 1988), donde se recoge la documentación anterior y las aportaciones de las campañas de excavaciones realizadas a partir de 1956.

Una mención especial merece la escultura arquitectónica y litúrgica, de tanto interés en las realizaciones visigodas. Una monografía muy completa, con el título de *Mérida visigoda. La escultura arquitectónica y litúrgica* (M. C. VILLALÓN, 1985), recoge los muchos materiales procedentes de esa zona y actualmente conservados en los Museos de Mérida, en el Depósito de la Alcazaba, en el Palacio de Monsalud de Almendralejo y en el Museo Arqueológico Nacional. El extenso inventario de piezas recogidas y descritas (426), se completa con un detallado estudio tipológico y un avance interpretativo de las mismas. Es, sin duda, una obra interesante y bien trabajada, que merecería tener su «réplica» en otros focos neurálgicos de la escultura visigoda.

En cuanto a la metalistería, tan típica y definidora de la cultura visigoda, han sido muchas las aportaciones durante estos últimos años, en los que ha abundado la localización de necrópolis con ajuares más o menos ricos, más o menos significativos. Queremos referirnos especialmente, por la novedad metodológica que presenta, al estudio titulado «Reflesiones sobre Arqueología funeraria, artesanos y producción artística de la Hispania visigoda» (G. RIPOLL, 1987, 343-373), expuesto y recogido en el ya citado *XXXIV Corso di Cultura sull'arte Ravenate e Bizantina*. G. Ripoll establece una tabla tipo-cronológica de las artes menores del metal de época visigoda (antes y después de la unificación del 586), siguiendo la propuesta de Kurt Böhner de contemplar en cuatro niveles diferenciales los productos artesanales de la época de las migraciones. En consecuencia, propone una periodización en cuatro niveles, que cubren la etapa 480/490 a 711, lo que, de una parte, ajusta nuestra cronología a los niveles establecidos en otras zonas geográficas europeas, y de otra permite establecer una seriación en consonancia con el desarrollo de la Historia del pueblo visigodo en la Península.

C) Realidad de la arqueología visigoda: estado de la cuestión

Hemos hecho un rápido recorrido por las publicaciones, congresos y cursos sobre arqueología visigoda, y por lo tanto han salido ya los puntos más destacados en los que se ha centrado la investigación durante estos últimos veinte años. Quisiéramos ahora traer aquí los resultados conseguidos en todos esos trabajos, es decir, pulsar a qué punto se encuentra la arqueología visigoda en el momento actual y cuáles son los avances que en estos años se han dado.

En primer lugar vamos a centrarnos en la arquitectura (en casi su totalidad religiosa), y en la interpretación que hoy día se da, tanto de cada edificio en su conjunto, como de los distintos elementos que lo conforman y su funcionalidad monástica o litúrgica. Seguimos principalmente en este apartado las investigaciones de L. Caballero y sus diversas publicaciones sobre el tema (CABALLERO, 1980, 1981, 1983, 1987 y 1988), así como también las aportaciones de Palol (PALOL, 1972, 1982, 1987 y 1990).

Partimos de dos hechos constatados:

1. En Hispania existe un conjunto de monumentos paleocristianos (ya hemos aludido a ello en

la primera parte de este trabajo), cronológicamente paralelos al desarrollo del reino de Toledo y a la llamada arquitectura visigoda.

2. A pesar del incremento que ha recibido, en estos últimos años, la información histórica y arqueológica sobre la arquitectura hispánica de los siglos VI y VII, todavía sigue siendo un problema importante la definición de la arquitectura visigoda, para cuyo estudio sólo contamos con unos pocos «testigos» encuadrados en la arquitectura rural (aunque sea de inspiración real, como es el caso de S. Juan de Baños). «Desconocemos totalmente —afirma Palol— las bellas construcciones de Mérida, de las que sólo quedan elementos ornamentales, y que se citan con cierta literatura encomiástica en los textos de *Vitae Sanctorum patrum Emeritensium.* Tampoco sabemos nada de los edificios de otras ciudades como *Toletum,* la *Hispalis* isidoriana, *Corduba, Tarraco,* etc., donde existieron los elementos claramente definidores de esta arquitectura hispano-visigoda.»

Superado ya el esquema rígido establecido en su día por E. Camps (CAMPS, 1963), que quería ver en las iglesias visigodas una evolución hacia una planta cruciforme encerrada en una planta rectangular, ha sido L. Caballero quien ha formulado una clasificación tipológica que vamos a adoptar aquí, convencidos de que —como ha afirmado su autor— no se trata de una tipología cerrada y de que, para llegar a conclusiones más definitivas, nos falta todavía un análisis más completo de los edificios conocidos, hecho por equipos de investigadores pluridisciplinares.

Partiendo de la tipología de las plantas, se establece un primer grupo de iglesias de «planta de cruz libre», en el que hay que incluir las iglesias de Melque, Bande y San Pedro de la Mata. Se trata de edificios con planta cruciforme, no incluida en rectángulo y con ábside que, siendo rectangular en su exterior, tiene interiormente forma de herradura. Además del ábside, estas iglesias tienen un «doble coro», es decir, dos zonas anteriores al ábside, separadas por canceles. Las excavaciones y los nuevos estudios realizados durante estos últimos años, han evidenciado que el ábside en herradura es un tipo de planta que posee una ininterrumpida evolución en época visigoda (L. CABALLERO, 1977-1978). Tiene ábside de herradura la iglesia de Melque (lo tuvieron, aunque no lo conservan, Bande y San Pedro de la Mata), y también lo tiene una serie de pequeñas iglesias localizadas o identificadas en los últimos años: Valdecebadar (Badajoz), El Gatillo (Cáceres) y Odrinhas (Portugal). Estos edificios tienen en común, además del ábside en herradura y la planta de cruz libre, el uso marcadamente funerario.

Un segundo grupo lo forman aquellas iglesias que presentan planta basilical con tres ábsides independientes, grupo del que el edificio tipo es San Juan de Baños (Palencia). Recientemente se ha identificado y estudiado la iglesia de Santa Lucía del Trampal, en Alcuescar (Cáceres) (CABALLERO, 1988), que presenta también una extraña cabecera con tres ábsides independientes, lo que sugirió en un primer momento la idea de su semejanza con San Juan de Baños (PALOL, 1990, 2015-2018), pero un estudio más detallado de sus ámbitos espaciales y de su posible utilización litúrgica ha llevado a la conclusión de que existen, entre ambos edificios profundas diferencias que impiden clasificar la iglesia de Alcuescar en este segundo grupo (CABALLERO, 1987, 36-39).

Un tercer grupo incluye aquellas iglesias que presentan una separación entre la cabecera y los pies. Dentro de este apartado distinguimos los siguientes subgrupos:

a) Corresponde al tipo que presenta Santa Lucía del Trampal (Alcuescar), es decir, edificios con cabecera constituida por tres ábsides independientes, que originan un crucero de siete tramos, tres de los cuales, en correspondencia con los respectivos ábsides, están cubiertos con cimborrios. Dicho crucero se comunica con el resto de la iglesia a través de una pequeña habitación.

b) Otro modelo de edificio, con separación entre la cabecera y los pies, lo forman los que tienen planta de cruz incluida en un rectángulo (lo que fue considerado por Camps Cazorla como la planta propia de las iglesias visigodas), y con un muro de separación entre cabecera y naves, en el que se abren ventanas y puertas. Dos templos son muy representativos de este grupo: San Pedro de la Nave (Zamora) y Santa María de Quintanilla de las Viñas (Burgos). Ambas iglesias presentan un programa iconográfico interesantísimo, en el que han podido distinguirse (tanto en San Pedro de la Nave como en Quintanilla) dos maestros o dos manos con estilos distintos.

c) Un tercer grupo forman aquellas iglesias en las que la separación entre la cabecera y las naves se hace mediante arquerías, que harían la función de *iconostasis.* Se encuentran en este grupo San Gião de Nazaré (Portugal), Valdecebadar (Badajoz) y especialmente San Fructuoso de Montelius (Portugal). Estas dos últimas son cruciformes.

Un aspecto muy interesante de las iglesias visigodas lo constituye la organización cultual de las mismas, organización cultual que sin duda se ha reflejado en su organización arquitectónica. Una primera comparación entre las iglesias paleocristianas y las visigodas muestra, en una diferencia que

salta a la vista, que éstas aparecen compartimentadas en su interior, mientras aquéllas no. Varios estudiosos han tratado de explicar, a la luz de las fuentes escritas, principalmente las reglas monásticas visigodas (la llamada Regla Común, la de San Isidoro y la de San Fructuoso, principalmente) qué papel desempeñaron los distintos ámbitos que estas iglesias presentan. Claro que habría que comenzar distinguiendo las iglesias de carácter monástico de aquellas otras que son parroquiales (algo que ya hizo Schlunk en 1971) o de aquellas que tenían carácter palatino, lo que no siempre es fácil. Y además hay que contar con las sucesivas transformaciones y añadidos que estos edificios han recibido en el transcurso de los siglos, algunos en fechas muy inmediatas a la construcción originaria.

Desde el punto de vista de la verificación arqueológica, lo que es evidente es que en las iglesias visigodas encontramos zonas separadas, con sus propios accesos, que sin duda tuvieron su propio cometido. En algunas de estas iglesias la separación se haría mediante canceles de mayor o menor altura, mientras que en otros serían arquerías o incluso muros arquitectónicos con ventanas y puertas.

El tema de las habitaciones laterales que encontramos en varias iglesias, lo resuelve Caballero interpretándolas como el *preparatorium* y el *sacrarium* o *donarium*, de los que hablan las fuentes escritas hispanas (Puertas Tricas, 1975, 134-136). Todavía está sin resolver el tema de los altares eucarísticos (uno o más de uno), el uso y destino de otras mesas, de las que hay testimonios arqueológicos, y la existencia o no —y también su ubicación— del «doble coro», del que hay testimonios más o menos claros en más de un edificio. Realmente es este tema de la organización cultual algo muy sugestivo, que podrá aclarar, en sucesivas investigaciones, muchos de los problemas que hoy presenta la arquitectura religiosa visigoda.

(1) Aunque esta primera Reunión Nacional se celebró antes del año 1970, no queremos dejar de consignarla por la repercusión que tuvo durante el veintenio que nos ocupa.

(2) Aunque las excavaciones en la zona comenzaron en 1959, por iniciativa de M. Luisa Serra, han sido las campañas realizadas a partir de 1975 las que han puesto al descubierto la importancia del conjunto.

(3) Según las investigaciones de Sotomayor, la presunta basílica de ábsides contrapuestos de Bruñel, Quesada (Jaén), no puede ser considerada una basílica cristiana.

BIBLIOGRAFIA

ALMEIDA, F. DE (1972-73): «Torre de Palma (Portugal) a basílica páleocristâ e visigota», *A.E.Arq.*, Madrid, 72-73, 45-47.

ALONSO ÁVILA, A., *et alii* (1981): *Hispania visigoda. Bibliografía sistemática y síntesis histórica,* Valladolid.

ALONSO SÁNCHEZ, M. A., y FERNÁNDEZ OCHOA, C. (1988): «Cerámica africana D con decoración paleocristiana, en la muralla de Gijón», *CuPAUAM,* 15, 339-377.

AMO, M. D. DEL (1979, 1981): *Estudio crítico de la necrópolis paleocristiana de Tarragona.*

ALDEA, S., *et alii* (1972-1975): *Diccionario de Historia Eclesiástica de España* (3 vols.), Madrid.

AZKÁRATE, A. (1988): *Arqueología Cristiana de la Antigüedad Tardía en Alava, Guipúzcoa y Vizcaya,* Vitoria.

BARRAL, X. (1974): «La basilique paléochrétienne et visigothique de Sant Cugat del Vallés (Barcelone). Dossier archéologique et essai d'interpretation», MEFRA, 86, Roma, 891-928.

BENDALA, M. (1971): «Dos fragmentos de sarcófagos paleocristianos», *Habis,* 2, 273.

BENDALA, M., y NEGUERUELA, I. (1980): «Baptisterio paleocristiano y visigodo en los Reales Alcázares de Sevilla», *N.A.H.,* 10, 335-380.

CABALLERO ZOREDA, L., y ULBERT, Th. (1976): *La basílica paleocristiana de Casa Herrera, en las cercanías de Mérida (Badajoz),* E.A.E., 89.

CABALLERO ZOREDA, L. (1978): «La forma de herradura hasta el siglo VIII y los arcos de herradura de la Iglesia visigoda de Santa María de Melque», *A.E.Arq.,* 50-51, 323-364.

CABALLERO ZOREDA, L. (1980a): «La arquitectura monástica», *La comunicación de los monasterios medievales. XV Centenario de San Benito,* Madrid, 17-39.

CABALLERO ZOREDA, L. (1980b): *La iglesia y el monasterio visigodo de Santa María de Melque (Toledo). Arqueología y arquitectura. San Pedro de la Mata (Toledo) y Santa Comba de Bande (Orense),* E.A.E., 109.

CABALLERO ZOREDA, L. (1981): «Algunas observaciones sobre arquitectura española de época de transición (Cabeza de Griego) y visigoda», *Innovación y continuidad en la España visigótica,* Toledo, 69-91.

CABALLERO ZOREDA, L. (1987): «Hacia una propuesta tipológica de los elementos de la arquitectura del culto cristiano», *II CAME,* 62-98.

CAMPS CAZORLA, E. (1976): «Arte hispanovisigodo», *Historia de España. España visigoda* (dir. por M. Pidal), III, 493-666.
CERRILLO, E. (1978): *Las construcciones basilicales de épocas paleocristiana y visigoda en la antigua Lusitania* (Resumen Tesis Doctoral), Salamanca.
CERRILLO, E. (1981): «Las ermitas de Portera y Santa Olalla. Aproximación al estudio de las cabeceras rectangulares del siglo VII», *Zephyrus*, XXXII-XXXIII, 233-243.
CERRILLO, E. (1989): «El mundo funerario y religioso en época visigoda», *III CAME*, I, 91-110.
CORZO, R. (1986): *San Pedro de la Nave. Estudio artístico y arqueológico de la iglesia visigoda*, Zamora.
DELGADO GÓMEZ, J. (1976): «Tapa de sarcófago paleocristiano en Santa María de Temes-Carballedo, Lugo (España)», *Riv. di Arch. Cristiana*, Roma, 303-324.
FERNÁNDEZ GÓMEZ, *et alii* (1987): «La basílica y necrópolis paleocristianas de Gerena (Sevilla)», N.A.H., 29, 103-199.
FERRANDIS, J. (1976): «Artes decorativas visigodas», *Historia de España. España visigoda* (dir. por M. Pidal), III, 417-711.
FERREIRO, A. (1988): *The Visigoths in Gaul and Spain A.D. 418-711. A bibliography*, Koln.
FONTAINE, J. (1982): *El Prerrománico*, Madrid.
GARCÍA-VILLOSLADA, R. (1979): *Historia de la Iglesia en España*, I, Madrid.
GONZÁLEZ BLANCO, A. (1984): «Los orígenes cristianos de la ciudad de Calahorra», *Calahorra. Bimilenario de su fundación*, Madrid.
GONZÁLEZ ECHEGARAY, J. (1969): *Orígenes del cristianismo en Cantabria*, Santander.
HAUSCHILD, Th. (1972): «Untersuchungen im spatromische monument von Centcelles (Tarragona). *VIII Congreso Internacional de Arqueología Cristiana*, Barcelona, 333-339.
HAUSCHILD, Th. (1972): «Ausgabungen in Martyrium von Marialba (León) und Mausoleum von Las Vegas de Puebla Nueva (Toledo)», *VIII Congreso Internacional de Arqueología cristiana*, Barcelona, 327-332.
MILLÁN GONZÁLEZ, I., y BLANCO FREIJEIRO, A. (1989): «Hallazgo en el mausoleo del Apóstol Santiago del título sepulcral griego de su discípulo San Atanasio», *BRAH*, 209-220.
NAVARRO, E. J. (1986): «El yacimiento de época visigoda del Plà de Nadal (Riba-Roja de Turia, Camp de Turia, Valencia», *I CAME*, 25-40.
PALOL, P. DE (1967): *Arqueología Cristiana de la España Romana*, Madrid.
PALOL, P. DE (1972): «Arqueología Cristiana romana y visigoda», *Diccionario de Historia Eclesiástica de España*, 96-113.
PALOL, P. DE (1982): «Estat actual de la investigació de l'Arqueologia paleocristiana hispánica», *II RAPH*, Barcelona, 5-10.
PALOL, P. DE (1986): «Arqueología Hispano-Visigoda hoy», *I CAME*, II, 7-9.
PALOL, P. DE (1987): «Arquitectura paleocristiana en la Hispania romana y visigoda», *XXXIV CCARB*, 291-300.
PALOL, P. DE (1988): *La basílica de San Juan de Baños*, Palencia.
PALOL, P. DE (1989): «La arqueología cristiana en la Hispania romana y visigoda. Descubrimientos recientes y nuevos puntos de vista». *XI Congreso Internacional de Arqueología Cristiana*, Lyon, 1975-2027.
PALOL, *et alii* (1982): «Les excavacions de l'Institut d'Arqueologia i Prehistoria a la basílica de Fornells (Menorca)», *II RAPH*, Barcelona, 3, 353-454.
PALOL, *et alii* (1988): *Les illes balears en temps cristians fins als arabs*, Ciudadela de Menorca.
PALOL, P. DE, y RIPOLL, G. (1988): *Los Godos en el Occidente Europeo*, Madrid.
PUERTAS TRICAS, R. (1975): *Iglesias hispánicas (siglos IV-VIII). Testimonios literarios*, Madrid.
QUINTANA, A. (1970): «Primeros siglos de cristianismo en el convento jurídico asturicense», *Legio VIII Gemina*, León.
RODRÍGUEZ COLMENERO, A. (1977): «Un probable oratorio paleocristiano en Ouvigo, Blancos (Orense)», XIV *CNA*, Zaragoza, 1209-1220.
RIPOLL, G. (1985): «La necrópolis visigoda de El Carpio del Tajo (Toledo)», *E.A.E.*, 142, Madrid.
RIPOLL, G. (1987): «Reflexiones sobre Arqueología funeraria, artesanos y producción artística de la Hispania visigoda», CCARB, XXXIV, 343-373.
SANMARTÍN, P., y PALOL, P. DE (1972): «La necrópolis cristiana de Cartagena», *VIII Congreso Internacional de Arqueología Cristiana*, Barcelona, 447-458.
SCHLUNK, H. (1972): «Sarcófagos paleocristianos labrados en España», *VIII Congreso Internacional de Arqueología Cristiana*, Barcelona, 187-218.
SCHLUNK, H. (1972): «Los mosaicos de la cúpula de Centcelles», *VIII Congreso Internacional de Arqueología Cristiana*, Barcelona, 459-477.
SCHLUNK, H. (1977): «Los monumentos paleocristianos de 'Galaecia', especialmente los de la provincia de Lugo», *Bimilenario de Lugo*, 193-237.
SCHLUNK, H. (1988): *Die Mosaikkupel von Centcelles* (2 vols.), Mainz.
SCHLUNK, H., y HAUSCHILD Th. (1978): *Hispania Antiqua. Die Denkmäler der frühchristlichen und westgotischen Zeit*, Mainz.

SOTOMAYOR, M. (1973): *Datos históricos de los sarcófagos romano-cristianos de España*, Granada.
SOTOMAYOR, M. (1975): *Sarcófagos romano-cristianos de España. Estudio iconográfico*, Granada.
SOTOMAYOR, M. (1982): «Reflexión histórico-arqueológica sobre el supuesto origen africano del cristianismo hispánico», II *RAPH*, Barcelona, 11-29.
ULBERT, Th. (1968): «El Germo», Madrider Mitt., 9, 329-398.
VERRIE, F. P. (1972): «Le baptistère de Barcelone», *VIII Congreso Internacional de Arqueología Cristiana*, Barcelona, 605-610.
VILLALÓN, M. C. (1985): *Mérida visigoda. La escultura arquitectónica y litúrgica*, Badajoz.
VV.AA. (1986): *Dossiers Histoire et Archeologie. Les Wisigoths, París.*

ARQUEOLOGIA MEDIEVAL CRISTIANA DESPUES DE 20 AÑOS. CONFIRMACION DE UNA REALIDAD

Pedro Matesanz Vera (*)
Arqueólogo
Estudio de Arqueología. Madrid

1. INTRODUCCION

Plantearse un trabajo resumen de lo acontecido en los últimos veinte años de arqueología medieval cristiana es una ardua y difícil tarea. La labor desarrollada desde la aparición de las primeras memorias de excavaciones arqueológicas realizadas en El Castellar (Villajimena. Palencia) (GARCÍA GUINEA, ECHEGARAY y MADARIAGA, 1963), donde ya se comenzaba a diferenciar algunas cerámicas como medievales, ha sido considerable. Poco más adelante, las excavaciones en Monte Cildá (Olleros de Pisuerga. Palencia) (GARCÍA GUINEA, GONZÁLEZ ECHEGARAY y MADARIAGA, 1963; GARCÍA GUINEA, GONZÁLEZ ECHEGARAY y SAN MIGUEL, 1966; GARCÍA GUINEA, IGLESIAS y CALOCA, 1973), ya aportaban cronologías claramente medievales a materiales cerámicos, señaladas previamente por la publicación de García Guinea sobre la cerámica altomedieval de la Meseta (GARCÍA GUINEA, 1965, 415-418). En fechas más o menos paralelas se realiza la enorme labor del profesor A. del Castillo, siendo uno de los pioneros de la arqueología medieval cristiana. Sus estudios (CASTILLO, 1970; 835-845) y excavaciones en la Submeseta Norte (CASTILLO, 1972; CASTILLO, 1973, 797-800) supusieron las bases de los conocimientos sobre necrópolis cristianas en la Península.

El profesor Riu excavará entre 1971 y 1972 el poblado de Caulers (Caldas de Malavella. Gerona) (RIU, 1975) y con ello propiciará las intervenciones en despoblados. El mismo Riu en 1977 publicará la traducción del manual de Arqueología Medieval de De Boüard (DE BOÜARD, 1975) con un amplio apéndice en el que pone de manifiesto la situación general de la Arqueología Medieval en España (DE BOÜARD y RIU, 1977).

En 1978 se celebra en Valbona (Francia) el primer Coloquio Internacional «La céramique médiévale en Mediterranée occidentale», donde la participación española es relativamente escasa y muy localizada regionalmente. Por iniciativa del doctor Zozaya el II Coloquio Internacional se celebra en Toledo, siendo la participación realmente numerosa e impactando positivamente en la representación extranjera. En aquel momento la gran cantidad de trabajos presentados, demostró la vitalidad de la arqueología medieval en España.

La formación de La Asociación Española de Arqueología Medieval (Toledo, 1981) marcó la pauta para algo importante en la vida de nuestra arqueología medieval, la organización, junto al Colegio Universitario de Huesca (Cátedra de Historia Medieval) y la Diputación General de Aragón, en 1985, del I Congreso de Arqueología Medieval Española (I CAME) en Huesca. Aquel acontecimiento constatará la importancia y el empuje de la arqueología medieval tanto en España como en Europa. Nueva-

mente el profesor Riu expuso, en dicho Congreso, la marcha de la arqueología medieval cristiana (Riu, 1986, 425-472). La publicación de las Actas supondrá el reflejo de la cantidad ingente de material que había por publicar y del movimiento e inquietud constantes de las personas que se dedicaban a la arqueología medieval.

En 1987 se celebró el II Congreso de Arqueología Medieval (II CAME) (AEAM, Comunidad de Madrid), en Madrid, donde volvió a sentirse el impulso de la Arqueología Medieval. Pero, donde se dará el respaldo definitivo a la Arqueología Medieval Cristiana, será en el III Congreso (III CAME), celebrado en Oviedo en 1989.

Toda esta serie de acontecimientos puso sobre el tapete la imparable ascensión de una realidad, la Arqueología Medieval, pero también fue claro exponente de las debilidades, los problemas y vacíos de los que adolece la misma. A veces el reforzamiento palpable de una materia no va parejo a su reflejo en los planteamientos de la Administración, donde en ciertos momentos se anteponen los criterios políticos a los científicos.

En un momento en el que las intervenciones arqueológicas son, en un porcentaje muy elevado, de medieval cristiano, es necesario insistir en la necesidad de especialistas. Vivimos un momento harto peligroso, al asistir sorprendidos cómo personas no formadas en Arqueología Medieval acometen excavaciones en yacimientos puramente medievales y en los que se precisaría la intervención de medievalistas. Es necesario reivindicar, de una manera enérgica, el papel de la arqueología medieval cristiana, de la arqueología medieval en general. La problemática científica, en líneas generales, es en estos momentos de una riqueza enorme, y hay que saberla aprovechar, si no, corremos el riesgo de que se convierta, tan sólo, en una hipótesis de trabajo no resuelta.

2. LA ARQUEOLOGIA MEDIEVAL CRISTIANA EN LOS ULTIMOS AÑOS

Aunque la conservación del patrimonio histórico ha avanzado bastante, todavía hoy, lamentablemente, tenemos que asistir a espectáculos deplorables como la destrucción incontrolada de yacimientos, especialmente en ámbito urbano, como consecuencia de una falta de sensibilidad y supeditación a intereses económicos y también por una ausencia de criterios políticos que generen el respeto del que se carece. Por desgracia aún hoy siguen vigentes las reflexiones del profesor Riu: *«Esta irresponsabilidad y el poco aprecio que existe en España por la Arqueología Medieval —a falta de una conciencia colectiva que permite comprender el interés científico de los yacimientos, al margen del valor intrínseco de los hallazgos— figuran entre los mayores problemas que tiene planteados todavía hoy la Arqueología Medieval en nuestro país.»* (Riu, 1977, 403).

Desde el punto de vista científico, hay que decir que se ha avanzado muchísimo, y que el número de publicaciones se ha multiplicado vertiginosamente.

En 1986 asistimos al nacimiento del Boletín de Arqueología Medieval. Como órgano de expresión de la Asociación Española de Arqueología Medieval quiere llenar ese vacío de la Arqueología Medieval en general. Por el momento lleva publicados cuatro números más, el cero, de presentación.

El corto espacio en el que hay que sintetizar lo mucho que se ha trabajado en Arqueología Medieval Cristiana nos hace ajustarnos a ciertos aspectos que consideramos clave para la comprensión del panorama actual de la misma.

2.1. Arqueología y restauración arquitectónica

La intervención arqueológica en edificios promovida por la actuación arquitectónica en la restauración de los mismos, ha sido numerosa. En algunos casos porque existía conciencia de que el arqueólogo y el arquitecto debían ir de la mano en el tratamiento del patrimonio arquitectónico y otras (las más numerosas) por imposición de la Administración o por puro trámite administrativo. Pero, no obstante, ello ha servido para que el conocimiento arqueológico de multitud de edificios civiles, militares y religiosos, fundamentalmente, haya aumentado de forma considerable.

Hay que partir de la base de que la intervención en un edificio debe ser «total», entendiendo como tal la investigación a todos los niveles. Es lamentable que en estos momentos los planteamientos no vayan por ese camino a excepción de casos muy concretos en los que el arquitecto tiene muy arraigado ese tipo de intervención.

En lo que a análisis arqueo-arquitectónico (análisis de paramentos) se refiere hay que apuntar las grandes posibilidades que para el conocimiento del edificio, desde todos los puntos de vista, apor-

ta este sistema (aplicación del «sistema Harris» [HARRIS, 1979] en arquitectura), cuyos precursores en Italia han sido R. Francovich y R. Parenti y en España, fundamentalmente, Luis Caballero (CABALLERO y LATORRE, 1980). En ese sentido, el proyecto que se viene efectuando desde 1990 en la zona media del río Arlanza, dirigido por el doctor Caballero, para la prospección y el tratamiento de edificios altomedievales, aplicando el método Harris-Francovich-Parenti-Caballero, para el análisis de paramentos, ha resultado altamente positivo. Los datos obtenidos por el momento son espectaculares en cuanto a la fase de prospección. Obviamente los resultados variarán ostensiblemente el panorama de la arquitectura altomedieval. Los grandes vacios arquitectónicos de época visigoda y de toda esa franja que discurre entre fines del siglo VIII y el siglo XI se verán cubiertos y ciertamente llenarán las ilógicas lagunas de construcciones de época visigoda o mozárabe.

En los últimos años hemos visto cómo se intervenía en edificios tan señeros como San Juan de la Peña (Huesca) (CARLOS ESCO en 1984 y 1985 [ESCO, 1986]), San Miguel de Escalada (León) (LUIS CABALLERO y HORTENSIA LARRÉN entre 1983 y 1987 [LARRÉN, 1990]); Palat del Rey (León) (FERNANDO MIGUEL de 1986 a 1989 [VIDAL, GARCÍA MARCOS y MIGUEL, 1990, 266]); San Cebrián de Mazote (Valladolid) (JESÚS DEL VAL en 1988 [ROJO y DEL VAL, 1990, 326]) o Santa María de Wamba (Valladolid) (PEDRO MATESANZ y YOLANDA GONZÁLEZ-CAMPOS en 1988 [DE LA QUINTANA, MATESANZ y GONZÁLEZ-CAMPOS, 1991]) que, en general, han deparado grandes e interesantes resultados para el conocimiento de la arquitectura mozárabe, pero con conclusiones incompletas por no haber podido terminar las investigaciones por unas u otras razones.

Las intervenciones arquitectónicas han marcado, en general, la posibilidad de intervención en gran cantidad de edificios. Pero no en todos los casos se ha partido de una mentalidad de intervención coordinada (Arquitecto-Arqueólogo) lo que ha conllevado, normalmente, que el yacimiento arqueológico haya quedado siempre en inferioridad de condiciones (presupuesto, medios, etc) frente a la restauración arquitectónica y, lógicamente, los datos aportados han quedado generalmente incompletos.

Hay que decir que las intervenciones arqueológicas, además de ser un instrumento útil al arquitecto para la restauración tiene que ser también un instrumento útil a la investigación del propio edificio. La intervención puntual es el ideal para la actuación arquitectónica pero para la investigación del edificio es inútil. Estamos asistiendo a multitud de intervenciones de urgencia que se limitan a sondeos que aisladamente no aportan nada; sin olvidar que en arqueología si no hay investigación no hay posibilidad de avance en los conocimientos y, por tanto, quedaría sin contenido el objetivo de toda acción arqueológica. Evidentemente existe el lado opuesto y comprensible desde un punto de vista neutral, en el que hay que intervenir lo necesario o no intervenir si no es de absoluta necesidad. Puntos estos dos que en general no han sido los más utilizados. Hay que desechar, de una vez, la intervención por la intervención, y en ese sentido el arqueólogo medievalista tiene mucho que decir. Es preferible instar a análisis estructurales de los edificios antes que la propia intervención en el subsuelo. Además, de una vez por todas, hay que planificar meticulosamente la actuación arqueológica en un edificio y, desde luego, el tratamiento desde todos los puntos de vista debe ser como el que se aplica en una intervención arquitectónica, con todas las salvedades existentes.

2.2. Arquitectura religiosa

En el capítulo anterior hemos visto que las intervenciones arquitectónicas en edificios ha propiciado la actuación arqueológica en las mismas. La arquitectura religiosa ha sido la más afectada sin lugar a dudas y por lo tanto la que aporta mayor número de trabajos. El intentar exponerlos aquí sería imposible, requeriría un trabajo especial para poder detallarlo con exactitud. No obstante reseñaremos que ha habido dos comunidades autónomas en las que más investigaciones se han realizado, Castilla y León y Cataluña.

Monasterios como los de Santa María de Huerta (Santa M.ª de Huerta. Soria) (CARLOS DE LA CASA, ELÍAS TERÉS y MANUELA DOMENECH), Santa María la Real (Aguilar de Campoo. Palencia) (PEDRO MATESANZ VERA), San Juan de Duero (Soria), San Miguel de Escalada (León) (LUIS CABALLERO y HORTENSIA LARRÉN), Santa María de Wamba (Wamba. Valladolid) (PEDRO MATESANZ y YOLANDA GONZÁLEZ-CAMPOS), Carracedo (Carracedo. León) (FERNANDO MIGUEL), San Juan de Hoz (Cillaperlata. Burgos) (JOSEFINA ANDRIO y ESTHER LOYOLA), San Juan de la Peña (Botaya. Huesca) (CARLOS ESCO), Sant Llorenç prop Bagá (Guardiola de Berguedá. Barcelona) (ALBERTO LÓPEZ MULLOR) Sant Llorenç de Munt (Matapaderna. Barcelona) (JOANA VIÑAS I VIÑAS), Santa María de Carboeiro (La Sillera. Pontevedra) (ANDRÉS BONILLA y RAFAEL PENEDO), etc. Actuaciones en catedrales: Burgos (J. ANGEL APARICIO y ANA I. ORTEGA), Cuenca (YASMINA ALVAREZ), Palencia (CRISTINA LIÓN) y Santiago de Compostela (La Coruña) (J. M. CAAMAÑO, G. MEJIDE y E. REY), y multitud de iglesias que sería interminable su descripción.

Todo ello nos lleva a pensar en la cantidad ingente de información que aún queda por salir a la luz. Excavaciones como la del Monasterio de Santa María de Carracedo (Carracedo del Monasterio. León) en donde se ha trabajado con un sistema claramente definido hacia el desescombro generalizado sin profundizar, identificando la estructura monacal moderna, o los trabajos en Santa M.ª la Real (Aguilar de Campoo. Palencia), con un planteamiento más en profundidad y que han deparado una secuencia desde el siglo VII hasta la desamortización del siglo XIX con estructuras básicas del monasterio altomedieval, hasta los trabajos en Santa María de Huerta que han servido para conocer mejor una estructura monacal del siglo XIII.

2.3. Fortificaciones

Deberíamos comenzar citando la completa puesta al día de L. Mora Figueroa sobre la arquitectura militar cristiana (MORA, 1987), así como su propuesta de «esquema básico» para el estudio de la misma en el I CAME (MORA, 1986).

También hay que destacar, especialmente, las investigaciones realizadas sobre la zona norte de la Península. También en el I CAME, A. Gutiérrez (GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, 1986) presentó una comunicación sobre el sistema de fortificación del Alfonso III (fin siglo IX) en la montaña leonesa, donde siguiendo la línea de trabajos anteriores (GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, 1985) y con la utilización del material prospectado hace un análisis descriptivo, con apoyo en las fuentes, de una serie de fortalezas unificadas por determinadas características comunes. Intenta sistematizar la información que facilita, y en nuestra opinión desembocará en una propuesta de modelos de ficha de registro de fortificaciones que presentó el mismo Gutiérrez en el II CAME, (GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, 1987). En este mismo congreso J. L. Avelló presentaría una comunicación sobre las fortificaciones altomedievales en la costa asturiana (AVELLÓ, 1987), donde analiza las fortificaciones entre los siglos IV y X que se desarrollan en la costa asturiana. Llega a conclusiones interesantes, cómo es un planteamiento defensivo ante las acometidas normandas; haciendo pensar que la protección en esa zona dejaría a los monarcas asturianos y leoneses orientar fundamentalmente sus operaciones bélicas exclusivamente hacia el Sur.

Las grandes aportaciones se realizan en los últimos cinco años y principalmente en los sucesivos congresos de arqueología medieval (I CAME, Huesca [1985]; II CAME, Madrid [1987] y III CAME, Oviedo [1989]).

En el III CAME, nuevamente, A. Gutiérrez presentó una ponencia titulada: «Sistemas defensivos y de repoblación en el reino de León» (GUTIERREZ GONZÁLEZ, 1989a), donde establece tres grandes grupos: 1 Sist. de Alfonso III, 872-893/930; 2 Sist. de Ramiro II, y Ordoño II 930-960 y 3 Sist. de Alfonso III, Fernando II y Alfonso IX, 1130-1230, analizando las características generales de los distintos sistemas.

A comienzos del año 1990 se publica el libro *Castillos medievales del Reino de León,* donde A. Gutiérrez hace una síntesis de lo ya tratado en los trabajos citados; haciendo referencia a fortificaciones desde el siglo VIII al siglo XV, aunque, obviamente, del siglo VIII no puede aportar prácticamente nada. En realidad, el trabajo parte de los sistemas de Alfonso III, 872-893.

En Aragón hay que destacar los trabajos que realiza el equipo del profesor B. Cabañero, junto a F. Galtier sobre las fortificaciones de frontera (siglos X y XI) en la zona de los Arbas, el Onsella y el Gállego, siendo muy interesantes sus hipótesis sobre la estructura de los mismos, en madera y adaptándose a macizos rocosos (GALTIER y PAZ, 1987, 17-21).

También son dignos de mención los trabajos realizados en Cataluña recogidos en una publicación especial sobre fortificaciones en dicha región, en *Acta mediaevalia* (1986) y, más recientemente, la ponencia de Fransesc Fité sobre la arquitectura militar en Cataluña en el III CAME (1990).

En la zona del Tajo los estudios sobre fortificaciones no han sido numerosos, sin embargo hay que reseñar la intervención prolongada en la estratégica fortaleza de Alarcos (Ciudad Real) (comenzada a excavar en 1984) donde, además de dar una amplia franja cronológica (niveles del Hierro I hasta época moderna [CABALLERO KLINK y MENA, 1986, 197]), está aportando importantes datos sobre su estructura y planta, tanto de época cristiana como musulmana.

Finalmente, con un planteamiento más novedoso deberíamos citar el trabajo de Antonio Malalana (en prensa) sobre «puentes-fortaleza», donde se plantea una vía diferente para el estudio de los sistemas defensivos con el estudio de varios modelos en el Tajo, en el tramo Zorita de los Canes (Guadalajara)-Castros (Cáceres).

2.4. Arqueología urbana

Uno de los capítulos más novedosos que se han desarrollado en los últimos años ha sido la arqueología urbana. La política de intervención de la Administración en conjuntos habitados ha sido y sigue siendo amplia, aunque todavía, en general, no existe una conciencia de intervención sistemática en conjuntos históricos declarados o de interés histórico, aunque existen excepciones como la prolongada intervención en Astorga (León) o los planteamientos en el País Vasco (recordemos el «Curso de formación de jóvenes en arqueología urbana» realizado a lo largo de 1988) [Arkeoikuska-88, 1988]), el equipo de intervención en Zaragoza capital (Servicio de Investigaciones Arqueológicas del Ayuntamiento de Zaragoza) o el SIAM (Servicio de Investigación Arqueológica Municipal) de Valencia creado en 1947 pero sin actividad continuada y sin los planteamientos actuales. Si antes decíamos que en arqueología urbana se había trabajado mucho, también hay que lamentar que ha sido la más castigada. Y desde luego no ha servido de mucho que una población estuviera declarada, en muchos casos ha sido más dañada que en otros que no lo eran. Aun así, tenemos que ser pacientes, pero críticos, ante la perspectiva actual. Si en líneas precedentes apuntábamos que uno de nuestros problemas era que la arqueología no estaba considerada de interés social, en el caso de la arqueología urbana este dato está fielmente reflejado. Los constructores ven al arqueólogo como un personaje que supone obstrucción y problemas para su trabajo, cuando no hay nada más lejos de ello, todo lo contrario, se pretende colaborar, de la manera más rápida para ocasionar los menores retrasos posibles; pero en ese toma y daca recíproco también se debe reclamar mayor comprensión para nuestra labor, entendiendo que lo que se hace redundará en la identificación de nuestra huella de identidad histórica, básica para entender, lo que ha sido y es, el ser humano y tener además una idea racional de la humanidad.

Con la creación de manera generalizada de los diferentes servicios territoriales y municipiales, es cuando se regula parcialmente la actuación arqueológica en núcleos poblados, aunque ya antes se intervenía con la concepción de arqueología urbana. Pero todavía existen grandes diferencias de actuación que nos separan años luz del modelo del Museo de Londres. Todavía no está arraigada la idea de que la arqueología urbana tiene que ser fundamentalmente integradora y multidisciplinar, al existir una sucesión de niveles culturales de muy distinto signo y características.

2.5. Intervenciones especiales

En interesante reseñar las actuaciones, especialmente en el País Vasco, sobre yacimientos peculiares como las ferrerías en donde los resultados han aportado datos muy importantes sobre la actividad minero-metalúrgica en la Baja Edad Media. Contamos de momento con la intervención en la ferrería de Yarza (Beasain. Guipúzcoa) datada en el siglo XV (URTEAGA, AZKÁRATE y GARCÍA CAMINO, 1986, 137-138), o la de Agorregi (Laurgain [Aya]. Guipúzcoa) (URTEAGA, 1988, p. 182). Junto a ella también se intervino en la presa de madera (siglo XV) situada en el cauce del río Oria (Beasain. Guipúzcoa) (URTEAGA, AZKÁRATE y GARCÍA CAMINO, 1986, 138), así como en las presas de Errasti (Azpeitia. Guipúzcoa) (URTEAGA, 1988, 179-181), intervención, esta última, dirigida por Josune Zaldúa, y en donde se localizaron casi superpuestas tres, dos de madera y una de piedra.

2.6. Necrópolis

Quizá la arqueología de las necrópolis haya sido la más numerosa. Desde los trabajos de A. del Castillo (1970, 835-845) y excavaciones en la Submeseta norte (CASTILLO, 1972; CASTILLO, 1973, 797-800) hasta los más recientes presentados en el Congreso de Oviedo (III CAME, 1989), o un poco antes en un especial de *Acta Medievalia* sobre necrópolis y sepulturas de Cataluña (1982) se ha trabajado muchísimo, tanto en intervenciones directas como en elementos asociados a ellas, caso de las estelas. Carlos de la Casa, Carmen Jusué Simonena y Joan Menchón i Bes (1989) expusieron la situación de la mismas con un amplio repertorio bibliográfico por Comunidades Autónomas más Portugal siendo en estos momentos de referencia obligada en este tema.

2.7. Despoblados y el estudio del espacio

En el caso de los despoblados, sin entrar en discusiones semánticas, habría que tratarlo en una doble vertiente, una en cuanto a la excavación arqueológica y otra en cuanto a la prospección y estudio del territorio. En cuanto a la primera, citaré en primer lugar los casos más antiguos y ya expues-

tos en la introdución. El Castellar (Villajimena. Palencia) (GARCÍA GUINEA; ECHEGARAY y MADARIAGA, 1963) sigue siendo una referencia clara, por ser uno de los pioneros, más adelante, nuevamente G. Guinea interviene en Cildá (Olleros de Pisuerga. Palencia) (GARCÍA GUINEA, GONZÁLEZ HECHEGARAY y SAN MIGUEL, 1966; GARCÍA GUINEA; IGLESIAS y CALOCA, 1973) y también como precursosr en ciertos planteamientos el caso de Caulers (Caldas de Malavella. Gerona) que M. Riu excavará entre 1971 y 1972 (Caldas de Malavella. Gerona) (RIU, 1975).

Más recientemente hay un yacimiento comenzado a excavar en 1984 (M.ª A. MEZQUÍRIZ) el desolado de Rada (Navarra) posteriormente dirigido por M.ª I. Tabar (desde 1985), despoblado fortificado con cronologías que abarcan desde el siglo XII hasta mediados del siglo XV (1455 fecha de su destrucción) (TABAR, 1987, 724).

En Castilla y León destaca el despoblado de Fuenteungrillo (Villalba de los Alcores. Valladolid) (dirigido por J. VALDEÓN e I. SÁEZ), yacimiento excepcional por la documentación escrita que posee y que lo hace muy interesante por poder relacionar ésta con la excavación arqueológica.

En Moya (Cuenca) se da el carácter de despoblado muy reciente (mediados del siglo XX) con una amplia representación en la historia desde el X. Con una fase hispano-musulmana (siglos X a XII) (CASA, 1988). Se excava desde 1982 por Y. Alvarez, deparando una amplia estructura urbana, fortificada (dos recintos) y con castillo (ALVAREZ, 1986, 615-638). El material cerámico, pintado, es muy abundante e interesante y conecta con los planteamientos actuales sobre la cerámica mudéjar, siendo perfectamente encuadrable como tal en fechas posteriores a la conquista (fines siglo XII).

La segunda vertiente se refiere a la prospección y al estudio del territorio. Hay que reseñar que, en general, las cartas arqueológicas se están realizando en todo el país.

En cuanto a estudios extensivos, debemos hacer referencia a los trabajos de Mercedes Urteaga en Tierra de Campos (URTEGA, 1986, 147-162), donde aplicó un sistema muy interesante con un estudio total (documentos [Archivo], prospección y localización, recogida de materiales y estudio de los mismos), los resultados han sido notables con una doble conclusión: distribución espacial de poblaciones (con secuencias cronológicas) y aplicación a la cerámica con dispersión e identificación tipológica y cronológica. En 1987 también M. Urteaga realizó una ponencia síntesis sobre despoblados en la Meseta N (URTEAGA, 1987). Poco antes A. Gutiérrez realizó un importante estudio sobre el poblamiento en León (GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, 1985). Finalmente R. Bohigas realizó en 1986 un estudio general para el sector central de la Cordillera Cantábrica (BOHIGAS, 1986).

Uno de los aspectos más interesantes en los estudios de espacio es el de las fronteras, en las relaciones cristiano-musulmanas y las repercusiones de ellas en todos los aspectos. En el sur hay una serie de trabajos que se encaminan en ese sentido como línea de investigación (CASTILLO *et alii,* 1989, 207-218; QUESADA y MOTOS, 1989, 219-228; SALVATIERRA, ARGELLES y MORENO, 1989, 229-240; MALPICA y GÓMEZ, 1989, 241-255). Los resultados en cuanto a los sistemas de fortificación, comercio y relaciones políticas son fundamentales para conocer la situación fronteriza durante los siglos XIII y XIV.

2.8. Arqueología subacuática

Una de las disciplinas que más se han desarrollado últimamente ha sido la arqueología subacuática. En lo referente al mundo medieval cristiano hay que reflejar pocas intervenciones directas, aunque, obviamente, el Programa Nacional de Cartas Arqueológicas Submarinas del Litoral Español aporta y aportará datos importantes. No obstante hay que significar las pocas intervenciones llevadas a cabo hasta la fecha. La primera intervención en aguas interiores se realiza en 1958 con una prospección en las lagunas de Almenara (Castellón) (MARTÍN, 1971). Posteriormente se realizará otra prospección subacuática, en 1987, en el despoblado medieval de Santillana, en el embalse de Aguilar de Campoo (Palencia) dirigida por Pedro Matesanz, donde se ensayaron sistemas de prospección en un medio tan complicado como el fondo de un embalse.

Recientemente, en la construcción del canal olímpico, con motivo de las obras de las Olimpiadas de 1992, en la desembocadura del río Llobregat, se localizó, a una profundidad de dos a tres metros, una embarcación de unos ocho metros de eslora, posiblemente del siglo XIV. El proyecto fue realizado por un equipo dirigido por Javier Nieto. También se ha venido interviniendo en el pecio, llamado Culip 6, en la bahía de Rosas, en donde se ha excavado una embarcación de 14 metros de eslora con fondo plano que transportaba vajilla nazarí. Aunque se supone que sería un barco cristiano que comerciaba con materiales árabes.

Tanto en las prospecciones de la costa de Almería (dirigidas por J. BLÁNQUEZ y L. ROLDÁN) y en

las de Ibiza (dirigidas por B. DÍAZ y V. GALVÁN) se están estudiando los materiales aparecidos. En la zona de Finisterre se ha excavado también un barco del siglo XVI por un equipo dirigido por M. Martín Bueno. En el Cantábrico se ha prospectado, en torno a un antiguo fondeadero en San Vicente de la Barquera (Cantabria), por J. L. Casado Soto con cronologías que oscilan entre el siglo XIII y el siglo XIX.

En el País Vasco se han intervenido en el fondeadero de Asturiaga, en la desembocadura del Bidasoa (Guipúzcoa) bajo la dirección de J. Rodríguez Sali (URTEAGA, AZKÁRATE y GARCÍA CAMINO, 1986, 139). Todas estas intervenciones, aunque escasas, nos dan una idea de las posibilidades de la arqueología subacuática aplicada a la arqueología medieval y que no hay que desdeñar.

2.9. Cerámica

Hace veinte o veinticinco años hablar de cerámica medieval cristiana era algo difícil, nos teníamos que referir sustancialmente a los trabajos de García Guinea (1963 y 1965), por ser pionero en el tema y también por el valor demostrado en admitir unas cerámicas como alto-medievales (G. GUINEA las denominaba «de repoblación» [GARCÍA GUINEA, 1965, 415]) cuando, por ejemplo, poco antes GARCÍA y BELLIDO [1962, 83, figs. 37 a 40]) las había catalogado como «indígenas».

Posteriormente, encontramos gran cantidad de trabajos, especialmente los de Riu (1975, 1977, 1980, 1983-1984 y 1986) sobre la cerámica gris en Cataluña. A este respecto hay que decir que, cada vez más, la cerámica gris se localiza en muchas otras partes, aunque, es cierto que, por el momento, los estudios sobre la producción de «gris» en Cataluña son más numerosos que en el resto de la Península. En este sentido es necesario referirse a los trabajos publicados al respecto en un especial de la revista *Acta Medievalia* (1984) y a los publicados en los Coloquios Internacionales sobre la Cerámica Medieval del Mediterráneo Occidental, especialmente en Valbona (Francia) (I CMMO, 1980) y en Siena (Italia) (III CMMO,1986).

En lo que respecta a la zona norte hay que hacer referencia obligada a una publicación reciente (GUTIÉRREZ GONZÁLEZ y BOHIGAS, 1989), donde hay una síntesis más o menos completa de la cerámica cristiana en el Noroeste peninsular. La situación de la investigación sobre cerámica cristiana está perfectamente reflejada, con los altibajos consabidos, en una publicación de este tipo. Las cronologías, caballo de batalla en estos últimos años, parecen clarificarse.

Por primera vez hay un intento de sistematización, con cuadros tipológicos y cronológicos en general muy acertados.

Insistiendo en el apartado cronológico, hay que señalar que comenzamos a tener cronologías más precisas. Bohigas data con C14 el yacimiento de «El Torreón» en Las Henestrosas (Cantabria) en el año 1090 ± 130 d. de C. (BOHIGAS *et alii*, 1986, 137) y posteriormente el castillo de Saldaña (Palencia) del 1000 al 1050 (BOHIGAS y SARABIA, 1988, 152). Poco antes se databa también con C14 un monasterio en el yacimiento de «El Corral de Calvo» (Luesia, Zaragoza) en el 1027 ± 20 (GALTIER y PAZ, 1987, 70). Este tipo de dataciones tenderán a clarificar las cronologías para la cerámica cristiana de los siglos X a XIII, todavía sumidas en un «vaivén» de fechas.

Un aspecto interesante, y que todavía no ha calado del todo en el tratamiento de material cerámico, es el técnico, tanto en la vertiente de factura como en la de cocción. En estos momentos, por ejemplo, el término «torno lento» que era utilizado invariablemente hasta hace muy poco, ahora está prácticamente descartado, siendo el correcto el de «torno bajo» o «torneta». P. Matesanz en este sentido propone las bases (MATESANZ, 1987) incidiendo en las posibilidades de tratamiento técnico de las cerámicas medievales.

Hay otros aspectos poco tratados a los que se debería hacer referencia y que, entiendo, pueden reportar grandes novedades y clarificar ciertos aspectos de factura, cocción, producción de las cerámicas medievales y distribución interna de los talleres cerámicos, son los trabajos relacionados con el tratamiento etnológico, lo que ahora se denomina «arqueoetnología». Desde el punto de vista técnico es, quizás, la única manera de llegar a conclusiones efectivas. Los trabajos que, en ese sentido, se efectúan por parte de un equipo Franco-Español desde 1987 dirigida por el profesor Thiriot, están reportando datos más concretos sobre los sistemas de cocción de cerámicas del siglo XI al XIV.

En 1980 M. Riu publica en el I Coloquio Internacional sobre la Cerámica Medieval del Mediterráneo Occidental, el resumen de las excavaciones arqueológicas en los hornos de cerámica medieval de Casampons (Berga, Barcelona) realizadas por el profesor A. del Castillo a finales de los años cincuenta (1959) (RIU, 1980), fue la primera experiencia de este tipo. Posteriormente I. Padilla aportará un estudio más amplio sobre el mismo complejo de Casampons (PADILLA, 1984).

La actividad en la intervención de centros productores de cerámica medieval ha sido realmente escasa, y quizás, realizada con una metodología poco aconsejable. Ha sido necesario conocer las experiencias del profesor Thiriot para enfocar adecuadamente las intervenciones, especialmente las realizadas recientemente en el centro alfarero de Cabrera (Cabrera d'Anoia. Barcelona) por un equipo dirigido por I. Padilla y J. Thiriot.

Es interesante reseñar las excavaciones arqueológicas en el testar del Moli (Paterna. Valencia), comenzado a excavar en 1985 y que fue el primer estudio de un horno medieval en Valencia, aportando importantes datos sobre la producción cerámica bajomedieval en Valencia (AMIGUES y MESQUIDA, 1987).

Recientes intervenciones en el centro de Valladolid, en el número 23 de la calle Duque de la Victoria, han deparado un importante centro alfarero con un amplio e interesante repertorio cerámico (MORATINOS y SANTAMARÍA, 1991).

Desgraciadamente los centros alfareros, en conjunto, todavía siguen siendo una gran incógnita.

Hay que reseñar las aportaciones realizadas por los Coloquios Internacionales sobre la Cerámica del Mediterráneo Occidental, citado anteriormente, Valbona en 1978 (I CICMMO, 1980), Toledo en 1981 (II CICMMO, 1986), Siena en 1984 (III CICMMO, 1986) y Lisboa en 1987 (IV CICMMO, en prensa); el último celebrado en Marruecos en noviembre de 1991. En ellos se ha podido comprobar el impulso tremendo que se ha dado a los estudios sobre cerámica medieval tanto musulmana como cristiana y también se han puesto de manifiesto los problemas de que adolecen los mismos.

Finalmente, tenemos que hacernos eco de las tendencias relativas a las cerámicas de transición del mundo musulmán al cristiano y que en ciertas zonas se mantiene en una cierta nebulosa, como es el caso de la zona del Tajo. Las cerámicas «mudéjares» que hasta ahora no eran muy definibles están poco a poco clarificándose (MARTÍNEZ LILLO y MATESANZ, en prensa).

En la zona valenciana se ha trabajado bastante en este sentido. El previsible cambio que se suponía se produciría con la conquista no lo es tal. La existencia de un fuerte sustrato musulmán y un cambio relativo, Coll, Martí y Pascual habían de transición (COLL, MARTÍ y PASCUAL, 1988, 40), junto a una mejor técnica y mayor experiencia supondrán pocas transformaciones en las producciones, limitándose casi exclusivamente a los diseños y planteamiento industrial (COLL, MARTÍ y PASCUAL, 1988, 40).

3. CONCLUSIONES

Después de este recorrido por los resultados de la arqueología medieval cristiana en España en los últimos veinte años, somos conscientes de las posibles lagunas que en trabajos de este tipo pueda haber. De todas formas nuestra intención no ha sido ser exhaustivos en la recogida de bibliografía, en cuanto a cantidad, sino más bien en cuanto a novedad y publicaciones recientes.

Creemos que, especialmente en los últimos diez años, se ha producido una fuerte eclosión de la arqueología medieval en general. Cada vez más la arqueología medieval va encontrando su posición real en el panorama arqueológico español. Es deseable que en oposiciones los temarios no se queden en el mundo romano como si no existiera nada más, como parte de una miopía que no se ajusta a la realidad de la arqueología actual. También abogamos porque en un futuro próximo la Arqueología Medieval Cristiana tenga un puesto en los departamentos de Universidad, equiparándose a la Musulmana o en los departamentos del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. En definitiva, creemos que ha hecho suficientes méritos como para que tenga, en realidad, ese lugar que moralmente ocupa.

Finalmente y a tenor de ser un poco reiterativos, abogamos porque el respeto por el PATRIMONIO HISTORICO sea una realidad. Las agresiones pueden ser de diferentes maneras, bien por destrucción, bien por falta de respeto al yacimiento o al edificio. Sería interesante ver la reacción de los prehistoriadores o protohistoriadores si a un arqueólogo medievalista se le ocurriera excavar en un abrigo o en un fondo de cabaña. Evidentemente la crítica no va hacia el arqueólogo como tal sino a la situación que empuja a realizar acciones de ese tipo con un desprecio, en el fondo, por la arqueología medieval.

(*) Agradecemos a don Luis Caballero, don Antonio Malalana, don Sergio Martínez Lillo, don Fernando Sáez, doña Cristina Sánchez Hernández y doña Belén Sanchioli, su inestimable ayuda.

BIBLIOGRAFIA

ADELL I GISBERT, J. A. (1986): «L'arqueología medieval i la intervenció en el patrimoni arquitectonic», I CAME, Huesca (1985), I, 85-88.

ALVAREZ DELGADO, Y. (1986): «Excavaciones en la villa bajomedieval de Moya», I CAME, Huesca (1985), 11, 615-638.
AMIGUES, F., y MESQUIDA GARCÍA, M. (1987): *Un horno medieval de cerámica. «El testar del Molí», Paterna (Valencia),* Publications de la Casa de Velázquez, Série Études et Documents, IV, Madrid.
ANDRIO GONZALO, J. (1977): «Aportaciones a la arqueología altomedieval del Valle del Ebro», CNA, XIV, 1221-1226.
ANDRIO GONZALO, J. (1987): «Formas de enterramiento medievales en los valles del Ebro y Duero», II CAME, Madrid, III, 273-286.
ARKEOIKUSKA (1981-82 a 1990): Investigación arqueológica, Vitoria.
AVELLO ALVAREZ, J. L. (1987): «Fortificaciones altomedievales de la costa asturiana», II CAME, Madrid, II, 93-102.
BARCELÓ, M. *et alii* (1988): *Arqueología medieval en las afueras del «medievalismo»*, Barcelona.
BIELSA, M.ª A. (1975): «Necrópolis altomedievales en Aragón», *XIII Congreso Nacional de Arqueología,* Huelva (1973), 995-1005.
BIELSA, M.ª A. (1977): «Tipología de las tumbas antropomorfas de la zona aragonesa al norte del Ebro», *XIV Congreso Nacional de Arqueología,* Vitoria (1975), 1235-1240.
BOHIGAS ROLDÁN, R.; BARRIUSO, E.; GARCÍA ALONSO, M.; SARABIA, P. y OCEJO, A. (1986a): «El despoblado y la necrópolis medievales de Campo la Puerta (Las Henestrosas, Cantabria)», I CAME, Huesca (1985), IV, 473-484.
BOHIGAS ROLDÁN, R.; GARCÍA, M.; SARABIA, P.; SOBREMAZAS, A.; FERNÁNDEZ, I.; SAINZ, A. y HOSPITAL, C. (1986b): «La fortaleza en Mota de El Torrejón (Las Henestrosas, Cantabria)», I CAME, Huesca (1985), V, 123-142.
BOHIGAS ROLDÁN, R. (1986c): *Yacimientos arqueológicos medievales del sector central de la montaña cantábrica,* Santander.
BOHIGAS ROLDÁN, R. y SARABIA ROGINA, P. M. (1987): «El castillo de Camargo y los castros altomedievales de Cantabria», II CAME, Madrid, III, 314-325.
BOLETÍN DE ARQUEOLOGÍA MEDIEVAL (BAM), desde 1986 (0), 1987 (1), 1988 (1989) (2), 1989 (1990) (3) y 1990 (1991) (4).
BOLÓS I MASCLANS, J. y MALLART I RAVENTÓS, L. (1986): *La granja cistercenca d'Ancosa (La LLacuna, Anoia). Estudi dels edificis i dels materials trobats durant les excavacions (1981-1983). Excavacions Arqueològiques a Catalunya,* 7.
BOÜARD, M. DE (1975): *Manuel d'Archéologie médiévale,* París.
BOÜARD, M. DE y RIU, M. (1977): *Manual de arqueología medieval. De la prospección a la historia,* Barcelona, 330.
CABALLERO KLINK, A. y MENA MUÑOZ, P. (1986): «La muralla medieval del Cerro de Alarcos (Ciudad Real)», I CAME, Huesca (1985), V, 193-207.
CABALLERO ZOREDA, L. y LATORRE MACARRÓN, J. I. (1980): *La iglesia y el monasterio visigodo de Santa María de Melque (Toledo). Arqueología y Arquitectura. San Pedro de la Mata (Toledo) y Santa Comba de Bande (Orense),* EAE, 109.
CABALLERO ZOREDA, L. (1989): «Pervivencia de elementos visigodos en la transición al mundo medieval. Planteamiento del tema», III CAME, Oviedo, I, 111-134.
CABAÑERO SUBIZA, B. y GALTIER MARTÍ, F. (1985): «Los primeros castillos de la frontera de los arbas y el Onsella. Problemas metodológicos», Bol. Museo e *Instituto Camón Aznar,* XX, 59-85.
CASA MARTÍNEZ, C. DE LA y TERÉS, E. (1982): «Santa María de Huerta: Excavaciones en la Cilla», *Cistercium,* 64, 153-157.
CASA MARTÍNEZ, C. DE LA; JUSUÉ SIMONENA, C. y MENCHÓN I BES, J. (1989): «Estelas medievales cristianas de la Península Ibérica», II CAME, Oviedo, I, 237-254.
CASTILLO, A. DEL (1970): «Cronología de las tumbas llamadas olerdolanas», *XI Congreso Nacional de Arqueología,* Mérida (1968), 835-845.
CASTILLO, A. DEL (1972): «Excavaciones altomedievales en las provincias de Soria, Logroño y Burgos», EAE, 74, 2-51.
CASTILLO, A. DEL (1973): «Las insculturas rupestres de la necrópolis altomedieval de Revenga (Burgos)», *XII Congreso Nacional de Arqueología,* Jaén (1971), 797-800.
CASTILLO, A. DEL (1975): «La necrópolis de covachas artificiales del Monasterio de Suso, pervivencia del sistema de enterramiento eremítico», *XII Congreso Nacional de Arqueología,* Huelva (1973), 967-978.
CASTILLO ARMENTEROS, J. C.; CASTILLO ARMENTEROS, J. L.; PÉREZ MARTÍNEZ, M. C. y ALCÁZAR HERNÁNDEZ, E. M. (1989): «Sistemas fronterizos en la Campiña Giennense», *Frontera, Arqueología Espacial,* 13, Teruel (1989), 207-218.
COLL CONESA, J.; MARTÍ OLTRA, J. y PASCUAL PACHECO, J. (1989): *Cerámica y cambio cultural. El tránsito de la Valencia Islámica a la Cristiana,* Museo Nacional de Cerámica y de las Artes Suntuarias «González Martí», Valencia.
COLOQUIO INTERNACIONAL CERÁMICA MEDIEVAL DEL MEDITERRÁNEO OCCIDENTAL, I, 1980, Valbona (1978).
COLOQUIO INTERNACIONAL CERÁMICA MEDIEVAL DEL MEDITERRÁNEO OCCIDENTAL, II, 1986, Toledo (1981).
COLOQUIO INTERNACIONAL CERÁMICA MEDIEVAL DEL MEDITERRÁNEO OCCIDENTAL, III, 1986, Siena (1984).
COLOQUIO INTERNACIONAL CERÁMICA MEDIEVAL DEL MEDITERRÁNEO OCCIDENTAL, IV, en prensa, Lisboa (1987).
CONGRESO DE ARQUEOLOGÍA MEDIEVAL ESPAÑOLA, I, 1986, Huesca (1985) (5 vols.).
CONGRESO DE ARQUEOLOGÍA MEDIEVAL ESPAÑOLA, II, 1987, Madrid (1987), I Ponencias y II-III Comunicaciones.

CONGRESO DE ARQUEOLOGÍA MEDIEVAL ESPAÑOLA, III, 1989, Oviedo (1989), I Ponencias.
ESCO SAMPERIZ, J. C. (1986): «La arqueología medieval en Aragón. Estado de la cuestión», I CAME, Huesca (1985), I, 19-64.
FERNÁNDEZ CONDE, J. (1989): «Balance general de la arqueología medieval asturiana», III CAME, Oviedo, I, 7-40.
FITÉ, F. (1989): «Arquitectura militar y repoblación en Catalunya (siglos VIII-XI)», III CAME, Oviedo, I, 193-235.
GALTIER MARTÍ, F. y PAZ PERALTA, J. A. (1987): *Arqueología y Arte en Luesia en torno al año mil. El yacimiento de «El Corral de Calvo»*, Zaragoza.
GARCÍA Y BELLIDO, A.; FERNÁNDEZ DE AVILÉS, A.; BALIL, A. y MARCELO VIGIL, A. (1962): «Memoria de las excavaciones arqueológicas efectuadas en Herrera de Pisuerga. I Campaña, 1960», *Boletín de la Institución Tello Téllez de Meneses,* 22, 21-121.
GARCÍA CAMINO, I. (1990): «La arqueología histórica en Bizkaia en los últimos años», *Munibe,* 42, 379-388.
GARCÍA GUINEA, M. A. (1965): «Sobre cerámicas alto-medievales de la meseta norte y Cantabria», CNA, IX, 415-418.
GARCÍA GUINEA, M. A.; GONZÁLEZ ECHEGARAY, P. J. y MADARIAGA DE LA CAMPA, B. (1963): «Memoria de las excavaciones arqueológicas efectuadas en El Castellar (Villajimena, Palencia)», *Boletín de la Institución Tello Téllez de Meneses,* 23, 123-159.
GARCÍA GUINEA, M. A.; GONZÁLEZ ECHEGARAY, J. y SAN MIGUEL RUIZ, J. A. (1966): «Excavaciones en Monte Cildá, Olleros de Pisuerga (Palencia)», *Boletín de la Institución Tello Téllez de Meneses,* 26, 1-69.
GARCÍA GUINEA, M. A.; IGLESIAS GIAL, J. M. y CALOCA, P. (1973): *Excavaciones de Monte Cildá, Olleros de Pisuerga (Palencia). Campañas de 1966 a 1969,* EAE, 82.
GARCÍA RETES, E. (1990): «Perspectivas de futuro de la arqueología medieval en Alava», *Munibe,* 42, 373-377.
GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, J. A. (1985): *Poblamiento antiguo y medieval en la montaña central leonesa,* León.
GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, J. A. (1986): «Un sistema de fortificaciones de Alfonso III en la montaña leonesa», I CAME, Huesca, 11, 144-162.
GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, J. A. (1987): «Modelo de ficha-registro para el estudio de fortificaciones medievales», II CAME, Madrid, II, 189-198.
GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, J. A. (1989a): «Sistemas defensivos y de repoblación en el Reino de León», III CAME, Oviedo, I Ponencias, 169-191.
GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, J. A. (1989b): «Arquitectura militar y sistemas de fortificaciones en el Reino de León», *Castillos Medievales del Reino de León,* León, 157-173.
GUTIÉRREZ GONZÁLEZ, J. A. y BOHIGAS ROLDÁN, R. (coords.) (1989): *La cerámica medieval en el Norte y Noroeste de la Península Ibérica. Aproximación a su estudio,* León.
HARRIS, E. C. (1979): *Principles of archaeological stratigraphy,* Londres.
IZQUIERDO BENITO, R. (1986): «Estado actual de la arqueología medieval en Castilla-La Mancha», I CAME, Huesca (1985), I, 161-174.
JUSUÉ SIMONENA, C. (1985): «Arqueología medieval en la provincia de Navarra: Estado actual de las investigaciones», *XVII Congreso Nacional de Arqueologia,* Logroño (1983), 943-952.
JUSUÉ SIMONENA, C. (1990): «La arqueología histórica en Navarra en los últimos 25 años: la arqueología medieval», *Munibe,* 42, 357-364.
LARRÉN IZQUIERDO, H. (1986): «Arqueología medieval en la provincia de Avila. Estado de la cuestión», I CAME, Huesca (1985), I, 147-160.
LARRÉN IZQUIERDO, H. (1990): «San Miguel de Escalada: trabajos arqueológicos 1983-1987», *Numantia,* II, 217-238.
LAVADO PARADINAS, P. (1987): «Arqueología medieval y restauración», II CAME, Madrid, I, 289-310.
LÓPEZ ELUM, P. (1987): «Castellología y cerámica medieval: propuesta arqueológica y consideraciones metodológicas», II CAME, Madrid, I, 321-243.
LÓPEZ MULLOR, A. (1991): «La excavación del monasterio de sant Llorenç prop Bagá. Campañas de 1984-1989», *Quaderns Científics i Tècnics,* 3, *Simposio sobre Actuaciones en el patrimonio edificado medieval y moderno (siglos X-XVIII),* Barcelona, 1989, 67-90.
LOYOLA PEREA, E. (1977): «Nuevas aportaciones al estudio de la arqueología altomedieval en las provincias de Logroño y Burgos», *XIV Congreso Nacional de Arqueología,* Vitoria (1975), 1227-1230.
MALALANA UREÑA, A. (en prensa): «Puentes-fortaleza en el tajo: El tramo Zorita de Los Canes (Guadalajara) Castros (Cáceres)», BAM, 4.
MALPICA CUELLO, A. y GÓMEZ BECERRA, A. (1990): «La formación de un territorio fronterizo medieval: La costa granadina de la época musulmana a la conquista castellana», *Fronteras, Arqueología Espacial,* 13, Teruel, 1990, 241-255.
MARTÍN, G. (1971): «El problema de las lagunas de Almenara», III Congreso Internacional de Arqueología Submarina, Barcelona, 1961, Bordiguera, 91-99.
MARTÍNEZ LILLO, S. y MATESANZ VERA, P. (en prensa): «La cerámica cristiana y musulmana en la Marca Media (siglos X, XI y XII). Tecnología», en IV CICMMO, Lisboa, 1988.
MATESANZ VERA, P. (1987): «La cerámica medieval cristiana en el Norte (siglos IX-XIII): estado de la cuestión», II CAME, Madrid, I, 245-260.

MIYARES FERNÁNDEZ, A. (1986): «Tipología de paramentos en el románico asturiano. Método de datación arqueológico-artístico», I CAME, Huesca (1985), I, 425-436.
MORA FIGUEROA, L. DE (1986): «Proyecto de un esquema básico para el estudio estructural, material y funcional de la arquitetura militar medieval», I CAME, Huesca (1985), 7, 437-442.
MORA FIGUEROA, L. DE (1987): «Arquitectura militar cristiana en la Edad Media Española: estado de la cuestión», II CAME, Madrid, I, 49-58.
MORATINOS GARCÍA, M. y SANTAMARÍA, J. E. (1991): «Nuevas aportaciones a la arqueología medieval vallisoletana. La excavación de los hornos y testar del solar núm. 23 de la calle Duque de la Victoria», *Arqueología urbana en Valladolid,* 151-187.
PASCUAL, J. y MARTÍ, J. (1987): «Nuevos datos para el estudio de la cerámica valenciana del siglo XIV», II CAME, Madrid, III, 599-612.
PUERTAS TRICAS, R. (1987): «Iglesias rupestres de Málaga», II CAME, Madrid, I, 9-152.
QUESADA QUESADA, T., y MOTOS GUIRAO, E. (1989): «La formación de la frontera castellano-nazarí en su sector Norte: La Serranía de Mágina», *Fronteras, Arqueología Espacial,* 13, Teruel, 1989, 219-228.
QUINTANA, J. DE LA; MATESANZ VERA, P. y GONZÁLEZ-CAMPOS BAEZA, Y. (1991): «La rehabilitación del monasterio de Santa María de Wamba (Valladolid). Arquitectura y Arqueología», *Quaderns Científics i Tècnics,* 3, *Simposio sobre Actuaciones en el patrimonio edificado medieval y moderno (siglos X-XVIII),* Barcelona, 1989, 389-398.
REGUERAS, F. (1990): *La arquitectura mozárabe en León y Castilla,* León.
RIU, M. (1975): *Excavaciones en el poblado medieval de Caulers (Caldes de Maravella, Gerona),* EAE, 88.
RIU, M. (1980): «Estado actual de las investigaciones sobre las cerámicas de los siglos IX al XIV», I CICMMO, 385-396.
RIU, M. y BOLOS, J. (1983-1984): «Observaciones metodológiques, esquemes descriptius i fitxes de treball per a l'estudi de la ceràmica», *Acta Mediaevalia, Annex 2: Ceràmica Grisa i Terrissa popular de la Catalunya Medieval,* 13-28.
RIU, M. (1986): «Estado actual de la arqueología medieval en los reinos cristianos peninsulares», I CAME, Huesca (1985), IV, 425-472.
RIU, M. (1987): «Nuestro actual conocimiento y posibilidades del estudio arqueológico de las técnicas industriales en la Edad Media», II CAME, Madrid, I, 261-271.
RIU, M. (1989): *L'arqueología medieval a Catalunya,* Barcelona.
ROJO GUERRA, M. y VAL RECIO, J. del (1990): «Valladolid», *Numantia,* III, 319-332.
RUEDA SABATER, M. y RUEDA SABATER, C. (1989): «La moneda medieval castellana: problemática y propuesta de método de estudio», III CAME, Oviedo, I, 41-68.
RUEDA, M. (1991): *Primeras Acuñaciones de Castilla y León,* Salamanca.
SÁENZ DE URTURI RODRÍGUEZ, F. (1986): «Avance al estudio de cerámicas medievales en Alava», I CAME, Huesca (1985), V, 473-494.
SÁENZ DE URTURI RODRÍGUEZ, F. (1990): «La arqueología histórica (medieval) en Alava en los últimos 25 años», *Munibe,* 42, 365-372.
SALVATIERRA CUENCA, V.; ARGELLES MÁRQUEZ, M., y MORENO ONORATO, M.ª A. (1989): «Visibilidad y control: Un problema de fronteras. El caso Nazarí en el sector Montefrío-Moclín», *Fronteras, Arqueología Espacial,* 13, Teruel, 1990, 229-240.
SOUTO LASALA, J. A. (1986): «Sobre el papel del arqueólogo medievalista en las obras de restauración de monumentos arquitectónicos», I CAME, Huesca (1985), I, 89-104.
URTEAGA ARTIGAS, M. (1986): «Metodología del estudio sobre cerámica medieval de la Comarca vallisoletana de Tierra de Campos», III CI CMMO, Siena, 1984, 147-162.
URTEAGA ARTIGAS, M.; AZKÁRATE, A. y GARCÍA CAMINO, I. (1986): «Arqueología medieval en el País Vasco. Estado actual en las provincias de Guipúzcoa y Vizcaya», I CAME, Huesca (1985), I, 131-146.
URTEGA ARTIGAS, M. (1988): «Excavaciones arqueológicas en el País Vasco», BAM, 2, 178-183.
URTEAGA ARTIGAS, M. (1990): «Arqueología medieval en Guipúzcoa. Estado actual y perspectivas de futuro», *Munibe,* 42, 389-398.
VIDAL ENCINAS, J.; GARCÍA MARCOS, V. y MIGUEL HERNÁNDEZ, F. (1990): «León», *Numantia,* III, 259-272.
VIÑAS I VIÑAS, J. (1991): «Resultats de les excavacions al monestir de sant Llorenç de Munt (Matapaderna. Barcelona)», *Quaderns Científics i Tècnics,* 3, *Simposio sobre Actuaciones en el patrimonio edificado medieval y moderno (SS. X al XVIII),* Barcelona, 1989, 171-176.
VV.AA. (1986): *Fortaleses, torres, quaites i castells de la Catalunya medieval, Acta Mediaevalia. Annex 3,* Barcelona.
ZOZAYA STABEL-HANSEN, J. (1970): «Problemática de la arqueología medieval posterior al siglo VIII en España», *XI Congreso Nacional de Arqueología,* Mérida (1968), 846-849.
ZOZAYA STABEL-HANSEN, J. (1986): «Aproximación a una metodología de la arqueología medieval», I CAME, Huesca (1985), I, 67-81.

ARQUEOLOGIA MEDIEVAL/ARQUEOLOGIA ISLAMICA: UN ESTADO DE LA CUESTION

Fernando Valdés Fernández
Universidad Autónoma de Madrid

Dos son las definiciones que nos sirven de base para acometer el análisis actual de la Arqueología Medieval, y ambas proceden de la pluma de dos de sus investigadores más reputados. Según el primero de ellos, J. Hubert, —«Archéologie Médievale» en *L'Histoire et ses méthodes*. París, 1931, 322-323— es «*...una búsqueda metódica cuyo objeto es revelar, según la exacta sucesión de las épocas, los aspectos materiales de la civilización que no pueden dar a conocer los documentos escritos*». A partir de éste, el segundo —Michel de Broüard—, elaboró otra nueva que, a pesar de su acusada tendencia instrumental —en la medida en que reduce la Arqueología a un mero papel de ciencia auxiliar—, supuso, en su momento, un salto cualitativo. «*Arqueología Medieval* —en opinión del profesor francés— *es la disciplina, distinta de la Historia del Arte, cuya actividad esencial es la excavación y que ambiciona aportar a la historia de las civilizaciones de la Edad Media un cúmulo de nuevos datos, que complete a lo ya proporcionado por el estudio de los textos, de los monumentos y de objetos varios*»— *Manual de Arqueología Medieval*. Barcelona, 1977, 11.

Pues bien, a partir de ahí, una vez examinado el panorama español y por comparación con el resto de las actividades de la ciencia arqueológica en nuestro país, entiendo que la Arqueología Medieval prácticamente no existe en España como tal y lo poco que por ahora despunta está muy lejos de alcanzar su mayoría de edad. Esta opinión afecta por igual a sus dos vertientes más significativas: la islámica y la cristiana.

Ahora bien, para explicar el proceso de desarrollo de esta disciplina en los últimos veinte años no podemos limitarnos al mero recuento de actividades, publicaciones e, incluso, excavaciones relacionadas con ella. Conviene, como principio, para justificar lo negativo de dicha afirmación y su aparente distanciamiento de la realidad, considerar ciertos aspectos que habitualmente no se tienen en cuenta y, dejando momentáneamente a un lado las apariencias, profundizar en el meollo del problema o, lo que en nuestro caso es lo mismo, en los motivos que han dado origen a la situación actual. Quizá resulte útil como método de análisis, estudiar la proyección actual de nuestra materia, desde una perspectiva histórica, para comprender su situación e intentar, desde esta base, proyectarnos hacia lo que puede ser su futuro.

1. LOS ORIGENES

En términos cronológicos, la Arqueología Medieval no es en España la más moderna de las ramas de la ciencia arqueológica, sino, en contra de lo que pudiera creerse, una de las primeras —es

posible que preceda incluso a la Clásica— y, en cualquier caso, sí es la primera en haber dado a la luz sendas publicaciones cuyo método, a pesar de su indudable carácter intuitivo, se anticipan en bastantes años a las modernas publicaciones especializadas, superando a algunas de ellas en rigor científico. Se trata de los dos opúsculos de don Manuel Gómez-Moreno González dedicados respectivamente, a la antigua ciudad de Elvira —*Medina Elvira.* Granada, 1888— y de don Manuel Gómez-Moreno Martínez, quien también había colaborado con su padre en la anterior, sobre algunos restos cristianos recuperados en Martos (Jaén) —*Antigüedades Cristianas de Martos.* Granada, 1897.

A partir de entonces, puede hablarse en España de Arqueología Medieval —no de Historia del Arte Medieval—, aunque no debamos atribuir a hechos tan concretos una importancia mayor de la que en realidad poseyeron. Son jalones para fijar en el tiempo el arranque de una ciencia, pero se inscriben en el marco de procesos culturales más amplios. Es difícil, por ello, abordar en pocas páginas sus antecedentes reales. Quizá los Gómez-Moreno, y muy especialmente el hijo, no fuesen más que la cristalización de una tendencia historicista, muy patente en aquellos años del siglo XIX, interesada en resucitar el pasado medieval de España en sus dos grandes facetas, cristiana e islámica.

Ahora bien, es un error, como se desprende de la propia cronología bibliográfica, establecer una separación inicial entre los estudios dedicados a ambas, aunque hayamos de reconocer un interés más aparente por la segunda después de muchos años, casi siglos, de abandono. El estudio de lo cristiano era lo habitual, por considerarse algo propio, y ello llevó a integrarlo dentro de materias aceptadas universalmente, como la Historia del Arte, y a desvincularlo de los caminos seguidos por la investigación del mundo material andalusí.

Sería complejo entrar aquí en el análisis pormenorizado de sus causas inmediatas, teñidas, en parte, del gusto por lo exótico tan propio del colonialismo europeo y, en el caso español, infiltradas de una evidente carga ideológica, relacionable de cerca con los vientos políticos del momento.

Quizá fuese un fruto tardío del Romanticismo o el inevitable resultado del Racionalismo, lo cierto es que, de pronto, hizo explosión una generación de científicos, venidos de campos muy diversos, cuya mirada se vuelve hacia ese antiguo y olvidado mundo árabe y comienzan a hurgar en el cerrado baúl donde la historia de al-Andalus dormía polvorienta entre las hojas de las crónicas árabes, latinas y romances o se insinuaba en las respetables, aunque no siempre respetadas, piedras de varios monumentos ilustres; buen pretexto para tópicos repetidos hasta el agotamiento. La empresa requería ciertas dosis de valentía porque en aquella España se unían el antiguo, pero vivo, desprecio —y miedo, y envidia— de los vencedores cristianos por los vencidos musulmanes y el renovado odio por el moro, enemigo en las vergonzantes y desdichadas campañas africanas —buen chivo expiatorio para desviar la atención de los verdaderos culpables.

Aquellos eruditos eran hijos de su tiempo —todos lo somos— y en sus aciertos y sus errores se retratan también los de su época. Tuvieron que enfrentarse a las arduas tareas propias de sus investigaciones y a la inquina, profunda y no esquiva, de muchos medios oficiales y científicos. ¡Qué extraordinaria enemistad destilan los trabajos de algunos medievalistas, por otra parte grandes hispanistas! ¡Cuánta cruzada de papel en la pluma de insignes investigadores!

En definitiva, la administración española siempre ha sido, a pesar de las afirmaciones grandilocuentes, muy poco amiga de los árabes y de lo árabe y, ni siquiera por prejuicio nacionalista, ha mostrado excesivo interés en fomentar los estudios relacionados con este círculo cultural. De ello se ha resentido, y mucho, nuestra arqueología islámica y por extensión, nuestra arqueología medieval.

2. EL MARCO ACTUAL

Cuatro son, en el ámbito general de la Administración, los espacios donde la Arqueología —entiéndase aquí en su sentido más general— desarrolla su actividad habitual: la Universidad, el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, el Cuerpo Facultativo de Museos y los órganos técnicos de las distintas administraciones encargados de la gestión del Patrimonio Arqueológico.

2.1. La Universidad y el Consejo Superior de Investigaciones Científicas

Si fijamos nuestra atención en la esfera estrictamente universitaria, observamos una situación paradójica, con tendencia a la mejoría, que fija, mejor que ninguna otra, la de la Arqueología Medieval en nuestro país.

Hablamos de paradoja, al aludir al estado actual de nuestra materia, porque no es el resultado casual de un problema sólo recientemente planteado, sino la consecuencia lógica —¿cómo no iba a ser así?— de un proceso histórico iniciado en la primera década de nuestro siglo, en el que son inseparables, como siempre, las actividades docentes de las labores investigadoras.

Aunque a alguien pueda parecer extraño, España es uno de los países europeos —si no el primero— donde la Arqueología Arabe estuvo representada, con ese nombre, entre las disciplinas universitarias. Desde 1912 don Manuel Gómez-Moreno impartió su docencia en la Universidad Central de Madrid y simultaneó su trabajo docente con el investigador —era desde 1911 jefe de la Sección de Arqueología del Centro de Estudios Históricos—, colocando el listón español de la materia al mismo nivel que estaba en otras Universidades europeas y, desde nuestro punto de vista, superando ampliamente a la mayoría de ellas.

Este estado de cosas continuó así hasta 1934. En ese momento se produjo una situación acertadamente descrita en un artículo publicado en el diario *El País* el 18 de enero de 1984: «*Era* —D. Manuel Gómez-Moreno— *jefe de sección del Centro de Estudios Históricos, y se dotó para él una cátedra de Arte y Arqueología Arabe en la Universidad Central. Pero en 1934 [...] La Universidad exigió a Gómez-Moreno que investigara con sus discípulos en la facultad (donde no tenía medios) y no en el Centro de Estudios Históricos (donde tenía biblioteca, material fotográfico y aulas). Ante esta situación imposible Gómez-Moreno se jubiló anticipadamente en 1935, siguió investigando en el Centro, pero tuvo que abandonar la labor de formar escuela, con lo que a su muerte en 1970, desaparecieron los estudios de arte musulmán en España, y los institutos extranjeros han ido tomando posesión de ese campo. La Mezquita de Córdoba, la Aljafería de Zaragoza y el Cristo de la Luz de Toledo están publicados por el Instituto Arqueológico Alemán, en lengua alemana, para vergüenza de los españoles y gloria de los alemanes.*» Firmaban Vicente Alexandre, Dámaso Alonso, Antonio Tovar, Jimena Menéndez-Pidal —ya desaparecidos— y, junto a ellos, Rafael Lapesa, Emilio García Gómez, Julio Caro Baroja, María Elena Gómez-Moreno y Pedro Laín Entralgo.

Sólo dos figuras, beneméritas por muchos conceptos, mantendrían la actividad investigadora, solitaria e ininterrumpida, hasta su muerte: los arquitectos Leopoldo Torres Balbás y Félix Hernández Jiménez. El primero de ellos fue, además, catedrático de Historia del Arte en la Escuela Superior de Arquitectura de Madrid entre 1931 y 1960.

Las semblanzas biográficas de ambos han sido ya trazadas en sus líneas generales —*Al-Andalus*, 25 (1960), 257-286 y *Cuadernos de la Alhambra*, 10, 1974, 1-9, por mucho que aún queden aspectos por revelar de su extraordinaria personalidad. A su labor hemos de agradecer, entre otras muchas cosas, la conservación y el estudio de varios monumentos capitales —Medina Azahara, Alhambra, etc.— y el más coherente *corpus* de investigaciones sobre Arqueología Medieval nunca editado en nuestro suelo.

Desaparecidos los grandes investigadores aludidos, la única cátedra de «Arqueología Arábiga» —la de Gómez-Moreno— cambiaba la denominación y con ella acababa de desaparecer lo que de arqueología islámica quedaba en los planes de estudio de las Universidades españolas. La única actividad docente conservada sobrevivía en departamentos de Historia del Arte, anclada en unos métodos anticuados, repetitivos y estériles, muy alejados de las corrientes más modernas seguidas por la investigación especializada en otros centros del extranjero. De ahí a la situación actual mediaba una distancia muy corta y su breve crónica ha sido perfilada recientemente —*Actas del I Congreso de Arqueología Medieval Española.* Zaragoza, 1986, t. III, 7-19 y t. IV, 25-472.

En el momento actual, si nos atenemos a los datos publicados por el propio Ministerio de Educación y Ciencia —*Guía de Departamentos Universitarios.* Madrid, 1990—, entre las treinta y cuatro Universidades enumeradas, incluidas tres privadas —Navarra, Pontificias de Comillas y Salamanca—, sólo hay tres —Autónoma de Madrid, Cádiz y Sevilla— donde existen asignaturas de Arqueología Medieval con enunciado específico y sólo una —Autónoma de Madrid— donde la materia figura entre las curriculares del programa de «Prehistoria y Arqueología». Tres son las que, en este último centro, poseen un temario con incidencia total o parcial en el objeto de nuestra atención: «Arqueología Hispano-Musulmana», «Arqueología Paleocristiana y Medieval» y «Arqueología Hispano-Romana y Medieval»; junto a ellas aún existe otra, de carácter más general —«Arqueología y Arte Arabes»—, impartida por el mismo departamento pero incluida en el programa de la especialidad de «Arabe e Islam».

En las otras dos Universidades —Cádiz y Sevilla— sendas asignaturas de Arqueología Medieval forman parte, respectivamente, de los departamentos de «Historia, Geografía y Filosofía» —donde también se explica «Arqueología», en general— y de «Historia Medieval».

Ningún otro centro universitario imparte materias curriculares de esta especialidad, aunque haya varios donde se aborda el estudio de otras afines: Autónoma de Barcelona —«Arte Bizantino y su di-

fusión», Departamento de Arte—; Complutense de Madrid —«Arte Arabe», Departamento de Historia del Arte I (Medieval)»—; Granada —Departamento de Historia del Arte—; León —«Arte Islámico», Departamento de Patrimonio Histórico-Artístico y de la cultura Escrita—; Málaga —«Arte Musulmán», Departamento de historia del Arte—; Murcia —«Arqueología Romana, Cristiana y Visigoda», Departamento de Prehistoria, Arqueología, Historia Antigua e Historia Medieval—; Zaragoza —«Arte Musulmán e Hispanomusulmán», Departamento de Historia del Arte.

Para emplear estos datos del modo menos literal posible —es evidente que la citada obra contiene numerosos errores, algunos de bastante porte— y evitar la tentación del pesimismo académico, habremos de señalar la presencia en varios centros —Central de Barcelona, Complutense de Madrid, Islas Baleares, León, Málaga, Oviedo, Sevilla y Zaragoza— de profesores cuya actividad investigadora se centra específicamente en la Arqueología Medieval, aunque su docencia haya de seguir por otros derroteros. Varios de ellos —sin que nuestra opinión suponga necesariamente una valoración negativa de su labor— ni siquiera poseen una formación arqueológica específica y han llegado a ocuparse de nuestra disciplina por motivos de muy diversa —y a veces pintoresca— índole. Otros, por el contrario, poseen ya una larga y reconocida trayectoria científica y algunos de los más jóvenes comienzan a leer tesis doctorales de una indudable proyección y realizadas con un gran rigor metódico. Sólo las tesis doctorales, leídas en departamentos de Arqueología deberían consagrar definitivamente el *curriculum* académico de los docentes de nuestra materia.

Unicamente una plaza de profesor Titular —en la Autónoma de Madrid— la ocupada por el autor de este trabajo, ha salido a concurso de habilitación con la denominación de «Arqueología Arabe», dentro del área de «Ciencias y Técnicas Historiográficas» —antes de existir la de «Arqueología», donde figura ahora. La última vez que una plaza con igual, o muy semejante denominación, salió a concurso fue, como queda dicho, en 1934.

Para finalizar este apartado convendría señalar la tendencia apreciada en ciertos departamentos universitarios de Historia Medieval o de Filogía Arabe a dotar y sacar a concurso, dentro de sus respectivas áreas de conocimiento, plazas con perfil de Arqueología Medieval. Por descontado, los tribunales encargados de llevar a cabo la selección de los candidatos no sientan entre sus miembros a ningún especialista en la materia, ni siquiera a algún arqueólogo que pudiera certificar con su voto la cualificación del nuevo profesor.

Fuera de los posibles casos, siempre justificables, en que semejante forma de obrar pueda ampararse en la peculiar estructura de algún centro concreto, no creemos aconsejable este proceder desde ningún punto de vista y no sólo por evitar la picaresca derivada.

Sin entrar en los problemas de concepto expuestos más adelante, creemos firmemente que dejar el estudio de la Arqueología Medieval —cualquiera que sea su subespecialidad— en departamentos ajenos al área de Arqueología —o, en su defecto, de Prehistoria— presupone un error muy grave y nos remonta a situaciones académicas arcaicas. Podrá alegarse, no sin razón, el desinterés —y, en ocasiones, hostilidad— de muchos arqueólogos a admitir lo medieval dentro de las materias propias de su área de conocimiento, pero, ello, al margen de situaciones cómodas o viscerales, ya no es de recibo entre profesionales de la última década del siglo XX y ha de corregirse. Peor solución es poner una docencia que requiere método y dedicación específicos —háganse las excepciones que se quiera— en manos de medievalistas o arabistas convencionales. Todos los arqueólogos son historiadores, pero no todos los historiadores son arqueólogos, dicho sea sin el mínimo matiz desdeñoso para todos los colegas que investigan campos afines.

En términos de investigación, agotada la soberbia generación de especialistas que nos precedieron, sólo el antiguo Instituto Miguel Asín, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, y, de forma irregular, el Instituto de Cooperación con el Mundo Arabe, entre las instituciones españolas, y el Instituto Arqueológico Alemán y la Casa de Velázquez, entre las extranjeras establecidas entre nosotros, mantuvieron secciones o investigadores aislados dedicados a esta disciplina.

Repárese, con todo, en la peculiaridad de esta relación, donde figuran dos organismos extranjeros junto a dos españoles ajenos al mundo de la Arqueología. El primero de ellos es una dependencia ligada al área filológica denominada actualmente «Estudios Arabes», donde se conserva por tradición una plaza especializada en Arqueología Arabe, entendida en un sentido muy amplio. Este instituto publica la revista *al-Qantara,* sucesora de *al-Andalus,* dentro de la cual sigue viendo la luz la famosa «Crónica Arqueológica de la España Musulmana».

Mientras tanto, el instituto especializado en Arqueológia del CSIC sigue estableciendo, *de facto,* el límite cronológico de su actividad en el momento histórico de la conquista árabe. Quizás ello se deba a motivos casuales, pero sería muy necesario que se empezasen a considerar otros modos de

organización más flexibles y, desde luego, más acordes con los actuales presupuestos de la ciencia arqueológica.

El segundo de los centros aludidos es un organismo del Ministerio de Asuntos Exteriores enfocado a las relaciones de todo tipo con los países árabes, donde, en algún momento, hubo un seminario especializado en Arte y Arqueología, cuya actividad cesó hace ya tiempo; en el momento actual financia total o parcialmente algunos proyectos de investigación, concede algunas becas y publica una revista —dedicada ahora a cuestiones modernas y contemporáneas— y monografías, episódicamente relacionadas con el objeto de nuestro interés.

Para comprobar el resultado de este estado de cosas no hay más que darse un breve paseo por la bibliografía básica y apreciar cómo los últimos grandes trabajos publicados proceden de la década de los cincuenta —en algún caso de los sesenta—, son producto de investigaciones llevadas a cabo muchos años antes y se resentían, ya en ese momento, de una falta de comparación con la abundantísima literatura científica que vio la luz entre las dos Guerras Mundiales y en los veinte años siguientes a la finalización de la última.

2.2. El Cuerpo Facultativo de Museos

Mención aparte merece, en el ámbito que nos ocupa, la labor de los Museos Arqueológicos Provinciales —del Cuerpo Facultativo de Museos— fuese cual fuese su dependencia administrativa. Desde ellos, un nutrido grupo de beneméritos conservadores realizó un callado, pero eficacísimo, trabajó mucho más allá de lo que exigía su deber, para salvar el Patrimonio Arqueológico. Cuando en los centros universitarios la Arqueología Medieval era menospreciada y se encontraba en situación de total abandono, ellos consiguieron, con un enorme tesón, recuperar piezas y salvar yacimientos que de otro modo no hubieran conseguido llegar a nuestras manos. Bien es cierto que su labor docente fue muy limitada; las sonrojantes circunstancias económicas en que hubieron de desenvolverse hasta fechas no demasiado lejanas, por mucho que acrecienten hoy sus méritos, suponían un impedimento real para una empresa fuera de su cometido específico.

Felizmente superada aquella situación, es justo reconocer que algunas de las instituciones museístas españolas han constituido auténticos focos de medievalismo arqueológico, gracias al trabajo de conservadores entusiastas. Aun así, su capacidad de influencia en la formación de nuevos especialistas, con haber conseguido éxitos indudables, ha sido, por necesidad, limitada.

En cualquier caso, no son los museos los lugares llamados a formar nuevos profesionales, aunque su colaboración sea de todo punto necesaria. De hecho su capacidad de fomentar la práctica de nuestra disciplina es muy considerable, pero sólo a partir del nivel mínimo que marca la formación universitaria.

2.3. Los Organos Técnicos dependientes de las Administraciones Públicas

La vertebración reciente del Estado Español en 17 comunidades autónomas ha tenido un gran impacto en la gestión del patrimonio histórico, en general, y del arqueológico, en particular. Al pequeño grupo de técnicos integrados en el Ministerio de Cultura, ampliamente desbordado en número y posibilidades, y al de los escasos integrados en ciertos servicios —excepcionales— dependientes de instituciones provinciales o locales, se ha unido, en los últimos años, un nutrido grupo de jóvenes profesionales cuya actividad, a pesar de las diferencias apreciables entre unas comunidades y otras, ha supuesto un enorme paso adelante.

Sin embargo, la mayoría de los técnicos encuadrados en todos esos organismos son profesionales dedicados, en principio, a otras especialidades arqueológicas, cuando no ajenos a la propia Arqueología y, desde luego, desconocen o no están familiarizados con la Arqueología Medieval y, de estarlo, se ven obligados, en razón de su propia actividad, a dejar en manos de terceros la realización de las cada vez más numerosas excavaciones de urgencia, especialmente urbanas.

Comoquiera que existe auténtica penuria de arqueólogos medievalistas y, por otra parte, la mayoría de las obras de nuestras ciudades afecta en mayor o menor medida, y antes que a otros, a los niveles medievales del subsuelo, el resultado final suele ser desalentador.

El profesional a quien se responsabiliza del trabajo, de estar cualificado como arqueólogo, adolece, en general, de falta de preparación para interpretar la información histórica recogida o, y eso suele ser lo habitual, procede del campo de la Historia Medieval y carece de formación arqueológica

específica. Con demasiada frecuencia —aunque haya excepciones—, toda su experiencia se reduce a haber asistido a una o varias excavaciones en yacimientos medievales y a saber emplear, mejor o peor, algunas de las técnicas de campo convencionales.

El resultado final suele ser siempre el mismo: pérdida de información arqueológica, deficiente interpretación —con o sin ayuda de las fuentes escritas— de estratigrafías y materiales, con frecuente caída en la «cacharrología» o en el idolátrico culto al método, habitual recurso de quienes padecen falta de elementos de juicio; carencia de publicación de los resultados con los mínimos requisitos técnicos y, por acumulación de ejemplos, inflación de trabajos poco elaborados en las actas de los congresos donde se aceptan pequeños informes de excavación a guisa de aporte científico.

Esta situación da lugar a un espejismo frecuente, y a la vez a una paradoja: estamos llegando a autoconvercernos del auge de la Arqueología Medieval por el mero hecho de ver abiertas muchas excavaciones en yacimientos parcial o totalmente fechables en el Medioevo. La única realidad tangible, desde la peculiar óptica del especialista, es la inferible de una actividad constructiva generalizada y explosiva y de una aplicación literalista de la Ley de Patrimonio Histórico. Todo yacimiento en peligro de destrucción se excava y el trabajo lo hace alguien voluntarioso, cualquiera que sea su cualificación, poseedor de un permiso otorgado por el organismo competente. En definitiva, se salva la apariencia legal y, en bastantes casos, se recoge la mayor parte de la información archivada por los siglos en el sitio en cuestión. Si hay suerte —es decir, presupuesto— se publica un informe sucinto y si no, se espera al próximo congreso —nacional, regional, comarcal o local— y se deja constancia impresa de la labor realizada con alguna ilustración del material recogido. Su llegada a las bibliotecas especializadas, si ese hecho ocurre, suele producirse con tanto retraso que, en no pocas ocasiones, la escasa información científica aprovechable se convierte en inútil, por anticuada. ¿Podrá decirse con todo esto que la actividad arqueológica en el campo de lo medieval está en auge?

Soy de los que piensan, quizás debido al momento histórico que investigo, que la Arqueología no es una ciencia en sí misma. Tampoco entiendo que sea exclusivamente un método, ni mucho menos reduzco ese método a la mera excavación arqueológica.

Prefiero matizar mi postura, en un momento en que la discusión teórica sobre áreas de conocimiento está produciendo una polémica —en ocasiones demasiado agria y desenfocada— y está separando, en perjuicio de todos, a los profesionales de la Prehistoria y de la Arqueología, como si en sustancia ambas disciplinas estuvieran tan alejadas.

No quisiera terciar en semejante discusión, porque intuyo, por debajo, intereses que, sin ser ilegítimos, provocan unas tensiones que no ayudan a dar a nuestra materia de trabajo la dignidad que en justicia le corresponde en el marco de las Ciencias, en general, y de las llamadas Sociales, en particular.

Entiendo, como arqueólogo medievalista, que la Arqueología Medieval es un método aplicado a la interpretación del mundo material de la Edad Media, cualesquiera que sean su soporte, tamaño o circunstancias, ayudándose de la documentación escrita con un sentido riguroso, es decir, no utilizándola como dogma, sino como auxilio y complemento.

El arqueólogo medievalista es, antes y sobre todo, un historiador, aspecto que no le diferencia en nada de los demás profesionales dedicados al estudio de épocas más antiguas.

La excavación constituye, en ese espacio conceptual, uno de los elementos a los que recurre el medievalista, para recuperar ordenadamente la información histórica conservada en el subsuelo, pero no es el único ni, en ocasiones, el más importante de los métodos utilizables.

De hecho, esa división absurda, basada en la llamada «Cota Cero», a la que han pretendido limitarnos ciertos profesionales interesados en nuestra misma área de estudio desde puntos de vista muy distantes, es menos válida que nunca en la Arqueología Medieval. No hacía falta que se desarrollaran en Italia y se proclamaran a los cuatro vientos los conceptos básicos de la llamada «arqueología muraria», para darse cuenta que el análisis de la técnica constructiva o de los módulos métricos de un muro se puede hacer desde muchas ópticas distintas —incluso desde la peculiar de los arquitectos— pero antes y sobre todo es cosa de arqueólogos.

Muchos investigadores —especialmente los historiadores del Arte— estarán en desacuerdo con mi concepción de la Arqueología Medieval y habrá, incluso, quien me considere tendencioso, pero ¿acaso no es cierto que, fuera de las comparaciones estilísticas, de las consideraciones estéticas o de la mera lectura e interpretación de la documentación escrita, el historiador del arte medieval no tiene más remedio que utilizar métodos creados y perfeccionados por la Arqueología, en cualquiera de sus ramas, para llegar a interpretar la mayoría de los objetos materiales que estudia?

Ciertamente, la Arqueología Medieval entra en competencia —al menos en lo que se refiere al mundo cristiano; el islámico sigue, por tradición científica, otros rumbos— con la Historia del Arte y tiende a pisarle el terreno. Precisamente porque la Arqueología, en su perfil más general, es una ciencia que puede y debe emplear todos los métodos de interpretación a su alcance, procedan de donde procedan, la óptica con que analiza los fenómenos es más amplia y permite aprehender el contenido trascendente de los objetos mejor que ninguna otra ciencia convencional.

Por este motivo entiendo que la Arqueología no es una ciencia, sino un conjunto de métodos cuyo número y complejidad obliga a producir un profesional de visión amplia y versátil en la aplicación de las técnicas. En consecuencia, mientras nuestra Universidad mantenga la convencional estructura por materias que nos es conocida, el único lugar donde el aspirante a arqueólogo y, por descontado, a arqueólogo medievalista puede obtener la adecuada formación es en los actuales departamentos de Prehistoria y Arqueología —estén o no juntos.

No creo, con todo, que a la Arqueología Medieval no pueda llegarse, al menos en teoría, desde otro campo —área de conocimiento, en la terminología universitaria del momento— pero es evidente que, hoy por hoy, las áreas donde puede aprenderse el método básico que distingue al arqueólogo de los demás profesionales de la Historia son las de Prehistoria y Arqueología.

Toda esta formulación, que alguien poco informado podría considerar nueva y, quizás, algo escandalosa, podrá ser lo segundo, pero no lo primero. Ya el investigador Grahame Clark la dejó meridianamente clara cuando en su obra *Arqueología y Sociedad*, publicada en 1939, definía al arqueólogo del siguiente modo: «*El arqueólogo completo* —escribía este autor—, *si tal ser existe, necesitaría tener un don especial para los viajes, exploraciones y reconocimiento; ser experto en negocios y administración, hábil en conseguir fondos y obtener toda clase de permisos de las autoridades y propietarios, pocos de los cuales pueden esperar sacar provecho de las actividades arqueológicas. Debe ser capaz de administrar y dirigir excavaciones que pueden convertirse en empresas a gran escala; ser un topógrafo competente, delineante y fotógrafo, de manera que todo lo que encuentre pueda ser registrado adecuadamente; combinar el don de la descripción minuciosa y el análisis con el poder de la síntesis, y ha de poseer una aptitud especial para el periodismo y tener el don de las lenguas o, por lo menos, capacidad para asimilar los informes de sus colegas extranjeros, sin lo cual los suyos carecerán de la autoridad que solamente puede proporcionar una extensa lectura y comparación.*»

Pues bien, cuando acometemos el estudio de un yacimiento medieval, esto es, si el campo de nuestra actividad es la arqueología medieval de la península ibérica, no podemos, además, prescindir de la documentación histórica, generalmente latina o romance. Más aún. Si el estudioso dirige su mira a la realidad cultural medieval que llamamos al-Andalus le será inexcusable la lectura, manipulación y comprensión de los textos árabes, en una medida que le permita solventar, como mínimo, aquellas cuestiones de interés cuya simple interpretación pueda no ser satisfactoria en las traducciones usuales desde un punto de vista estrictamente arqueológico.

Así pues, la base mínima desde la que debe partir el investigador interesado en la España medieval ha de ser, por necesidad, superior a la de cualquier especialista atareado en otra faceta de nuestro pasado, aceptando que ello no debe contemplarse como un intento vano de concederle superioridad alguna.

3. CONCLUSION

Todo cuanto queda dicho no pretende dar una visión pesimista de la arqueología medieval española. Muy al contrario.

La vitalidad demostrada estos últimos años por aquélla constituye un síntoma esperanzador, mucho más si tenemos en cuenta lo poco propicio de las condiciones iniciales. Sin embargo, será preciso corregir, en la medida de lo posible, el curso que en algunos aspectos va tomando la investigación actual, si queremos convertirla en una especialidad respetable y respetada.

Sin caer en la ingenuidad, ni en el dogmatismo, podríamos establecer, a ese propósito, una serie de puntos programáticos —casi un horizonte utópico:

1. La Arqueología Medieval, islámica o cristiana, debe impartirse en nuestras Universidades desde el área de Arqueología y en el marco departamental que sea más coherente con la peculiar estructura de cada centro. Del mismo modo, el instituto del CSIC que acoja en su seno al resto de las especialidades de Prehistoria y Arqueología debería integrar a la Arqueología Medieval.

2. Es imprescindible la creación y dotación de titularidades y cátedras especializadas en Arqueología Medieval —islámica, cristiana, judaica, etc.—, capaces de impartir una docencia adecuada y acorde con las más modernas corrientes de investigación.

3. Aunque no pueda evitarse un período de adaptación, es necesario que dichas plazas las ocupen profesionales con una formación adecuada y lo más amplia posible. A falta de candidatos químicamente puros, son preferibles aquellos poseedores de un dominio correcto de las técnicas arqueológicas.

De no cumplirse estas tres condiciones, difícilmente se alcanzará un nivel razonable de cualificación en todos los profesionales responsables de labores arqueológicas de urgencia, sea cual sea su vinculación a los órganos competentes de las diversas administraciones públicas. No podemos seguir colocando las direcciones de excavación en zonas arqueológicas delicadas, como por desgracia viene ocurriendo repetidamente, en manos ajenas a la Arqueología, por mucha que sea su vinculación al campo de lo medieval. Indefectiblemente, actos de esa especie, salvando las naturales excepciones, redundan en una pérdida de información histórica o en la simple destrucción de yacimientos con el visto bueno, y la plena inconsciencia —o consciencia— de la Administración. Es como colocar a una persona enferma, aquejada de una grave enfermedad, en manos de un veterinario.

Todo ello no presupone en modo alguno un rechazo frontal de cualquier profesional afín capaz de ayudarnos con su experiencia o sus conocimientos. La colaboración entre especialistas es condición indispensable en la Arqueología de hoy y, mucho más, en la Medieval.

En orden a la propia investigación, es conveniente saber que las interrogantes arqueológicas que se ciernen aún sobre el mundo medieval hispánico son de gran alcance y para resolverlas hemos de partir, con todo el rigor que el moderno método permita, de teorías y conclusiones anteriores, las cuales, de no ser probadamente ciertas y ofrecer una visión parcial o falsa de los problemas, representarán a pesar de todo un útil y necesario punto de partida para cualquier nueva investigación.

En cualquier caso, la documentación a nuestro alcance suele ser muy incompleta, por cuanto refleja aspectos muy parciales de la realidad descrita, y, usualmente, reúne predominantemente noticias ligadas al acontecer político contemporáneo. Ello suele representar una no desdeñable dificultad a la hora de auxiliar la tarea del arqueólogo y es motivo frecuente de situaciones contradictorias.

A pesar de todo, es necesario analizar muy detenidamente el material historiográfico disponible, como entramado básico sobre el que puedan hilarse los datos aportados por las excavaciones arqueológicas.

Por estos motivos creemos firmemente que el estudio arqueológico sistemático de los sitios medievales debería encaminarse, en una primera fase, a la búsqueda prioritaria de elementos de datación contrastados y precisos. Para ello es necesario —acaso podría decirse imprescindible— acudir a aquellos yacimientos suficientemente ilustrados *a priori* por una documentación escrita que ayude a establecer unas bases cronológicas previas, capaces de auxiliar en la distinción y clasificación exactas de las secuencias estratigráficas y de los materiales salidos a la luz en el transcurso de los trabajos de campo.

En esta línea de actuación, los núcleos urbanos medievales, cuya ocupación ha pervivido por regla general hasta nuestros días, son un lugar ideal, siempre que su evolución histórica haya permitido la conservación de estratigrafías intactas. Una labor prospectiva racional e inquisitiva —sin pretender imponerle al terreno respuestas no inferibles necesariamente del contexto— es de vital importancia.

El trabajo posterior forma parte ya de la «rutina» metódica y, trascendiendo los naturales matices, no se diferencia básicamente de ninguna otra faceta de la moderna Arqueología. Con todo, la existencia de fuentes escritas permite aquilatar aún más las aportaciones de las ciencias experimentales, que hoy son auxiliares imprescindibles del arqueólogo.

BIBLIOGRAFIA

AZUAR RUIZ, R.: «Arqueología Medieval del País Valenciano y Murcia». En *Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas.* Alicante, 1984, 415-446.

AZUAR RUIZ, R.: «Arqueología Andalusí en el País Valenciano (1983-1987)», *II Congreso de Arqueología Medieval Española.* Madrid, 1987, t. I, 157-177.

BARCELÓ, M. y otros: *Arqueología Medieval. En las afueras del «Medievalismo».* Barcelona, 1988.

Bibliografía de don Manuel Gómez-Moreno. Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Madrid, 1970.

BROÜARD DE, Michel: *Manual de Arqueología Medieval.* Barcelona, 1977.
ESCO, C.: «La Arqueología Medieval en Aragón. Estado de la Cuestión». *I Congreso de Arqueología Medieval Española.* Huesca, 1985. Zaragoza, 1986. t. I, 19-69.
FERNÁNDEZ-CONDE, J.: «Balance General de la Arqueología Medieval Asturiana». *III Congreso de Arqueología Medieval Española.* Oviedo, 1989, t. I, 9-40.
RIU, M.: «Estado actual de la Arqueología Medieval en los Reinos Cristianos Peninsulares». *I Congreso de Arqueología Medieval Española.* Huesca, 1985. Zaragoza, 1986, t. IV, 425-472.
RIU, M.: «L'Arqueologia Medieval a Catalunya». Barcelona, 1989.
ROSSELLÓ-BORDOY, G.: «Las Islas Orientales de al-Andalus: un estado de la cuestión». En *Les Îlles Orientals d'Al-Andalus.* Palma de Mallorca, 1987, 7-19.
ROSSELLÓ-BORDOY, G.: «Islam andalusí e investigación arqueológica. Estado de la cuestión». *I Congreso de Arqueología Medieval Española.* Huesca, 1985. Zaragoza, 1986, t. III, 7-24.
SALVATIERRA CUENCA, V.: *Cien años de Arqueología Medieval: perspectivas desde la periferia: Jaén.* Universidad de Granada, 1990.